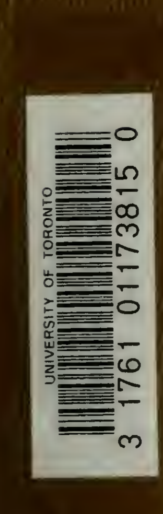

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01173815 0

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXIX.

OBRAS

DE

D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.

TOMO II.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CRAPELET,
CALLE DE VAUGIRARD, Nº 9

OBRAS COMPLETAS

DE D. FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA.

TOMO SEGUNDO.

OBRAS DRAMÁTICAS.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

Nº 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS,

Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ.

SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS;

TH. BARROIS, QUAI VOLTAIRE; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG;

Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

—

1845.

OBRAS
DRAMÁTICAS

DE

D. FR. MARTINEZ DE LA ROSA

EN UN TOMO



PARIS

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA

N° 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS

Y STASSIN Y XAVIER, 9, CALLE DU COQ.

SE VENDE TAMBIEN POR AMYOT, CALLE DE LA PAIX; TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS

TH. BARROIS, QUAI VOLTAIRE; LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG

Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE

—

1845

LO QUE PUEDE

UN EMPLEO!

COMEDIA

EN PROSA.

LO QUE PUEDE

UN EMPLEO!

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

El vivo deseo de presentar en el teatro á cierta clase de hipócritas políticos que so color de religion se oponen entre nosotros á las benéficas reformas, me estimuló á emprender, como un mero pasatiempo, la composicion de esta comedia. Primer ensayo mio en tan difícil ramo, proyectada y concluida en el corto espacio de una semana, y sin haber recibido ni correccion ni lima, no puedo lisonjearme de que tenga ningun mérito literario; pero habiendo merecido en el teatro unos aplausos, muy superiores á los que jamás pude prometerme, y habiendo hecho reir á costa de los que, por ignorancia ó por malicia, intentan desacreditar las nuevas instituciones, me he decidido á imprimirla, deseando contribuir de todos modos á que el público conozca á los enemigos de nuestra libertad.

PERSONAS.

Dª. CARLOTA.
DON TEODORO.
DON LUIS.
DON FABIAN.
DON MELITON.
JUAN.

La escena, una sala de una posada de Alicante, con puertas á varias habitaciones, entre ellas una de don Fabiany otra de don Luis.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DON TEODORO.

¿Y así te vas, Carlota mia?... ¿Sin decirme nada?... ¿Ni una palabra, ni una mirada de amor?

DOÑA CARLOTA.

Deja, déjame, y no aumentes mi pena.

DON TEODORO.

Pero ¿de dónde puede provenir mudanza tan repentina? ¿En qué ha podido ofenderte quien te ama mas que á su corazon?

DOÑA CARLOTA.

¡Amarme!... ¡Ah! yo lo creia, y era feliz; pero al cabo, me he desengañado, no sé si por mi fortuna ó mi desgracia.

DON TEODORO.

¡No te amo!

DOÑA CARLOTA.

No, no me amas; te lo repetiré mil veces. Quien no modera, en mi obsequio, la viveza de su carácter; quien por frívolas disputas ha exasperado á mi buen padre, hasta el punto de perder su concepto, de que me prohiba todo trato contigo, y hasta la esperanza de ser tuya algun dia...

DON TEODORO.

Pero ¿qué ha pasado? Aclárame de una vez tantos misterios.

DOÑA CARLOTA.

Nada, nada: anoche, despues de irte en medio de la acalorada disputa sobre esas malditas ideas liberales, que os han trastornado la cabeza, quedó mi padre suspenso por gran rato, con un semblante tan colérico, cual no le he visto nunca. Yo estaba á alguna distancia sin atreverme á hablarle una palabra, ni á levantar los ojos para mirarle. De pronto se pone en pié, y con una voz terrible y amenazadora: «Hija, me dice, todo se acabó: no hay que pensar mas en boda con Teodoro, si no quieres quitarme la vida: yo le creia un jóven juicioso y moderado, capaz de harcerte feliz; pero ya has visto: sus ideas son las peores del mundo; el trato con esos locos de liberales le ha quitado el juicio, y se ha vuelto un revolucionario... un jacobino...» ¿Qué sé yo?... Así... dijo una porcion de nombres, todos malos... todos malos...

DON TEODORO.

¡Inocente!

DOÑA CARLOTA.

Yo creí que se serenaria, y le hallaria por la mañana vuelto á su natural afabilidad y buen carácter; pero nada de eso: esta mañana se levantó mas colérico y enfadado que anoche; me repitió el sermon en términos mas agrios, y muy ajenos del amor que me profesa. No quiero (me dijo) ni aun estar bajo el mismo techo que ese revoltoso afilosofado; ahora mismo voy á buscar otro cuarto, y á mudarme, aunque sea á la peor posada de Alicante; y ya que he despachado mis negocios, al primer viento nos vamos á Cadiz, en diferente buque... No quiero ir ya con ese loco y el iluso de su padre; para siempre acabamos, para siempre...»

DON TEODORO.

¿Y esa es la causa de tu esquivez y enojo para conmigo?

DOÑA CARLOTA.

¿Y te parece corta?... Cuando, despues de haber perdido la mayor parte de nuestros bienes y de abandonar nuestra casa, por no someternos á esos feroces enemigos, prófuga con mi padre, no tenia mas consuelo que ir en tu compañía, partir contigo todos mis peligros, los riesgos y penalidades de la navegacion... y al fin, tener el gusto de llamarme tuya... entonces, entonces, te empeñas en atormentarme, en hacerte aborrecible á los ojos de mi padre, en causar nuestra separacion, y quizá para siempre!...

DON TEODORO.

¿Con que te mudarás á otra posada?

DOÑA CARLOTA.

Si mi padre me lleva...

DON TEODORO.

¿Y te embarcarás en otro buque?

DOÑA CARLOTA.

Si así me lo mandan...

DON TEODORO.

Ya se ve: llegarás á Cadiz probablemente antes que yo... allí habrá tanto jóven, tanto oficialito...

DOÑA CARLOTA.

¡Ah! ¡eso no!... mi padre mandará en mi persona, en mi vida; mas no en mi corazon: ese es siempre tuyo.

DON TEODORO.

¡Carlota de mi alma! (*Estrechándole la mano.*) Guarda tu amor y tu constancia, que el enojo de tu padre pasará bien presto: es naturalmente bondadoso, y sus defectos nunca nacen de su corazon, sino de los errores de su educacion, de las malas ideas que le han imbuido...

DOÑA CARLOTA.

Es verdad: mi padre es la bondad misma; pero al mismo tiempo, en llegando á tomar una resolucion, es tan constante en ella! Le ha hecho creer don Meliton, que esas ideas liberales traen revuelta á España, y van á arruinar nuestra religion santa... Ya se ve: mi padre con su sencillez cree todo lo que el otro le dice; y como lo juzga tan sabio, y por otra parte, tú te acaloras en las disputas...

DON TEODORO.

Pero ¿quién ha de tener paciencia, al ver á ese egoista abusar de la credulidad de tu padre, pagarle la hospitalidad y tantos beneficios con llenarle la cabeza de preocupaciones, hasta el punto de hacerle risible para con las gentes sensatas?... En fin, ya estoy resuelto; es menester tomar un partido y quitarle las ganas á ese hipócrita...

DOÑA CARLOTA.

¿Qué piensas? dímelo; no me ocultes nada.

DON TEODORO.

No causará mas disgustos á la persona que mas amo.

DOÑA CARLOTA.

¡Qué airado te pones! Por tu amor, no me ocultes nada... Mas ¡ay de mi!... alguien viene... mi padre...

ESCENA II.

Dichos y DON FABIAN.

DON FABIAN.

¿Con que ello, no ha de haber forma de que haga usted lo que su padre le manda? Será menester tomar otras medidas....

DON TEODORO.

Señor, una casualidad....

DON FABIAN.

Con usted no va nada, señor mio; yo reprendo á mi hija, porque soy su padre, y tengo el derecho de hacerlo.

DON TEODORO.

Por si yo era la causa....

DON FABIAN.

La causa á usted no le importa: ¿entra tambien en las ideas liberales, despues de revolver el mundo, revolver las casas de los hombres de bien, y hacer á las hijas inobedientes?

DON TEODORO.

Me parece que no merezco ser insultado....

DON FABIAN.

(*A su hija.*)

¿Qué espera usted?

DOÑA CARLOTA.

Como estaba usted aquí....

DON FABIAN (*imitando su voz con cólera*).

Como estaba aquí este caballero.... Pronto, á su cuarto.

ESCENA III.

DON FABIAN Y DON TEODORO.

DON FABIAN.

En fin, señor mio, es tiempo de hablar claro: ya puede usted olvidarse de que ha conocido á mi hija y á mí; y en no viéndonos ni oyéndonos, tan buenos amigos; cada alma en su palma.... ¿Está usted?

DON TEODORO.

¿Y se podrá saber la causa de una mudanza tan repentina, despues de la palabra que dió usted á mi padre?

DON FABIAN.

Su padre de usted la sabrá ahora mismo, y usted tambien: ¿les parecerá que yo me muerdo la lengua? No señor; la causa es muy sencilla, mucho.... No quiero casar á mi hija con un liberal, y ver á mi yerno en tablillas.

DON TEODORO.

Usted es muy dueño de su voluntad, pero no de insultarme....

DON FABIAN.

Soy muy dueño de mi casa, de mi hija, y de no casarla con un hombre.... Bien, que yo á usted no lo culpo; los pocos años, esos malditos libros modernos, cuatro charlatanes que le han llenado de viento la cabeza.... Pero su padre de usted, con cincuenta años á la cola, mucho mundo, y dos baños de corte.... y maldito si entiende una palabra.... ¡Sobre que está abobado con esas reformas! Yo, por mi parte, le compadezco; pero no quiero que ni á mí, ni á mi hija nos coja el carro: yo sé lo que pasa por ahí, y siento nacer la yerba.... Sí señor; ya les llegará á los liberales su san Martin; y entonces, entonces veremos quién ha sido el tonto.... Por fin, ustedes harán lo que gusten; y en llegando el trueno gordo.... ¡Bomb! consolarse con las filosofías.

ESCENA IV.

Dichos y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿No es cierto que tengo razon?

DON MELITON.

Yo, la verdad, no he oido lo que usted decia, pero desde luego me atreveré á apoyarlo, confiando en la prudencia de usted....

DON TEODORO.

Y en su mucha bondad en franquear la sopa....

DON FABIAN.

No sea usted insolente, señor mio....

DON MELITON.

Es menester disculpar á estas cabezas acaloradas.... El sufrir las desvergüenzas es propio de la moderacion y sabiduría.

DON FABIAN.

Muy cierto.

DON TEODORO.

¡Oh! el miedo es muy prudente.

DON FABIAN.

Déjese usted de bachillerías: nosotros vamos á cortar cuentas para siempre; ahora mismo, ahora mismo.... ¡Juan! ¡Juan!

ESCENA V.

Dichos y JUAN.

JUAN.

¿Mande usted?

(*Fabian lo lleva aparte, y le habla en secreto.*)

DON TEODORO (*hablándole bajo*).

Don Meliton, usted parece que se ha empeñado en indisponerme con el señor don Fabian, y en estorbar mi union con su amable hija....

DON MELITON.

Yo.... jamás hablo mal del prójimo, ni falto á aquella caridad....

DON TEODORO.

Usted ve que acabo de cumplir veinte y cinco años; que tengo el genio un poco vivo; que amo con locura.... ya usted me entenderá; y que en un momento de pasion, si me empieza á hervir la sangre, y el diablo las carga.... Como, por otra parte, no he de sufrir que impunemente me priven de lo que

mas amo, porque usted abuse de la ignorancia y sencillez de su padre, imbuyéndole unas ideas....

DON MELITON.

Cada cual tiene las que le acomoda, y ustedes que tanto defienden la libertad de opiniones políticas, no debian ser tan intolerantes.

DON TEODORO.

Usted puede tener cuantas preocupaciones le diere gana, y rebatir las opiniones que crea desacertadas; pero si usa de armas prohibidas, y acusa de impiedad y libertinaje á quien lo confunde con razones; si sigue ese sistema hipócrita, que tanto va cundiendo entre los suyos, y continúa inquietando á dos amantes, que iban á ser dichosos.... créame usted; olvidaré mi moderacion.

DON FABIAN (*volviéndose hácia ellos*).

¿Qué es eso?

DON MELITON.

Nada; una mera disputa de literatura, sobre derivacion de unas voces griegas.

DON FABIAN. (*A Juan.*)

¿Estás?

JUAN.

Voy corriendo.

DON FABIAN.

Que al instante; que lo estoy esperando... Ahí en la botica inmediata; en el corro de noveleros....

JUAN.

Ya estoy.

DON FABIAN.

Que urge mucho, muchísimo.

ESCENA VI.

Dichos, menos JUAN.

DON FABIAN.

Parece que estaban ustedes un poco acalorados con la disputa.

DON MELITON.

Es resabio que nos ha quedado de las aulas: como allí pueden tanto los pulmones!

DON FABIAN.

¡Ah, señor don Meliton! ¡qué lástima que no ocupe usted una cátedra!

DON MELITON.

Usted me confunde (*pavoneándose*) con elogios que no merezco.

DON FABIAN.

Si todos los que van á las universidades sacaran el fruto que usted!

(*Durante este diálogo está echando miradas malignas á Teodoro, que se muestra enfadado é inquieto.*)

DON MELITON.

Ya se ve.

DON FABIAN.

Y no, que hay algunos, que están por allá una porcion de años, gastan el caudal á sus padres, y vuelven tan ufanos; sin que nunca se les oiga ni una palabra en latin.

DON MELITON.

Cierto.

DON FABIAN.

Como es mas fácil leer cuatro libretes en pasta (que el mas grande cabe en un bolsillo de reloj), que no echarse al cuerpo las Pandectas con la glosa magna....

DON MELITON.

Seguro.

DON FABIAN.

Tienen la fortuna de dar con padres bobalitones, que se cuelan ruedas de molino, y se contentan con cuatro bachillerías á la moderna....

DON MELITON.

¡El amor paternal ciega tanto!

DON FABIAN.

Yo.... no me contraigo á nadie.... porque cada uno allá se entienda.... En echando el cuerpo fuera, y limpiando mi arroyo.... salud.

DON MELITON.

Seguramente, la murmuracion es un gran defecto....

DON TEODORO (*con viveza*).

No tanto como la hipocresía.

DON FABIAN.

Pues, hablando así en general.... como iba diciendo, ya no se escriben tantos tomos en folio, como antiguamente.... pero los jóvenes cada vez mas hinchados.

DON MELITON.

Da lástima el oirlos.

DON FABIAN.

Empeñados en reformar el mundo.

DON MELITON.

Desprecian á los que tratan de desengañarlos.

DON TEODORO.

Señor mio, si tolero las impertinencias del señor don Fabian, porque respeto su buen corazon, y compadezco la candidez de que usted abusa, estoy muy lejos de sufrir las malignas invectivas que usted me dirige. Válgale el hallarse en compañía de un sugeto á quien debo mil consideraciones, y no me exaspere hasta el punto de atropellar todos los respetos. Y usted, señor don Fabian, disponga lo que quiera con respecto á su hija; en la firme inteligencia de que su corazon es todo mio; y que ni la autoridad de usted, ni todos los obstáculos del mundo, bastarán á estorbar nuestro enlace.

ESCENA VII.

DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN (*riéndose*).

¡Cómo va el pobre hombre!

DON MELITON.

Vea usted lo que son estos liberales; al instante se encienden como una pólvora, y allá va eso.... Yo tengo la fortuna de refrenar tanto mi carácter....

DON FABIAN.

Eso es grandeza de alma.

DON MELITON.

Capaz soy de oir dos horas de desvergüenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir que son peores que los franceses....

DON FABIAN.

No, amigo; eso no: ¿cómo los franceses? eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente: en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mio, que Dios á nadie le falta.... pero lo que han hecho con nuestro buen rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos....

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada.... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros....

DON FABIAN.

¡Habiéndolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado.... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dejado por puertas....

DON FABIAN.

Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa; y cuento siempre con sus favores....

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no

gusto de repetir las cosas : usted sabe que, mientras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

¿ Qué le ha dado á usted para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo : su hijo de usted....

DON LUIS.

¿Le ha dago algun accidente? ¿dónde está?

DON FABIAN.

Todavía peor.

DON LUIS.

Vaya, despáchese usted.... ¿Ha tenido algun lance?

DON FABIAN.

Repeor.

DON LUIS.

¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diablo? ¿Qué ha sucedido? vamos....

DON FABIAN.

Se lo diré á usted en dos palabras : su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

DON LUIS.

Acabara usted de reventar! ¿Y para eso me manda una embajada, me hace venir desempedrando calles, y dejar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traido el correo de esta mañana? usted está tocado de la cabeza; no hay remedio.... ¡Para una friolera semejante!

DON FABIAN.

¿Con que á usted le parece una friolera?

DON LUIS.

Y grandísima.

DON FABIAN.

¡ Friolera el acabarse la boda!

DON LUIS.

Como yo no iba á casarme....

DON FABIAN.

Pues en estos casos....

DON LUIS.

El chasco es para los novios.

DON FABIAN.

Me achicharra usted con esa flema.

DON LUIS.

¿ Quiere usted un polvo?.... ¿ No? ¿ Usted, señor don Meliton?....

DON MELITON.

Por no despreciar el favor de usted.

DON FABIAN.

Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucion....

DON LUIS.

La muchacha estará hecha una vinagre.... ¡ esto de llevar palma! ¡Ya se ve; son tan pesadas las palmas!

DON FABIAN.

Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de mas pulso.... pero ya está visto : con esos proyectos de reforma, y los principiotes liberales, se le ha trastornado el cerebro.... Eso, dirá usted, que no son cuentas mias; pero, como una prueba de nuestra antigua amistad....

DON LUIS.

Gracias.

DON FABIAN.

En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolucion; porque veo venir el nublado.... y una hija no es cosa que se deba exponer.... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un sambenito en la familia.

DON LUIS.

Aquí el señor don Meliton pudiera extenderle á usted una especie de profesion de fe, y en presentándose un novio para la muchacha, sondearlo á

fondo, á ver si tiene lo mas mínino de liberal.... No, el proyecto es sencillo y fácil.... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio : « ¿ Maldice usted de la libertad de imprenta? — Sí maldigo. ¿No es mejor ser mandado por un bajá de tres colas, que tener Córtes y tanta barahunda?.... » Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma.... ¿No es verdad, don Meliton?

DON MELITON.

Usted lo dice por burla; pero yo lo creo con todo mi corazon.

DON LUIS.

¡Ya se ve; con esta maldita libertad de imprenta se descubren tantos pastelones!... Porque, así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa mas secreta.... tras! tira el diablo de la manta; y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa: y no extraño yo que pongan los gritos en el cielo.

DON FABIAN.

Acá no se venga usted con soflamas; que no nos mamamos el dedo.... Esa libertad de imprenta va á perder á España, y ya está causando miles de escándalos....

DON MELITON.

Ya leyó usted el otro dia cómo ponian de tonto á un Lector en artes....

DON FABIAN.

¡Bribonazos!

DON MELITON.

Esa libertad de imprenta es cosa de herejes; y si no se le cortan los vuelos.... pero todo se remediará : si este maldito poniente dejára de soplar, ya que ha concluido usted sus asuntos, y nos pusiéramos en Cadiz en cuatro dias....

DON LUIS.

¡Buen refuerzo les espera!.... Há! há!

DON MELITON.

Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dejaré de gritar contra esa diabólica libertad, mientras tenga el alma en mis carnes : ¡eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo; aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de Jansenistas á media España.... ¡Bonito soy yo!

DON FABIAN.

¡Bravo! bravo! Si no fuera por gentes como usted, ¿dónde íbamos á parar?

DON MELITON.

Hasta que me oigan los sordos....

DON FABIAN.

Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia....

DON MELITON.

Que reviente.

DON LUIS.

Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?....

DON MELITON.

¡Primero la tendria con los franceses!.... Vaya; perdonen ustedes, que no sé lo que me digo : en tocándome á estos puntos....

DON LUIS.

Pues, serénese usted; y mudemos de conversacion : otro polvo....

DON MELITON.

Gracias.

DON LUIS.

Pues, mudando de registro, empezé á decir á ustedes....

DON FABIAN.

Nada tiene usted que decirnos : la boda se acabó, se acabó....

DON LUIS.

¡Si no voy á hablar nada de boda,

ni con mil leguas! Empezé á decir que, cuando llegó la embajada, me hallaba oyendo las noticias que ha traido el correo de Cadiz....

DON FABIAN.

Estaria usted tan contento, rodeado de liberales....

DON LUIS.

Cabalmente.

DON FABIAN (*burlándose*).

¡Y gente gorda, que habria entre ellos!

DON LUIS.

¿Me dejará usted proseguir mi cuento? Las noticias no caben mejores: se va restableciendo el órden....

DON MELITON.

¿No lo decia yo? Ese desórden de los liberales no podia durar mucho tiempo: ¿han dado fin de ellos?

DON LUIS.

Por el pronto, se ha promulgado la Constitucion, sancionada par las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de locura.... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

DON FABIAN.

¡El pueblo.... ya va.... el pueblo!

DON LUIS.

Sí, señor, el pueblo: ¿le parece á usted que es tan ciego, que no ve la verdad, cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido, que no sienta los males que ha sufrido, y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted muy equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica, y lo tenian á oscuras para que no viera mas que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

DON FABIAN.

Ya no es menester aprender oficio: (*con ironía estúpida*) con la nueva Constitucion á nadie le faltará que comer.

DON LUIS.

Crea usted que no habrá tantos infelices.

DON MELITON.

¡Vaya, vaya!.... No será menester ya ni sembrar los campos....

DON LUIS.

Por lo menos, habrá menos gorriones que se coman el trigo.... Habia en esta España tal plaga de langosta!.... ¿He dicho algo, don Meliton?

DON MELITON.

No sé.

DON LUIS.

¡Tanto zángano!!!

DON MELITON.

Yo no me meto á averiguar vidas ajenas....

DON LUIS.

¡Cómo salta á la vista que hay pocos que trabajen!...

DON FABIAN.

Sí, con la nueva Constitucion, vamos á vivir en la isla de Jauja.... no hay remedio. ¡Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oir á usted y á otros mentecatos, que no parece sino que hasta ahora hemos vivido como brutos.... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años, sin haber oido en mi vida ni la palabra *Constitucion*; y no me ha hecho maldita la falta: he sido un buen padre de familias; he tenido once hijos, y un malparto....

DON LUIS.

¡Hombre!

DON FABIAN.

Y un malparto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena.... ¡Ya se acordará usted: fué poquito sonado!

DON LUIS.

No me acuerdo, á fe mia.

DON FABIAN.

¿Con que no se acuerda usted,

cuando malparió mi mujer por aquel susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata, que le estaba royendo la ejecutoria!.... ¡ Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta.... Decian así.... á ver si me acuerdo.... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza;
Lo demás es papelon:
¡ Pobre nobleza si pende
De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian mas, que si no se lo digo á mi primo el Familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

DON LUIS.

Pues de nada de eso me acuerdo; estaria entonces en Madrid.

DON MELITON.

¡ Ay, amigo, y qué tiempos aquellos! Aquello era vivir, y lo demás es chanza! Bonita falta nos hacian las Constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

DON LUIS.

Yo me consentí en ver á usted canónigo.... como le veia tan introducido en casa de don Cosme....

DON MELITON.

En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte, no le cogí un rato de buen humor; y diga usted que estaba bien informado de mis méritos, porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte, era un buen señor, y me veia hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tia que tenia baldada; que era menester una paciencia de un santo. Yo, aunque salí de Madrid, nunca he dejado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazon que siempre habia de hacer figura, y tendria en él un apoyo: y aunque el buen señor no me ha contestado nunca, porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se extravía alguno en el correo; y ya le advertia que iba en compañía de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada....

DON FABIAN.

Estimo los buenos oficios de usted.

DON LUIS.

Siempre es bueno hallar hecha la cama.

DON MELITON.

¡ Hecha!.... ¡ Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos....

DON FABIAN.

Déjese usted de eso.... Pero ¿qué hora será?....

DON MELITON.

Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

DON LUIS (*sacando su reloj*).

Hora y media va adelantado el reloj estomacal: yo tengo la una y veinte.... ¿Será que ayuna usted?....

DON MELITON.

Ayunar, no.... lo que es ayunar.... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas....

DON FABIAN.

Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortés no quita á lo valiente.

DON LUIS.

Gracias por el favor de usted.

(*Don Fabian y don Meliton entran en su cuarto; don Luis va despacio al suyo, y al ir acercándose á él, sale su hijo.*)

ESCENA IX.

DON LUIS Y DON TEODORO.

DON TEODORO.

Padre mio!

(*Cogiendo la mano á su padre, y besándosela afectuosamente.*)

DON LUIS.

¿Qué es esto, Teodoro? ¡Qué descompuesto el semblante! Serénate....

DON TEODORO.

Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted, para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mí....

DON LUIS.

¡Cuidado muy propio de veinte y cinco años! ¿Con que temias que me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egoista? No, hijo mio: conozco el mundo mas que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

DON TEODORO.

Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas....

DON LUIS.

¿Y bien?

DON TEODORO.

Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia....

DON LUIS.

Es muy buena muchacha....

DON TEODORO.

Ya.... pero, si su padre se obstina.... y no hubiere otro remedio.... aunque sea un paso violento....

DON LUIS.

¿Qué quieres decir con eso?

DON TEODORO (*con vehemencia*).

Que, si usted me ama, si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Sí, no se debe perder instante; se pide auxilio á la justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos....

DON LUIS.

Y haces infeliz á un padre.... ¿No es eso? ¿Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un odio para siempre, cuando habria otros medios suaves de componerlo todo?.... ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

DON TEODORO.

Mi ligereza.... el mucho amor que le tengo.... desesperanzado de hallar otro partido....

DON LUIS.

¿Y porqué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?

DON TEODORO.

¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

DON LUIS.

No la perderás: será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija mas que me consuele.

DON TEODORO.

¡Ah padre mio! Es tan obstinado don Fabian!.... Está tan preocupado por ese hipócrita!....

DON LUIS.

¿Pues hay mas que desengañarle?

DON TEODORO.

Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

DON LUIS.

Hijo, confía siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma, y solo pecan de entendimiento: un desengaño basta para volverlos de su extravío tan de buena fe como antes erraron. Solo son incurables hombres como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interés y egoismo. Sin mas patria, mas religion, ni mas moral que su conveniencia propia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres; y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los seducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la justicia. Hijo, ven á comer tranquilo; que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

DON TEODORO.

Esas palabras de bondad me vuelven la vida.

DON LUIS.

Vamos, hijo mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO.

¡Dormir!... ¡dormir!... ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No es posible, Teodoro; ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! Pero ¿cuándo no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?... Si pudiera verlo... (*Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave.*) Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla: seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene. (*Llama quedito.*)

ESCENA II.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA (*abriendo la puerta*).

¡Teodoro!

DON TEODORO.

Sal, amor mio, sal al instante...

DOÑA CARLOTA.

Si despierta mi padre...

DON TEODORO.

Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otro tiempo no hubieras temido tanto la reprension de tu padre.

DOÑA CARLOTA (*saliendo del cuarto*).

Está tan colérico estos dias... tan irritado contra tí...

DON TEODORO.

Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquiva con su infeliz amante...

DOÑA CARLOTA.

¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas reconvenciones, en vez de consolarme y de sostener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

DON TEODORO.

No tengas cuidado: es mi padre.

ESCENA III.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Esto es lo que á mí me gusta; ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy serios; que se opongan... ¿Muchachos, y con amor? No hay mas que dejarlos.

DON TEODORO.

Hacia un momento que nos hallábamos aquí...

DON LUIS.

Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es así?

DOÑA CARLOTA.

Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de agosto...

DON LUIS.

Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que ustedes no hayan dormido; que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho, y están en todo el fuego de la pasion y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted que ya debia habérseme olvidado lo que son estos cuidadillos de amor; pero nada de eso: yo parecia el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera, hacer dichosos á dos amantes, y desengañar á un hombre de bien alucinado.

DON TEODORO.

¿Podremos esperar?

DON LUIS.

Y muy pronto.

DOÑA CARLOTA.

En usted tengo otro padre: ¿me querrá usted como á hija?

DON LUIS.

Sí, Carlota mia; viviréis felices, y haréis menos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará tambien esta fortuna...

DOÑA CARLOTA.

¡Ay señor!

DON LUIS.

No hay porque suspirar; un desengaño bastará para volverlo á la razon, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente; por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

DON TEODORO.

¿A qué va usted, padre mio?

DON LUIS.

Esa es mucha curiosidad; un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo, ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

DOÑA CARLOTA.

Gratitud y amor por toda la vida.

DON LUIS.

Y me basta: nada mas apetezco.

DON TEODORO.

Pero ¿podremos saber?...

DON LUIS.

Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

DON TEODORO (*con suma viveza*).

Vaya usted con Dios, padre mio.

DON LUIS.

¡Qué prisa te das para despedirme!...

DON TEODORO.

Yo, porque tarde usted menos, y vuelva antes...

DON LUIS.

Ya te entiendo : á Dios, hijos. Cuidado no sorprenda el señor don Fabian á los pobres novios, eche su reprension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

ESCENA IV.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA.

¡Cuánta bondad!

DON TEODORO.

Tengo en mi padre al mejor de mis amigos : ¿quién no sacrificaria hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años me extravian, lejos de reprenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano, me desengaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interés. ¡Ah! ¡qué pocos hijos habria malos ni desgraciados, si fueran todos los padres tan prudentes!

DOÑA CARLOTA.

El mio es sumamente bondadoso, y me ama en extremo : ya sabes cuán feliz era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado; nunca dejó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió lo que mas anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa.... Solo ese egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes; que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

DON TEODORO.

Constancia, Carlota; que mi corazon me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

DOÑA CARLOTA.

El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizá estás tú mas tranquilo, porque me amas menos.

DON TEODORO.

¿Volvemos á los zelillos?

DOÑA CARLOTA.

Cuando se desea con ansia una cosa, parece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

DON TEODORO.

Tengo tanta confianza en mi padre!

DOÑA CARLOTA.

En nadie debe confiar un amante....

DON TEODORO.

¿Ni en su querida?

DOÑA CARLOTA.

Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

DON TEODORO.

Todas dicen lo mismo....

DOÑA CARLOTA.

Pero no dan tantas pruebas.

DON TEODORO.

¿Has oido?

DOÑA CARLOTA.

Sí : se han levantado; véte, por Dios.... Si nos encuentran juntos....

DON TEODORO.

A Dios, no me olvides....

DOÑA CARLOTA.

Es inútil tu encargo : véte....

DON TEODORO.

No me olvides ni un instante....

DOÑA CARLOTA.

Que van á salir....

DON TEODORO (*Vase prontamente á su cuarto*).

A Dios, vida mia.

DOÑA CARLOTA.

Me parece que me lo han de conocer en la cara.

ESCENA V.

DOÑA CARLOTA, DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿Qué hacias aquí, Carlota?

DOÑA CARLOTA.

Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era.... la curiosidad....

DON FABIAN.

Por curiosear se han perdido mas de cuatro niñas.

DOÑA CARLOTA.

Pues bien, no volveré á asomarme, aunque se hunda la posada.

DON FABIAN.

Con que oigas la llave del cuarto inmediato, no podrás contenerte. No hay que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la mogigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

DOÑA CARLOTA.

Nunca le hubiera dado entrada en mi corazon, si usted no hubiera consentido, y aun aplaudido nuestros amores: si habiendo encontrado en él las mejores prendas, y arraigado nuestro cariño con el continuo trato, quiere usted que le olvide, exige de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finja indiferencia, cuando estoy mas enamorada, me precisa á ser hipócrita y embustera.

DON FABIAN.

Bravo, señora doctora! ¿Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofía? No se ha perdido el tiempo al lado del señor liberal.... Esto es lo que yo digo, señor don Meliton; hasta á las mujeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras, y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla.... ¡Ay amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribia dos renglones á su novio, aunque la mataran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A B C. Pero ahora, ahora!.... Ya ha oido usted el párrafo liberal, que me ha espetado esta mocosa, que, si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

DON MELITON.

No tiene usted por qué enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará mas que lo que usted le mande. No extraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á su padre á separarla de ese jóven, preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno, y las hace agradables á los incautos, extendiendo su seduccion hasta al bello sexo. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su postizo oropel, y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que solo contribuyen á favorecer la carne y la sangre, y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol, debemos desengañar á los seducidos, y aconsejar á los padres....

DON FABIAN.

Yo doy á usted mil gracias por sus buenos consejos; que, si no ha sido por ellos, me dejo llevar de mi bobería, doy mi hija á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlotita, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las

ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

DOÑA CARLOTA.

¿Yo?...

DON FABIAN.

¿Yo? Sí señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estás callada como una muerta.

DOÑA CARLOTA.

Pero, si yo no entiendo nada de carne ni de sangre, ni de oropeles, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales.... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seríamos tan felices....

DON FABIAN.

Otra y, otra y, con dos mil diablos!

DOÑA CARLOTA.

Si usted se enfada, mentiré.

DON FABIAN.

No quiero que mienta usted; sino que sea obediente, como Dios manda.

DON MELITON.

Me parece que estaríamos mas cómodos, sacando unas sillas....

DON FABIAN.

Dice usted bien; que en el tal cuartito estamos ahogados; y aquí respiraremos mas libremente. Pero, no se incomode usted. (*Va don Meliton por las sillas.*) Ya sabes lo mucho que te quiero; (*A Carlota*) y que toda mi vida ne he trabajado sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto, y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al señor don Meliton, y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?.... y no, que con ese silencio, esa cabeza baja y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre. ¡El diantre de estas muchachas parece que están tambien de revolucion!

DOÑA CARLOTA.

Si no me ocurre nada que decir....

DON FABIAN.

Valias un Potosí para entrar en Cartuja!

DOÑA CARLOTA.

Bien; me esforzaré....

DON FABIAN.

Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros. (*Saca don Meliton tres sillas.*) Ahora pegaba bien (*á don Meliton en voz baja*) un sermoncito, que la tengo mas blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

DON MELITON (*tambien con voz baja*).

Descuide usted.

DON FABIAN (*Siéntanse todos*).

Lo que hemos hablado muchas veces: las niñas no quieren creer que sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene; nada de eso: llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto, y si es menester, una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera que es menester morirse.

DON MELITON.

No es eso lo peor; sino que creo que hasta las mujeres se van volviendo liberales.

DON FABIAN.

Pródigas, debia usted decir.

DON MELITON.

Y si las mujeres se ponen del bando contrario, no hay remedio; triunfan los liberales, y quedamos frescos.

DON FABIAN.

Por eso urge mas el desengaño; y no dormirnos sobre las pajas.

DON MELITON.

Ya tengo preparada una disertacion, con notas en latin, en que pruebo *usque ad evidentiam* que todos los liberales

huelen á azufre; y que la mujer que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está expuesta á que una noche se la lleven las brujas.

DOÑA CARLOTA.

Las brujas... Há, há! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

DON MELITON.

Se conoce, señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años: mil veces se lo oí contar; y que, si no hubiera sido porque les descubrieron el nido, y quemaron á seis docenas, hubieran llovido brujas como mosquitos.

DOÑA CARLOTA.

Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

DON FABIAN.

Calla, niña; que nosotros no tenemos talento, para meternos en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

DON MELITON.

Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cadiz, con cada letra como un panecillo. Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven, no les he de dejar hueso sano.

DON FABIAN.

Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

DON MELITON.

Capaz soy, segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

DON FABIAN.

Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

DON MELITON.

Perdon!... ya voy: hasta verlos fritos. —Por eso me alegro, señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que la ha libertado de verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho; que al cabo, yo no soy amigo de hablar mal, ni de quitar la estimacion al prójimo. Pero no es todo oro lo que reluce; esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente el corazon; y podia usted, cuando menos pensase, encontrarse gato por liebre.

DON FABIAN.

Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse; tú tienes juicio, y no me darás que sentir. Pero, el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas: ¿en qué se habrá detenido?

DOÑA CARLOTA.

¿Lo ha mandado usted por ellas?

DON FABIAN.

En cuanto acabamos de comer.

DON MELITON.

Pues, si lo acabo yo de ver tendido en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

DON FABIAN.

No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido. (*Levántase y se acerca á la puerta.*) Juan! Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

ESCENA VI.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida...

DON FABIAN.

Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia. Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envío esta mañana á llamar á

don Luis, y se está por esas calles hasta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

JUAN.

Vaya, señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea, usted, señor don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba don Luis; que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses; y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos señores que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorcase, porque todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser pobres no nos habian de colgar como á perros; y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras; ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante los reyes no harán en España, sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

DON FABIAN.

¿Acabarás esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

JUAN.

¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

DON FABIAN.

Anda, vé por las cartas, y vente al instante.

JUAN (*yéndose*).

Si oigo hablar de las Córtes, no vuelvo en dos horas.

ESCENA VII.

Dichos, menos JUAN.

DON MELITON.

Esto es lo que tienen las ideas liberales: las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y si no se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

DON FABIAN.

Ese es el fruto de las filosofías, de las Constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes dó quieren reyes...

DON MELITON.

No señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

DON FABIAN.

¡Herejías como las que se oyen en estos tiempos!

DON MELITON.

Pues no lo quiere creer la gente; y se burla de los que lo decimos. Porque dije yo el otro dia en la plaza que el rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silban . ahora la que está de moda, es la señora ley : todos deben ser juzgados conforme á la ley : los reyes deben gobernar arreglados á la ley... Malditas sean las leyes, amen!

DON FABIAN.

Otro, por si falta, amen... Pero, ¿á qué volverá el postema de Juan, sin ir á lo que le he enviado? Juan de dos mil santos, ¿no vas al correo?

ESCENA VIII.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Si el cartero ha traido las cartas; para usted no hay mas que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada.

DON FABIAN. (*Toma la carta y arroja el sobre.*)

Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

JUAN.

No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero. (*Vase.*)

DON FABIAN.

Pues no conozco la letra: veamos lo que dice (*Saca los anteojos y lee.*)

«Cadiz 31 de marzo de 1812.

Señor don Fabian... y tal.

Muy señor mio: aunque no tengo el honor de haber conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfaccion, por las noticias que me ha dado mi íntimo y sabio amigo don Meliton...»

DON MELITON (*se levanta, y se arrima á leer*).

¿Qué dice de mí? Será algo bueno; lea usted, lea usted...

DON FABIAN (*lee*).

«Amigo don Meliton, que me escribió venia en compañía de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pretensiones...

DON MELITON (*arrebatándole la carta*).

Está usted ya muy torpe para leer; yo la leeré mas aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! Qué bueno era aquel caballero! (*Lee*) «sus pretensiones, lo he hecho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que, á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle...» (*Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enajenado por el teatro, gritando*): ¡Ay, Dios mio!... Sesenta mil de pico!... Y con excelencia!... Excelentísimo señor!

DON FABIAN.

Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

DON MELITON.

No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del poniente!... Me voy á Cadiz corriendo... quiero cumplir con mi obligacion... Mis sesenta mil!... mis sesenta mil!...

DON FABIAN.

Acabe usted de sacarme de cuidado.... ¿qué dice la carta?

DON MELITON.

Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito.... Voy á ver la veleta: quizá ha empezado ya el levante; y yo entonces no me detengo por usted, ni por nadie.

DON FABIAN (*deteniéndole*).

¿Quiere usted decirme lo que es?

DOÑA CARLOTA.

Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula....

DON MELITON.

Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. — Vaya, oiga usted. (*Lee.*) «Conociendo su mucho mérito, que, á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta, con tratamiento de excelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo dado todos los pasos; y sabiendo por dicho señor que quizá se detendrian ustedes en Alicante, para evacuar asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á usted estas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto antes la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no las dirijo, por ser usted persona mas conocida en todo levante, y con menos peligro de que se extravíe la carta. Con este motivo, me ofrezco á la disposicion de usted, deseoso de que apresuren su viaje, etc. — Cosme Zugarramurdi»

DON FABIAN.

¿Y quién es ese caballero tan revesado?

DON MELITON.

¡Con que no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de

ese caballero! ¡que hacia entonces y está haciendo ahora un gran papel!

DON FABIAN.

Pues, aunque haga mas papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

DON MELITON.

¿Tonto?....

DON FABIAN.

Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?.... La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

DON MELITON.

¿Está usted en su juicio?

DON FABIAN.

¡Cómo si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto, sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted, le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto huela á moderno con cien leguas....

DON MELITON.

¡Sesenta mil reales!

DON FABIAN.

Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo.... mal conoce la probidad de usted....

DON MELITON.

De forma es, y de manera.... si el viento mudara.... En pocos dias llegaba á ver á ese señor....

DON FABIAN.

Para hartarlo de desvergüenzas....

DON MELITON.

Para darle mil millones de gracias.

ESCENA IX.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Buenas tardes, señores.

DON MELITON.

Déme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

DON LUIS.

Pero ¿qué hay de bueno?

DON MELITON.

¡Ahí es una friolera! No sabe usted con el hombre que está hablando : lea usted, lea usted. (*Dale la carta, y don Luis la lee en silencio.*)

DON FABIAN.

Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa....

DON MELITON.

Pues es muy sencillo; que estoy loco de contento.... Carlotita, á usted le apearé el tratamiento, que no quiero engreirme : nosotros, señor don Fabian, siempre amigos.

DON FABIAN.

¿Con que usted va á tomar el empleo?

DON MELITON.

A dos manos.... ¡Pues no, que seria uno tonto á los cuarenta años!

DON LUIS (*devolviéndole la carta*).

No me atrevo á darle á usted la enhorabuena, porque creo que es insultarle : el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar....

DON MELITON.

¡Yo dudar!.... Nada de eso.

DON LUIS.

Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombría de bien....

DON MELITON.

La verdad, señor don Luis, yo esta mañana me acaloré un poco hablando

de esa libertad, y quizá se me deslizara de la lengua algun disparate: cuando la legítima autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia....

DON LUIS.

¡Declamaba usted tanto contra ella!

DON MELITON.

Todo es bueno y malo en este mundo, segun la clase de hombres que anda en ello: si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, seria la ruina de España; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion (aunque parezca mal que yo lo diga), no hay que temer. Además, yo no tengo que meterme á averiguar, si es buena ó mala esa libertad: yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios; y ya que me han dado ese empleo, sacrificarme por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

DON LUIS.

Habla usted con mucha prudencia.

DON MELITON.

Ya, lo de menos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen mas que desazones; pero si renunciara, dirian las malas lenguas que era por estarme ocioso, y hecho un holgazan como hasta ahora. Y por cierto, que no ha sido culpa mia; que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongía; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya sido útil al Estado.... en fin, mas vale tarde que nunca.

DON LUIS.

Me parece, don Fabian, que está usted cabizbajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero.... ¿Qué tiene usted?

DON FABIAN.

Nada.

DON MELITON.

Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que, en llegando allá, tambien se calzará usted su gran empleo.

DON FABIAN.

Yo no quiero nada, nada.

DON LUIS.

Me parece que el señor don Meliton va desertando del partido de ustedes, y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

DON MELITON.

Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

DON FABIAN.

En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos, mas claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco: yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos liberales, porque los creia contrarios á su conciencia; y ahora veo que, con la golosina del destino, le faltan á usted dos dedos no mas para hacer la apología de la libertad de imprenta.

DON LUIS.

¡Conozca usted lo que puede un empleo!

DON FABIAN.

Para los hombres de bien no puede nada si comprometen en ello las opiniones que han manifestado, y aprecian mas su buen concepto que el bajo interés. La verdad, repito á usted, don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y que creia á usted mas consecuente.

DON MELITON.

Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie: sírvale á usted de gobierno.

DON FABIAN.

Parece que va usted alzando el gallo, y no ha diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito,

que no pienso imprimir sino es alguna papeleta de convite ó de entierro.

DON MELITON.

Yo soy hombre agradecido; pero no me dejo pisar de nadie.

DON LUIS.

Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad, y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero aun es tiempo de remediarlo todo.

DON MELITON.

A mí nada me importa; que ya, gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe, en tomando posesion de mi empleo.

DON LUIS.

Vaya usted á que extienda el título el mancebo de la botica inmediata.

DON MELITON.

¿Qué mancebo?

DON LUIS.

El mismo que le ha enviado la buena noticia.

DON MELITON.

Hombre.... ¿qué dice usted?.... Acabe usted de explicarse....

DON LUIS (*con admiracion y frialdad*).

¿Con que usted habia creido lo del empleo?

DON MELITON.

Pues ¿no está aquí la carta?....

DON LUIS.

Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dijo usted esta mañana; y el mancebo de la botica me hizo el favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy agradecido, que yo no le señalaba mas que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fué tan rumboso, que le dobló la tara.

DON MELITON.

Usted.... se chancea....

DON LUIS.

Ahí cerca está el mancebo que no me dejará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese á Juan que la habia traido el cartero.

DON MELITON (*recogiendo el sobre de la carta*).

Don Fabian ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

DON FABIAN.

Si usted no lo vió y le interesaba, ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

DON MELITON.

Yo.... como habia escrito á don Cosme.... y no conocia su letra.... y el correo habia llegado esta mañana.... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco, y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra: si no mirara que no quiero perderme.... Por vida de!....

ESCENA X.

Dichos y DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué voces son estas?

DON LUIS.

Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme....

DON TEODORO.

Deje usted que yo lo tranquilice....

DON LUIS.

Juicio, Teodoro: cuando los amantes están delante de sus queridas, no deben tratar mas que de enamorarlas: ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ter-

nezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

DON FABIAN.

Déjeme usted; que la burla ha sido tambien para mí.

DON LUIS.

La burla ha sido para el taimado egoista, que la ha merecido; para usted no es mas que el desengaño.

DON FABIAN.

Un poco picante....

DON LUIS.

Pero muy provechoso. Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de extraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interés.

DON FABIAN.

Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

DON MELITON.

Creo, señor don Fabian, que esta broma que yo he procurado seguir fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad....

DON FABIAN.

¿Quiere usted insultarme, despues de haberme expuesto á la risa de todos, y á que hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia: que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

DON MELITON.

¿Ello es que no hay remedio?

DON FABIAN.

Ni soñarlo.

DON MELITON.

Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes... Burlarse de mí! y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por Fracmasones.

ESCENA XI.

Dichos, menos DON MELITON.

DON TEODORO.

Déjenme ustedes, que yo le haré ir mas de prisa...

DON LUIS.

Estáte quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es, que no siempre hay cartas y empleos fingidos, ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

DON FABIAN.

Y desengaño que nunca olvidaré.

DON LUIS.

¿De veras?

DON FABIAN.

Voy á darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

DON TEODORO (*abrazándola*).

¿Ves cómo han cesado nuestros males?

DOÑA CARLOTA.

¡Qué placer tan inesperado!

ESCENA XII.

Dichos Y JUAN.

JUAN.

Nada mas tengo que saber: señorita, cuidado con mi regalo de boda.

DOÑA CARLOTA.

Sí, Juan; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazon.

DON FABIAN.

¿Y para mí no hay abrazo, Teodoro?

DON TEODORO (*acercándose*).

Con toda mi alma.

DON LUIS.

No se acerque usted, don Fabian;

mire usted que el muchacho es liberal, y huele á chamusquina.

DON FABIAN.

No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necedad.

DOÑA CARLOTA (*á don Luis*).

Ya llegó el feliz instante de que me llame usted *hija mia.*

DON LUIS.

Y con mil amores. — Pero ahora vamos á dar un paseo antes que anochezca: los muchachos irán hablando de su boda, como es natural; y nosotros, aunque no conocemos mucha gente en este pueblo, iremos notando en los que pasen, algunos don Melitones.

DON FABIAN.

Creo que no faltarán.

DON LUIS.

Usted ya los ha conocido: ¡ojalá á todos les suceda otro tanto!

FIN.

LA
VIUDA DE PADILLA.
TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Cuando emprendí la composicion de esta tragedia, por los años de 1812, acababa de leer las de Alfieri, y estaba tan prendado de su mérito, que me las propuse por modelo: componer un drama con una accion sola y única, llevada llanamente á cabo sin episodios, sin confidentes, con muy pocos monólogos y un corto número de interlocutores; imitar el vigor en los pensamientos, la concision y energía en el estilo y la viveza en el diálogo, que encubren hasta cierto punto, en las obras de aquel célebre autor, la falta de incidentes y la desnudez de sus planes; tal fué el objeto que me propuse, aunque convencido íntimamente de la dificultad de conseguirlo, y mucho mas siendo aquella la primera vez que tanteaba mis fuerzas en una clase de composicion tan difícil.

Al haber de elegir el argumento, el deseo de que fuese original y tomado de la historia de mi nacion, y quizá mas bien las extraordinarias circunstancias en que se hallaba por aquella época la ciudad de Cadiz, en que á la sazon residia, asediada estrechamente por un ejército extranjero y ocupada en plantear reformas domésticas, llamaron naturalmente mi atencion é inclinaron mi ánimo á preferir entre varios asuntos el fin de las Comunidades de Castilla.

Este argumento presentaba desde luego notables ventajas, aunque contrapesadas con no menores inconvenientes: por una parte el término de una gran contienda, de que va á depender tal vez la suerte de una nacion, ofrece de suyo ocasion oportuna de desplegar caractéres enérgicos y violentas pasiones, cual acontece en las crísis de los Estados, sin que admita tampoco duda que la propia magnitud del cuadro contribuye á darle dignidad y nobleza.

Mas tambien es cierto, aunque á primera vista aparezca extraño, que no se despiertan con tanta prontitud y vehemencia los afectos del ánimo, cuando se presenta en el teatro un argumento de esta clase, por importante que sea, como cuando se excita el terror y la compasion, ofreciendo la pintura fiel de las desgracias que afligen á una ó á pocas personas, por lo comun no exentas de flaquezas ó culpas: en este caso, como que el espectador se coloca mas fácilmente en la situacion de los desdichados, y siente con mas eficacia la conmiseracion de los males ajenos y el temor de experimentarlos él propio; pero cuando se representa la catástrofe de un pueblo, hallando el interés de los espectadores campo mas vasto en que ensancharse, se concentra á duras penas en un solo punto, y por consiguiente es menos vivo.

Estas reflexiones, que se ven comprobadas en el *Caton* de Addisson y en la *Numancia* de nuestro teatro, pueden aplicarse mas ó menos á esta composicion, en la cual se nota igualmente otra desventaja que ofrecen de ordinario tales ar-

gumentos; porque, tratándose en ellos de una causa cuyo éxito no aparece ya dudoso, falta aquella incertidumbre, aquellos vaivenes entre el temor y la esperanza, que, sacudiendo reciamente el ánimo, ablandan el corazon para que reciba los sentimientos propios de la tragedia: hasta la misma fortaleza y temple del alma del personaje principal, al paso que arrebatan la admiracion y respeto, parece que se oponen á la piedad y lástima; si no vemos llorar ni afligirse al mismo que padece el infortunio, ¿cómo hemos nosotros de afligirnos y llorar por su suerte?

Por no omitir nada de cuanto me ocurre con respecto al argumento de este drama, debo tambien decir que, si el amor y la galantería perjudicaron en sumo grado á los excelentes trágicos del siglo de Luis XIV, el inmoderado uso de la filosofía y de la política han dañado no poco, en mi concepto, á los de época mas reciente; y que de este achaque, propio de los tiempos, adolece tambien esta composicion. Si me quedara de ello alguna duda, bastaria á disiparla lo que por mí propio he observado al representarse el acto segundo: mientras la Viuda y el padre de Padilla se limitaban á abogar cada cual por el partido político que habia seguido, la misma gravedad del asunto y el peso de los argumentos lograban cautivar poderosamente la atencion del auditorio; pero no causaban aquella inquietud y angustia que tanto agradan en las representaciones trágicas; mas desde el punto en que, dejando á parte la causa general, aludian ambos interlocutores á las desgracias de su familia, y empezaba á oirse el lenguaje del corazon, en lugar de los discursos de la mente, al instante se percibian en el auditorio los síntomas mas honrosos para esta clase de composiciones.

He creido oportuno indicar las ventajas é inconvenientes propios del argumento de este drama, por si este aviso pudiese ser de algun provecho á los jóvenes aplicados que se dediquen á la carrera trágica; mas, en cuanto al modo con que le haya desempeñado, á otros y no á mí es á quienes toca deslindar y calificar los aciertos que pudiere haber logrado y las faltas en que hubiese incurrido: limitándome á decir, como quien busca desconfiado de sí mismo el abono de otros, que esta tragedia ha sido recibida por el público con muestras de aceptacion y aplauso.

Representóse por primera vez en el mes de julio del año de 1812, y en dias tan aciagos, que ni aun pudo salir á luz en el teatro de Cadiz, por el grave riesgo que en él ofrecian las bombas arrojadas por el enemigo, que habian estado á punto de causar, muy poco tiempo antes, la ruina de aquel edificio, lleno cabalmente de gran número de personas: por cuyo motivo se construyó, como por ensalmo, en el paraje mas apartado del fuego enemigo, un teatro interino labrado de madera, y en él fué en el que se representó al principio esta tragedia. Cuando despues la suerte de las armas alejó todo peligro de aquella benemérita ciudad, y dejó libre y salvo el territorio de la Península, se representó igualmente en el teatro de la corte y en otros del reino; con cuyas pruebas favorables alentado el autor, imprimió su obra en Madrid, á principios del año de 1814, insertando en aquella edicion, así como en esta, el siguiente *Bosquejo histórico de la guerra de las Comunidades.*

BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LA

GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

Brown

Fácil fué pronosticar, desde el reinado de los Reyes Católicos, el riesgo que iban á correr las leyes fundamentales de Castilla; pero al notar el desacuerdo y demasía con que empezó á gobernar su nieto D. Carlos I, no pudo quedar duda de que la libertad tocaba á su postrer término, si no acudian los pueblos á su socorro. Un monarca falto de años y escaso de experiencia, nacido y criado en país extranjero, ignorante de las leyes, de las costumbres, y aun de la lengua de la nacion que iba á regir; ministros flamencos, malvados y codiciosos, sacando á pública subasta los oficios y cargos, vendiendo las gracias del monarca, oprimiendo á los naturales, y colocando en los principales empleos á gente advenediza, que habia entrado en España como en tierra conquistada que iba á ser puesta á saco; sangrada Castilla de sus riquezas, y llevadas á naciones extrañas, no en cambio de comercio, sino como precio de injusticias; alzadas á puja las rentas de la corona, y recargadas las contribuciones mas onerosas, amagadas las exenciones y libertades de las ciudades mas favorecidas; menguados los privilegios de la nobleza, no en pro comunal de los pueblos, sino para quitar tambien ese freno á la desbocada codicia de los extranjeros; tal era el estado de desórden en que se hallaba el reino, por confesion misma de los historiadores mas empeñados en acriminar el levantamiento de los Castellanos.

Una circunstancia contribuyó á acelerarlo, colmando la medida á la paciencia de los pueblos, sobradamente reprimida hasta entonces: elegido el rey D. Carlos emperador de Alemania, para suceder á su abuelo Maximiliano, se aprestaba de vuelta de las córtes celebradas en Aragon á ir á recibir la corona imperial, y convocó las córtes para la ciudad de Santiago. Con esta resolucion se apuró el sufrimiento de los Castellanos: ver á su monarca desatender los clamores del pueblo, y en vez de reparar sus agravios, partirse á naciones extrañas, dejando huérfano y desamparado un reino tan ofendido y esquilmado por los extranjeros; ver á estos rodear al seducido príncipe impunes y como en triunfo, aprestándose á

abandonar un país en que solo dejaban descontento y lágrimas, para llevar al suyo los frutos de su rapacidad; convocar las córtes, no con el objeto de resarcir los perjuicios públicos, sino con el de exigir por despedida nuevas y mas graves imposiciones, que acabasen de enflaquecer el reino; señalar para la reunion de las córtes (en vez de un pueblo en tierra llana de Castilla, cual fuera la costumbre) una ciudad junto al extremo de la Península, como para facilitar á los que habian saqueado el reino la conduccion de su presa, poniéndosela mas cercana á los mares; en una palabra, cuanto podia ofender é irritar á una nacion pundonorosa, mas acostumbrada á sobrellevar la opresion que el desprecio, tanto concurrió á encender los ánimos de los Castellanos.

Mostráronse primero los síntomas del descontento y el anhelo de pedir la reparacion de tantos males, en la ciudad de Toledo, acérrima defensora de sus fueros y libertades : y reunido su ayuntamiento, hablaron resueltamente contra los abusos introducidos en el reino y el quebrantamiento de sus antiguas leyes, el regidor Hernando de Avalos (á quien señalan como primer incitador de las alteraciones de Castilla), D. Pedro Laso de la Vega, de ilustre alcurnia y aventajado mérito, y el célebre Juan de Padilla, héroe el mas señalado en la historia de las Comunidades, y cuyo retrato copiaremos de su mas encarnizado enemigo. *Siendo* Padilla *en sangre tan limpio, en cuerpo tan dispuesto, en armas tan mañoso, en ánimo tan esforzado, en juicio tan delicado, en condicion tan bien quisto, y en edad tan mozo,* que era el ídolo de Toledo, llevó tras sí el parecer de la mayoría, y se acordó escribir á las demás ciudades de voto en córtes, á fin de que nombrasen comisionados, que unidos pidiesen al monarca la observancia de las leyes y la reparacion de los agravios, siendo las siguientes demandas la mejor apología de su intencion y justicia; á saber : que el rey no se ausentase, dejando el reino en tan lastimoso desconcierto; que no se diesen oficios ni cargos á extranjeros, contra lo dispuesto por las leyes; que no se extrajese moneda bajo ningun pretexto; que no se pidiesen nuevos servicios en las córtes, y que estas se celebrasen dentro del término de Castilla; que no se vendiesen los oficios; que la Inquisicion mirase solo al servicio de Dios, y no agraviase ni oprimiese á los pueblos; finalmente, que se administrase justicia. Tan acertadas súplicas fueron acogidas favorablemente por todas las ciudades, igualmente agraviadas que Toledo, y no menos ansiosas de reprimir los desafueros de la autoridad; solo Burgos desaprobó el consejo; Sevilla no dió respuesta; y Granada mostró indecision y tibieza, recomendando la prudencia y la eleccion de circunstancias mas oportunas. Pero Toledo, ufana con la aprobacion del mayor número de ciudades, envió comisionados al efecto, siendo el principal de ellos D. Pedro Laso; y llegados á Valladolid, donde se hallaba el rey, suplicáronle les diese audiencia : á lo que les contestó que despues se la otorgaria, puesto que á la sazon iba á salir para Tordesillas, con ánimo de visitar á la reina su madre. Siguiéronle en efecto; y obtenida la audiencia en Villalpando, donde se les unieron los procuradores de Salamanca, representaron al rey con la entereza de libres Castellanos los agravios

que padecia el reino, sin recibir otra respuesta del monarca sino que en Benavente mandaria dársela, oyendo el parecer de su consejo, el cual, para descrédito suyo y daño de los lastimados pueblos, calificó de delito digno de severo castigo el exigir el cumplimiento de las leyes, que el mismo rey habia jurado en las córtes de Valladolid. El malaconsejado monarca mostróse severo á los procuradores, reprendióles su atrevimiento, y volviéndoles desatentamente la espalda, sin acabar de oir sus razones, les mandó que se presentasen al presidente de su consejo, quien, desaprobando su conducta, les previno que en las córtes convocadas para Santiago podrian pedir los procuradores lo que creyesen justo, y que ellos se abstuviesen de insistir en sus atrevidas demandas.

Firmes no obstante en su propósito, y dignos de la confianza merecida á sus ciudades, los comisionados de Toledo y Salamanca siguieron al rey hasta Santiago; y comenzadas las córtes (el dia 1° de abril del año de 1520), hallándose el monarca presente, confiado en contener con su vista á los procuradores mas atrevidos y menos dispuestos á complacerle, manifestó el presidente la necesidad de la partida del rey, la confianza que tenia en la tranquilidad del reino durante su ausencia, y la precision de concederle un nuevo servicio, para atender á los gastos del viaje. Enmudecieron todos los procuradores; y solo los de Salamanca rehusaron denodadamente prestar el juramento ordinario, á menos que el rey les prometiese antes acceder á las justísimas súplicas que le habian hecho. Esta franca resolucion fué tenida por desacato, y privados dichos procuradores de volver á las córtes; no habiendo asistido á ellas los de la ciudad de Toledo, por no haber querido esta concederles poderes amplios, cual pedia el rey en la convocatoria, sino meramente reducidos á solicitar enmienda de las exorbitancias pasadas, y no á otorgar nuevas imposiciones. Los procuradores de Salamanca y los comisionados de Toledo insistieron con tal firmeza en sus reclamaciones, que irritaron el ánimo del monarca, hasta el punto de mandarles salir de la corte, y señalarles lugar para su residencia, como por especie de destierro; con cuyo rigor creyó el rey sojuzgar los ánimos de los demás procuradores, para que otorgasen el servicio pedido á las córtes, trasladadas despues á la Coruña, sin advertir que tan destemplada severidad y tan injustos desaires iban á enconar los ánimos, y á dar lugar á peligrosas alteraciones.

Y aconteció así: porque, apenas llegó á Toledo la nueva del mal recibimiento que habian tenido sus enviados, y de lo desatendidas que habian sido sus súplicas, mostróse abiertamente el descontento general, mal encubierto hasta entonces; alteróse el pueblo; impidió á Padilla y á Avalos que saliesen de la ciudad y acudiesen al llamamiento del rey, que les mandaba ir á su presencia; y ocupando el alcázar, que hubieron de abandonar algunos caballeros malquistos con el pueblo, comenzó aquel desasosiego turbulento y aquella falta de respeto á las autoridades, que suelen preceder á las revoluciones. Fácil hubiera sido al monarca, si escuchara su propio consejo y no el torcido de sus cortesanos, sosegar á Toledo con su presencia, y quizá impedir de esta suerte el posterior levanta-

miento de Castilla; pero seducido por sus privados, que, temorosos del enojo de los naturales y ansiosos de poner en salvo sus tesoros, nada anhelaban mas que abandonar á España, determinó partir al primer viento favorable, ya que habia conseguido de las córtes la concesion de un servicio de doscientos cuentos en tres años, aunque contra el parecer de muchos procuradores, que reclamaron como escandaloso el exigir nuevos servicios, antes de acabar de cobrar los concedidos anteriormente, y de poner remedio á los males que aquejaban al reino. Rodeado de aduladores flamencos y de algunos caballeros castellanos, y dejando tras sí el descontento y la indignacion pública; abandonando á todo trance una nacion, cuyo gobierno era de mas valor y cuantía que el de sus demás dominios y estados; confiando á las débiles manos del cardenal Adriano de Utrech las riendas de tan gran imperio, y sin tomar mas precaucion para impedir ó sosegar las turbulencias que amenazaban, que nombrar por capitan general al esclarecido caballero D. Antonio de Fonseca, se embarcó el rey Carlos, y se hizo á la vela el dia 20 de junio de dicho año de 1520.

La ausencia del monarca fué la seña del levantamiento general, que se verificó en las principales ciudades casi en el mismo dia, como si para ello se hubieran concertado. Y era natural que así sucediese; porque, siendo comunes los agravios, y habiendo visto desatendidas las justísimas quejas elevadas á oidos del monarca con sumision y respeto, no pudieron al verle ausentarse reprimir por mas tiempo su indignacion y enojo. Como las causas del descontento no conmovian solamente á la gente plebeya, sino tambien á los nobles, que se habian visto humillados por los orgullosos Flamencos hasta el punto de reducir á muchos de ellos á la clase de pecheros, y de conseguir del monarca que desairase á la nobleza de Castilla, dejando el reino bajo el gobierno de un extraño, no fué difícil que la llama de la insurreccion prendiese en todas partes, y se extendiese en un momento. Las resultas de la conmocion popular fueron tambien casi idénticas en todas las ciudades: irritadas contra los procuradores de córtes que habian otorgado el servicio, los insultaron y persiguieron, llegando Segovia hasta el exceso de matar á uno de ellos; recelosas y descontentas con las personas que tenian las varas de justicia por el rey, quitáronselas, y eligieron personas de su confianza, bajo el título de *Diputados de la Comunidad:* cosa muy natural en unas ciudades acostumbradas á nombrar su gobierno municipal, derecho importantísimo, principal causa del impulso de libertad que las animaba para reprimir las demasías del monarca, y para haber puesto coto á los exorbitantes derechos de los señores. El temor de que cundiese este espíritu, tan contrario á sus privilegios, retrajo á muchos de estos de abrazar el partido de las Comunidades; y los mas se retiraron á sus castillos, deseosos de que los pueblos enfrenasen la autoridad real, pero descontentos de que hiciesen tan peligrosa prueba de sus fuerzas y poderío: otros nobles uniéronse á la Comunidad, ó por afecto al bien comun, ó para vengar resentimientos particulares, ó para saciar su ambicion en medio de tantas revueltas; y aun algunos lo fingieron cautelosamente, para ponerse al frente del

pueblo y quebrar con maña su ímpetu : Toledo, Segovia, Burgos, Zamora, Madrid, Cuenca y Guadalajara fueron las primeras ciudades que se alzaron y pusieron en armas, mostrándose resueltas á recobrar con la fuerza lo que no pudieran con el apoyo de la razon y de las leyes; debiéndose notar que apenas cometieron uno ú otro exceso los pueblos levantados con voz de Comunidad, siendo cortísimo el número de personas perseguidas, de casas derribadas, y de insultos cometidos contra la justicia ó los nobles, á pesar de que los historiadores se empeñan en abultar algunos desórdenes, irremediables en el primer arranque del furor popular.

Llegó al rey la nueva de estas alteraciones, y conoció ya tarde su desacuerdo en haber irritado á los Castellanos; sucediendo entonces, como siempre, que, si se levantan los pueblos para conseguir lo que de justicia se les debe y se les negó con tiranía, no basta ya el concedérselo; porque mas parece sacrificio hecho á la fuerza, que cumplimiento de obligacion ó don de generosidad. Olvidó el rey esta importante máxima, y creyó apagar el incendio de las Comunidades, accediendo á las principales demandas de Toledo : prometiendo que nunca se darian oficios á extranjeros; que no se cobraria el servicio otorgado en las córtes de la Coruña á las ciudades que hubiesen perseverado leales, ni á las que se redujesen á obediencia; y que las rentas reales se darian por encabezamiento, como estaban en tiempo de los Reyes Católicos, y no por pujas exorbitantes, tan odiadas del pueblo. Estas concesiones, que dos meses antes hubieran evitado los horrores y escándalos de la guerra civil, parecieron ya, por tardías, indicios de flaqueza ó lazos de asechanza, contribuyendo no poco á alzar á Castilla en manifiesta insurreccion la conducta del consejo real, que, reunido en Valladolid con el cardenal gobernador, y tan poco apto para manejar el timon del estado en tiempos borrascosos, como habia sido poco justo para aconsejar en la calma al monarca, determinó que se enviase para castigar á la ciudad de Segovia, la mas desmandada en su levantamiento, al alcalde Ronquillo, célebre por su dureza é imprudente severidad, acompañándole mil hombres de á caballo, odioso, ó inútil aparato para hacer justicia, y corto apresto militar para sujetar por fuerza de armas. Amenazada Segovia, y viendo ya dada la señal de la guerra, envió á pedir socorro á Toledo y á las demás ciudades alzadas, seguidas ya de Toro, Leon, Avila y Murcia; en tanto que Ronquillo, hallando cerradas las puertas de la ciudad, asentaba juntamente su campo y tribunal á seis leguas; y manejando con igual desacierto que dureza la lanza guerrera y la vara de justicia, ora requiriendo y echando pregones, ora talando campos, interceptando bastimentos y ahorcando algunos infelices, ni causó respeto ni infundió temor, ni logró mas que acelerar el rompimiento de la guerra civil. Que apenas supo Toledo el peligro de Segovia, cuando envió tropas en su socorro, al mando de Juan de Padilla, y lo mismo hizo la villa de Madrid; empezándose entonces el concierto y trato entre todas las ciudades de voto en córtes, para que, reunidos sus procuradores, tratasen de averiguar los males que trabajaban el reino, y de pedir al emperador su pronta y

radical curacion. Avila fué la ciudad elegida para la reunion concertada, y donde se instaló la *Santa Junta,* compuesta de los procuradores de todas las ciudades de voto en córtes, excepto las de Andalucía.

Al mismo tiempo que se reunia esta junta, para tener una autoridad que diese acertado rumbo á los negocios, caminaban las tropas de Toledo y Madrid á unirse en el Espinar con las gentes de Segovia; y juntas todas ellas, moviéronse contra Ronquillo, que, débil para hacer frente, comenzó á retirarse. Sabida por el cardenal gobernador esta retirada, mandó al capitan general Antonio de Fonseca que fuese en su socorro con cuanta gente de á pié y de á caballo pudiese haber; y que, sacando la artillería reunida en Medina del Campo, marchase á sojuzgar á los inquietos y á domar la altivez de Segovia. Salió en efecto Fonseca, aunque con disimulo por no exasperar les ánimos de Valladolid, irritados ya contra el cardenal y el consejo; y reunido en Arévalo con Ronquillo y su gente, se encaminaron á Medina del Campo, con intento de sacar par fuerza la artilleria, si no les fuese presentada de grado.

Firmes los de Medina en la heróica resolucion de no prestar armas para oprimir á sus vecinos, ni se dejaron intimidar por las amenazas ni seducir por las promesas; y negándose abiertamente á entregar la artillería, colocáronla en las bocascalles, para usar en su defensa de aquellas mismas armas destinadas contra sus hermanos. Viendo Fonseca que las intimaciones eran infructuosas, mandó á sus tropas que embistiesen, y entrasen por fuerza á apoderarse de la artillería; mas no contó con el valor de un pueblo, resuelto á perecer por sostener su propósito; y así, rechazado y sin esperanzas de lograr su intento, mandó el general poner fuego á algunas casas, para que, amedrentados los habitantes y corriendo á libertar sus haciendas y vidas, aflojasen en la defensa. Comenzó á arder Medina; cundiendo el incendio con tal ímpetu y voracidad, que calles enteras, plazas y monasterios quedaban abrasados por momentos; en tanto que los moradores, *como si sus casas fuesen de enemigos,* y mirando mas por la honra que por la vida de mujeres é hijos, que perecian entre las llamas, veian imperturbables cundir el incendio, sin cuidar de atajarle ni distraerse un punto de defenderse contra los crueles sitiadores. Desesperados estos, cargados de remordimientos y de infamia, y sin haber conseguido su intento, se retiraron con vergüenza, dejando abrasada la mayor parte de Medina, quemadas inmensas riquezas, almacenadas allí para la próxima feria, y causando la ruina de aquel heróico pueblo y de muchos hacendados y mercaderes de todo el reino.

Los vecinos de Medina, mas encendidos con el resentimiento de su agravio que pesarosos de la quema de su villa, escribieron á las principales ciudades una sencilla relacion de su desgracia, capaz de arrancar lágrimas al mas empedernido, y pidieron á la junta de Avila y á los capitanes de los Comuneros que viniesen en su socorro, y se aprestasen á auxiliarlos para tomar una pronta y tremenda venganza. El mismo deseo se apoderó de casi todas las ciudades del reino, hasta tal punto, que Valladolid mismo se levantó en Comunidad, y amenazó al cardena

y consejo; los cuales, dudosos é irresolutos, desaprobaron la conducta de Fonseca, protestando que no tenia órden de cometer tal atentado, y le mandaron licenciar el ejército. Fonseca y Ronquillo, viéndose proscritos por el odio general, abandonaron á España, y partieron para Flandes á buscar acogida en el emperador, que ya tenia levantadas contra su gobierno, no solo ambas Castillas, sino Galicia, Asturias y Vizcaya.

Los capitanes Padilla y Zapata, con la gente de Toledo y Madrid, llegaron á Medina el dia siguiente al de su incendio, miércoles 22 de agosto de 1521, cobrando nuevos bríos con la vista de triste espectáculo y de crueldad tan inaudita; y sacando la artillería, entraron de allí á algunos dias en la villa de Tordesillas, donde se hallaba la reina doña Juana, en cura por su demencia, segun unos, y en reclusion, tratada con abandono y dureza, si se ha de creer á los Comuneros. Padilla y los demás capitanes presentáronse á S. A., que los recibió con afabilidad y agasajo; y manifestándole los males que agobiaban al reino, la ausencia de su hijo y la guerra civil ya encendida, rogáronle prestase su autoridad, para que á su nombre y al del rey gebernasen estos reinos los procuradores de las ciudades, que se hallaban reunidos en Avila, y se tratase de poner término á tanta calamidad. Convino en ello la reina; y así lo publicaron los Comuneros con testimonios judiciales; si bien es verdad que sus contrarios aseguran que nunca pudieron convencerla á que firmase cartas ni provisiones; y que su condescendencia y aprobacion nacian meramente de su apacible carácter y falta de juicio. Lo cierto es, que el dia 10 de setiembre ya se hallaban reunidos en Tordesillas todos los procuradores del reino, gobernándole *á nombre de la reina y el rey, sus señores*, usando del real sello, y con todo el influjo moral que debia tener en una nacion, acostumbrada al régimen monárquico, el ver al frente del partido popular á una persona que aun ocupaba el trono en compañía de su hijo, y que no menos por sus degracias que por los recuerdos de su madre doña Isabel, ídolo de los Castellanos, era objeto de su veneracion y cariño.

Reunida así la representación de casi todas las ciudades de voto en córtes al influjo del trono, y alejada toda sospecha de querer negar la obediencia a monarca, obligando la junta á los procuradores á repetir el juramento sagrado de fidelidad, se fortaleció hasta un punto increible el bando de las Comunidades. Si hubiesen elegido un gobierno mas á propósito que el de una junta numerosa poco apta para regir el estado en tiempos de revueltas, y tan falta de concierto interior, como plagada de las semillas de discordia que engendran los zelos de los particulares y las rivalidades de las provincias, casi seguro era que hubieran acabado de desatentar á sus débiles enemigos, que, escasos de fuerzas y desconceptuados con los pueblos, ni sujetar podian ni ofrecer condiciones de reconciliacion. Porque era tal el crecimiento que habian tomado las Comunidades, que apenas habia ciudad ó villa que no se hubiese alzado en su nombre: hiciéronlo así Palencia, Alcalá de Henares, Jaen, Ubeda, Baeza, Cáceres y Badajoz; mientras que Burgos, Salamanca, Avila y Leon levantaban gentes y las mandaban con sus

capitanes. Solo la Andalucía, no contenta con permanecer tranquila y neutral en contienda de tamaña importancia, formó la *Junta* llamada *de la Rambla,* donde los diputados de las mas de sus ciudades plantearon una liga para mantenerlas sumisas, ofreciendo al emperador contribuir cuanto pudiesen á apaciguar el levantamiento de Castilla.

Ni debe parecer extraño que así sucediese: porque Granada, sin ser aun mas que una mezcla confusa de conquistadores y conquistados, y destrozada por la persecucion que la avaricia y la supersticion fomentaban contra la mayor y mas rica parte de sus moradores, era mala apreciadora de la libertad que no habia gustado, y no podia tener ánimo para sustentarla; y el reino de Sevilla, oprimido por la desmedida preponderancia de la casa de Medina Sidonia, apenas manifestó con una leve conmocion en la capital que no era del todo insensible al deshonor que le amagaba, por su indiferencia hácia el bien general de la patria.

Aunque en esta época se veia en su mayor robustez y grandeza el bando de la Comunidad, ya por otra parte empezaban á manifestarse los presagios de su decadencia y ruina en la desunion de la nobleza y del pueblo. Si hubiese habido concierto y hermandad entre ambas clases, y hubieran trabajado de consuno para poner coto al poderío de los reyes, no cabe duda de que lo habrian conseguido; y de que un régimen templado, semejante al que ha hecho libre y feliz á Inglaterra, nos hubiera ahorrado tres siglos de servidumbre y de desdichas. Pero por desgracia el egoismo y ambicion de los grandes y señores, y la imprudencia y falta de política de parte de los Comuneros, hicieron que la nobleza se declarase contra la causa de la libertad, prefiriendo ayudar al monarca para oprimir á los pueblos aun con peligro de sus propios privilegios, á la grata satisfaccion de renunciar algunos de ellos, para gozar de la felicidad comun. El levantamiento contra sus señores de algunas ciudades y villas, que no pudieron dejar de comparar su opresion y pobreza bajo el yugo feudal con el estado próspero y floreciente de las ciudades libres; la imprevision con que los Comuneros restituyeron á alguna ú otra ciudad las villas y lugares que antes les pertenecieran, diciendo: *que habian sido despojadas por los reyes pasados, y dados á los caballeros que tiránicamente los poseian;* las peticiones de algunos diputados de la *Santa Junta,* que pretendian *que en Castilla todos contribuyesen, todos fuesen iguales y todos pechasen;* en fin, otras mil circunstancias que lastimaron el orgullo de la altiva nobleza, todo contribuyó á que mirase esta con ceño el levantamiento de los Castellanos, y advirtiese que, si no se unia al monarca y le prestaba sus fuerzas, el pueblo estaba dispuesto á labrar su felicidad, no menos con la diminucion de los excesivos privilegios de los señores, que con la justa templanza de la potestad de los reyes.

Contribuyeron tambien en sumo grado á empeñar á la nobleza contra el bando de las Comunidades, los despachos del emperador llegados por los mismos dias, en que nombraba por gobernadores de estos reinos, juntamente con el cardenal, al condestable de Castilla y al almirante, que á la sazon se hallaba en Cataluñ

con lo cual, satisfecho el desaire que habia sufrido la nobleza castellana con la preferencia dada á un extranjero, y confiando el mando de capitan general al conde de Haro, hijo del condestable, cobró aliento y bríos la desmayada causa del rey Carlos.

Entre tanto, los Comuneros, llevados de una mal entendida benignidad, muy frecuente en las juntas populares y propia del carácter de la nacion, se contentaban con deshacer el consejo que se hallaba en Valladolid, dejando en libertad á sus individuos, y sin mas que apercibirlos, lo mismo que al cardenal gobernador, para que no siguiesen ejerciendo la autoridad real.

Por esta misma época escribió la junta una carta al emperador, refiriéndole lo acaecido en estos reinos; y protestándole que el mejor servicio de su persona y el deseo de afianzar el cumplimiento de las leyes fundamentales, habian causado el levantamiento de los Castellanos, siempre leales á su monarca y ansiosos de que se remediasen los males públicos: á cuyo fin se estaba extendiendo una representacion á S. M., que, si mereciese su aprobacion, restituiria el temple y vigor á las enflaquecidas leyes, y atajaria para lo porvenir la arbitrariedad y los abusos.

Esta representacion, dividida de 118 capítulos, tenia por objeto: 1º. pedir la vuelta del rey, y que revocase el poder dado á los gobernadores, perdonando las demasías de los pueblos y aprobando su conducta, por haber sido para mejor servicio suyo y bien general de estos reinos, sin intentar jamás pedir al papa que le absolviese de la obligacion de cumplir lo que pactase con sus pueblos, segun las torcidas opiniones que en aquellos tiempos cundian acerca de la autoridad pontificia: 2º. cerrar la entrada al influjo extranjero, mandando revocar las cartas de naturaleza dadas; prohibiendo conceder ningun oficio ni cargo sino á naturales de estos reinos; vedando al monarca el casarse sin consentimiento de las córtes, ó permitir la entrada en el reino de tropas extranjeras, bajo ningun pretexto: 3º. afianzar la libertad y el respeto debidos á las córtes, previniendo que las ciudades enviasen á ellas sus procuradores por libre eleccion, exenta del influjo del gobierno; que cada brazo ó estado nombrara por sí un procurador; que estos no pudiesen recibir ningun cargo ni merced del monarca, para sí ni para su familia, bajo pena de muerte y de perdimiento de bienes; que no se cobrase el servicio concedido en la Coruña, ni se otorgasen otros en lo sucesivo; que cada tres años se reunieran las córtes, sin necesitarse la convocacion del monarca, á fin de que cuidasen de la observancia de las leyes y de los capítulos acordados, pudiéndose reunir libremente los procuradores, sin que el rey les nombrase presidente, que les impidiese cuidar del bien de la república: 4º. aliviar al pueblo, suprimiendo empleos; estableciendo economía en los gastos de palacio; arreglando las posadas ó alojamientos; previniendo que las contribuciones se diesen por encabezamiento, y no por pujas: 5º. minorar la preponderancia de la nobleza, mandando que ningun grande pudiese tener en la casa real oficio que tocare á la hacienda y real patrimonio; que se revocasen las donaciones de villas y lugares, de rentas y servicios, mandadas restituir por el testamento de la reina doña Isa-

bel, y las hechas despues de su muerte; que el rey ni sus sucesores no pudiesen enajenar bienes de la corona; que no se diesen tenencias ni alcaldías á señores de título y estado; que, siendo en daño de los pecheros el gran número de cartas y privilegios de hidalguía, no pudiesen concederse en adelante, ni valieran los dados despues del fallecimiento de dicha reina : 6° arreglar la administracion de justicia, pidiendo al rey que despidiese los malos consejeros que tenia; que ordenase visita de los tribunales de cuatro en cuatro años; que no pudiese por cédulas de privilegio trastornar la forma de los juicios; que diese los cargos de justicia por merecimiento, y no por favor; que no enviase corregidores á las ciudades y villas, sino pidiéndolo ellas, pues les bastaban los alcaldes ordinarios; que se arreglasen las apelaciones, y los jueces de revista fuesen diferentes de los que pronunciasen la primera sentencia; que no se señalase á ningun juez salario ni ayuda de costa de bienes confiscados : 7°. poner linde á los abusos de la autoridad eclesiástica, prohibiendo publicar bulas ni indulgencias sin permiso de las córtes; estableciendo cierto arreglo en su predicacion, para que no se forzase á los vecinos á tomarlas, ni se les apremiase con excomuniones; habiéndose de emplear los dineros que de ellas se sacasen en los objetos para que fueren legítimamente destinados; vedando á los jueces eclesiásticos exigir mas derechos que los que se acostumbraban en los juzgados reales; y castigando á los prelados que no residiesen en sus diócesis la mayor parte del año, con pérdida á prorata de los frutos : 8°. proteger el aumento de la riqueza racional, fijando el valor de la moneda, y por medio de leyes exclusivas, segun las ideas que entonces se tenian de economía política : 9°. ordenar la recta administracion del estado, prohibiendo la venta de oficios, y el dar expectativas durante la vida de los que en la actualidad los desempeñasen, mandando que ni jueces ni regidores pudiesen tener mas de un oficio; que se tomase residencia á cuantos hubiesen manejado en los útimos tiempos varios ramos de hacienda pública; que se cuidase de redimir los juros vendidos al quitar, volviendo el precio de su enajenacion; y se prohibiera al monarca hacer donaciones de bienes que no hubiesen venido aun á su poder, y menos de los que hubiere pedido, como pertenecientes á la corona real, sin haberse pronunciado todavía sentencia contra los poseedores; en fin, que se estableciesen cuantas reglas dictase la sana política, amaestrada con los recientes males y desengaños, para impedir que en lo sucesivo se repitiesen.

No es posible omitir dos observaciones, que saltan á la vista del menos reflexivo apenas lea los anteriores capítulos; una de ellas es que la nacion española tiene la gloria de haber sido la primera que mostró en Europa tener cabal idea de monarquía templada, en que se contrapesen todas las clases y autoridades del estado; y esto en una época en que la Francia, que quiere apellidarse maestra en ciencia política, habia ya casi perdido la memoria de sus *Estados generales*; y en que Inglaterra, con iguales pretensiones á tan pomposo título, se hallaba tan atrasada en la carrera de su libertad, que tardó mas de un siglo en alzarse al punto de saber en aquella sublime ciencia, que era comun en España por el

tiempo de las Comunidades. La otra observacion es, que el modo de juzgar imparcialmente en esta gran contienda entre una nacion y su monarca, no es atender á hechos particulares, á acusaciones recíprocas ni á demasías cometidas por uno y otro partido, sino meditar los capítulos propuestos por la junta, para que sirviesen de *ley perpetua* ó fundamental del reino, y ver en ellos la justicia de las peticiones de los Castellanos, y la tiranía con que el emperador se negó á otorgarlas, llevando á tal extremo su rigor, que á duras penas pudo salvar la vida el mensajero encargado de entregarle la carta de las Comunidades, y diérase por contento de que le encerraran en un castillo, con cuyo atropellamiento, no osaron presentarle los capítulos los comisionados de la junta, que llegaron á Bruselas con este propósito, y desistieron de seguir hasta Vórmes.

Ni fué esta la única muestra que dió el emperador de aspirar á un dominio absoluto, desembarazado de todo freno; antes por el contrario, hizo que se pregonasen por traidores los promotores de las Comunidades, mandando *que fuesen juzgados sin proceso ni tela de juicio,* sin emplazarlos ni oirlos, *anulando las leyes en contrario, usando de su poderío real absoluto*, *como señor natural de estos reinos.*

En tanto, los gobernadores, queriendo reducir á los Comuneros por fuerza de armas, trabajaban en levantar gentes; convocaban á los nobles, dispuestos ya por su propio interés á ayudar al monarca; pedian dineros; traian socorros de Navarra; y conseguian del rey de Portugal que prestase cincuenta mil ducados, y concurriese á esclavizar á Castilla, como si no le bastase el haberse negado á patrocinar su libertad. Al mismo tiempo que se fortalecia el bando de los gobernadores con la llegada de caudales y gente de guerra, lograba el condestable entrar en la ciudad de Burgos, seduciéndola con promesas de traer la aprobacion del emperador para ciertos capítulos concertados; mientras que el cardenal, fugado de Valladolid y unido con algunos consejeros, rehacia en Medina de Rio-Seco la descompuesta máquina del gobierno, de acuerdo con el condestable y su hijo el conde de Haro, que se hallaba reuniendo el ejército en la villa de Melgar.

No se descuidaban por su parte los Comuneros en aprestarse á la defensa, pidiendo socorros á las ciudades y villas alzadas, y nombrando por capitan general á D. Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, creyendo por este medio atraerse á los nobles, y amenazando con la nota de traidores á los que no patrocinasen la Comunidad. Mas este nombramiento, de que tanto bien se prometian, no causó mas efecto que disgustar á D. Juan de Padilla, que volvióse á Toledo, ó por rivalidad, ó por hallarse en grave riesgo la vida de su mujer; con cuya ausencia se desbandó mucha de la gente reunida, y se prepararon las desgracias que poco despues sobrevinieron.

A punto de rompimiento estaban ya ambos partidos, cuando llegó el almirante adonde el consejo se hallaba; y ora por amor á la paz, ora por enflaquecer con dilaciones y arterías el bando de los Comuneros, logró entrar en trato con ellos, viniendo á Torrelobaton tres ó cuatro procuradores de la junta, que malgastaron algunos dias en tantear medios de concordia; hasta que, cerradas todas las vias

de reconciliacion (difícil de ajustarse entre pueblos cansados del sufrimiento y un príncipe codicioso de poderío desmesurado), empezaron á moverse los ejércitos de una y otra parte.

El de las Comunidades se presentó delante de Rio-Seco á fines de noviembre; y allí perdió algunos dias en hacer alardes, trabar escaramuzas, y presentar batalla al ejército de los grandes, que no quiso aventurarla hasta la llegada del conde de Haro, que traia refuerzos de gente escogida; con cuya reunion y hecho mas poderoso el ejército de los gobernadores dudaron si convendria entretener la guerra sin arriesgar combates, y solo molestando al contrario con rebatos y correrías, ó moverse contra él con ánimo de pelear, como al fin resolvieron. Mas á tiempo que ya D. Pedro Giron, viendo su gente escasa de mantenimientos, habia movido el campo hácia Villalpando, villa cercada que le abrió sus puertas y entregó su fortaleza, por ser él sobrino del condestable su señor.

No bien supo el conde de Haro el camino que llevaba el ejército de la Comunidad, cuando resolvió aprovechar la ocasion, que la imprudencia ó la traicion de su caudillo le ofrecia, para libertar á la reina; á cuyo fin dividió en dos trozos el ejército, y cayó sobre Tordesillas á principios de diciembre. Defendian la villa, en custodia de la reina y de la junta, algunos caballeros con gente de á pié y de á caballo, y los cuatrocientos clérigos que habia traido para pelear en defensa de la libertad el célebre Acuña, obispo de Zamora, cuyo temple de alma, superior á todos los trances de fortuna, le hacia sobrepujar en su vejez el arrojo y denuedo de la juventud mas lozana. Con tan buena defensa, y resuelta á seguir el ejemplo de Medina, la villa de Tordesillas no escuchó ninguna propuesta de los sitiadores, antes se apercibió á resistir á todo trance: y dada la señal de combate, comenzó con tal encarnizamiento la embestida de la villa, y fueron tantas las muertes y el destrozo del ejército de los gobernadores, que los mas de los caballeros desesperaron del buen éxito de la empresa, y aconsejaron retirarse. Pero el conde de Haro, sin aflojar de su propósito despues de cinco horas de experimentar la resistencia mas obstinada, descubrió un portillo por la parte de la villa mas descuidada de los sitiados; y haciendo entrar por él á algunos soldados atrevidos, con gran ruido de cajas, tomó posesion de una parte del muro, y comenzó á trabarse dentro de la villa la mas ciega pelea, con tal heroismo de los sitiados, que pegaron fuego á algunas casas para detener el ímpetu de los enemigos. Mas todo fué en vano: ya habian entrado la villa muchos caballeros y gente de guerra, habian preso á nueve ó diez individuos de la junta (que no pudieron fugarse como los demás), y se hallaban apoderados de la persona de la reina.

Golpe mortal fué para las Comunidades la rendicion de Tordesillas: deshecha la junta, perdida la autoridad que le daba el obrar á nombre y por mandamiento de la reina, desanimado el ejército, descontentos los pueblos, y sobre todo, esparcida la desconfianza y discordia entre los caudillos y capitanes, todo anunciaba el desconcierto y peligro de la Comunidad. Era tal el descrédito de Giron y

la insubordinacion de su ejército, que lo viera desbandarse al primer encuentro ó penalidad que sufriera, sino lo llevara á la ciudad de Valladolid, de donde salióse él cautelosamente, y se pasó al bando de los gobernadores, abandonando un partido que habia abrazado por ambicion, y que vendió traidoramente, segun voz pública de aquellos tiempos y el testimonio casi unánime de los historiadores.

Tantos desastres juntos bastaran á deshacer cualquier partido menos firme y resuelto que el de las Comunidades; pero eran Castellanos los que le sostenian, y era la libertad la que los alentaba. Así es, que apenas se reunieron en Valladolid los miembros de la junta fugados de Tordesillas, y los que habian ido en el ejército como zeladores de la conducta de Giron, cuando tomaron las riendas del gobierno, escribieron á las ciudades y villas para que reparasen las recientes pérdidas, y mandaron llamar á Juan de Padilla, quien, apenas lo supo, partió sin demora con la gente de guerra que tenia reunida, á pesar de hallarse en el corazon del invierno, y llegó á Valladolid á reanimar con su presencia las esperanzas de Castilla. Encargado del mando del ejército por voz y deseo general de las tropas y del pueblo (aunque la junta estaba inclinada á encomendarlo á D. Pedro Laso, que nunca perdonó este desaire), ordenó Padilla su ejército, y lo extendió por la comarca de Valladolid, donde fueron frecuentes las escaramuzas con las tropas de los gobernadores, haciéndose unos y otros gran daño, talando campos, tomando villas y lugares, y sin escuchar nunca palabras de paz, á pesar de haber venido á esta sazon un legado del papa y un enviado del rey de Portugal á tentar medios de concordia.

Tomaba vuelo segunda vez la causa de la Comunidad: á su nombre se habian levantado las Merindades de Castilla la Vieja, capitaneadas por el conde de Salvatierra y por otros caballeros principales; el reino de Toledo, mas alterado que nunca, mantenia tan encendida la guerra en toda Castilla, que determinaron los gobernadores mandar para reducirle al prior de S. Juan con buena copia de gente; y al mismo tiempo la ciudad de Burgos, viendo que no habian sido aprobados por el emperador muchos de los capítulos concertados con el condestable, se rebelaba contra él, y le ponia en tal estrecho, que hubo de reunir caballeros y gente de guerra, para mantenerse en la ciudad y tomar posesion del alcázar.

En este estado se hallaban las cosas de estos reinos á principios del año de 1521: y aumentado el ejército de los Comuneros con los socorros de varias ciudades, determinó Padilla emprender alguna accion que le ganase crédito y nombradía; con cuyo ánimo, movió el campo, y lo asentó sobre Torrelobaton, villa del almirante bien fortificada y provista, á corta distancia de Tordesillas, donde tenian los enemigos la mejor parte de su ejército. Inútil fué la obstinada defensa de la villa y la llegada del de Haro en su socorro; á los tres dias de las mas recias embestidas, y con grave pérdida de los combatientes, fué entrada la villa, y puesta á saco por la tropa de la Comunidad.

Ufano Padilla con el triunfo, celebrado con grande alegría por todas las ciu-

dades Comuneras, determinó alojar allí su ejército, creyendo reducir al mayor apuro el del rey, cortándole los caminos y quitándole los bastimentos; pero no conoció el ardid de los gobernadores, que, viéndose flacos en opinion y fuerza, y cercados de ciudades enemigas, insistieron con ahinco en volver á entablar los tratos de paz, interrumpidos con la toma de Torrelobaton, y alcanzaron de la junta una tregua de ocho dias, que empezó á correr desde el primero de marzo. Algunas dificultades se allanaron en este brebe término con intervencion del enviado de Portugal, y tratando por parte de los Comuneros D. Pedro Laso, á quien acusan de perfidia sus contemporaneos, cuya sospecha justificó despues con su traidora fuga á Tordesillas. Mas todas las negociaciones fueron infructuosas; porque los gobernadores solo ofrecian instar al emperador para que otorgase algunas peticiones de los Comuneros; y estos, desconfiando de promesas tantas veces quebrantadas, pretendian que se obligasen los grandes y señores á sostener con armas las justas demandas que el rey denegase; y que en prueba de sinceridad y buena fe, les diesen por rehenes algunas fortalezas y personas principales.

Rota al fin la malguardada tregua (que no produjo á los Comuneros sino gran desbandada de gente, ó ya enriquecida con el saqueo, ó descontenta por falta de paga), trabóse de nuevo la guerra con frecuentes salidas y escaramuzas; pero sin reencuentro ni cosa notable. Padilla, ó sobradamente afecto á conservar lo que habia ganado, ó quizá no previendo los riesgos á que su inaccion le exponia, ó, lo que es mas verosímil, esperando los socorros de gente de varias ciudades y algun caudal para poder salir en campo, se contentaba con inquietar á los enemigos; y los gobernadores, viendo menoscabado el ejército de los Comuneros, compuesto de siete mil infantes y cuatro mil caballos, trataban solo de reunir el suyo, viniéndose el condestable de Burgos con la gente que allí tenia. Lograron en efecto la meditada reunion, llegando el condestable á Peñaflor, cerca de Valladolid y no lejos de Tordesillas, de donde salieron á unírsele el almirante y los grandes, dejando buen presidio en la villa en guarda de la reina; y junto ya el ejército, hicieron reseña de él, y vieron que llegaba á mas de seis mil infantes escogidos y dos mil cuatrocientos de á caballo, sin otros mil y quinientos que despues se les reunieron.

Fiado en la aventajada calidad de sus tropas, no menos intentó el conde de Haro que cercar á Padilla en Torrelobaton; mas apercibido este de su peligro, y conociendo su falta en haber permanecido dos meses en dicha villa, resolvió con los demás capitanes marchar prestamente, enderezándose hácia Toro, con ánimo de esperar allí los socorros qne debian llegarle. Tomado este acuerdo, salieron los Comuneros de Torrelobaton, antes del amanecer del dia 23 de abril, dispuesto en buen órden su ejército, que cerraba Padilla con la caballería para detener á los imperiales, que adelantaban la suya en su seguimiento. El de Haro que iba al frente, dejando atrás la infantería, picaba vivamente la retaguardia del ejército de los Comuneros, sin poder desconcertarlos en mas de dos leguas, hasta que, dando vista á Villalar, resolvió atacarlos, notando algun desórden en su vanguar-

dia, y creyendo que la lluvia que les daba en el rostro y el lodo á la rodilla les impedirian pelear á ley de buenos soldados. Acometió el conde con denuedo, sin recibir mayor daño de la artillería de los Comuneros, ora por impericia, ora por traicion, como algunos pretenden; y rompiendo á duras penas la caballería enemiga, digna por su valor de mas próspera suerte, dió sobre la infantería, que, desbaratada y confusa, se puso en vergonzosa huida. Quinientos de los Comuneros habian ya perdido la vida, y la fuga de su infantería ponia fuera de duda su total vencimiento, cuando Padilla, seguido de los mas esforzados capitanes, repitiendo su nombre y apellidando *libertad,* se arroja á los enemigos, penetra por sus cerrados escuadrones, arranca de la silla con su lanza al insigne vizconde de Valduerna, atraviesa con ella á un escudero, y corre en busca de la muerte, ya que no del triunfo; hasta que, al fin, estrechado por todas partes, quebrada la lanza y sin uso la espada, herido y sin fuerzas, cayó el valiente caudillo, y se rindió á sus contrarios juntamente con otros capitanes.

La misma noche del aciago 23 de abril, dia tan funesto á la libertad castellana, intimaron la sentencia de muerte á Padilla y á sus compañeros, aun no descansados de la refriega; y al dia siguiente le sacaron á ajusticiar, lo mismo que á Juan Bravo, capitan de Segovia, y á D. Francisco Maldonado, que lo fuera de Salamanca, suspendiendo por algun tiempo la muerte de D. Pedro Pimentel, de la misma ciudad.

Cercano ya á su postrera hora, escribió Padilla dos cartas, que no pueden leerse sin acongojarse el corazon: una ternísima, dirigida á su mujer, *cuya pena le lastimaba mas que su muerte,* y con un sentido recuerdo de su padre Pedro Lopez, adelantado mayor de Castilla, que siempre habia seguido la causa del rey Carlos; y otra, escrita á Toledo su patria con ánimo tan levantado y expresion tan valiente, que muestra la heroicidad de aquel caudillo, ufano de la gloriosa muerte que le aguardaba. Caminaba á ella tranquilo, aliviado con los consuelos de una conciencia pura y de una religion santa, cuando al publicar, el pregonero que los condenaban por *traidores,* oyó á Juan Bravo replicarle con indignacion: « Mientes tú y quien te lo mandó decir; traidores no, mas zelosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino: » á lo que contestó Padilla con serenidad y templanza: « Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, y hoy de morir como cristianos. » Llegaron en esto al lugar del suplicio, y allí entrambos amigos se disputaron la honra de morir antes por la libertad: « Deguéllenme á mí primero, gritaba enternecido Juan Bravo, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla: » y así fué ejecutado. Despues llevaron á Padilla á la picota; y al ver á su amigo sin vida: « ¿ Ahí estais vos, buen caballero? » dijo con profundo dolor; y rogó al verdugo que le apresurase la muerte.

Así acabaron estos caudillos: y la nueva de su castigo y de la rota de Villalar, extendida velozmente por toda Castilla, causó tal espanto y desmayo en las ciudades levantadas, que todas se allanaron al rey, y rogaron el perdon á sus goberna-

dores, *pasando el ímpetu de las Comunidades,* segun la hermosa frase de un historiador, *como furiosa avenida de nublado repentino.*

Solo la ciudad de Toledo no vaciló un punto en su propósito : y era tan brava y cruel la guerra que en este reino mantenian las gentes del prior de San Juan, encargado de reducirle, y las del obispo de Zamora, empeñado en su defensa, que cada dia se aumentaba el encarnizamiento de entrambos partidos. Ni la destruccion de varias villas y lugares, ni el incendio de la iglesia de Mora, donde pereció gran número de personas, ni la ausencia del obispo Acuña (que fué cogido despues, y preso hasta la venida del emperador, que mandó darle garrote), fueron bastantes á desanimar á Toledo, alentada en su firme resolucion por la entrada de los Franceses en el reino de Navarra, y por las alteraciones de la *Germania de* Valencia.

Increible parece que una ciudad tan alborotada como estaba á la sazon Toledo, una mujer sola, la viuda de Padilla, desamparada de todos y sin mas autoridad que la que le daba su grandeza de ánimo, se granjease tal amor y respeto, *que todos la acataban, no como á mujer, mas como á varon heróico. Tirana de Toledo* la llama un historiador, no hallando otro nombre para expresar el sumo poderío que en aquella ciudad ejerciera; llegando este á tal punto, que nada se resolvia sin su acuerdo, ni se ejecutaba sin su mandato. Con mostrar al hijo del malhadado Padilla y presentarse al pueblo, aplacaba su furor en los tumultos, sostenia su constancia en la adversidad, le alentaba en el abatimiento, y le conducia al heroismo. A hechiceria de su esclava tuvieron que atribuir sus enemigos el predominio que tenia en todos los corazones; y valiéndose de la credulidad del pueblo, trataron de robarle su amor, persuadiéndole tan torcido concepto : para que no sucediese, ni una sola vez, que dejase la supersticion de perseguir con calumnias á los promovedores de la libertad. Tan amante de esta como enardecida con el deseo de vengar á su esposo, la viuda de Padilla, sobreponiéndose á la flaqueza de su sexo y al quebrantamiento de su salud, cuidaba de la defensa de Toledo, ordenando frecuentes salidas para entrar mantenimientos, que escaseaban mucho por haber los enemigos adelantado su real hasta el monasterio de la Sisla, al mediodía de la ciudad, para aquejarla con el hambre, y estrechar mas su cerco. Con varia suerte pelearon durante el asedio combatientes y combatidos : hasta que, como saliesen estos un dia en busca de provisiones, dieron tan de repente sobre el real enemigo, que lo entraron por fuerza, desbaratando su gente y poniéndola en fuga. Pero como poco sujetos á la disciplina de la guerra, se entregaron al robo tan desordenadamente, que, apercibiéndolo el prior de San Juan y otros caballeros, reunieron algunos soldados ya recobrados del espanto, y acometieron á los Comuneros con tal ímpetu y presteza, que, sin ser parte á defenderse, perecieron muchos, y otros corrieron á la ciudad llevando consigo la confusion y el miedo.

Grande fué el desmayo en los moradores de Toledo, al saber el destrozo de los suyos; y sin que nada los contuviese, trataron con el prior la entrega de la

ciudad y recibir justicia por el rey, con tal de que se concediese perdon á cuantos en Toledo se hallasen, y no se exigiesen alcabalas ni otros derechos, hasta que debidamente se examinaran las cédulas de exencion que la ciudad tenia.

Bajo estas condiciones, que prometió el prior traer confirmadas por el rey, se concertó la paz por el mes de setiembre de 1521; mas, aunque parecia la ciudad sosegada, y tornaron á ella los que se habian ausentado por temor de las alteraciones, comenzaron á suscitarse rencillas y desavenencias entre estos y los que se habian quedado, los cuales se gloriaban de que á ellos se debia el recobro de alguna libertad; estando siempre tan inquietos las ánimos, y tan ligeros de poner en armas, que por todas partes amenazaban nuevos y peligrosos disturbios.

En este estado de zozobra permaneció algunos meses Toledo, mediando frecuentes tratos entre un comisionado del prior y la viuda de Padilla, que demandaba algunas cosas justas, pero no estipuladas en los conciertos de paz, que al fin vinieron confirmados por el emperador. La noche antes de publicarse esta confirmacion, con la cual creian *que el pueblo consentiria el yugo,* salió por la ciudad un tropel de gente, gritando *Padilla y Comunidad,* á cuyas voces se conmovió Toledo, llegando á punto de pelear uno y otro partido. Mas recobrado el sosiego, no se contentaron el prior y el arzobispo de Vari con pregonar al dia siguiente, 3 de febrero de 1522, lo concedido por el emperador, sino que, para buscar pretextos de oprimir al pueblo y de castigar á los malcontentos, dispusieron sacar á ajusticiar á un infeliz, cogido en el pasado tumulto: con lo cual se volvió á alterar la ciudad, saliendo muchos á libertar por fuerza al reo en el acto de conducirle al suplicio. Prevenida y dispuesta ventajosamente la gente del arzobispo, acometió á los amotinados al desembocar por las estrechas calles; y despues de dispersarlos, con algun derramamiento de sangre, cercó por todas partes la casa de la viuda de Padilla, donde ella se defendió con los mas esforzados de su bando, hasta entrada la noche, con la singular ventura de lograr salir encubierta, y refugiarse en el vecino reino de Portugal.

Con la ida de esta mujer heróica acabó la guerra de las Comunidades: llevando á tal extremo su encono los que habian triunfado á nombre del rey, que quitaron la vida á algunos de los perdonados, culpándoles de los recientes alborotos; y mandaron derribar las casas de Juan de Padilla, sembrarlas de sal, y levantar un padron de infamia. ¡Tanto puede el odio de los esclavos contra los amantes de la libertad!

NOTA.

El autor ha consultado para este *Bosquejo histórico* las siguientes obras: Crónica del Emperador D. Carlos, por Pedro Mexía. M. S.: — Relacion de lo que pasó en estos reinos despues de la muerte del rey D. Fernando hasta que se acabaron las Comunidades; su autor Pedro de Alcocer, escritor contemporáneo, vecino de Toledo. M. S.: — Sandoval, Vida y hechos del Emperador Carlos V: —

Epítome de la vida y hechos del Emperador Carlos V por el conde de la Roca: — *Robertson's History of the reign of the Emp. Charles V*: — *Vita del invittissimo è sacratissimo imp. Car. V, descritta dall S. Alfonso Ulloa*: — Discursos hostóricos de la M. N. y M. L. ciudad de Murcia, por el licenciado Francisco Cascales: — Epístolas familiares y razonamientos del ilustrisimo Guevara, obispo de Mondoñedo, predicador y cronista del emperador Carlos V: — Historia de Segovia por el Licenciado Colmenares: — Alteraciones de Castilla en tiempo de Carlos V; copia de Juan Pablo Mártir Rizo, en su Historia de Cuenca: = Apología de la ciudad de Sevilla contra Mártir Rizo, por D. Francisco Morovelli: = Ferreras, Historia de España.

LA

VIUDA DE PADILLA.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

LA VIUDA DE PADILLA.
PEDRO LOPEZ DE PADILLA.
D. PEDRO LASO DE LA VEGA.
MENDOZA.
HERNANDO DE AVALOS.
MIEMBROS DE LA JUNTA DE TOLEDO.
UN NIÑO, HIJO DE PADILLA.
PUEBLO.
CONJURADOS.

La escena en Toledo.

El teatro representa un salon del alcázar.

Los Comuneros cruz roja al pecho, los Imperiales cruz blanca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

VIUDA, MENDOZA.

MENDOZA.

Tened, señora, suspended los pasos;
De infausta nueva triste mensajero...

VIUDA.

¿Qué os detiene? Decid: ya no hay desgracias
Que abatir puedan mi constante pecho.

MENDOZA.

Las hay, las hay cual nunca: al sol naciente,
Desde los muros hemos descubierto
Las enemigas huestes, que se acercan
A la invicta ciudad; del largo asedio
Cansada su altivez, viendo con ira
Resistir sola la inmortal Toledo
Al soberbio monarca, cuando España
Se rinde humilde á su pesado cetro,
Al asalto se aprestan, anhelando
Dar con la ruina de tan noble pueblo
Fin á la gran contienda. El duro plazo
Llegó; no hay que dudar...

VIUDA.

No el fuerte aliento
Nos falte, amigo, cuando mas lo exigen

La patria y el honor. Ultimos restos
Del partido infeliz que defendiera
La libertad del castellano pueblo,
En el último trance, digna muestra
De constancia y valor hacer debemos.
Así lo pide la espirante patria;
Así los nobles héroes que cayeron
En Villalar; mi malogrado esposo
Así lo pide con terrible acento
Desde el atroz cadalso.

MENDOZA.

La esperanza
De llegar á vencer alzó á los pueblos
Contra el yugo de Carlos, que insufrible
Hicieran codiciosos extranjeros;
La esperanza del triunfo en los combates
Animó á nuestros ínclitos guerreros,
La grata persuasion de ser vengado
Mitigó de Padilla los tormentos;
Mas la esperanza se negó á nosotros...
Pues ¿qué nos queda ya?

VIUDA.

Nos queda un pueblo
Resuelto á perecer.

MENDOZA.

¡Cómo os engaña
El corazon magnánimo! Toledo
No es ya la que antes era: harto gloriosa
Sostuvo de la guerra el grave peso;
Harto tiempo luchó; muertes, horrores,
El hambre atroz que despobló su suelo,
No abatieron su indómita constancia.
Pero ya vana contra el hado adverso
Juzga su resistencia: al acercarse
Las enemigas tropas, no se oyeron
Hoy, como siempre, las sublimes voces
De *vencer ó morir*: triste silencio
Reinaba en los confusos ciudadanos,
Que mirábanse atónitos, temiendo
Descubrir el terror, y los sollozos
Procurando encerrar dentro del pecho.
Ya vacila, señora, la constancia
De la heróica ciudad; temed, os ruego,
La última prueba...

VIUDA.

¡Yo temer!

MENDOZA.

La rüina
Evitad de la patria; al hijo tierno
De la muerte salvad: si en vuestras manos
Su suerte puso la infeliz Toledo,
No la arrastreis al hondo precipicio.

VIUDA.

Si vengarme juró, su juramento
Cumpla constante.

MENDOZA.

En vano lo intentara:
Abandonada, débil, sin aliento,
Fuerza es ya que se postre; España toda
Oprimida la ha visto en duro cerco,
Sin alzarse en su ayuda; escarmentada
Tiembla Castilla; el Valenciano inquieto
Ya lidia apenas; Aragon sumiso
No ve su ruina, cuando ve los fueros
De Castilla violados; todos ceden...
Cedamos ya, cedamos. —Los primeros
El grito dimos de gloriosa guerra,
Cuando sordo el monarca á los lamentos
De la mísera España, holló sus leyes,
Apoyando en la fuerza sus derechos:
Los únicos ya somos que lidiamos
Por defender la libertad; postreros
Seremos en ceder... ¿qué mas exige
De nosotros el santo juramento
Que en las aras hicimos de la patria?

VIUDA.

¡Qué mas exige! —¡Tú, que compañero
Fuiste del gran Padilla, lo preguntas
A su esposa infeliz!... Si no vencemos,
Debemos perecer.

MENDOZA.

No me intimida
La muerte, no; de un inocente pueblo
La total destruccion, tantos millares
De víctimas sin fruto, el crudo incendio
De la gloriosa patria de Padilla,
Sí, me cubren de horror; yo os lo confieso.
Por vos tambien, por vuestro tierno hijo
Que cual padre eduqué, por tantos deudos
Y amigos tiemblo, sin que tenga á mengua
Su destino llorar.

VIUDA.

Sublime esfuerzo
Habemos menester, en vez de llanto.
Si luce por desgracia el sol postrero
De la española libertad, con gloria
Acabe, no vilmente; á duro precio
Compren el triunfo; y el monarca altivo
Reine sobre las ruinas de Toledo.

MENDOZA.

¿Y serán todos héroes?

VIUDA.

Bien conozco
Cuánto puede el terror; los viles medios
Del oro y seduccion, que han prodigado
Los enemigos, sé; y hasta recelo
Que el mismo Laso, por vengar su orgullo,
Nos abandone... Pero allí le veo;
Quedaos vos con él: ante mi vista,
Quien me vengue ó perezca solo quiero.

ESCENA II.

MENDOZA, LASO.

LASO.

¿Porqué, decidme, esa mujer altiva
Huye de mi presencia con desprecio?...
Harto tiempo sufrimos su insolencia,
Y ver sumiso á un valeroso pueblo,
Adorando cual leyes sus caprichos.
No el amor de la patria ni el deseo
De la española libertad la animan;
Vengarse anhela, y á su orgullo ciego
Lo sacrifica todo.

MENDOZA.

Ese lenguaje
Jamás de tí escuché...

LASO.

Llegó ya el tiempo
De descubrirte el corazon: unidos
Desde la tierna infancia con estrechos
Vínculos de amistad, tu cierta ruina
Vengo á evitar, si escuchas mis consejos.

MENDOZA.

No me importa la vida...

LASO.

A mí me importa
Conservar un amigo. —El duro extremo
Llegó de decidirnos; solo un dia
Nos queda, un dia! y vuelan los momentos.
Aun podemos librarnos; aun se puede
Librar la patria de su fin funesto.

MENDOZA.

Si es con infamia, Laso, no prosigas.

LASO.

Solo es infame quien en grave riesgo
Deja á la patria, si salvarla espera;
Pero ya no es posible: en ira ardiendo,
Se acercan los contrarios orgullosos,
El asalto anhelando y el saqueo...

MENDOZA.

Lo sé.

LASO.

Cuanto se aumenta su osadía,
En nuestra gente crece el desaliento...

MENDOZA.

Lo sé tambien.

LASO.

¿Y quieres locamente
Buscar tu perdicion?

MENDOZA.

Abrazar debo
La suerte de mi patria.

LASO.

Si se arruina
Por una estéril gloria, no debemos
Acompañarla hasta el sepulcro. —Inútil
Es toda resistencia.

MENDOZA.

Nada temo;
Ni esperanza ninguna me sostiene:
¡Tanto es difícil contrastar mi pecho!
Si me alcé contra Carlos, seducido
No fuí por la ambicion de nombre eterno,
Por sed de mando ó de venganza inútil;
Su triunfo vi desde el fatal momento
En que, rotas las huestes de los libres,
En Villalar cobardemente huyeron.
Allí miré vencida, encadenada
La castellana libertad; y al tiempo

Que espiraba Padilla en el cadalso,
La vi lanzar su postrimer aliento.
Murió, de entonces, para mí: si inmóvil
Permaneció la célebre Toledo,
Al postrarse rendida España toda
Del monarca á los piés, con harto duelo
Contemplé de mi patria el heroismo,
Su inevitable destruccion previendo.
La preví; mas lidié; lidié valiente,
Padecí los rigores del asedio,
No por la libertad ya sepultada,
Y solo por mi honor. — En el estrecho
Ambito de estos muros resistian
Mis amigos é ilustres compañeros,
Halagados de vanas ilusiones;
Y yo debí seguirlos, aunque cierto
De su engaño y su muerte: que era infamia
Abandonarlos en tan duro empeño.
Al fin llegó, llegó el tremendo dia
De sepultarnos juntos, si resueltos
Están á perecer bajo las ruinas
De la heróica ciudad: su arrojo ciego
Ni condeno ni alabo; mas le sigo,
Le seguiré hasta el fin.

LASO.

Síguelo, y presto
Verás el fruto; síguelo, y tus lares
Verás arder; los sacrosantos templos
Por tierra derribados; los ancianos
Y jóvenes y niños y guerreros
Perecer confundidos entre escombros...
Ni fuga ni piedad: el crudo hierro
Inmolará implacable á cuantos logren
Escapar de las llamas.

MENDOZA.

¡Qué tormentos
Sufre mi corazon!

LASO.

Por una vana
Sombra de honor asesinais cruentos
Mil y mil inocentes; sus clamores
Contra vosotros alzarán; el cielo
A tí y los tuyos pedirá su sangre.

MENDOZA.

No!... amigo, no: si del abismo horrendo,
En que va á hundirse la infelice patria,
La pudiera apartar, dócil el cuello
Tender le aconsejara al grave yugo,
Antes que perecer: así sincero
Lo confesé á la mísera viuda
Del inmortal Padilla. — Mas dispuesto
Estoy á todo trance; mi destino
Para siempre enlacé con nudo estrecho
Al de la amada patria.

LASO.

¿Y si se rinde?

MENDOZA.

Entonces...

LASO.

No: te engañas; ya no es tiempo
Entonces de humillarse; negra infamia,
Atroz suplicio, bárbaros tormentos
Te aguardan solo.

MENDOZA.

¡Oh Dios!

LASO.

Víctima débil
De la ajena ambicion, caerás envuelto
En la ruina comun de los facciosos.

MENDOZA.

Mostraré mi inocencia; justo el pueblo
Mi muerte estorbará...

LASO.

¡Triste el que fia
En el vano favor del vulgo inquieto!
Los mismos que defiendes con tu sangre
Cargado te verán de duros hierros,
Sin levantar la voz; ellos tranquilos
Te verán arrastrar hasta el sangriento
Suplicio, y callarán. — ¡Qué! ¿Te horro-
rizas?
¿Lo dudas, y vacilas?... Mis postreros
Avisos oye, y tiembla al escucharlos.—
¿Me juras, por tu honor, guardar secreto,
De que penden mil vidas, y la tuya,
Y la salud ó destruccion de un pueblo?

MENDOZA.

Lo juro por mi honor.

LASO.

(*Mostrándole con misterio un pliego.*)
¿Lees ahí tu nombre?

MENDOZA.

Sí.

LASO.

Tu muerte has leido.

MENDOZA.

¿Qué misterio
Es este? ¡Tú traidor!

LASO.

Cuando á salvarte
Solícito he venido, con denuestos
No insultes mi amistad. —Sin resistencia
Las puertas van á abrirse de Toledo
A las tropas del rey: muchos caudillos
Ofrécense á rendirse los primeros,
Seguros del perdon; y los soldados,
El pueblo todo imitará su ejemplo.
¡Ay dél, si no le imita! ¡si imprudente
Intenta resistirse! ¡Qué escarmiento
Se le prepara á España con su ruina!—
Elige pues: ó ayudas mis intentos
De calmar á la plebe bulliciosa,
Y te salvas, salvándola; ó el cuello
Darás á la cuchilla en un cadalso.
No hay perdon para tí! Solo yo puedo
El hacha suspender, ya levantada,
Ya pronta á descargar...

MENDOZA.

Tú intercediendo
Por mí, con esos bárbaros verdugos!
¿Y eres tú Laso?

LASO.

Sí: soy quien primero
Osó desafiar el poderío
Del monarca ambicioso; quien los fueros
Reclamó de Castilla en su presencia,
Ufano de su cólera volviendo
A levantar á España contra el yugo.
El mismo soy, el mismo: á nadie cedo
En amor á la patria, en sacrificios....
Por ella tras la muerte en cien encuentros
Corrí; por ella refrené mi orgullo;
Sufrí su ingratitud; y al ser pospuesto
A Padilla en el mando de la tropas,
Mi enojo sepulté dentro del pecho.
Le odié, es verdad; pero su gloria y fama
Jamás oscurecí; su fin sangriento
(Lejos como á rival de serme grato)
Sentí cual castellano caballero.—
Pero muerta la patria, y destruida
La ansiada libertad, ¿no debí cuerdo
Procurar poner fin á inútil guerra?
Mis servicios, mi honor, mi nacimiento,
¿Humillarme vilmente consentian
De una débil mujer al loco imperio?
No.—Si sumiso me mostré, la patria
Agradecerme debe el fingimiento,
Para mí mas costoso que la muerte:
Por salvarla fingí, sufrí desprecios,
Pacté con mis contrarios.... ¿Qué mas quiere
De mí la patria? ¿Qué?.... ¿Callas suspenso?....
¿Me miras, y sollozas?—Si mañana
No es toda ruinas la infeliz Toledo,
A mí lo debe, á mí, que la clemencia
Del vencedor obtuve.

MENDOZA.

¿Y pide, en premio
De su clemencia bárbara, mi vida?

LASO.

La pide, sí, la pide: el fatal pliego
Te lo anuncia terrible; los parciales
De esa altiva mujer, para escarmiento,
Van todos á morir.

MENDOZA.

¡Todos!

LASO.

Tú solo
Alcanzarás perdon.

MENDOZA.

Muriendo ellos,
¿He de comprar mi vida con la infamia?

LASO.

Sálvate, por piedad....

MENDOZA.

A tan vil precio,
Nunca, Laso, jamás.

LASO.

¿Quieres tu ruina?
¿Te obstinas en buscarla?

MENDOZA.

Si tu intento

Es impedirla; sálvalos á todos :
Ese es de conservarme el solo medio.

LASO.

A todos salvo, si mi intento ayudas....

MENDOZA.

¿Cómo? Dí; pronto : manda, y te obedezco.

LASO.

Aconseja á la esposa de Padilla
Que escuche la razon, y no al extremo
De arruinar la ciudad lleve su enojo :
Habla á los mas osados Comuneros,
Desarma su furor, insta, convence,
Ofréceles clemencia, si al inquieto
Pueblo apaciguan; con el dócil vulgo
Emplea tu elocuencia y valimiento;
Da, promete, amenaza....

MENDOZA.

Todo en vano.
La esposa de Padilla mis consejos
No escucha, solo atenta á su venganza.

LASO.

Sálvala, á pesar suyo : aparta al pueblo
De tan vil sumision; déjenla sola,
Y la verás desfallecer.—Te ofrezco
Interceder por ella, disculparla,
Redimirla de afrenta; y que serenos
Goce en su patria sus futuros dias....
¿Exiges mas de mí? ¿No la aborrezco,
Y la salvo por tí? ¿No salvo á el hijo?....

MENDOZA.

Tuyo soy.... Laso, tuyo....

LASO. (*Abrazándole.*)

Contra el seno
Estrecha, estrecha á tu mejor amigo :
Mañana, al abrazarnos, ya mas quieto
Latirá el corazon ahora turbado.

ESCENA III.

MENDOZA, LASO, AVALOS.

AVALOS.

¿Cómo aquí tan lejanos os encuentro
Del bullicio y clamor en que ahora hierve
La ciudad toda?.... Aun mas terrible riesgo
Que las contrarias armas nos amaga :
Acaba de llegar un mensajero
Del enemigo campo....

MENDOZA.

¿Y qué nos trae?

AVALOS.

O paz ó destruccion; pero temiendo
Nuestra eleccion heróica, nos envian
Por mensajero....

LASO.

¿A quién?

AVALOS.

A quien Toledo
No puede ver sin lágrimas y pena;
A quien mas puede cautivar su afecto,
Y hacer que se desplome su constancia :
Al padre de Padilla.

LASO.

¿Será cierto?

MENDOZA.

¡El padre de Padilla!

AVALOS.

Hácia este alcázar
Sus tardos pasos viene dirigiendo,
Seguido de una inmensa muchedumbre :
Cércanle en torno nobles y plebeyos,
Mujeres, niños, jóvenes y ancianos;
Y arrasados en lágrimas, volviendo
Acá y allá los ojos con ternura,
Hijos! Hijos! va el triste repitiendo.
Hablar anhela el infelice padre
A su nuera infeliz; antes que el pueblo
Y la junta le escuchen.

LASO.

Pues ya cerca
Las voces nos le anuncian y el estruendo,
Avisad á la mísera Viuda (*á Mendoza*),
Y á recibirle vamos (*á Avalos*).

AVALOS.

Vamos luego.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LASO, LOPEZ, AVALOS.

LOPEZ.

Amigos, sostenedme; apenas puedo,
Combatido de afectos tan contrarios,
Mover la débil planta.... Mil memorias
Del hijo que perdiera, el triste cuadro
Que me ofrece Toledo, sus horrores,
Su ruina y orfandad, á cada paso
Mi pié detienen.—Con la faz llorosa,
Quien me anuncia la muerte del hermano,
Quien la del padre ó la de caros hijos,
A guerra tan cruel sacrificados.

AVALOS.

¡Dichosos, pues murieron por la patria!
Libres vivieron; libres espiraron.

LOPEZ.

Dichosos!.... sí: no vieron á sus hijos
Perecer con infamia en un cadalso,
Cual yo, mísero padre....

AVALOS.

Ni la ruina
De la vencida patria presenciaron,
Ni su vil servidumbre, ni el orgullo
De su fiero opresor.

LOPEZ.

Hernando, Hernando,
¿Aun no está satisfecha tu venganza
Con tanta asolacion, con tanto estrago?

AVALOS.

Mi venganza lo está, mas no la patria.

ESCENA II.

LASO, LOPEZ, AVALOS, VIUDA, SU HIJO, MENDOZA.

VIUDA.

Señor....

LOPEZ.

Hija!.... mi pecho conturbado
Palpita al pronunciar tan dulce nombre...
Hija!... nieto del alma!... objetos caros
A Padilla infeliz.... una y mil veces
Dejadme que os estreche entre mis brazos....
Mas ¿qué miro? ¿Rehusas abrazarme?
¿Desdeñas mis afectos?

VIUDA.

¡Agraviaros
No debe la esquivez, que me es tan propia:
Acostumbrada á padecer tan largo,
Casi insensible á fuerza de desdichas,
Los tiernos sentimientos he olvidado.
Los olvidé por siempre: inmóvil, yerta,
Sin aliviar mi pena con el llanto,
Con quejas ni suspiros, cual estatua
Escuché de mi esposo el fin aciago.
Desde entonces mi pecho empedernido,
Solo abierto al furor, ha desterrado
Cuantos afectos gratos y suaves
Templar pudieran mi dolor amargo:
La amistad, el amor, la piedad santa,
La ternura materna.... Hijo adorado,
Si nunca ves mi rostro cariñoso,
Culpa, culpa tan solo á los malvados
Que asesinaron á tu padre! Impíos
Hasta el ser tierna madre me vedaron!

LOPEZ.

Lo serás, hija mia.... ya el momento
De acallar las pasiones es llegado,
Y de escuchar á la razon.—Unidos,
Las pasadas desgracias olvidando,
Gozaremos de paz....

VIUDA.

¿Qué decis? ¿Ceden,
Desisten de su empresa los contrarios?...

LOPEZ.

Con la paz brindan, y arruinar pudieran.

VIUDA.

Yo desprecio su paz.

LOPEZ.

Vengarse airados
Les fuera fácil....

VIUDA.

Vénguense : ¿qué esperan?

LOPEZ.

Esperan evitar el fiero estrago
De este pueblo infeliz.—Tantas familias
Huérfanas ya.... los muros arruinados...
Sin vida los caudillos mas valientes...
Los tristes moradores empuñando
Con flaca diestra las cansadas armas,
Y ya los vencedores amagando
Con el próximo asalto.... ¡Oh Dios! piadoso,
Aleja de mi patria tantos daños!...
Laso, amigos, dejad unos momentos,
Dejad llorar á un padre desgraciado,
Solo en presencia de sus hijos....

ESCENA III.

LOPEZ, VIUDA Y SU HIJO.

LOPEZ.

Libres
De testigos inútiles, mas franco
Seré contigo; escucha tú mas dócil :
Escúchame, hija mia.... y no perdamos
En recíprocas quejas importunas
Tan preciosos instantes.—Si engañado
O prudente seguí las reales armas,
Lo decidió el suceso; y es en vano
Ventilar si fué justa vuestra causa,
Pues que la suerte ya la ha condenado.
Quizá fué disculpable, y aun plausible,
Vuestro primer ardor; pero dos años
De combates, de incendios y exterminio
Bastan para escarmiento y desengaño.
Lidiar sin esperanzas, arruinarse
Y no salvar la patria, temerarios
Del cielo resistirse á los decretos,
No es fortaleza, es frenesí.

VIUDA.

Juramos
Ser libres ó morir; y el cielo mismo,
Que dió el injusto triunfo á los tiranos,
Nuestro voto aceptó : pues que nos veda
El ser libres, nos manda que muramos.

LOPEZ.

Ten el labio; no insultes imprudente
Al cielo con tus voces : irritado
De tanta y tanta sangre derramada,
Solo la paz prescribe, que entre hermanos
Jamás debió romperse.

VIUDA.

No lo eran
Los que á la patria mísera cargaron
De cadenas; sus crudos enemigos
Llámense; y no sus hijos... ¡Castellanos,
Y ansiar la esclavitud!.... No, no lo eran.—

LOPEZ.

Cuando yerma la patria y desangrado
El reino en ocho siglos de combates,
Apenas respiraban del insano
Yugo agareno; ¿entonces mas furiosos
Contra nosotros mismos desnudamos
El acero homicida, de la patria
El afligido seno destrozando?....
Duélete de su mal; y no redoblen
Sus mismos hijos su mortal quebranto :
Duélete; que harta sangre, hartos horrores
Le costó sacudir el yugo extraño.

VIUDA.

¿Y el propio ha de sufrir?.... Por ocho siglos
Decis que nuestros padres batallaron,
Por rescatar la patria; ¿y ahora esclava,
Entregada á merced de los tiranos,
La dejarán sus vergonzosos nietos?

LOPEZ.

No te atormente ese recelo vano
De ver morir la libertad querida;
Mas si su triste fin fuera llegado,
¿Lo evitara Toledo con su ruina?....
Sé cuerda, sé prudente : atropellando
La autoridad del César victorioso,
Provocando su cólera insensatos,
Mal vuestra causa defendeis. Vencida

Cayó la patria; y solo ya de Carlos
Pende su libertad ó sus cadenas;
Si blasonais de libres Castellanos,
Buscad en la clemencia del monarca
Lo que hallar no pudísteis batallando :
Con sumision, con súplicas y ruegos,
Quizá.... tal vez....

VIUDA.

Seguid; mas vuestro labio
Se niega á proferir falsas promesas :
Haceis bien; la honradez de Castellano
No debeis desmentir, ni en tanta cuita
Con fingidos consuelos insultarnos.
A fondo conocemos la clemencia
Del vencedor, y cuanto con el llanto
Alcanzan de sus reyes las naciones,
Cuando yacen sus fueros sepultados.
Lo sabemos : por tanto, arrepentidos
De inútil lloro y de clamores vanos,
Por defender las moribundas leyes
A las inciertas armas apelamos.
La fuerza, sí, la fuerza es el escudo
Contra la atroz violencia.

LOPEZ.

Afable, humano,
¿No oyó Carlos las quejas y amenazas
De la altiva Castilla, confiando
En su antigua lealtad? ¿Con mil insultos,
Con muertes de inocentes ciudadanos,
Con la inquietud del alterado reino,
¿No se vió á la contienda provocado?
Si recurrió á la fuerza, ya imprudentes
Armábanse los pueblos rebelados....

VIUDA.

Nunca es rebelde una nacion entera!

LOPEZ.

Lo fué España....

VIUDA.

Lo fueron sus tiranos.

LOPEZ.

España juró á Carlos obediencia....

VIUDA.

¿Y él nada nos juró? —

LOPEZ.

(*Despues de una breve pausa.*)
Dócil, sin años,
Falto de prevision y de experiencia,
Por consejeros pérfidos guiado....
¿Aun quereis mas disculpas?

VIUDA.

Mas justicia.

LOPEZ.

Él os la hará. — Piadoso, el desacato
Olvidará de su nacion querida;
Volverá á vuestro seno, ya adornado
Con la imperial corona de Alemania;
Escuchará las quejas, los agravios
De sus pueblos, cual padre bondadoso;
Perdon, mercedes, gracias....

VIUDA.

Anhelamos
Recobrar nuestros fueros, no sus gracias....

LOPEZ.

Fiel guardará las leyes....

VIUDA.

¡Qué engañado
Vivis, señor!... Humilde, sometida,
Adoraba Castilla sus mandatos;
Y el monarca las leyes insultaba,
En su poder inmenso confiado.
Resistimos, lidiamos, nos vencieron;
¿Y ahora será mas justo?.... Sus agravios
Nunca perdona el déspota que triunfa!
Padilla, Pimentel, y Maldonado,
Y Bravo, y otras víctimas ilustres
En el suplicio atroz lo están mostrando.

LOPEZ.

No te complazcas en doblar mis penas,
Recordándome al hijo : bien grabado
Tengo en el pecho su fatal destino.
Pero, pues ya no existe, los conatos
(Como obsequio mas grato á su memoria)
A este inocente niño dirijamos.
En él nuestra gloriosa y noble estirpe,
En él la imágen de su padre amado,
Nuestra esperanza y único consuelo
Debemos conservar. — Si pide en vano
Su salvacion la mísera Toledo;
Si el clamor no te mueve ni los llantos

De tantos infelices, que ya sienten
De la próxima muerte el crudo amago;
Si el existir te enoja.... ablande al menos
Tu duro corazon desapiadado
Este inocente huérfano.... Afligido,
Fijos en tí sus ojos, estrechando
Tu mano con sus manos cariñosas,
Parece te suplica el desgraciado
Que preserves su vida.... ¿Y quién guardarla,
Quién podrá serle escudo en el estrago,
En el incendio y ruina de Toledo?
Entre el confuso horror, cuando mezclados
Caigan los vencedores y vencidos;
Cuando ardiendo los techos, desplomados
Sepulten miles víctimas; entonces
Querrás salvarle, y lo querrás en vano.
Entre escombros y ruinas confundido,
Oirás su débil voz, á tí clamando
Que por piedad la muerte le apresures....
Por siempre en tus oidos con espanto
Resonarán sus útimos acentos,
Por siempre los derechos ultrajados
De madre vengará naturaleza,
Tu endurecido seno atormentando.
Madre desventurada.... no á tu orgullo
Sacrifiques deberes tan sagrados;
Salva al hijo infeliz; sálvale ó tiembla!

VIUDA.

¿A qué guardar su vida?.... ¿A que postrado
La pida por merced á los verdugos
De su mísero padre? ¿A que heredando
La infamia con que manchan su memoria,
Miserable, proscrito, en reino extraño
Un asilo mendigue con su madre?....
Y aun menos infeliz, que si inhumanos
Le obligan á pisar el triste suelo,
Con la paterna sangre mancillado.
¡Cuánto penara entonces! Abatido,
Su nombre con vergüenza pronunciando,
Quizá oyera decir el inocente,
Al pasar junto á indignos Castellanos:
«El hijo, el hijo del traidor Padilla....»
¡Traidor!.... Mienten los viles que fallaron
Su injusta muerte.... mienten sus verdugos....
Sus asesinos mienten....

LOPEZ.

¡Qué inflamado
Tu rostro centellea! Calma, calma
Tan ciego frenesí.

VIUDA.

¡Traidor llamaron
Al mejor caballero de Castilla!....

LOPEZ.

Culpa fué del destino, injusto y vario:
Por héroe le aclamaran si venciera;
Y vencido, traidor le apellidaron.

VIUDA.

¡Traidor mi esposo!.... Tan horrendo nombre
No sonará en mi oido.... Esposo amado!
Lo juro por tu sangre derramada
De Villalar en los funestos campos;
Lo juro por la sangre que vertieras
En el suplicio atroz!—Hijo.... muramos;
Que ya tu padre nos mostró el sendero
Que debemos seguir, y salpicado
Nos le dejó con sangre.... Antes la muerte
Que ver á sus verdugos inhumanos!

LOPEZ.

¿Matas al hijo por vengar al padre?

VIUDA.

Juntos pereceremos por vengarlo.

LOPEZ.

Mujer cruel.... tú sola, tú el verdugo
Eres de mi familia; tú al cadalso
Llevaste al hijo, por orgullo ciego;
Y por ciega venganza, al nieto amado
Condenas á morir. — Tiembla, que impune
No dejarán los cielos sacrosantos
Tan bárbara crueldad; tiembla, que nunca
Los clamores de un padre desdichado

El cielo desoyó.... Su justa ira,
Yo su venganza imploro!

ESCENA IV.

VIUDA, LOPEZ, MENDOZA.

MENDOZA.

Convocados
A este alcázar los miembros de la junta,
Ya llegan; y á las puertas agolpado
El pueblo todo, entre mortales dudas
Y de opuestas pasiones agitado,
La decision espera de su suerte.
Allí piden la paz; allá bramando,
Guerra! guerra! apellidan furibundos;
Todo es clamor y confusion y llantos
De mujeres y niños, y amenazas
De la alterada plebe.... Con mostraros,
Quizá se aquietará; venid al punto:
La esposa y padre de Padilla infausto
Respetará Toledo; y mas tranquila
Escuchará de su destino el fallo.
Venid, venid.

LOPEZ.

Corramos, hija mia,
A calmar su inquietud; y piensa, en tanto,
Que quizá de tu voz pende su suerte.

VIUDA.

No sé ceder.

LOPEZ.

Fuerza es ceder al hado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Aparecen los Miembros de la junta sentados en sus sillas. AVALOS *de presidente.* LASO *á su derecha.* LOPEZ *en pié con parte del pueblo.* LA VIUDA DE PADILLA *en el lado opuesto, con su* HIJO, MENDOZA, *y otra parte del pueblo.*

AVALOS.

Pueblo ilustre, corona de Castilla:
Con ruina ó servidumbre os amenazan
Vuestros contrarios; elegid! — Mi labio
Colorear no sabe las desgracias;
Sin temor las refiere el hombre libre,
Y un pueblo libre es digno de escucharlas. —
Oiréis vosotros mismos las propuestas,
Que con poder y á nombre del monarca,
Os hace el sitiador; vosotros mismos
Entre el perdon y duras amenazas
Podréis optar. La junta que elegísteis,
Y veis en vuestro seno congregada,
Su poder os devuelve, y os convida
A decidir la suerte de la patria.
Despreciamos la vida; mas tememos
Tantas aventuras: no diga España
Que la ruina causamos de Toledo,
Por hacer mas gloriosa y celebrada
Nuestra ruina. — Morir en un cadalso,
O perecer lidiando en las murallas,
Son los solos partidos que me quedan:
Fácil es mi eleccion. Pero culparan
Justamente mi esfuerzo temerario,
Si al correr tras la muerte, os arrastrara
A fenecer conmigo. — Toledanos,
Tremendo es este tranze! Una palabra
Os arruina por siempre, ó para siempre

Con vil cadena vuestros cuellos ata. —
Esta heróica ciudad, vuestros mayores,
Los sacros votos, la adquirida fama,
Tanta sangre vertida, todo, todo
Vuestra virtud, al decidir, reclama:
Decidid; libres sois. — Habla ante el pueblo.
O noble mensajero! En él descansa
Su suerte; la respuesta ha de ser suya:
Suyo será el honor, suya la infamia.

LOPEZ.

¿Que hable al pueblo, mandais?.... ¿Será posible
Que, al contemplar la ruina de su patria,
Mueva la torpe lengua un triste anciano,
Por la edad agobiado y la desgracia?
Hablen por mí las míseras viudas,
Que aquí me cercan de dolor postradas;
Hablen tambien los infelices padres,
Que vieron perecer en las batallas
A sus queridos hijos, al impulso
De español brazo, de españolas armas....
Hablad todos por mí; pues que sois todos
Víctimas infelices de la larga
Guerra civil.... ¿Quién hay de entre vosotros,
Que no lamente pérdidas infaustas
De haciendas y de amigos y de deudos,
Sacrificados á la sombra vana
De loca libertad?.... Si hay uno, acaso,
Que no se vista luto, y que llorara
Tan solamente ajenas desventuras,
Ese la voz levante; ese á las armas
Os anime; seguidle á la defensa,
Volad tras él.... Mas ¿dónde, dó se halla
Ese Español feliz?.... Solo con llanto
Me podrá responder la triste España. —
Dos años de destrozos y de horrores,
Muertes, asaltos, lides obstinadas,
Hambres, incendios.... cuantos crudos males
El cielo airado en su furor derrama,
Todos ¡oh España! sobre ti cayeron.
Cediste, al fin, cediste... ¿Por qué causa
Solo Toledo resistió tan ciega?....
Toledanos, amigos, mis palabras
No os ofendan; son hijas del afecto
Que siempre tuve á mi querida patria.
Al ver sus muros casi destruidos,
Al mirar sus campiñas arrasadas,
Por todas partes destruccion y ruina,
Solitarias sus calles y sus plazas,
Y á vosotros, que ilesos escapásteis
Del filo agudo de las recias armas,
Arrastrando la mísera existencia,
Por el hambre cruel atormentada....
Si á vista de tan graves infortunios,
Hablase mas prudente, no os amara.
¡Ay! con dolor y llanto, en vuestro rostro
La mortal palidez miro estampada
Y el sello del sepulcro.... ¡ay! no crueles
Querais morir y sepultar la patria.
La patria por mi boca os lo suplica;
La patria moribunda y desmayada,
Al borde ya del precipicio horrendo....
Salvadla, sí, corred.... Pío el monarca
Vuestra pasada ceguedad perdona;
Con los brazos abiertos os aguarda,
Como padre á sus hijos; la clemencia
Su justo enojo y su rigor desarma. —
Pero si ciegos preferis su ira
Al perdon que os ofrece; si cerradas
Hallan las puertas sus leales tropas,
Que ya los flacos muros amenazan;
Entonces.... ¡ay, de la infeliz Toledo!
Solo su nombre existirá mañana.

LASO.

No será así!... Perdona, pueblo heróico.
Si del amor llevado de mi patria,
Osé el primero hablar. Fuí el primero,
Que, al ver las santas leyes quebrantadas,
Imperturbable ante el excelso trono,
Reclamé noblemente su observancia.
Desde entonces mi suerte fué la vuestra:
Nadie me ha adelantado en las batallas;
Ninguno me ha excedido en sacrificios....
Perdonad si, al mirar que está cercana
Vuestra ruina, á ninguno ceder quise
El placer y la gloria de estorbarla. —

No es mengua ya el rendirnos, pues en vano
Los fueros sostuvimos con las armas;
No es mengua el procurar salvar las vidas,
Dejando salvos el honor y fama.
Aun callaba Castilla sus agravios,
Y el acero Toledo desnudaba;
Mientras luchó Castilla, combatimos;
Cayó rendida; y con invictas almas
Por seis lunas sufrimos el asedio,
Horror y muertes, hambres y batallas.
¿Qué mas, Toledo, falta á tu heroismo?
A tu gloria inmortal, ¿qué mas le falta? —
¿Eliges arruinarte?... Yo ante todos
Presentaré mi pecho en la muralla
A los contrarios filos; yo el primero
Aplicaré las teas incendiarias
A mis propios hogares; y alto ejemplo
Os daré de valor entre las llamas. —
Pero tantos ancianos respetables,
Los tiernos hijos, las esposas caras,
Los ínclitos guerreros, todos, todos,
Sin provecho ni gloria de la patria,
¿Habrán de perecer? ¿En nuestra sangre
Anhelamos saciar nuestra venganza?...
No, compatricios, no! Lidiar debimos,
Mientras brillaba un rayo de esperanza;
Pero buscar frenéticos la muerte,
Arruinar la ciudad en que descansan
Las cenizas de padres y de hermanos,
La que nos vió nacer, la que dió á España
Tantos héroes y triunfos.... tal locura,
Tanta crueldad no cabe en vuestras almas.
En paz dichosa del perdon gocemos;
En paz dichosa, que las hondas llagas
Cure á la patria mísera.... En nosotros
Su vista fija la infeliz España;
Y con su mudo ejemplo nos exhorta
A implorar las piedades del monarca.
¿Las imploramos?... Sí: ya tu silencio
¡O noble pueblo! con señales claras
Tu prudente eleccion me está anunciando:
¡Feliz silencio que á mi patria salva!
(*Silencio general.*)

VIUDA.

¡Calla, ahora calla la inmortal Toledo!...
(*Despues de una breve pausa.*)
Carlos triunfó: Castilla es ya su esclava. —
Triunfó, mas no de mí: ceded vilmente;
Mendigad la clemencia del monarca;
Que una débil mujer hoy con su ejemplo
Vuestra flaqueza insulta y su venganza. —
No ofrecimos vencer; pero juramos
Perecer con denuedo en la demanda,
O alzarnos libres: ¿lo olvidásteis?... Tiempo
No es ya de recordar vuestra palabra:
Quien duda entre los hierros y la muerte
No merece guardar la fe jurada. —
Dudárais, sí, dudárais en buen hora,
Cuando Castilla toda vacilaba
Entre sufrir el yugo ó levantarse;
Temblárais ante el trono del monarca;
Sufriérais en silencio, como esclavos,
Si el temple de hombres libres os faltaba. —
No entonces tanta sangre se vertiera;
No entonces adquiriérais tanta fama,
Para mancharla ahora indignamente....
¿A qué lidiar con sin igual constancia,
A qué Toledo resistir gloriosa,
Prometiendo á la faz de toda España
Imitar (si el destino le era adverso)
La suerte de Sagunto y de Numancia?....
¡Ah! Toledo tan solo lo ofrecia;
Medina lo ofrecia y realizaba.
No vacilaron, no, sus nobles hijos
Entre la ruina y la servil infamia:
No temblaron, al ver junto á sus puertas
Ardiendo ya las enemigas hachas,
Y encenderse los techos, y arruinarse
Los ricos templos y opulentas casas:
Bienes, amigos, deudos, padres, hijos,

Veian perecer entre las llamas....

PUEBLO.

¡Qué horror!

VIUDA.

Y entre el estruendo y los clamores,
Solo el grito escuchaban de la patria.—
Buscad ente las ruinas, que aun humean,
Buscad esa clemencia celebrada
Del fiero vencedor; ved sus piedades;
Y rendios despues.—Pero si os falta
Hasta para rendiros fortaleza;
Si temeis que quebranten su palabra
Los contrarios, y bárbaros se venguen;
Si piden una víctima.... miradla,
Pronta ya á perecer por redimiros:
Cargadme de cadenas, á las plantas
Del vencedor llevadme; en mí su enojo,
En mí podrá saciar su injusta saña.
No dudeis que él acepte tal ofrenda:
Una débil mujer, idolatrada
Por su inocente esposo asesinado,
A tan fieros verdugos será grata.—
Pero mas pura aun, menos culpable
La víctima querrán.... Hijo del alma!
Hijo del gran Padilla!... el tierno cuello
Ofrece á la cuchilla que inhumana
Huérfano te dejó.... Sus duros filos
En tí se emboten, y á Toledo salvas!

PUEBLO.

¡Padilla!

VIUDA.

No: no profaneis su nombre,
Al ir á demandar, cual suma gracia,
Que os concedan vivir entre cadenas;
No pronuncie su nombre quien no arda
De libertad en el furor divino!

PUEBLO.

O muerte ó libertad!

VIUDA.

Muerte, y no infamia.
Libertad! al lidiar en los combates,
El infeliz Padilla apellidaba;
Libertad! al caer lleno de heridas,
Y al cortar la cuchilla su garganta,
De *libertad!* el sacrosanto nombre
Entre sus yertos labios resonaba.
Imitadle!—Murió por vuestra gloria!
O vengadle, ó morid: él os lo manda.—

LASO.

¿Y os dejaréis llevar de un loco acento
Por el furor dictado y la venganza?
No, Toledanos! que el peligro apremia,
No es tiempo de ilusion; la muerte amaga....

PUEBLO.

O muerte ó libertad!

AVALOS.

Eterna gloria
Vuestra eleccion magnánima os prepara:
A morir ó á ser libres!—Noble anciano,
La respuesta llevad; y al escucharla,
Tiemblen los enemigos de Toledo.

LOPEZ.

¡Qué frenesí! Buen Dios, ¿me conservabas
Por tantos años la cansada vida,
Para ver el destrozo de mi patria?....
Amigos.... hijos mios.... ¿no hay remedio?

AVALOS.

La respuesta llevad.

LOPEZ.

¡Ah! cuanto tarda
Mi labio en pronunciarla, os doy de vida:
Mañana, entre el conflicto de las armas,
Mañana, en las angustias de la muerte,
Recordaréis, ya tarde, mis palabras!...
Seguir no puedo... el llanto y los sollozos
Mi pecho oprimen, y mi voz embargan...
A Dios, patria infeliz.... á Dios, por siempre!....

ESCENA II.

AVALOS, LASO, VIUDA *con su* HIJO, MENDOZA, MIEMBROS DE LA JUNTA, *y* PUEBLO.

AVALOS.

El triunfo, Toledanos, os aguarda,
Apenas luzca el venidero dia;
Corred á apercibiros: la constancia,
El valor y obediencia han de salvaros,

Si el Dios de la justicia nos ampara. —
Toledanos, al triunfo, á la victoria!

PUEBLO.

A vencer ó morir!

VIUDA.

Ilustre patria
Del inmortal Padilla, digna eres
De que por tí su sangre derramara.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(Es de noche: habrá una lámpara en el fondo del teatro.)

ESCENA I.

LASO, MENDOZA.

LASO.

¿Adónde me conduces?

MENDOZA.

Ya seguro
Puedes hablar; ninguno nos acecha;
Lejos las guardias....

LASO.

¡Cuál infames reos,
A favor del horror de las tinieblas,
Con recelo y pavor han de ocultarse
Los que á la patria libertar intentan!
¡Terrible situacion!

MENDOZA.

¡Ah! Libertarla!...
Voló toda esperanza lisonjera,
Voló ya de mi pecho.... ¿No los viste
Encenderse en furor, rugir tremenda
La plebe, amenazar, y el débil llanto
Trocar en grito de implacable guerra?
¿Qué valió la razon contra el torrente
Del conmovido pueblo? La prudencia
Atribuyó á temor; en su delirio,
Con desprecio escucharon tus postreras
Voces de paz; corrieron á las armas;
Y quizá en este instante, ya....

LASO.

Ya tiemblan.—
Mal conoces, amigo, la inconstancia
Del alterado vulgo: teme, espera;
Ya insulta, ya suplica, ya amenaza;
Un soplo enciende la terrible hoguera,
Apágala otro soplo.—¡Cuántos, cuántos,
Que, cual héroes gritaban, la secreta
Voz del infame miedo obedecian!
El puñal de la plebe los aterra
Mas que el hierro enemigo; y la seducen,
Y halagan sus pasiones... ¡Si los vieras,
Ha pocas horas, trémulos buscarme,
Cercarme pavorosos, mil promesas
De seguir mis consejos repetirme,
De obedecer mi voz!....

MENDOZA.

En vano intentan
Las vidas libertar: arrebatados
Del torbellino de la plebe ciega,
Todos, todos corremos á la muerte....

LASO.

Esa plebe, que juzgas tan resuelta
A perecer, en el tremendo trance
La verás desmayar, y en la refriega
Abandonar sus jefes.... Ahora mismo,
Arrepentidos ya de su fiereza,
Cercados de sus hijos, entre el llanto
De madres y de esposas, con la horrenda
Imágen de la muerte ante sus ojos....
Temen su ruina y el perdon anhelan.

MENDOZA.

Una voz, una voz bastó á inflamarlos;
Una voz bastará para que vuelvan
Al antiguo furor.—El solo nombre
Del inmortal Padilla, la presencia
De su heróica viuda, al precipicio
Los llevará frenéticos....

LASO.

¿Y anhelas
Estorbar tantas muertes?

MENDOZA.

Con mi vida....

LASO.

¿Consentirás que impedimento sea
Una mujer á la salud de un pueblo?

MENDOZA.

Yo.... si acaso pudiere....

LASO.

Un medio queda
Seguro, necesario... ¿Estás resuelto?

MENDOZA.

A todo.

LASO.

Bien: la prueba, sí, la prueba
Al punto exijo.

MENDOZA.

¿Cuál?

LASO.

¿Dónde se halla
Esa indócil mujer?

MENDOZA.

Deten la lengua;
Suspende, tente, Laso; no pronuncies
Tu atroz designio.... Tente, ó la respuesta
Mi espada te dará.... Ya en este instante,
Mi juramento olvido y mis promesas,
Y tu riesgo y el mio y el del pueblo....
Solo escucho á mi honor.—

LASO.

¿Deliras?.... ¿Sueñas?....
¿O por lavar tu mancha de inconstante,
Me sonrojas con bárbaras sospechas?
¿Qué imaginaste?.... ¿Acaso que mi
acero,
Terrible solamente en la pelea,
El descuidado pecho traspasara
De una débil mujer?.... Tan baja idea
Envileció tu mente, al concebirla.
¡Yo asesino!

MENDOZA.

Perdona; tal ofensa
No cupo en mi amistad: perdona, Laso;
Mi turbacion, los males que nos cercan,
Mi afecto á esa infeliz, á su hijo tierno....
Disculpen, caro amigo, mi imprudencia.

LASO.

Yo te disculpo, sí; pero la patria
Te acusa, te acrimina, te condena:
Va á perecer, ¿y dudas?.... Ya, ya cae;
¿Y no tiendes el brazo á sostenerla?....
Ese mentido honor, esos afectos
De que tanto blasonas, hoy debieras
Sacrificar á la salud del pueblo....
Mas no; que el mismo afecto que pro-
fesas
A esa infeliz familia, hoy te prescribe
Lo que la patria por mi voz te ordena.
Todos perecen, si la patria espira;
Si ella se salva, sálvanse con ella
Amigos, deudos, todos.... ¡Ay! Terrible
Urge el peligro; los instantes vuelan;
¿Y aun dudas indeciso?

MENDOZA.

Con tus voces
Siento ya renacer mi fortaleza:
A todo estoy dispuesto.

LASO.

En tal conflicto,
Un medio de salvarnos solo queda....

MENDOZA.

¿Y es?....

LASO.

Impedir que esa mujer altiva
Al pueblo se presente; sorprenderla
En su mismo aposento; amenazarla,
Si levanta la voz: guardar las puertas....

MENDOZA.

¡En mí se ha confiado, y yo la vendo!

LASO.

No la vendes; la amparas, la preservas
De inevitable ruina; breves horas
De prision para siempre la libertan.

MENDOZA.

Mi honor.... mi fe....

LASO.

Tu honor y fe te mandan
Que la salves : recuerda la promesa,
Que en los brazos hiciste de Padilla,
Al ir á entrar en la fatal refriega.
Salvar su esposa y su inocente hijo
Allí juraste; cúmplelo : ¿qué esperas?
Padilla desde el lóbrego sepulcro
Te lo prescribe; él mismo, si viviera,
No dudaria aprisionar su esposa;
Su único medio de salvarla fuera.

MENDOZA.

Sereno en el peligro, imperturbable
En el sangriento horror de la pelea,
Siempre me viste; mas ahora tiemblo....
Y femenil pavor mis miembros hiela....
Con la negra apariencia de alevoso,
¿Cómo osaré mostrarme en la presencia
De esa engañada víctima?.... La muerte,
La muerte mas tranquilo recibiera.

LASO.

¿De una mujer ilusa y delirante
La momentánea cólera te arredra?
¿Al que anhela frenético su ruina
Las armas prestarás? ¿O con violencia
Le alejarás del hondo precipicio?

MENDOZA.

¿He de sufrir su enojo?

LASO.

Pues perezca;
Y su aplauso obtendrás. (*En ademan de irse.*)

MENDOZA (*deteniéndole*).

No! viva....viva.

LASO.

Cuando en el seno plácido se vea
De su ilustre familia; cuando mire
Feliz al pueblo, y la horrorosa guerra
Trocada en paz dichosa; cuando abrace
Al hijo de su amor... ¡Ah! ¡qué sincera
Será su gratitud! « *A ti lo debo,*
Te dirá cariñosa : *madre tierna*
Hoy vuelvo á ser por ti; por tí respiro;
Paz y vida me diste, honor y hacienda. »

MENDOZA.

A salvarla, á salvarla!

LASO.

Sí; que es muerte
La menor dilacion : cerca me esperan
Mi leales amigos, que acaudilla
El valiente Guzman. A tu prudencia
Y á su fiel sumision á tus mandatos
El éxito confío de esta empresa :
Aguárdalos aquí, mientras yo vuelo
Adonde mas importa mi presencia....
Es necesario sorprender, á un tiempo,
A Hernando y sus parciales, sin que puedan
Armarse, reunirse, ni oponerse....
Caudillos y soldados solo esperan
Que levante la voz para seguirme;
Darles yo la señal, abrir las puertas,
Y entrar las tropas reales, será un punto....
Calles y plazas, pórticos y almenas,
Se verán de soldados guarnecidos....
La oscuridad, el susto, la sorpresa
El ánimo helarán de los facciosos;
Sin acuerdo, sin guia, sin defensa,
Sin distinguir amigos ni contrarios,
¿Cómo resistirán?.... A Dios; se acerca
El término feliz de tantos males....
Tardar es crímen; vacilar, flaqueza.

ESCENA II.

MENDOZA (*solo*).

MENDOZA.

El éxito corone tu esperanza;
La fortuna te guie.... ¡Oh noche! Lleva
Contigo el duelo y el horror y el llanto;
Y el nuevo sol tranquilos ya nos vea.—
¿Qué sordo ruido el lúgubre silencio
Interrumpe? ¿Qué escucho?.... Alguien se acerca.

ESCENA III.

MENDOZA, VIUDA (*un escudero siguiéndola*).

VIUDA (*al escudero*).

Premiaré tu favor, aunque tardío;
Retírate; secreto!.... y nada temas.

ESCENA IV.

MENDOZA, VIUDA.

VIUDA.

¡Feliz presagio! El cielo favorable
Te presenta á mi vista.... Arde encubierta
Atroz conjuracion, y ya amenaza
Próxima á reventar.... Vé, corre, vuela;
Alarma al pueblo; anima á los valientes....
Si el débil sexo combatir me veda,
Yo alentaré á los mios; yo á tu lado
Sabré triunfar ó perecer.... Perezcan
Los pérfidos traidores! ¿Quieren sangre?
Su sangre correrá.—Báñese en ella
El pueblo; y maz feroz y mas terrible
Se arrojará á la lid.... Ni paz, ni tregua,
Ni perdon ni piedad; ó triunfo ó muerte!—
Mas ¿qué advierto?.... ¿Vacilas? ¿Te amedrentas?
¿Dudas?.... ¡Ay! con razon: el artificio
Desconociendo y la perfidia horrenda,
Imposible imaginas que cupiese
En castellanos pechos tal bajeza.
¡Cómo te engaña tu honradez! No dudes;
Mil cobardes traidores nos rodean;
En tí solo confío....

MENDOZA (*con voz baja*).

¿Dónde, dónde
Me esconderé?

VIUDA.

¿Qué dices?.... ¿Débil tiemblas
Cuando esgrimir debieras el acero?
¿La amistad, el honor, tantas promesas
Olvidaste en un punto? ¡Ah! no es posible....
Amigo de Padilla!.... hoy á tu diestra
La venganza confío de su muerte;
Hiere, mata, destruye, arruina, incendia
Cuanto se oponga á tu furor.... ¡Dichoso,
Si el pecho infame á traspasar aciertas
Del traidor Laso, que á los viles guia!....
¡Cómo envidio tu suerte! ¡Oh! ¡si pudiera
Blandir el hierro, y derramar su sangre,
Y mi rabiosa sed saciar en ella!

MENDOZA.

No es traidor Laso....

VIUDA.

¿No? Mi fiel García
Seducir se dejó por sus promesas;
Pero ya arrepentido y pesaroso,
De revelarme acaba su flaqueza.—
Mientras dudas, los pérfidos se arman;
Quizá el alcázar con furor ya cercan;
Quizá ya rompen los robustos quicios;
Ya el puñal nos amaga....

MENDOZA.

Nada temas;
Yo.... tu vida aseguro....

VIUDA.

¿Y mi venganza?

MENDOZA.

Es tarde....

VIUDA.

¡Es tarde! ¿Y clavas en la tierra
Los encendidos ojos, y enmudeces,
Y tu rostro me ocultas con vergüenza?
Me has vendido, cruel!....

MENDOZA.

¡Ah! por salvarte,
Mi excesiva amistad....

VIUDA.

Aparta, deja....
¡Mal haya tu amistad!

MENDOZA.

El riesgo urgia;
Dudoso el pueblo, inútil la defensa,
Sin valor los soldados, Laso instaba....

VIUDA.

¿Le has ofrecido, aleve, mi cabeza?

MENDOZA.

Le exigí tu perdon.

VIUDA.

¿Qué prometiste?

MENDOZA.

Impedir que tu inútil resistencia
Te llevase al patíbulo; estorbarte
Que animases al pueblo á la defensa,
Y al pueblo, á tí, y al hijo sepultaras....

VIUDA.

Si cumplirlo creiste, tu flaqueza
Consultaste tan solo, no mi aliento;
Guarda, guarda á los tuyos las cadenas:
Dignos sois del perdon. (*En ademan de irse.*)

MENDOZA (*deteniéndola*).

¿Adónde, adónde
Los pasos dirigis?

VIUDA.

Adonde muera,
O satisfecha deje mi venganza.

MENDOZA.

Piedad, piedad de vos!

VIUDA.

¡Ah! cesa, cesa
De insultarme con voces engañosas:
No he menester aleves que me vendan;
Valientes necesito, y vengadores
Del caro esposo y de la patria opresa.

MENDOZA.

Si con toda mi sangre borrar puedo
La falta de un momento de flaqueza....
Si alcanza á disculpar la amistad pia
El crímen que ella misma produjera....
Si demasiado amor á vuestro hijo
Fuere delito que perdon merezca;
Perdonadme, señora, perdonadme!

VIUDA.

Quien mi perdon y mi amistad desea,
No gime, no se abate, no suplica;
Si espada tiene y valerosa diestra,
En el vil corazon de los traidores
Allí busca el perdon.

MENDOZA.

Si no expusiera
Mas que mi vida, al punto le alcanzara;
Pero un pueblo infeliz....

VIUDA.

Lava tu afrenta
En la enemiga sangre.

MENDOZA.

En vano.... en vano....

VIUDA.

Decis bien; es en vano: ¿quién intenta
Infundirle valor á un alevoso?....
¡Ay de vosotros, si por vez postrera
Oye el pueblo mi voz! En vuestros pechos
Afilará su espada; y mas tremenda
Será ruina y pavor á los contrarios!
(*En ademan de irse.*)

MENDOZA.

Los pasos suspended.... Mirad que os cercan
Mil y mil riesgos; si moveis la planta,
Por do quiera un puñal, á cada huella
Hallaréis un sepulcro.

VIUDA.

Mis leales....

MENDOZA.

Su inútil amistad te es mas funesta
Que el rencor enemigo: tus contrarios
Quieren salvarte; y ellos te condenan....

VIUDA.

A la gloria me guian....

MENDOZA.

A la muerte.

VIUDA.

Su don les agradezco, si me vengan. —

MENDOZA.

Perded toda esperanza: en este instante,
Quizá ya las murallas y las puertas
Con sus armas guarnece el enemigo;
Hácia este alcázar presurosos vuelan
Los amigos de Laso....

VIUDA.

Antes el pueblo
Sabrá vuestra perfidia.

MENDOZA.

Ya se acercan....

VIUDA.

Un momento, Fortuna! (*Sale denodadamente*).

MENDOZA.

A tus insultos
Responderé, muriendo en tu defensa.
(*Siguiéndola*).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Sigue siendo de noche.)

ESCENA I.

VIUDA (*Entrando con precipitacion y como fuera de sí*).

¿Dónde os lleva el furor?.... Tened, impíos....
No me siguen.... ¡Oh Dios! Mas el estruendo
Crece y atruena.... los aleves triunfan;
Y sorprendido el valeroso pueblo,
Víctima cae de la atroz perfidia!
Si algun medio quedara.... Mas desierto
Está el alcázar; todos me abandonan....
Mendoza, él solo, entre el tropel inmenso
De conjurados, levantó en mi apoyo
Su voz.... fué en vano: en el tumulto envuelto,
Cercado de puñales y asesinos,
Yo vi brillar su irresistible acero
Y abrirme senda.... en vano: entre el tumulto
Despareció á mi vista;.... quizá ciegos
Le dieron atroz muerte.... ¡Ah! los cobardes
Ni aun este último bien me concedieron!
Con bárbara piedad, mis amenazas,
Mis quejas, mis insultos desoyendo,
De mí alejaban los agudos filos....
La cadena cruel sobre mi cuello
Vi ya pendiente: y la apiñada turba,
Formando en derredor un muro espeso,
Cerrarme el paso.... ¡Oh noche! á tus tinieblas
Debo mi fuga y libertad.—Si el pueblo
Aun pudiera escucharme.... Mas en vano
Con tan grata ilusion me lisonjeo;
Ya se acercan los bárbaros verdugos;
Ya escucho su clamor; ya, ya les veo
Arrastrarme al cadalso.... Amado esposo!
Te sigo, al fin te sigo; el mismo hierro,
Que te arrancó de mis amantes brazos,
Va á unirme á tí.... Dichosa!.... Ay! por mis miembros
Corre un sudor de muerte.... pavoroso
Se estrecha el corazon dentro del pecho,
Y hiélase mi sangre.... Ante el suplicio
Quizá me falte el desigual aliento....
Quizá mi lengua con inciertas voces
Implore el vil perdon.... Sagrados cielos,
Concededme morir cual digna esposa
Del heróico Padilla! Unico premio
A tanto sacrificio, os lo demanda
Esta inocente víctima!—Mi esfuerzo
Siento ya renacer: venid, crueles,
Preparad los mas bárbaros tormentos:
Yo ante vosotros correré al suplicio;
Yo en el cadalso, con tremendo acento,
Haré temblar tiranos y verdugos!

ESCENA II.

VIUDA, MENDOZA.

VIUDA.

¿Aun vives?

MENDOZA.

Por mi mal: el hado adverso
Me ha negado aplacarte con mi sangre.

VIUDA.

Amigo, fiel amigo!....

MENDOZA.

Bien merezco
Tan grato nombre oir: tú, tú me viste
Alzar la voz en el tumulto horrendo,
Arrollar el tropel de conjurados,
Y tus pasos guiar.... ¡Cuál mi tormento,
Cuál creció mi furor cuando, impelido
De tanta multitud, corro, y te pierdo,
Y grito, y no respondes; y me arrojo
A la cerrada turba, la penetro,
Te busco por do quier, y no te hallo!...
Ciego, desesperado, apeteciendo
Hallar la muerte, *¡ah pérfidos traidores!*
Grito con ronca voz; y revolviendo
Acá y allá la centellante espada,
Acometo á los viles, que dispersos
Sálvanse apenas con la presta fuga....
Al confuso clamor, al ronco estruendo
De las armas, acuden conjurados,
Crece su bando, dóblase su aliento,
Me cercan, me amenazan.... los insulto,
Resisto.... inútilmente: el fuerte acero
Salta roto á los golpes, y no alcanza
A sostenerme mi rendido esfuerzo.
Desarmarme, caer, y abalanzarse
La turba sobre mí, fué en un momento:
Muera! sonó en mil labios; mil puñales
Vi amenazar mi inalterable pecho.—
Cierta era ya mi muerte, cuando llega
El caudillo Guzman, oye mi acento,
Reconoce á su amigo, habla, intercede,
En sus brazos me ampara, y dividiendo
El confuso tropel, me restituye
La vida y libertad.—¡Oh! ¡cuán funesto
Me pareció su don en aquel punto!....
Aun mal seguro, de tu suerte incierto,
Ansioso de salvarte, horrorizado
Al contemplar el inminente riesgo
De la patria, discurro por las calles,
Perdida la razon, con mil afectos
El corazon turbado.... Al tiempo mismo,
Los conjurados, cual torrente inmenso,
La ciudad inundaban: á sus voces,
Con ronco estruendo retumbaba el viento;
Y un lúgubre silencio sucedia,
Redoblando el horror.—Yo los vi ciegos
Correr calles y plazas; y furiosos,
Las antorchas frenéticos blandiendo,
Amenazar incendio y muerte y ruina....
Confuso, sorprendido el triste pueblo,
¿Qué pudo hacer en tan fatal conflicto?
Callar, temblar, ceder....

VIUDA.

¿No queda medio
De salvarnos?

MENDOZA.

Ninguno.

VIUDA.

¿Ni la fuga?

MENDOZA.

Cercado está el alcázar: por momentos
Llegarán los contrarios.... Su venida
En dura incertidumbre ansia Toledo,
Por evitar los bárbaros horrores
Del popular tumulto: entre ambos riesgos,
El yugo elige por gozar reposo.

VIUDA.

¡El yugo elige!

MENDOZA.

A tan fatal extremo
La redujo el destino.

VIUDA.

Yo, mas fuerte,
De mi destino triunfaré.

MENDOZA.

No es tiempo....

VIUDA.

¿Tienes valor?

MENDOZA.

Lo sabes.

VIUDA.

Mis mandatos

¿Juras obedecer?

MENDOZA.

A tu precepto
Sabré morir.

VIUDA.

Mas duro sacrificio
Voy á exigir de tu amistad.

MENDOZA.

Mi esfuerzo....

VIUDA.

Quizá no baste á tan terrible prueba....

MENDOZA.

Bastará.

VIUDA.

Hiere, pues.—Hiere mi pecho;
Líbrame del cadalso y de la infamia:
Grata será la muerte que deseo,
Si de tu amiga mano la recibo!.. .
Mas presenciar el bárbaro contento
Del vencedor, y ver á sus verdugos
Ligar mis brazos con pesados hierros,
Conducirme al suplicio entre los ayes
Del pueblo amedrentado.... ¡Ah! los perversos
Le vedarán hasta el llorar mi muerte;
Y á la crueldad uniendo el menosprecio,
« *Ved vuestro triunfo!* » gritarán feroces,
Al presentarle mi cadáver yerto....
¡Ay, caro amigo!.... á tan tremenda imágen
La voz me falta, y ríndese mi aliento....
Si á compasion te mueven mis desgracias,
Líbrame de tan bárbaros tormentos.

MENDOZA.

Templad vuestro dolor....

VIUDA.

Sé compasivo:
Hiéreme, por piedad!

MENDOZA.

¡Hasta qué exceso
Os lleva la pasion!—Acostumbrada
A sufrir el rigor del hado adverso,
Quizá juzgais mayores vuestros males,
Cuando van á finar.

VIUDA.

Solo hay un medio
De que acaben.... la muerte.

MENDOZA.

Vos, vos misma
Redoblais vuestro amargo sentimiento,
Imaginando riesgos que no existen;
Amigos y contrarios sus esfuerzos
Unen para salvaros; con clemencia
Os brinda el vencedor; y Laso mesmo....

VIUDA.

¡Confias en tiranos y alevosos!

MENDOZA.

En su interés, no en su virtud.—Completo
Ven ya su triunfo, y afianzado el trono
Que alzó en Castilla el despotismo fiero....
¿Qué les valiera derramar mas sangre?
¿A qué un nuevo delito sin provecho?—
Vivid, vivid segura....

VIUDA.

¿Con infamia?

MENDOZA.

En dulce paz, que por tan largo tiempo
Huyó de vuestro seno.

VIUDA.

¡Yo rendida
Ante los piés del vencedor, pidiendo
Besar la torpe mano salpicada
Con sangre de mi esposo!.... Antes los cielos
Castiguen mi perjurio con sus rayos!
Antes morir mil veces!

MENDOZA.

¡Tal acento
En boca de una madre!

VIUDA.

De la esposa
Del inmortal Padilla.

MENDOZA.

Los afectos
Que natura os inspira....

VIUDA.

Mi promesa....

MENDOZA.

Olvidad vuestro horrible juramento:

Recordad que sois madre....

VIUDA.

Sí....

MENDOZA.

Sois madre!
Huérfano, solo, abandonado....

VIUDA.

¡ Oh cielos !

MENDOZA.

Con vuestra muerte, el inocente hijo
Al insulto y furor quedará expuesto.

VIUDA.

El inocente....

MENDOZA.

Entre el comun conflicto,
Solo él disfruta de apacible sueño:
Allá reposa, ajeno de sus males....
¡ Cuál fuera su dolor y desaliento,
Si, al despertar buscando las caricias
De tierna madre, hallara el triste lecho
De sañudos semblantes rodeado!

VIUDA.

Hijo de mis entrañas!.... Heredero
De la funesta gloria de tus padres,
Sé mas feliz que entrambos!.... ¡ Ah! no puedo
Imitar la constante fortaleza
Del glorioso Padilla.... Él, resistiendo
Al paternal amor con alma heróica,
Por no abatir el indomable cuello,
Dejaba al hijo en luto y desamparo....

MENDOZA.

No!.... Le dejaba en el materno seno;
Le dejaba en tus brazos amorosos:
Tu pecho escudo á su sencillo pecho,
Era tu vida amparo de la suya....
Pero sin tí....

VIUDA.

¡ Infeliz !.... Ni aun el consuelo
De recibir mi postrimer abrazo!....

MENDOZA.

¿Qué pronunciais?.... Mas en tus ojos veo
Brotar, á pesar tuyo, el tierno lloro;
Triunfa, naturaleza.... A sus preceptos
¿Cómo una madre resistir pudiera?

VIUDA.

Triunfa, sí, triunfa; y el fatal secreto
De mi flaqueza arranca.... ¡ Ay! no publiques
De una mísera madre el desconsuelo,
Oculta mis temores, mis angustias;
Guarda ilesa mi fama....

MENDOZA.

Te prometo
Guardar tu honor y vida....

VIUDA.

La de un hijo
Encargo á tu cuidado.... Ultimo obsequio
Que puede hacerte mi amistad! Defiende
Su débil existir;.... graba en su pecho
El amor á sus padres, la memoria
De su gloriosa muerte, y odio eterno
A los viles tiranos!.... Teman, teman
Que preserve su vida el justo cielo,
Para vengar á la oprimida patria!

MENDOZA.

¿Qué delirio os perturba? ¿Y eran estos
Los tiernos sentimientos que anunciaba
Vuestro lloro?.... ¡Insensato! ¿A qué pretendo
Aconsejar á quien mi voz no escucha?
Con dura voz é irresistible acento
Convencerá vuestra tenaz porfía....

VIUDA.

¿ Quién ?

MENDOZA.

La necesidad.—El yugo es cierto;
Inútil el furor.... Venganza, fuga,
Hasta la muerte es imposible.

VIUDA.

El cielo
Nunca niega ese arbitrio al desgraciado!

MENDOZA.

Esta vez lo negó. — Suena el estruendo;
Amigos y enemigos á porfía
Vuelan para salvaros....

(*Suena á lo lejos el estruendo de los conjurados.*)

VIUDA.

Ya te veo,

Terrible Sombra, alzarte amenazando,
Y señalarme el desangrado cuello
Y las hondas heridas.... Ya te escucho
Recordarme el tremendo juramento....
Antes muerta que esclava! Vuelve, vuelve
Al sepulcro tranquila.... Te obedezco.

MENDOZA.

¡Qué ciego frenesí!

VIUDA.

¡Querido esposo!

(*Crece cada vez mas el estruendo y la confusion.*)

PUEBLO Y CONJURADOS.

(*Desde adentro.*)

Perdon! perdon!

MENDOZA.

¿Escuchas los acentos?

VIUDA.

Me apresuran la muerte....

MENDOZA.

Te perdonan.

VIUDA.

(*Dirigiéndose al tropel, que se acerca.*)

Esclavos, que abomino y que desprecio,
Gozad vosotros del perdon infame;
Mi libertad hasta el sepulcro llevo.

(*Saca prontamente un puñal, hiérese, y al caer, la sostiene* MENDOZA, *al mismo tiempo que salen precipitadamente* LASO *y* LOPEZ, *seguidos de soldados del ejército real, y de un tropel de conjurados con armas y hachas encendidas.*)

FIN DE LA TRAGEDIA.

LA NIÑA EN CASA

Y

LA MÁSCARA.

COMEDIA.

LA NIÑA EN CASA

Y

LA MADRE EN LA MÁSCARA.

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

Como el mejor de nuestros poetas cómicos modernos habia ya presentado en varios cuadros las resultas de la educacion apocada y monjil, que solia darse á las hijas en España, me propuse por argumento de esta composicion censurar un vicio diferente, mas comun en el estado actual de nuestras costumbres; cual es el que se origina, en el trato del mundo, del mal ejemplo y del descuido de las madres. El público, al parecer, ha juzgado fiel la pintura, habiendo acogido favorablemente esta comedia, representada por primera vez en Madrid á fines del año de 1821, y posteriormente en los demás teatros de España y en algunos de América; mas no habiéndose impreso hasta ahora, al mismo público es á quien toca, con mas conocimiento de causa, confirmar ó revocar su primer fallo.

PERSONAS.

Dª. LEONCIA, madre de Dª. Inés.
Dª INÉS.
DON PEDRO, hermano de Dª Leoncia.
DON LUIS.
DON TEODORO.
JUANA, criada de Dª. Leoncia.
PERICO, criado de D. Teodoro.

La escena en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de Don Luis; á la izquierda la del cuarto de Don Pedro; en el mismo lado otra puerta, que conduce á las demás habitaciones de la casa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON LUIS Y DON PEDRO (*que entra de la calle*).

DON PEDRO.

¡Jesus, qué plomo de hombre!....
Perdone usted el mal rato,
Amigo Don Luis: ahí cerca
Tropecé por mis pecados
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto
Sin dejarme respirar.

DON LUIS.

Solo siento que ha pasado
La hora de ir á nuestro asunto.

DON PEDRO.

¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce, y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle....
¡Qué charlar! Un escribano
Y un procurador hambriento
No ensartan mas; pero al cabo
Dió una noticia importante;
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Vera-Cruz.

DON LUIS.

Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.

DON PEDRO.

Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses:
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y mas que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender....

DON LUIS.

Nunca me sentí inclinado
Al comercio.

DON PEDRO.

Pues tampoco
Aprenderéis en diez años
El papel de pretendiente:
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto....
¿Y quereis venga á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!

DON LUIS.

Pasaré con mas descanso
Mi vida: ¿qué se ha de hacer?

DON PEDRO.

Eso sí tan mesurado
Siempre.... Mas de algunos dias
A esta parte os he notado
Que estais triste y pensativo:
¿Qué teneis? Habladme claro;
Ya conoceis mi carácter.
Si aquí en casa os han faltado
Al obsequio que se debe....

DON LUIS.

No cabe mas agasajo
Que el que todos me dispensan.

DON PEDRO.

Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo....

DON LUIS.

Todos se esmeran....

DON PEDRO.

Si acaso
La niña con sus vivezas
Os ha disgustado en algo...

DON LUIS.

No, no por cierto, Don Pedro.

DON PEDRO.

Ya lo acerté: os ha enfadado
Con alguna impertinencia
Mi bendita hermana; claro:
Ella es buena, es obsequiosa;
Tiene un corazon honrado;
Pero, ¿cabeza? ya va;
Siempre en sus modas pensando,
Siempre haciéndose la niña....

DON LUIS.

Pero, señor....

DON PEDRO.

Ya he notado
Que no estais contento en casa:
Y si mi hermana ó mi diablo
Tiene la culpa, le juro....

DON LUIS.

Por Dios, que os estais cansando,
Y no es nada, nada de eso....

DON PEDRO.

La verdad: yo he sospechado
Que ya no os gusta Inesita
Como al principio: soy franco;
Y segun mis conjeturas,
Vuestro padre y mi cuñado
Os enviaron á España
Con el proyecto entre manos
De casar los herederos.
No porque felices ambos

Vivais en el paraiso;
No por cierto, ni soñarlo:
A estilo de comerciantes,
Con el tintero en la mano,
Ajustarian la boda
Como azúcar y cacao:
Veinte pones, veinte pongo,
Son cuarenta, y llevo cuatro.
Esto es solo una sospecha;
Pero, pues solos estamos,
Imitando mi franqueza
Decidme si voy errado.

DON LUIS.

No lo sé; pero Inesita....

DON PEDRO.

No os desagrada....

DON LUIS.

Es un pasmo
De belleza, su carácter
Ingenuo, afable su trato,
Dócil, discreta, festiva....

DON PEDRO.

Pues, hombre, ¿en qué estais pensando
Que no la sacais de penas?....
¿Me poneis los ojos bajos,
Y callais á lo novicio?
Será preciso con garfios
Arrancaros las respuestas:
Tiene ligeros los cascos
La muchacha; ¿no es así?....
Mujer, diez y siete años,
La educacion de la corte,
Las amiguitas, el trato
Con mozalvetes del dia,
La madre.... ya tropezamos
Con la piedra.... ¿No es verdad?

DON LUIS.

Puesto que estais empeñado
En que he de satisfaceros,
Os mostraré ingenuo y franco
Mi corazon.

DON PEDRO.

Por supuesto.

DON LUIS.

Con usted solo; y guardando
El secreto que es debido,
Tomar pudiera en mis labios
A una familia á quien debo
Tantos favores....

DON PEDRO.

Al grano.

DON LUIS.

Omito el decir á usted
Cuan pronto quedé prendado
De Inesita: la amé tierno;
Busqué en sus ojos el pago
De mi amor; cobré esperanzas:
Mis expresiones hallaron
Ternura en vez de desvío;
Y ciego de enamorado
No aspiraba á mas ventura,
Que á lograr su hermosa mano.
Pero bien pronto mis gustos
Acibaró el desengaño:
Hallé voluble su genio,
Y que los malos resabios
De una educacion de moda
Iban sin cesar labrando
En su corazon sencillo:
A tertulia desde el palco,
Al baile desde el paseo,
Sin aficion al cuidado
Ni al arreglo de la casa,
En los objetos mas vanos
Consumió su atencion toda.
Desde entonces fuí notando
Que á su pasion sucedia
El despego mas extraño;
Que hallaba adusto mi genio,
Porque, su bien anhelando,
No alababa sus caprichos,
Como los jóvenes fatuos
Que de continuo la cercan:
Uno de ellos...

DON PEDRO.

El bellaco
De Don Teodoro.

DON LUIS.

Ese mismo:
Su orgullo lisonjeando,
Pintándole el matrimonio,
No como el yugo templado

Del amor y de las leyes,
Sino como el medio franco
De gozar mas libertad,
Le hizo ver en mí un tirano
Que aspiraba á esclavizarla.
A los consejos dañados
De su amistad lisonjera
Muy en breve se mezclaron
Los obsequios amorosos...
En fin, para no cansaros,
Me robó (¡ay triste!) el amor
De Inesita, siendo vanos
Mis esfuerzos por mostrarle
La razon: su pecho incauto,
Mas expuesto por mas dócil,
No resistió al falso halago
Del amor propio, al deseo
De lucir en el teatro
Del mundo, cual sus iguales,
Al mal ejemplo inmediato
De una madre inadvertida...
Pero hablar con un hermano
De estas cosas, es muy duro...

DON PEDRO.

Sí; pues estaré esperando
A que me digais que es loca...
Hace unos cuarenta años
Que tuve yo esa noticia.

DON LUIS.

No quise yo decir tanto,
Ni fuera razon tampoco;
Solo sí manifestaros
Que, no menos que su hija,
Es víctima del contagio
General de las costumbres:
Por no sufrir los sarcasmos
De la turba corrompida
De insolentes cortesanos,
Sigue del lujo y la moda
Los extravagantes pasos,
Sin que la edad la corrija
Ni la enmiende el desengaño.
Sé muy bien que es incapaz,
Aunque en riesgo tan cercano,
De faltar á los deberes
Del honor y de su estado;
Pero á un orgullo pueril
Su opinion sacrificando,
Mas que ser mala, procura
Ante el mundo aparentarlo.
A su hija misma disputa
Los obsequios y agasajos
De jóvenes pisaverdes,
De esta lucha resultando
Mil lances, que dan materia
De diversion á los vagos,
Y de lástima á los cuerdos:
Yo que tan interesado
Estoy en su propio honor...
Me parece que oigo pasos,
Y sintiera...

DON PEDRO.

Hétela aquí,
Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO Y DOÑA LEONCIA (*que entra de la calle, y se sienta despues*).

DOÑA LEONCIA.

Si no me da un tabardillo,
Tengo la sangre de hielo:
¡Qué Madrid! Ni un lugaron
De la Mancha estará menos
Surtido... Nada de gusto...

DON PEDRO.

Téngalos usted muy buenos.

DOÑA LEONCIA.

¿Ahí estás tú, linda maula?
Vengo para cumplimientos
Segun el humor que traigo.

DON LUIS.

¿Venis mala?

DOÑA LEONCIA.

No por cierto,
Don Luisito; son cuidados
Que las señoras tenemos.

DON PEDRO.

¿Y cuál es el que te aflige?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.

DOÑA LEONCIA.
¿A que no?
DON PEDRO.
¿No hay palco en el coliseo
Este carnaval?
DOÑA LEONCIA.
El doce.
DON PEDRO.
¿Se ha puesto el doguillo enfermo?
DOÑA LEONCIA.
Tampoco.
DON PEDRO.
Va la tercera:
DOÑA LEONCIA.
No te devanes los sesos,
Porque no lo has de acertar.
DON PEDRO.
Ello es de grave momento.
DOÑA LEONCIA.
Ya se ve.
DON LUIS.
¿Podrá saberse?
DOÑA LEONCIA.
Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el traje... Busco, veo,
Registro tiendas, modistas...
Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso...
DON PEDRO.
¡Vaya! si no hay ya gobierno
En este Madrid.
DOÑA LEONCIA.
¿Te burlas?
DON PEDRO.
No tal; antes me lamento
De que está el mundo perdido;
Pero díme: ¿dónde bueno
Va la música esta noche?
DOÑA LEONCIA.
Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucía...
DON PEDRO.
Así es muy fácil el serlo;
Con deber, y no pagar...
DOÑA LEONCIA.
Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿Y qué tenemos?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.
DON PEDRO.
Supongo que irá la niña
A la fiesta.
DOÑA LEONCIA.
No por cierto:
Se queda en casa.
DON PEDRO.
¿Y porqué?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.
DOÑA LEONCIA.
Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.
DON PEDRO.
En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...
DOÑA LEONCIA.
¡Hola! ¿Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal?
DON PEDRO.
Fuera sermon en desierto.
DOÑA LEONCIA.
Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.
DON PEDRO.
Maldito si te agradezco
La fineza: ¿te parece
Que la causa no comprendo?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego,
Para retozar mas libre...
DOÑA LEONCIA.
¡Ay, qué lengua!
DON PEDRO.
Porque entiendo
A la gente veterana:
¿No ves que soy perro viejo?...
Yo no sé, amigo Don Luis,

Si os divertirá lo mesmo
Que á mí: cuando voy á un baile,
Como ni danzo, ni juego
Ni echo flores á las damas,
De una silla me apodero;
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,
Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo
Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero:
Contradanza! Aqui fué Troya...
Las jóvenes al momento,
Cada cual con su pareja,
Se colocan por supuesto
A la cabeza del baile:
Los generales mas diestros
Desde allí ordenan el plan,
Dan la voz de mando, y luego
Las órdenes se circulan
Al batallon de refuerzo,
Que se extiende á retaguardia,
Por lo regular compuesto
De muchachuelas bisoñas
Y cadetes inexpertos.
Pues aquí, amigo Don Luis,
Es donde encuentran su puesto
Las inválidas ilustres,
Que, llenas de honrosos premios
En cien años de servicio,
Aspiran á mas trofeos.

DOÑA LEONCIA.

¿Callarás?

DON PEDRO.

Allí es el verlas
Mover el pesado cuerpo
Al veloz paso de ataque;
Allí el correr sin aliento,
Descargando medio siglo
Sobre el pobre compañero...

DOÑA LEONCIA.

No basta ya la paciencia (*levantándose*)
Para un hablador tan necio.

DON PEDRO.

Pues callaré; estáte quieta:
Si no te enfadas, te tengo
Que preguntar una cosa.

DOÑA LEONCIA.

Pues díla.

DON PEDRO.

¿Saber podremos...
Dónde has dejado á Inesita?

DOÑA LEONCIA.

Estará de vuelta luego:
Fué casa de unas amigas...

DON PEDRO.

¿No lo dije?... Devaneos
De una madre casquivana,
Descuidos que en algun tiempo
Pueden costarnos muy caros.

DOÑA LEONCIA.

Fué con Juana...

DON PEDRO.

¡Buen sugeto!

DOÑA LEONCIA.

Es muchacha de razon.

DON PEDRO.

No la iguala el Cancerbero
Para guardar un serrallo...

DOÑA LEONCIA.

Ni hay honra que esté á cubierto
De tu lengua.

DON PEDRO.

Pero díme,
Mujer: ¿te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña?

DOÑA LEONCIA.

No está lejos
La casa.

DON PEDRO.

Pues mas cercano
Está á las veces el riesgo.

DOÑA LEONCIA.

Ya les dije que cuidado...

DON PEDRO.

El aviso fué discreto!
¿Y porqué no fuiste tú?

DOÑA LEONCIA.

¿Con que no podré un momento
Separarme de mi hija?...

DON PEDRO.
Por mi voluntad, ni medio.

DOÑA LEONCIA.
¡No era mala esclavitud!

DON PEDRO.
Para madres de estos tiempos
Dices bien : les duele mucho
En las calles y paseos
Llevar la fe de bautismo
Por delante; y yo por eso
No les diera otro castigo :
¿Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detrás ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero?...
Y lo mas triste del caso
Es cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas
Que, al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo :
Madre... madre... ¡Haya malvadas!...

DON LUIS.
Hola, Inesita...

DOÑA LEONCIA.
Me alegro.

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA.

DOÑA INÉS.
Luisito, muy buenos dias;
Felices, tio : ¿no he vuelto
Pronto, mamá?

DOÑA LEONCIA.
Sí, mis ojos.

DOÑA INÉS.
Hemos venido corriendo
Por no tardar.

JUANA.
Y unos coches
Sin querer nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.

DON PEDRO.
Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles excusadas.

JUANA.
Pues siempre busco lo menos
Concurrido....

DON PEDRO.
Se conoce.

JUANA.
No tengo sabroso el genio
Para sufrir los moscones
Que al pasar echan requiebros.

DON PEDRO.
Haces bien.

JUANA.
Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo....

DON PEDRO.
Seria algun hombre indecente....

JUANA.
Sí, señor.

DON PEDRO.
Tan descompuesto.
Tan mal vestido....

JUANA.
Seguro.

DON PEDRO.
Mala cara....

JUANA.
Hasta era tuerto.

DON PEDRO.
Viejote....

JUANA.
¿Pues le vió usted?....

DON PEDRO.
No, Juana; pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto
Que era horrible, pobre y viejo.

DOÑA LEONCIA.
No hagas caso (*á Juana*). Yo no he visto
Unos colores mas feos.... (*á Doña Inés*).

(*Doña Leoncia y Doña Inés habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traido la última.*)

DOÑA INÉS.

Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.

DON LUIS.

No entiendo,
Inesita, de esas cosas;
Y errara de medio á medio.

DOÑA INÉS.

¿Cuándo ha de aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?

DON LUIS.

Me parece
Que, si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.

DOÑA LEONCIA.

Yo no he visto
Un mozo menos dispuesto
A complacer á las damas:
¿Tan poco le merecemos
A usted?

DON LUIS.

Todo lo contrario:
No hay quien haga mas aprecio
De las señoras que yo;
Sé la atencion y respeto....

DOÑA LEONCIA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugués dijera mas.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia;
Es menester mas despejo,
Mayor franqueza en el trato
Con las damas: sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.

DOÑA INÉS.

Lo mismo le digo yo.

DOÑA LEONCIA.

¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.

DOÑA INÉS.

¿Lo ve usted?

DOÑA LEONCIA.

¿Y cuántas veces
Un equívoco travieso,
Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama!

JUANA.

Yo reniego
De los hombres taciturnos,
Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos....
A mí mas me gusta un feo
Con sal.....

DON PEDRO.

¡Bravo! ¿Tambien tú
Te has metido á dar consejos?
La de la sal!.... de cocina,
Y de echársela al puchero
Entenderá, si la dejan. —
No os faltan buenos maestros,
Don Luisito, y en dos dias
Un cortesano completo
Podeis salir de esta casa....
Por mi parte, lo que siento
Es no hallarme ya en edad....
(*A Doña Leoncia.*)
¿Lo dudas? Pues no soy lerdo;
Y á mí con pocas lecciones
Bastaba; que bien comprendo
Acá traducida en tonto
La leccion: á ver si miento.
Escuche usted, Don Luisito:
La urbanidad y el respeto
Con las damas son ya propios
De señoritos gallegos
O mayorazgos de aldea;
Los jóvenes de talento
Y educacion cortesana
Han de ser libres, resueltos
Con casadas y solteras;

Y solo se exige de ellos
Que doren con algun chiste
Sus insolentes conceptos.
Entonces no hay que temer;
La de mas adusto genio
Os da con el abanico
Un golpecito, diciendo :
« *¡ Vaya; que es usted el diablo!*
¿ Cuándo ha de estarse usted quieto
Y tener juicio?.... » La madre
De carácter mas severo
Os dice, guiñando el ojo :
« *Repare usted que hay enfermos,*
Y no es ocasion de hablar.... »
Las niñas, al mismo tiempo,
Retozándoles la risa
Y con la vista en el suelo,
Procuran disimular
Que la indirecta entendieron....

DOÑA LEONCIA.

Corta!.... corta!.... ¡ Qué tijera!

DON PEDRO.

¿ No voy bien, señor maestro?

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Toda la familia junta :
Así me gustan las casas,
Arregladitas.... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles cómo están ;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color.... Me alegro
(*A Don Pedro*)
De veros, que ha una semana
Que no lograba ese gusto.

DON PEDRO.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.

DON TEODORO.

Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel....

DON PEDRO.

Seguro.

DON TEODORO.

Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os vi.

DOÑA LEONCIA.

Ciertamente.

DON TEODORO.

Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito simpre encanta
Donde quiera que se halle....

DON PEDRO.

Deje usted....

DON TEODORO.

Se me antojaba
Que aun se os conoce un poquito
La fluxion.

DON PEDRO.

No será nada.

DON TEODORO.

Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...

DON PEDRO.

Voy mejor, gracias á Dios.

DON TEODORO.

Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve ;
Meditaciones, la larga
Lectura, graves cuidados....

DON PEDRO.

La edad, la edad.

DON TEODORO.

¡ Pues no es mala
La aprension! ¿ Usted se burla?
La edad.... Quisiera acertarla....
A ver si le yerro mucho :
La vista viva, la planta
Firme.... Serán.... ¿ treinta y ocho?

DON PEDRO.

Y otros doce de adehala.

DON TEODORO.

No es posible.

DON PEDRO.

Cuente usted:
Soy el mayor, y á mi hermana
Le llevo unos cinco años....

DOÑA LEONCIA.

(*Con suma viveza.*)
Teodoro, oiga usted.

DON PEDRO.

(*A parte.*) Aguanta,
Que yo ya me he sacudido
El zángano.

DOÑA LEONCIA.

Qué se habla
Hoy por la Puerta del Sol?

DON TEODORO.

De noticias de importancia
Pocas, muy pocas: anoche
Anduvieron á estocadas
En la partida de juego....
¡Si la paciencia no basta
Para sufrir al marqués!....
¡Qué trapalon!... Triunfa, gasta.
Juega, miente, petardea....
Pues la mujer.... ya es alhaja!
Y su eterno cirineo
No es muy bobo..... Mesa franca,
Coche puesto, ropa limpia....
Pero ciertas voces andan
De que va á perder el pobre
La prebenda, y que la sacan
A oposicion.... Pues yo apuesto
A que el capitan la gana
Entre dos mil concurrentes:
No hay quien asalte una plaza....
De amor, ni un plato sopero
Con mas arte.... Hasta á la maula
De la Isabel engañó;
Bien que la niña....

DON PEDRO.

Ya escampa.

DON TEODORO.

Desde el año de ocho acá
Ha desplumado en sus garras
Tres oficiales franceses,
Dos polacos, al fantasma
Del contador italiano....
¿Y de los nuestros? No es nada:
A un consejero, á un doctor,
Al ricote de la Habana
Que quebró.... ¿No os acordais?
(*A Doña Leoncia*)
El que tuvo las palabras
Con aquel capigorron,
Que con la Andaluza gasta
Todo el beneficio simple....

DOÑA LEONCIA.

No caigo.

DON TEODORO.

Y ella se llama....
¿No la conoceis, Don Pedro?
Una buena moza, alta,
Blanca y rubia.... el mejor fruto
Que han dado las Alpujarras....
¿Ni usted, Luisito?

DON LUIS.

Tampoco.

DON TEODORO.

Pues es preciso que Juana
Haga memoria: la madre
Va vestida de beata,
Con sayal de san Antonio.

JUANA.

¿La que salió desterrada
Por hallarle aquel marido
El contrabando en su casa?

DON TEODORO.

La misma; jamás he oido
Ocurrencia de mas gracia:
¿No la sabe usted, Don Pedro?
Pues fué entonces muy sonada....

DON PEDRO.

¿Quiere usted venir, Luisito,
Concluiremos en mi sala
La cuentecilla pendiente?

DON LUIS.

Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Me agrada

El modo de despedirse
A la francesa.... Son mañas
De los señores de juicio
Si se les dice una chanza,
Se ponen serios; y luego
De noche toman la capa,
Se calan bien el sombrero,
Van volviendo atrás la cara.
Y andan armados en corso
Cruzando por la Fontana.

DOÑA LEONCIA.

Hoy venis de buen humor.

DON TEODORO.

Pues si es verdad; si me enfadan
Pecadores vergonzantes
De guardilla....

DOÑA LEONCIA.

No me engañan
A mí tampoco.

DON TEODORO.

El Luisito!....
(*A Doña Inés*)
Pues de esta vez no se escapa
Sin que sepais sus milagros....
¿Sonó la puerta?...

DOÑA LEONCIA.

No es nada.

DON TEODORO.

Capaces son de escucharnos....

DOÑA LEONCIA.

Pues vamos á la otra sala,
Y allí con satisfaccion....

DON TEODORO

(*á Doña Inés*).
En sabiendo usted las gracias
Del tal novio, no haya miedo
Que sienta perder la alhaja.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA INÉS Y JUANA (*en ademan una y otra de coser algunos adornos mujeriles*).

JUANA.

¿Por eso tan abatida?
No lo creyera á no verlo.

DOÑA INÉS.

¿Te parece poco?

JUANA.

¡Vaya!
Nunca ha llorado por menos
Una mujer.... Señorita,
Si usted no ensancha ese pecho,
Va á ser mártir en el mundo.
Yo tambien tuve algun tiempo
Disgustos y niñerías,
Quise bien, rabié de zelos,
Y una riña con el novio
Bastaba á quitarme el sueño:
¿Y qué saqué? Desengaños.
¿Querer á los hombres? ¡Fuego!
Fingir amor, engañarlos,
Echar á cien el anzuelo;
Si uno se escapa, otro cae;
Si uno se muere, otro al puesto;
Y en clavándose algun bobo,
Casorio, y negocio hecho.

DOÑA INÉS.

No me aflige el no casarme;
Aunque en verdad te confieso
Que amo á Teodoro, y quisiera
Sin obstáculos ni riesgos

En breve llamarle mio....
Solo este estado violento
De incertidumbre y de dudas,
El ver sus finos obsequios
A mi madre, el verme esclava,
Y que aun decir que le quiero
Ha de ser en mí un delito....

JUANA.

¡Ahí es nada! ¿No ha de serlo?
¡Una soltera querer!
No faltaba mas. Un gesto,
Una seña, una mirada,
Es peor que un sacrilegio
En una pobre doncella :
« Niña, cuidado con eso;
« No vuelvas atrás la cara;
« No me gustan secreteos;
« No te asomes á la reja.... »
¡Mal haya tantos consejos
De las madres! ¿Y porqué
No dan ellas el ejemplo?...
Pero es la ley del embudo :
En ellas todo está bueno;
Bailan, juegan, se divierten,
Llevan al lado el cortejo,
Dejan en casa al marido....
Y el pueblo, el bendito pueblo
¿Qué dice?... Nada; que es moda.
¿Pues cuándo llegará el tiempo
De moda para nosotras?

DOÑA INÉS.

Calla, loca.

JUANA.

Si me quemo
De ver lo que pasa hoy dia :
Las unas tienen derecho
De hacer cuanto les da gana;
¿Y las otras? Ni por pienso :
La opinion.... el qué dirán....
El pudor, el embeleco....
¡Ay, Dios mio! ¡Quién saliera
De este triste cautiverio,
Y lograra echar el gancho
Aunque fuera á un moro negro!
Pero no : que al tal Perico
Le he de cantar un solfeo
Que no ha de querer oirme....
Y usted, señora, lo mesmo
Debiera hacer con su amo....

DOÑA INÉS.

No dices mal.

JUANA.

Pues á ello :
Hoy mismo, si hay ocasion,
Hablarle poquito y bueno.
Por él ha dejado usted
A Don Luis, que, aunque es tan serio,
Al fin es jóven y rico;
Por él está usted sufriendo
La mala cara del tio;
Por él no tiene un momento
De tranquilidad y gusto :
Si habló á mi madre en secreto,
Si la acompañó al teatro,
Si juntos los dos se fueron
Al baile....

DOÑA INÉS.

Mira esta noche
Lo que me espera!....

JUANA.

¡Reniego
De quien lo sufre! Nosotras
En nuestro cuarto cosiendo,
Luego á cenar como monjas,
Y á la cama; mientras ellos
A la comedia, á la danza,
A estar bailando y riyendo
Hasta ya salido el sol....
Vendrá muy cansada luego
La mamá; se acostará;
Nos levantaremos quedo,
No despierte, y se incomode....
¡Vaya! No tengo yo genio
De sufrir tanto.

DOÑA INÉS.

¿Y qué quieres
Que haga yo?

JUANA.

Poner remedio :
Decir al tal Don Teodoro
Cuantas son cinco; y si luego,
Luego, no quiere casarse,

Sin mas plazo ni mas tiempo
Que el que se le da á un ahorcado,
Pasaporte y viento fresco.

DOÑA INÉS.

Pero ¿cómo he de atreverme
A manifestar deseos
De que acelere la boda?

JUANA.

Pues pudrirlos en el pecho,
Sufrir, rabiar, y entre tanto....

DOÑA INÉS.

No sé qué hacer.... pero temo
Dar un disgusto á mi madre.

JUANA.

Pues dejarle libre y quieto
Al Don Teodoro, y despues....

DOÑA INÉS.

Calla, mujer....

JUANA.

No hay mas medio
De que haya paz en la casa.

DOÑA INÉS.

Tienes razon....

JUANA.

Pues hacedlo;
Olvidarle....

DOÑA INÉS.

No mas, Juana....

JUANA.

Decirle que en ningun tiempo
Tiene que pensar....

DOÑA INÉS.

Por Dios....

JUANA.

¿Pues qué adelantais sufriendo
Y dilatando el martirio?

DOÑA INÉS.

Pero, ¿y mi madre?....

JUANA.

¡No es bueno
El escrúpulo! ¿Y porqué
Le ha de tener tanto miedo
Al dulce nombre de *suegra?*
Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto:
Abuela, abuelita mia....

DOÑA INÉS.

Siempre estás de fiesta.

JUANA.

Y siento
No estarlo mas; pero chito:
Que me parece han abierto
Una puerta....

DOÑA INÉS.

Si es Don Luis....

JUANA.

Ese mismo caballero.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, JUANA, DON LUIS.

DON LUIS.

¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta....

DOÑA INÉS.

Tenemos
Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo.

DON LUIS.

Supongo iréis á lucirlos
Al teatro.

DOÑA INÉS.

No por cierto:
Son para mamá; ni aun voy
Esta noche al coliseo.

DON LUIS.

¿Y porqué?

DOÑA INÉS.

No tengo humor.

DON LUIS.

¿De veras?

DOÑA INÉS.

Como lo siento.

DON LUIS.

No es decir que me engañeis;
Pero lo extraño.

DOÑA INÉS.

¿Y no puedo

Tener tambien mis caprichos?

DON LUIS.

Ya.... pero con todo eso....
Carnaval.... no ir al teatro....
Y aun me parece que advierto
Que estais un poco encendida....

DOÑA INÉS.

Estoy ha rato cosiendo,
Y me duele la cabeza.

DON LUIS.

Yo dijera.... pero temo
Que me llameis malicioso.

DOÑA INÉS.

Decidlo, no tengais miedo.

DON LUIS.

Si lo acierto, ¿seréis franca?

DOÑA INÉS.

Sí, lo seré.

DON LUIS.

No lo creo.

DOÑA INÉS.

¿Porqué?

DON LUIS.

Porque las mujeres
Muy rara vez suelen serlo.

DOÑA INÉS.

No está mala la lisonja;
Por mi parte la agradezco.

DON LUIS.

No es la culpa de ellas, no.

DOÑA INÉS.

¿Pues de quién?

DON LUIS.

Bien podeis verlo
Por vuestra propia experiencia....

DOÑA INÉS.

Os juro que no os entiendo.

DON LUIS.

Harto será: ¿Pues acaso,
Desde los años mas tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos mas inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces....
¿Qué, suspirais?

DOÑA INÉS.

No por cierto;
Seria casualidad.

DON LUIS.

Mas vale así. Pero ¿tengo
Razon en lo que decia?

DOÑA INÉS.

Tal vez....

DON LUIS.

En este momento
Lo está probando usted misma....

DOÑA INÉS.

¿Cómo?

DON LUIS.

Con ese silencio.

DOÑA INÉS.

¿Pues qué quiere usted que diga?

DON LUIS.

Lo que sintais.

JUANA.

Sin rodeos
Ni embustes: cuanto habeis dicho
Es, señor, el evangelio.

DOÑA INÉS.

¡Ay, Don Luis! ¡Y cómo envidio
El ser hombre!

DON LUIS.

Así lo creo:
Ni fingen ni disimulan....

DOÑA INÉS.

Al menos, pueden no hacerlo;
¡Pero nosotras.... nosotras!....
Una voz, un solo acento,
Una mirada es un crímen....

DON LUIS.

Mas, en fin, ¿yo no merezco
De usted ni una confianza?

DOÑA INÉS.

No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.

DON LUIS (*con vehemencia*).

Yo quisiera
Que me contáseis, al menos,
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con mas derecho.
Ninguno. Inesita, nadie....

Mas me olvidaba.... Mudemos
De conversacion.

DOÑA INÉS.

¿Porqué?

DON LUIS.

¿Ha salido ya Don Pedro,
Juana?

JUANA.

Hace mas de una hora.

DON LUIS.

En el café....

JUANA.

Por supuesto:
Allí estará con su gente
De peluquin, revolviendo
Los huesos á todo el mundo;
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.

DOÑA INÉS.

¿Callarás, Juana, esta tarde?....
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.

DON LUIS.

Estoy pensando
Dónde he de pasar el tiempo
Hasta ir al Prado....

DOÑA INÉS.

¿Y no mas?

DON LUIS.

¡Qué sé yo!....

DOÑA INÉS.

¿Si el mal ejemplo
Del disimulo en las niñas....

DON LUIS.

Acabad.

DOÑA INÉS.

Irá cundiendo
Como contagio á los hombres?

DON LUIS.

No sé.... Voy á ver si encuentro
En el café á vuestro tio.

DOÑA INÉS.

Divertirse.

DON LUIS.

Lo agradezco.
A los piés de usted.... (*se queda parado*).

DOÑA INÉS.

¿No os vais?

DON LUIS.

Pensaba.... Mas voy corriendo,
No se vaya.... Hasta la noche.

DOÑA INÉS.

Haceis bien en huir del riesgo.

DON LUIS.

¿De qué riesgo?....

DOÑA INÉS.

Del contagio.

DON LUIS.

¿Qué contagio?.... No me acuerdo.

DOÑA INÉS.

Del disimulo en las niñas....

DON LUIS.

Yo estoy libre.

DOÑA INÉS.

Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INÉS Y JUANA.

JUANA.

Señorita.... señorita....

DOÑA INÉS.

¿Qué dices, Juana?

JUANA.

Sospecho
Que hay reliquias....

DOÑA INÉS.

No; te engañas.
Estimo á Don Luis, le aprecio,
Le quise; pero me inspira
Mas amistad y respeto
Que no amor: el no encontrar
Obstáculos ni tropiezos
Para nuestra union, el verle
De continuo y sin recelo,
Y el no oponerme rival
Que despertase mi afecto,
Le hizo entibiar poco á poco.

JUANA.

Quizá quisiera usted menos

A Don Teodoro, si no....

DOÑA INÉS.

¡Ay, Juana!

JUANA.

¿Os toqué muy recio
En la herida?

DOÑA INÉS.

Yo no sé....
Ni yo misma decir puedo
Lo que sufro.

JUANA.

Lo conozco.

DOÑA INÉS.

Mirarle á cada momento,
Y apenas poder hablarle;
Estar con rostro sereno
Y la sonrisa en los labios,
Cuando me falta aun aliento;
Sufrir sin poder quejarme;
Callar, y abrasarme en zelos....
No, Juana, no me es posible
Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.

JUANA.

No, por Dios,
No os aflijais.

DOÑA INÉS.

Y no encuentro
Ni remedio, ni esperanza,
Ni aun una persona al menos
Que tome parte en mi suerte....

JUANA.

No lloreis.

DOÑA INÉS.

Mi padre lejos....
Mi tio, es verdad, me quiere;
Pero aborrece en extremo
A Teodoro, y por su gusto....

JUANA.

¿Cómo ha de querer el viejo
Que un jóven franco y garboso
Saque á lucir su dinero?
Primero os verá cien veces
Llevar palma en el entierro.

DOÑA INÉS

Si es mi madre....

JUANA.

¿Vuestra madre?
¡Pues no era malo el empeño!
Si esperais para casaros
Tener su consentimiento,
Ahí cerca están las Descalzas....
¡Y con Teodoro! Por cierto
Celebrará la eleccion.

DOÑA INÉS.

¿Con que nunca esperar debo
Ser su esposa?

JUANA.

¿Y por qué causa?....
¿No le amais? ¿No os tiene afecto?
Pues, queriendo dos amantes,
¿Qué son cien viejas, cien viejos,
Padres, abuelos y tios,
Familia, amigos y deudos?

DOÑA INÉS.

Pues, Juana, mucho le amo;
Pero á tanta costa....

JUANA.

Creo
Que le amais poco.

DOÑA INÉS.

Mi vida....

JUANA.

Pues si le amais, y estais viendo
Que, si os parais en pelillos,
Nunca llegará á ser vuestro....

DOÑA INÉS.
(*Levantándose.*)

¡Nunca!....

JUANA.

¿Pues lo duda usted?

DOÑA INÉS (*con vehemencia*).

Y en este sitio, aquí mesmo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra mas feliz!.... ¿Qué es esto?....
Inés, ¿has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!.... Me avergüenzo
De mí misma.... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.

JUANA.

¡Yo, señora!

DOÑA INÉS.

En ningun tiempo
Sepa nadie....

JUANA.

¿Qué decis?

DOÑA INÉS.

Yo en adelante te ofrezco
Ser mas prudente....

JUANA.

Señora....

DOÑA INÉS.

Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida, diré á Teodoro....

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué, bien mio?

DOÑA INÉS.

¡Ay, Dios!

JUANA.

Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudiérais llegar.

DOÑA INÉS.

Si os debo
Algun cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas....

DON TEODORO.

¿Porqué?

DOÑA INÉS.

Mañana....

DON TEODORO (*se sienta*).

De esta silla no me muevo
Sin saber cuanto ha pasado.

DOÑA INÉS.

En otra ocasion; que temo
No se levante mi madre.

DON TEODORO.

¡Pues tengo bonito genio
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!

DOÑA INÉS.

Yo os lo diré.

DON TEODORO.

Dílo ahora.
¿Ha echado sermon el viejo?

DOÑA INÉS.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Fué la mamá?

DOÑA INÉS.

Tampoco.

DON TEODORO.

¿Pues qué hay de nuevo
Para tantas ceremonias?

DOÑA INÉS.

Nada.... nada....

DON TEODORO.

Así lo creo.

JUANA.

Y acierta usted. Todo el caso....

DOÑA INÉS.

Calla, Juana....

JUANA.

Sin rodeos....

DOÑA INÉS.

Calla.

JUANA.

No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.

DOÑA INÉS.

Pues yo me iré....

DON TEODORO.

(*Levantándose y deteniéndola.*)
No, mi vida.

DOÑA INÉS.

Si algo os merece mi afecto,
Dejadme que me retire
Un instante; pronto vuelvo.

DON TEODORO.

Ahora mismo has de escucharme.

DOÑA INÉS.

Mi madre....

DON TEODORO.

Estará durmiendo.

JUANA.

Ya se ve: para ir despues,
Sin soltar su cirineo,
A bailar toda la noche.

DON TEODORO.

Calla, bachillera....

JUANA.

Y luego:
« ¡Mucho te quiero, Inesita! »

DON TEODORO.

¡Mala lengua!

JUANA.

Usted al juego,
Al Prado, á la fiesta, al baile;
Y ella llorando y gimiendo....

DOÑA INÉS.

Yo te aseguro....

JUANA.

La pobre
Hecha un mártir....

DON TEODORO.

No hay remedio;
Ha de hablar aunque la ahorquen.

DOÑA INÉS.

Juana!

JUANA.

Si ya en estos tiempos
Es malo decir verdades.

DON TEODORO.

Por san Francisco te ruego
Que calles solo un minuto.

JUANA.

Ya pasó.

DOÑA INÉS.

Yo no sosiego,
No despierte mi mamá....

DON TEODORO.

Pues que Juana esté en acecho
En la puerta, y nos avise....

JUANA.

¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que os coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.

DON TEODORO.

Con mil diablos, vé á la puerta;
Que mañana te prometo....

DOÑA INÉS.

Vé, Juana, yo te lo pido.

JUANA.

Ya voy.

DON TEODORO

(*cogiéndola del brazo*).
Pronto....

JUANA.

Cepos quedos;
Que puede verlo la vieja....

DON TEODORO.

¡Ah, bribonaza!

JUANA.

En tosiendo....

DON TEODORO.

Ya estamos.

DOÑA INÉS.

No te descuides.

JUANA.

Buena atalaya habeis puesto.
(*Yéndose hácia la puerta.*)

DON TEODORO.

Inés mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?

DOÑA INÉS.

¡Son tantos vuestros deseos!

DON TEODORO.

¿Pues lo dudas?

DOÑA INÉS.

Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; solo quisiera
Saber de usted....

DON TEODORO.

¿Qué?

DOÑA INÉS.

Si puedo
Mereceros un favor....

DON TEODORO.

Cuanto valgo, cuanto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.

DOÑA INÉS.

Yo no apetezco
Tanto....

DON TEODORO.

¿Pues qué es lo que quieres?

DOÑA INÉS.

Que vuelva usted á mi pecho
La paz (¡ay Dios!) que ha perdido....

JUANA.

(*Viniendo y hablando de prisa.*)
Que no sea usted embustero;
Que le cumpla la palabra;
Que no engañe á dos á un tiempo....

DON TEODORO.

(*Remedándola.*)
Que el diablo te lleve, amen.

DOÑA INÉS.

Juana, por Dios.

JUANA.

Ya me vuelvo.
(*Yéndose.*)

DON TEODORO.

¿Ahora callas, y suspiras?
¿Ni una palabra merezco?

DOÑA INÉS.

No me es posible, Teodoro,
Explicaros los tormentos
Que sufro; ni está en mi mano
Disimularlos mas tiempo.

DON TEODORO.

¡Tú sufrir!.... ¿Y qué cruel?....

DOÑA INÉS.

Ahora no se trata de eso:
Solo sí....

DON TEODORO.

¿De qué, mi vida?

DOÑA INÉS.

De que pongamos remedio.

DON TEODORO.

El que gustes: por mi parte....

DOÑA INÉS.

Dadme palabra.

DON TEODORO.

La ofrezco.

DOÑA INÉS.

Mirad que es duro el partido.

DON TEODORO.

Dílo, pues.

DOÑA INÉS.

Nunca mas vernos.

DON TEODORO.

(*Despues de una breve suspension.*)
¿Y tienes valor siquiera
De decirlo?.... Mas sospecho
Que te burlas.

DOÑA INÉS.

No, Teodoro:
Harto me cuesta el esfuerzo;
Pero es preciso.

DON TEODORO.

¿Y porqué?

DOÑA INÉS.

Porque lo tengo resuelto.

DON TEODORO.

Sin duda ya no me amas....

DOÑA INÉS.

¡Ojalá! (*con ternura.*)

DON TEODORO.

¿Pues á qué efecto
Separarnos?

DOÑA INÉS.

Porque así
Será mas fácil....

DON TEODORO.

Te entiendo:
Olvidarme; ¿no es verdad?

DOÑA INÉS.

Bien quisiera; mas no puedo.

DON TEODORO.

¿Lo quisieras?

DOÑA INÉS.

Qué sé yo!....
En tal situacion me veo,
Que ni sé lo que me pasa,
Ni tampoco lo que quiero;
Solo sé que es insufrible
Este continuo tormento;
Y que, si callo, me abraso;
Y si llego á hablar, me pierdo.

DON TEODORO.

No llores, mi bien, no llores.

DOÑA INÉS.

Pues abrazad ese medio
De salvar á una infeliz....

DON TEODORO.

¿Y no hay otro?

DOÑA INÉS.

No le encuentro.

DON TEODORO.

Yo sí.

DOÑA INÉS.

¿Cuál?

DON TEODORO.

Hablar hoy mismo
A tu madre.

DOÑA INÉS.

Es vano intento.

DON TEODORO.

¿Porqué?

DOÑA INÉS (*con ternura*).

Ingrato, tú lo sabes!

DON TEODORO.

No lo sé; pero si vemos
Que se obstina en oponerse
A nuestros justos deseos,
Entonces.... Inés.... ¿me amas?

DOÑA INÉS.

¿Lo preguntas?

DON TEODORO.

No tardemos
En ser felices....

DOÑA INÉS.

¿Y cómo?

DON TEODORO.

Pronto lo sabrás.

DOÑA INÉS.

¿No puedo
Saberlo ahora mismo?

DON TEODORO.

¿Quieres?

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro, te lo ruego.

DON TEODORO.

Quizá no tengas valor....

DOÑA INÉS.

Te adoro; y no he de tenerlo!

DON TEODORO.

¿Juras ser mi esposa?....

DOÑA INÉS.

Sí.

DON TEODORO.

Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos....

JUANA (*sale corriendo*).

Que viene....

DON TEODORO.

A Dios.

JUANA.

Ya no hay tiempo.

(*Don Teodoro se queda en medio de la sala, Doña Inés se sienta, y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro; Juana se queda en pié hasta despues.*)

ESCENA V.

DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

DOÑA LEONCIA.

(*Al salir se encara con Don Teodoro.*)
¡Hola!.... Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?

DON TEODORO.

Ahora mismo....

JUANA.

En este momento acaba....

DOÑA LEONCIA.

Calla tú.

JUANA.

Yo iba á llamaros....

DON TEODORO.

Dije que no os despertara,
Por dejaros sosegar.

DOÑA LEONCIA.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza....

DON TEODORO.

Previendo
La mala noche que aguarda....

DOÑA LEONCIA.

Si os digo que lo agradezco.

DON TEODORO.

Estarse hasta la mañana
Sin dormir....

DOÑA LEONCIA.

Lo estimo mucho.

DON TEODORO.

Hallándoos tan delicada....

(*Se acerca y le dice en tono bajo.*)

Y sabiendo el interés
Que me tomo....

DOÑA LEONCIA (*aparte á D. Teodoro*).

¡Ah, buena maula!....
Ya las pagará usted todas.

(*Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de Doña Inés, y le habla en tono bajo.*)

JUANA.

Señorita.

DOÑA INÉS (*en voz baja*).

Juicio, Juana.

DON TEODORO (*en voz alta*).

Pues ha de estar divertida
La funcion....

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Bien preparada
Voy yo para divertirme.

DON TEODORO (*en voz baja*).

¿Por qué motivo?

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Por nada.

DON TEODORO (*en voz baja*).

¿Pues qué habeis visto?

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Negadlo.

JUANA (*en tono alto*).

Señora; ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?

DOÑA INÉS.

Bien lo advierto.

JUANA.

Pues quitarla.

(*Don Teodoro se aparta de Doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos.*)

DON TEODORO.

Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada....

(*Aparte á Doña Leoncia.*)

Yo os daré satisfaccion.

DOÑA LEONCIA.

(*Aparte á Don Teodoro.*)

No es menester.

JUANA (*en tono alto*).

Si se os pasa
El punto.

DOÑA INÉS.

Ya le cogí.

DON TEODORO.

Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la corte;
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.

JUANA.

En mi tierra
Tambien salen mojigangas
Por el Córpus; yo vi una
Con diablillos de dos caras....

DON TEODORO.

Mujer, ¿qué entiendes tú de eso?

DOÑA LEONCIA.

Aquí, Juana, no te llaman....

DON TEODORO (*en tono bajo*).

Siempre usted con niñerías....

DOÑA LEONCIA (*en tono bajo*).

No piense usted que me engaña;
Aunque callo y sufro.... puede....

JUANA.

(*Tose de propósito.*)

¡Maldita sea mi garganta!

DON TEODORO (*en tono alto*).

Pues.... como digo.... la cosa....

DOÑA INÉS.

(*Aparte, y levantándose.*)

No puedo mas: vente, Juana.

DOÑA LEONCIA.

¿Adónde vas?

DOÑA INÉS.

A mi cuarto.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué tienes?

DOÑA INÉS.

Un poco mala
De la cabeza.

DON TEODORO.

Si es cosa
De médico....

DOÑA INÉS.

Muchas gracias.

DON TEODORO.

Voy volando....

DOÑA INÉS.

No, señor.

DON TEODORO.

Será de estar aplicada
Por la siesta.

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DOÑA LEONCIA.

Si es jaqueca, se le pasa
En acostándose un poco.

DON TEODORO.

Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café....

DOÑA LEONCIA.

Sí, niña; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá:
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos....

DOÑA INÉS.

Yo lo haré.

DOÑA LEONCIA.

No, que estás mala;
Juana lo hará: el de teatro
Y el otro.

JUANA.

Estoy enterada.

DOÑA LEONCIA.

Y que al tiempo de vestirme
No me empiecen á hacer falta
Otras mil cosas....

DON TEODORO.

¿Pues dónde
Vais á vestiros?

DOÑA LEONCIA.

A casa
De mis primas: desde anoche
Quedamos apalabradas
Para ir juntas al teatro....
Supongo, si hay quien nos haga
El favor de acompañarnos....

DON TEODORO.

Es regular que yo vaya
Un rato.... Quedan tres noches....

DOÑA INÉS.

A Dios, mamá.

DOÑA LEONCIA (*á Juana*).

Hazle la taza
De café; (*á Inés*) y antes de irnos,
Te dejaré sosegada.

DOÑA INÉS.

Me aliviaré; no me acuesto.

DON TEODORO.

Es que si luego recarga....

DOÑA INÉS.

No querrá Dios.

DON TEODORO.

Mas con todo,
Si la jaqueca se agrava....

DOÑA INÉS
(*con énfasis*).

No temais; segun me siento,
Pronto me veré curada.

(*Doña Inés se retira: Juana habrá recogido la costura, y la sigue hácia los cuartos de adentro.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto: Don Teodoro se acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se aproxima por grados.*)

DOÑA LEONCIA.

Para enfermero mayor
De un hospital sois alhaja.

DON TEODORO.

Maliciosa!....

DOÑA LEONCIA.

¿Pues es malo
Celebrar vuestra eficacia?

DON TEODORO.

En viendo yo padecer....

DOÑA LEONCIA.

Y mas en teniendo faldas
La paciente....

DON TEODORO.

Y aunque no.

DOÑA LEONCIA.

Y si es bonita y muchacha....

DON TEODORO.

¡Como á mí me gustan tanto!....

DOÑA LEONCIA.

¡A usted! ¿Y quién le levanta
Ese falso testimonio?....

DON TEODORO.

No lo diga usted por chanza;
Que es una verdad.

DOÑA LEONCIA.

Lo creo.

DON TEODORO.

Nunca á mí me han hecho gracia
Las mozuelas: presumidas,
Inconstantes, casquivanas;
Ni saben querer, ni saben
Cómo se cautiva el alma....

DOÑA LEONCIA.

En eso teneis razon:
Yo no sé qué gusto sacan
Los hombres de enamorarse
De esas mocosas.

DON TEODORO.

¡Qué fatuas!
Risas, señajos, melindres,
Cuatro frases estudiadas,
Y ve aquí todo su amor.
A mí tan solo me agrada
Una mujer de talento,
De una edad proporcionada,
Juiciosa, bella, sensible,
Que sepa cómo se paga
El amor.... ¿pongo un ejemplo?....

DOÑA LEONCIA.

¡Ah, bribon!

DON TEODORO.

Sin otra falta
Que ser un poco zelosa
Con quien de veras la ama.

DOÑA LEONCIA.

Y tiene razon.

DON TEODORO.

Ninguna.

DOÑA LEONCIA.

Le sobra.

DON TEODORO.

Estais engañada.

DOÑA LEONCIA.

(*Alzando la voz.*)
Me desespero....

DON TEODORO (*lo mismo*).

Si os digo....

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

¿Ha de ir la cinta plegada,
O solo cosida al aire?

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no te dije que á tablas?

JUANA.

Se me olvidó.

DOÑA LEONCIA.

¡Qué cabeza!

JUANA.

Ni que fuera Valenciana.
(*Al irse hace señas de amenaza á Don Teodoro.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO,

DON TEODORO.

Todo es aprension, capricho....

DOÑA LEONCIA.

Si á mí nada se me escapa.

DON TEODORO.

Es engaño.

DOÑA LEONCIA.

Va de muchas.

DON TEODORO.

Si no le hablé dos palabras.

DOÑA LEONCIA.

Si os vi yo con estos ojos....

DON TEODORO.

Pregúntelo usted á Juana.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen testigo!

DON TEODORO.

¿Porqué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

Me parece que no alcanza
La cinta.

DOÑA LEONCIA.

Pues poner otra.

JUANA.

Voy al instante....

DOÑA LEONCIA.

Pues anda....

(*Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luego á salir y habla á su turno.*)

(*A Don Teodoro*).

Yo quiero ser sola, sola.

DON TEODORO.

Teneis razon.

DOÑA LEONCIA.

Sola, ó nada.

JUANA (*al salir*).

¿Pongo la azul ó la verde?

DOÑA LEONCIA.

Pon la que te diere gana.

JUANA.

Yo por no errar....

DOÑA LEONCIA.

Si me ardo...

DON TEODORO.

No os impacienteis.

DOÑA LEONCIA.

Despacha;
Que es muy tarde.

JUANA.

Voy, señora....

DOÑA LEONCIA.

Mas despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Se me abrasa
La sangre con gente torpe.

DON TEODORO.

Y luego el pecho lo paga.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen cuidado le da á usted!

DON TEODORO.

Mas que si yo lo pasara....

DOÑA LEONCIA.

¡La pícara que lo crea!

DON TEODORO.

Dejad por Dios esas chanzas....

DOÑA LEONCIA.

Son veras.

DON TEODORO.

Tengamos paz:
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.

DOÑA LEONCIA.

Si acaso!....
Me teneis muy enfadada.

DON TEODORO.

¿Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.

DOÑA LEONCIA.

Pues, ¿porqué?

DON TEODORO.

Y por fin, si la encontrara
Tan grata como otras veces....

DOÑA LEONCIA.
Explíquese usted.

DON TEODORO.
No es nada.

DOÑA LEONCIA.
Hablad claro....

DON TEODORO.
Mi familia
A cien leguas de distancia;
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra....

DOÑA LEONCIA.
Pero ¿no puedo saber?....

DON TEODORO.
Me ven así, y se propasan....

DOÑA LEONCIA.
Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascua....

DON TEODORO.
No es cosa grave....

DOÑA LEONCIA.
Decidla:
Quizá podré remediarla.

DON TEODORO.
Bien podeis; pero.... primero!....
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.

DOÑA LEONCIA.
Pero ¿quién?....

DON TEODORO.
Ese villano
De asentista.... echar bravatas
Por tres miserables onzas....
Al fin plebeyo.

DOÑA LEONCIA.
Acabara
Usted con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa....

DON TEODORO.
Cuando del honor se trata
De un hombre.... Si lo supiera
Mi tio el oidor de Canarias!

DOÑA LEONCIA.
Pero ¿porqué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?

DON TEODORO.
¡Pedirles yo!
Antes....

DOÑA LEONCIA.
Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseara....
(Saca una bolsita con dinero.)

DON TEODORO.
(Fingiendo distraccion.)
¡Verme así!

DOÑA LEONCIA.
Mucho mas siendo
Persona de confianza....
(Le alarga la bolsa con timidez.)

DON TEODORO.
Mas ¿qué es esto? ¿usted tambien
Contra mí?.... Porque me hallan
Sin recursos!....

DOÑA LEONCIA.
¿Pero acaso?....

DON TEODORO.
Solo dándome palabra....

DOÑA LEONCIA.
Por Dios, no me saque usted
Los colores á la cara:
Así como así, la bolsa
La llevaba preparada
Para jugar esta noche;
Hago cuenta que jugaba
Con usted de compañía,
Y que perdimos tres cartas.

DON TEODORO.
Si supiera tener suerte....

DOÑA LEONCIA.
(Instándole.)
No me dejeis desairada.

DON TEODORO.
Solo con la condicion
De que partamos ganancias.

DOÑA LEONCIA.
Como gusteis.

DON TEODORO.
Y aun así....

DOÑA LEONCIA.

No me avergonceis, tomadla;
Yo os lo ruego.

DON TEODORO.

(*Toma la bolsa.*)
¡Ay! ¿quién resiste
Á una persona á quien ama?

DOÑA LEONCIA.

¿De veras? ¿no me engañais?

DON TEODORO.

No, dulce prenda adorada,
Mi ángel tutelar!....

(*Cógele con ternura una mano, en ademan de ir á besársela; y mirando hácia la puerta, descubre á Doña Inés y á Juana, que llegan al mismo tiempo, y se quedan paradas.*)

(*Aparte.*) ¡Á Dios!

(*En tono alto.*)

Débaos esta sola gracia,
Y soy dichoso.... Aquí mismo,
En union eterna y santa....

DOÑA LEONCIA.

¿Qué decis?

(*Sigue D. Teodoro estrechándole la mano, y hablando con pasion, que irá graduando insensiblemente.*)

DON TEODORO.

Á vuestro lado,
Sin salir de vuestra casa....

DOÑA LEONCIA.

No os entiendo, por mi vida.

DON TEODORO.

Un sí, una sola palabra,
Y soy feliz.

DOÑA LEONCIA.

¿Estais loco?

DON TEODORO.

Yo os lo ruego: pronunciadla;
Por usted, por mí, por ella....

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA.

(*Doña Inés corre precipitada, se arroja de rodillas, y coge la otra mano de su madre: esta se levanta sorprendida.*)

DOÑA INÉS.

Sí, madrecita del alma!
Hacedlo por mí tambien.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué es lo que dices, muchacha?

DOÑA INÉS.

No habrá mujer mas querida,
No habrá madre mas amada
En el mundo....

DOÑA LEONCIA.

Si no sé....

DOÑA INÉS.

Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro....

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué oiste?

DOÑA INÉS.

Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto....

DOÑA LEONCIA.

Alzate, muchacha, alza,
Y explícate.

DOÑA INÉS.

No me muevo....

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, que ya estoy cansada;
Habla claro.

DOÑA INÉS.

Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Echate á sus piés.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué dices?

DOÑA INÉS.

Si le quiero, y él me ama....

DOÑA LEONCIA.

¿A quién?

DOÑA INÉS.

Si os pide mi mano....

DOÑA LEONCIA.

¡Pide tu mano!.... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres....

DOÑA INÉS.

Si en algo os ofendo....

DOÑA LEONCIA.

Calla,
Deshonra de tu familia....

DOÑA INÉS.

Oidme, por piedad....

DOÑA LEONCIA.

Aparta.

DOÑA INÉS.

No, madre mia....

DOÑA LEONCIA.

¡Tu madre!....
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.

DOÑA INÉS.

¡Por Dios!....

DOÑA LEONCIA.

(*A Don Teodoro.*)
¿Y así, vil hombre, se engaña
A una inocente?

DON TEODORO.

Escuchadme.

DOÑA LEONCIA.

Salid pronto de mi casa,
Y nunca mas....

DON TEODORO.

Pero oidme....

DOÑA LEONCIA.

(*A Doña Inés.*)
¿Aun estás aquí, malvada?

DOÑA INÉS.

Yo me iré....

DOÑA LEONCIA.

Quítate al punto
De mi vista, antes que haga
Un ejemplar.

DOÑA INÉS.

Yo me iré....

DOÑA LEONCIA.

Pronto....

DOÑA INÉS.

Ya me voy....

DOÑA LEONCIA.

¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

DOÑA LEONCIA.

(*A Don Teodoro.*) (*A Juana.*)
¿No os he dicho?.... ¿Y tú tambien
Qué esperas aquí?

JUANA.

Aguardaba
A saber si los vestidos....

DOÑA LEONCIA.

Tíralos por la ventana.

JUANA.

Es que si....

DOÑA LEONCIA.

Véte allá dentro.

JUANA.

Pero yo....

DOÑA LEONCIA.

La mas culpada
Eres tú.

JUANA.

¿Yo?

DOÑA LEONCIA.

Encubridora!

JUANA.

¡Decirle á una mujer blanca
Esa expresion!....

DOÑA LEONCIA.

Mas mereces.

JUANA.

Mi familia es tan honrada
Como la mejor.

DOÑA LEONCIA.

A dentro.

JUANA.

Tengo una hermana casada

Con un cuadrillero.

DOÑA LEONCIA.

Véte.

JUANA.

Y un primo hidalgo en la Mancha.

DOÑA LEONCIA.

Véte con mil de á caballo.

JUANA.

Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.

DOÑA LEONCIA.

Véte.

JUANA.

Que, si tuviéramos plata,
No nos faltaran papeles
Como todos....

DOÑA LEONCIA.

Véte, Juana.

JUANA.

Pero sin el din, no hay Don.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?

JUANA.

Digo....

(Con mucha rapidez.)

Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

(Despues de una breve suspension.)

No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros....

DON TEODORO.

Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.

DOÑA LEONCIA.

No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos:
Que, si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.
Solo le suplico á usted
Que jamás, ni por acaso,
Ni de mí ni aun de mi nombre
Volvais siquiera á acordaros.

DON TEODORO.

¿Y habla usted de veras?

DOÑA LEONCIA.

¡Cómo!

¿Teneis acaso el descaro
De fingir?....

DON TEODORO.

Pero hable usted;
Y por lo menos sepamos
Qué motivo ó qué pretexto....

DOÑA LEONCIA.

El hablar es excusado
Con un hombre....

DON TEODORO.

Siga usted.

DOÑA LEONCIA.

Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.

DON TEODORO.

Si á lo menos
Se explicara usted mas claro,
Yo os diera satisfaccion.

DOÑA LEONCIA.

¡Satisfaccion! Ni pensarlo.

DON TEODORO.

Pues callaré: ¿quereis mas?
Aun siendo yo el agraviado....

DOÑA LEONCIA.

¿En qué? Diga usted.

DON TEODORO.

En nada:

Si ya os he dicho que callo.

DOÑA LEONCIA.

¿Y qué pudiérais decirme?

DON TEODORO.

Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.

DOÑA LEONCIA.

¡Las gracias! ¿Estais soñando?

DON TEODORO.

Lo dicho dicho: las gracias.

DOÑA LEONCIA.

Será de haberme engañado.

DON TEODORO.

¡Yo engañar!

DOÑA LEONCIA.

Y á una hija incauta
Habérmela alucinado
Con esperanzas....

DON TEODORO.

¿De qué?

DOÑA LEONCIA.

¿No lo dijo ella bien claro?

DON TEODORO.

¿Y qué dijo?

DOÑA LEONCIA.

¿Estábais sordo,
O os agrada el escucharlo?

DON TEODORO.

¡Y una señora de mundo,
De talento despejado,
Va á hacer caso de una niña!

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no tengo de hacer caso?....
¿No dijo que usted la amaba,
Que anhelaba usted su mano?

DON TEODORO.

Pero yo ¿qué contesté?

DOÑA LEONCIA.

Nada.

DON TEODORO.

Pues pleito acabado.

DOÑA LEONCIA.

Quien calla otorga, y usted....

DON TEODORO.

Iba ya á desengañaros,
Y me cerrásteis la boca.

DOÑA LEONCIA.

Si no tuviera ella datos,
No hubiera dicho....

DON TEODORO.

Es verdad:
Las niñas de quince años
Nunca piensan que las quieren
Sin motivos muy fundados.

DOÑA LEONCIA.

¿Con que nunca le habeis dicho
Que la quereis?

DON TEODORO.

Supongamos
Que se lo haya dicho; bien:
¿En eso se perdió algo?
¿O es un delito tan grave
Echar un requiebro vano?....
¿No vengo acá con frecuencia?
¿No la estoy viendo y tratando
De continuo?.... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella, muchacha,
Y además vivo retrato
De una persona.... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello;
Mas no es tan fácil mandato
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Solo le aseguro á usted
Que jamás le he insinuado
Nada de boda....

DOÑA LEONCIA.

Y entonces
¿Cómo creyó?....

DON TEODORO.

No es extraño.
¿Ignora usted que las niñas
Con el mas leve agasajo
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que están soñando
Con novios y casamientos,
Y mas si por sus pecados
Han leido cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?

DOÑA LEONCIA.

Pero usted mismo, usted mismo,
¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?

DON TEODORO.

¿No lo oísteis?
Licencia para casarnos.

DOÑA LEONCIA.

¿Y así me lo dice usted?

DON TEODORO.

¿Pues yo acaso lo he negado?....
¿Hice mal?

DOÑA LEONCIA.

Usted me insulta....

DON TEODORO.

Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,
Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebato
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,
Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando....

DOÑA LEONCIA.

¿Con que usted las vió?....

DON TEODORO.

¡Señora!
¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?

DOÑA LEONCIA.

No, á fe mia.

DON TEODORO.

Pues lo único que ya extraño
Es vuestra santa paciencia:
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigail,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?.... ¡Vaya!
¿No me vísteis tan turbado,
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?....
Os miré; no me entendísteis;
Os hice señas; fué en vano:
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor
Expuesto á algun juicio falso....
¿Y qué quiere usted que hiciera?
Echar por cualquier atajo:
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.

DOÑA LEONCIA.

Yo anduve torpe....

DON TEODORO.

No tal;
Yo solo soy el culpado.

DOÑA LEONCIA.

Pero si yo no sabia....

DON TEODORO.

No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales....

DOÑA LEONCIA.

Mirad que aun estoy temblando
Del susto....

DON TEODORO.

Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.

DOÑA LEONCIA.

No se vaya usted.

DON TEODORO.

Preciso.

DOÑA LEONCIA.

¿Quereis matarme á quebrantos?....
Pues haga usted lo que quiera.

DON TEODORO.

Vaya! Las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.
¿Porqué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?

DOÑA LEONCIA.

Segun me siento, no salgo.

DON TEODORO.

¿Y porqué?

DOÑA LEONCIA.

No estoy muy buena.

DON TEODORO.

En distrayéndoos un rato,
Os aliviaréis.

DOÑA LEONCIA.

No tengo
Humor.

DON TEODORO.

¿Ni vais al teatro?

DOÑA LEONCIA.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Ni al baile?

DOÑA LEONCIA.

Menos.

DON TEODORO.

¿Con que es riña de muchachos
La nuestra?

DOÑA LEONCIA.

Pues yo ¿qué digo?

DON TEODORO.

Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz: sea usted dócil;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas, luego
Podeis pensar mas despacio
Lo que hayais de hacer.

DOÑA LEONCIA.

Si voy,
Me estoy sentada en un lado
Sin ir á parte ninguna.

DON TEODORO.

No será poco milagro.

DOÑA LEONCIA.

¿Por qué razon?

DON TEODORO.

Yo me entiendo.

DOÑA LEONCIA.

Se engaña usted.

DON TEODORO.

¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?

DOÑA LEONCIA.

Antes bien quiero dejaros
Mas libertad, yendo solo.

DON TEODORO.

¿Se vuelve á torcer el carro?....
No sea usted niña.

DOÑA LEONCIA.

Pues bien:
Solo por no disgustaros
Voy á casa de las primas.

DON TEODORO.

Muchas gracias.

DOÑA LEONCIA.

Y cuidado,
Que no me muevo de allí.
Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA (*desde adentro*).

Voy volando....
(*Al salir.*)
¿Qué manda usted?

DOÑA LEONCIA.

La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Por usted tan solo hago
Este sacrificio.

DON TEODORO.

Siento
Que se moleste usted tanto
Por mi causa.

DOÑA LEONCIA.

Ya no voy.

DON TEODORO.

Dale, bola! ¿A que me enfado?....

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

(*Yendo á poner la mantilla á Doña Leoncia.*)
Aquí está.

DOÑA LEONCIA.

Préndela bien.
¿Se ha acostado ya la niña?

JUANA.

No, señora.

DOÑA LEONCIA.

¿Y dónde está?

JUANA.

En su cuarto recogida.

DOÑA LEONCIA.
¿Ha tomado ya el café?
JUANA.
Un poco.
DOÑA LEONCIA.
Si no se alivia,
O se empeorare, avisad....
JUANA.
¿Dónde?
DOÑA LEONCIA.
Aun estoy indecisa....
Quizá.... no sé.... que primero
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere allí....
(*A Don Teodoro.*)
Me quema usted con sus risas.
DON TEODORO.
¿Pues yo acaso?....
DOÑA LEONCIA.
¿Estoy yo ciega?
JUANA.
¿Y los vestidos se envian?
DOÑA LEONCIA.
No.
DON TEODORO.
Tenerlos á la mano
Por si luego....
DOÑA LEONCIA.
¡Hay tal porfía!
¿No he dicho ya que no voy?....
Y cuenta no estés dormida
Cuando vuelva nuestro huésped
Y mi hermano; y á Inesita
Le has de decir de mi parte....
Mejor es que no le digas
Nada: acuéstala temprano,
Hazle unas yemas megidas,
O cualquier cena ligera....
Y díle que esté tranquila,
Que no voy tan enfadada....
¿Me entiendes?
JUANA.
Ya entiendo.
DOÑA LEONCIA.
Y cuida
De que no sepa que yo....
JUANA.
Le diré que es cosa mia.
DOÑA LEONCIA.
Pero temo que las dos
Teneis la capa cosida;
Y así como tú le encubres....
JUANA.
¿Qué dice usted? Mi familia
Es tan buena y tan honrada....
DOÑA LEONCIA.
Vámonos de aquí de prisa,
Don Teodoro, no nos vuelva
A ensartar la retahila.
Y cuidado con la casa!
JUANA.
Yo voy con mi cara limpia
Por todas partes.
DOÑA LEONCIA.
A Dios. (*Yéndose.*)
DON TEODORO (*en voz alta*).
Quede usted con Dios, Juanita:
(*Con secreto.*)
Está al cuidado, que luego....
DOÑA LEONCIA.
(*Volviendo la cara.*)
¿Qué dice usted?
DON TEODORO.
Le decia
Que no haga caso.
JUANA.
Eso no;
Yo he de chillar si me pisan.
(*Al ir á entrar por la puerta de adentro.*)
¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

JUANA, PERICO.

Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.)

PERICO.

¿Estamos solos?

JUANA.

Sí, entra.

PERICO.

¿Y el viejo?

JUANA.

Fuera de casa.

PERICO.

¿Y el señor que no se rie?

JUANA.

Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?

PERICO.

Es que ahora traigo
La mas solemne embajada
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones ó cien palos.

JUANA.

Díla.

PERICO.

¿Dónde está tu ama?

JUANA.

En su cuarto. ¿Quieres verla?

PERICO.

Díle que al momento salga;
Que le traigo....

JUANA.

Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez....

PERICO.

Despues
Te escucharé.

JUANA.

Aunque me hagas
Mil pedazos, no he de ir.

PERICO.

Si no es tu gusto, no vayas;
Solo va á decir en ello
Que no se case tu ama
Ni tú, cuando en esta noche....

JUANA.

Hombre, ¿qué dices?

PERICO.

¿Yo? nada.

JUANA (*acariciándole*).

¡Cáspita, qué genio tienes!

PERICO.

Déjate de juego, y anda
A llamarla.

JUANA.

Díme antes....

PERICO.

Si no me replicas nada,
Te lo digo.

JUANA.

Me convengo.

PERICO.

Hace un rato que entró en casa
El amo, con un sugeto
Muy serio y de mala traza:
Se encerraron los dos solos,
Hubo voces y patadas;
Se fué el tal; y el amo al punto
Me preguntó dónde estaban
Las maletas y demás
Preparativos de marcha;
Y mientras yo los reuno,
Escribe, me da esta carta
Para Inesita, y me dice:

« En mano propia has de darla,
« Y vuelve; que aquí te espero
« Con las cosas preparadas
« Para marchar esta noche. » —
¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla : »
Me responde secamente;
Y al ir á salir, me llama
Y me dice : « Si tú quieres
« Casarte tambien con Juana,
« Y se resuelve á seguirnos
« Acompañando á su ama,
« Yo os ofrezco cien doblones. »

JUANA.

¡Cien doblones!.... Voy....
(*En accion de irse corriendo.*)

PERICO.

Aguarda.

JUANA.

Es que si se pierde tiempo....

PERICO.

Cuidado que persuadas
A Inesita....

JUANA.

¿Soy yo tonta?
¡Cien doblones y casaca!

PERICO.

No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, JUANA, PERICO.

DOÑA INÉS.

¿Qué ruido es este?

PERICO.

Que Juana....

JUANA.

Que Perico....

DOÑA INÉS.

Dílo tú.

PERICO.

Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo....

DOÑA INÉS (*tomándola*).

¿Tiene respuesta?

PERICO.

Y la aguarda
En casa con impaciencia.

DOÑA INÉS.

¿Qué será?.... Yo estoy turbada
Hasta saber....
(*La abre, y lee con mucho interés.*)

PERICO.

¡Ay, señora!
Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!
Hasta la voz le temblaba :
(*Aparte á Juana.*)
Daba pena.... ínstale tú.

JUANA (*aparte á Perico*).

¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!

DOÑA INÉS.

(*Leyendo la carta, prorumpe con agitacion.*)
No; nunca!

PERICO.

Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.

DOÑA INÉS (*con ternura*).

¡Ay, Teodoro! No me amas,
Cuando me quieres perder.

JUANA.

Señorita....

DOÑA INÉS (*distraida*).

Y me juraba
Quererme toda la vida!....

PERICO.

Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?

DOÑA INÉS (*con sequedad*).

Bien : devuélvele su carta....

PERICO.

¿Y la respuesta?

DOÑA INÉS.

Ninguna.

PERICO.

No vuelvo allá si me matan.

DOÑA INÉS.

¿Porqué?

PERICO.

Si no sabe usted

El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! ¡qué suspiros!
Pues no digo las miradas!
Daba miedo.

DOÑA INÉS (*alargándole la carta*).

Toma, y véte.

PERICO.

¿Con que está usted empeñada
En darle ese trabucazo?....
Pobre señor, no te pagan
El cariño que tú tienes!

DOÑA INÉS.

¡Ojalá no le pagaran!

PERICO.

Pocas pruebas le da usted.

DOÑA INÉS.

¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el cruel
A proponerme.... ¡Insensata!
Yo le culpo, conociendo
Que solo soy la culpada:
Yo le abrí mi corazon;
Yo le amé con toda el alma;
Yo le juré ser su esposa....
Pero ¿quién imaginara
Que abusara hasta el extremo
De proponerme mi infamia?

JUANA.

Y al fin, ¿qué es lo que pretende?

DOÑA INÉS.

Hacerme desventurada
Por toda mi vida.

PERICO.

¿Quién?
¿El amo?.... Mas bien se echara
En un pozo de cabeza.

JUANA.

Señorita, yo soy clara:
No puede ser.

DOÑA INÉS.

Yo tampoco
Nunca de él lo sospechara;
Pero al fin hombre!

JUANA.

No creo....

DOÑA INÉS.

Oye, y verás si te engañas.

(*Lee la carta, interrumpiendo su lectura, segun denoten los versos que van interpuestos.*)

« Amada Inés: al leer estos renglones, recuerda tus promesas: llegó el momento de darme una prueba de tu pasion; y la mia exige de tí un gran sacrificio. No hay medio: ó te resuelves á ser mia, ó esta misma noche me pierdes para siempre.... »

¿No ves tú lo que me quiere?
Mira cómo me amenaza
Con dejarme para siempre....
Y lo hará.

JUANA.

Siga usted; vaya.

DOÑA INÉS.

« Cansado de tener condescendencias con tu madre, me determiné hoy á pedirte por esposa... Tú viste las resultas: apenas pude sufrir sus improperios, que acabaron con la mas severa prohibicion de volver á hablarte en mi vida. En esta situacion, anduve indeciso sobre el partido que debia tomar; pero al fin preferí disimular por el pronto, para desvanecer sus sospechas, y persuadirle que saliese de casa. Ahora mismo la dejo en el teatro, y voy á manifestarte la resolucion que mi pasion me dicta: si estás resuelta á ser mi esposa, sígueme esta misma noche, y venzamos de una vez tantos obstáculos.... »

JUANA.

¿Acerté ó no?

PERICO.

Por supuesto.

JUANA.

¿No veis cómo os da palabra
De casamiento?

DOÑA INÉS.

¿Dejando
Mi familia abandonada
Y expuesto mi honor?.... Jamás!
Solo en pensarlo me agravia....

« Pasado mañana podremos estar en Toledo: allí quedarás depositada en casa de un canónigo,

tio mio, mientras se disponen las cosas como corresponde. Tu familia misma, dado ya este paso, tendrá que ceder y prestar su consentimiento. ¡Ah, Inés mia! un momento de valor, y antes de una semana eres mi esposa.... Pero si por timidez ó falta de cariño no te determinas á seguirme, óyelo, Inés, y grábalo en tu alma: antes de tres horas ya estaré fuera de Madrid, y jamás volverás á oir ni mi nombre.... ¡Quién sabe! Perdiéndote á tí, no le importa la vida á tu infeliz.

TEODORO. »

(Se sienta en una silla con abatimiento y distraccion.)

JUANA.

¡ Pobrecillo !.... Se conoce
Que estaba muy afligido
Al escribir esa carta.

PERICO.

Si ustedes le hubieran visto
Mas pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos....

JUANA.

No tengo yo corazon
Para oir lástimas.

PERICO.

Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino
Segun le dejé.

DOÑA INÉS.

Infeliz !

PERICO.

¡ Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Inés
« Me tiene tanto cariño
« Como me juró mil veces ! »

JUANA.

Va el pobre á perder el juicio.

PERICO.

¿ Tanto le queda ?.... ¡ ojalá
Fuera ese solo el peligro !
Yo le escondí las pistolas....

DOÑA INÉS *(con inquietud)*.

¿ Y quedó solo ?

PERICO.

Preciso.
Si yo me vine....

DOÑA INÉS.

Pues vuelve
Al instante.

PERICO.

¿ Y qué le digo ?

DOÑA INÉS.

¿ No lo sabes?

PERICO.

Para eso
Mas vale tirarle un tiro.

JUANA.

Dice bien: así que sepa
Que siquiera habeis querido....

DOÑA INÉS *(con sentimiento)*.

Pero, ¿ qué quiere de mí ?

JUANA.

Yo qué sé. ¿No habeis leido
Su carta ?

PERICO.

Bien clara está:
Solo quiere....

DOÑA INÉS *(con sequedad)*.

¿ No has oido
Que te vayas ?

PERICO.

Sí, señora;
Ya me voy.... ¡ Pobre amo mio !
No sabes lo que te espera.
Si en algo puede serviros
Fuera de Madrid, yo siempre....

DOÑA INÉS *(con tristeza)*.

No, Pedro; yo te lo estimo....

PERICO.

Quede usted con Dios.

DOÑA INÉS.

A Dios.

PERICO.

Yo soy hombre agradecido,
Y no he de dejarle ahora
Expuesto á tantos peligros.

DOÑA INÉS.

Haces bien.... *(con abatimiento)*.

PERICO.

Al fin del mundo
Estoy resuelto á seguirlo,

Sin abandonarle nunca.....

DOÑA INÉS.

¡ Ay, Inés !

PERICO.

Ya que he comido
Su pan, y todos le dejan....
Pero no quiero afligiros;
Quede usted con Dios.

DOÑA INÉS.

(*Se levanta velozmente.*)
No; aguarda!
Cuida de él.... Yo te lo pido
Con lágrimas de mis ojos....
Quizá un dia.... ¡ Qué delirio!
Nunca mas volveré á verle !....

PERICO.

A media noche salimos
Sin falta.

DOÑA INÉS.

¡ Nunca mas verle!

PERICO.

Todo está ya prevenido
Para marchar.... Y va bueno
Para emprender el camino;
Triste, con poca salud....

JUANA.

Cuéntele usted por perdido.

DOÑA INÉS.

Pero ¿tengo yo la culpa?

JUANA.

¿Y no podeis impedirlo
Con una sola palabra?

DOÑA INÉS.

(*Con turbacion y vehemencia.*)
Díle.... yo te lo suplico....
Díle que no me aborrezca,
Que nunca me eche en olvido,
Que me escriba alguna vez....
Díle que tan solo exijo
Saber que vive, y se acuerda
De esta infeliz.... No le pido
Que me conserve su amor;
Viva dichoso y tranquilo
Con otra.... ya que su Inés
Tan desgraciada ha nacido....

JUANA.

No llore usted.

DOÑA INÉS.

Que ninguno
Le robará mi cariño
Ni mi mano.... que le quiero
Mas que nunca le he querido,
Que soy suya hasta la muerte....
¿ Se lo dirás?

PERICO.

Yo, lo mismo
Que usted me lo está diciendo.

DOÑA INÉS.

Y nota bien si al oirlo
Se enternece....

PERICO.

Bien está.

DOÑA INÉS.

Si pregunta con ahinco
Si me dejaste muy triste.

PERICO.

Bien.

DOÑA INÉS.

Y si está convencido
De mi amor, ó si me culpa....
Todo, todo has de advertirlo
Para contármelo.

PERICO.

¿Cómo,
Si á media noche partimos?....

DOÑA INÉS.

(*Suspensa y abatida.*)
Tienes razon.... ¡ Pobre Inés,
A qué estado te ha traido
Tu mala suerte!

JUANA.

Señora,
Usted está sin sentido,
Y va á costarle la vida.

DOÑA INÉS.

¿ Qué me importa?.... Así me libro
De padecer.

JUANA.

Si quedara
Al menos algun arbitrio....

DOÑA INÉS.
Ninguno, Juana, ninguno.
JUANA.
A mí solo me ha ocurrido,
Si quisiera usted....
DOÑA INÉS.
¿Qué?
JUANA.
Hablarle
Esta noche con sigilo.
DOÑA INÉS.
¿A quién? ¡A ese ingrato!.... No:
Pues ha tomado el partido
De dejarme para siempre,
Vaya con Dios.
JUANA.
Yo confío
En que, si os viera... tal vez
Pudiera usted disuadirlo.
DOÑA INÉS.
No, Juana.
JUANA.
Pero á lo menos
Lograba usted el alivio
De despedirse.
DOÑA INÉS.
¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?
JUANA.
Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse....
DOÑA INÉS.
No querrá.
JUANA.
¿Por qué motivo?
Así que usted se lo diga....
DOÑA INÉS.
¿Cómo?
JUANA.
De un modo sencillo:
Viniendo á casa....
DOÑA INÉS.
¿Qué dices?
JUANA.
¿Y hay en eso algun peligro?
DOÑA INÉS.
¿Y si luego se supiera?
JUANA.
¿Por quién?
DOÑA INÉS.
No me determino.
JUANA.
Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores....
DOÑA INÉS.
¿Y mi madre?
PERICO.
La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto....
DOÑA INÉS.
Le pueden ver los vecinos.
JUANA.
No haya miedo: abro la puerta,
Entra primero Perico
A reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.
DOÑA INÉS.
No me atrevo:
Yo sola, yo sé el conflicto
En que está mi corazon!...
JUANA.
¿Y el suyo estará tranquilo?
DOÑA INÉS.
¿Y qué he de hacer?
JUANA.
Darle al menos
Esa prueba de cariño,
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio....
DOÑA INÉS.
Yo bien quisiera....
JUANA (*á Perico*).
Pues corre....
DOÑA INÉS (*á Perico*).
No, aguarda....
JUANA.
Lleva el aviso....
PERICO.
Voy de un vuelo. (*Vase corriendo.*)

DOÑA INÉS.
Aguarda....
JUANA.
Sí;
Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, JUANA.

JUANA.
Quiere tanto á su señor!
DOÑA INÉS (*abatida*).
¿Qué voy á hacer?.... Yo me pierdo.
JUANA.
¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto
Dos personas que se quieren?
DOÑA INÉS.
Pues yo, Juana, no me atrevo.
JUANA.
¡No faltaba mas ahora!
DOÑA INÉS.
Tú le dirás que lo siento;
Pero que no puede ser.
JUANA.
¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?
DOÑA INÉS.
¿Y lo has creido?
JUANA.
¿Pues cabe un hombre mas ciego?
DOÑA INÉS.
Por eso quiere dejarme!
JUANA.
Quizá, si os amara menos,
No os dejara.
DOÑA INÉS.
¿Y quién le obliga
A ausentarse?
JUANA.
El mismo extremo
De su pasion; el no estar
A todas horas expuesto
A lances como el de hoy....

DOÑA INÉS.
¿Y no ha encontrado otro medio
Mas que el de dejarme así?
JUANA.
Por mi parte no le veo:
Sabiendo ya la señora....
DOÑA INÉS.
Quizá en pasando algun tiempo
Cediera....
JUANA.
¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele
Que os hagan un cumplimiento?
El pobre de Don Teodoro,
Solo á fuerza de quereros
Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.
DOÑA INÉS.
¿Y no sufro yo por él?
JUANA.
No por él; por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.
DOÑA INÉS.
Tú sabes cuanto la quiero,
Y cuanto me adora á mí.
JUANA.
Lo disimula á lo menos.
DOÑA INÉS (*con sequedad*).
Basta, Juana: calla, y véte.
JUANA.
Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé cómo me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia:
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los piés de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fué el fruto?
Solo sufrir sus dicterios.
DOÑA INÉS (*con abatimiento*).
Esa es mi suerte.

JUANA.

Ni aun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro....
Ya se ve: si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.
Yo no sé lo que sentí,
Cuando vi con el desprecio
Que os echó fuera del cuarto.

DOÑA INÉS.

De acordarme me avergüenzo.

JUANA.

Y estando allí Don Teodoro....

DOÑA INÉS.

Y siquiera tuve aliento
Para levantar la vista....

JUANA.

¡Afrentar á un caballero,
Y echarle fuera de casa!...
Pero ¿con qué fundamento?
Porque, siendo hombre de bien,
Quiere con un fin honesto
A una niña que le ama,
Y la pide en casamiento.

DOÑA INÉS.

Es así.

JUANA.

Y si encontrara
El motivo mas pequeño
Para oponerse....

DOÑA INÉS.

Verdad.

JUANA.

Pero si todos sabemos,
Aunque nos quiera hacer tontos,
El motivo verdadero.

DOÑA INÉS.

No mas, Juana.

JUANA.

Y lo peor
Del caso es que va cundiendo
La noticia, y hace usted
Muy mal papel en el pueblo.

DOÑA INÉS.

No hay mas que tener paciencia.

JUANA.

Mas vale poner remedio.

DOÑA INÉS.

¿Y tengo alguno en mi mano?

JUANA.

¿Le ha olvidado usted tan presto?

DOÑA INÉS.

No me hables de eso en tu vida.

JUANA.

Así lo haré; pero temo
Que, si vuela la ocasion,
Despues la echará usted menos.

DOÑA INÉS.

No lo temas.

JUANA.

Puede ser;
Pero es difícil: en viendo
Que da mañana la hora
De venir á casa, y lejos
De mirarle á vuestro lado,
Ni aun sabeis su paradero....

DOÑA INÉS.

Mucho sufriré.

JUANA.

Y al fin,
Si fuera el plazo ligero;
Pero por toda la vida!...

DOÑA INÉS.

¡Ay, Juana!...

JUANA.

Y con el recelo
De que ya desesperado
Vaya á hacer un desacierto....

DOÑA INÉS (*abatida*).

No querrá Dios.

JUANA.

O si acaso
Le sucede un contratiempo
En el camino.... ¿Y porqué
Tantas molestias y riesgos?
Porque una madre obstinada
Prefiere sus devaneos
A hacer feliz á su hija....
Como da con un cordero.

Abusa, y hace muy bien:
Ya se anduviera con tiento,
Si diera con otra; ó puede
Que ella perdiera en el juego.

DOÑA INÉS.

Pues yo mas quiero sufrir....

JUANA.

¿Le parece á usted que es cuento
Lo que digo? Pues yo sola
Puedo contar cien ejemplos.
¿Qué le paso á aquella amiga
Que se casó de secreto
Con el alférez?.... Los padres
Quisieron tocar el cielo
Con las manos; ¿y despues?
Usted misma lo está viendo:
El viejo y la vieja riñen
Por mecer la cuna al nieto.
Si eso es mas claro que el agua
En no teniendo remedio,
¿Qué pueden hacer los padres?
Darse por muy satisfechos.
Y sino, suponga usted
Que al fin cede á los deseos
De Don Teodoro....

DOÑA INÉS.

No tienes
Siquiera que suponerlo.

JUANA.

Ya lo sé; pero supongo
Que todo se halla dispuesto
Para marchar; que partimos;
Que llegamos á Toledo;
Que paramos en la casa
Del canónigo, y nos vemos
Regaladas cual princesas.
Él escribe á algun sugeto
De importancia: viene acá,
Sufre el temporal deshecho
De la señora; la amansa;
Se queda el tiempo sereno:
« Yo la perdono; que venga.... »
Parte volando un correo
Con la noticia: « á Madrid;
« El coche, los tiros, presto! »
El tio (que será gordo)
Viene llenando el testero
Del coche, ustedes al vidrio,
Yo en un calesin con Pedro....
Me parece, señorita,
Que ahora mismo lo estoy viendo.

DOÑA INÉS.

¿No callas, mujer, no callas?....
Mas, si no me engaño, siento
Ruido de pasos.... (*Levantándose.*)

JUANA.

Y cerca.
¿Si no que llevó Don Pedro
Su llave?

DOÑA INÉS.

Bien puede ser.

JUANA.

Pronto se ve.... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

No esperábamos, Don Luis,
Encontrar tan buen hallazgo.

DON LUIS.

Mire usted si hicimos bien
En recogernos temprano.

DOÑA INÉS.

Ha sido casualidad:
Nos estuvimos un rato
Cosiendo.... luego allá dentro
Sin saber qué hacer.... y al cabo
Iba á recogerme ahora....

DON PEDRO.

Nosotros hemos andado
Sin saber qué hacer tampoco:
Se acabó tarde el teatro;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando
Sobre ir ó no á alguna fiesta;
Pero al fin....

DON LUIS.

Y la acertamos
En no pasar mala noche.

DON PEDRO.

Pues alguien está escuchando
Que quizá de buena gana....

DOÑA INÉS.

Está usted muy engañado
Si habla por mí.

DON PEDRO.

Por ventura
¿Y qué tuviera de extraño?

DOÑA INÉS.

No digo yo que tuviese.

DON PEDRO.

Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse;
Y mas teniendo cercano
El ejemplo de una madre....
Yo, Don Luis, no he visto cascos
Mas ligeros en mi vida:
A la comedia, al sarao....
¿Y su casa? ¿y esta niña?
Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Inés....

DOÑA INÉS.

¿Pues yo acaso
Estoy triste?

DON PEDRO.

¿Y no es así?

DOÑA INÉS.

Hace tiempo que no he estado
De mejor humor.... Las dos
Hemos estado jugando
Y riyendo.... (*á Juana*) ¿No es verdad?

DON PEDRO.

Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.

DOÑA INÉS.

Tendré los ojos cargados
De coser; pero no sé....
Solo he sentido hace rato
Algun dolor de cabeza.

DON PEDRO.

Será quizá de reir tanto.

DOÑA INÉS.

¿Que por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren....

DON LUIS.

Cuidado,
Que yo no he dicho palabra.

DOÑA INÉS.

Aun dice usted mas callando.

DON LUIS.

¿Porque hable esta tarde, erré,
Y ahora yerro porque callo?

DOÑA INÉS.

No digo tal: las mujeres
Somos las que siempre erramos
Segun los hombres.

DON LUIS.

Tampoco
Tengo un concepto tan malo....

DOÑA INÉS.

¿No dijo usted esta siesta?....

DON LUIS.

Solo dije que era raro
Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.

DOÑA INÉS.

Pues estoy triste.

DON PEDRO.

A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.

DOÑA INÉS.

Deje usted que se divierta.

DON PEDRO.

¿Y yo se lo impido acaso?
Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.

DOÑA INÉS.

¿No sufro yo mas, y callo?

DON PEDRO.

Este angelito aquí solo,
Puesta mano sobre mano....
Sin divertirse; aburrida....
Si quieres jugar un rato
Entre los tres....

JUANA.

¡Con jaqueca!

DON PEDRO.

Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.

DOÑA INÉS.

Yo solo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.

DON PEDRO.

(*A Juana.*)
Pues anda vé, y dale un baño
(*A Doña Inés.*)
De piés : quizá te mejores;
Y si se ofreciere algo,
Que me llamen.

DOÑA INÉS.

Está bien.

JUANA.

Yo quedo con el cuidado.

DON LUIS.

Que usted se alivie.

DOÑA INÉS.

Mil gracias:
Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Lleva al cuarto
A la niña, y luego vuelve.

JUANA.

¿Y traigo ya preparado
El cocimiento?

DON PEDRO.

No pienso
Acostarme tan temprano.

JUANA.

Pues me parece que advierto
Mas hinchazon en el lado.

DON PEDRO.

No me duele mucho ahora.

JUANA.

No se ande usted chanceando
Con las muelas....

DON PEDRO.

Si no es nada....

JUANA.

¡He visto yo tantos casos!....
Mas vale que usted se acueste.

DON PEDRO.

¿Y de cuando acá has tomado
Tanto interés en mis muelas?

JUANA.

¿Ve usted, Don Luis, lo que gano
Con ser cuidadosa?

DON PEDRO.

No;
Yo te lo estimo.

JUANA.

Los amos
Todos son unos; y siempre
Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Esta es otra que bien baila :
¡Mire usted á quien se fia
El cuidado de la casa
Y la guarda de una hija!
Con mas juicio las he visto
Encerradas en Sevilla.

DON LUIS.

No tiene mucho en verdad.

DON PEDRO.

Así se pierden las niñas,
Adquieren malos resabios,
Se despierta su malicia....

DON LUIS.

Seguramente es fortuna
El que descubra Inesita
Tan buen fondo.

DON PEDRO.

¿Y piensa usted
Que su carácter la libra
De riesgos? Ella es un ángel,
Es dócil, franca, sencilla;
Pero mas le temo así.

Si solo tiene á la vista
El espejo de una madre
Casquivana y distraida,
Y para aumentar el daño
Está al lado todo el dia
De una moza desenvuelta,
¿Qué espera usted en su vida?

DON LUIS.

En eso teneis razon.

DON PEDRO.

Lo que á mí me maravilla
Es que con tales ejemplos
Aun conserve todavía
Algun candor.

DON LUIS.

Ya vió usted
Cómo se puso encendida
Al faltar á la verdad.

DON PEDRO.

Aun es la pobre novicia
En el arte de fingir;
Mas con todo, si se aplica,
Es mujer, y aprenderá.

DON LUIS.

Por mas esfuerzos que hacia
Para fingir buen humor,
Mostraba hasta en su sonrisa
Algun pesar.

DON PEDRO.

Yo jamás
La he visto tan distraida
Ni tan triste.... Ya se ve;
Tiene la pobre la espina
De la máscara....

DON LUIS.

Pues yo
Sospeché si ya sabria
Alguna cosa.... Las voces
Suelen cundir tan aprisa....

DON PEDRO.

Pero ¿es cierto?

DON LUIS.

Por su casa
He sabido la noticia,
Aunque con mucha reserva.

DON PEDRO.

Veremos si se confirma:
Él es pájaro de cuenta.

DON LUIS.

Pues todas sus picardías
No le valen ya en Madrid:
Los acreedores le ostigan,
Uno le amenaza á palos,
El otro con la justicia....

DON PEDRO.

Pues entonces no hay recurso.

DON LUIS.

¿Qué recurso? Si le pillan,
Al hospital ó á la cárcel.
Él ya se ha puesto en franquía,
Y anochece y no amanece.

DON PEDRO.

Pues no será poca dicha
Para esta casa.

DON LUIS.

Así es.

DON PEDRO.

Habrá paz en la familia,
Y veremos si mi hermana
Conoce sus tonterías,
Y acaba de abrir los ojos....
Por lo menos mi sobrina
Ganará mucho.... ¿Y quién sabe
Si en perdiéndole de vista?....
Dicen que el primer amor
O tarde ó nunca se olvida:
¿No es usted de ese dictámen?

DON LUIS.

Así dicen.

DON PEDRO.

Yo creia
Que usted por propia experiencia....

DON LUIS.

Quizá....

DON PEDRO.

Las cosas sencillas:
¿Podréis olvidar á Inés?

DON LUIS.

¡Olvidarla yo! en mi vida.

DON PEDRO.

¿Y os da vergüenza el decirlo?

DON LUIS.

Soy franco: me mortifica
El verme pospuesto á otro.

DON PEDRO.

Pues yo no tengo perdida
La esperanza de llamaros
Mi sobrino: ¿os pesaria?

DON LUIS.

(*Con expresion.*)
¡Ah, Don Pedro! Inés, ó nadie.

DON PEDRO.

Jóven honrado, esa misma
Pasion, qué á usted le sonroja,
A mis ojos le acredita;
Pues no cabe amor tan puro
En un alma corrompida.
Ame usted, amigo mio,
Ame usted; que vendrá el dia
Del premio, y quizá no tarde.

DON LUIS.

Solo esas voces me animan.

DON PEDRO.

Yo salgo fiador: ¿os basta?
Yo conozco á mi sobrina,
Sé que os amó, y siempre queda
Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA.

(*Con el cocimiento.*)
Aquí va.

DON PEDRO.

Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Este es el mundo: á Inesita
No le dejan ir al baile;
Y esta privacion le aviva
Las ganas; y usted pudiendo....

DON LUIS.

A mí muy poco me incitan
Esas fiestas: era tarde,
Mal tiempo, usted se venia;
¿Qué habia de hacer? Ahora tomo
Cualquier obra entretenida,
Y me divierto leyendo
Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA.

Ya está todo prevenido.

DON PEDRO.

Vamos... No sé qué daria
Por dormir toda la noche;
Pero estas muelas malditas....

DON LUIS.

Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.

DON PEDRO.

(*Yéndose.*)
Dios lo quiera: hasta mañana.

JUANA.

Oiga usted, señor: ¿Se estila
Despedirse á la francesa?

DON PEDRO.

Perdone usted, señorita.

JUANA.

Mire usted, mas honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

(*Al irse.*)
A Dios, Juana, buenas noches.

JUANA.

Que duerma usted bien.... y aprisa,
(*volviéndose*)
Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, JUANA.

JUANA.

(*Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.*)

Vamos á ver....

DOÑA INÉS.

¿Se acostaron?

JUANA.

Cuidado que no nos sientan.

DOÑA INÉS.

Dices bien: vente allá dentro.

JUANA.

Antes....

DOÑA INÉS.

Si aun no estoy resuelta....

JUANA.

¿Cómo no? Pues ahora mismo
¿Qué dijo usted?

DOÑA INÉS.

Ya me pesa.

JUANA.

¿Y porqué?

DOÑA INÉS.

Si no me atrevo....
Si no sé lo que recela
Mi corazon... Tú saldrás;
Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.

JUANA.

Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga,
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche,
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?

DOÑA INÉS.

No tengo valor.

JUANA.

Quizá lograréis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *á Dios* siquiera.

DOÑA INÉS.

¡El último! ¡Ay, Juana mia!

JUANA.

Así á lo menos os queda
Ese consuelo; sino
Se marcha antes que amanezca,
Y hasta la muerte.

DOÑA INÉS.

(*Con vehemencia.*)

Pues vé...
Pero no, detente, espera...

JUANA.

¿Qué quiere usted?

DOÑA INÉS.

Que me dejes.

JUANA.

¿Y no voy?

DOÑA INÉS.

No.

JUANA.

Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura mas...

DOÑA INÉS.

(*Se sienta con abatimiento.*)

No temas;
No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
Teodoro, yo te lo juro!...

JUANA.

Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida....

DOÑA INÉS.

Por Dios, Juana no te muevas
De mi lado....

JUANA.

¿Qué teneis?

DOÑA INÉS.

Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni aun puedo respirar....

JUANA.

Háblele usted, aunque sea
Un minuto, y que se vaya.

DOÑA INÉS.

No, Juana, ya estoy resuelta.

JUANA.

Pero un solo instante....

DOÑA INÉS.

No.

JUANA.

¿Y si el infeliz espera?

DOÑA INÉS.

Tú le desengañarás.

JUANA.

Yo.... la verdad.... mejor fuera
Mandar con otro el recado.

DOÑA INÉS.

(*Con sentimiento.*)
¡Tú tambien, Juana!

JUANA.

Me cuesta
Tanto trabajo el decirle....

DOÑA INÉS.

Pues bien: no vayas.

JUANA.

Si fuera
Otra cosa....

DOÑA INÉS.

Ya lo sé.

JUANA.

Perico estará á la puerta,
Y él mas bien.... Si quiere usted,
Verá usted que pronto entra.

DOÑA INÉS.

No dices mal.

JUANA.

Él vendrá
Para hacer la descubierta,
Como quedamos; y entonces
Le dice usted lo que quiera.

DOÑA INÉS.

Es que si entiende Teodoro....

JUANA.

¿No se dijo que estuviera
En la esquina? Verá abrirle
Al descubridor; se alegra;
Y cuando piense él entrar,
Ya se encuentra al otro fuera.

DOÑA INÉS.

Y luego el pobre Teodoro....

JUANA.

Yo no sé cómo os entienda:
Tan pronto quereis hablarle,
Tan pronto decis que os pesa,
Luego quereis que yo vaya,
Despues que Perico venga....

DOÑA INÉS.

Ni yo me entiendo á mí misma!

JUANA.

Pero, al fin, ¿en qué se queda?

DOÑA INÉS.

Yo no sé....

JUANA.

¿Llamo á Perico?

DOÑA INÉS.

Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS (*sola*).

(*Contimúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.*)

DOÑA INÉS.

Inés.... Inés.... un momento
De valor.... Ni él mismo sepa
Lo que le quiero.... ¡Cruel!
Yo sola, afligida, expuesta
A las iras de mi madre,
Y él por su gusto se ausenta....
¡Quién sabe!.... Quizá ha buscado
El pretexto de la ausencia
Para burlarse; quizá
Otro amor.... Pero ¿qué pruebas
Tengo yo?.... ¿No habló á mi madre?
¿No le pidió la licencia?
¿No me propone el ser mio?
Pues, Inés, ¿de qué te quejas?....
¡Ay! yo sola, yo le pierdo:
Por mí el infeliz se aleja;
Por mí todo lo abandona;
Por mi culpa á la hora esta,
Quizá mañana.... ¡Dios mio!
Ya en el mundo no me queda
Ni aun la esperanza de verle....
Pero, Teodoro, no temas

Que tu Inés te falte nunca,
Ni que olvide sus promesas;
Su amor, su vida, su alma,
Todo es tuyo.... Donde quiera
Que vayas, aunque me olvides,
Aunque nunca mas te vea,
Tú sabrás, Teodoro mio,
Si tu Inés te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Doña Inés se levanta sobresaltada al oir la voz baja de Don Teodoro : este habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior : vendrá con un vestido de baile, cubierto con un sobretodo : Perico y Juana vienen detrás, y todos con silencio.*)

DON TEODORO.

Inés....

DOÑA INÉS.

¡Ay!

DON TEODORO.

¿Te vuelvo á ver?

DOÑA INÉS.

¿Qué has hecho, Juana, qué has hecho?...

JUANA.

¿Yo.... señora? si al abrir
Él mismo se metió dentro.

DOÑA INÉS.

Todos me venden.... á Dios.

DON TEODORO.

(*Deteniéndola.*)
Oyeme solo un momento.

DOÑA INÉS.

No, Teodoro.

DON TEODORO.

Un solo instante.

DOÑA INÉS.

Si nos sienten, nos perdemos.

DON TEODORO.

No nos oirán.

DOÑA INÉS.

Compadece
El estado en que me veo....

DON TEODORO.

¿Temes mis reconvenciones?
No, Inés: ya sé lo que tengo
Que esperar de tí; lo sé.

DOÑA INÉS.

Tú verás....

DON TEODORO.

Sé que te pierdo,
Que voy á ser desgraciado,
Que para siempre me alejo
De tu vista....

DOÑA INÉS.

¡Para siempre!

DON TEODORO.

Lo dije, y no me arrepiento.

DOÑA INÉS.

¿Y así lo dices, ingrato?

DON TEODORO.

¿Tú quejas? ¡tú que me has hecho
Infeliz!

DOÑA INÉS.

Yo no, Teodoro.

DON TEODORO.

¡Tú que olvidaste tan presto
Tus palabras, tus promesas,
Los mas santos juramentos!....

DOÑA INÉS.

No es culpa mia.

DON TEODORO.

¿No es tuya?
Pues ¿de quién?.... Pero ya veo
Tu turbacion. ¿No respondes?
¿No tienes siquiera aliento
Para hablarme?.... ¡No es tu culpa!
Dices bien : yo que tan ciego
Me abandoné á mi pasion;
Yo que olvidé por tu afecto
Bienes, fortuna, familia,
¿Yo soy quien te reconvengo?
No, Inés; tú tienes razon :
Yo solo soy el que debo
Reconvenirme.

DOÑA INÉS.

Teodoro!

DON TEODORO.

Yo que imaginé sincero
Tu cariño....

DOÑA INÉS.

¿Y no te amo?

DON TEODORO.

¡Amarme tú!.... Hubo algun tiempo
En que necio lo creia;
Pero ese mismo recuerdo
Me atormenta mas ahora.
Yo tranquilo, satisfecho
Con tus promesas, ansiando
Llegase el feliz momento
De verte mia.... Lo juras;
Ni un instante me detengo
En pedir tu mano, y sufro
Insultos y menosprecios....
Pero me queda mi Inés;
Ese era el solo consuelo
De mi corazon: me ama;
Sabe que no hay otro medio
De ser mi esposa; verá
Que á costa de un leve riesgo
Somos felices.... Te escribo,
Vuelven, pregunto.... ¡Qué lejos
Estaba yo de esperar!....

DOÑA INÉS.

¡Ay, Teodoro! No lo niego:
Te quiero mas que á mi vida;
Pero no con tal extremo,
Que sacrifique á mi gusto
De una familia el sosiego,
El tierno amor de una madre,
Mi inocencia, mi concepto,
Mi honor....

DON TEODORO.

¡Tu honor!.... ¿Pues acaso
He tratado de ofenderlo?
¿Podrá tu madre á su antojo
Negar su consentimiento
Para nuestra union, y tú
Por un temor indiscreto
Dejarás de ser mi esposa?
¡Tú por su capricho necio
Infeliz toda tu vida,
Por no exponerla á un momento
De pesar, de que ella propia
Ha de avergonzarse luego!....
¡Tu familia!.... Y por ventura
¿Quién le ha otorgado el derecho
De esclavizarte á su gusto?....
Pregunta, indaga qué hicieron
Ellos mismos, ó si acaso
No nos dieron el ejemplo.
¿Callas?.... ¿dudas?... ¿ó presumes
Que seremos los primeros
En burlar la tiranía
De unos padres indiscretos?....
No, Inés mia; tú me amas;
Tú puedes premiar mi afecto
Con tu mano.... ¿Y la retiras? (*la accion.*)

DOÑA INÉS (*con abatimiento*).

Déjame, yo te lo ruego.

DON TEODORO.

¿Que te deje?....

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro.

DON TEODORO (*con resolucion*).

A Dios.

DOÑA INÉS.

¿Te vas?

DON TEODORO.

¿No te dejo?
¿No hago tu gusto?

DOÑA INÉS.

¡Tan pronto!

DON TEODORO.

Y para nunca mas vernos.

DOÑA INÉS.

¿Nunca, Teodoro?....

DON TEODORO.

Jamás.

DOÑA INÉS.

Pues.... á Díos.... (*con suma languidez*).

DON TEODORO.

¿Lloras?

DOÑA INÉS.

No puedo
Resistir mas.... Pero díme:
¿Podré esperar á lo menos

Que te acuerdes de tu Inés?

DON TEODORO.

Sí, Inés: yo te lo prometo.

DOÑA INÉS.

¿Me escribirás?

DON TEODORO.

Quizá antes
Acabarán mis tormentos:
Tú lo sabrás.... Inés mia,
No te ha de quedar recelo
De que fué falso mi amor:
A Dios.

DOÑA INÉS.

Espera un momento....

DON TEODORO.

¿Para qué?

DOÑA INÉS.

¿Te canso ya?

DON TEODORO.

No, Inés; pero ¿á qué exponernos
Sin fruto? ¿á qué atormentarnos?

DOÑA INÉS.

Ingrato, bien te comprendo:
Te soy molesta, y quizá
Se ha convertido tu afecto
En odio....

DON TEODORO.

¿En odio, mi vida?

DOÑA INÉS.

Pero yo no lo merezco;
No, Teodoro: ¡Dios lo sabe!....
Si pudieras ver mi pecho,
Tú mismo me disculparas.

DON TEODORO.

¿Y es posible que te pierdo
Con tanto amor?....

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro:
Mi suerte así lo ha dispuesto.

DON TEODORO.

¿No está en tu mano el vencerla?

DOÑA INÉS.

No me es posible.

DON TEODORO

¿Y nos vemos
Por última vez ahora?

DOÑA INÉS.

¡Ay!....

DON TEODORO.

¿Ni nos queda el consuelo
De morir juntos?....

DOÑA INÉS.

¡Dios mio!!!!

DON TEODORO.

¡Y yo vacilo un momento!
Inés mia, á Dios, á Dios....

DOÑA INÉS.

Aguarda.... Yo desfallezco....

DON TEODORO.

Inés mia, hasta la muerte....
(*Toma su mano con expresion en ademan de despedirse: Doña Inés se arroja á sus piés; y él procura sostenerla.*)

DOÑA INÉS.

Tuya soy.... tuya....

DON TEODORO.

¿Qué es esto,
Inés?

DOÑA INÉS.

¡Ten piedad de mí!
Mi vida misma te entrego;
Mi honor, que es mas que mi vida....

DON TEODORO.

Esposa mia!.... (Ya puedo
Llamarte con este nombre)
Mi esposa, mi bien, mi dueño,
¿Tú arrodillarte á mis piés?

DOÑA INÉS.

¿Quieres mas?.... Mira cual beso
Tu mano, y la riego en llanto....

DON TEODORO.

Alzate.

DOÑA INÉS.

¿No estás contento?
¿Me quieres mas humillada?

DON TEODORO.

¡Tú humillada, cuando debo
Besar la tierra que pisas!

DOÑA INÉS.

Mi honor, mi honor.... Y te ofrezco
Ser tu esclava, no tu esposa....

DON TEODORO.

No me traspases el pecho
Con tus sospechas.

DOÑA INÉS.

¿Lo juras?....

DON TEODORO.

Te lo juro por el cielo,
Por mi vida, por mi amor....
Pero, Inés, no malogremos
Ocasion tan favorable....

(*Doña Inés muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.*)

DOÑA INÉS.

Dispon de mí.... Ya no tengo
Mas voluntad que la tuya.

DON TEODORO.

Juana, Perico, al momento
A disponer....

(*Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro como hablando en secreto hasta este punto en que se acercan.*)

JUANA.

¿Es verdad,
Señorita?.... Pero advierto
Que está usted llorosa....

DOÑA INÉS.

No....

JUANA.

Si yo claro lo estoy viendo,
¿A qué oculta usted la cara?

DOÑA INÉS.

De mí misma me avergüenzo:
Vuélveme, Teodoro mio,
Mi inocencia....

DON TEODORO.

Está á cubierto
Con tu esposo.

PERICO.

¡Y qué marido!

DON TEODORO.

Pero no perdamos tiempo:
Vamos, Juana.

JUANA.

¿Saco ropa?

DON TEODORO.

Ya me ofende ese silencio;
Inés, ¿te pesa el ser mia?

DOÑA INÉS.

No, Teodoro; pero al menos
Deja que piense en mi suerte:
¿En eso acaso te ofendo?

DON TEODORO.

Me afliges.

DOÑA INÉS.

Harto me pesa;
Pero déjame el consuelo
De llorar.... No pido mas.
¿Te parece que no he hecho
Bastante por tí?....

DON TEODORO.

Alma mia,
Pide mi sangre, y la vierto;
Pero no miren mis ojos
Que lloras en el momento
Mas dichoso de mi vida.

DOÑA INÉS.

¿No es justo mi sentimiento?

DON TEODORO.

Sí.

DOÑA INÉS.

¿Pues cómo he de olvidarle?
¿No abandono cuanto quiero
En el mundo; casa, padres?

DON TEODORO.

¿Y no sabré agradecerlo?

DOÑA INÉS.

Aquí mismo, aquí nací....

DON TEODORO.

Desecha esos pensamientos.

JUANA.

¿Con que saco aquel vestido?....

DOÑA INÉS.

El que quieras.

DON TEODORO.

Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, PERICO.

DON TEODORO.

¿Porqué tan triste, Inés mia?

DOÑA INÉS.

Temprano, temprano empiezo
A temer.

DON TEODORO.

Pero ¿qué temes?
Quizá aun antes que creemos
Estemos aquí de vuelta.

DOÑA INÉS.

Pero, ¡cuánto en ese tiempo
Va á sufrir mi pobre madre!....

DON TEODORO.

¿A qué viene ese recuerdo?
¿Tienes gusto en afligirte?

DOÑA INÉS.

No puedo, por mas que quiero,
Dejar de pensar en ella....

DON TEODORO.

Piensa en los gustos completos
Que has de gozar á su lado....

DOÑA INÉS.

Hija ingrata, este es el premio
Que das á tanta ternura!....

DON TEODORO.

¡Qué vano temor! si luego
Ella propia ha de alegrarse.

DOÑA INÉS.

Y entre los dos cuidaremos
De hacerla feliz.... ¿Lo harás?

DON TEODORO.

Tendrá en mí un hijo, no un yerno.

DOÑA INÉS.

Pero.... ¿y si no me perdona?....

DON TEODORO.

No te inquiete ese recelo,
Inés mia; en nuestros brazos
Muy pronto la estrecharemos.

DOÑA INÉS.

¡Dios lo quiera! Y si consigo
Que olvide mi desacierto,
Y me eche su bendicion,
Nada en el mundo apetezco.

DON TEODORO.

¿No lo has de lograr, mi vida?
Te ha de parecer un sueño
Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Juana saca un lio de ropa y un vestido de camino para Doña Inés.*)

DON TEODORO.

¿Viene todo?

JUANA.

Aunque revuelto.

(*Juana coloca el lio sobre la mesa, y viene á poner el vestido á Doña Inés, que se muestra muy triste y pensativa.*)

DON TEODORO.

¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
No sabes cuánto padezco
De verte así.

DOÑA INÉS.

Yo no sé
Qué triste presentimiento....

DON TEODORO.

No te violentes; suspira
Con libertad.

DOÑA INÉS.

Si no puedo....

JUANA.

Señorita, ¿está usted muerta?
Teneis tan pesado el cuerpo,
Que me cuesta....

DON TEODORO.

Ayuda, Inés.

DOÑA INÉS.

Mira, mira como tiemblo;
Y ten compasion de mí!

DON TEODORO.

Animo, Inés, un esfuerzo,
Y nos salvamos.

PERICO.

Valor!

DOÑA INÉS.

¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso....

DON TEODORO.

Yo al lado
Te sostendré.

DOÑA INÉS.

¿No hay remedio?
¿Por fin, Teodoro?

DON TEODORO.

¿Ahora dudas?

DOÑA INÉS.

Quizá tú mismo en tu pecho
Me estés culpando....

DON TEODORO.

No, Inés:
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?

DOÑA INÉS.

¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?....

DON TEODORO.

No te acongojes.

DOÑA INÉS.

Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion....

DON TEODORO.

Desecha vanos recelos....

DOÑA INÉS.

Yo voy á ser su deshonra;
Yo voy á cubrir de duelo
A una familia inocente....

DON TEODORO.

(*Conduciéndola.*)
Por Dios, Inés, no tardemos.

JUANA.

(*Toma la luz y el lio.*)
Yo alumbraré hasta bajar.

DON TEODORO.

Animo!

DOÑA INÉS.

Qué desconsuelo
Cuando mañana lo sepan!.....

JUANA.

Vamos saliendo con tiento....

(*Juana lleva la luz, y va un poco delante de Doña Inés: esta camina hácia la puerta, conducida de la mano por Don Teodoro: Perico va detrás. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle: Doña Inés va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.*)

DOÑA INÉS.

¡Ay de mi!...

DON TEODORO.

Inés....

JUANA.

Nos perdimos.

DON TEODORO.

¿Quién será?

JUANA.

No sé.

DON TEODORO.

¿Qué hacemos?

PERICO.

Tirarnos por un balcon....

DON TEODORO.

Vamos á ver si podemos
Moverla...

JUANA.

Si está cadáver...

PERICO.

El diablo mismo la ha muerto
Para hacer que nos ahorquen...

JUANA.

Señorita....

DON TEODORO.

Inés...

PERICO.

Mas recio:
Señorita!!!

DON TEODORO.

Calla, bruto.

PERICO (*aparte*).
Si encontrara un agujero
Donde agazaparme...
(*Suena otro campanillazo.*)

JUANA.
Aprieta.

DON TEODORO.
No hay que abrir.

PERICO.
Ya lo sabemos:
Pierda usted cuidado.

DON PEDRO (*desde su alcoba*).
Juana!

JUANA.
¿Esto tambien?

PERICO.
¿Es el viejo?

JUANA.
El mismo; y si sale...

DON PEDRO.
(*Desde adentro, y esforzando la voz.*)
Juana!!!

JUANA.
Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...

DON TEODORO.
Bien:
(*A Perico.*)
Ayuda aquí.

PERICO (*continúa sin hacer caso*).
Voy corriendo...
(*Aparte.*)
Pero es á esconderme.

DON TEODORO.
Aprisa.

PERICO.
Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...

DON TEODORO.
Ven.

PERICO.
Ya di con la puerta... bueno.

(*Se entra por la puerta del cuarto de Don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.*)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA.

DON TEODORO.
¿Dónde te has metido, infame?

JUANA.
Perico, vente derecho
Hácia mi voz.

DON TEODORO.
¿No respondes?
(*Suena ruido dentro del cuarto de Don Pedro.*)

JUANA.
Me parece que allá dentro
Suena ruido.

DON TEODORO.
¿Qué hago?

JUANA.
¿Y yo?
Si usted no acude, la suelto.

DON TEODORO.
Tenla.

DON PEDRO (*al salir*).
Ladrones!... ladrones!...
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA, PERICO.

(*Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido, á tiempo que Don Luis sale de su cuarto, con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada; Doña Inés sigue desvanecida en los brazos de Juana; Don Pedro sale con bata y traje de dormir, agarrando á Perico que se desase de sus manos en aquel momento de sorpresa; todos quedan inmóviles y suspensos por un instante*).

DON LUIS.

(*Yendo á acometer á Don Teodoro.*)

Infame!...

DON TEODORO.

Tened.

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Derramar su sangre indigna.

DON PEDRO.

Pero sepamos...

DON LUIS.

¿Qué mas?

¿No veis á vuestra sobrina

Y á estos malvados?...

DON TEODORO.

Yo vine....

DON LUIS.

¿A qué?

DON TEODORO.

La hallé... que salia....

DON LUIS.

Vil seductor! Yo sabré

Arrancarte con la vida

La verdad...

DON PEDRO.

Tened, Don Luis.

DON TEODORO.

Por Dios...

DON PEDRO.

Juicio; y no consiga

Perdernos este villano.

DON TEODORO.

Yo.... mi honor....

DON LUIS.

¿Veis su osadia?

Aun se atreve á hablar....

DON PEDRO.

Mirad

Que en este lance peligra

El honor de Inés y el nuestro.

Calma, Don Luis; no se diga

Que nos faltó la prudencia

Cuando mas se requeria.

DON LUIS.

Pero ¿ha de quedar impune?

DON PEDRO.

Luego hay tiempo: lo que insta

Es cuidar de esa infeliz....

(*Don Pedro y Don Luis se acercan á Doña Inés: Don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado*).

DON PEDRO.

Inés....

DON LUIS.

Apenas respira....

(*Mirando á Don Teodoro.*)

Malvado!

DON PEDRO.

(*A Juana.*)

¿Le has dado agua?

JUANA.

Yo por mí me resistia;

Pero....

DON PEDRO.

No pregunto eso.

JUANA.

Y tambien la señorita;

Pero ellos instaron tanto....

DON PEDRO.

Yo la sostendré: una silla

(*A Juana.*)

Y un vaso de agua.... ¿No vas?....

(*Colocan en la silla á Doña Inés, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende, y se va adentro.*)

JUANA (*aparte*).

¡Qué cara!.... Dios nos asista.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, PERICO.

DON LUIS.

Será una congoja.

DON PEDRO.

Puede:

El susto, la lucha misma

De pasiones, la violencia

Que la infeliz sufriria....

DON LUIS (*á Don Teodoro*).
¡Malvado, ve aquí tu obra!
¿No osas levantar la vista?
Mira, y complácete.

DON PEDRO.
Juicio;
Que no ha sido poca dicha
Que nos cueste esto tan solo....
Y sino, por buenos dias
Nos quedaba que llorar.
Mire usted si yo sentia
Con razon tanto abandono;
Pero esta infeliz me inspira
Solo lástima; su madre,
Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, PERICO, JUANA (*con un vaso de agua*).

DON PEDRO.
Tráela aquí.

DON LUIS.
Dadle una poca.

DON PEDRO.
Me parece que suspira....
Inés....

DOÑA INÉS.
¡Ay!

DON PEDRO.
Haz por llorar.

DOÑA INÉS.
Juana.... ¿quién?....

DON PEDRO.
So

(*Doña Inés mira á un lado y á otro; y al ver á Don Pedro y á Don Luis, exclama:*)

DOÑA INÉS.
¡Dónde me escondo, Dios mio!

DON PEDRO.
Vamos, hija, no te aflijas:
Ya pasó; no temas nada.

DON LUIS.
Beba usted, no le repita
La congoja....

DOÑA INÉS.
¡Por piedad,
Dejadme morir!

DON PEDRO.
¿Deliras,
Muchacha?.... Estando á mi lado,
Ya debes estar tranquila:
Lo sé todo, y te disculpo.

DOÑA INÉS.
¡Disculparme!

DON PEDRO.
Sí, hija mia.

DOÑA INÉS.
No merezco yo ese nombre.

DON PEDRO.
¿Porqué?

DOÑA INÉS.
Esa bondad misma
Es un puñal para mi:
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme....
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada mas....
Así veré si se alivia
Este peso que me ahoga....

DON PEDRO.
Llora, no temas; suspira....

DOÑA INÉS.
¿No lo haceis?.... Ríñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera....
Veréis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los piés.
(*En ademan de arrodillarse.*)

DON PEDRO.
Levántate, hija,
Y en mis brazos....

DON LUIS (*á Don Teodoro*).
Mira, infame,
La víctima que perdias.

(*Doña Inés vuelve con sorpresa la cara, y ve á Don Teodoro, que está á alguna distancia.*)

DOÑA INÉS.

¡Es él!.... ¡Oh Dios!....

DON PEDRO.

¿Porqué tiemblas?

DOÑA INÉS.

Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico....

DON PEDRO.

Aun no sabes
Quién es.

DON TEODORO.

Yo solo querria....

DON LUIS.

¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?

DON PEDRO.

No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle....
La ofensa no es vuestra, es mia;
Y yo sé....

DON TEODORO.

Si usted me oyera,
Quizá compadeceria....

DON PEDRO.

No abuseis de mi paciencia:
Sé quién sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga.... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que ya en el borde te libra
Del precipicio.... sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo.

DOÑA INÉS.

Me estremezco!....

DON PEDRO.

Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia,
Víctimas de la perfidia
De un seductor....

DOÑA INÉS.

Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció.... Vedla, vedla....

(Dándole la carta.)

No os engaño: así encubria
Su intencion; solo así pudo
Persuadirme.... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.

DON LUIS.

No se abata usted.

DOÑA INÉS.

Yo misma
Quiero confesar mi crímen;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida....

DON LUIS.

Antes debeis consolaros;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.

DOÑA INÉS.

¡Ah, Don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.

DON PEDRO.

(Al acabar de leer la carta.)

¡Qué maldad!.... Si no mirara....

DON TEODORO.

Ruego á usted que me permita
Decir solo....

DON PEDRO.

¿Qué quereis?

DON TEODORO.

Sé que es justa vuestra ira;
Que teneis razon en todo;
Que en usted tan solo estriba
Mi suerte, y podeis perderme:
Si lo haceis, la culpa es mia;
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz
En quien caerá mi ignominia....

DON LUIS.

No hay que fiarse.

DON PEDRO.

Dejadle.

DON TEODORO.

Si teme usted que ahora finja,
Don Luis, se engaña usted mucho;
Yo os lo juro: y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!

DON PEDRO.

Id con Dios, infeliz jóven,
Que, si es tal vuestra malicia
Que olvideis esta leccion,
Pronto hallaréis vuestra ruina.
Solo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia
Permaneceis en Madrid....

DON TEODORO.

No lo temais: yo me iba...

DON PEDRO.

Ya lo sé.

DON TEODORO.

Y aun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.

DON PEDRO.

Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender.... porque entonces!

DON TEODORO.

No me haga usted la injusticia
De creerme ya tan malvado:
Esta noche, á la hora misma
Que salga de aquí, me voy;
Y no omitiré fatiga
Hasta abrazar á mi madre....
¡Quién sabe!.... Quizá afligida
Con mi culpable abandono,
Habrá muerto en la desdicha....

DON PEDRO.

Bien, Teodoro, buen anuncio:
Quien se enternece no dista
De la virtud.... Id con Dios.

DON TEODORO.

Antes dejadme que os pida
Perdon á todos....

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

(*A Don Pedro.*)
¡Qué bondad! ¡cuánto me admira
Vuestra prudencia! Yo ciego....

DON PEDRO.

Dejaos de filosofías
A media noche.... Al negocio.
(*Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro.*)
Bribon, de buena te libras,
Porque Dios quiere; mas oye:
Como llegue á mi noticia
Que hablas solo una palabra....

PERICO.

Descuide usted; que aun me pican
Las espaldas, y no dejo
De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA.

DON PEDRO.

(*Fijando la atencion en Juana.*)
Tambien, en amaneciendo,
Se hará una limpia por casa....
Idos, Teodoro, por Dios;
No vuelvan los que llamaban....

DON TEODORO.

Os repito....

DON PEDRO.

No tardeis;
Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONCIA, JUANA.

(*Al salir Don Teodoro, encuentra con Doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una masca-*

rilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuelve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.)

DOÑA LEONCIA.

¡No lo dije!.... Aquí el bribon....

DON PEDRO.

Esto solo nos faltaba.

DOÑA LEONCIA (*á Doña Inés*).

¿Y tú tambien, picarona?....
¿Qué es esto?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? Nada.

DOÑA LEONCIA.

Yo lo sabré.... Indigna hija!

DOÑA INÉS.

Madre!

DON PEDRO.

(*Deteniendo á Doña Leoncia.*)
¿Estás loca?

DOÑA LEONCIA.

¿Te apartas,
O vive Dios?....

DON PEDRO.

Tente loca.

DOÑA LEONCIA.

Ya nos veremos las caras
Despues.

DON PEDRO.

Déjala, y no apures
Mi paciencia.

DOÑA LEONCIA.

La malvada!

DON PEDRO.

Chito.

DOÑA LEONCIA (*á Juana*).

Y tambien esa infame.

DON PEDRO.

Chito.

DOÑA LEONCIA.

Y el otro canalla
Que encontré al salir.... Bribones!

DON PEDRO.

Mujer del diablo, ¿no callas?

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?....

DON PEDRO.

¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.

DOÑA LEONCIA.

No me estreches á que haga
Un desatino....

DON PEDRO.

Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que, siendo la mas culpada,
Nos venga á quemar la sangre!

DOÑA LEONCIA.

Pero....

DON PEDRO.

No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.

DOÑA LEONCIA.

Hermano,
Si yo solo preguntaba....

DON PEDRO.

¿Lo quieres saber? Pues oye;
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada....

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, Pedro.

DON PEDRO.

Amaba á un hombre;
Dió crédito á sus palabras;
Quiso salir de tu yugo;
Y si un momento te tardas,
La pierdes, y nos deshonras....
¿Quieres mas?

DOÑA LEONCIA.

Bien me lo daba
(*á Don Teodoro*)
El corazon.... ¡Hombre infame!....

DON PEDRO.

Váyase usted, y no haga
Caso....

DON TEODORO.

Yo quisiera antes....

DON PEDRO.
Id con Dios; que á ella le basta
Lo que yo le diga.... A Dios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INÉS, DOÑA LEONCIA, JUANA.

DON PEDRO.
A veces, Don Luis, no alcanza
La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa;
Y en vez de darme las gracias
Porque callo....

DOÑA LEONCIA.
Que me ahogo....
(*Echándose sobre una silla*).
Por Dios, un vaso de agua,
Que me muero....

DOÑA INÉS.
Madre mia!
¿Qué tiene usted?

DOÑA LEONCIA.
Pronto, Juana,
Este turbante....

DON PEDRO.
Así fuera....

DOÑA LEONCIA.
Aflójame la lazada
Del ceñidor....

DON PEDRO.
Con cien años,
Y andar de reina sultana!

DON LUIS.
Ya eso pasó, y nunca mas....

DON PEDRO.
¿Nunca mas?.... Hasta mañana.

DON LUIS.
Con este lance....

DON PEDRO.
No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja, hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Inés....

DOÑA INÉS.
Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.

DON PEDRO.
No, hija.

DOÑA INÉS.
Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted....

DON PEDRO.
Te engañas:
La muy loca....

DOÑA INÉS.
Y yo quisiera
Que de una vez se cortaran
Tantos disgustos.

DON PEDRO.
¿Y cómo?

DOÑA INÉS.
Si mis padres....

DON PEDRO.
Vamos, habla,
¿Qué quieres?

DOÑA INÉS.
En un convento....

DON PEDRO.
¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?.... ¡Buena vocacion!
Mas ¿porqué no alzais la cara,
Y respondeis?.... ¡Ah, hijos mios!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.

DON LUIS.
No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.

DON PEDRO.
(*A Doña Inés.*)
¿Y á tí?....
No hay que ponerse encarnada;
Que no exijo la respuesta.

DOÑA INÉS.
Por Dios, tio, no me haga
Usted sonrojarme mas;

Otra mas afortunada....

DON PEDRO.

Bueno; lo que tú quisieres:
Tranquilízate y descansa
En mí, que yo sé muy bien
Que el tiempo todo lo allana,
Y cuando dos se han querido....
Pero ¿qué es eso, muchacha?
¿Lloras?

DOÑA INÉS.

Mi madre.... mi madre....
Si su cariño me falta,
No tengo gusto en el mundo.
¿Está usted muy enfadada
Conmigo?

(Acercándose á su madre con timidez)

DON PEDRO.

Acércate á ver.

DOÑA INÉS.

(Abrazando á su madre)
¡Madre mia!

DOÑA LEONCIA.

¡Hija del alma!
Hija!!!

DON PEDRO.

Don Luis, ¿qué os parece?

DON LUIS.

Que no sé lo que me pasa
En este instante.

DON PEDRO.

Id tambien,
Que me parece os aguarda
Como á un hijo: ella es así...
Pero en el fondo no es mala...
Llegue usted.

DON LUIS.

(Se acerca, y besa con respeto la mano de Doña Leoncia.)

Señora!

DOÑA LEONCIA.

Hijo!

DON PEDRO.

¿Has sentido nunca, hermana,
Un placer igual?.... Responde.

DOÑA LEONCIA.

Estoy tan avergonzada....

DON PEDRO.

No hay que hablar ya de ese asunto....
Pero, mujer, ¿te se saltan
Las lágrimas?

DOÑA LEONCIA.

¡Hija mia!

(Volviendo á abrazarla.)

DOÑA INÉS.

¿Me perdona usted mi falta?
¿Me quiere usted como antes?

DOÑA LEONCIA.

Déjame, que me traspasas
El corazon.... Aquí, Inés,
No te muevas para nada;
Que aun me parece mentira
Que te tengo; y por mi causa....

DOÑA INÉS.

Yo tuve la culpa, yo.

DON PEDRO.

¿Volvemos á las andadas?
¡Pues es cómoda la hora!....
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca....

DOÑA LEONCIA.

Tú verás desde mañana
Mi conducta.

DON PEDRO.

Bien está;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías....

DOÑA LEONCIA.

No, no lo temas: mi casa,
Mis hijos, y nada mas.
¿Sí?.... (*A Doña Inés*).

DON PEDRO.

Tú verás lo que ganas
En ello; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.

(Coge del suelo la careta que traia Doña Leoncia, y se la muestra.)

Di: ¿la ves?....
Pues ahora voy á encerrarla;

Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño.... y ya me entiendes.

DOÑA LEONCIA.

No haya miedo.

DON PEDRO.

Ella va al arca.

DOÑA LEONCIA.

No saldrá; yo lo aseguro:
Estoy muy desengañada.

DON PEDRO.

Será así; pero, con todo,
Nada se pierde en guardarla:
¡Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa!

FIN.

LOS ZELOS INFUNDADOS,

ó

EL MARIDO EN LA CHIMENEA.

COMEDIA.

LOS ZELOS INFUNDADOS,

ó

EL MARIDO EN LA CHIMENEA.

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

Hace ya algunos años que compuse esta comedia, no con ánimo entonces de ofrecerla al público, sino por mero pasatiempo, y para ejercitarme en el difícil arte del diálogo: cambió despues mi situacion: perdióseme el manuscrito; y cuando al cabo de largo tiempo recobré los primeros borradores, ni siquiera tuve aliento para coordinarlos, cuanto menos para corregirlos.

Restituido al fin á mi patria y hogar, se me ocurrió la idea de presentar esta obrita en el teatro de Granada, estimulándome principalmente á ello el deseo de contribuir, en cuanto estuviese á mi alcance, á aumentar el producto de un *beneficio*, destinado á socorrer establecimientos piadosos. Verificóse así en efecto; y el buen éxito que tuvo esta comedia en aquella ciudad, muy superior á mis esperanzas, me determinó por último á enviarla á la Corte para que tentase allí fortuna, sometiéndola á la dura prueba de la impresion, si salia airosa de las tablas.

PERSONAS.

DON ANSELMO.
Dª. FRANCISCA.
DON CARLOS.
DON EUGENIO.
JUAN.
PEPA.

La escena es en Cádiz, en casa de don Anselmo.

El teatro representa una sala mediana con puerta á cada lado, una que conduce á la calle, y otra á las habitaciones interiores de la casa: en el testero de la sala habrá una chimenea francesa, que denotará estar apagada y cubierta con una mampara fácil de abrir y cerrar: habrá un bufete con recado de escribir, sillas y adornos decentes.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y DON CARLOS.

(*Doña Francisca aparecerá cosiendo, y al ver á su hermano se arroja en sus brazos: don Eugenio, y detrás don Carlos, en la accion de entrar.*)

DON EUGENIO.

¡Frasquita!

DOÑA FRANCISCA.
¡Ay hermano mio!
DON CARLOS.
Eso me gusta: otro abrazo.
Otro por mí.... pero, ¡calle!
¡A qué viene ahora ese llanto?
DOÑA FRANCISCA.
¿Es posible que te veo
Al cabo de tantos años?
DON EUGENIO.
Sí; ya me tienes aquí.
DON CARLOS.
Y tan gordo y colorado
Como un..................
DOÑA FRANCISCA.
¿Vienes bueno?
DON EUGENIO.
Algo cansado
De navegar mes y medio....
DOÑA FRANCISCA.
¿Y padre?
DON CARLOS.
¿El tio?.... tan guapo.
DOÑA FRANCISCA.
(*A Don Carlos.*)
Yo no te esperaba á tí....
DON EUGENIO.
Si se le puso en los cascos
El venir á acompañarme,
Y no hubo remedio humano....
Deja solo al pobre viejo,
Su escritorio abandonado....
DON CARLOS.
¿Pues vengo á estarme algun siglo?
En viendo á Cádiz, me marcho.
DON EUGENIO.
Y mientras.... Mas de lo hecho
No hay que hablar. (*Siéntanse.*)
Se me hace extraño
El no ver á tu marido....
DOÑA FRANCISCA.
Salió esta tarde temprano
A esperarte; y yo no sé....
DON EUGENIO.
Está el muelle tan poblado
De gente....
DOÑA FRANCISCA.
Pues fué al instante
Que de la torre avisaron
Que llegaba la fragata....
DON EUGENIO.
Padre le celebra tanto,
Que deseo conocerle....
DON CARLOS.
Yo tambien.
DOÑA FRANCISCA.
No te ha engañado;
Es honrado, generoso,
De buen fondo....
DON CARLOS.
¿Qué apostamos
A que tiene una gran falta?
DON EUGENIO.
¿Qué sabes tú?
DON CARLOS.
¿Pues no es claro?
¡Mujer propia, y tanto elogio!
Solo intenta abrir el paso
A algun pero.... y pero grande....
DOÑA FRANCISCA (*suspirando*).
¡Ay!
DON CARLOS.
¿Lo ves?
DON EUGENIO.
Pero sepamos
Qué defecto.... ¿No lo dices?
DON CARLOS.
¿Es un poco aficionado
Al juego?
DOÑA FRANCISCA.
Ni ve los naipes.
DON CARLOS.
¿Se suele *alegrar*, hablando
A estilo de caballeros,
Por no decir si es *borracho*?
DOÑA FRANCISCA.
Nada menos.
DON CARLOS.
No lo digas.
Que voy á dar en el clavo:
Le gustan mucho las hijas
De Adan.

DOÑA FRANCISCA.

Jamás lo he notado....

DON CARLOS.

Pues prima, si eso es así,
¿Hay mas que canonizarlo?
Ni juega, ni se embriaga,
Ni le gustan picos pardos....

DON EUGENIO.

¿No te quiere?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¡ojalá
Que no me quisiera tanto!

DON CARLOS.

¡A Dios! ¿Es zeloso el pobre?
Pues buen trabajo le mando:
Marido entrado en edad
Y mujer de pocos años,
¿Qué habia de suceder?
En verdad hemos andado
Muy torpes.

DON EUGENIO.

Tienes razon;
Pero tú....

DOÑA FRANCISCA.

Jamás le he dado
El mas mínimo motivo;
Pero él vive atormentado,
Y me hace infeliz á mí.

DON CARLOS.

¿Y no hay medio de curarlo
De esa manía?

DOÑA FRANCISCA.

Ninguno.

DON EUGENIO.

Yo le hablaré.

DOÑA FRANCISCA.

Será en vano;
Le convencerás, y luego....

DON EUGENIO.

Tiene juicio, y se hará cargo
De la razon.

DON CARLOS.

¡Gran proyecto!
¿Razones á un loco? ¡Bravo!

DON EUGENIO.

¿Pues qué remedio?

DON CARLOS.

Uno solo:
A un zeloso un desengaño.

DON EUGENIO.

Pero ¿cuál?

DON CARLOS.

Hacerle ver
Que con rejas y candados
La mujer puede pegarla,
Aunque la guardara el diablo:
Que no es bueno descuidarse;
Pero que tambien es malo
Incitar á las ofensas
Con recelos infundados:
En fin, que un marido cuerdo
Es como el que tiene al canto
Del camino real un huerto;
Conviene que esté al reparo,
Y tome sus precauciones,
Que eso es muy propio de un amo;
Pero viva persuadido
A que, si el mismo hortelano
Da la fruta y no la guarda,
Fiesta tendrán los muchachos.

DOÑA FRANCISCA.

Si te oyera mi marido....

DON CARLOS.

Si lo dejais á mi cargo,
Yo me atrevo á convencerle....

DON EUGENIO.

¿Pues no dijiste?...

DON CARLOS.

¿Y acaso
Intento yo convertirle
Con sermones? Ni soñarlo:
Al que adolece de zelos,
Si no le cura algun chasco
De que él propio se avergüence,
Es enfermo desahuciado.

DOÑA FRANCISCA.

Pues temo que mi marido
Se encuentre ya en ese caso.

DON EUGENIO.

¿De cierto?

DOÑA FRANCISCA.

Tú lo verás:

Cortés, afable en su trato,
De buena conversacion,
De talento despejado;
Pero en tocando á ese punto,
Le vuelven de arriba abajo:
Da lástima.... y lo peor
Es que un maldito criado
Le da cuerda á su manía,
Y acaba de trastornarlo.

DON EUGENIO.

¡Bribon!

DOÑA FRANCISCA.

Le estafa, le engaña,
Le cuenta embustes forjados
En su cabeza, me acecha,
Me va siguiendo los pasos,
Y despues le mete chismes....

DON CARLOS.

¡Vaya! Es preciso curarlo;
No hay recurso; yo lo haré:
Lo primero, es necesario
Que conozca á ese tunante....

DOÑA FRANCISCA.

Varias veces lo he intentado,
Pero en balde: ¡está tan ciego!...

DON CARLOS.

Pues yo voy... Pero ¿quedamos
En que corre de mi cuenta?...

DOÑA FRANCISCA.

¿El qué?

DON CARLOS.

Dejar cuerdo y sano
Al loco de tu marido.

DON EUGENIO.

¡Coyas tuyas!

DON CARLOS.

¿Qué apostamos?

DOÑA FRANCISCA.

No es obra fácil.

DON CARLOS.

Pues antes
He de hacer otro milagro:
¿Ves á ese espía, mas fiero
Que un eunuco de serrallo?
Pues le he de hacer corredor
De amores contra su amo.

DOÑA FRANCISCA.

No le conoces.

DON CARLOS.

Yo sé
Lo que son esos bellacos:
Son como perros de puerta;
A una sombra, á un espantajo,
Le ladran, se avanzan, muerden:
Viene un ladron disfrazado,
Les echa un poco de pan,
Y le dejan libre el paso.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué humor tienes!

DON CARLOS.

A la prueba:
Yo ya he dicho que me encargo
De la empresa, y estoy cierto....

DON EUGENIO.

Pero ¿cómo?

DON CARLOS.

Estoy pensando....
Y me ha ocurrido... ¿Quereis
Que yo me finja tu hermano?
(*A Doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Para qué?

DON CARLOS.

Lo veréis luego....

DOÑA FRANCISCA.

Eso no.

DON CARLOS.

¿Pues qué arriesgamos
En ello?

DON EUGENIO.

Pero ¿á qué fin?...

DON CARLOS.

Dejadme á mí: yo le hablo;
Finjo que eres un amigo
Que me viene acompañando;
Tu caro esposo se avispa;
Seducimos al criado;
Y cuando esté todo á punto,
Le damos un desengaño.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no me atrevo...

DON CARLOS.

¿Porqué?

Es verdad, tendrá un mal rato;
Pero despues...

DOÑA FRANCISCA.

Ni por pienso.

DON CARLOS.

Él mismo tiene que darnos
Las gracias...

DOÑA FRANCISCA.

¡Y he de inquietarle!...

DON CARLOS.

Pero ¿con quién? Con tu hermano.

DOÑA FRANCISCA.

Despues se avergonzará....

DON CARLOS.

Pues eso es lo que buscamos.

DOÑA FRANCISCA.

No me resuelvo.

DON CARLOS.

Supon
Que nos salga bien el chasco:
Rabiará dos ó tres dias;
Pero queda luego sano,
Y por fuerza ha de alegrarse....
¿Nos sale mal? aguantamos
Que se ria á costa nuestra,
Y esa diversion le damos:
Él siempre gana.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si mientras
Sucediere algun fracaso?

DON CARLOS.

¿Y qué puede suceder?
¿No está siempre en nuestra mano
Hacerle ver, cuando quiera,
Que el amante es su cuñado,
Que yo soy un primo loco,
Que le ha vendido el criado,
Que tú eres mujer de bien?...

DOÑA FRANCISCA.

Mientras duda...

DON CARLOS.

¡Buen reparo!
¿Y qué dudará? ¿Unos dias?
Conozco yo mas de cuatro
Maridos que dudan siempre,
Y no están tristes ni flacos.

DOÑA FRANCISCA.

(*A Don Eugenio.*)
Pero tú, ¿qué dices?...

DON EUGENIO.

¿Yo?
Que este lo encuentra muy llano,
Y despues...

DON CARLOS.

Mas tú ¿qué hallas
Difícil?...

DON EUGENIO.

Mucho.

DON CARLOS.

Veamos.

DON EUGENIO.

Lo primero y principal,
Que no soy yo para el caso.

DON CARLOS.

Pues tú ¿qué tienes que hacer?
Para el enredo yo basto;
Tú no harás sino callar.

DON EUGENIO.

¿Y he de estar siempre callado?

DON CARLOS.

No tal.

DON EUGENIO.

Pues lo echo á perder.

DON CARLOS.

¿Y no hay remedio?... Finjamos
Que eres algo sordo: así
Hablas poco, muy despacio,
Piensas antes lo que dices,
Y en viéndote en un mal paso,
Recurres á la sordera,
Callas, y te haces morlaco.

DON EUGENIO.

Para hacer bien el papel....

DON CARLOS.

Tienes mucho adelantado:
Naturalmente eres serio,
Y poco hablador.

DON EUGENIO.

Al cabo
Tengo que fingir amores....

DON CARLOS.

¡Por cierto que es gran trabajo!

Hombre, ¿no te da vergüenza?
Si me dieran un ducado
Por cada vez que los finjo,
Tuviera ya un mayorazgo.

DON EUGENIO.

Pide talento...

DON CARLOS.

Eso sí;
Pide un talento tan raro,
Que la mozuela mas tonta
Da leccion al mas pintado.

DON EUGENIO.

Pero al fin, ¿no tengo yo
Que seducir al criado?

DON CARLOS.

¡Gran empresa! Ni la toma
De Granada costó tanto.

DON EUGENIO.

Es preciso ir poco á poco....

DON CARLOS.

Ponle una bolsa en la mano,
Y excusa andar con rodeos;
En diciéndole tú claro,
Esto quiero, ya verás
Si él sabe proporcionarlo.

DOÑA FRANCISCA.

En dejándote á tí hablar....

DON CARLOS.

Pues ya me vais enfadando
Con tantas dificultades.

DON EUGENIO.

¿Y si por un raro acaso
Sospechara don Anselmo?....

DON CARLOS.

¿Cómo puede sospecharlo?
No nos ha visto en su vida;
Digo que soy su cuñado;
Su mujer misma lo apoya;
Tú, á pesar de ser su hermano,
Poco ó nada le pareces...
Pues, aunque se vuelva diablo,
¿Cómo puede recelar?....

DOÑA FRANCISCA.

¡Quién sabe!

DON CARLOS.

Entonces nos damos
Por vencidos.

DON EUGENIO.

Mucho temo...
Que á las primeras de cambio....

DOÑA FRANCISCA.

Yo no quisiera....

DON CARLOS.

Pues ya
Lo hemos de ver.

DON EUGENIO.

Suenan pasos....

DON CARLOS.

Con efecto....

DOÑA FRANCISCA.

Sí, y es él....
Yo ya estoy toda temblando;
Mejor fuera....

DON CARLOS.

Chito, hermana,
Que yo soy mayor, y mando.

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANSELMO.

(*Levántanse todos: don Carlos se adelanta á dar la mano á don Anselmo; este saluda á don Eugenio, que le contesta con gravedad*).

DON ANSELMO.

¡Hola!.... Dispénseme usted,
Si he estado fuera de casa....

DON CARLOS.

Ya nos debemos tratar
Con toda la confianza
De hermanos.

DON ANSELMO.

Con mucho gusto:
Fui al muelle....

DON CARLOS.

Me lo acaba
De decir esta.

DON ANSELMO.

Mas viendo
Que usted tanto se tardaba,
Le pregunté á un marinero
Que vi llegar en la lancha,

Y me dijo que ya habia
Dejado á usted en la plaza.

DON CARLOS.

Con efecto, así que pude,
No perdí tiempo: las ganas
De pisar tierra eran muchas;
Y el abrazar á una hermana
Tan querida....

DON ANSELMO.

Eso es muy justo;
Tambien ella lo anhelaba....

DON CARLOS.

Crucé el muelle; nos dejamos
Ahí en la fonda de Malta
El equipaje; y un mozo
Nos trajo aquí sin tardanza

DON ANSELMO.

¿Y este caballero?

DON CARLOS.

¡Oh!
Es mi amigo y camarada,
Muy estimado de padre....

DON ANSELMO.

Yo celebraré que haya
Ocasion en que servirle.

DON CARLOS.

No le ha dado á usted las gracias,
Porque quizá no lo ha oido.

DON ANSELMO.

¿Pues qué?....

DON CARLOS.

Es que tiene la falta
De ser un poco teniente.

DON ANSELMO.

¡Qué dolor!

DON CARLOS.

Si no le hablan
Con trompetilla, es en balde.

DON ANSELMO.

Y tan mozo....

DON CARLOS.

Y de una casa
Tan principal: es quizá
El mas rico de la Habana....
Don Félix de Uganorrea....

DON ANSELMO.

¿Es así como se llama?

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON ANSELMO.

¿Es vizcaino?

DON CARLOS.

Solo el nombre lo declara;
Nació en el mismo Bilbao.

DON ANSELMO.

¿Será muy noble?

DON CARLOS.

¡Ahí es nada!
Sabe usted que hasta los hongos
Nacen nobles en Vizcaya.
Pero él no hace caso de eso:
Con su talento le basta;
Aunque así parece un bruto....

DON ANSELMO.

¡Hombre!

DON CARLOS.

Si no oye palabra:
En no alzando mas la voz,
Se queda como una estatua.

DON ANSELMO.

Pues es lástima; que es jóven,
Y tiene muy buena traza....

DON CARLOS.

Aun son mejores sus prendas;
Solo le notan la falta
De ser muy enamorado....

DON ANSELMO.

Los mozos tienen á gala
El serlo.

DON CARLOS.

Pero no así;
Si no hay soltera ó casada
Que esté á salvo....

DON ANSELMO (*interrumpiéndole*).

Me parece
Que quizá tendrá usted ganas
De descansar, ó si gusta
De que allá dentro le hagan....

DON CARLOS.

No, señor.... pues, como digo...

DON ANSELMO.

Con navegacion tan larga....

DON CARLOS.

Pero ha sido divertida :
Las horas se nos pasaban
Oyéndole relatar
Los lances que les jugaba
A los padres y maridos....
Ya se ve ; con buena estampa,
Muchos doblones, talento,
Y hasta yo no sé qué gracia
Que le presta la sordera....
Ello es una extravagancia ;
Pero al fin mujeres.

DON ANSELMO.

Cierto.

DON CARLOS.

¿ No llevo razon , hermana?

DOÑA FRANCISCA.

¡ Qué se yo !

DON CARLOS.

Todas sois unas ;
Yo digo las cosas claras.

DON ANSELMO.

¿ Qué tienes?

DOÑA FRANCISCA.

Nada.

DON ANSELMO.

Creí....
Como estabas tan callada....

DOÑA FRANCISCA.

Me sorprendió el verle entrar....

DON ANSELMO.

No es extraño ; os aguardaba
Conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

Así.... de repente....

DON CARLOS.

Despues de una temporada
De seis años.... Pues á padre
Aun ya le parece larga
La ausencia de pocos meses.

DON ANSELMO.

Siempre con su buena pasta,
Y tan gordo.... ¿ No es así ?

DON CARLOS.

Ya verá usted por sus cartas
Su buen humor.... en trayendo
El equipaje....

DON ANSELMO.

Me agrada
Aquel genio tan alegre....

DON CARLOS.

Siempre está como unas Pascuas :
¡ Vaya ! si le viera usted
Riyéndose á carcajadas
Con los lances de don Félix....
Bien que los cuenta con gracia.

DON ANSELMO.

Pues parece taciturno.

DON CARLOS.

En tomando confianza
Con la gente.... verá usted
Los ratos que nos aguardan
Con él ; se reirá usted mucho....
Y tú ¿ porqué no le hablas?
(*A doña Francisca.*)
No extrañe.....

DON ANSELMO.

(*A don Eugenio con viveza.*)
¿ Está usted cansado ?

DON EUGENIO.

¿ Casado yo? No , á Dios gracias ;
Aficionado no mas.

DON CARLOS.

¡ Qué ! si por allá le llaman
Herodes de los maridos.
Ya se ve , como que arma
Tal degüello de inocentes !

DON ANSELMO.

¡ Pues no tiene mala fama !

DON CARLOS.

Y la merece.... quisiera
Que ahora mismo nos contara....

DON ANSELMO.

Ahora no.... en otra ocasion....

DON CARLOS.

Si él en eso no se cansa....
Sentémonos.

DON ANSELMO.
(*A don Eugenio.*)
Tome usted....

DON EUGENIO.
Está muy bien empleada....

DON ANSELMO.
Suplico á usted....

DON CARLOS.
Toma esta....
Aquí, al lado de mi hermana.

DON ANSELMO.
Es que....

DON CARLOS.
Fuera ceremonias;
Con este son excusadas.

(*Al tomar las sillas, intenta don Anselmo, como por via de cumplimiento, alargar una á don Eugenio, y colocarse entre él y su mujer; don Eugenio finge rehusarlo cortésmente, y don Carlos hace que quede don Eugenio junto á doña Francisca, y que don Anselmo se siente junto á él, llamándole continuamente la atencion.*)

Yo le trato como á hermano;
Y por eso, aunque él pensaba
Buscar un alojamiento....

DON ANSELMO.
Hay excelentes posadas
En Cádiz; yo sé de una....

DON CARLOS.
Como él nunca se separa
De mí....

DON ANSELMO.
En esta misma calle....

DON CARLOS.
Y sé que tanto os agrada
La franqueza....

DON ANSELMO.
Con efecto;
Si quiere dinero, cama,
O muebles.....

DON CARLOS.
No es menester;
Yo le he ofrecido esta casa...

DON ANSELMO.
Usted es muy dueño de ella;
Pero....

DON CARLOS (*interrumpiéndole*).
Yo siempre contaba
Con esa respuesta.

DON ANSELMO.
Pero,
Aunque parece tan ancha....

DON CARLOS.
Pues es bastante espaciosa.

DON ANSELMO.
Lo aparenta la fachada,
Mas en el fondo....

DON CARLOS.
(*A don Eugenio.*)
¿Qué tal?

DON EUGENIO.
¿Eh?

DON CARLOS (*recio*).
¿Ves el lujo que gastan
Los comerciantes de Cádiz?
Mi buen hermano se halla
Estrecho en este palacio....

DON EUGENIO.
¡Oh! ¡Pues es hermosa casa!

DON ANSELMO.
(*Recio á don Eugenio.*)
Es muy incómoda; mucho.

DON EUGENIO.
Pues, siendo cómoda, basta.

DON ANSELMO.
(*A don Carlos.*)
Es ya sordo de remate.

DON CARLOS.
(*A don Anselmo.*)
Suele estar como una tapia;
Pero en hablándole recio....
Mi hermano siente en el alma
(*Alto á don Eugenio.*)
No alojarte cual quisiera;
Pero ofrece....

DON EUGENIO.
Muchas gracias;
Yo en cualquier parte estoy bien.

DON CARLOS.
(*Alto á don Eugenio.*)
Es tan grande su eficacia,
Que con nada está contento.

DON EUGENIO.
Yo no sé cómo pagara
Tanta fineza....

DON ANSELMO.
(*Alto á don Eugenio.*)
Por mí....
Pero la alcoba es tan mala....

DON EUGENIO.
Usted, señor, me confunde;
Yo no me merezco nada.

DON ANSELMO.
(*Alto á don Eugenio.*)
Muy calorosa en verano....

DON EUGENIO.
¡Qué! Viniendo de la Habana,
No se extrañará el calor....

DON ANSELMO.
(*Alto á don Eugenio.*)
Y acude luego una plaga
De mosquitos...

DON EUGENIO.
Yo me pongo
Mi mosquitero en la cama,
Y no les temo.

DON AMSELMO (*alto*).
Mi esposa
Durmió en ella una semana,
Y no pudo resistir....
¿No es verdad?
(*A doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.
Cierto.

DON ANSELMO.
Pasaba
Unas noches.... que lo diga....

DOÑA FRANCISCA.
Es así.

DON ANSELMO.
(*Recio á don Eugenio.*)
Yo me alegrara
Tener otra proporcion;
Pero....

DON EUGENIO.
Me faltan palabras
Para decir cuánto aprecio....

DON CARLOS.
Me parece que ya basta
De cumplimientos, señores.

DON ANSELMO.
(*A don Eugenio.*)
Mejor fuera....

DON EUGENIO (*interrumpiéndole*).
Gracias; gracias.

DON CARLOS.
(*A don Anselmo.*)
¿No ofrece usted lo que tiene?
¿Pues qué mas? En una sala
Podemos vivir los dos....
Tú lo dispondrás, hermana,
Como mejor te parezca,
Que ahora vamos á que traigan
El equipaje (*Levántanse todos*).

DOÑA FRANCISCA.
Está bien.

DON CARLOS.
(*A don Anselmo.*)
Si usted no se incomodara,
Y quisiera acompañarnos....

DON ANSELMO.
Vamos.

DON CARLOS.
Porque esa canalla
De mozos, en conociendo
Forasteros, los estafan.

DON ANSELMO.
Es así.

DON CARLOS.
(*A don Eugenio.*)
Si tú no quieres
Venir....

DON EUGENIO.
Bueno.

DON CARLOS.
No haces falta,
Que mi hermano va conmigo.

DON ANSELMO.
Es que siempre acomodara....

DON CARLOS.
¿Para qué?
DON ANSELMO.
Si son el diantre;
Y la pegan, aunque haya
Cien testigos....
DON CARLOS.
No haya miedo.
DON EUGENIO.
¿Con que no voy?
DON CARLOS.
(*A don Eugenio.*)
Nos aguardas
Aquí.
DON ANSELMO.
(*A don Eugenio, que finge no oirle.*)
Bien podeis venir.
DON CARLOS.
A la otra puerta.
DON EUGENIO.
¿Qué?
DON CARLOS.
Nada.
Que estás gordo.
DON EUGENIO.
Si soy sordo,
¿Qué le hemos de hacer?
DON CARLOS.
Ya escampa.
DON EUGENIO.
Harto siento incomodar....
DON ANSELMO.
En hablándole en voz alta....
Que venga usted con nosotros.
(*Muy recio á don Eugenio.*)
DON EUGENIO.
Bien....
DON CARLOS.
(*En igual tono á don Eugenio.*)
O si no tienes gana,
Y quieres quedarte....
DON EUGENIO.
Bien.
DON ANSELMO (*interrumpiéndole*).
Mientras hablamos, se pasa
El tiempo.... Vamos, don Félix.
(*Cogiéndole amistosamente del brazo.*)
DON CARLOS.
Pues yo me quedaré en casa,
Y eso gano; ustedes van....
DON ANSELMO.
¡Viva, viva! Así me agrada,
Con franqueza.
DON EUGENIO.
(*A don Carlos.*)
¿Y tú no vienes?
DON ANSELMO.
(*Recio á don Eugenio.*)
Quiere estarse con su hermana
Hablando de la familia.
DON EUGENIO.
Bien hecho.
DON ANSELMO.
(*A don Eugenio.*)
Vámonos.
DON CARLOS.
Vayan
Ustedes con Dios.... ¡Ah! Oye:
(*Llamando recio á don Eugenio y deteniéndole.*)
Cuenta alguna de tus gracias
Por el camino.
DON EUGENIO.
Otro dia....
DON CARLOS.
(*A don Anselmo.*)
Oirá usted sus humoradas....
DON ANSELMO.
Bueno.
DON CARLOS.
Os dará mucho gusto
El ver cómo tiene maña
Para tanto enredo.... á cuatro
Engañaba en una casa.
DON ANSELMO.
¡Cuatro mujeres, y juntas!....
No puede ser.
DON CARLOS (*con rapidez*).
Dos hermanas,
Madre y tia, ¿cuántas son?
DON ANSELMO.
Es difícil.
DON CARLOS.
(*Recio á don Eugenio.*)
Le contaba

Lo de las cuatro....

DON EUGENIO.

¿ Qué cuatro?

DON CARLOS.

(*Recio á don Eugenio.*)

Cuando á un tiempo enamorabas....

DON EUGENIO.

No eran cuatro.

DON ANSELMO.

(*A don Carlos.*)

¿ Lo ve usted?

DON CARLOS.

Pues....

DON EUGENIO.

(*Presentando los dedos de la mano.*)

Cinco con la criada.

DON ANSELMO.

(*Llevándose de un tiron á don Eugenio.*)

Queden ustedes con Dios.
(¡ Maldita sea tu casta!)

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA Y DON CARLOS.

(*Siéntanse.*)

DON CARLOS.

¡Qué vanderilla que lleva!
No es el susto para menos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ves lo que yo te decia?
Si yo conozco su genio.

DON CARLOS.

No pensé que fuera tanto;
Es mucho asunto.

DOÑA FRANCISCA.

Mas siento
Su mal rato que no él.

DON CARLOS.

Ha sufrido en sus adentros
El martirio.... se notaba
Que estaba el pobre violento.

DOÑA FRANCISCA.

Yo ya estuve si descubro....

DON CARLOS.

Pues buena la hubieras hecho.

DOÑA FRANCISCA.

¿Porqué?

DON CARLOS.

Todo se perdia.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte nada espero.

DON CARLOS.

Yo sí.

DOÑA FRANCISCA.

Verás cuál te engañas.

DON CARLOS.

Pronto tenemos de verlo:
El principio salió bien;
Él se ha tragado el anzuelo,
Y lo lleva.... ¿ No notaste
Sus excusas y rodeos
Por deshacerse del huésped?
¡Pues no digo el otro aprieto
De dejarle aquí contigo!
Yo tuve por buen acuerdo
Que toser, por no reirme;
Pero el don Félix tan serio,
Que por poco hasta yo mismo
Dudo si es sordo en efecto.

DOÑA FRANCISCA.

Yo me hallaba tan turbada,
Que si llego á hablar....

DON CARLOS.

Por eso,
Yo estaba siempre á los quites.

DOÑA FRANCISCA.

Trabajo en balde.

DON CARLOS.

Veremos.

DOÑA FRANCISCA.

Si no puedes tú creer....
Yo le estimo como debo,
Conozco sus buenas prendas,
Le quiero.... pero hay momentos
Que casi, casi.... Bien sé
Que nace de mucho afecto
Su manía; mas con todo,
Es un continuo tormento.
Si salgo y viene conmigo,
Va á mi lado sin sosiego;
Si él no puede, va el criado;

Y algunas veces de intento
Me deja ir sola, y despues
Me va siguiendo á lo lejos.
¡Pues no digo en el teatro!
Si miro al patio, si vuelvo
Los ojos á cualquier parte,
O saludo á algun sugeto,
Ya está en ascuas; y al contrario,
Si siquiera pestañeo
Por atender á la escena,
Se le viene al pensamiento
Que algun cómico me gusta.

DON CARLOS.

Eso no es vivir.

DOÑA FRANCISCA.

Prefiero
Casi siempre estarme en casa;
Pero ¿qué? Cuando yo pienso
Que fué el negocio mas grave,
Vuelve con cualquier pretexto....
Ya se le ofreció un papel,
Ya se le olvidó el pañuelo;
Y mientras mas disimula,
Por no mostrar sus recelos
Y disgustarme, peor;
Él se pudre en sus adentros,
Y me quema á mí. — «¿Quién vino? —
Nadie—Pensé.... pues encuentro
Esta silla en otro sitio....
Y está caliente el asiento.»
Suelo enfadarme, y entonces
Conoce el pobre su yerro,
Y dice que fué una chanza....
Por lo demás, nada tengo
De que quejarme; me adora,
Me da gusto en cuanto quiero....

DON CARLOS.

Pues es lástima que un hombre
Tan cabal, tenga un defecto
Tan ridículo....

DOÑA FRANCISCA.

Es así.

DON CARLOS.

Y si encontrara á lo menos
Algun motivo....

DOÑA FRANCISCA.

Seguro.

DON CARLOS.

Pero en picándose en zelos,
Se vuelven tontos los hombres....
¿Y qué adelantan con eso?

DOÑA FRANCISCA.

Nada; si quisiera una....

DON CARLOS.

Ahora mismo se está viendo:

(*En este punto va á salir por la puerta interior el criado, pero se detiene, y se pone á escuchar lo que hablan los dos; mientras ellos continúan sin echarlo de ver.*)

Despues de tanto trabajo,
Fué tu marido contento
Porque se llevaba al otro;
Y está el pobre muy ajeno
De que yo no soy tu hermano....

DOÑA FRANCISCA.

Pues cuando llegue á saberlo....

DON CARLOS.

¿Qué importa? Ya será tarde.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte mucho temo
Que lo llegue á recelar....

DON CARLOS.

¿Somos acaso tan lerdos?

DOÑA FRANCISCA.

Pero él es muy malicioso.

DON CARLOS.

En logrando nuestro objeto,
Mas que despues lo malicie.

DOÑA FRANCISCA.

Quizá él no caiga tan presto;
Pero si entiende el criado....

DON CARLOS.

¿Pues acaso es muy discreto?

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué discreto! Un animal,
Tan pícaro como necio.

(*Al llegar aquí, siente el criado venir á Pepa; vuelve la cara y sale; viene ella detrás, y doña Francisca y don Carlos suspenden la conversacion.*)

ESCENA IV.

DOÑA FRANCISCA, DON CARLOS, JUAN Y PEPA.

JUAN.
(¡A buena ocasion!)
PEPA.
Señora,
Yo no he encontrado allá dentro
La llave de la despensa.
DOÑA FRANCISCA.
Aquí está.
PEPA.
(*Al oido á doña Francisca.*)
Os estaba oyendo
Ese bribon; yo le vi....
DOÑA FRANCISCA (*tambien bajo*).
¿Habrá estado mucho tiempo?
PEPA (*bajo*).
No lo sé. (*Alto.*) Voy á sacar....
DOÑA FRANCISCA.
Tómala, y tráemela presto.

ESCENA V.

Los mismos, menos PEPA.

DOÑA FRANCISCA. (*A Juan.*)
¿Qué busca usted?
JUAN (*buscando por el fondo de la escena*).
Un papel;
Y por aquí no lo encuentro....
No sé dónde se ha caido....
DOÑA FRANCISCA.
(*Esta parte del diálogo la dicen uno y otro en tono bajo, como reservándose del criado.*)
Lo oyó todo.
DON CARLOS.
No lo creo.
DOÑA FRANCISCA.
Lo verás.
DON CARLOS.
Pues fuera chasco.
DOÑA FRANCISCA.
Tan al principio....
DON CARLOS.
No pierdo
La esperanza todavía....
DOÑA FRANCISCA.
El diablo mismo lo ha hecho.
DON CARLOS.
(*En tono alto, viendo acercarse á Juan.*)
Pues padre me encargó mucho....
JUAN.
Nada, nada, no lo veo....
DOÑA FRANCISCA.
En la cocina....
JUAN.
No está.
DOÑA FRANCISCA.
¿Ni en los otros cuartos?
JUAN.
Menos;
Él ha de estar por aquí....
DOÑA FRANCISCA.
¿Porqué no lo buscais luego?
JUAN.
Es la cuenta.... ¿y quiere usted
Que esté con tanto sosiego?
(*Se aleja buscando.*)
DOÑA FRANCISCA.
(*Bajo á don Carlos.*)
¿Ves su malicia?
DON CARLOS.
(*Bajo á doña Francisca.*)
Él se aguarda
Por ver lo que coge al vuelo....
DOÑA FRANCISCA.
(*Bajo á don Carlos.*)
Pues ha de llevarse chasco.—
¿Vamos al otro aposento,
(*Alto.*)
Y en el balcon?....
DON CARLOS. (*Levántanse.*)
Dices bien:
Allí se verá á lo menos
Pasar gente; y cuando venga
Mi cuñado....
(*Juan tose con malicia.*)

DOÑA FRANCISCA.
(*Bajo á don Carlos.*)
¿Ves?

DON CARLOS.
(*Bajo á doña Francisca.*)
Ya veo.

DOÑA FRANCISCA.
(*Bajo á don Carlos.*)
Todo se perdió.

DON CARLOS.
(*Bajo á doña Francisca.*)
¿Porqué?
Ya se encontrará remedio.

(*Al irse los dos, sale Pepa, da la llave á doña Francisca, y se dirige hácia Juan.*)

ESCENA VI.

PEPA Y JUAN.

PEPA.
(*A doña Francisca.*)
Tome usted. (*A Juan.*) Muy afanado
Está un hombre.

JUAN.
Yo no tengo
Que dar cuenta á usted ni á nadie.

PEPA.
Por si fuere de provecho....

JUAN.
A cien leguas de distancia.

PEPA.
Yo no he visto un caballero
Mas galan con las mujeres....

JUAN.
¡Mujeres! En todas fuego.

PEPA.
¡Vaya! Ese es mucho rigor,
Señor don Juan.

JUAN.
Yo me entiendo.

PEPA.
¿No habrá una excepcion siquiera?

JUAN.
Todas dentro de un mortero,
Y la mejor....

PEPA.
¿La dejais?

JUAN.
Para hacer el bota-fuego.

PEPA.
Gracias por tanto favor.

JUAN.
Es justicia á palo seco.

PEPA.
Pero ¿no hay buena ni una?

JUAN.
Ni media.

PEPA.
Pues yo no puedo
Creer que todas.

JUAN.
Si al nacer,
Ya traen al diablo en el cuerpo....
No hay que reirse; á la prueba:
Los muchachos son traviesos,
Es verdad; pero no gastan
Malicia alguna en sus juegos:
Corren, saltan, se divierten
A la pelota, al hoyuelo,
Con el trompo ó la pandorga,
Segun lo requiere el tiempo:
Pero ¿las niñas?.... ¡Ya va!
Aun no se las ve en el suelo,
Y ya juegan á visita,
A hacerse mil cumplimientos,
A hablar de novios y modas,
Y responder á un requiebro. —
Que crecieron en edad;
Aun no echan bien un remiendo
Ni saben poner la olla,
Y hablan ya de casamiento....
La risa, el llanto, el amor,
Las rabietas y los zelos;
Mentira todo, mentira,
Para echar la red á un tiempo
A cien novios, y en la bulla

Dejar al mas tonto dentro. —
Pues, señor; ya se casaron....

PEPA.

¿No acaba usted con su cuento?

JUAN.

Pues, como digo, se casan;
Pero ¿se enmiendan por eso?
Al contrario, andan mas sueltas,
Y echan á lucir su genio.
¿Para qué es fingir? Ya el pobre,
Velis, nolis, está preso;
Y ha de morir con la cruz,
Si no las mata primero.
Pues que sufra ó que reviente;
Luzcan ellas su cortejo,
Y calle el pobre marido,
O tenga en casa un infierno.

PEPA.

Pero ¿todas?....

JUAN.

Sí, señora,
Todas; y las que creemos
Con mas juicio, es porque saben
Ocultar mejor el juego. —
Pero á mí no me la pegan;
Yo, hija mia, las entiendo....

PEPA.

¿Y porqué lo dice usted?

JUAN.

Piensan que me mamo el dedo;
Pero ya verán....

PEPA.

No sé....

JUAN.

Ni yo.

PEPA.

Pero ¿qué hay de nuevo?

JUAN.

Nada.

PEPA.

Por si era de ahora....

JUAN.

No, señora: es ya muy viejo
El haber encubridoras
Donde quiera que hay rateros.

ESCENA VII.

Dichos, DON ANSELMO, *y unos mozos que conducen equipaje.*

DON ANSELMO.

(*A los mozos.*)
Cuidado al entrar.... (*A Pepa.*) Vé tú,
Y condúcelos adentro.

ESCENA VIII.

DON ANSELMO Y JUAN.

JUAN.

¡Señor, señor!.... ¡qué traicion!

DON ANSELMO.

¿Qué dices, hombre?

JUAN.

No puedo
Explicarme mas.

DON ANSELMO.

¿Qué hay?

JUAN.

Si no puede usted creerlo....

DON ANSELMO.

Vamos, dílo.

JUAN.

¡Qué traicion!
¡Y con un señor tan bueno!

DON ANSELMO.

Pero habla claro.

JUAN.

¡Bribones!
Ya está todo descubierto....

DON ANSELMO.

¿Qué?

JUAN.

¡Y usted tan confiado!

DON ANSELMO.

Vaya, acaba, majadero,
Que estoy ya....

JUAN.

Lo sabrá usted....

DON ANSELMO.

Dílo pronto.

JUAN.

No me atrevo....

DON ANSELMO.

Acaba.

JUAN.

¿Lo digo?

DON ANSELMO.

Sí.

JUAN.

¿Y si os pesa?

DON ANSELMO.

Dílo presto.

JUAN (*con frialdad*).

Nada: que os la pega el ama.

DON ANSELMO.

¡Hombre, calla, que me has muerto!

JUAN.

Pues ¿no quiso usted?....

DON ANSELMO.

¿De veras?

Piénsalo bien.

JUAN.

Estoy cierto.

DON ANSELMO.

¿Quién te lo ha dicho?

JUAN.

¿A mí?... nadie.

DON ANSELMO.

Pues ¿quién lo ha visto?

JUAN.

Yo mesmo.

DON ANSELMO.

No mas, Juan.

JUAN.

Con estos ojos.

DON ANSELMO.

¿Y cuándo?

JUAN.

No ha mucho tiempo.

DON ANSELMO.

¿Dónde?

JUAN.

En esta misma sala.

DON ANSELMO.

¿Con quién?

JUAN.

Con el forastero.

DON ANSELMO.

(*Respirando recio.*)

Hombre de Dios, si es su hermano.

JUAN.

¿Su hermano?.... como mi abuelo.

DON ANSELMO.

No hablo del que fué conmigo....

JUAN.

Del que se quedó; ya entiendo.

DON ANSELMO.

Pues ese....

JUAN.

No es tal hermano.

DON ANSELMO.

Juan, ¿estás loco?

JUAN.

Muy cuerdo.

DON ANSELMO.

Pero ¿quién pudo decirlo?

JUAN.

Ellos mismos lo dijeron.

DON ANSELMO.

Y ¿quién lo oyó?

JUAN.

Esta persona.

DON ANSELMO.

¿Cómo?

JUAN.

Sin notarlo ellos.

DON ANSELMO.

¿Dónde estabas?

JUAN.

En la puerta.

DON ANSELMO.

¿Lo oiste bien?

JUAN.

Si hablaban recio....

DON ANSELMO.

Pero ¿qué hablaban?

JUAN.

Lo dicho.

DON ANSELMO.

¿Nada mas?

JUAN.

¿Y es poco eso?

DON ANSELMO (*con énfasis*).

¿Dijo que no era su hermano?

JUAN.

Sí, señor.

DON ANSELMO.

Pues no lo creo.

JUAN.

¿Lo ve usted?

DON ANSELMO.

Tú te engañaste.

JUAN.

¡Yo engañarme!

DON ANSELMO.

No hay remedio.

JUAN.

Me lleva el diablo....

DON ANSELMO.

Cuidado,
No salga luego un enredo....

JUAN.

¿Es ese el pago que saco?
¡Yo enredador y embustero!

DON ANSELMO.

No digo tal...

JUAN.

Pero á bien
Que yo la culpa me tengo;
Y en callando lo demás....

DON ANSELMO.

¿Pues qué mas hay?

JUAN.

Si yo miento...

DON ANSELMO.

No, Juan.

JUAN.

Si será otro chisme....

DON ANSELMO.

Por Dios, Juanito, y te ofrezco
Un doblon...

JUAN.

Y creerá usted
Que lo hago por el dinero.

DON ANSELMO.

No, Juan mio; dílo todo.

JUAN.

Pues, señor, ellos dijeron
Que van á engañar á usted:
La señora tiene miedo
De que usted descubra el ajo;
Pero el otro caballero
Dice que en logrando...

DON ANSELMO.

¡Calla!

JUAN.

Y despues del asno muerto....

DON ANSELMO.

Calla, por Dios.

JUAN.

Si lo oí....

DON ANSELMO.

¡Mi Frasquita!.... Yo no puedo
Persuadirme...

JUAN.

Tal vez sean
Unos amores añejos....

DON ANSELMO.

Pero...

JUAN.

Quizá desde niños....

DON ANSELMO.

Ello es preciso saberlo.

JUAN.

¿Pues os queda alguna duda?

DON ANSELMO.

Sí, Juan; yo te lo confieso.

JUAN.

¿No basta que yo lo diga?

DON ANSELMO.

Sí; pero con todo quiero
Averiguarlo yo mismo.....

JUAN.

¿Para qué?

DON ANSELMO.

Así me convenzo.

JUAN.

¿Duda usted de mí?

DON ANSELMO.

No, Juan;
Pero no puedo creerlo.

JUAN.

¿Porqué?

DON ANSELMO.

Si es casi imposible....

Si ellos saben que yo puedo,
A la primera sospecha,
Descubrir todo el enredo....

JUAN.

Pues, señor, lo dicho dicho.

DON ANSELMO.

Saben que yo estoy impuesto
En toda su parentela,
En los asuntos secretos
De su casa, en sus negocios;
Y que al mas leve recelo,
Con dos preguntas no mas....

JUAN.

Yo en mis trece me mantengo.

DON ANSELMO.

Pero ¿y las cartas que trae?

JUAN.

¿Las dió ya?

DON ANSELMO.

Las dará luego.

JUAN.

¡Pues!....

DON ANSELMO.

¡Y habian de atreverse!....

JUAN.

¡Qué sé yo!

DON ANSELMO.

Pues no lo creo.—
La verdad, Juan, no te enojes:
Tú has bebido sin remedio
Algun traguillo de mas.

JUAN.

Si hace un mes que no lo pruebo.

DON ANSELMO.

Vamos, confiésalo, hombre....

JUAN.

Señor, que me caiga muerto....

DON ANSELMO.

No jures.

JUAN.

Si no he bebido....

DON ANSELMO.

Eso no es ningun defecto;
Y en diciéndome que sí,
Me vuelves el alma al cuerpo.

JUAN.

¡Si no lo he probado, dale!

DON ANSELMO.

Y aun me parece que advierto
En tus ojos....

JUAN.

¡Hay tal tema!

DON ANSELMO.

La verdad, ¿cuántas cayeron?

JUAN.

¿Por fuerza he de estar borracho?

DON ANSELMO.

Si yo mismo lo estoy viendo.

JUAN.

¿Qué ve usted?

DON ANSELMO.

Si lo confiesas,
Te pago un tonel entero.

JUAN.

Pues digo que no, que no.

DON ANSELMO.

¿Con que te afirmas en ello?

JUAN.

Sí, señor.

DON ANSELMO.

Pues oye, Juan:
Yo voy con maña primero
A tentar el vado....

JUAN.

Bien.

DON ANSELMO.

Si tu aviso sale cierto,
Cuenta con un buen regalo;
Pero si no....

JUAN.

Nada temo.

DON ANSELMO.

Mira que te acuerdas, Juan.

JUAN.

Si digo que me convengo.

DON ANSELMO.

Que voy ahora mismo....

JUAN.

Ahora.

DON ANSELMO.

Que quedas por embustero....

JUAN.
A buen seguro.

DON ANSELMO.
Pues vamos....

JUAN.
No hay que andar, que salen ellos.

ESCENA IX.

DON ANSELMO, JUAN, DOÑA FRANCISCA Y DON CARLOS.

(*Salen los mozos descargados, pasan por detrás de los actores, y se van por la otra puerta.*)

DOÑA FRANCISCA.
Te esperábamos allí;
Y como tardabas tanto....

DON ANSELMO.
Iba ya; pero tenia
Que darle á Juan un recado....

DON CARLOS.
¿Y don Félix?

DON ANSELMO.
Vendrá luego;
Quedó en la fonda cuidando
Del resto del equipaje....

DON CARLOS.
Usted se habrá molestado....

DON ANSELMO.
No, señor.

DOÑA FRANCISCA.
¿Qué tienes?

DON ANSELMO.
¿Yo?

DOÑA FRANCISCA.
Tienes el rostro alterado....

DON ANSELMO.
No es cosa....

DON CARLOS.
Y descolorido....

DON ANSELMO.
Me di al subir un golpazo....

DOÑA FRANCISCA.
¿En qué parte?

DON ANSELMO.
En la rodilla,
Que vi estrellas.

DON CARLOS.
Unos paños
Con aguardiente....

DON ANSELMO.
A la noche.

DOÑA FRANCISCA.
¿Para qué es tardar? ¿Los saco?

DON ANSELMO.
No; luego.

DON CARLOS.
Es que si se enfria....

DON ANSELMO.
En dando aquí cuatro pasos....
Ven, Juan.

JUAN.
Apóyese usted.

(*Don Anselmo se pasea cojeando, apoyado en el brazo de Juan, y dirigiendo la palabra á don Carlos, que estará al lado de doña Francisca, á quien hará señas con disimulo cuando los otros dos hablen aparte, que será cuando estén mas distantes : lo que formará un juego de teatro.*)

DOÑA FRANCISCA.
¿Se va el dolor mitigando?

DON ANSELMO.
Un poco : si doy mas recio,
Me quedo cojo en el acto. —
Yo conocí á vuestro tio....

DON CARLOS.
Aquel se encojó bailando.

DON ANSELMO.
Es verdad.

DON CARLOS.
Se lo oí mil veces.

DON ANSELMO.
¿No se llamaba?

DON CARLOS.
Don Pablo
Escamilla.

DON ANSELMO.
Con efecto.

DON CARLOS.

(Con suma rapidez.)

Él estaba emparentado
Con nosotros por dos partes :
Mi abuelo y su padre hermanos;
Él nuestro tio segundo;
Y luego estuvo casado
Con nuestra prima carnal,
Doña Gertrúdis Montalvo,
Hija de tia Isabel,
A quien pasó el mayorazgo
Por extinguirse las líneas
De los Méndez y los Castros....

DON ANSELMO.

Me lo contó vuestro padre....

DON CARLOS.

¡Toma si os lo habrá contado!
En tocándole á esa tecla....
Me hizo aprender todo el árbol
Genealógico.

DON ANSELMO.

(Aparte á Juan.)

¿Ves, hombre?

DON CARLOS.

Lo sé como un papagayo.

DON ANSELMO.

¿Y aquel tio que fué á Lima,
Y gastaba gran boato?

DON CARLOS.

Buen comerciante español :
Su padre juntó los cuartos;
Él quiso hacerse marqués;
Y andan sus hijos descalzos.

DON ANSELMO.

(Aparte á Juan.)

¿Ves, Juan?

JUAN.

(En tono bajo.)

Sonsáquele usted.

DON CARLOS.

El menor pega un petardo
Al mas diestro.

DON ANSELMO.

Harto me escuece.

DON CARLOS.

Orden traigo de abonaros
Por cuenta de padre....

DON ANSELMO.

¿Cómo?

DON CARLOS.

Si padre quiere pagarlo.

DON ANSELMO.

¿Para qué se mete en eso?

DON CARLOS.

Diez mil quinientos y tantos....

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

Cabalmente. — ¿Oyes, bribon?

(A Juan en tono bajo.)

JUAN.

(A don Anselmo en tono bajo.)

Señor....

DON ANSELMO.

(A Juan en tono bajo.)

Mira que te mato.

DON CARLOS.

En la cuenta de la azúcar....

DON ANSELMO.

Como usted guste. — ¿Y los paños
Se vendieron bien?

DON CARLOS.

Los finos
Sí, señor; pero los bastos....

DON ANSELMO.

Eran....

DON CARLOS.

Treinta y siete piezas.

(Don Anselmo tira un pellizco á Juan, que se queja.)

JUAN.

¡Ay!

DON ANSELMO.

(A Juan.)

Calla....

(A don Carlos.)

¿Con que, baratos?

DON CARLOS.

Sí, señor; no hubo otro arbitrio.

DON ANSELMO.

¿No se acuerda usted á cuánto?...

DON CARLOS.

Me parece... no estoy fijo;
Pero es muy fácil mirarlo.

DON ANSELMO.
Quisiera.....

DON CARLOS.
Pronto se sabe;
Todas las cuentas las traigo
En el cofre mas pequeño....

DON ANSELMO.
No os incomodeis....

DON CARLOS.
Al cabo
Tengo que abrirlo despues,
Y me entretengo este rato.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO Y JUAN.

JUAN.
Oiga usted....

DON ANSELMO.
Véte, tunante.

JUAN.
¿Pero....

DON ANSELMO.
Pronto.

JUAN.
Voy....

DON ANSELMO.
Volando.

JUAN.
¡Por las ánimas benditas!

DON ANSELMO.
No quiero hablar con borrachos.

ESCENA XI.

DON ANSELMO Y DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.
¿Estás enfadado?

DON ANSELMO.
No;
Pero este Juan, en bebiendo
Un trago, está tan penoso....
Y no quiere conocerlo,
Y recogerse.

DOÑA FRANCISCA.
¿Y la pierna?

DON ANSELMO.
Ya me va doliendo menos.

DOÑA FRANCISCA.
Pues te noto un no sé qué....

DON ANSELMO.
La verdad, traigo un proyecto
Hace rato en la cabeza.

DOÑA FRANCISCA.
¿Y no puedo yo saberlo?

DON ANSELMO.
Sí.

DOÑA FRANCISCA.
¿Pues porqué no lo dices?

DON ANSELMO.
Si te empeñas....

DOÑA FRANCISCA.
Yo no tengo
Mas empeño que tu gusto.

DON ANSELMO.
Vas á pensar que son zelos....

DOÑA FRANCISCA.
Yo no.

DON ANSELMO.
Y es curiosidad....

DOÑA FRANCISCA.
Está bien.

DON ANSELMO.
Si no me atrevo...

DOÑA FRANCISCA.
Dílo.

DON ANSELMO.
Te vas á reir.

DOÑA FRANCISCA.
No me reiré.

DON ANSELMO.
¿Y has de hacerlo?

DOÑA FRANCISCA.
Segun fuere.

DON ANSELMO.
Es un antojo.

DOÑA FRANCISCA.
¿Puedo yo?....

DON ANSELMO.
Sí.

DOÑA FRANCISCA.

Pues lo ofrezco.

DON ANSELMO.

Tanto me ha hablado tu hermano
Del dichoso forastero
Y su don de enamorar,
Que me ha ocurrido el deseo
De ver yo mismo su maña....

DOÑA FRANCISCA.

Él te dirá....

DON ANSELMO.

Si no es eso.
¿Qué gracia tiene el oirle,
Como quien escucha un cuento?
Yo quiero verle en los lances,
Sin que él sepa que le veo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y cómo?

DON ANSELMO.

De un modo fácil:
Él ha de venir muy presto;
Me escondo: te encuentra sola;
Piensa que te habla en secreto;
Y si es cual le pinta el otro,
Te empieza á hundir á requiebros....

DOÑA FRANCISCA.

Déjate de tonterías.

DON ANSELMO.

Pero ¿qué se pierde en eso?

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si no me dice nada?

DON ANSELMO.

Mejor, me quedo contento.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿no conoces?....

DON ANSELMO.

Sí,
Que es necedad, lo confieso....
Pero si soy muy curioso....

DOÑA FRANCISCA.

Si fuera así.... pero veo
Que eso es dudar aun de mí.

DON ANSELMO.

¡De tí! ¿Pues no te lo advierto?
Á él solo se le arma el lazo;
Tú sabes que estoy oyendo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que te obstinas?....

DON ANSELMO.

Mujer,
Te compro un rico aderezo
Como me des ese gusto....

DOÑA FRANCISCA.

Si es tu gusto, me convengo.

DON ANSELMO.

Pues bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y dónde has de estar?

DON ANSELMO.

Ya lo he pensado: me meto
Dentro de esa chimenea....

DOÑA FRANCISCA.

¡Hombre!

DON ANSELMO.

Verás como quepo.

DOÑA FRANCISCA.

Vas á estar como en un potro....

DON ANSELMO.

Es mi gusto, y no lo siento.

DOÑA FRANCISCA.

Con todo....

DON ANSELMO.

Míralo ahora.
(*Alza la mampara de la chimenea, va á meterse, y al sentir pasos, vuelve á cerrarla.*)

DOÑA FRANCISCA.

Que viene gente....

DON ANSELMO.

Á buen tiempo.

ESCENA XII.

Dichos y JUAN.

JUAN (*con timidez*).

Señor....

DON ANSELMO.

Á dormir el lobo.

JUAN.

¿No es verdad?...

DON ANSELMO.

Ya estoy en eso.

JUAN.
¿Está usted desengañado?
DON ANSELMO.
Sí, Juan, estoy satisfecho.
JUAN.
Es que yo....
DON ANSELMO.
Si te disculpo.
JUAN.
No fuí yo....
DON ANSELMO.
Tu compañero.
JUAN.
¿Qué compañero?
DON ANSELMO.
Despues....
JUAN.
¿Me oirá usted?
DON ANSELMO.
Cuando estés fresco.
JUAN.
¿Con que eso es decir que estoy?....
DON ANSELMO.
¡Dale, bola! ¿Otra te pego?
JUAN.
Haga usted pruebas, señor.
DON ANSELMO.
¿Te acuestas, Juan, ó te encierro?
JUAN.
Ensartaré treinta agujas....
DON ANSELMO.
Mas que ensartaras un ciento.
JUAN.
Míreme usted en un pié....
(*Al ponerse estribado en un pié, vacila y se apoya en el otro.*)
DON ANSELMO.
¿Lo ves que te estás cayendo?
JUAN (*con la accion*).
Otra vez....
DON ANSELMO.
(*Apartando con enfado la vista.*)
No mas.
JUAN.
Ahora....
DON ANSELMO.
¿Te vas, bribon, ó te echo?

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

DON ANSELMO.
Gracias á Dios que se fué....
Así que me esconda dentro,
Te sientas delante, y hablas....
DOÑA FRANCISCA.
Pero....
DON ANSELMO.
No me andes con peros;
¿No lo has ofrecido?
DOÑA FRANCISCA.
Sí.
DON ANSELMO.
¿Quieres?
DOÑA FRANCISCA.
Bien.
DON ANSELMO.
Pues que hables recio.
DOÑA FRANCISCA.
¿Y qué digo?
DON ANSELMO.
Cualquier cosa;
Si es solo á ver si la entiendo.
DOÑA FRANCISCA.
¿Con que me siento?
DON ANSELMO.
Ahí delante. —
Vamos á ver... ¡ Ay!
DOÑA FRANCISCA.
¿Qué es eso?
DON ANSELMO.
No es cosa.
DOÑA FRANCISCA.
¿Te has hecho mal?
DON ANSELMO.
Fué un golpecillo ligero;
Pero ya.... ¡Bravo!
DON ANSELMO.
¿Estás bien?
DOÑA FRANCISCA.
Como un alcalde en su asiento.

A hacer la prueba. — A Dios, hija.

(*Segun van denotando los versos, al esconderse don Anselmo en la chimenea, se da un golpe en la cabeza, pero sigue y se coloca en una postura ridícula; cierra despues; doña Francisca se sienta delante con la costura, y él quita ó pone la mampara, segun que habla con su mujer, ó que haga pruebas á ver si oye lo que esta dice fingiendo hablar con otro.*)

DOÑA FRANCISCA.

« Buenas tardes, caballero.... »

DON ANSELMO.

¿ Has hablado ya?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, hombre.

DON ANSELMO.

Pues nada se oye de adentro.

DOÑA FRANCISCA.

¿ Y qué arbitrio ?

DON ANSELMO.

Hablar mas alto.
(Ya que tiene ese defecto
El general enemigo,
Vamos á sacar provecho.)
(*Cierra otra vez.*)

DOÑA FRANCISCA.

« No está mi marido en casa ;
Fué á un asunto de comercio. »

DON ANSELMO (*abriendo la mampara*).

Mujer, ¿ estás ronca?

DOÑA FRANCISCA.

¿ Yo ?

DON ANSELMO.

Si apenas percibo el eco.

DOÑA FRANCISCA.

Pues hablé claro, muy claro.

DON ANSELMO (*limpiándose los oidos.*)

¡ Vaya qué sordo me he vuelto!....
Así me voy á abrasar.
(*Saliendo fuera.*)

DOÑA FRANCISCA.

Pues déjalo.

DON ANSELMO.

Ni por pienso ;
Ello ha de ser. Si pudiera....
¡ Excelente pensamiento!

DOÑA FRANCISCA.

¿Cuál?

DON ANSELMO.

¿Querrás?

DOÑA FRANCISCA.

Si no lo has dicho.

DON ANSELMO.

Díme tú que sí primero.

DOÑA FRANCISCA.

Pero....

DON ANSELMO.

Es muy fácil.

DOÑA FRANCISCA.

Lo haré.

DON ANSELMO.

¿ Lo prometes?

DOÑA FRANCISCA.

Lo prometo.

DON ANSELMO.

Pues oye: yo vi en Madrid
Llevar algunos cocheros
Un cordon de seda atado,
Y tirarles desde adentro
Del coche para llamarlos...

DOÑA FRANCISCA.

¿ Y qué tenemos con eso?

DON ANSELMO.

Que, si quisieras....

DOÑA FRANCISCA.

¿ Qué? sigue....

DON ANSELMO.

Aquí es muy fácil hacerlo....

DOÑA FRANCISCA.

¿ El qué?

DON ANSELMO.

Yo te ato una cinta ...

DOÑA FRANCISCA.

¡ A mí !

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿ á qué efecto?

DON ANSELMO.

¿No lo has comprendido?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Es sencillo.

DOÑA FRANCISCA.

No te entiendo.

DON ANSELMO.

¿No quiero estar escuchando?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

¿No quiero que hables recio,
Para oirlo todo?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Bien:
Pues, así que desde adentro
Te tire un poco, es señal
De que en ayunas me quedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué cosas tienes!

DON ANSELMO.

Si es fácil:
En abriendo un agujero
A la mampara, por él
Entra la cinta, y le observo....

DOÑA FRANCISCA.

Por Dios, hombre....

DON ANSELMO.

Así descanso,
Y satisfago el deseo.

DOÑA FRANCISCA.

Pero....

DON ANSELMO.

¿La cinta? Aquí hay una,
Que ni de molde.
(*Sacándola del tabaque de la costura.*)

DOÑA FRANCISCA.

No es eso.

DON ANSELMO.

¿El pasarla? ¡Gran trabajo!
Mira.... así.... bien.... ya está hecho.
(*Coge las tijeras, abre el lienzo de la mampara, y pasa la cinta.*)

DOÑA FRANCISCA.

Si lo que digo....

DON ANSELMO.

¿No quieres?

DOÑA FRANCISCA.

De pensarlo me avergüenzo.

DON ANSELMO.

¿Qué vergüenza? ¿Y quién lo sabe?
En entrándome en mi puesto,
Te colocas tú muy cerca,
Prendes en el brazo izquierdo
La cinta con este lazo....
(*Con el extremo de la cinta echa un lazo á propósito, y se lo da á doña Francisca, la que á su tiempo hace lo que han expresado estos versos.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si se ve?

DON ANSELMO.

¿Y el pañuelo
Y la silla no la ocultan?
Tú finges que estás cosiendo;
Viene, hablais.... pero cuidado
Que, en tirándote con tiento,
Es que levantes la voz....

DOÑA FRANCISCA.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Si tiro mas recio,
Es que no oigo una palabra....
¿Me entiendes?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Pues á ello.
(*Va á meterse dentro de la chimenea, pero se detiene para decir lo que sigue.*)
¡Ah!.... si te tiro tres veces,
Es que ya aguantar no puedo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

DON ANSELMO.

Despedirle.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

DON ANSELMO.

Con cualquier pretexto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si no se fuere?

DON ANSELMO.

Salgo,
Y echo á rodar los trebejos.

DOÑA FRANCISCA.

Esto ya raya en locura....

DON ANSELMO.

Gente suena.... Vamos presto.

(*Don Anselmo se mete en la chimenea, cierra la mampara, y tiene desde adentro cogido uno de los extremos de la cinta, atada al brazo de doña Francisca.*)

ESCENA XIV.

Dichos y DON EUGENIO.

(*Despues de sonar ruido de pasos, entran los mozos cargados, y cruzan la escena: detrás sale don Eugenio, á tiempo que doña Francisca le dirige la palabra, cuidando ambos en este diálogo de esforzar siempre la voz, excepto en las palabras que van entre comillas, que deben decirse en voz baja.*)

DOÑA FRANCISCA.

(*A los mozos.*)

Dentro estará la criada;
Dejadlo en el mismo cuarto....
Señor don Félix, mi esposo
(*A don Eugenio.*)
Dejó al salir encargado
Que le dijesen á usted....
(*Hace con disimulo una seña de que está en la chimenea.*)

DON EUGENIO.

¿Con que ha salido?

DOÑA FRANCISCA.

Hace rato.

DON EUGENIO.

Lo celebro mucho.

DOÑA FRANCISCA.

Dijo
Que, en dejando despachado
Un asuntillo muy breve,
Iba á la fonda á buscaros.

DON EUGENIO.

Yo siento que se moleste;
Mas si tengo de ser franco,
El placer que ahora disfruto
De poder veros y hablaros....

DOÑA FRANCISCA.

Quizá esté allá....

DON EUGENIO.

Y no es de ahora
El tenerlo deseado:
Los elogios que oí hacer
A vuestro padre y hermano,
Me dejaron de tal suerte,
Al verlos hoy confirmados....

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que ya habrá ido....

DON EUGENIO (*sin atender á lo que ella le dice*).

Que me ha parecido un año
El tiempo que he estado fuera:
Y ya que por dicha hallo
Ocasion tan oportuna....
(*Toma una silla y se coloca á su lado.*)

DOÑA FRANCISCA.

No hay duda; estará esperando....
« Por Dios, hombre. »

DON EUGENIO.

Fuera un crímen
Dejarla pasar en claro. —
« Que la pague. » Os lo confieso:
Llegar, veros, admiraros,
Y sentir ya....

DOÑA FRANCISCA.

Caballero,
Usted está acostumbrado
A la lisonja, y no gusto....

DON EUGENIO.

¡Lisonja decis! ¡qué engaño!
Con veros solo una vez,
Se grabó vuestro retrato
Donde el tiempo ni la ausencia

Lograrán nunca borrarlo.
« Duro en él. »

DOÑA FRANCISCA.

Esos obsequios
Están mejor empleados
En las solteras; nosotras....

DON EUGENIO.

¡ Ah ! ¿Por qué maligno hado
Llego tan tarde á este pueblo?
No; ninguno fuera osado
A disputarme un tesoro....
Mas ¿qué he de hacer en mi caso?
Verlo, callar con respeto,
Y cuando mas envidiarlo.

DOÑA FRANCISCA.

« Calla por Dios. »

DON EUGENIO.

(*Alzando la voz con vehemencia.*)
Y fortuna
De que en su casa me hallo,
Que la veré á todas horas,
Que oiré su acento...

DOÑA FRANCISCA.

Cuidado,
No os oiga alguno, y presuma....

DON EUGENIO.

¿Pues para qué hablais tan alto?

DOÑA FRANCISCA.

Como usted....

DON EUGENIO.

No soy tan sordo;
Puede usted hablar mas bajo.

DOÑA FRANCISCA.

Antes noté...

DON EUGENIO.

¿Y comparais
El acento destemplado
De vuestro esposo con ese
Tan apacible y tan grato?
Nunca, nunca los oidos,
Cuando oye el alma, son tardos.

DOÑA FRANCISCA.

Yo le ruego á usted.... « Que tira. »

DON EUGENIO.

Si hablais recio, los criados
Se enterarán.... « No te entiendo. »

DOÑA FRANCISCA.

« Que estoy atada del brazo. »

DON EUGENIO.

(*A los mozos que pasan y salen.*)
Id con Dios; yo voy detrás....
¡ Qué gallegos tan pesados!

DOÑA FRANCISCA.

Repito á usted que mi esposo....

DON EUGENIO.

(*Colocándose mejor en la silla.*)
Es por cierto afortunado
En gozar siempre la dicha
Que gozo este breve rato.
« ¿No lo quiere? pues que sufra. »

DOÑA FRANCISCA.

Sin duda se le hará extraño
Que no volvais con los mozos....
« Que aprieta »

DON EUGENIO.

Yo los alcanzo.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que van de prisa....
« Que tengo ya hinchado el brazo. »

DON EUGENIO.

Sin llevar una esperanza,
No me es posible dejaros....

DOÑA FRANCISCA.

Yo ruego á usted que se vaya....
« Que va de dos. »

(*Así en este como en los demás pasajes semejantes se debe percibir el movimiento de tirarle don Anselmo del brazo.*)

DON EUGENIO.

Si retardo
Obedecer vuestra órden,
Culpad solo á vuestro encanto....
Pero, si habeis de sentirlo,
Obedezco, sufro y callo.
(*Levantándose.*)

DOÑA FRANCISCA.

« Que va de tres. » Id con Dios.

DON EUGENIO (*despidiéndose*).

Ya cumplo vuestro mandato;
Y sacrifico mi gusto
Al temor de disgustaros.

(Don Eugenio hace que se va: don Anselmo abre la mampara para salir, y al advertir que el otro vuelve desde la puerta, cierra precipitadamente y se esconde.)

¡Ay! ¡Si llevara el consuelo!...
Pero soy muy temerario;
¿No es verdad? — Mas, á lo menos,
No olvideis á un desdichado.

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

(Doña Francisca se levanta, y saca del brazo la cinta; don Anselmo sale de la chimenea lleno de polvo y colérico.)

DON ANSELMO.
¡Esto es una picardía!
Y yo no quiero aguantarla.

DOÑA FRANCISCA.
(Yendo á sacudirle el polvo.)
¡Jesus, cuánto polvo! Espera....

DON ANSELMO.
¡Pues salgo yo para gracias!

DOÑA FRANCISCA.
Pero yo ¿qué culpa tengo?

DON ANSELMO.
¿Y yo á tí te digo nada?

DOÑA FRANCISCA.
¿Pues á quién?

DON ANSELMO.
Luego me oirás
Con tu hermanito del alma....

DOÑA FRANCISCA.
¿Y él acaso?...

DON ANSELMO.
De por fuerza
Quererle meter en casa....

DOÑA FRANCISCA.
Escúchame, y no te enfades....

DON ANSELMO.
Sabiendo sus malas mañas....

DOÑA FRANCISCA.
Mira que estás engañado....

DON ANSELMO.
¡Vaya el sordo en hora mala!

DOÑA FRANCISCA.
Yo ya estoy arrepentida....

DON ANSELMO.
Si contigo no va nada....

DOÑA FRANCISCA.
Pues óyeme....

DON ANSELMO.
¡Juan!

DOÑA FRANCISCA.
Escucha....

DON ANSELMO.
Yo soy dueño de mi casa.

DOÑA FRANCISCA.
Que es mi hermano....

DON ANSELMO.
Mas que riña
Con él y toda tu casta.

DOÑA FRANCISCA.
Si es una equivocacion....

DON ANSELMO.
¡Juan!.... si no que está en la cama....
¡Juan!!!

JUAN *(desde lejos)*.
Señor!

DON ANSELMO *(á doña Francisca)*.
Véte tú adentro.

DOÑA FRANCISCA.
Oye solo dos palabras.

DON ANSELMO.
Si voy al instante.... ¡dale!
Espérame en la otra sala.

(Durante esta escena don Anselmo discurre por el teatro con suma agitacion, y doña Francisca le sigue como para aplacarle, hasta que al fin se va esta á tiempo que sale Juan por la misma puerta.)

ESCENA XVI.

DON ANSELMO Y JUAN.

DON ANSELMO.
(Despues de una corta suspension.)
Juan, ahora sí.

JUAN.

¿No lo dije?

DON ANSELMO.

No creyera tal infamia.

JUAN.

Yo sí.

DON ANSELMO.

Díme con franqueza:
¿Podrás llevar una carta?

JUAN.

¿Porqué no?

DON ANSELMO.

Pero cuidado,
No la pierdas ó te caigas....

JUAN.

¡Dale!

DON ANSELMO.

Míralo primero.

JUAN.

¿Volvemos á las andadas?

DON ANSELMO.

No te enfades; si tú puedes,
Vas al instante á llevarla.

JUAN.

Con mucho gusto; y si es....

DON ANSELMO.

Para echar fuera de casa
Al tal huésped....

JUAN.

Muy bien hecho.

DON ANSELMO.

Aquí.... con cuatro palabras....

(*Siéntase á escribir en un bufete; Juan en el ínterin se pasea por el teatro, entretenido en su conversacion.*)

JUAN.

No que no, bueno anda el tiempo
Para dormirse en las pajas....
Lejos es y sopla el diablo;
Con que, en estando arrimada
La estopa al fuego, ¿qué tal?....
Si usted un poco se tarda,
Estrechan el parentesco
El hermanito y la hermana.
Pero quiso Dios que pronto
Se descubrió la empanada;
Y aunque usted no me creyó....

DON ANSELMO (*hablando consigo*).

Poca prosa.... y cuentas claras....

JUAN.

Al fin ha abierto los ojos:
Yo por mí, si me casara,
Aunque fuera mi mujer
Horrible, vieja y beata
(Que es tener en una pieza
Los enemigos del alma),
Ni de mi propia camisa,
Con ser mia, me fiara.
Y aun así.... No hay que cansarse;
Ningun marido se escapa:
¿Es bonita la mujer?....
Le dan hasta que la ablandan:
¿Es fea?.... Mucho peor;
Busca cortejo, y lo paga.
¡Ah Juan! escarmienta en otros....

DON ANSELMO (*leyendo la esquela*).

No va mal.... con esto basta.
(*Cerrándola.*)
¿Con que estás en que la llevas
Ahí á la fonda inmediata?

JUAN.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Preguntas primero....

JUAN.

Pero ¿á quien he de entregarla,
Si está ahí dentro?

DON ANSELMO (*levantándose de pronto*).

¿Cómo dentro?

JUAN.

Si le he visto en la otra sala....

DON ANSELMO.

¿A quién?

JUAN.

Al supuesto hermano.

DON ANSELMO.

Juan, ¿te dura la borrasca?

JUAN.

Si le he visto: ¡hay tal porfía!....

DON ANSELMO.

Vamos, vuélvete á la cama.....

JUAN.

Yo voy á perder el juicio;
Si está allí, junto á unas arcas,
Revolviendo sus papeles....

DON ANSELMO.

Si no es ese.

JUAN.

Yo pensaba....
Como comprendí que era
El que enamoraba al ama....

DON ANSELMO.

Pues bien.

JUAN.

¿Y no está allá dentro?

DON ANSELMO.

Si es el otro camarada....

JUAN.

¡Oiga! ¿Los dos van á medias?

DON ANSELMO.

Juan, ó demonio, ¿no callas?

JUAN.

Ya callo.

DON ANSELMO.

Pues chito, y oye:
Vas, preguntas si está en casa
Don Félix... del apellido
No me acuerdo... él acababa
Así... en cosa de *gurréa*....
Pero á bien que no hace falta:
Preguntas por un sugeto
Que ha llegado de la Habana,
Jóven, alto, un poco sordo....

JUAN.

Bien está.

DON ANSELMO.

Le das la carta
De mi parte.

JUAN.

En propia mano.

DON ANSELMO.

Y te vuelves sin tardanza.

JUAN.

Así lo haré.

DON ANSELMO.

Porque luego
Tengo que salir de casa,
Y es preciso que te quedes....

JUAN.

Eso sí; ponerle guardas
Al corral, y el lobo dentro.

DON ANSELMO.

Bien, lo que quieras; despacha.

JUAN.

Pero ¿no tengo razon?

DON ANSELMO.

Ya lo veremos mañana;
Anda, corre.

JUAN.

Quizá ahora
Estén pelando la pava....

DON ANSELMO.

¡Maldito sea tu vino!
¿No vas?

JUAN.

Ya voy.

DON ANSELMO.

Pues acaba.—
Ya está despachado el sordo....
El cuñadito nos falta.

(Vase Juan por la puerta que conduce á la calle, y don Anselmo se entra por la de enfrente á tiempo de decir los dos ultimos versos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(Es de noche: el teatro representa un gabinete; en el fondo un balcon cerrado; á la izquierda de los espectadores una puerta, que denota conducir á la calle; y á mano derecha dos puertas que dan entrada á lo interior de la casa: entre ambas habrá una mesa con libros, labores mujeriles, y dos bujías encendidas.)

ESCENA I.

DON ANSELMO, DON CARLOS Y DOÑA FRANCISCA.

(*Doña Francisca estará hojeando un libro al lado de la mesa, y los otros dos en pié.*)

DON CARLOS.

No, señor, yo he de ir allá.

DON ANSELMO.

Pero ¿á qué?

DON CARLOS.

¿Con que usted piensa
Que voy á dejarlo así?

DON ANSELMO.

Y yendo, ¿qué se remedia?

DON CARLOS.

Averiguar la verdad,
Confundirle en mi presencia,
Exigir satisfaccion....

DON ANSELMO.

Vamos, tenga usted mas flema,
Y no tome tan á pecho....

DON CARLOS.

¿Y es usted quien lo aconseja?

DON ANSELMO.

Y el ofendido tambien.

DON CARLOS.

¡Pues alabo la paciencia!

DON ANSELMO.

Al pronto me incomodé;
Pero, así que un hombre piensa....

DON CARLOS.

Pues debiera usted pensarlo
Antes de darme las quejas.

DON ANSELMO.

Bien lo conozco.... la sangre
Se me subió á la cabeza,
Pero no quise agraviaros....

DON CARLOS.

Yo no ando con etiquetas,
Ni estoy con usted sentido....

DON ANSELMO.

A bien que ya con mi esquela
Está remediado todo.

DON CARLOS.

Para que otra vez aprenda
A respetar cual se debe
Una casa como esta.

DON ANSELMO.

En no volviendo á pisarla,
Él allá se las avenga.

DON CARLOS.

¿Y á usted le basta?

DON ANSELMO.

A mí sí.

DON CARLOS.

Pues á mí no; que en materias
De honor....

DON ANSELMO.

Como es un amigo....

DON CARLOS.

Por eso es mayor la ofensa:
Yo le traigo, le celebro;
Usted le brinda, le estrecha
A vivir aquí conmigo,
Y casi á admitir le fuerza....

DON ANSELMO.

Así pasó.

DON CARLOS.

Y el ingrato

Os va á pagar la fineza
Con una accion tan villana....

DON ANSELMO.

En verdad, la cosa es fea.

DON CARLOS.

¿Y quiere usted que la deje
Sin castigo?.... Mas que fuera
Mi propio hermano, eso no :
Y por fin, si se dijera :
« Fué despues de mucho tiempo,
Cedió al cabo á la violencia
De una pasion reprimida.... »
Vaya muy en hora buena,
¡Pero llegar y pegar!....

DON ANSELMO.

Yo, si usted no se ofendiera,
Le diria....

DON CARLOS.

Diga usted.

DON ANSELMO.

Que los que tanto celebran
Sus lances....

DON CARLOS.

Tienen la culpa :
¿No es así?

DON ANSELMO.

Como usted quiera.

DON CARLOS.

No lo niego; y yo tambien....

DON ANSELMO.

A mí me causó sorpresa
Que os hicieran tanta gracia
Sus cosas....

DON CARLOS.

¿Y quién creyera
Que hasta conmigo?....

DON ANSELMO.

Por eso,
Cuando á un marido le juegan
Alguna burla pesada,
Los solteros la celebran;
Pero, en entrando en el gremio,
No se rien tan de veras.

DON CARLOS.

Tiene usted razon; soy franco;
Pero usted verá mi enmienda;
Y si aplaudí sus locuras,
Tambien sabré contenerlas.

DON ANSELMO.

No, señor; ya se acabó....

DON CARLOS.

¡Acabarse! Ahora se empieza.

DON ANSELMO.

Yo estoy por medio....

DON CARLOS.

¡Eso no!

DON ANSELMO.

¿Y si la hermana se empeña?

DON CARLOS.

Mas que fuese....

DON ANSELMO (*A doña Francisca*).

Habla, mujer,
Que parece que estás muerta.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué quieres tú que diga? (*Levántase.*)

DON ANSELMO.

¡Miren por dónde resuella!
¿Pues qué, no te has enterado?

DON CARLOS.

Mi hermana tiene vergüenza,
Y hace muy bien en sentir
Una infamia como esa.

DON ANSELMO.

Pero ¿qué mujer se libra
De que un hombre se le atreva?

DON CARLOS.

¿Con que no debe afligirse?

DON ANSELMO.

¿Y qué culpa tiene ella?
Vamos, sosiégate, hija;
(*Acércase á doña Francisca.*)
Mira que me causa pena
El verte así.... ¿Quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Levanta la cabeza;
Habla, anímate.... Si todos
Conocemos tu inocencia....

DOÑA FRANCISCA.

Si no tengo nada....

DON ANSELMO.
¡Hay cosa!
Mire usted lo que me quema....

DOÑA FRANCISCA.
Pero....

DON ANSELMO.
Si yo me enojara,
Si enfadado le dijera
Una palabra mal dicha....

DON CARLOS.
Déjela usted que lo sienta.
Haces, Frasquita, muy bien;
Pero corre de mi cuenta
Tu desagravio, y sabré
Dejar tu opinion bien puesta.

DON ANSELMO.
¡Esta es otra! ¿Pues quién tiene
Ni la duda mas ligera?....

DON CARLOS.
Sosiega y fia en tu hermano;
Yo sé cómo se manejan
Estos lances....

DON ANSELMO.
Pero hombre....

DON CARLOS.
Cuerpo á cuerpo, donde él quiera....

DON ANSELMO.
Hermano, ó yo no me explico,
O usted no entiende mi lengua.

DON CARLOS.
Yo entiendo muy bien las cosas.

DON ANSELMO.
Pero óigame usted siquiera....

DON CARLOS.
Despues de ir allá, y vengarme...

DON ANSELMO.
No saldrá usted por mis puertas.

DON CARLOS (*en ademan de querer irse*).
Animo, hermana, que pronto
Vas á quedar satisfecha.

DON ANSELMO.
Detenle, mujer, por Dios,
No suceda una tragedia.

(*Don Anselmo detiene á don Carlos, á tiempo que ven llegar al criado.*)

ESCENA II.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO.
(*A Juan.*)
¿Porqué no tardaste mas?

JUAN.
Me esperé por la respuesta....

DON ANSELMO.
¿Qué respuesta?

JUAN.
Aquí la traigo....
(*Dale una carta.*)
Y tambien me dió esta esquela
Para usted...
(*A don Carlos.*)

DON CÁRLOS.
¿Veis qué osadía?

DON ANSELMO.
Veremos qué dice en ellas.
(*Lee para sí.*)

DON CARLOS.
¿Qué ha de decir? Disculpar
Su mala correspondencia.

DON ANSELMO (*sigue leyendo*).
Con efecto.

DON CARLOS.
Pues á mí,
Aunque me escriba una resma
De papel.... (*Lee.*)

JUAN.
(*Acercándose á doña Francisca.*)
¿Qué tiene usted?

DOÑA FRANCISCA.
Estoy un poco indispuesta.

JUAN.
¿Y lo deja usted así?
Si acaso fuere jaqueca,
Con chocolate ó café.....

DOÑA FRANCISCA.
Luego en lugar de la cena....

JUAN.
Mas vale ahora mismo... Voy.

DOÑA FRANCISCA.
Despues.

JUAN (*con sigilo*).

Es que me interesa
Que esté usted de buen humor....

DOÑA FRANCISCA.

No os entiendo.

JUAN (*con sigilo*).

Tiempo queda.

DON CARLOS (*guardando la carta*).

Disculpas todo, disculpas;
Mas conmigo ni por esas....

DON ANSELMO.

(*A Juan.*)
Véte á dentro.

JUAN.

Ya me iba.

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO Y DON CARLOS.

DON ANSELMO.

Su carta está muy atenta;
Y á no saber tan de fijo....

DON CARLOS.

¿Serán excusas?

DON ANSELMO.

Se empeña
En persuadirme que es falso
Lo que le digo en mi esquela;
Y lo atribuye á algun chisme....

DON CARLOS.

Pero ¿la cosa es tan cierta,
Que no deje duda?

DON ANSELMO.

¿Duda?....
Ni por asomo siquiera.

DON CARLOS.

Usted tendrá allá sus datos.

DON ANSELMO.

De seguro.

DON CARLOS.

Pero cuenta,
No esté usted mal informado....

DON ANSELMO.

Si os digo que no.

DON CARLOS.

Pudieran
Haber entendido mal
Alguna chanza ligera....

DON ANSELMO.

Pesadas y muy pesadas;
Y no chanzas, sino veras.

DON CARLOS.

¿Y es de fiar quien lo dijo?

DON ANSELMO.

Yo no sé que nunca mienta.

DON CARLOS.

Con todo... ¿lo fia usted?

DON ANSELMO.

Como si yo mismo fuera.

DON CARLOS.

Mucho crédito os merece;
Y á veces el que uno piensa....

DON ANSELMO.

Pues suponga usted que fuí.

DON CARLOS.

Es que hay mucha diferencia
De ser usted mismo ú otro....

DON ANSELMO.

Pues fuí yo.

DON CARLOS.

Ya no me queda
Rastro de duda: tan solo
Que no entiendo la manera
De que usted pudiese oirlo....

DON ANSELMO.

Esas ya son otras cuentas;
Repito que lo escuché....

DON CARLOS.

Pero si no estábais cerca....

DON ANSELMO.

Estaba allí mismo.

DON CARLOS.

¿Y cómo
Quiere usted que yo lo crea?
Por atrevido que fuese,
De un marido en la presencia....

DON ANSELMO.

¡Dale! Si no me veia....

DON CARLOS.

Estaríais en la puerta....

DON ANSELMO.
No, señor.
DON CARLOS.
Pues no sé dónde....
DON ANSELMO (*con impaciencia*).
Estaba en la chimenea.
DON CARLOS.
¿De veras?.... ¡Cosa mas rara!
DON ANSELMO.
Cuando á un hombre le interesa....
DON CARLOS.
Decis bien; pero si yo
No supiera vuestras prendas,
Pensara que érais zeloso,
Y en extremo lo sintiera.
DON ANSELMO.
Pues no lo soy.
DON CARLOS.
Será cierto;
Mas una accion como esa....
DON ANSELMO.
Fué mera curiosidad;
Si no que lo diga ella....
(*A doña Francisca.*)
¿Estás muda?
DOÑA FRANCISCA.
No.
DON ANSELMO.
Pues habla,
Porque tu hermano sospecha
Que soy zeloso....
DOÑA FRANCISCA.
¿Tú?... no....
DON ANSELMO.
Mas despacio.
DON CARLOS.
Que no sea
Esto ocasion de disgustos.
DON ANSELMO.
No, señor; pero me vuela
Que no digan la verdad,
O que la digan á medias.
DOÑA FRANCISCA.
Si dije que no, ¿qué mas?
DON ANSELMO.
Pero un no.... de veinte leguas.
DON CARLOS.
Basta con que usted lo afirme.
DON ANSELMO.
Es que siento que usted crea....
DON CARLOS.
Yo no puedo imaginar
Que usted tenga esa flaqueza.
DON ANSELMO.
Haceis bien.
DON CARLOS.
Y con efecto,
No os puedo dar mejor prueba
Que creer lo que me decis,
Aunque mi amigo lo niega.
DON ANSELMO.
Pasó así.
DON CARLOS.
Si no lo dudo;
Mas ya que se echa por tierra
El don Félix, y usted mismo
Me aconseja la prudencia....
DON ANSELMO.
Mas vale.
DON CARLOS.
Si usted se aviene,
Yo por mi parte quisiera....
DON ANSELMO (*con viveza*).
¿Volverle á meter en casa?
DON CARLOS.
No, señor; que usted hiciera
Un sacrificio en mi obsequio....
.DON ANSELMO.
Segun y conforme sea.
DON CARLOS.
Nunca puedo yo exigir
Cosa que os fuere molesta;
Es solo en bien de la paz:
Ya no es decente que vuelva
A vivir aquí don Félix....
DON ANSELMO (*interrumpiéndole*).
Ni soñarlo.
DON CARLOS.
Mas su ofensa
Se le debe perdonar
A su edad y á su flaqueza....

DON ANSELMO.
No tengo en ello reparo.
DON CARLOS.
Por lo tanto, conviniera
Hablarse, y quedar amigos....
DON ANSELMO.
Os juro que no me queda
Ningun rencor.
DON CARLOS.
Pues no basta;
Es menester que él lo sepa.
DON ANSELMO.
Se lo diréis de mi parte.
DON CARLOS.
¿Y no le hiciera mas fuerza
Oirlo de usted?.... Eso sí
Que fuera darle una prueba
De generoso y de noble.
¿No os quiso ofender? Pues vea
Que usted lo olvida, y se brinda
A servirle en cuanto pueda.
DON ANSELMO.
Fuera de casa, en un todo.
DON CARLOS.
Si usted conmigo viniera
A la fonda....
DON ANSELMO.
¿Cuándo?
DON CARLOS.
Ahora:
No cabe mejor respuesta
A su carta.
DON ANSELMO.
Bien... mañana.
DON CARLOS.
¿Y porqué? La gracia es esa;
Al momento de nacer,
Cortar las desavenencias.
DON ANSELMO.
Me cuesta dificultad....
DON CARLOS.
En eso está la grandeza
De alma, en vencerse á sí mismo:
Él tiene honor y vergüenza;
Y al ver ese proceder,
Ha de ser mayor su pena.

DON ANSELMO.
Es que....
DON CARLOS.
Vamos.... usted sabe
Las relaciones que median
Entre los dos, la amistad
Que mi padre le profesa,
Y el obsequio es á nosotros....
DON ANSELMO.
Pues vamos en hora buena.
DON CARLOS.
¡Viva! — ¡Qué marido, hermana!
DON ANSELMO.
Sin duda usted se chancea:
¿Qué mérito tengo en eso?
DON CARLOS.
Mucho mas del que usted piensa:
Ya todo está concluido,
Todo.
DON ANSELMO. (*A doña Francisca.*)
Tan solo nos resta
Que tú estés tambien alegre....
DOÑA FRANCISCA.
Estaré como tú quieras.
DON ANSELMO.
¡Juan!
JUAN (*desde adentro*).
¿Manda usted?
DON ANSELMO.
Sal al punto.

ESCENA IV.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO.
(*A Juan.*)
Ten cuidado con la puerta,
Que voy á salir.
JUAN.
Muy bien.
DON ANSELMO.
(*A don Carlos.*)
Es que estos dias se suenan
Tantos robos por ahí....

DON CARLOS.

Nunca es mala la cautela.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

Como siempre.

JUAN.

(A don Anselmo con secreto.)

Ya.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

¡Cuidado!

JUAN.

(A don Anselmo con secreto.)

No hay miedo.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

¡Pero, ojo alerta!

DON CARLOS.

(A doña Francisca en secreto.)

Haz lo que te diga Juan.

DOÑA FRANCISCA.

(A don Carlos en secreto.)

Y si luego....

DON CARLOS.

(A doña Francisca en secreto.)

Nada temas.

Con que, (*recio*) ¿quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Pues vamos, cuando usted quiera.

DOÑA FRANCISCA.

Vayan ustedes con Dios.

DON ANSELMO.

A Dios, hija, hasta la vuelta.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA Y JUAN.

(Doña Francisca se pone á leer, y se manifiesta distraida, mientras Juan se le va acercando poco á poco, y hablándole cada vez con mas interés.)

JUAN.

Siempre usted con esos libros,
Siempre bordando ó leyendo....

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

JUAN.

Yo no soy
Adulador ni embustero;
Porque, como dijo el otro,
Cada cual tiene su genio....
Pero yo no he visto un ama
Como usted.... salud, dinero,
Hermosura, pocos años,
Y no andar en pasatiempos,
Sino estar siempre en la casa
Cuidando de su gobierno....
¡Vaya! en todo el mapa-mundi
Quizá no se halle otro ejemplo.

DOÑA FRANCISCA.

No tanto, Juan.

JUAN.

¿Cómo no?
Y muy corto que me quedo.
Y no pienso así de ahora;
Siempre he pensado lo mesmo;
Aunque usted haya creido
Sin el menor fundamento
Que me arrimo mas al amo....

DOÑA FRANCISCA.

Yo no.

JUAN.

Mucho lo celebro,
Porque sintiera en el alma
Lo contrario.... pero advierto
Que usted no es franca conmigo,
Que me mira con recelo....

DOÑA FRANCISCA.

Es aprension.

JUAN.

Y quisiera
Que llegase con el tiempo
Una ocasion....

DOÑA FRANCISCA.

No lo dudo.

JUAN.

Pero un asunto de empeño,
En que se prueban los hombres....

DOÑA FRANCISCA.

Por ahora....

JUAN.

Ya lo veo;
Pero entonces, á fe mia
Que viera usted lo que es bueno.
Eso sí, yo tendré faltas;
Pero á guardar un secreto
Y á ser fiel, nadie me gana;
Y por usted al infierno.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

Y ya sabe usted
Que yo no soy zalamero,
Ni porque esté usted delante
Le digo lo que no siento;
Mejor hablo á las espaldas.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

No hace mucho tiempo,
Que lo mismo C por B
Se lo dije á un caballero....
Bien que el tal ya lo sabia;
Y como tiene talento,
Al instante que vió á usted,
Formó ese mismo concepto....
¿No acierta usted de quién hablo?

DOÑA FRANCISCA.

No caigo.

JUAN.

Él es un sugeto
De mérito, hermoso jóven,
Y habla con tanto gracejo....

DOÑA FRANCISCA.

Por esas señas....

JUAN.

Pues no,
No habrá muchos en el pueblo
Que le lleguen.... ¡qué llegarle!
Hasta un ligero defecto
Que tiene, le agracia mas....

DOÑA FRANCISCA.

¿Es acaso el forastero?

JUAN.

El mismo que viste y calza:
Vamos, señora, me alegro
De que usted lo haya acertado....

DOÑA FRANCISCA.

Casualidad.

JUAN.

Por supuesto:
Pero, aquí para los dos,
¿No es verdad que le celebro
Con razon?

DOÑA FRANCISCA.

Y yo ¿qué sé?

JUAN.

¡Qué buen mozo! ¡qué discreto!
¿Y quién resiste á su labia?
Yo soy franco, y lo confieso:
Me ha cautivado aquel hombre
Con solo hablarle un momento.
¡Con qué suavidad me dijo:
« Amiguito, mucho siento
Que su amo de usted me dé
Este mal rato.... mas creo
Que aquella amable señora
No tendrá tan mal concepto
De mí: si me conociese!....
Pero quisiera á lo menos
Hablarle una sola vez;
Porque estoy con el recelo
De que, para indisponerme,
Le fragüen algun enredo. »

DOÑA FRANCISCA.

Y usted ¿no le dijo?....

JUAN.

¡Toma!
Le hice mil cargos primero;
Le dije que era imposible,
Que estais como en un convento,
Que no pensase en tal cosa....

DOÑA FRANCISCA.

Muy bien dicho.

JUAN.

Pero luego
Se puso el hombre tan triste,
Que tomé por buen acuerdo
El darle alguna esperanza....

DOÑA FRANCISCA.

¡De hablarme á mí!... Muy mal hecho

JUAN.

¿Y qué pude hacer, señora?
No es uno decirlo ó verlo.
Y aun así, dudé gran rato;
Pero dije en mis adentros:
¡Qué sé yo!.... quizá traerá
Algun encargo secreto
Del padre de la señora....

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte, no lo creo....

JUAN.

¿No puede ser?

DOÑA FRANCISCA.

Ya....

JUAN.

Pues bien:
Y sobre todo, ¿qué riesgo
Hay en hablarle un instante?...

DOÑA FRANCISCA.

Mucho.

JUAN.

Pues yo no lo encuentro:
El amo ha salido ahora,
Y no ha de volver tan presto;
Usted habla aquí con él;
La criada está allá dentro;
Yo al cuidado....

DOÑA FRANCISCA.

¿Está usted loco?

JUAN.

Pero ¿quién ha de saberlo?

DOÑA FRANCISCA.

Cualquiera.

JUAN.

¿Cualquiera?... Nadie:
Él viene; le abro con tiento;
Hablan ustedes á solas;
Se va como vino, y cierro.

DOÑA FRANCISCA.

No hay que soñarlo siquiera....

JUAN.

Pero ¿porqué?

DOÑA FRANCISCA.

No me atrevo.

JUAN.

Si fuera alguna accion mala;
Pero con un fin honesto....
Lo primero que le dije:
« Usted es un caballero,
Y ha de obrar como quien es,
Porque si no, reñiremos. »
Eso sí, seor Juan Zapata,
La honradez es lo primero;
Y antes morirme de hambre,
Que ser del órden tercero.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

JUAN.

¿Pues á qué viene
Tener usted tanto miedo?
¿Con que voy?....

DOÑA FRANCISCA (*levantándose*).

¿Dónde?

JUAN.

A llamarle.

DOÑA FRANCISCA.

Yo por mí no me resuelvo;
Que diga á usted lo que quiere....

JUAN.

¿A mí? ¡Lindo pensamiento!
¿Y si es cosa reservada?

DOÑA FRANCISCA.

Entonces....

JUAN.

¿Voy?

DOÑA FRANCISCA.

Ya veremos....

JUAN.

Es que la ocasion es calva;
Y si este lance perdemos....

DOÑA FRANCISCA.

¿Y no es lo mismo otro dia?

JUAN.

Si está el pobre sin sosiego;
Si da compasion, señora....
Aquí me vino siguiendo,
Y en ese portal del lado....

DOÑA FRANCISCA.

¿Ahí está?

JUAN.

Pero encubierto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si alguien le ve al entrar?....

JUAN.

¿Y quién puede conocerlo?

DOÑA FRANCISCA.

Usted todo lo halla fácil;
Pero....

JUAN.

Cuando yo me arriesgo....
¿Pillarme á mí?.... En buenas manos
Está, señora, el pandero.

DOÑA FRANCISCA.

No acabo de resolverme....

JUAN (*en ademan de irse*).

Voy por él, y al punto vuelvo.

DOÑA FRANCISCA.

No, Juan.

JUAN.

Siquiera por mí....

DOÑA FRANCISCA.

¿Porqué teneis tanto empeño?

JUAN.

Porque me pinto yo solo
Para servir á un sugeto.

DOÑA FRANCISCA.

Pero en estas cosas....

JUAN.

¡Cómo!
Si no estuviera yo cierto
De que su intencion es sana,
No anduviera de por medio:
Hasta me da el corazon,
Al ver su vivo deseo,
Que es un caso de conciencia....

DOÑA FRANCISCA.

Pues bien, Juan, entonces cedo.

JUAN..

Ama mia, voy volando....
Vale usted un reino entero.
(*Echando á correr.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA.

(*Despues de una pausa, se sienta*).

¡Lo que es el delito!.... Sé
Que á mi marido no ofendo,
Y hasta la mera apariencia
Basta á quitarme el sosiego.
Nunca, en mi vida, jamás
He estado así... sudo, tiemblo,
Y aun ir á hablar con mi hermano,
Me causa inquietud y miedo.
¿Si alguien lo verá?.... ¡Dios mio!
¡Con qué imprudencia me he expuesto
A estos disgustos!.... Y al cabo
Si se lograra el objeto....
Pero temo que á mi primo
Le engañe su buen deseo,
Y que, por ser yo tan dócil,
Tenga que llorarlo luego.

ESCENA VII.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y JUAN.

JUAN.

(*A don Eugenio, al entrar.*)

Con tiento que no nos oigan....
Mas le temo á la criada
Que á cien cotorras de Indias;
¡Y ella me tiene unas ganas!

DON EUGENIO.

No hay miedo....

JUAN.

Acérquese usted,
Que allí está leyendo el ama....
¡Qué hermosa esta! ¿No es verdad
Que hago bien en celebrarla?....
¡Señora!....

DON EUGENIO.

(*A doña Francisca: levántase esta.*)

Dispense usted
Que me atreva á incomodarla;
Pero un asunto muy grave....

JUAN.

(*A doña Francisca en secreto.*)

¿Porqué está usted tan turbada?
Respóndale usted....

DOÑA FRANCISCA.

Ya Juan
Me lo ha dicho....

JUAN.

(*A doña Francisca en secreto.*)

Con mas alma:

Valor, señora, valor....

DON EUGENIO.

Yo tanto lo deseaba,
Que no he querido perder....

JUAN.

(¡Este es otro que bien baila!)
¿Tambien es usted cobarde?....

(A don Eugenio al oido.)

Pues así poco se alcanza.

DON EUGENIO.

Ya que la ocasion se brinda....

JUAN.

(¡A Dios, qué sierra nevada!)
Mas fuego, señor, mas fuego.

(A don Eugenio.)

DON EUGENIO.

(A Juan.)

Si no me ocurren palabras....

JUAN.

(A don Eugenio.)

Cualquier cosa.... Estais tan seria,

(A doña Francisca.)

Que el infeliz se acobarda....

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

JUAN *(en secreto)*.

Alentarle,
Echarle algunas miradas,
Así.... así... ya usted me entiende:
Como el que cae y se agarra.
Vamos, expliquese usted,

(Pasando á hablar á don Eugenio.)

Que ya la he puesto mas blanda.
Le he dicho cuanto hace al caso:

(A doña Francisca, en voz alta.)

Que usted, por sí, se negaba
A hablarle; pero que yo
Insté con tanta eficacia....

DOÑA FRANCISCA.

Con efecto....

JUAN.

Y suponiendo
Que era cosa de importancia....

DON EUGENIO.

Para mi si

JUAN.

Algun encargo
Que traiga usted de la Habana....
Pero yo no soy curioso,
Y esas cosas no se hablan
Con escucha; voy....

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde?

JUAN.

A cuidar de que no salgan.....

DOÑA FRANCISCA.

No es menester.

DON EUGENIO.

Vaya usted...

DOÑA FRANCISCA.

Haga usted lo que le mandan.

JUAN.

¿El señor?....

DOÑA FRANCISCA.

Yo.

JUAN.

Bien está.
¿Lo dice usted enfadada?

(Al oido á doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

JUAN.

Con la boca chiquita;
Y de los dientes no os pasa.
Me parece que yo cumplo.

(A don Eugenio al oido.)

DON EUGENIO.

Mas de lo que yo esperaba.

JUAN.

Solo por usted....

DON EUGENIO.

Lo estimo.

JUAN.

(Recio al irse.)

¡Qué pareja!.... Ni pintada.

(Durante esta escena VII, doña Francisca y don Eugenio habrán fingido cortedad y timidez. Juan habrá pasado alternativamente á hablar en secreto á uno y á otro para alentarlos, formando todo un juego de teatro.)

ESCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

¡Bribonazo!

DOÑA FRANCISCA (*acercándose*).

¿Ves qué hombre?

DON EUGENIO.

Con treinta palos no paga.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no puedo mas, Eugenio....

DON EUGENIO.

Pero ¿no es todo una chanza?

DOÑA FRANCISCA.

Lo conozco; y sin embargo....

DON EUGENIO.

Tiemblas como una azogada....

DOÑA FRANCISCA.

No lo puedo remediar;
Ni yo sé lo que me pasa.

DON EUGENIO.

Pero di ¿qué temes?

DOÑA FRANCISCA.

Todo.

DON EUGENIO.

Pues no debes temer nada:
Carlos sabe que he venido,
Y él dispondrá lo que falta.

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y JUAN.

(*Don Eugenio hace como que habla en secreto con doña Francisca, cuya mano tiene cogida; Juan lo advierte al salir, suspéndese, y dice para sí los primeros versos.*

JUAN.

¡Hola!... Mire usted la niña....
¡Y se me hacia la santa!
La muchacha era glotona,
Y su madre la atestaba....
Voy á hacer ruido al salir....

(*Pisa recio, tose y sale como mirando distraido al techo; don Eugenio suelta la mano de doña Francisca, y se aparta un poco.*)

Pepa está adentro ocupada;
No hay que temer cosa alguna....
Sigan ustedes en gracia
De Dios, que yo estoy alerta,
Y avisaré lo que haya.

DON EUGENIO.

Bien está; ¡pero cuidado!....

JUAN.

Eso á mí no se me encarga:
De niño estuve seis años
En un melonar de guarda.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

Déjalo tú; que, si sale
El lance como se aguarda,
Curamos á tu marido
A costa de ese gran maula.

ESCENA XI.

Dichos y JUAN.

(*Suena la campanilla, como de llamar á la puerta.*)

JUAN (*al acto de salir*).

¡Ya la hicimos!

DON EUGENIO.

¡Qué tragedia!

JUAN.

Al primer tapon zurrapas.

DON EUGENIO.

¿Y qué partido tomamos?

JUAN.

De esta vez me hacen tajadas.

DON EUGENIO.

¿Me escondo?

JUAN.

¿Dónde?

DON EUGENIO (*señalando una de las puertas*).

Ahí adentro.

JUAN.

Si ahí dentro está la criada....

DON EUGENIO.

¿Pues qué hacemos?

JUAN.

Yo, morirme.

DOÑA FRANCISCA.

Por usted....

JUAN.

¿Tambien el ama?...
Ya que me miran ahorcado,
Tiran todos de las patas.

DON EUGENIO.

(*A doña Francisca, que se habrá sentado junto á la mesa.*)

¿Porqué tiemblas tú?....

DOÑA FRANCISCA.

No sé....

(*Suena otro campanillazo mas fuerte.*)

JUAN.

¡Hasta que el brazo se caiga!

DON EUGENIO.

Pero ¿qué hacemos?

JUAN.

(*Acercándose á la puerta y gritando.*)

Ya van;
¡Que está la cuerda enredada!—
Éntrese usted pronto....

(*Señalando á don Eugenio una de las dos puertas de la derecha.*)

DON EUGENIO.

Bien....

JUAN.

Hallará á oscuras la sala....

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Despues una escalera....

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Y una puerta entornada....

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Que es la despensa....

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

¡Qué bien, ni qué calabaza!....
(*Hablándole recio.*)
Mal y muy mal.

DON EUGENIO.

¿Qué he hecho mal?....

JUAN.

Esto solo me faltaba....
¡Quién te abriera los oidos
Con un cañon de metralla!....

Le lleva á la puerta, y le indica por señas que suba por aquella escalera, que abra la despensa y se esconda, entre tanto que continúa cada vez mas recio el repique de la campanilla.)

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA.

Por mas esfuerzos que hago,
Estoy tan sobresaltada,
Qué me lo van á notar
Solo con verme la cara....
¡Que va á ser de mí, Dios mio!
Hasta el aliento me falta....

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO, DON CARLOS Y JUAN.

DON ANSELMO (*al salir*).

¿Estabas muerto?

JUAN.

Me eché
A descansar en la cama....

DON ANSELMO.

¿Ves lo que yo te decia?....

JUAN.

¡Si no he bebido ni aun agua!

DON ANSELMO.

Pues si estás como un difunto....

JUAN.

Tengo la cabeza mala....

DON ANSELMO.

¿Qué has de tener?....

JUAN.

(¡Esta es otra!)

DON ANSELMO.

Abrasadas las entrañas.—
¿Qué te has hecho tú, Frasquita?

DON CARLOS (*recio*).

Mi hermana siempre aplicada....
¿Vino? (*Con sigilo.*)

DOÑA FRANCISCA (*con sigilo*).

Sí.

DON CARLOS (*con sigilo*).

¿Dónde está?

DOÑA FRANCISCA.

Adentro.

DON ANSELMO.

(*A Juan, mientras este le toma el sombrero y el baston.*)
¿Quién ha venido?

JUAN.

Ni un alma.

DON ANSELMO.

¿De fijo?

JUAN.

Por estas cruces....

DON ANSELMO.

Con que tú lo digas, basta.

(*Suena un gran estrépito, como de romperse vidriado en la despensa.*)

DON ANSELMO.

¿Qué es eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay de mí!...

DON CARLOS (*en secreto*).

No temas.

JUAN.

Tiró el diablo de la manta.

DON ANSELMO.

¿Quién está arriba?

JUAN.

¿Quién?.... Pepa...

ESCENA XIV.

Los mismos y PEPA.

PEPA (*saliendo corriendo por la otra puerta*).

¡Jesus! ¡Que se hunde la casa!....

DON ANSELMO.

¿Pues no decias, bribon?....

JUAN.

¿No es Pepa?.... Será la gata....

DON ANSELMO.

Yo lo veré.

DOÑA FRANCISCA (*yendo á arrodillarse*).

Esposo mio,
¡Perdon!

DON ANSELMO.

¿Qué haces, desdichada?

DOÑA FRANCISCA.

Soy inocente....

DON ANSELMO.

¡Inocente!....
Tú, tú misma te delatas.

DON CARLOS.

Oígame usted....

DOÑA FRANCISCA.

¡Que es mi hermano!...

DON ANSELMO.

Quítate, aparta, malvada.

DOÑA FRANCISCA.

¡Oye por Dios!

DON ANSELMO.

Ya veréis
Si á un hombre de honor se ultraja.
Nadie ha de salir de aquí
Sin que pase por mi espada.

DON CARLOS. (*A Pepa.*)

Sostenla tú, mientras voy
A impedir una desgracia.

(*Don Anselmo cierra con llave la puerta de la sala que conduce á la calle: aparta con violencia á Juan, que intenta detenerle: coge una luz en la mano, y se encamina apresurada-*

mente por la misma puerta por donde entró don Eugenio : cae doña Francisca desvanecida, y Pepa la coloca en la silla que hay junto á la mesa : don Carlos sigue los pasos de don Anselmo.)

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA, PEPA Y JUAN.

PEPA.

Señora.... ¡ Pobre ama mia !

JUAN.

(*Dando vueltas por el teatro, y buscando azorado donde esconderse.*)

Ya me han cogido en la trampa....

PEPA.

Tráete un poco de vinagre....

JUAN.

Y con la puerta cerrada....

PEPA.

¿Te dura la borrachera?

JUAN.

Si vuelve el amo, me mata.

PEPA.

¿No vas?

JUAN (*abriendo el balcon*).

Yo me echo á la calle,
Aunque me rompa una pata....
¡ Ay !...

(*Al tirarse por el balcon, se queda cogido de un hierro, y con medio cuerpo vencido para fuera : Pepa acude al instante, le sujeta por una pierna, y le impide arrojarse.*)

PEPA.

¿Qué te llevas, ladron?

JUAN.

¡ Que me he cogido en las bragas !

PEPA.

No te has de escapar, infame....

JUAN.

¡ Por Dios, Pepa de mi alma!
Que me caigo de cabeza....

PEPA.

Ojalá que te estrellaras ...

DON ANSELMO (*desde adentro*).

¡ Aguardad !

DON EUGENIO (*desde adentro*).

¡ Tened !

DON CARLOS (*desde adentro*).

¿Qué haceis?

PEPA (*gritando recio*).

¡ Que este pícaro se escapa !...

(*Oyese el ruido de bajar los tres precipitadamente por la escalera : don Eugenio sale delante, y se coloca al lado de su hermana : don Carlos sale deteniendo á don Anselmo, y se interpone entre ambos : Pepa tira de Juan, y consigue meterle adentro : él se escabulle de entre sus manos, y se esconde á gatas bajo la mesa, mientras Pepa cierra el balcon, y va á buscar agua para su ama.*)

ESCENA XVI.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO, DON EUGENIO, DON CARLOS Y JUAN.

DON EUGENIO.

¡ Hermana mia !...

DON ANSELMO.

¡ Su hermana !

DON EUGENIO.

¿Ves, Carlos, lo que hemos hecho?

DON CARLOS.

No te apures.... Oiga usted
Por su vida, don Anselmo....

DON ANSELMO.

¿Qué quereis?...

DON CARLOS.

Yo solo soy
El culpado en este enredo....

DON ANSELMO.

¿Qué enredo?...

DON CARLOS.

Oiga usted siquiera
Con un poco de sosiego.

DON ANSELMO.

Pronto : acabad.

DON CARLOS.

El que veis
Es vuestro cuñado Eugenio....

DON ANSELMO.

¡ Mi cuñado !...

DON CARLOS.

Yo su primo....

DON ANSELMO.

¿ Qué primo ?... Yo no comprendo
Siquiera lo que decis....

DON EUGENIO.

Despues os lo aclararemos,
Como es justo ; pero ahora
No perdamos un momento
En socorrer á mi hermana....

DON ANSELMO.

¿ Estoy soñando, ó despierto ?...

ESCENA XVII.

Dichos y PEPA.

DON EUGENIO.

¡ Frasquita !...
(*A Pepa.*)
Dale esa agua....
Id en tanto recorriendo
(*A don Anselmo.*)
Esas cartas de mi padre,
Y quedaréis satisfecho.—
¡ Frasquita mia !

PEPA.

¡ Señora !

DON ANSELMO (*hojeando las cartas*).

Ella es su letra....

DON CARLOS.

Y apuesto
A que hace de mí un elogio
Mayor del que yo merezco.

DON ANSELMO (*leyendo*).

« Va con aquel primo loco.... »

DON CARLOS.

Servidor de usted.

DON ANSELMO (*leyendo*).

« Y espero
Que atenderéis á los dos.... »

DON CARLOS.

Al sordo y su compañero.

DON ANSELMO. (*despues de una pausa*).

¡ Usted es Eugenio !...

DON EUGENIO.

El mismo ;
Y con alma y vida siento
Haberos dado un pesar....

DON CARLOS.

Por mis benditos consejos.

DON ANSELMO.

Pero ¿ á qué fin ?...

DON CARLOS.

¿ No está claro?
Para curaros de zelos.

DON ANSELMO.

¿ Y quién os pudo decir?

DON CARLOS.

Eso queda para luego ;
Lo que urge es que sepa usted
Que no ha sido nuestro intento
Agraviarle : que tan solo
Nos llevamos por objeto
Que conociérais las mañas
De un bribon ; que cayó el necio
En la red que le tendimos....
Leed esta carta que Eugenio
Me escribió desde la fonda,
Y estais al cabo del cuento.

(DON ANSELMO (*lee en alta voz la carta siguiente*).

Mi querido Carlos : al ver el mal rato que hemos dado á mi cuñado, casi estoy arrepentido; pero ya es preciso concluir nuestra empresa, por si se coge el fruto, y mas cuando se presenta la mejor ocasion.... Seguí tu consejo ; nuestro hombre cayó en el lazo, y él propio se ha brindado á llevarme á hablar con mi hermana, diciéndome que su marido tiene que salir esta prima noche.... Yo iré á la cita ; preven á mi hermana, y dispon lo demás como mejor te parezca. — A Dios, hasta luego. — Tu Eugenio. »

DON EUGENIO.

¿ Os queda ya alguna duda?

DON ANSELMO.

Frasquita mia... ¡Qué peso
Se me ha quitado del alma!...
Disculpadme.... yo no puedo
Mas....

DON EUGENIO.

¿Y de qué os sonrojais?...
Antes dejad que admiremos
Un corazon tan honrado.

DON ANSELMO.

Soy yo, Frasquita.... No tengo
Contra tí queja ninguna....
Soy yo.... mírame....

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué he hecho,
Buen Dios!...

DON ANSELMO.

Nada.

DOÑA FRANCISCA (*levántase*).

¿Me perdonas?

DON ANSELMO.

¿De qué, hija mia?... No hablemos
Mas de eso.

DOÑA FRANCISCA.

Tu bondad misma
Me está traspasando el pecho....
¡Yo soy una ingrata!...

DON ANSELMO.

Deja....

DOÑA FRANCISCA.

En mi vida pagar puedo
El disgusto que te he dado....

DON ANSELMO.

Ya se acabó.

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás impuesto
De todo?...

DON ANSELMO.

De todo, sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y me perdonas mi yerro?

(*Va á echarse á los piés de don Anselmo, y este la sostiene y levanta.*)

DON ANSELMO.

¿Qué vas á hacer?... Alza, hija....

DOÑA FRANCISCA.

Acércate mas, Eugenio;
Dale la mano á mi esposo....
Así juntas... ¡Qué consuelo
Recibe mi corazon!....
Ya por dichosa me tengo.

DON ANSELMO.

Y yo tambien...

DON EUGENIO.

En mi vida
Tuve un gusto tan completo.

(*Doña Francisca ha reunido en sus manos las de don Anselmo y don Eugenio, quienes las estrechan amistosamente, abrazándose luego los tres.*)

DON CARLOS.

Di, Pepa, y nosotros dos
¿Nos morimos, ó qué hacemos?

PEPA.

Morirnos no.

DON CARLOS.

Dices bien:
Mas vale seguir su ejemplo.

PEPA.

¡Alto allá!....

DON EUGENIO.

Ten juicio, Carlos....

PEPA.

¡Jesus mil veces!...

DON ANSELMO.

¡Qué veo!

(*Al ir don Carlos á abrazar á Pepa, retírase esta, va á defenderse con la mesa, y al tirar de ella con violencia, descúbrese á Juan en cuclillas, que se arrodilla luego en ademan de pedir perdon.*)

DON EUGENIO.

Malvado...

JUAN.

¡Por san Francisco!

DON CARLOS.

Ya puedes decir el credo.

JUAN.

¡No lo haré mas en mi vida!

DON CARLOS.

Eso yo te lo prometo.

DON ANSELMO.

Si no mirara, hombre vil....

DOÑA FRANCISCA.

Déjale, que harto tormento
Sufre ya...

PEPA.

Seor Juan Zapata,
¿Alcahuetico es el viejo?

DON CARLOS.

Tráete un lazo corredizo,
Y al balcon le colgaremos.

JUAN.

¡Pepa, por las once mil!....

PEPA.

¡Qué Judas va á hacer tan feo!

ESCENA XVIII.

Los mismos, menos PEPA.

DON EUGENIO.

Alza, bribon...

JUAN.

¿Manda usted?

DON EUGENIO.

Márchate á la calle luego.

JUAN.

¿Por dónde?

DON CARLOS.

Por la ventana
Yo te haré bajar mas presto....

JUAN.

¡Por Dios!

DON EUGENIO.

¡Carlos!

DON ANSELMO.

Toma, y véte,
Antes que haga un escarmiento.

(*Le arroja la llave, mientras don Eugenio hace ademan de contener á don Carlos.*)

JUAN.

O la llave se ha torcido,
O no encuentro el agujero....

DON CARLOS.

¿Qué es eso, te tiembla el pulso?

JUAN.

No, señor... si es que no veo....

DON CARLOS.

(*Levantando en alto una silla, y encaminándose hácia él.*)

Yo te alumbraré...

JUAN.

Mil gracias....
Si de esta escapo y no muero....

DON CARLOS.

¿Qué rezas ahí entre dientes?

JUAN.

Nunca mas bodas al cielo.

(*Abre la puerta, y escápase.*)

ESCENA XIX.

Dichos, menos JUAN.

DON CARLOS.

¡Cómo va el tio Tabernas

DON EUGENIO.

No vi un bribon con mas miedo.

DON ANSELMO.

Y yo tan ciego con él,
Que por sus chismes y enredos
Te he dado á tí mil disgustos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y á qué viene ese recuerdo?
Ya todo está concluido:
¿No me has dado tú el ejemplo
Perdonándome mi falta?

DON ANSELMO.

Si yo propio me avergüenzo....

DOÑA FRANCISCA.

¿De qué?

DON ANSELMO.

Pero á bien que siempre
Llega un desengaño á tiempo.

DON CARLOS.

¿No ves, prima, cómo ha obrado
El cáustico sus efectos?

DON EUGENIO.

Calla, loco.

DON ANSELMO.

(*A doña Francisca.*)

Desde hoy
Vida nueva.

DOÑA FRANCISCA.

Y yo te ofrezco
Quererte mas cada dia.

DON ANSELMO.

¡Si vieras qué placer tengo
En oirlo de tus labios!

(*Estrechando con ternura las manos de doña Francisca.*)

Sí, Frasquita; viviremos
Felices...

DOÑA FRANCISCA.

Como en la gloria....

DON ANSELMO.

Sin inquietud, sin recelos;
Con solo una voluntad,
Un alma y un pensamiento....

DON CARLOS.

(*Llevándose del brazo á don Eugenio.*)

Vámonos, que aquí estorbamos....
Buenas noches, don Anselmo.

FIN.

MORAYMA.

TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Compuse esta tragedia seis años despues de *La Viuda de Padilla*, y como menos mozo y mas avisado, procuré escoger un argumento que ofreciese menos inconvenientes, y que se brindase de mejor grado á una composicion dramática. La casualidad tambien me favoreció en mi eleccion: acababa de caer en mis manos, no sé cómo, un libro muy vulgar en España, pero que yo no habia leido hasta entonces, la *Historia de las guerras civiles de Granada;* y bien fuese por lo extraño y curioso de la obra, bien por el interés que debia excitar en mí, ausente á la sazon de mi patria y con pocas esperanzas de volverla á ver, lo cierto es que la lectura del tal libro me cautivó mucho, y que tuve por buena dicha poder sacar de él un argumento, alusivo cabalmente á mi país natal, y á propósito para presentarse en el teatro.

Este concepto, que formé entonces, no se ha mudado hasta el dia, á pesar del trascurso del tiempo y de mi mayor experiencia; y así debo confesar con ingenuidad que el argumento de esta composicion me parece no solamente bello, sino que reune todas las condiciones requeridas por los mejores maestros del arte. Mis elogios en este punto son tanto mas de creer, cuanto tal vez no hago con ellos sino dar armas contra mí mismo; pero, aun cuando así sea, y aun suponiendo que el público condene esta composicion, siempre me quedará una conviccion íntima de que no ha sido por culpa del argumento, sino de mi mal desempeño.

Hasta debo decir, por si este aviso pudiere ser de algun provecho á los jóvenes que se dediquen á la dramática, que esta clase de asuntos populares en una nacion ofrecen no pocas ventajas al poeta; pues despiertan mas fácilmente el interés del público, y allanan uno de los puntos mas escabrosos en este arte, cual es la *exposicion* del drama. Seguro estoy de que, con solo oir los cuatro primeros versos de esta tragedia, ya saben los espectadores la mitad de lo que hay que decirles para enterarles del argumento; la época de la accion, el lugar en que pasa, las personas mas importantes que en ella intervienen, mil circunstancias en fin que dan mucha luz para la inteligencia del drama, sin que sea necesario insistir luego en ellas con prolijidad y fastidio. Cuando el espectador ve representado al vivo lo que oyó contar desde su infancia, siente un placer sumamente grato; coteja con gusto sus vagos recuerdos con los sucesos que ve ante sus ojos; y lejos de mirar en la escena con indiferencia y frialdad á unas

personas cuyo nombre oye por primera vez, las ve, las contempla, las sigue, por decirlo así, como personas conocidas, y no puede menos de tomar mas parte en su suerte. Una de las causas que, en mi concepto, han hecho tan popular en Inglaterra al célebre Shakspeare es el haber presentado en el teatro retazos de la historia de su país, leyendas comunes, tradiciones del pueblo; y este es uno de los mejores medios que pudieran emplearse, si es que no me engaño, para que llegasen á poseer los Españoles un teatro trágico nacional, y cesase la escasez y descrédito de que se resiente en ese punto su literatura. Por cuyo motivo deben mirarse con cierta indulgencia todas las tentativas de esta clase, ya que no por su mérito, por el fin á que se encaminan.

Tal vez en esta última reflexion haya influido tambien, no lo niego, mi propio interés; porque, siendo esta la primera composicion dramática que me he atrevido á imprimir, sin tener antes la autorizacion del público obtenida en el teatro, no me está mal indicar todas las razones plausibles, que puedan excusar mi arrojo.

MORAYMA.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

MORAYMA, viuda de ALBINHAMAD, caudillo de los Abencerrajes.
BOABDIL, rey de Granada, hermano de MORAYMA por parte de padre.
AYXA, madre de BOABDIL, repudiada por el rey Muley Hazen.
ALI, caudillo de los Zegríes.
MAHOMAD, caudillo de los Gomeles.
FATIMA, amiga de MORAYMA.
UN NIÑO, hijo de MORAYMA.
Acompañamiento de BOABDIL, y una guardia de Africanos.

La escena en Granada, en el palacio de la Alhambra.

(En este acto, así como en los dos siguientes, el teatro representa un salon magnífico de arquitectura arábiga, con una puerta principal en el foro, por donde entran los que se supone vienen de afuera; otra puerta á la derecha, que conduce á la habitacion de Morayma; y otra á la izquierda, que da paso á los demás aposentos del palacio.)

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

BOABDIL, ALI.

ALI.

(*Al entrar por la puerta del foro.*)

No mas temor, Boabdil: Granada toda
Segunda vez por su señor te aclama;
Mientras el sol naciente ve proscrita
La Abencerraje tribu destrozada,
Y lejos de estos muros con afrenta
Los que el hado salvó de tu venganza.

BOABDIL.

¿Será cierto?....

ALI.

Gran rey, los ecos llegan
Hasta las altas torres de la Alhambra;
Y ellos, mejor que yo, podrán mostrar-
os
De un pueblo veleidoso la inconstancia:
Los mismos que rebeldes sostenian
Del bando infiel las locas esperanzas,

Y á vuestro débil padre apellidando,
Arrojaros del trono amenazaban,
Esos los mismos son que ahora maldicen
De su reinado la memoria aciaga;
Y á la facciosa tribu persiguiendo,
Tu augusto nombre y tu justicia ensal-
zan.
Leve escarmiento y poderoso amago
Han trocado en temor su altiva audacia;
Y la vertida sangre para siempre
La corona en tus sienes afianza.

BOABDIL.

A tí la debo, á tí.... Dudoso, incierto,
Cercado de peligros y asechanzas,
Al rigor de mi estrella, ya sin guia,
Fortuna, cetro y vida abandonaba:
Por una infiel mi lecho profanado,
Mi diadema de un padre amenazada,
De un inconstante pueblo receloso,
Aborrecido de mi propia hermana....

ALI.

¡De Morayma, señor!

BOABDIL.

¿Y tú lo dudas?
Sus acciones, su llanto, sus palabras,
Su terrible silencio, ¿no lo muestran?

ALI.

Aun está abierta la reciente llaga,
Y excusa su dolor.... Aunque agraviado,
La pasion no me ciega hasta culparla:
Al cabo Albinhamad era su esposo....

BOABDIL.

Pero ¿no era tambien el que manchaba
Su tálamo y el mio? ¿El que insolente
La sediciosa tribu acaudillaba?....
Tú mismo....

ALI.

Y si aun viviese, de sus hombros
La cabeza mil veces derribara....—
Pero el dolor de su infeliz viuda,
Los vínculos estrechos que la enlazan
Con mi rey....

BOABDIL.

Esos mismos, no lo dudes,
Su rencoroso enojo mas arraigan.
¿Lo has olvidado, Alí? Su astuta madre,
Con el repudio de mi madre ufana,
Por cimentar su triunfo en la discordia,
Nuestro amor entibió desde la infancia;
Mientras el ciego rey, anteponiendo
La prenda de su amor con una esclava
A la sangre Zegrí que me ennoblece,
Nuestros comunes zelos enconaba:
¿Y te sorprende, Alí, que me abor-
rezca?....
El influjo materno, las desgracias
Del destronado padre, la memoria
De un esposo, á quien ciega idolatraba
Y á quien llora cual víctima inocente,
Hasta ese fruto de su union infausta....
¡Quién sabe si la pérfida en él funda
De vengarse la bárbara esperanza
Y de asentarle en el paterno trono!....
Pero no es justo en ocasion tan grata
Acibarar con míseras sospechas
El sumo gozo que me inunda el alma:
Ya triunfamos, Alí; ya sin rivales
Nuestra ilustre familia se levanta
Mas gloriosa que nunca; y libremente
Podré gozar de un trono que cercaban
Tantos riesgos y sustos: desde hoy solo,
Merced á tus servicios, soy monarca.

ALI.

Mucho me honrais, señor....

BOABDIL.

Sí, caro amigo;
Hoy de mis labios lo sabrá Granada;
Y agotando las gracias y los premios....

ALI.

A mí, gran rey, vuestra amistad me
basta:
Y en tan sagrado asilo reposando,
¿Qué podré ya temer?

BOABDIL.

¿Pues quién osara
Contra tí, quién?....

ALI.

Vuestras bondades mismas
Contra mí excitan la envidiosa rabia
De encubiertos rivales que desprecio;
Pues si tengo enemigos, tengo lanza.
Mas altos tiros, y de augusta mano

Que el respeto me veda hasta el nombrarla....

BOABDIL.

Prosigue....

ALI.

Dispensadme....

BOABDIL.

Yo lo exijo.

ALI.

Temo ofenderos....

BOABDIL.

Nada temas; habla.

ALI.

Vuestra madre....

BOABDIL.

Tan presto no la culpes:
Quizá te engañe una apariencia vana,
O algun desden de su altivez nacido,
Y su amistad agraviarás sin causa.
¿Cómo al caudillo, al héroe de su estirpe,
Al que su afrenta y nuestra afrenta lava,
Al que en el trono del mudable esposo
Coloca á un hijo, y su poder realza?....

ALI.

¡Ah, señor! ese solo, ese es mi crímen:
Quisieran que Boabdil solo gozara
La vana pompa del poder supremo
En vil tutela y sempiterna infancia;
Y que humillado el inconstante esposo,
Nuestra gloriosa tribu avasallada,
Vos rey solo en el nombre, ajena mano
Las riendas del estado manejara.
Bien lo sabeis, señor: que en vuestro pecho
Mil veces he notado cual luchaban
El respeto filial y la costumbre
Con la altivez tan propia de un monarca.
Mas lastimo quizá, sin yo intentarlo,
De vuestro pecho la sensible llaga;
Y sintiera tal vez....

BOABDIL.

¡Ay, fiel amigo!
Si vieras el estado de mi alma....
¡Qué digo tú!.... los míseros esclavos
Con lástima y piedad me contemplaran.
Pero mi madre, Alí: disimulemos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, ALI.

BOABDIL.

Ya lo sé, madre augusta, estais vengada;
Y el escucharlo yo de vuestro labio
Era el solo placer que me faltaba.
Venid, y entre mis brazos... Mas ¿qué miro?....
Cuando llena de júbilo aguardaba
Que voláseis á darme las albricias,
¿Lenta llegais, y apareceis airada?...
¿Qué es esto? Hablad, decid: ¿qué causa oculta
Vuestro contento y mi ventura amarga?

AYXA.

Gózala tú completa: ve y escucha
La aclamacion y vivas de Granada;
Mientras tu triste madre, en su palacio,
Ante las mismas puertas de su estancia,
Oye de un hijo maldecir el triunfo,
Y al cielo á gritos demandar venganza.

BOABDIL.

¿Y quién el infeliz?....

AYXA.

¿Tú lo preguntas?
¿Tú que consientes su insolente audacia,
Y con débil y vil condescendencia
Insultos sufres, y cobarde callas?
¡Tú lo preguntas! ¡Tú! — Si es que lo ignoras,
No lejos, ahora mismo, en este alcázar
Vaga la aleve, y tu furor provoca....

BOABDIL.

¡Ay, si otro fuese que mi propia hermana!

AYXA.

¡Tu hermana!.... Dices bien: ella es el fruto
De la union vil que me cubrió de infamia,
Ella el amor de mi perjuro esposo,
Ella la hija de una infame esclava....

¡Y es tu hermana!.... Pues bien : respeta en ella
El delito de un padre, que amenaza
Tu trono y aun tu vida; y abandona
De una madre infeliz la triste causa;
Mas óyeme, Boabdil, oye el presagio
De una mísera madre que te ama :
Quizá no está distante el negro dia
En que tarde recuerdes mis palabras;
Y sirvas con tu ruina de escarmiento
Al que desprecie á una mujer airada.
¿Lo dudas?.... Ven; y mírala furiosa
De un pueblo entero que á su rey alaba
Turbar el gozo, y con recuerdos tristes
Renovar las heridas mal cerradas.

BOABDIL.

Parte veloz, Alí : venga al instante.

ESCENA III.

BOABDIL, AYXA.

AYXA.

¡Ay, cuánto arriesgas, si un momento tardas!
No conoces, Boabdil, aun no conoces
La condicion del pueblo : leve causa
Le despierta, le agita, le conmueve,
A encender torna la encubierta llama;
Y en la falsa piedad buscando luego
Pretexto á su furor, desfoga el ansia
De derribar, y escarnecer impune
Los ídolos que pérfido adoraba.
Aun los mismos que al lado de tu trono
Blasonan de lealtad, quizá en su alma
Sienten ver fenecidas las discordias
Que su poder y orgullo acrecentaban;
Quizá astutos anhelan el momento
En que al favor recurras de sus armas;
Y á su vez enfrenando al rey y al pueblo,
Hagan temblar al pueblo y al monarca.
Hasta ese amigo, en quien tan ciego fias....
Mas aquí se encamina con Morayma :
Sé una vez rey, ó sufre sus denuestos;
Que yo no sé escuchar á quien me agravia.

ESCENA IV.

MORAYMA, BOABDIL, ALI.

MORAYMA (*deteniéndose un instante al salir*).

¿Mas víctimas, Boabdil?

BOABDIL.

Por vez postrera
Oyeme atenta; y en tu mente graba
Lo que voy á anunciarte.

MORAYMA.

Yo creia
Que, libre ya de riesgos, me llamabas
Para sellar y coronar tu triunfo
Derramando la sangre de tu hermana.
¿Me engañé?.... No : ¿qué puede contenerte?
Lejos ya huyeron de la ingrata patria
Los hijos que culpaban su bajeza,
Y tu poder injusto refrenaban;
Los que quedan, ministros de tu ira,
A una voz tuya del puñal se arman;
Y el pueblo vil las víctimas espera
Para besar tu huella ensangrentada.

BOABDIL.

¿Hasta cuándo, Morayma, con insultos
Acusarás mi necia tolerancia?
¿Hasta cuándo?... Mas óyeme, repito,
Por la postrera vez : si temeraria
En provocar mi cólera te obstinas;
Si á tu ciego delirio abandonada,
No escondes y sepultas para siempre
El fuego indigno que tu pecho abrasa;
Si olvidando tu honor, tu rey, tu hermano,
Por el esposo infiel que me afrentaba,
Su odioso nombre á repetir volvieres....

MORAYMA.

Mientras viva!

BOABDIL.

Pues tiembla, desgraciada,
Tiembla.

MORAYMA.

¿De quién? ¿De tí?... Mira mi frente,

Y consulta tu pecho. Mas ¿no alzas
La vista? ¿Qué, Boabdil, temes mirarme?....
No temas, no : mi voz no te demanda
La sangre de un esposo, á quien impíos
Tus bárbaros verdugos inmolaron;
Ella misma, purísima, inocente,
A estremecerte, á confundirte basta. —
¡Y pretendes que ingrata á un tierno esposo,
Nunca su nombre de mis labios salga!
Pues bien : nunca le oirás; yo te lo juro.
Mas ¿qué esperas lograr, si antes no acallas
El interno y voraz remordimiento
Que te está corroyendo las entrañas?
¿Qué esperas? di : ¿vivir sin sobresalto?
¡Ah! no es mi débil voz la que te espanta,
Y en tu furor te hunde... es la de un padre
Que su usurpado cetro te reclama;
Es la voz de mi esposo asesinado,
La triste voz de la oprimida patria,
La voz de tus delitos, la del cielo
Que á los fieros tiranos amenaza....

BOABDIL.

¿Me conoces, Morayma, me conoces?

MORAYMA.

Sí; y desafío tu impotente rabia.

BOABDIL.

Calla, infeliz!....

MORAYMA.

Apresta tus verdugos;
Los suplicios mas bárbaros prepara;
Mas ¡ay de tí! que en su furor el cielo
Tu horrendo fratricidio solo aguarda.
¿No escuchas cual invocan su justicia
Tantas madres y esposas desoladas,
Tantos míseros huérfanos, que piden
La sangre de sus padres derramada?...
¡Ay! tú tambien... tambien, amado hijo,
Tú pides la de un padre... tambien alzas
A un justo Dios las inocentes manos,
Y acusas de sus rayos la tardanza.

BOABDIL.

Confiad en sus rayos; pero antes
Yo los mereceré.

MORAYMA.

¿Pues qué te falta
Para colmar tus crímenes? ¿mi muerte?
¿Porqué tardas, tirano, porqué tardas?

BOABDIL (*despues de una breve suspension*).

No : sosiega, Morayma, y vé tranquila;
No morirás.... Confía en mi palabra.

MORAYMA (*con sobresalto*).

¿Qué me anuncias, Boabdil?... Di : ¿qué me anuncia
Ese pérfido rostro, y esa amarga
Sonrisa, mas funesta que tu enojo?
Dímelo por piedad....

BOABDIL.

No temas nada :
Vivirás, vivirás.

MORAYMA.

¡Ay! no es la muerte
La que me hace temblar; oculta causa
Con súbito terror mis miembros hiela,
Y con horrendo pasmo me acobarda....
Por compasion al menos desvanece
Tan dura incertidumbre; habla, amenaza,
Descarga de una vez el duro golpe;
Yo le resistiré.

BOABDIL.

No temas nada :
Retírate; vé en paz.

ALI.

Idos, princesa,
Y no mas con sospechas infundadas
Querais vos misma redoblar las penas
Que os cubren de dolor : vuestras desgracias
Disculpan á los ojos de un hermano
Las ofensas que hicísteis al monarca;
Y ya compadecido las olvida....

BOABDIL.

(*A Morayma.*)
Sí : dices bien, Alí.—Vé sosegada.

ESCENA V.

BOABDIL, ALI.

ALI.

¡Qué bien asienta á un rey su propia injuria
Saber y perdonar! Mientras cegada
Por el mismo dolor que la atormenta,
La infeliz vuestra cólera excitaba,
Supísteis refrenar el justo enojo,
Y respetar benigno sus desgracias.
Ellas solas dictaron sus insultos,
Que no su corazon: acostumbrada
A largo padecer, teme, sospecha,
Nuevos tormentos en su mente labra;
Y hasta la misma diestra de un hermano
Contempla con mortal desconfianza.
¡Cuán digna es de piedad! Llegará dia
En que su acerba angustia mitigada
Y libre su razon, tantas ofensas
Ella propia recuerde sonrojada;
Y aun dude haber forjado en su delirio
Los injustos recelos que os agravian.

BOABDIL.

Injustos son, Alí....

ALI.

¿Pues quién temiera
Que un monarca, un hermano, se vengara
Amagando cruel la triste vida
De una mujer inerme y desgraciada?

BOABDIL.

En vano teme por su vida, en vano;
Vivirá por su mal.

ALI.

¡Señor!

BOABDIL.

Pensaba,
Despreciando feroz la misma muerte,
Desafiar impune mi venganza;
Y la imprudente, para herirla á salvo,
El indefenso pecho me mostraba....
Llorarás, llorarás, incauta madre!

ALI.

¿Qué decis?

BOABDIL.

Llorarás! que en vano aguardas
Poner fin con la muerte á tus tormentos,
Y unirte al vil esposo que adorabas:
Aquí, á mi vista, hollando á pesar tuyo
La tierra con su sangre salpicada,
Lejos de un hijo, imágen del aleve....

ALI.

¿Y es posible, señor?....

BOABDIL.

Por sola gracia
La muerte invocarás.

ALI.

Templad la ira;
Aplacaos, gran rey.

BOABDIL.

Yo me olvidaba
De serlo; y la imprudente en su delirio
La venda me arrancó que me cegaba.

ALI.

¿No merezco, Boabdil, saber al menos?...

BOABDIL.

Hoy de mis reinos para siempre salgan
Los viles restos de la infame estirpe;
Sigan los torpes hijos las pisadas
De sus padres; y acabe de esa tribu
El nombre odioso y la memoria infausta.

ALI.

Nadie cual yo (bien lo sabeis), ninguno
Odió mas su altivez y su arrogancia;
Y este brazo, este acero son testigos
De que supe lidiar hasta humillarla.
Mas ya proscritos los traidores padres,
Vuestra augusta diadema asegurada....

BOABDIL.

¡Ah! no lo está, mientras me cerque uno
De esa progenie infiel; tú con las armas
Abatirla sabrás, no conocerla:
Los padres han dejado vinculada
Su aversion á mi trono, á mi persona;
Sus pérfidas esposas, halagadas
Con la esperanza de vengarse un dia,
A odiarme enseñan en la misma infancia
A sus aleves hijos, y en su pecho
Con rencorosa hiel los amamantan.

Lejos, lejos de mí: lejos desfoguen
En vanas quejas su impotente rabia;
Y no imprudente viboreznos crie
Que despues envenenen mis entrañas.

ALI.

Meditadlo, señor: el tiempo mismo
Los irá uniendo al trono y á la patria;
La voz de la razon, el ver perdidas
De vengarse las vanas esperanzas,
La muerte ó proscripcion de los caudillos,
El riesgo mismo en que se ve Granada
Con el asedio del feroz cristiano,
Borrará al cabo aun la memoria amarga
De la civil discordia....

BOABDIL.

El nombre solo
De la traidora tribu, sus desgracias,
Con la misma presencia de sus hijos
A los ojos del pueblo retratadas,
Bastarán á encenderla. Pues triunfamos,
No nos pierda una necia confianza;
Ni una falsa piedad hoy nos seduzca,
Que llanto y sangre costara mañana.
Ya está resuelto.

ALI.

Meditadlo un dia;
Dejad que el pueblo vuestro triunfo aplauda
Sin nuevos males....

BOABDIL.

De raiz los curo,
Si arranco de raiz la infame planta;
Y hoy que he triunfado y premio á los leales,
Lloren los sediciosos mi venganza.

ALI.

Señor....

BOABDIL.

Sígueme, Alí; y á un tiempo mismo
Mi bondad y rigor sepa Granada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

MORAYMA, FATIMA.

MORAYMA.

Déjame por piedad....

FATIMA.

¿Dónde, Morayma,
Dónde llevais los vacilantes pasos?
Un momento tened: ¿no lo merecen
Mi amistad, mi cariño, tantos años
De llorar como propios vuestros males?...
¡Ay! hubo un tiempo en que el menor cuidado
Comun era á las dos; ya no soy digna
Ni aun del triste placer de consolaros.

MORAYMA.

¡Ay, tierna amiga!....

FATIMA.

Respirad siquiera;
Partid vuestros tormentos y quebrantos,
Y así se aliviarán.

MORAYMA.

Tú no eres madre!

FATIMA.

¡Qué turbacion! ¡Oh Dios! Al punto huyamos
De esta estancia fatal... Ved que cercadas
De espías y asesinos, vuestro llanto,
Vuestro dolor acechan; y aun ya vuelve,
Ya quizá vuestra voz oye el tirano....

MORAYMA.

Yo le busco.

FATIMA.

¡ A Boabdil !

MORAYMA.

Y ahora á sus plantas
Postrada me verás.

FATIMA.

¡ Vos humillaros ,
Vos rogar á Boabdil !

MORAYMA.

Tú no eres madre !...
Yo lo soy.... yo lo soy....

FATIMA.

¿ Y así olvidando
Vuestro valor antiguo, la constancia
Que no abatieron infortunios tantos,
Ni amenazas, ni insultos, ni peligros,
Ni el ver á un tierno padre destronado,
Y á un esposo morir entre verdugos....

MORAYMA.

¡ Ay ! me quedaba un hijo !....

FATIMA.

¿ Y qué, el tirano
Amenaza su vida ?

MORAYMA.

Hoy para siempre
Arrancarle pretende de mis brazos....
¡ Para siempre !... No, bárbaro ; primero
Nos verás espirar.

FATIMA.

Quizá infundados
Vuestros temores son ; una apariencia,
Una pérfida voz, un rumor vago ,
El mismo amor de madre os alucina....

MORAYMA.

No, Fátima : yo propia, yo he escuchado
El decreto cruel.... Turbada, inquieta ,
Acosada de míseros presagios ,
De Boabdil me aparté, mas que su ira
Su pérfida clemencia recelando ,
Cuando á las mismas puertas del alcázar
El bárbaro decreto promulgaron.
Yo, Fátima, le oí ; yo con asombro
Noté cesar el popular aplauso ,
Y escuché entre el silencio pavoroso
Las voces que mi pecho traspasaron....
El inhumano rey en su venganza
Ni aun perdona los restos desgraciados
De la tribu infeliz ; los tiernos hijos
Hoy del materno seno arrebatados....
No ; jamás, hijo mio !.... nunca, nunca ,
Mientras tu madre aliente.

FATIMA.

Aunque irritado
Pronunciara Boabdil la atroz sentencia,
Al fin os va á escuchar ; es vuestro hermano ;
Su propia sangre anima á vuestro hijo...

MORAYMA.

¡ Ay, Fátima ! es el hijo desdichado
Del triste Albinhamad : hoy mismo, hoy mismo,
Su puro corazon sobresaltado
Nuestro mal presagió.... Nunca tan tierno
Me abrazó al despertar ; nunca su mano
Mis ojos enjugó tan cariñosa ,
Con tan sensible afan.... y reclinando
Su triste rostro en mi agitado pecho,
Le regó el inocente con su llanto....
¡ Inocente ! la gloria de tu padre
Es tu crímen , tu ruina.

FATIMA.

Mas en tanto
Que os quedan esperanzas de salvarle ,
No os rindais al dolor : quizá humillaros
Solo intenta Boabdil ; quizá no anhela
Sino haceros temblar con el amago.

MORAYMA.

Hoy me verá á sus piés ; hoy satisfecho
Su orgullo quedará. — Mas si obstinado
Persiste en su furor ; si envilecida
Ruega la hija de Hazen, y ruega en vano....
¡ Ay, Boabdil !....

FATIMA.

Ved que llegan....

MORAYMA.

Fuí esposa
Del gran Albinhamad : no lo he olvidado.

ESCENA II.

MORAYMA, FATIMA, ALI, MAHOMAD.

ALI.

Morayma, dispensad si interrumpiendo
Vuestro justo dolor....

MORAYMA.

¿Venis acaso
A gozaros en él?.... Un solo instante,
Un momento esperad; y coronado
Vuestro triunfo veréis.

ALI.

No tal ofensa
Injusta nos hagais: si procuramos
Triunfar de quien ansiaba nuestra ruina,
Sabemos respetar al desgraciado;
Y no ha mucho yo propio intercediendo....

MORAYMA.

¡Tú, Zegrí, tú!....

ALI.

Jamás finge mi labio
Lo que mi altivo pecho contradice:
Ciego en amar y aborrecer, soy franco;
Persigo á un enemigo, le destruyo;
Mas no lo sé abrazar y asesinarlo.
No lo ignorais, Morayma: frente á frente
Contrasté la altivez de mis contrarios;
Los odié, los vencí.

MORAYMA.

La vil perfidia
Pudo solo vencerlos, no tu brazo...

ALI.

Este brazo, Morayma, ha pocas horas,
Supo abatir su orgullo temerario.

MORAYMA.

¡Ay! mi infeliz esposo no vivia!...
No vivian sus míseros hermanos,
Los héroes mas valientes de su estirpe,
En el patio fatal asesinados.

ALI.

Culpad á sus testigos, á sus jueces,
No á mí, que opuesto al castellano campo,
Al ordenar el rey mi pronta vuelta,
La nueva supe del terrible estrago....
Si en vida los odié como rivales,
Sentí su aciago fin como esforzados. —
Y ¡ay! ojalá que una beldad funesta
No hubiera encarnizado nuestros bandos;
Y quizá unidas las rivales tribus
Contra el comun contrario guerreando,
No llorara la patria tantos males,
Ni vos, ni el mismo Hazen.—Pero si el hado
Así lo decretó; si vuestro padre,
Mi nobleza y servicios olvidando,
Al jefe Abencerraje me pospuso
Y afrentó mi linaje, ya manchado
Con el repudio injusto de su esposa....
¿Seré el culpable yo de tanto daño?
Vos misma me mirarais con desprecio,
Si supiera sufrir tales agravios.
Y aun quizá de mi estirpe, de mi gloria
Me pudiera olvidar; mas me robaron
Mi amor, mis esperanzas, mi contento,
El solo premio que anhelé triunfando....
¿Callais, Morayma?.... ¿Enmudeceis confusa?....

MORAYMA (*volviendo de su distraccion*).

Mucho tarda Boabdil: Fátima, vamos
A morir ó á salvar á un triste hijo,
Unico bien que el cielo me ha dejado!

FATIMA.

Deteneos....

MAHOMAD.

El rey.

ESCENA III.

MORAYMA, FATIMA, ALI, MAHOMAD, BOABDIL CON ACOMPAÑAMIENTO Y GUARDIA.

MORAYMA.

(*Arrojándose á los piés de Boabdil.*)
Hermano mio!...

BOABDIL.

¿Qué haces, Morayma?

MORAYMA.

Deja que abrazados
Tenga tus piés hasta obtener tu gracia...
Aguarda, escucha, mira el triste estado
De esta madre infeliz!....

BOABDIL.

Alza: ¿qué quieres?

MORAYMA.

Soy madre, ¿y lo preguntas?.... Si olvidarlo
Has podido en tu enojo un solo instante,
Mira mi humillacion, mira mi llanto,
Y ten piedad de mí!.... Sí, hermano mio,
Perdona mis insultos, mis agravios
A mi inmenso dolor; y no te vengues
En mi inocente hijo.... Sin amparo,
Huérfano, desvalido, el tierno niño
No tiene mas asilo que mis brazos...
Ten piedad de los dos!... Yo te lo ruego
Por el amor de mis primeros años,
Por tu sangre que corre por sus venas,
Por nuestro triste padre!...... Mas si airado
Te obstinas en vengarte; si no puedes
Borrar de tu memoria mis agravios;
Yo la culpada, yo; mi infeliz hijo
¿En qué pudo ofenderte? ¿en qué es culpado?....
¡Ay! aun ignora el inocente mio
El nombre de su padre desgraciado!....
¿Y así apartas el rostro?... ¿Así desprecias
A esta afligida madre?.... ¡Ni aun alcanzo
Respuesta en mi dolor! — Pues bien: no temas
Que vuelva á importunarte con mi llanto;
Concédeme una gracia; y para siempre
Quédate en paz, Boabdil.... No te demando
Mas merced, mas favor: seguir á un hijo,
Vivir, llorar con él. El desdichado
Solo á llorar aprenderá conmigo;
Yo, hermano, te lo juro: de mi labio
Jamás sabrá su nombre, sus desgracias!....
Mas déjale vivir en el regazo
De esta madre infeliz; no le condenes
A morir en tan triste desamparo....
Muévate á compasion tu propia sangre,
Su inocencia, su edad.... Arrebatado
De su hogar, de su patria, de los suyos,
¿Qué fuera dél sin mí?.... Solo al pensarlo
Me estremezco de horror.... Yo podré al menos
Buscarle un triste asilo en reino extraño;
Yo guardaré su vida; yo su escudo,
Su defensa, su guia.... yo á su lado
Aliviaré mis penas ... y ¡ay! el cielo
Me otorgará morir entre sus brazos!....

BOABDIL.

No: tú, querida hermana, cual yo propio
Vivirás respetada en mi palacio....

MORAYMA.

¿Y el hijo de mi amor?....

BOABDIL.

Feliz, tranquila,
A la sombra del trono de un hermano...

MORAYMA (*con mayor inquietud*).

¿Y mi hijo?.... ¿Y mi hijo?

BOABDIL.

Compadezco
Su desgraciada suerte y tu quebranto...

MORAYMA (*con el extremo del dolor.*)

¡Piedad, Boabdil, piedad!

BOABDIL.

Mas todo cede
Al bien y á la quietud de mis vasallos.

(BOABDIL *se dirige á su aposento, seguido de su comitiva y guardia*: MORAYMA *permanece inmóvil*: *los demás acuden á consolarla.*)

ESCENA IV.

MORAYMA, FATIMA, ALI, MAHOMAD.

FATIMA.

Morayma, triste amiga....

ALI.

¡No á tal punto
Os dejeis abatir.... Aun queda campo
Abierto á la esperanza; aun hay quien tome
Mas parte en vuestras penas y cuidados
Que vos misma pensais.

FATIMA.

Alzaos al menos;
Dejad correr el reprimido llanto;
Suspirad libremente....

MAHOMAD.

Nadie os oye
Que no tenga piedad de vuestro estado...

ALI.

Que no esté pronto á interceder con ruegos,
A exponerse por vos: el cielo santo,
Que sabe mi verdad, testigo sea!

FATIMA.

Venid, llorad entre mis tiernos brazos;
Aliviad ese peso que os oprime,
Que os parte el corazon....

MAHOMAD.

Quizá aplacado
El mismo rey....

MORAYMA.

(*Arroja á* MAHOMAD *una mirada de indignacion; y dirigiéndose hácia la parte por donde se fué* BOABDIL, *dice con el acento del furor reprimido:*)

Boabdil!... Boabdil!... soy madre!...

FATIMA.

¿Qué haceis? tened; oid....

ALI.

Un solo paso,
Una voz, un acento, una imprudencia
Roba toda esperanza: ya son vanos
El insulto, el furor; y solo pueden
Hacer vuestro destino mas infausto;
Ved que os perdeis, Morayma!

MORAYMA.

¿Y qué pudiera
Perder ya en esta vida?....

ALI.

Un hijo amado
A quien debeis salvar.

FATIMA.

Infeliz madre,
Mirad por vos, por él....

ALI.

De vuestro labio
Quizá pende su suerte en este dia:
No lo olvideis, Morayma!

FATIMA.

El desdichado
(Vos misma lo dijísteis) ya en el mundo
No tiene mas asilo, mas amparo
Que su madre....

MORAYMA.

¡Hijo mio!...

ALI.

Sí, aun es vuestro;
Aun quedan esperanzas de salvarlo.....

FATIMA.

¿No lo escuchais?... Es vuestro; quizá hoy mismo
Volveréis á estrecharle en vuestros brazos
Sin temor, sin recelos...

MORAYMA.

¡Hijo mio!
¡Hijo mio!...

(*Yéndose enternecida.*)

ALI (*á Fátima*).

Corred, seguid sus pasos;
No la dejeis ni un hora, ni un instante
Expuesta á su furor...

FATIMA.

¡Ay! ya ha triunfado
El tierno amor de madre; y solo anhela
Desahogar junto á un hijo su quebranto.

ESCENA V.

ALI, MAHOMAD.

ALI.

¿Has sentido jamás, díme, has sentido
Tan grata compasion?... Acostumbrado
De la guerra al estrago y los horrores,
Ni yo propio concibo el sobresalto
Que mi pecho agitó. ¡Con qué ternura
Expresaba la triste su cuidado!
¡Qué sensible, qué hermosa aparecia
En su acerbo dolor!... Su voz, su llanto,
Su abatido ademan, su amor á un hijo
Con su orgullosa condicion luchando,
Su olvido de sí misma, su abandono...
¿No la has visto, Mahomad? ¿No has observado
Mas prendas y atractivo en su amargura
Que ostentó nunca en sus dichosos años?..
Habla, responde...

MAHOMAD.

Déjame que absorto
Te escuche y calle; deja que asombrado
Dude si eres Alí.

ALI.

Sí, soy el mismo
Que de Morayma al padre destronando,
Vengué á un tiempo á su esposa, á mi familia,
A la oprimida patria; quien osado
Supo abatir á la orgullosa tribu
Del fiero Abencerraje...

MAHOMAD.

Y cuando el hado
Te ofrece completar con su exterminio
Tu triunfo...

ALI.

¿Debo acaso deshonrarlo
Persiguiendo á sus hijos inocentes?......
No, Mahomad, no; señálame contrarios
Dignos de mi valor, no tiernos niños
Que no tienen mas armas que su llanto.
¡Infelices!

MAHOMAD.

Sus padres por vengarse
Su orfandad y peligros olvidaron;
¡Y tú olvidas tus riesgos, tus injurias,
La gloria de tu estirpe por salvarlos!....
¡Ay, caro Alí! recelo que en tu alma
No es la sola piedad la que ha labrado
Tan extraña mudanza... Mas advierto
En tu silencio y rostro demudado
Que algun secreto á mi amistad encubres;
Y debo por mi parte respetarlo.

ALI.

No, querido Mahomad, no hay en mi pecho.
Secretos para tí: sincero y franco,
No sé disimular; mas deja al menos
Que confuso me sienta y sonrojado
Al mostrar á tu vista mi flaqueza...
¡Ay! yo esperé, zeloso y despechado
Olvidar entre el bélico tumulto
El tierno amor de mis floridos años....
Luché gran tiempo, le juzgué extinguido,
Y mi triunfo canté. ¡Mas qué engañado
Estaba, caro amigo! Cuando solo
Sentia del furor los arrebatos,
Del odio y la venganza, amor movia
Mi voluntad, mi corazon, mi brazo....
Amor vengaba su desaire injusto,
Del fiero Hazen el trono derribando;
Amor á hierro y fuego perseguia
A mi rival y su orgulloso bando....
¿Qué mas? Sin yo advertirlo, el amor era
Quien en odio implacable disfrazado,
Al causar de Morayma las desgracias,
Se complacia en su dolor amargo:
¡Cuán á mi costa lo conozco ahora!
Apenas triunfo y mi venganza sacio,
Vuelvo en torno la vista, y ya no encuentro
Ni opresor, ni rivales ni contrarios...
Solo á Morayma, mísera, agobiada
Al grave peso de infortunios tantos;
Quise gozarme en su afliccion, y entonces
Sentí con mengua mi funesto engaño.
¡Cuál mi sorpresa fué! Su dolor mismo,
Su constancia, su triste desamparo,

Mas bella la ofrecieron á mis ojos;
Y los afectos todos acallando,
Amor renace en mi agitado pecho,
Lo rinde, lo avasalla cual tirano.
Mas no es aquel amor, blando, apacible,
Que con inquieto afan hizo tan gratos
De mi dichosa juventud los dias;
No, amigo, no: violento, despechado,
Es furor, es delirio; busca solo
Obstáculos y riesgos; y no hallando
Con quien luchar y desfogar sus iras,
En mí venga los males que ha causado.
¡Qué horrible situacion! Me odio á mí mismo,
Compadezco á Morayma, la idolatro,
Maldigo mi victoria; y cuando siento
Traspasado mi pecho con su llanto,
Recuerdo que la infiel á un rival llora,
Su suerte envidio, y en furor me abraso.
Hoy mismo... ¡qué rubor!... al ver su pena,
Al compartir su angustia y su quebranto,
Alguna vez en su infelice hijo
Solo vi al hijo de un rival odiado....
Mas no importa, Mahomad; juré ampararle,
Y en su favor haré mas que he jurado.

MAHOMAD.

¿Y si Boabdil?...

ALI.

No temas que me niegue
Tan liviana merced: debe á este brazo
El trono que hoy ocupa; me ha ofrecido
Mis servicios premiar con larga mano;
Y no puede olvidarlo tan en breve:
No lo receles, no.

MAHOMAD.

Ya asegurado
Sobre el trono se ve; ya nada teme....

ALI.

Pero sabe que Alí no sufre ingratos.—
Y si él ciego se obstina en su venganza,
¿Debemos por ventura abandonarlo
A su propio furor? .. No es de leales
Dejar perderse á un rey; es de malvados.
Hartas lágrimas cuesta y harta sangre
La discordia civil; ya que triunfamos,
No hagamos mas odioso nuestro triunfo
Y el trono á tanta costa levantado:
Quizá nosotros mismos, quizá un dia
Lloráramos ¡ya tarde! haber soltado
La cadena al leon, y sin defensa
Vernos á sus furores entregados....
Mas no será: corramos presurosos
A aplacar á Boabdil; y cimentando
Su trono en la clemencia, juntamente
A la patria y al rey fieles seamos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

AYXA, MAHOMAD.

MAHOMAD.

Así pasó, gran reina: en el delirio
De su ciega pasion me abrió su pecho;
Y aun entonces dudé ver hermanadas
Tanta altivez, tanta bajeza á un tiempo.
Esclavo vil de su pasion mezquina,
Lástima me inspiraba y menosprecio;
Mas al ver su arrogancia, á duras penas
Mi justo enojo refrené encubierto.
En vano por vengar vuestras injurias

Se armaron tantos ínclitos guerreros;
En vano por romper el comun yugo
En la terrible lucha perecieron;
Cual si á él solo debiérais la venganza,
Su existencia la patria, el rey su cetro,
De su vana altivez lisonjeado,
A su valor no encuentra digno premio.
¡Ah! no tan fiero apareció á mis ojos
Cuando el poder de Albinhamad temiendo,
De la valiente tribu que acaudillo
Me demandó el favor: sagaz fingiendo
Vengar nuestra opresion y vuestra afrenta,
No mostraba mas fin ni mas anhelo
Que redimirnos del indigno oprobio
Del yugo abencerraje.... Yo sincero
Le creí; le fié mi hacienda y vida;
Vertí mi sangre en tan glorioso empeño:
Y ya que el cielo nos concede el triunfo;
Ya que por tierra derribados vemos
Al tirano, al valido, á sus parciales;
Cuando otro bien no ansiamos ni otro premio
Sino ver ante el trono confundidos
A tantos héroes celebrar su esfuerzo;
¡Uno solo, uno solo osa insolente
La gloria reclamar del vencimiento!

AYXA.

¡Ah! no es la estéril gloria á la que aspira;
Su pérfida ambicion levanta el vuelo
Mas alto que imaginas: ni tú propio,
Su inseparable amigo en tantos riesgos,
Tú en quien finge con doble alevosía
Depositar sus íntimos secretos,
Le conoces aun; yo sola supe
La máscara arrancarle y conocerlo. —
Recuérdalo, Mahomad: yo en su venganza,
En su amor, en su cólera, en sus zelos
Descubrí su ambicion; yo la vi astuta
Sacrificar sus propios instrumentos,
Mudar de nombre, de disfraz, de senda,
Y encaminarse siempre al mismo intento.
Ufano de su estirpe y poderío,
No reconoce igual, amigos, deudos;
Y el dominio de un rey sufriendo apenas,
Rival del trono, finge sostenerlo.
Pero ya no hay Hazen ni Abencerrajes:
Ya arrastrado Boabdil de los consejos
De su privado infiel, agravia, aleja
Los que mas pruebas de lealtad le dieron;
Y aun de su propia madre recelando,
Al ambicioso Alí se entrega ciego.
Tú le verás en breve cual ostenta
De Albinhamad la pompa y valimiento;
Y á la sombra del trono, insulta impune
Al contrario, al amigo, al rey y al pueblo.

MAHOMAD.

¡Infeliz dél!.... Reciente, ante sus ojos,
En su mismo rival ve su escarmiento;
Que, por mudar de nombre, y no de yugo,
Tantos héroes su vida no expusieron.

AYXA.

¿Qué esperan, pues? Si en el peligro mismo,
Si cuando el triunfo aun vacilaba incierto,
Ya el ambicioso Alí los insultaba,
Sus servicios pagando con desprecios;
¿Qué esperan, cuando firme en su privanza,
Rival no tenga, ni temor ni riesgo?

MAHOMAD.

Aun no es tarde....

AYXA.

¡Aun no es tarde! ¿Y cuánta ruina,
Cuánta sangre no cuesta á un reino entero
Haber dejado al fiero Abencerraje,
Antes de herirle, asegurar su imperio?
¡Qué piadoso, qué cauto hubiera sido
Quien ahogando en su mismo nacimiento
Su ambicion y poder, salvara á tantos,
Escarmentando al opresor soberbio!....
¡Cuántas veces, Mahomad, cual fiel amiga,
Cercano te he mostrado el mismo riesgo,
Si la ambicion de Alí no refrenabas!
Pero sordo á mi voz, te vi indiscreto
Forjar tú propio la servil cadena
A la patria, á los tuyos, á tí mesmo.

MAHOMAD.

¡A mí!

AYXA.

Sí, Mahomad: no sufre iguales
El ambicioso Alí; mientras incierto
Tú aguardas, dudas, tímido amenazas,
Él firme, imperturbable en su proyecto,
Sigue, adelanta, impávido se arroja:
O víctima ó tirano; no halla medio.

MAHOMAD.

Pues víctima será.

AYXA.

¿Qué has pronunciado?....
Calla, Mahomad; y si en tu noble pecho
Arde la indignacion, el justo enojo
Que ya en tu rostro retratados veo,
No el éxito aventures y aun tu vida
Con vanas voces que disipa el viento.
Refrena tu furor; aguarda, acecha
La ocasion oportuna; y cuando ciego
Él propio corra y llegue al precipicio,
El amago y el golpe sienta á un tiempo.—
No tardará, Mahomad: desvanecido
Con su gloria y poder, ve con desprecio
En el débil Boabdil su propia hechura,
Y en derredor de sí tímidos siervos.
En tanto sus amigos y enemigos,
Pesarosos de ser vil instrumento
Del comun opresor, fingen amarle,
Y ansian su ruina, trámanla en secreto;
Y hasta el mismo Boabdil....

MAHOMAD.

¡Boabdil!

AYXA.

¿Te admiras?....
Aprende de su madre á conocerlo:
El que indócil sufrió de un padre el mando,
El que desdeña y odia mis consejos,
Mal sufrirá, ya libre del peligro,
En su vasallo un acreedor soberbio.

MAHOMAD.

¿Y qué será cuando le escuche osado,
La amenaza dorando con el ruego,
Interceder por los proscritos hijos
De la alevosa tribu?.... No pudiendo
Entre la pompa del solemne triunfo
Hablar antes al rey, sufrió violento
Tan corta dilacion; mas muy en breve....

AYXA.

Pues á él propio su ruina confiemos.—
No lo dudes, Mahomad: y si advertido
De su amor y sus pérfidos intentos
Le oye Boabdil; si el nombre de Morayma
Despierta su rencor y sus recelos,
Hoy quizá.... Mas el cielo nos le envía;
Tan propicia ocasion no malogremos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, MAHOMAD.

BOABDIL.

¿Es posible que en dia tan solemne,
Cuando el aplauso y general contento
Cercan mi trono, entre el glorioso triunfo
Busco ansioso á una madre, y no la encuentro?

AYXA.

¿Y á qué, Boabdil?.... Al lado de tu trono
No faltan cortesanos lisonjeros,
Que en público aclamando tu victoria,
Sus despojos codicien en secreto:
Deja á una madre el doloroso encargo
De velar en tu bien; y mientras ellos
Con su pérfido encanto te adormezcan,
Podrá á lo menos descubrir tu riesgo.

BOABDIL.

¿Qué riesgo? ¿Qué decis?.... Dejadme un dia,
Dejadme respirar solo un momento
Sin nuevos sobresaltos.... Salgo apenas
De tan larga zozobra; y cuando espero
Reposar un instante en paz tranquila,
Ya empiezan á inquietarme otros tormentos!....
Si hay mas peligros, por piedad siquiera
Dejad que los ignore; yo os lo ruego.

AYXA (*á Boabdil*).

Pues bien: no los sabrás; vive tranquilo.

(*á Mahomad.*)
Sígueme, y sella el labio.

BOABDIL.

¿Qué es aquesto?
¿Tambien sabe Mahomad?....

AYXA.

Tan solo sabe
Cumplir de su monarca los deseos;
Dejarle en paz; y con su triste madre
Prever sus males, y guardar silencio.
(*Hace ademan de irse.*)

BOABDIL.

No; tened, escuchad.... No, madre mia,
No me dejeis así!.... Decidme al menos
Qué brazo me amenaza; y no en tal duda
Me dejeis batallar con mis recelos.
¿Quién el aleve, quién? ¿Hay uno solo
En quien poder fiarme?....

AYXA.

Cuando ciego
En una sola mano deposites
El poder y la suerte de tu imperio;
Cuando á ajena merced incauto entregues
Tu corazon, tu libertad, tu cetro,
Pregúntalo á tí mismo.

BOABDIL.

Hablad siquiera,
Proseguid, aclarad....

AYXA.

¿Quieres saberlo?....
No de mi labio, no: primero escucha
Las justas quejas del airado pueblo,
El clamor de tu corte, que abatida
Murmura en vano, y ve con sentimiento
Trocado en vil pupilo de un vasallo
Al que nació para señor de un reino.
Mas no los oigas, no: sordo á sus voces
Y á los fieles impulsos de tu pecho,
Ama tu ceguedad, duerme tranquilo
Junto al profundo abismo ya entreabierto....
Mas por última vez oye á una madre,
Que de un hijo infeliz presiente el riesgo:
El que probó sus fuerzas contra el trono
Mal aprendió, BOABDIL, á sostenerlo.

BOABDIL.

¿Qué me anunciais?

AYXA.

¿Te asombras?

BOABDIL.

No mas dudas;
Decid su nombre: ¿Alí?... Mas no recelo
De su amistad; no, madre, no es posible:
Él miró con piedad mi cautiverio
Bajo un padre obcecado; él vengar quiso
Mi opresion, mis agravios y los vuestros;
Y enlazando su suerte con la mia,
Por mí expuso su vida á tantos riesgos...

AYXA.

¡Por tí!.... Calla, Mahomad; y compadece
A tu rey infeliz.

BOABDIL.

Rompe el silencio;
Pronto.

MAHOMAD.

¡Ah, señor!....

AYXA (*indicándole que calle*).

Mahomad....

BOABDIL.

Yo te lo mando.

MAHOMAD.

No os irriteis, señor; ya os obedezco.—
Mas dispensad á mi amistad antigua
Que sienta y llore el doloroso extremo
A que me fuerza mi deber: yo un dia
Tambien, cual vos, imaginé sincero
El corazon de Alí; yo uní á los suyos
Mis votos, mis conatos, mis esfuerzos,
Cual si al único fin se encaminaran
De vuestra gloria y del comun provecho;
Mas.... disculpad al infeliz.... él mismo
De sus propias acciones no era dueño;
Y creyendo quizá serviros solo
De una débil pasion era instrumento....

BOABDIL.

¡Qué sospechas!.... Acaba.

MAHOMAD.

No tan breve
Le condeneis, señor: ni el largo tiempo

Ni sus mismos conatos han bastado
A librarle del triste cautiverio....
Fué su primer amor; desde su infancia
No tuvo otra pasion ni otro deseo;
Y ya cercano al logro de su dicha,
Vió su bien en los brazos de otro dueño...
Él mismo, no ha un momento, en esta estancia,
Me mostró los combates de su pecho;
Mas en vano, señor: la larga lucha,
La ausencia, los obstáculos, los riesgos
En frenesí rabioso han convertido
Su primitivo amor; ni oye consejo,
Ni escucha la razon, ni ve barreras;
Solo ve cerca al anhelado objeto;
Y hoy libre de rivales y contrarios,
Él se teme á sí mismo, y yo le temo.

BOABDIL.

¡Desgraciado Boabdil, ni un solo amigo!..
Yo le he visto solícito exponiendo
Su propia vida por alzarme al trono;
Y cuando apenas de temor ajeno,
A su lealtad me atrevo á confiarme,
Ya me fuerza á mirarle con recelo!....
Mas ¿sabes si la infiel?....

MAHOMAD.

Es desgraciada;
Le amó en su juventud; no ve otro medio
De libertar á un hijo....

BOABDIL.

¿Y Alí acaso?....

MAHOMAD.

Le ha ofrecido salvarle á todo riesgo.

BOABDIL.

¿Quién lo escuchó?

MAHOMAD.

Yo propio.

BOABDIL.

¿Cuándo?

MAHOMAD.

Ahora.

BOABDIL.

¿Donde?

MAHOMAD.

En este lugar.—

BOABDIL.

(*Suspenso y caviloso.*)

Así el perverso
Con fingida piedad me disfrazaba
Su criminal amor!.... Así por premio
De mi clemencia, el pérfido exigia
De mi mayor contraria el torpe afecto!...

AYXA.

¡Ay, ojalá que el solo amor dictase
Su funesta pasion!.... Mas yo entreveo
En ese mismo amor hondos designios,
Que solo de pensarlos me estremezco.
Alí de sangre real.... Alí caudillo
De numerosa hueste... el pueblo inquieto,
Fácil de seducir.... tu lecho estéril....
Morayma hija de Hazen.... ¡Ay, quiera el cielo,
Tu corona y tu vida preservando,
Desmentir mi fatal presentimiento!

BOABDIL.

Mas ¿qué he de hacer?.... Decidme aconsejadme
En tan grave peligro....

AYXA.

¿Y dónde el riesgo,
Dónde está sino en tí? La propia sombra
De tu poder te espanta; y abatiendo
La majestad del trono, débil tiemblas
Ante el ídolo vil que alzaste un tiempo.
¿Lo has olvidado ya? ¿No es obra tuya
Su orgullo, su poder, su valimiento?...
Habla; y ese coloso que te asombra
A un leve soplo le verás deshecho.

BOABDIL.

Vos, vos le conoceis....

AYXA.

Conozco á entrambos:
Temo tu ceguedad; á él le desprecio.—
Ese mismo poder, esa osadía,
Que temible le ofrecen á lo lejos,
Su propia ruina son: desengañados
Sus amigos mas intimos, sus deudos,
Aborrecen su yugo; y de tu rostro
Esperan la señal de su escarmiento.
Medítalo, Boabdil: sé rey un dia,
O quizá tarde aspirarás á serlo.

BOABDIL.

Antes.... Mahomad, de tu lealtad me fio:
Indaga sus designios, sus intentos;
Sé fiel y espera el premio; mas no olvides
Que pende tu cabeza del secreto.

MAHOMAD.

Señor, mi vida es vuestra... Mas él viene.

BOABDIL.

Evitaré su vista....

AYXA.

No es ya tiempo.

ESCENA III.

BOABDIL, AYXA, ALI, MAHOMAD.

ALI.

Gran rey, si ufano del reciente triunfo,
Hoy al nacer el sol fui el primero
Que os dió tan fausta nueva, y de Granada
Os mostró la obediencia y el contento,
Dispensadme si, odiando la lisonja,
A reclamar vuestra piedad me atrevo,
Ya que tan breve el riguroso bando
Ha trocado los vivas en lamentos.
Bien lo preví, señor: los que mas fieles
Vuestra gloriosa causa sostuvieron,
Ven con dolor en inocentes niños
De sus padres vengar los desafueros;
En tanto que las madres afligidas,
Sus tristes hijos presentando al pueblo,
Su compasion imploran, y convierten
El comun gozo en amargura y duelo.
Todo es consternacion: mas que los ayes,
Terror infunde el general silencio;
Y en inquieta zozobra esperan todos
Que revoqueis el rígido decreto. —
Yo lo espero tambien; yo que tan solo
Aguardo esta merced, y parto luego
A reprimir del fiero Castellano
El vano orgullo y temerario intento.
No sé cuál pueda ser; mas de la torre
Que domina el vecino campamento,
Se nota su inquietud, y apercibirse
La numerosa hueste con secreto:
Quizá de los vencidos las reliquias,
Que al enemigo campo se acogieron,
Habrán lisonjeado su esperanza
Con falsas nuevas que creyó el deseo;
Quizá con su expulsion postrada juzgan
A la ciudad en triste desaliento,
Y confusa, aterrada, ya la pintan
Cuál fácil presa al Español soberbio:
Mas en breve, señor, desengañado,
Aprenderá á su costa á conocernos;
Y viniendo á insultarnos en los muros,
Nos verá provocarle en campo abierto.

BOABDIL.

Sí, parte, caro amigo, honor y gloria
De tu patria, columna de mi reino;
Parte, y vuelve á mis brazos coronado
De nuevo lauro á recibir el premio.
¿Qué no te debo, Alí?... Tú hoy aseguras
Del estado la paz; y no contento
Con vencer sus internos enemigos,
Ya á nuevos triunfos aspirar te veo.
Tú los conseguirás: la inmensa hueste,
Con tu voz animada y con tu ejemplo,
Apenas oiga la señal guerrera,
Segura partirá del vencimiento.
No lo retardes, no: yo el grato anuncio
Voy á dar á los ínclitos guerreros,
Y á mostrar cuan gozoso te confío
La defensa y la gloria de mi imperio.
(*Hace ademan de irse.*)

ALI.

Si al propio tiempo revocais piadoso....

BOABDIL.

Corre á triunfar, Alí: deja que el pueblo
En su ciega inconstancia hoy tal vez llore
Lo que mañana aplaudirá contento.

ESCENA IV.

AYXA, ALI, MAHOMAD.

ALI.

(*Despues de un breve silencio, reprimiendo su enojo.*)
¿Es este el galardon?.... Mas no te culpo,
Imprudente Boabdil; oculta veo
La ingrata mano....

AYXA.

Otros testigos busca
Para escuchar tus quejas; y te advierto
Que la esposa y la madre de tus reyes
Nunca puede humillarse á tal extremo.

ESCENA V.

ALI, MAHOMAD.

ALI.

¡Ah! bien merezco tolerar insultos....

MAHOMAD.

Calla, infeliz....

ALI.

¿Porqué?... Los que pudieron
Tan en breve olvidar mis beneficios
Callar deben, no yo.

MAHOMAD.

Deja á lo menos
Que solos, sin testigos ni acechanzas....

ALI.

¿Y qué puedo temer?... Ya nada arriesgo:
Cierta es mi ruina, cierta; el temor solo
Detiene ya su brazo.

MAHOMAD.

No tan presto
La imprudencia confundas del orgullo
Con un odio mortal....

ALI.

Menos recelos
Me infunde esa altivez que osada insulta,
Que de Boabdil los pérfidos obsequios.

MAHOMAD.

¿Qué dices?....

ALI.

Sí, Mahomad: en su alabanza,
En sus falsas caricias, en el ceño
Que su forzado halago desmentia,
Descubrí la ponzoña de su pecho.
¿No le viste, colmándome de elogios,
Fingir olvido, despreciar mi ruego,
Y so color de apresurar mi triunfo,
De sí alejar á un acreedor molesto?....
Ya le agobian mis grandes beneficios;
Pronto querrá librarse de su peso.

MAHOMAD.

No lo dudo, será; mas ¿hay motivo
Para culparle aun?.... Quizá secreto
Algun pesar su pecho atormentaba....

ALI.

No me he engañado, no: dudé algun
tiempo
Mientras su afan disimulaba en vano;
Mas al oir sus pérfidos acentos,
Escuché mi sentencia.

MAHOMAD.

¿Y te confía
Su hueste y la defensa de su reino
Para darte mas armas? ¿A tal punto
Llegará su imprudencia?....

ALI.

A tal extremo
Le arrastra su pavor: tímido, débil,
Por evitar el inminente riesgo
Se expone á mil lejanos, y no cuida
De un porvenir dudoso.... Quizá menos
Al frente le intimido de las tropas
Que en la ciudad: así se libra á un
tiempo
De mi importuna vista, y me abandona
De la azarosa guerra al trance incierto...
¡Quién sabe!.... Quizá el pérfido me
envía
Cual víctima al suplicio; y al momento
Que vencido me mire y afrentado,
Me inmola á su quietud.... Mas aun es
tiempo
De prevenir el golpe ó de vengarle.
(*En ademan de irse*).

MAHOMAD.

¿Dónde, imprudente, adónde?...

ALI.

Ni yo mesmo
En mi furor lo sé.

MAHOMAD.

Fiel á tu lado....

ALI.

No, querido Mahomad: pues tanto debo
A tu antigua amistad, corre, sondea
La intencion de Boabdil; cuál su recelo,

Cuáles son sus designios... Yo entre tanto
Vuelo á ver á Morayma; y si en el riesgo
Que á entrambos amenaza, una voz suya,
Una leve esperanza añade fuego
A mi ciego furor.... con harta sangre
Han de comprar mi ruina los perversos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(El teatro representa un salon perteneciente á la habitacion de Morayma.)

ESCENA I.

MORAYMA, ALI, FATIMA. — UN NIÑO, HIJO DE MORAYMA.

MORAYMA.

No mas, Alí, no mas: ¡hoy pierdo un hijo,
Y osas hablar de amor! ¿Qué mas hicieras
Si despues de salvarle y de vengarme,
Demandaras la justa recompensa?...
Pero es mas fácil con promesas vanas...

ALI.

Nunca de Alí lo fueron las promesas:
¿Qué exigis? pronto estoy.

MORAYMA.

¿Qué es lo que exijo?
Di qué exige tu agravio, tu defensa,
Tu venganza, tu vida....

ALI.

Mi amor basta.

MORAYMA.

Siempre amor!... siempre amor!... Vuélvete, deja
Con su dolor á esta afligida madre;
Quizá ahora mismo tu señor te espera
Para arrancar de los maternos brazos...

ALI.

No me insulteis, Morayma: Alí dió muestras
De que sabe humillar á los altivos,
No oprimir á la mísera inocencia.

MORAYMA.

Quien sostiene en el trono á su verdugo...

ALI.

Hoy sabrá, á pesar suyo, defenderla.

MORAYMA.

Mal la defiende, Alí, quien ve su riesgo,
Y tarda un solo instante en socorrerla.

ALI.

Si tardo, culpa es vuestra; una palabra,
Y vuelo á perecer en su defensa....

MORAYMA (*despues de una suspension*).

Alí, salva á mi hijo!... En tanta angustia
No exijas de una madre otra respuesta.

ALI.

A Dios, Morayma, á Dios: ¿hay ya peligros
Que puedan asombrarme?...

MORAYMA.

Aguarda, espera,
No corras temerario al precipicio....

ALI.

No lo temais: mi solo nombre aterra
A Boabdil en el trono; mis parciales,
Mis amigos y deudos le rodean;
Y el pueblo todo, á compasion movido,
Solo aguarda mi voz y mi presencia
Para oponerse al bárbaro decreto....

MORAYMA.

Y despues.... ¡ah, imprudente, cuál te ciega
Ese inútil valor!.... Doy que conspiren

En tu favor las tribus mas guerreras;
Que alce el pueblo la voz; que intimidado
Boabdil revoque la fatal sentencia....
Mas ¿quién mañana, quién de su venganza
Nos podrá defender?

ALI.

La misma diestra.

MORAYMA.

Hoy que afirmas al pérfido en el trono,
Con doblez y rencor tu lealtad premia;
¿Y esperas guarecerte de sus tiros
Provocando su enojo con ofensas?....
Desengáñate, Alí: quizá el ingrato
Tus beneficios perdonar pudiera;
Quizá te perdonara la osadía
De oponerte á su bárbara violencia;
Pero nunca Boabdil dejará impune
El amar á Morayma.

ALI.

¿Y yo pudiera
Dejarle impune arrebatar mi dicha,
Pagar mis beneficios con afrentas?
¡Ah! no lo receleis: solo el perderos
Años costó de destructora guerra;
Tal vez Boabdil recordará ya en vano
Lo que mi amor y mi venganza cuestan.

MORAYMA.

Si tu amor, tu venganza tanto pueden,
Corre, da la señal; mas antes piensa
Que no hay tregua ni paz con un tirano;
Y que se arruina el que se venga á medias:
O Boabdil ó Morayma.

ALI.

Ya he elegido:
A Dios, Morayma, á Dios!

MORAYMA.

Él te defienda!

ESCENA II.

MORAYMA, FATIMA.

MORAYMA (*despues de un corto silencio*).

¿Callas, Fátima, callas?.... ¿Qué te admira?

FATIMA.

Dejadme que confusa apenas crea
Lo que yo propia oí: ¡la fiel esposa
Del gran Albinhamad, la que tan tierna
Lloró su injusta muerte, y por vengarla
Su propia sangre con placer vertiera,
Hoy su constancia olvida, hoy da esperanzas!....
¡Y á quién, buen Dios, á quién!...

MORAYMA.

Fátima, cesa
De traspasarme el corazon: mi amiga,
Mi consuelo, mi alivio en tantas penas,
Llega á dudar de mí!... ¡Fátima teme
Que de mi esposo la memoria ofenda!....
Yo esperé de tu amor que ni un instante
Mi constancia agraviases con sospechas;
Y que, al cabo de tantos infortunios,
A tu infeliz amiga conocieras.

FATIMA.

¿Mas debí recelar?.... ¡Ah! no es posible;
No es Morayma capaz de tal bajeza.
Cuando ciego de amor Alí no duda
Cumplir á todo trance su promesa,
Y por salvar de su rival al hijo,
De sí se olvida y aun la vida arriesga;
¡Una falsa esperanza, una perfidia
Serán su único premio y recompensa!

MORAYMA.

No, Fátima, jamás: salve á mi hijo,
Y no me culpará.

FATIMA.

Mas si él anhela
Tan solo vuestro amor y vuestra mano...

MORAYMA.

Tranquilízate, Fátima; no temas
Que pérfida ni infiel tu triste amiga....

FATIMA.

Proseguid; acabad....

MORAYMA.

No estés inquieta.
¿No me ves?.... ¿no me ves? Ya ma tranquilo
Late mi corazon.

FATIMA.

Mas me amedrenta
Esa aparente calma, esa sonrisa,
Que el antiguo furor. Logre siquiera
Saber de vuestro afecto....

MORAYMA.

Que hoy perdia
Al hijo de mi amor; que su defensa
Pendiente estaba de mi propio labio;
Que un momento dudé; mas que tremenda
La triste voz de mi infeliz esposo
Me mandó libertarle.... No mas quieras
Saber de mí; no mas. Si hoy apiadado
El cielo oye mis súplicas; si venga
De un caro esposo la inocente sangre;
Y me concede por merced postrera
Dejar seguro á mi adorado hijo....

FATIMA.

¡Ay, triste amiga!...

MORAYMA.

¿Lloras?... Siempre queda
Al desdichado un medio de salvarse!
No llores, no, por mí... quizá mis penas
Hoy mismo acabarán. Mas si tan grata
Te ha sido mi amistad, aquí te queda
En quien probar tu amor y tu memoria...
Sé, Fátima, su madre; de ti aprenda
A amar á la virtud; díle que solo
Hasta salvar su vida y su inocencia
Mi vida conservé... que le vi libre,
Que di gracias al cielo, y satisfecha
Volé á abrazar á mi adorado esposo....

FATIMA.

¿Qué decis, tierna amiga? ¡En vos cupiera
Ese designio atroz!....

MORAYMA.

Y cuando llore
A su mísero padre... cuando vea
Con respeto y terror la triste fuente
En que perdió la vida... *aquí sus penas,*
Aquí lloraba tu afligida madre....
Aquí besaba la sagrada tierra,
Teñida aun con su inocente sangre!...
¿Se lo dirás?... Sí, Fátima; y observa
Su angustia, su dolor... si te pregunta
Si su madre infeliz le amaba tierna...
¡Ay, hijo mio! Ven, ven á mis brazos;
Y mira si te amo...

(*Va á abrazar á su hijo, y suspéndese asombrada, como si oyese ruido hácia la puerta.*)

Mas ¿qué suena?...
¿Oiste, Fátima, oiste?

FATIMA.

El dolor mismo
Os finge esa ilusion...

MORAYMA.

No; ya se acerca
El confuso rumor, y con espanto
La sangre toda en mi interior se hiela...
Ellos son!... ellos son!... ¡Hijo del alma,
Quizá te abrazo por la vez postrera!....

(MORAYMA *ampara con sus brazos á su hijo, al ver entrar la guardia africana de* BOABDIL *y á él en seguida.*)

ESCENA III.

MORAYMA, BOABDIL, FATIMA, GUARDIA AFRICANA.

BOABDIL.

Pronto: cumplid mi órden. ¿Qué os suspende?...
De entre sus mismos brazos con violencia
Arrancadle al instante.

MORAYMA.

Antes mi vida...
¡Ay de mí!

(MORAYMA *cae desmayada al quitarle su hijo;* FATIMA *la sostiene; y el jefe de la guardia parte con el hijo de* MORAYMA, *al recibir la órden de* BOABDIL.)

BOABDIL.

A tí lo fio; y tu cabeza
Me responde, Aliatar, de su custodia.—
Vosotros apartad de mi presencia
A esa aleve...

FATIMA.

¡Señor!

BOABDIL.

Si la amas tanto,
Díle que un hijo me responde de elia.

(FATIMA *retira á* MORAYMA, *que aun permanece desvanecida, ayudándole algunos de la guardia de* BOABDIL, *que no habrán ido con* ALIATAR.)

ESCENA IV.

BOABDIL.

Ya respiras, Boabdil; ya desarmaste
A esa pérfida hermana... ¿Y no te queda
Un contrario mas fiero y mas temible?...
¡Desdichado Boabdil, cuál es tu estrella!
Temer, vengarte, odiar aborrecido,
Y maldecir tú mismo tu grandeza.

ESCENA V.

BOABDIL, MAHOMAD.

MAHOMAD.

No hay ya duda, señor: habló á Morayma;
Juró exponer la vida en pro y defensa
De su proscrito hijo; pidió en premio
Su corazon, su mano... Mas no era
Bastante aun el libertar á un hijo;
Exigen mas, señor!... Pero se niega
Mi labio á pronunciarlo...

BOABDIL.

Di; no tardes....

MAHOMAD.

Sangre exigen tambien.

BOABDIL.

¿Y cuál?

MAHOMAD.

La vuestra.

BOABDIL (*despues de una suspension*).

¡Piden mi sangre! ¡y quién, mi propia hermana!

MAHOMAD.

Yo con horror y asombro pude apenas
Escucharlo de Alí: ciego de ira,
De amor y de venganza, ante las puertas
De este alcázar le hallé; su voz, su rostro
Manifestaban su pasion funesta,
Aun mas que los acentos mal formados
Que su furor dictaba...

BOABDIL.

Mas ¿qué intenta?
Nada me ocultes, nada.

MAHOMAD.

En su delirio
Apenas él lo sabe; mas no encuentra
Barreras que le atajen, ni peligros
Que no atropelle osado. Solo anhela
El amor de Morayma; y vos, vos solo
Sois ya el único obstáculo. — Yo, en prueba
De mi antigua amistad, procuré en vano
Refrenar su pasion; mas su violencia
Cómplices busca en su fatal designio,
No razon ni consejo; y cual si fuera
Igual en todos el amor, la ira
Que á tal punto le arrastran, ni aun sospecha
Que le puedan negar su voz y brazo
Para el crímen atroz que hoy mismo intenta.

BOABDIL.

¡Hoy mismo!...

MAHOMAD.

Sí, gran rey: á una voz suya,
Armadas juzga las terribles diestras
De sus deudos y amigos; sublevado
El inconstante pueblo en su defensa;
Y por saciar su amor, la triste patria
De sangre y luto y mortandad cubierta.

BOABDIL.

¡Ay, Mahomad!... en tí solo, en tí confía
Tu desgraciado rey... vé, corre, vuela,
Preven á los caudillos mas leales...

MAHOMAD.

Ya lo están, no temais.

BOABDIL.

¿Y quién pudiera?...

MAHOMAD.

Vuestra madre, señor, que previó cauta

El aleve designio.

BOABDIL.

Mas si llega
A conmoverse el pueblo...

MAHOMAD.

Aun ve aterrado
El estrago y la ruina que le cuesta
La discordia fatal; y aunque mostrara
Su estéril compasion, cuando ya vea
Que en vez de llanto se le pide sangre,
¿Por ajeno interés querrá verterla?

BOABDIL.

Con todo, vé, no tardes; oye, indaga...

ESCENA VI.

BOABDIL, MAHOMAD, AYXA.

AYXA.

¿Qué haces, Boabdil, qué haces? ¿A qué esperas?

BOABDIL.

¡Ah, madre mia! en tan cruel conflicto
No, no me abandoneis...

AYXA.

¿Y qué te inquieta?
Ya su lealtad te ofrecen mil caudillos....

BOABDIL.

Mas ¿dónde está el traidor? ¿qué es lo que intenta?
¿Ha concitado al pueblo?

AYXA.

Un fiel esclavo
Le llevó con ardid la infausta nueva
De la prision del hijo de Morayma;
Y la misma pasion que ahora le ciega,
Su brazo detendrá. Mas no es bastante
Suspender su atentado; hoy mismo es fuerza
Que de una vez acaben para siempre
Su ambicion, sus designios, su soberbia.—
¡Y callas!... ¡y aun vacilas!... Pues bien: baja,
Baja del trono como débil hembra,
No te vengues cual rey; pero no aguardes
Que tu madre infeliz víctima sea
De tu propia flaqueza, y vil escarnio
De un fiero usurpador... ¡Antes perezca,
En las ruinas del trono sepultada,
Que sufra infame tan indigna afrenta!..
(*En ademan de irse.*)

MAHOMAD.

No, gran reina, dignaos...

BOABDIL.

¡Mi propia madre
Así me desampara!

AYXA.

¿Y qué aprovecha
Con inútiles voces advertirte
Tu peligro, tu ruina?... Hoy te aconseja
Tu desgraciada madre; hoy ves cumplirse
Su fatal vaticinio; y cuando espera
Que al punto acudas á evitar el golpe,
¡Incierto dudas, y cobarde tiemblas!

BOABDIL.

No tiemblo, no; pero dejadme al menos
Deliberar...

AYXA.

Un rey no delibera;
O se venga ó perece.

BOABDIL.

Mas ¿qué medio
De vengarme?

AYXA.

¿Lo ignoras?

BOABDIL.

Cuando apenas
Respira el pueblo de tan larga lucha....

AYXA.

Tu misma indecision hoy le condena
A nuevos infortunios: solo un golpe,
Una víctima sola le liberta
De destrozar él propio sus entrañas,
Tu trono afirma, tus insultos venga....
¡Y osas dudar aun!.... Espera, aguarda
A que vuelto el traidor de su sorpresa,
Sabedor de su riesgo y tus designios,
Si el débil pueblo su favor le niega,
Se presente á las tropas....

BOABDIL.

No! volemos
A acelerar su ruina; mas no sepa
Que penetré su infame alevosía....
Corre, Mahomad; disipa sus sospechas;
Suspende su furor.... Y vos en tanto
Venid; á vos me entrego.... y pues me fuerzan
A ser cruel y á derramar mas sangre,
Sálvese un pueblo, y el traidor perezca.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Es de noche: el teatro representa el famoso *patio de los leones*, con la fuente de este nombre en medio: varias calles de agrupadas columnas forman el contorno, que se pierde á larga distancia; óyese de cuando en cuando el sordo ruido del viento, y se divisa en el suelo una compuerta de hierro, que denota cerrar la entrada de un camino subterráneo.)

ESCENA I.

MORAYMA, FATIMA.

MORAYMA.

(*Acercándose lentamente.*)
¿Tiemblas, querida amiga?.... ¡Ay! tú no eres
Infeliz, cual Morayma.... Este silencio,
La soledad, la noche, el triste sitio,
El eco sordo del lejano viento,
Con majestad terrible lisonjean
Mi profundo dolor.... y apenas huello
Estas sangrientas losas, me parece
Que á mi querido Albinhamad me acerco.
Allí, Fátima, allí....

(*Dirígese á la fuente, hinca una rodilla en tierra, y queda abandonada á su melancolía.*)

FATIMA.

¿Y así vos misma
Quereis acrecentar vuestros tormentos,
En vez de consolaros?.... Hoy que sufre
Tan grave angustia vuestro tierno pecho,
¿Venis incauta á este lugar aciago
A renovar tan míseros recuerdos?....
No, triste amiga, no: quizá fingido
Fué el misterioso aviso, y Alí mesmo
Lo ignorará tal vez.... Pero si intenta,
A favor de la noche y del secreto,
Hablaros y salvar á vuestro hijo,
Cual anunció el esclavo, ¿no hay mas medio
Que venir á esta estancia pavorosa,
Que en su furor maldijo el mismo cielo?....
¡Ay, tierna amiga! huyamos de este sitio,
Fatal á la inocencia.... yo os lo ruego
Por mi ley, por mi amor....

MORAYMA.

Sí, caro esposo,
Ya oigo tu triste voz!.... y si conservo
Mi amarga vida por salvar á un hijo,
Tu imágen, tus delicias.... ¡Con qué extremos
De amor y de ternura le abrazabas
En la noche fatal!.... Aun te estoy viendo,
Al recibir el pérfido mandato,

No poder apartarle de tu seno,
Dejarle entre mis brazos, y mil veces
Por la postrera vez volver á verlo....
¡ Ay, triste esposo, quién, quién me dijera
Que era la última vez !.... Quizá tu pecho
Lo presagió leal; mas no quisiste
Partirme el corazon.... Yo te vi lento
Seguir á tu verdugo, y con los ojos
Despedirte de mí.... ¡ Con qué tormentos
En el trance fatal te acordarias
De tu infeliz Morayma !....

FATIMA.

Hácia lo lejos
Suena rumor....

MORAYMA.

¿Qué dices?

FATIMA.

Pronto, huyamos....

MORAYMA.

Alí será; no temas: los perversos
No osarán profanar con su presencia
Esta mansion de muerte.... Ven; lleguemos.

ESCENA II.

MORAYMA, FATIMA, ALI.

ALI.

Morayma....

Él es.... ¿Adónde está mi hijo?

ALI.

En este mismo instante vais á verlo.

MORAYMA.

¡ A mi hijo !.... No así, no así te burles
De esta mísera madre.... ten al menos
Piedad de su dolor !.... Díme si vive,
Si está afligido, si me busca inquieto....

ALI.

Vos misma lo veréis.

MORAYMA.

¿Será posible?....

ALI.

Sí, desgraciada madre: al fin el cielo
Os mira con piedad; y cuando en vano
Redoblé mis inútiles esfuerzos;
Cuando apenas hallé quien no temblase
Al contemplar mi arrojo; y de ira ciego,
A perecer impávido corria
O á sublevar al inconstante pueblo,
Un esclavo leal me dió el aviso
Del último infortunio.... y al momento
Temblé por vos, por vuestro tierno hijo...

MORAYMA.

¡ Ay ! yo tambien temblé; yo vi su riesgo,
Al recobrar la vida; y que yo propia,
Yo traspasaba su inocente pecho.

ALI.

Ese mismo temor, vuestro peligro,
Vuestro expreso mandato suspendieron
Mi inútil frenesí; dudé indeciso,
Vacilé largo espacio.... Mas el zelo
Del fiel Mahomad me socorrió piadoso,
Me salvó de mí mismo: no era tiempo
De elegir, de dudar; mi propio amparo,
Hasta mi triunfo os era mas funesto
Que el odio de Boabdil; y ya veian
Mis tristes ojos su puñal sangriento....
En tanta angustia, en tan cruel conflicto,
El cielo mismo nos inspira el medio
De salvar á esa víctima inocente....

MORAYMA.

¿No me engañas, Alí?.... ¿Volveré á verlo,
A abrazarle otra vez?

ALI.

El oro pudo
Lo que en vano esperé de mi ardimiento:
Con dádivas, con ruegos, con promesas
A Aliatar sedujimos; y el deseo
De gozar en su patria sus tesoros
Su pecho nos rindió.

MORAYMA.

Dios justo y bueno,
Esta afligida madre te bendice
Por tu inmensa merced ! Vuelve á mi seno,
Vuélveme, ó Dios, á mi adorado hijo,
Y abrazados, contentos moriremos !....

FATIMA.

¿Qué decis?

ALI.

¿Qué anunciais?.... Libre, seguro
La aurora le verá: ya con secreto
Está su pronta fuga concertada....

MORAYMA.

¿Lejos de mí?.... Jamás!

ALI.

¿Y qué otro medio
Nos queda de salvarle?

MORAYMA.

¿Y no le queda
El de morir conmigo?.... Quizá el cielo
Nos quiere unir á su inocente padre....

FATIMA.

¡Ah! no insulteis en tan fatal momento
Su inefable bondad: ya que piadoso
Os salva á un hijo de tan grave riesgo,
No querais exponer su triste vida,
Y al cielo calumnieis.

ALI.

Él nos ha abierto
La funesta prision; él ha arrancado
La triste presa á su verdugo fiero;
Él nos muestra la senda; él nos prescribe
Libertar esa víctima.... y tremendo
Ya, ya os demanda su inocente sangre,
Si os negais á su voz!.... Pero no temo
De vos tanta crueldad: justo es el llanto,
Justo vuestro dolor y desconsuelo;
Os apartais de vuestro tierno hijo....
Mas recordad tambien que un breve esfuerzo
De las garras le salva de la muerte;
Y que mañana para siempre es vuestro.
Por esa oculta subterránea senda,
Que labró de Boabdil el torpe miedo,
Le conduzco seguro hasta mi campo:
En él hallará asilo; mis guerreros
Guardarán cual depósito sagrado....

MORAYMA.

Calla, Alí...¿No escuchais?.... Ya oigo á lo lejos
Silenciosas pisadas.... Es mi hijo!
Voy á verle, á estrecharle.... Mas el viento
Burló mi triste afan... ¡Ah! tú me engañas;
Le perdí para siempre.

ALI.

Compadezco
Vuestra tierna inquietud...

MORAYMA.

¿Y porqué tarda?
¿A quién lo encomendaste? ¡En tanto riesgo
Le abandonaste así!.... Quizá á estas horas
Amenazan su vida.... tú, tú mesmo
Le vendiste tal vez... Mas no, perdona;
Mira la situacion en que me encuentro,
Y ten piedad de mí.... Corre á buscarle,
Vuelve con él.... ¿No vas?

ALI.

Ya llegan: vedlo.

ESCENA III.

MORAYMA, FATIMA, ALI, MAHOMAD CON EL HIJO DE MORAYMA, ALIATAR, *que se queda en el fondo del teatro, y trae oculta con el albornoz una antorcha encendida.*

(Los actores, en esta escena, se colocarán de esta suerte: Morayma en el centro; á su derecha Fátima, y á su izquierda Alí; al lado de este, y cerca del camino subterráneo, Mahomad.)

MORAYMA.

(*Corriendo hácia su hijo.*)

Ven, hijo mio, ven!

MAHOMAD.

Pronto: á salvarle!

MORAYMA.

(*Sentándose en un banco de piedra.*)

Así, hijo mio, enlázate á mi cuello;
Mas todavía, mas.... ¿Quién en el mundo
Podrá ya separarnos?.... Mas ¿qué advierto?

¿Lloras tambien?... Yo lloro de ternura,
De volverte á estrechar contra mi seno...
No temas, no; te encuentras en los brazos
De tu madre infeliz.

ALI.

No malogremos
Tan propicia ocasion....

MAHOMAD.

A cada instante
Se aumentan los obstáculos y riesgos...

FATIMA.

¡Quién sabe si á estas horas ya el tirano....

MORAYMA.

¿Y qué quereis de mí?

ALI.

Solo queremos
Salvar á vuestro hijo.

MORAYMA.

¿Y arrancarle
De mis brazos?.... No; nunca! Antes prefiero
Morir con él mil veces. — No, hijo mio,
No tienes que temblar; yo te defiendo.

FATIMA.

¡A qué punto, Morayma, triste amiga,
Os ciega la pasion y el sentimiento!
¿Cómo olvidar podeis que ha un solo instante
Le llorábais perdido....

ALI.

Y que ahora mesmo,
En poder del tirano y sus verdugos,
A una voz suya todos perecemos?

MORAYMA.

Pues salvaos.

ALI.

Salvarnos!.... No, Morayma,
No así agravieis nuestra amistad y afecto;
Si temblamos, por vos solo temblamos
Y por ese inocente.

MORAYMA.

No ha un momento
Que te tengo, hijo mio, y ya pretenden
Apartarme de tí!

ALI.

Pero si vemos
Que de un momento solo, de un instante
Pendiente está su vida....

MAHOMAD.

Y que el postrero
Es este ya quizá....

MORAYMA.

Pues bien, dejadme;
Pronta estoy á morir.

FATIMA.

Ved que ese empeño....

MORAYMA.

¡Tú tambien contra mí!.... Dejadme todos,
Dejadme con mi hijo; nada temo.

ALI.

(Despues de una breve pausa.)
¿Estais resuelta?....

MORAYMA.

Sí.

ALI.

Mahomad, amigo,
Sálvate tú.... conduce al campamento
A ese infeliz tambien; y allí en mi tienda
Hallará mis tesoros.... A lo menos
No sufra yo el dolor de ser testigo,
Causa de vuestra muerte!

MAHOMAD.

Compañero
En todos tus peligros....

ALI.

No, no quieras
Mas infeliz hacerme.... yo agradezco
Tu generosa oferta, y con mi sangre
Pagártela querria; mas te ruego
Por última merced que aqui me dejes,
Y te salves al punto.

MORAYMA.

Alí!....

ALI.

No tengo
Nada mas que pedirte.... y que no olvides

A tu mejor amigo....

(*Alargándole la mano.*)

A Dios : el cielo
Te ampare y te proteja !

MORAYMA.

Alí!....

ALI.

¿Qué aguardas?
Véte, amigo, vé en paz.... Sabes, ha tiempo,
Que sé esperar la muerte.

MORAYMA.

(*Levantándose con precipitacion.*)

No; detente,
No te vayas, Mahomad... Yo sola debo
Ser infeliz, yo sola.... Hijo del alma!
Ya te perdí. —

ALI.

Vuestro dolor acerbo
Os hace ver mil riesgos que no existen:
¿Qué pudiérais temer?

MORAYMA.

¿Qué es lo que temo?....
No tienes hijos, no; si los tuvieras,
No me lo preguntaras.

ALI.

Mas si advierto
Que vuestro mismo amor os representa
Mil soñados peligros....

MORAYMA.

¿Y si ciertos
Fueran tal vez?.... ¡Dios mio! de pensarlo
Siento un sudor de muerte....

ALI.

Sin recelo
Entregadme, Morayma, á vuestro hijo:
Alí le lleva, y le protege el cielo.

FATIMA.

No dudeis, triste amiga: un solo instante
De valor, y está en salvo.

MORAYMA.

¿No hay remedio?

ALI.

¿Y cuál otro nos queda?

MORAYMA.

¿No hay ninguno?

ALI.

Por mi parte, Morayma, no lo encuentro.

MORAYMA.

Ninguno!.... Infeliz madre, salva á un hijo,
Y espira de dolor.... Yo te lo entrego,
Alí.... mi vida misma te confío,
Mas que mi vida, sí.... Pero á lo menos
Que le vuelva á abrazar.... ved que hasta el alma
Se me arranca con él!

(*Morayma, ya en el acto de entregar á su hijo, vuelve á retirarlo y le abraza*).

FATIMA.

Mas ¿á qué efecto
Prolongar, triste amiga, la amargura
Del duro sacrificio? Un solo esfuerzo,
Uno solo, Morayma....

MORAYMA.

Sí..... estoy pronta....
Mas no sé qué fatal presentimiento
Me oprime el corazon....

FATIMA.

La misma lucha
Que estais en este instante padeciendo
Os causa esa congoja....

MORAYMA.

No lo creas;
Este afan, esta angustia que ahora siento
No la sentí en mi vida, y es presagio
De mayores desdichas.... Yo te pierdo,
Hijo mio, te pierdo! de una madre
El corazon no miente.

FATIMA.

Resolveos,
Desventurada amiga....

ALI.

De vos sola
Pendiente está su suerte....

FATIMA.

Animo, aliento,
Morayma....

MORAYMA.

Sí... ya voy... toma en tus brazos...

¡Hijo de mis entrañas!... Vedlo, vedlo,
No me quiere soltar.

FATIMA.

Dádmele....

MORAYMA.

Voy....

FATIMA.

(*Desprende de los brazos de* MORAYMA *á su hijo, y se lo entrega de pronto á* ALI.)

Sálvale, Alí.

MORAYMA.

No; aguarda!.... Ya no puedo
Mas....

FATIMA (*sosteniéndola.*)

¿Qué teneis?....

ALI (*á Mahomad.*)

Consuela tú y ampara
A esa infeliz, en tanto que yo vuelo
A salvar á su hijo....

MORAYMA.

Aguarda....

ALI.

Pronto,
Aliatar....

(*Este se habrá ido antes acercando, y acude presuroso.*)

MORAYMA.

Un instante!

ALI.

A Dios: te ofrezco
Perder por él la vida.

MORAYMA.

Un solo instante!
Siquiera por la angustia que padezco....

(ALIATAR *habrá ya abierto la compuerta, ayudándole* MAHOMAD, *y estará dentro del subterráneo, con la antorcha encendida:* ALI *entra velozmente detrás de él con el niño;* FATIMA *detiene en sus brazos á* MORAYMA: MAHOMAD *se aleja, y desaparece.*)

ESCENA IV.

MORAYMA, FATIMA.

MORAYMA.

(*Se acerca, y se inclina hácia el camino subterráneo, cuya puerta habrá quedado abierta.*)

Hijo mio.... hijo mio.... ¡Cómo llora
La prenda de mi alma!....

(*Híncase de rodillas con el mayor abatimiento.*)

Dios eterno,
Amparo y protector de la inocencia,
Tú que ves la afliccion y desconsuelo
De esta madre infeliz, salva á mi hijo,
Y ampara su orfandad!... Yo te lo ruego
Por la inocente sangre de su padre,
Por las amargas lágrimas que vierto,
Por mi inmenso dolor.... Salva á mi hijo!

(*En este punto, óyese un confuso rumor en la senda subterránea, y se distingue la voz de* ALI, *que exclama:*)

ALI.

Asesinos!....

MORAYMA (*alzándose despavorida*).

¡Gran Dios!

FATIMA (*en ademan de contenerla*).

¿Qué haceis? Teneos....

(*Oyese mas profunda y desfallecida la voz de* ALI:)

ALI.

Asesinos!....

MORAYMA.

Apártate.... Hijo mio!
Yo moriré á tu lado...:

FATIMA.

¿Y ese estruendo?....

(*Suena en el fondo del teatro un ruido espantoso, y se oyen los gritos de la guardia:*)

GUARDIA (*dentro*).

Traicion!.... traicion!....

FATIMA.
(*Arrojándose á los piés de Morayma.*)
Tened....

MORAYMA.
(*Con el pasmo del dolor.*)
¿Oiste el quejido?
Murió... murió... su sangre correr veo...

ESCENA V.

MORAYMA, FATIMA, BOABDIL, AYXA, MAHOMAD, GUARDIA AFRICANA Y GENTE DEL PALACIO.

(*Entran precipitadamente por todos lados la guardia y los satélites de* BOABDIL, *con sables desnudos y antorchas encendidas: síguelos el* REY; *y poco despues* AYXA, *que se colocará á su derecha, y* MAHOMAD *que se quedará algo detrás:* FATIMA *se aparta un breve espacio:* MORAYMA *permanece inmóvil.*)

BOABDIL (*al salir*).
Corred, volad, buscad por todas partes;
Hasta en el mismo centro de la tierra
Perseguid al malvado... Aquí Morayma!
No hay duda, amigos: la traicion es cierta.

AYXA (*señalando la compuerta de hierro*).
¿No ves, Boabdil, no ves?....

BOABDIL.
Id al instante,
Y conducidle muerto á mi presencia.

(*Los mas de la guardia permanecen en la escena; algunos corren y entran en el subterráneo.*)

MORAYMA. (*enajenada y fuera de sí*).
¿Y mi hijo, Boabdil?.... ¿Dónde le ocultas?
Vuélvemelo, cruel; y que siquiera
Le abrace al espirar....

BOABDIL.
Hola! llevadla
Donde jamás su voz á escuchar vuelva.

MORAYMA.
¡Sin mi hijo!.... no.... no.... yo no le dejo
En tu poder, malvado: tú quisieras
Arrancarle la vida; y él no tiene
Mas amparo que yo.

AYXA.
¿Cómo toleras
Que te insulte esa infame?

MORAYMA.
Y tú, ¿quién eres,
Mujer cruel, quién eres, que así anhelas
La sangre de mi hijo?.... Si eres madre,
Permita Dios que como yo te veas!

AYXA.
Infeliz!....

MORAYMA.
¿Me amenazas?... Tú no sabes
Que he perdido á mi hijo, y no me queda
Que perder en el mundo... mira, mira:
Tranquila estoy.
(*Clava en ella sus ojos, con una risa sardónica.*)

BOABDIL.
No mas.

(*Sale del subterráneo un caudillo de la guardia, trayendo muerto en sus brazos al hijo de* MORAYMA *ensangrentado, y va á presentarlo á* BOABDIL.)

CAUDILLO.
Junto á la puerta,
En su sangre nadando hemos hallado
A Alí con este niño....

MORAYMA.
¡Ay!

BOABDIL.
Detenedla....

(MORAYMA *habrá vuelto de repente el rostro, al oir las últimas palabras del caudillo de la guardia; y al ver á su hijo, arroja ese grito, y corre á abrazarle: al llegar junto á él, cae desplomada.—*FATIMA *acude á su socorro; y se coloca junto á ella.—Algunos de la*

guardia, que habrán hecho ademan de ir á detener á MORAYMA, *quédanse suspensos.*)

Conducidla al instante á su aposento;
Y en volviendo á la vida....

FATIMA.

Ya no alienta
La infeliz....

BOABDIL.

¡Es posible!

FATIMA.

El mismo extremo
De su dolor la ahogó... ¡Quién te siguiera,
Amiga desdichada!....

BOABDIL.

Pronto, huyamos
De este lugar de horror.

AYXA.

¿Qué te amedrenta?
Oye, aguarda....

BOABDIL.

Venid, seguidme todos....
Bajo mis mismos piés huye la tierra.

FIN DE LA TRAGEDIA.

EDIPO.

TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Sabida cosa es que el argumento de *Edipo* logró la mayor aceptacion y aplauso así en Grecia como en Roma, habiéndole manejado á competencia los mejores trágicos de ambas naciones; y que en especial Sófocles dió á luz una composicion bellísima, celebrada con entusiasmo por los maestros del arte, y reputada justamente hasta el dia como el ejemplar mas perfecto que en clase de tragedias nos legase la antigüedad.

Mas ese mismo argumento, si se le presenta en el teatro moderno, ¿podrá prometer un éxito, ya que no igual, al menos parecido?.... Esta es la primera duda á que dará lugar el solo título de esta tragedia. No faltará quien crea que un asunto de esa especie no debiera en nuestra edad volver á presentarse en las tablas; y que la diferencia de tiempos y de costumbres, de leyes y de gobierno, de máximas morales y de creencia religiosa podrán tal vez ser causa de que parezca hoy dia indiferente é insulso lo que tan vivo interés excitaba hace muchos siglos. Esta reflexion, de que se ha hecho mérito de varios modos y en repetidas ocasiones, no deja de tener peso; y casi me hubiera retraido de empresa tan aventurada, á no estar convencido plenamente de que, á pesar de cuantas desventajas ofrezca respecto de este punto el teatro moderno, es tan bello y tan trágico de suyo el argumento de *Edipo,* que, con tal que no se le adultere ni desfigure, excitará siempre los sentimientos mas vivos en el ánimo de los espectadores.

Y porque no se crea que estoy muy apegado á este dictámen únicamente por ser mio, procuraré buscarle por fiador á un célebre maestro: «La tragedia de *Edipo* (decia Voltaire en sus famosos *Comentarios*) es sin disputa, á pesar de sus graves defectos, la obra maestra de la antigüedad. Todas las naciones ilustradas la han admirado de consuno, si bien han convenido en las faltas de Sófocles. ¿Porqué, pues, este mismo argumento no ha logrado un éxito completo en ninguna de esas naciones? No consiste ciertamente en que no sea muy trágico. Ha habido quien pretenda que no se puede tomar vivo interés en los crímenes involuntarios de Edipo, y que su castigo excita mas bien indignacion que lástima; pero esta opinion se ve contradicha por la experiencia: porque todo lo que se ha imitado de Sófocles en el *Edipo,* aunque haya sido con poco acierto, ha logrado siempre éxito en nuestra nacion; al paso que se han reprobado todas las cosas

extrañas á ese argumento que se han mezclado con él. Debe pues inferirse que hubiera convenido manejar el argumento de *Edipo* con toda la sencillez griega. ¿Y porqué no lo hemos hecho? Porque nuestros dramas, compuestos de cinco actos y sin el auxilio del coro, no pueden ser conducidos hasta el último acto sin socorros extraños al asunto; de donde proviene que los recargamos de episodios, hasta el punto de ahogarlos. »

Mucha razon me parece que tenia Voltaire en lo que acaba de decir; pero los poetas modernos que han tanteado este argumento, sin exceptuar mas que á uno, no estaban muy convencidos, á lo que se deja entender, de la exactitud de las anteriores reflexiones; y cual mas cual menos, todos ellos se han empeñado en seguir un rumbo enteramente distinto del que tan acertado les parecia en el teatro griego. Mas ¿de dónde ha nacido este empeño? Hé aquí la razon que lo ha motivado, dando lugar, en mi concepto, á muchos extravíos. Ante todas cosas se ha dado por supuesto que el argumento de *Edipo*, aunque ofrezca singulares bellezas, es muy reducido y escaso; capaz únicamente de completar un drama en el teatro griego, en que la suma sencillez era la prenda de mas estima; y en que la pompa del espectáculo, la presencia continua del coro, el canto y la música, llenaban cumplidamente el vacío que pudiera dejar la accion, y hermoseaban una obra dramática, por simple que fuese.

Nada de esto sucede en nuestro teatro: peor dotados por la naturaleza, mas adelantados en civilizacion, ó tal vez mas corrompidos en el gusto, lo cierto es que á los modernos no les bastan las sencillas composiciones que encantaban á los Griegos; y que, para haber de cautivarles, es necesario ofrecerles dramas mas nutridos, planes mas artificiosos, incidentes mas varios. Y si á esto se añade la duracion acostumbrada de nuestras tragedias, la escasez de pompa teatral, y la falta de parte lírica, se aumentará mas y mas el temor de que un argumento, abundante y rico en manos de Sófocles, aparezca ahora deslucido y pobre.

Hasta cierto punto este raciocinio parece bastante fundado, aunque en mi concepto se le ha dado mas extension de la que se debiera, al aplicarle al asunto de que tratamos; mas, como quiera que sea, se ha dicho, se ha repetido, y ha acabado por creerse comunmente que el argumento de *Edipo*, reducido á su propio caudal, no es bastante hoy dia para formar con él una tragedia.

Lo mas extraño es que sin mas que pasar de manos de los Griegos á las de los Latinos, ya parece que mermó ese argumento, como un licor que se vierte de un vaso en otro: no ha llegado hasta nosotros la tragedia de *Edipo* compuesta por Julio César, ni alguna otra de que hay noticia; pero, al leer la de Séneca, se echa de ver desde luego que, habiendo dejado subsistentes los defectos que se imputan por lo comun á la de Sófocles, apenas si acertó á sacar de ella algun provecho. No echó mano, es cierto, de materiales extraños y de episodios inútiles, para completar su composicion, como lo han hecho casi todos los modernos; pero se le ve apurado para llevarla á cabo, moviendo á duras penas una accion flaca y desmayada. Dos actos llenó cada cual con una sola escena: y lo peor es que se

echa menos totalmente en la tragedia latina el artificio dramático que se admira en la griega, la exposicion magnífica, el nudo hábilmente enredado, y la solucion inimitable. Desde el acto tercero, recordando los antecedentes, y sabiendo lo que ha dicho la Sombra de Layo, evocada por Tiresias, poca ó ninguna duda debe quedar á los espectadores de que Edipo es hijo y homicida de Layo; y cuando en el acto cuarto se aclara cumplidamente uno y otro secreto, no es fácil concebir como un poeta del talento de Séneca se apartó tan desacordadamente de las huellas de su modelo. En la tragedia latina averigua Edipo, por medio de un diálogo con Yocasta, que él fué quien mató á Layo; lo cual aumenta la inverosimilitud de no haberlo preguntado y sabido antes: y verificado ese descubrimiento, que poquísimo efecto produce en el ánimo de uno y otro, retírase de la escena la reina sin saberse el motivo ni objeto.

De donde provino tambien que Séneca omitiese una de las mayores bellezas del ejemplar griego: dispuso, como Sófocles, que Edipo conociese al cabo quienes eran sus padres por la declaracion del mensajero de Corinto y por su careo con el pastor de Layo; pero, habiendo alejado de la escena á Yocasta en punto tan importante, suprimió la bellísima inquietud de la reina, y desaprovechó la impresion terrible que debe producir su retirada silenciosa, presagio de mayores desdichas.

Aclarado el fatal secreto al fin del acto cuarto, Séneca dedicó todo el quinto, así como Sófocles, á presentar las funestas resultas; pero ¡ qué diferencia entre el modo con que lo hizo uno y otro! En la larga descripcion que hace un nuncio, en la tragedia latina, del castigo que se ha impuesto Edipo, se nota inverosimilitud en las circunstancias, afectacion en los discursos, sobrada prolijidad en los pormenores; mas nada de esto se advierte en la tragedia griega: todo en ella aparece natural, todo propio y sencillo.

Lo que merece notarse con especialidad en la de Séneca es el coro que se halla en la escena segunda del último acto; pues muestra hasta qué punto reinase á la sazon en Roma el dogma del fatalismo, sobre cuyo quicio rueda esta tragedia, y que tan conforme era á la doctrina de los Estoicos: no parece sino que en la vejez y corrupcion de la sociedad, con una religion desacreditada como lo estaba ya la pagana, y bajo la tiranía de unos monstruos como los que afligian al imperio, no quedaba mas arbitrio á los hombres que el de escudarse con esa filosofía, áspera y dura.

El instinto delicado de que estaban dotados los Griegos dió á conocer á Sófocles que, despues de saber los vínculos que los unian, ni un solo momento debian presentarse juntos Edipo y Yocasta: así es que aun antes de acabar de aclararse el terrible misterio, huye aquella de la escena, llamando á Edipo *desdichado*, por no saber qué nombre darle, y anunciándole que aquellas son las últimas palabras que le hablará en la vida. Lo contrario hizo Séneca: sacó á la escena despues de tiempo á Yocasta; le hizo dudar sobre el nombre que daria á Edipo, explanando malamente lo que tan bello era no diciéndolo; y forzó á aquel á que

le ruegue con instancia que se aleje, pues no pueden ya permanecer en el mismo punto de la tierra, y hasta le duele escuchar su acento. ¿Qué imaginaria el poeta para terminar tan extraña situacion? El medio menos acertado: Yocasta pide á su hijo que la mate, ya que mató á su padre; le arrebata luego la espada que ciñe (cosa contraria á los usos griegos): y despues de tenerla en la mano, duda si se herirá en el pecho ó en el cuello, y al fin resuelve traspasar con ella el seno criminal que pudo contener juntamente á un hijo y á un esposo.

Nada hace ni dice Edipo para impedir esta muerte; y así es que el final de la tragedia parece frio y poco natural, á pesar de las bellezas esparcidas que en él se notan, no menos que en lo restante de la obra: porque el carácter trágico de Séneca, mas enérgico y vigoroso que tierno y patético, le hizo lucir en su composicion muchos rasgos varoniles y hermosos, capaces de honrar al mejor poeta; pero no le consintió, y mucho menos con los achaques de declamacion y mal gusto, desplegar con maestría los sentimientos mas delicados del corazon humano, como lo hizo tan hábilmente el trágico de Atenas.

Pasando ahora á hablar de los modernos, debe ocupar el primer lugar entre ellos el célebre Corneille, padre del teatro de su nacion: al pisar ya los límites de la vejez, y estimulado mas bien por insinuacion ajena que por inspiracion propia, compuso su tragedia de *Edipo,* menos conocida por su propio mérito que por el nombre de su autor. Pero antes de examinar el camino que tomase Corneille, conviene oirle á él mismo explicar las razones que á ello le movieron: « No negaré (decia) que, despues de haber elegido este asunto, confiado en que tendria á mi favor el voto de todos los sabios, que le consideran todavía como la obra maestra de la antigüedad, y que los pensamientos de Sófocles y de Séneca, que lo han tratado en sus respectivas lenguas, me facilitarian los medios de conseguir mi intento, temblé cuando lo consideré de cerca. Conocí que lo que habia pasado por maravilloso en tiempo de aquellos autores pudiera parecer horrible en el nuestro; que la elocuente y grave descripcion del modo con que aquel desventurado príncipe se reventó los ojos, que ocupa todo el acto quinto de sus tragedias, lastimaria la delicadeza de nuestras damas, cuyo disgusto causaria fácilmente el de lo restante del auditorio; y que, en fin, no teniendo el amor parte alguna en esta tragedia, careceria del principal atractivo que está en posesion de captar el aplauso del público. Por cuyas consideraciones, he cuidado de ocultar á la vista un espectáculo que tales peligros ofrecia, y he introducido el acertado episodio de Teséo y Dircéa. »

Vemos, pues, que Corneille temió presentar en la escena francesa el acto quinto de Sófocles ó el de Séneca, por parecerle demasiado terribles; y que, para llenar ese hueco, y á fin de lisonjear el gusto del público, muy dado á amoríos, introdujo los de los mencionados príncipes. Pero, por desgracia, no solo aparecen importunos los galanteos en un asunto semejante, sino que, prendado el poeta del episodio que habia imaginado, le dió tal extension é importancia, que hizo de él el argumento principal de su composicion, dejando el de *Edipo* arrumbado y casi

del todo desatendido. Desde la primera escena, y en medio de los estragos de una peste, empiezan los requiebros de novela entre el príncipe de Atenas y la hija de Layo; sigue despues un enredo dramático mas propio de la llaneza cómica que de la dignidad del coturno, pues que solo se trata de un casamiento, intentado por una doncella resuelta y lenguaraz, contradicho por un padrastro poco amado, y favorecido á medias por una madre condescendiente; y este malaventurado casorio, con el cual se tropieza durante todo el drama, embaraza á cada paso su curso; y aun despues de saberse la fatal catástrofe, solo quedan en la escena Teséo y Dircéa, y aquel todavía queriendo decirle ternezas, en términos que la princesa, que acaba de perder á su madre, tiene sobrada razon cuando dice á su novio: « Señor, ahora no es ocasion sino de llorar. »

Una vez llamada la atencion hácia ese episodio, que, á pesar de ser extraño al asunto principal, acaba por ocupar su puesto y casi desalojarle del todo, Corneille incurrió, á mi ver, en otro desacierto, cuando procuró que compartiesen ambos amantes el interés que debiera exclusivamente recaer en Edipo. Una respuesta ambigua de la Sombra de Layo da lugar á creer que pide para aplacarse la sangre de su hija Dircéa; esta se resuelve á sacrificarse por la salud del pueblo, ó mas bien por orgullo; pero, como no es un personaje que haya cautivado anteriormente el afecto de los espectadores, no puede excitar con su peligro viva impresion en ellos; y aun dado caso que la excitase, no sé si seria peor, pues distraeria del objeto principal del drama, que es y debe ser el riesgo y la suerte de Edipo.

Aun menos acertado me parece todavía el que imaginase Corneille que Teséo finja ser hijo de Layo, intentando por este medio salvar á su amada y perecer por ella: ese fingimiento, de todo punto inverosímil, no produce el mas mínimo efecto; ni Yocasta, ni Dircéa ni los espectadores pueden darle crédito; y el mismo Teséo sostiene tan mal su ficcion, que bien presto tiene que confesar paladinamente á la princesa que es todo invencion suya.

No parece sino que Corneille se empeñó de propósito en llamar la atencion hácia otras personas que no fuesen Edipo: casi tres actos se consumen sin que se excite ningun interés en su favor, sin que se columbre su peligro, sin que sea fácil adivinar siquiera que el asunto de la tragedia es el cumplimiento de su destino. Así es que, aludiendo á la escena cuarta del acto tercero, pudo decir con razon Voltaire: « En este punto es donde empieza el drama. El espectador se siente conmovido desde los primeros versos que pronuncia Edipo. Lo cual basta para poner de manifiesto cuan mal juez fuese d'Aubignac respecto del arte mismo de que dió reglas. Sostenia él que el argumento de *Edipo* no puede interesar; y cabalmente desde los primeros versos en que se toca este asunto, excita interés, á pesar de la frialdad de todo lo que le ha precedido. »

En el acto cuarto es en el que sabe Edipo que él fué quien mató á Layo; pero esta situacion, tan trágica y tan bella, está echada á perder cuanto cabe: en aquel momento crítico, Teséo desafía á Edipo para el dia siguiente, como pudiera hacerlo, no un príncipe griego de los siglos heróicos, sino un paladin de los siglos

medios; y cuando al final quedan solos Edipo y Yocasta, en vez de entregarse al ímpetu del sentimiento, en lugar de expresar con el lenguaje del corazon el contraste de afectos que tan naturales parecian, se entretienen uno y otro en disertar sobre su situacion recíproca, no solo con la frialdad de la razon; sino hasta con los melindres del ingenio.

En el último acto se entera completamente Edipo de su horrenda suerte: ¡qué no deberá temerse de quien sabe al mismo tiempo que ha asesinado á su padre, y que se halla desposado con su madre misma! Pues en la tragedia de Corneille, despues de averiguarse tan fatal misterio, Edipo permanece tranquilo; razona á sangre fria con Dircéa sobre su propio infortunio y aun sobre los amores de la princesa; y cuando sale despues Teséo, vuelve á aludir al importuno desafío, y hasta cuida de recomendar, para el caso en que muera en el duelo, el malhadado matrimonio. Estas dos escenas, inútiles y colocadas tan fuera de sazon, no solo son causa de que parezca inverosímil el furor en que luego cae Edipo, hasta el punto de arrancarse los ojos con sus propias manos, sino que contribuyen por su parte á que todo el final de la tragedia sea lánguido y frio, en vez de excitar los sentimientos á que debiera dar lugar tan funesta catástrofe.

Corneille que en el exámen crítico de sus obras habia mostrado siempre su gran maestría, y muchas veces la mas laudable imparcialidad, me parece poco menos ciego que Edipo, al juzgar esta tragedia: « Las mudanzas de que acabo de hablar (decia) me han hecho perder la ventaja que esperaba sacar de no ser muchas veces sino mero traductor de los grandes ingenios que me han precedido. La distinta senda que he tomado me ha impedido encontrarme con ellos, y aprovecharme de su trabajo; pero en cambio he tenido la fortuna de hacer confesar que no ha salido de mis manos drama alguno en que luzca tanto arte como en este. » Al oir expresarse así al autor de *Cinna*, de *Rodoguna*, y *Polieucto*, no puede uno menos de *compadecer* (como lo hace Voltaire, hablando del mismo autor y de la propia obra) *la flaqueza del humano ingenio!*

Hasta qué punto merezca elogio el artificio de la mencionada tragedia puede inferirse de cuanto acabamos de decir; pero no debo pasar en silencio que, á pesar de haber seguido otro rumbo, y de afirmar que por lo tanto no habia podido sacar fruto del trabajo de sus predecesores, se acercó aunque no mucho Corneille al ejemplar de Sófocles, en varias escenas del acto quinto; y cabalmente estas escenas son quizá las mejores de la tragedia, y de ellas ha podido decir Voltaire con harto fundamento: « Estas escenas son mucho mas interesantes que las demás, porque están únicamente tomadas del asunto. No se diserta en ellas, ni se hace alarde de razones y de rasgos de ingenio; todo en ellas es natural; si bien es cierto que faltan aquellos grandes movimientos de terror y lástima que debieran esperarse de tan horrorosa situacion.... » « Digo que vuelvo á hallar el tono propio de la tragedia en esta escena de Iphicrates, en que nada se dice que no sea necesario al drama; en esa sencillez, tan lejana de la cansada disertacion; en ese artificio teatral y natural, que hace que nazcan sucesivamente unas de otras to-

das las desgracias de Edipo. Hé aquí la verdadera tragedia : lo demás no es sino ripio ; pero ¿cómo se llenan cinco actos sin ripio? »

Al empezar á declinar Corneille, presentóse en la palestra un mancebo de pocos años, pero de mucho aliento; y cabalmente su primera composicion dramática fué una tragedia de *Edipo*. Tanto fué el éxito que obtuvo esta temprana composicion de Voltaire, que desterró desde luego de la escena á la de un maestro tan acreditado, y aun hoy dia es la sola y única de esa clase que subsista en el teatro francés. Esta circunstancia da ya bastante indicio de que debe de encerrar en sí un mérito real, á prueba del trascurso del tiempo y de la veleidad del público; aunque estoy lejos de creer, como Rousseau, que *un Francés de veinticuatro años haya sacado ventaja á un Griego de ochenta*, aludiendo á Voltaire y á Sófocles, ó de poner en duda, como La Harpe, *cual sea mejor de ambos Edipos.*

Para calificar el de Voltaire, no será fuera de sazon manifestar el concepto que él mismo tenia de ese argumento : « Corneille conoció bien (dice en una de sus cartas á Mr. de Genonville) que la sencillez, ó, por mejor decir, la sequedad de la tragedia de Sófocles no podia suministrar lo necesario para llenar la extension de nuestras obras dramáticas. No poco se engañan los que creen que todos los asuntos tratados en otro tiempo con éxito por Sófocles y por Eurípides, como *Edipo, Philoctetes, Electra, Ifigenia en Tauris,* son asuntos á propósito y fáciles de manejar; al contrario, son los mas ingratos é impracticables; son argumentos para una ó dos escenas, á lo sumo, pero no para una tragedia. » Asentado este principio, derivábase de él, como consecuencia precisa, que era conveniente, ó mas bien necesario, buscar el medio de revestir lo mejor que se pudiese un asunto tan pobre, para no dejarle, por decirlo así, en la desnudez en que nació : y esto fué lo que intentó Voltaire, imaginando el episodio de Philoctetes, antiguo amante de Yocasta, y que viene en su busca á Tebas; ignorando, contra toda verosimilitud, cuanto en ella ha pasado desde su ausencia. Lo que cuesta trabajo concebir es cómo Voltaire, que en la misma carta, escrita poco despues de representarse su *Edipo*, critica con severidad el episodio de Teséo en la tragedia de Corneille *el cual habia sido reprobado por voto general*, incurriese precisamente en el mismo defecto, trayendo fuera de propósito un personaje extraño, mezclando amores intempestivos en el asunto que menos los consentia, y entorpeciendo con un incidente inconexo y mezquino el curso de la accion principal. Desde la primera escena ya se presenta Philoctetes para contribuir, de un modo poco natural, á la exposicion del argumento; y como si fuese ya anuncio de que ese personaje advenedizo no pertenece á la accion, dicha primera escena está totalmente desgajada del drama, el cual no principia en realidad hasta la siguiente. En esta y en la tercera es en las que da la accion dramática dos pasos; pues no solo se sabe que los dioses exigen para aplacarse que se castigue al asesino de Layo, sino que vive todavía un testigo de su muerte, que podrá declarar acerca de ella, para lo cual manda llamarle Edipo.

Así concluye el acto primero : y la accion, bien enderezada ya hácia su blanco,

parecia dispuesta á proseguir su carrera, cuando se interpone otra vez Philoctetes, y la detiene inútilmente durante todo el acto segundo. Sin apoyo ni fundamento verosímil, el pueblo le acusa de la muerte de Layo; Yocasta no lo cree; Edipo tampoco puede persuadirse de que sea cierto; pero le manda permanecer en Tebas hasta que se averigüe la verdad; y al ordenar al fin que vayan á activar la llegada de Phorbas, se recuerda naturalmente á los espectadores que todo ese acto, mal allegado y postizo, no está colocado allí sino para ocupar espacio y dar tiempo.

La mitad del acto tercero es tambien como un miembro muerto: háblase durante tres escenas del peligro de Philoctetes; pero como este personaje, mas esforzado y vanaglorioso que interesante, no ha ganado mucha cabida en el corazon de los espectadores, no puede conmoverle vivamente; y así es que permanecen tranquilos hasta la escena cuarta, en que, volviéndose á entrar en el terreno propio, se trata efectivamente de la accion principal. Ya entonces anuncia el sacerdote á Edipo que él es quien mató á Layo, le presagia su castigo, le predice el horror de su suerte, aunque ocultándole una parte bajo un velo misterioso; y esta escena bellísima, labrada sobre el cimiento de una de Sófocles, excita ya en sumo grado los sentimientos propios de la tragedia. Las dudas, los temores, la inquietud y zozobra de un porvenir terrible, todo se fija de allí adelante en Edipo; y Philoctetes, sin tener ya ni espacio siquiera en que caber, se retira al fin de dicho acto, despidiéndose con una declamacion importuna, y para no volver á aparecer mas en toda la tragedia: semejante á los andamios que solo se emplean para levantar un edificio, y que despues se quitan de en medio como inútiles, para que no impidan la vista.

Un episodio que entorpece y afea la mitad de la tragedia, debió excitar desde luego la crítica mas justa; pero Voltaire, con los humos de la mocedad y el desvanecimiento del triunfo, se empeñó malamente en su defensa: « En cuanto al recuerdo de amor entre Philoctetes y Yocasta (decia el autor en otra carta, escrita por la misma época), me atrevo á decir que es un defecto necesario. El argumento no me suministraba de suyo con qué llenar los tres primeros actos; apenas si tenia materiales para los dos últimos. Los que entienden de teatro, es decir, los que conocen las dificultades así como los defectos de una composicion, convendrán en lo que digo. Es preciso animar siempre con pasiones á los principales personajes; ¡y cuán insípido no hubiera sido el papel que representase Yocasta, si no hubiese mostrado á lo menos la memoria de un amor legítimo, y si no hubiese temido por la vida de un hombre, á quien tuvo amor en otro tiempo! »

No creo fácil alegar razones menos valederas para defender una mala causa: si el argumento aparecia tan escaso, y no era dable extenderle y distribuirle con economía, valiera mas componer una tragedia de tres actos que añadirle algunos inútiles; mas aun dado por supuesto que fuese indispensable un episodio, ¿se infiere por ventura que el de Philoctetes fuese *necesario?* El mérito hubiera consistido en hallar uno propio, fácil de embutir en la accion, y labrado del mismo ma-

terial; y cabalmente el de Philoctetes presenta todas las cualidades opuestas: apegado desde el principio á duras penas, despréndese luego por sí mismo; y parece tan fuera de lugar y sazon, como que (segun la frase misma de Voltaire en sus *Comentarios*) « no cabe cosa mas ridícula que hablar de amores en la tragedia de *Edipo.*» Mas es de advertir que los amores de Teséo con Dircéa, de que se valió Corneille, son en sí mismos menos ridículos que los que empleó Voltaire en su tragedia: « Es extraño (decia él mismo, criticando su obra) que Philoctetes ame todavía á Yocasta, despues de tan larga ausencia; asemejándose no poco á los caballeros andantes, cuya profesion exigia que permaneciesen siempre fieles á sus queridas. Pero no puedo estar de acuerdo con los que opinan que Yocasta tenia ya demasiada edad para despertar aun pasiones: pudo casarse tan jóven, se repite tantas veces en la tragedia que Edipo está en la flor de la juventud, que, sin apurar mucho el tiempo, es fácil echar de ver que ella no tiene mas de treinta y cinco años: y harto desgraciadas serian las mujeres, si á esa edad no pudiesen ya inspirar tales sentimientos. » Será cierto cuanto quiera Voltaire; y yo por lo menos no me mostraré tan poco cortés y galan, que me ponga á disputar con él sobre un punto tan delicado: solo me atreveré á decir que con respecto á Yocasta sucede lo mismo que con todas las mujeres; que es ya señal malísima tener que ajustar regateando las cuentas de edad. El público sabe que Yocasta lleva ya dos maridos; aunque Voltaire suponga que solo hace dos años que se casó con Edipo, en la misma tragedia se expresa que este tiene hijos habidos de su propia madre; y por mas esfuerzos que haga el poeta, siempre resultará que es una abuela respetable la que se presenta en las tablas á lucir amores de novela.

La razon que para ello alega Voltaire, y que ya queda indicada, no es de modo alguno admisible: es cierto que todos los personajes principales de un drama deben mostrarse animados de pasiones; pero de pasiones que aparezcan naturales y oportunas; y cierto que, sin acudir al recuerdo de una pasion extraña al asunto, bien pudiera Yocasta mostrarse conmovida por varios y vivos sentimientos: era reina, y veia á su pueblo en trance de perecer; viuda de Layo, le habia perdido asesinado; esposa de Edipo, le veia en el colmo de la afliccion; y habiendo sido madre en ambos matrimonios, habia cometido un gran crímen, exponiendo para que pereciese á uno de sus hijos, y tenia á los otros amenazados del peligro comun. Estos sentimientos, tan propios y tan nobles, eran los que debieran animarla; pero Voltaire, á fin de hallar cabida para el episodio de Philoctetes, cegó de propósito las fuentes naturales de que debieran aquellos nacer. Apenas si alguna vez en su tragedia se hace leve mencion de los hijos de Edipo, cuya suerte debia excitar tanta lástima; y lo peor es que, para dar el poeta mas realce á la antigua pasion de la reina, ha tenido que deslucir su carácter. El mejor medio de que despertase vivo interés era, si no me equivoco, presentarla como esposa muy tierna, para unir mas y mas su suerte con la de Edipo; pero Voltaire tuvo que suponerla desapasionada y tibia, hasta el punto de decir ella á su confidente (especie de personas pegadizas, de que hay no menos de tres en la tragedia) que

no sentia sino *amistad* por Edipo; que *sometida dos veces al rigor de su mala suerte, habia mudado de esclavitud, ó mas bien de suplicio;* y que *se habia visto privada para siempre del único hombre que hubiese ganado su corazon.* La que así se expresa ¿no hace cuanto puede para que los espectadores se persuadan de que ha de tomar escasa parte en los riesgos y desgracias de su esposo?

Para concluir de una vez con este episodio, nada será mejor que copiar el juicio del mismo Voltaire, al escribir algunos años despues sus *Comentarios* : « Cuando en 1718 (decia aludiendo á su propia obra) se trató de representar el único *Edipo* que haya subsistido en el teatro, los cómicos exigieron algunas escenas en que no se dejase en olvido al amor; y el autor echó á perder y envileció un argumento tan bello con el frio recuerdo de unos amores insípidos entre Philoctetes y Yocasta. »

Así que su tragedia se desembaraza de esa incómoda compañía, campea libremente y despliega muchas bellezas : la primera escena del acto cuarto, imitada y perfeccionada de una de Sófocles, es sumamente hermosa : en ella se comunican mutuamente Edipo y Yocasta sus fatales secretos, y despues hasta la conclusion del acto prosigue naturalmente su curso la accion dramática ; pues se descubre que el homicida de Layo es el mismo Edipo; resuelve este abandonar á Tebas; y hasta se anuncia al final que acaba de llegar un mensajero de Corinto. Solo me atreveria á indicar, como digna de censura, la escena tercera, porque no solo adolece alguna vez de frialdad y declamacion, sino que estriba toda ella en falso : Edipo, armado impropiamente de una espada, la saca y se la presenta á Yocasta, pidiéndole que le mate y vengue á su esposo; lo cual me parece mas bien imitado de un drama vulgar que copiado de la naturaleza.

En el último acto sabe Edipo que ha muerto el rey de Corinto, que este no era su padre, y sí Layo : en cuyas interesantes escenas, en que Voltaire siguió á Sófocles como principal guia, no solo es de admirar el fácil curso de la accion, sino otros muchos primores del arte. Algunos rasgos bellos tomó tambien Voltaire de Séneca; pero, en mi concepto, anduvo poco atinado en imitarle en una parte del desenlace, cual es el suponerse que Edipo estuviese armado de su espada cuando se sacó los ojos, y el matarse Yocasta en el teatro. Por lo demás, es justo decir que la catástrofe es mas verosímil, mas rápida y teatral en la tragedia francesa que no en la latina; y que en general los dos últimos actos del drama de Voltaire, que versan única y exclusivamente sobre el argumento de *Edipo*, son los que han granjeado tan favorable acogida á esa composicion, y los que la mantienen siempre con crédito y aplauso.

Otro escritor francés, no de tanta fama como los anteriores, y dotado de mas ingenio que genio, compuso tambien una tragedia de *Edipo,* procurando evitar en ella los defectos que deslucen las de Corneille y de Voltaire ; pero rara vez se habrá visto mejor que en esa ocasion cuán arriesgado sea huir sin prudencia de un escollo, á riesgo de ir á dar en otros mayores. Mr. de La Motte habia conocido, con su propio discernimiento y por el voto del público, que el vicio capital de las

dos composiciones de que hemos hablado últimamente consistia en los episodios extraños, que dividen el interés, cuando debiera este cifrarse únicamente en Edipo; y preocupado de esta sola idea, creyó tener asegurado su buen éxito si conseguia mantener esa *unidad de interés,* que es en realidad la mas importante en una composicion dramática : veamos lo que al afecto hizo, y cuales fueron las resultas. Sabia muy bien ese autor que lo que debia excitar la inquietud de los espectadores era el peligro de Edipo, y que, mientras antes principie á desarrollarse la accion de una tragedia, mas pronto cautiva la atencion; pero olvidó, á que parece, que en materias de literatura, así como en otras de mayor trascendencia, nada hay tan peligroso como principios y máximas generales, si falta el tino y mesura al haber de hacer su aplicacion. Desde la primera escena, al abrir los labios Edipo, ya ordena á uno de sus súbditos que vaya al templo y diga al sacerdote que lo prepare todo para el sacrificio; pues está determinado á inmolarse por la salud del pueblo. Como los espectadores no saben todavía quien sea ese personaje, ni tienen el menor antecedente de cosa alguna, claro está que han de oir con extrañeza tan violenta resolucion, y que no pueden tomar la mas mínima parte en la desgracia de un hombre á quien acaban de ver en aquel instante por primera vez : debiendo todavía resfriarse mas su ánimo, al enterarse del leve motivo que alega Edipo para resolverse á un sacrificio tan costoso: pues solo dice que se le ha aparecido aquella noche Apolo, y que se lo ha prescrito.

Así es que desde luego conciben los espectadores que aquel peligro no es real, ni el que verdaderamente amenaza á Edipo, por mas que en la escena siguiente, y despues de la inútil oposicion de Yocasta, parezca ya la cosa tan adelantada, que la reina manda que vengan sus hijos para que se despida de ellos su padre.

La tranquilidad del público era bien fundada : antes de concluirse el acto, ya aparece disipado el riesgo de Edipo, y recae sobre otra persona : ¿cuál escogeria el poeta?.... El propio va á decírnoslo : « Como la unidad de interés en *Edipo* consiste en el desarrollo de las circunstancias que sirven á aclarar su suerte; y como este desarrollo no bastaria por sí solo para llenar cinco actos, le han añadido episodios de política ó de amor, que suspenden la impresion principal, y forman, por decirlo así, dos dramas en vez de uno. Pero estos episodios, y sobre todo un episodio de amor, se avienen tan mal con el argumento de *Edipo,* y salta á la vista de tal suerte lo fuera de sazon que se mezcla esa pasion con el horror de que deben estar poseidos continuamente los personajes, que es cosa de admirar como han osado presentar algunos autores un contraste tan poco acertado. En medio de mis esfuerzos para remediar esta fata, presentáronse á mi imaginacion los dos hijos de Edipo : he creido que Eteocles y Polinices eran las únicas personas que pudieran enlazarse íntimamente con el interés de Edipo; y que, haciendo que el peligro amenazase algun tiempo á los hijos, no haria en realidad sino extender la desgracia del padre, y aumentar su insufrible peso. »

Este raciocinio parece á primera vista exacto; y sin embargo, dió lugar á un error gravísimo : tan cierto es que en las artes de imaginacion no es cierto todo lo

que puede demostrarse, y que en ellas el mayor saber no suple la falta de genio. Este habia inspirado á Sófocles que presentase en el teatro, al final del drama, á las hijas de Edipo : su tierna edad, su sexo débil, su inocencia y desamparo debian traspasar de ternura el ánimo de los espectadores, al ver á un padre, ciego y proscripto, despedirse de ellas para siempre : La Motte, en lugar de las hijas, presentó á los hijos; y esto bastó para producir un efecto contrario. Con solo oir los nombres de Eteocles y Polinicies, ya se despiertan sentimientos de horror; porque es muy sabida la historia de esos príncipes, ingratos para con su padre, vengativos y fratricidas. El mismo Edipo alude, desde el principio de la tragedia, al odio que mutuamente se tenian; y cuando se cree que los dioses piden la sangre de uno de los dos, disputan entre sí (durante el acto segundo) cual sea la víctima designada, no para sacrificarse al amor fraternal, sino por rivalidad y ansia de preferencia. ¿Cómo pudo imaginar La Motte que personas semejantes despertasen interés en los espectadores? Mas bien deben estos desear que la voluntad de los dioses se cumpla cuanto antes, y que se vea libre la tierra de uno de esos monstruos.

En el acto tercero, sabe Yocasta que Layo ne habia muerto, como se creia hasta entonces, despedazado por un leon, sino á manos de un guerrero de pocos años, en los confines de Corinto y de Tebas; y al referir estas circunstancias á Edipo, manifiesta este lo que le sucedió en el mismo sitio, y queda convencido, en una escena lánguida y fria, de haber sido efectivamente él quién dió muerte á Layo.

Es de advertir que La Motte no se aprovechó en la parte mas mínima de la trama admirable de Sófocles; y que siquiera echó de ver cuanto rebajaba y deslucia con sus mudanzas al personaje de Edipo : este, en la tragedia griega, se ha criado como hijo del rey de Corinto, é interesa mas vivamente, porque, habiendo abandonado tan próspera suerte, por huir de los crímenes que le habia predicho el oráculo, va á caer precisamente en ellos; pero en la tragedia de La Motte se cree Edipo hijo de un humilde pastor, ha dejado la casa paterna por solo el ansia de correr aventuras, y como la casualidad mas rara ha podido únicamente elevarle á un trono, aparece menor su caida.

En el acto cuarto descubre Edipo, con la llegada del pastor, que no es este su verdadero padre, sino que le recibió de manos de otra persona; y cuando deberia aquel príncipe desplegar de lleno su carácter, que es la impaciente curiosidad de averiguar su orígen, nada practica para indagar las circunstancias de hecho tan importante; y antes bien deseando el poeta alejarle á cualquier costa, recurre á una extraña conmocion popular, á fin de que Yocasta quede sola con el pastor.

Se ve, pues, que, al llegar el punto crítico de la tragedia, al descubrirse que Layo era nada menos que padre de Edipo, ni aun siquiera se halla en la escena este personaje principal; y Yocasta es la que desata el nudo dramático. ¡ Cuánta mayor maestría desplegó en este punto Sófocles! En su tragedia acontece todo lo contrario : Edipo es el que, á fuerza de instancias, y á pesar de los consejos de

Yocasta, averigua el secreto fatal que le hace el mas infeliz de los hombres; y apenas sabe su destino, se retira horrorizado, dejando escapar de sus labios estas tremendas palabras: « ¡O sol, por la postrera vez te veo! » Mas en la tragedia de La Motte, Yocasta apura hasta las heces de la desgracia, sin retirarse silenciosa, como en el drama griego, para librarse con la muerte de tan horrenda situacion; antes bien encarga prudentemente al pastor que, pues es el único que sabe aquel secreto, conviene que lo calle.

Rehusa luego Yocasta, al principio del acto quinto, revelarlo á Edipo; le deja solo é inquieto; y despues sabe este, de boca de uno de sus hijos, que Yocasta se ha dado muerte con un puñal, y que le ha enviado al espirar un billete, en que le aclara el terrible misterio: Edipo se entera de él, y se mata; quedando al fin en la escena Eteocles y Polinicies.

No creo posible disponer peor la catástrofe de esta tragedia: el fatal golpe de la suerte, que debiera herir cual un rayo la cabeza de Edipo, llega á él como de rechazo y á manera de una bala fria; así es que no produce en el ánimo de los espectadores los sentimientos que parecian tan naturales, ni causa sorpresa, ni terror ni lástima.

Débese notar tambien que, cuando se toma de la historia ó de la tradicion algun argumento muy conocido, cabe la libertad de variar á placer las circunstancias accidentales, para acomodarlas al drama; pero debe procurarse dejar intacto el fondo del asunto, para ganar así mas fácilmente crédito con los espectadores, en vez de contrarestar el concepto que de antemano hubiesen formado. Lejos de hacerlo así, La Motte desfiguró el hecho principal; no dió á Edipo el carácter que le atribuye la comun opinion; y no temió contradecir una cosa tan sabida como es que ese desdichado monarca se sacó los ojos, condenándole la suerte á arrastrar lejos de su patria el peso de la vida. Sin duda creyó el poeta francés que con las mudanzas que hacia mejoraba su composicion; pero lo que logró únicamente fué verla morir á los pocos dias, como un engendro mal nacido, mereciendo que Voltaire hable de ella con el desenfado y donaire que tan naturales le eran: « Muchos medios hay (decia de paso en sus *Comentarios* á las obras de Corneille) de llegar á lo frio y á lo insípido: La Motte, uno de los mejores ingenios que hoy poseamos, ha llegado á ese término por otro camino; por una versificacion desmadejada, por la aparicion en la escena de dos hijos grandazos de Edipo, y por la falta total de terror y conmiseracion. »

Si, apartando la vista del teatro francés, la volvemos al de otras naciones, poco parece que deberá prometernos el de Inglaterra, respecto del punto de que se trata; porque su índole peculiar, inclinada hasta el extremo á la originalidad é independencia, ha debido alejarle de presentar desenterrado, al cabo de tantos siglos, un argumento como el de *Edipo*, con sobrada reputacion de seco y descarnado.

La primera tragedia con ese título que ofrece la literatura inglesa es la que dió á luz Alejandro Heville, en 1581; pero no se compuso para representarse, ni era

mas que una traduccion de la de Séneca: cosa que debe parecer muy natural en una época de erudicion, en que el saber mismo no estaba exento de pedantería, y en que hasta la reina no se desdeñaba de traducir otra tragedia del poeta latino. Mas cabalmente por ese tiempo, ó muy poco despues, empezó á florecer el genio extraordinario distinado á dar impulso y norma al teatro de su nacion; y el gusto que desde entonces se apoderó de la escena inglesa ha sido poco favorable á asuntos tomados del teatro griego, sencillos en demasía, y que no consienten soltar el libre vuelo á la imaginacion.

Así es que por espacio de casi un siglo no hallamos ninguna otra composicion sobre el argumento de *Edipo*, y tenemos que llegar hasta el reinado de Carlos II, para encontrar una original, representada en el teatro de Lóndres, y compuesta por dos poetas de mérito, como lo fueron Dryden y Lee.

Por extraño que parezca, es justo decir que de cuantos dramáticos modernos han manejado el argumento de *Edipo*, tal vez ninguno haya estado poseido de tanto entusiasmo como esos autores respecto de la composicion de Sófocles: no solo repiten que es la tragedia mas perfecta que nos haya dejado la antigüedad, sino que el poeta griego *es admirable en todo el curso de su obra; y qüe por lo tanto han procurado seguirle, lo mas de cerca que les ha sido posible*, sintiendo que la distancia que media entre el teatro antiguo y el moderno no les haya consentido seguir un rumbo que les parecia, aunque apenas se atreven á decirlo, *el mas natural y el mejor*. Debe de ser pues extremadamente curioso contemplar á un poeta como Dryden, prendado de una obra tan sublime y sencilla, ya esforzándose por imitarla, y ya alejado de su intento por el gusto dramático de su nacion, por el peculiar de su época, y por su propio ingenio, fogoso y lozano, aficionado á correrías y escarceos.

Conocieron desde luego los mencionados dramáticos que la falta capital del *Edipo* de Corneille (único que hasta entonces hubiese salido á luz) consistia en el episodio de Teséo y Dircéa; pero por seguir la corriente de la costumbre, que exigia que hubiese en las composiciones dramáticas *una segunda trama, en que interviniesen personas subalternas, dependientes de las principales*, entretejieron tambien un episodio, y por desgracia de amores, y tan inoportuno y desacertado, que no cabe mas. Una hija de Layo, que en la tragedia inglesa se llama Eurídice, es solicitada con mas instancia que decoro por Creon, hermano de la reina, en tanto que ella ama tiernamente á Adrasto, príncipe de Argos: ofreciéndose desde luego á la vista un cuadro muy comun en el teatro español, de una dama requerida de amores por dos galanes, uno favorecido, y otro desdeñado. Dryden critica con razon á Corneille porque presentó en su drama á un héroe como Teséo, tan famoso que anubla al mismo Edipo; y por huir de este defecto, introduce á su príncipe de Argos, á quien tiene que traer cautivo, es decir, por los cabellos, para que pueda hallarse en Tebas, sin dejarle hacer en todo el drama sino el papel mas insulso y frio: y á fin de que forme contraste con su rival, ha reunido todas las plagas y defectos del mundo sobre el personaje de Creon. No parece sino que

Dryden no podia apartar de su mente, al bosquejarle, al *Ricardo III* de Shakspeare; y haciendo al príncipe griego corcovado y deforme, le atribuyó un alma parecida á su cuerpo, la mas pérfida y cruel. Ya conspira torpemente para usurpar el trono; ya se vale para lograr sus fines del fingimiento y del perjurio; ora calumnia á la inocencia; ora se muestra insolente y provocativo; y un personaje tan bajo y odioso, interpuesto entre los demás como una culebra que se enreda á los piés, no sirve sino para entorpecer el curso de la accion principal.

En el acto primero, despues de una escena de enamoramiento, ó, por mejor decir, de villanos denuestos entre Eurídice y Creon, y despues de una insurreccion popular tan intempestiva como inútil, preséntase Edipo, vencedor del príncipe de Argos, á quien trae cautivo; dale al punto libertad y le envía á requebrar á Eurídice; y en este punto, entrando el pueblo precedido de sacerdotes, siguen unas escenas parecidas á las primeras de la tragedia griega, en que Edipo habla con el pueblo sobre la causa de sus males, y le anuncia que ha enviado á Delfos á consultar el oráculo: llega en efecto el mensajero, y dice que los dioses exigen que se castigue el asesinato de Layo. Edipo se prepara á descubrir al culpable, y pronuncia contra él las mas terribles imprecaciones; imprecaciones que Yocasta acepta para sí y para los suyos, saliendo desapercibida en aquel instante, y creyendo que Edipo está dirigiendo sus votos al cielo: idea verdaderamente trágica y digna del poeta.

Al principio del acto segundo, por llenar espacio y para lisonjear el gusto del público, ha colocado Dryden una escena que puede llamarse de *fantasmagoría*, en que aparecen prodigios y fenómenos terribles en el cielo, y hasta las cabezas de Edipo y de Yocasta con sus nombres en letras de oro, en medio de las nubes. Despues sale el adivino Tiresias, anciano ciego y venerable, y que es quizá la figura mas grande y bella de cuantas ofrece Dryden en su cuadro; habiendo probado cumplidamente, en mi dictámen á lo menos, que ese personaje de la tragedia griega pudiera presentarse con el mayor éxito en el teatro moderno; como no ha temido hacerlo Schiller, presentando á otro semejante en una de sus mas célebres composiciones.

Edipo ordena al Adivino que descubra quién fué el homicida de Layo; Tiresias empieza á sentirse inspirado; su hija canta un breve himno á Apolo, y en seguida declara Tiresias que *el culpable vive y es poderoso*, y que *era de la sangre de Layo quien le quitó la vida.* De cuyas palabras equívocas se vale el poeta para dar lugar á un incidente; cual es que se sospeche (no sé si con bastante fundamento, no apoyándose sino en el dicho inverosímil del resentido Creon) que Eurídice haya podido quitar la vida á su padre; y que despues Adrasto, como el Teséo de Corneille y como todo amante de comedia, haga vanos esfuerzos por morir en lugar de su querida. Mas el Adivino intercede hasta cierto punto en favor de ambos; y como se dispone á invocar á los dioses infernales, para que aclaren el terrible misterio, suspéndese hasta entonces el decidir sobre la suerte de los príncipes, y en el ínterin Edipo y Yocasta se retiran para ir á acostarse.

El acto tercero principia con dos escenas del todo superfluas, una entre Creon y Eurídice, y otra con ambos y Adrasto, en que provocado este por su indigno rival, sacan ambos príncipes la espada, y empiezan á reñir, mas á tiempo que, saliendo uno de la corte del rey, acompañado de una guardia, los aparta, como pudiera una ronda á dos caballeros, y les encarga que no profanen aquel lugar tremendo, que es un bosque consagrado á las Furias, en el cual va Tiresias á celebrar un acto religioso. Es de advertir que Dryden y su compañero habian hablado con esta severidad del *Edipo* latino : « Por otra parte, Séneca, como si la naturaleza fuese una cosa de que ningun caso debiera hacerse en un drama, solo anduvo á caza de expresiones pomposas, de sentencias agudas y de máximas filosóficas, mas propias de un estudio que de un teatro.... y de ese autor no hemos tomado ninguna idea sino la de presentar á vista de los espectadores la evocacion de la Sombra de Layo, que el poeta latino puso en narrativa. »

Este es el espectáculo que se presenta ahora : Tiresias, acompañado de un coro de sacerdotes, celebra los terribles ritos ; y despues, al resplandor de los relámpagos, van pasando las Sombras entre los árboles, hasta que al fin aparece la de Layo en el mismo carro en que fué asesinado. El poeta ha imaginado con mucho tino que se sienta sonrojado, y rehuse aclarar el fatal secreto; mas al cabo rompe el silencio, y concluye con estas enérgicas palabras, capaces de infundir gran terror en el ánimo : « ¿Preguntas quién me asesinó?.... fué Edipo. ¿Quién mancha mi lecho con incesto?.... Edipo. ¿Quién os atrae la maldicion del cielo?.... Edipo. — Mas allí viene el parricida!.... No puedo sufrir su presencia; mis heridas se resienten al verle; su aliento homicida emponzoña mi sustancia aérea!.... Lejos de aquí, desterradle, arrojadle fuera; las plagas que consigo lleva marchitarán vuestros campos, y señalarán su camino con la devastacion.... Echadle de Tebas, de mi trono, de mi lecho : vedadle la tierra ; yo le vedaré el cielo. »

Apenas desaparece la Sombra, se presenta Edipo : pregunta con instancia lo que ha manifestado Layo; niégase el Adivino á decírselo ; y se desarrolla una escena muy parecida á la de Sófocles. Tambien siguiendo sus huellas, ha imaginado el poeta inglés, aunque con escasa verosimilitud, que Edipo sospeche que el Adivino ha sido sobornado por Adrasto ; y alejándose al fin todos, quédase el monarca solo con Yocasta.

Desde este punto hasta el final del acto, la tragedia inglesa no es mas que una imitacion de la griega : la reina, para desacreditar los oráculos, manifiesta lo que uno de ellos habia predicho respecto de su hijo, y cuan diversa habia sido la muerte de Layo : esta relacion, destinada á tranquilizar á Edipo, excita hasta lo sumo su inquietud; recuerda las circunstancias del fatal encuentro que habia tenido en el propio sitio y por la misma época ; confía á su esposa lo que le habia vaticinado el oráculo de Delfos; mas ya que, segun se creia, Layo habia muerto á manos de unos cuantos, esta circunstancia le hace suspender el juicio, y desea que el único testigo de aquel hecho, puesto que aun vive, venga á sacarle de tan cruel incertidumbre.

En el acto cuarto sábese que ha llegado este, y que se niega á referir el hecho, temiendo disgustar al rey: y cuando los espectadores deben estar mas ansiosos de saber las resultas de situacion tan interesante, vuelve á estallar otra insurreccion tan inútil como la primera, en que el pueblo se presenta á Edipo, pidiendo su expulsion del reino; él reprende su atrevimiento, los confunde, y manda castigar á algunos, con la singular advertencia de que á uno, por ser noble, se le corte la cabeza, y á otros de la vil turba se les imponga la pena ordinaria de horca. Mas Tiresias alcanza el perdon de los culpados; y Edipo determina que se espere la declaracion de Phorbas, para ver si el Adivino ha dicho la verdad, ó si merece la muerte por haberse prestado á la calumnia.

A cuya sazon llega un mensajero de Corinto con la nueva de haber muerto aquel rey; y en este punto se echa de ver lo que daña la falta de templanza, tan necesaria en las obras de ingenio, como en los afectos del ánimo: Sófocles se habia contentado con que Edipo reciba con cierta frialdad la noticia de la muerte de Polibo, trasluciéndose apenas en sus expresiones que se le habia quitado un peso del corazon, al ver que su padre no habia perecido á sus manos, como habia predicho el oráculo, sino de muerte natural; pero Dryden sacó á plaza y exageró tanto ese sentimiento, que Edipo aparece desnaturalizado y odioso. ¿Ni quién podrá tolerar sin indignacion que un hijo se complazca de la muerte de su creido padre, y que lleve la impudencia hasta el punto de desear que se enciendan hogueras en la ciudad, como muestra de regocijo, aludiendo al fin á cánticos de albricias?....

Edipo empieza entonces á burlarse de los oráculos; mas con todo, anuncia su resolucion de no volver á Corinto, por temor del incesto; y para disipar este recelo, dícele el mensajero que no era hijo de Polibo, y le cuenta como se lo entregaron en el monte Citeron: Yocasta, columbrando ya la verdad, hace vanos esfuerzos para que Edipo no apure el fatal misterio; pero el rey se obstina en saberlo, y hace venir á Phorbas para que de una vez lo aclare. Ya se deja ver que en toda esta parte del drama de Dryden se sigue como pauta el de Sófocles, descubriéndose por el mismo medio que Edipo es hijo de Layo y de Yocasta; únicamente el poeta inglés ha querido poner mas en claro, con una respuesta de Phorbas, que Edipo habia sido realmente homicida de su padre. Descubierto uno y otro secreto, no se retira aquel infeliz, como en la tragedia griega, dejando temer las mayores desdichas de una desesperacion reconcentrada: tal vez este final del acto hubo de parecer deslucido á Dryden; y afeó una situacion tan trágica y hermosa, haciendo que Edipo saque la espada, y quiera traspasarse el pecho; y que, impidiéndoselo Adrasto, se desahogue en una declamacion afectada y fria.

El misterioso enigma aparece aclarado, en una y otra tragedia, antes de principiar el quinto acto: veamos lo que hizo Dryden para llenarle; porque de cierto no se avendria tampoco á reducirse, como Sófocles, á narrar la catástrofe de Yocasta y de Edipo, y á expresar los sentimientos que debian nacer naturalmente de situacion tan horrorosa. Mas en el drama inglés preséntase desde luego Creon, que ha

usurpado el trono, y que desea desposarse con Eurídice ó matarla, y vengarse de Adrasto; sábese en el ínterin que Edipo se ha sacado los ojos; pero los dos competidores solo tratan de disputar entre sí la anhelada prenda; y llegando á decidir la contienda por la via de las armas, dejan en medio del tumulto despejada la escena, para que la ocupe Edipo, y poco despues Yocasta.

Dryden reunió malamente en este lugar, como lo habia hecho Séneca, á la madre y al hijo; pero aun cometió otro desacierto mayor, contrario á la sana moral, á la verosimilitud y al decoro dramático: el horror de Edipo, que pide á Yocasta que se aleje de su vista, se disipa en breve, y con solo decirle esta que *el hado únicamente los ha hecho criminales, pero que él es todavia su esposo*, Edipo se conforma buenamente, y se muestra dispuesto á que su madre duerma en sus brazos. Por fortuna la Sombra de Layo sale á buen tiempo del centro de la tierra, para impedir semejante escándalo; y como el caso no era para menos, pierde el juicio Yocasta, y se retira de la escena, apellidando á su primer esposo.

Se conoce que al final no sabia el poeta como deshacerse de tantos personajes, para concluir su tragedia; y echó mano de cualesquiera medios, por inverosímiles y absurdos que fuesen. Creon sale amenazando con un puñal á Eurídice, y exige de Adrasto que renuncie á su victoria, que se quede solo, y arroje hasta la espada, so pena de ver morir á su querida; y al concluirse esta escena, mas propia de un melodrama ridículo que de una tragedia grave, Creon da de puñaladas á Eurídice; su amante mata á Creon; y los soldados de este vengan su muerte con la del príncipe de Argos.

Como estos tres personajes no han servido de mucha utilidad para el curso del drama, ni han excitado en favor suyo el mas mínimo interés, su pérdida no puede ser muy sentida; y los espectadores solo han de anhelar saber lo que haya sido de Edipo y de su desventurada madre. Esta, en el arrebato de su furor, ha ahorcado á sus dos hijas, y matado á sus hijos; y el poeta no ha temido lastimar la vista del público con un espectáculo tan horroroso, presentando á Yocasta, llena de heridas y moribunda, en medio de su prole ensangrentada; espira al fin, lisonjeándose en su frenesí con que siempre será suyo Edipo; y este desgraciado, preso en una torre, se asoma en tan mala hora á una ventana, y se arroja por ella de cabeza.

A tales extravíos arrastra una imaginacion vigorosa y desmandada, una vez roto el freno de la razon y del buen gusto: un gran poeta, manejando un asunto bellísimo, y con un ejemplar casi perfecto ante sus ojos, solamente logró presentar algunas hermosas imitaciones, lucir tal cual destello de su claro ingenio, y ostentar su maestría y facilidad en la versificacion; pero no dió á luz sino una composicion monstruosa, que apenas logró sobrevivir á su autor.

Tal vez el corto éxito de la composicion de Dryden y de Lee contribuiria tambien por su parte á alejar á los poetas de tentar otra vez en las tablas el mismo argumento; lo cierto es que, desde principios del siglo pasado hasta el dia, no parece que se haya representado en el teatro inglés ninguna tragedia de *Edipo*; y los

literatos de esa nacion se han contentado con publicar varias versiones de la tragedia de Sófocles, entre las cuales es quizá la mas conocida la que publicó Tomás Franklin en 1759, por haberse reimpreso luego mas de una vez con la traduccion de los dramáticos griegos.

La literatura de Alemania no ofrece ningun drama original, á lo menos de algun renombre, que verse sobre el argumento de *Edipo* : cabalmente el teatro trágico de esa ilustrada nacion puede decirse nacido en nuestra edad; y los autores que le han dado tan temprana fama, dotados de mucha imaginacion y osadía, y maestros de una nueva escuela dramática, mal pudieran haber gustado de seguir con estrechez las huellas de los Griegos, y en un argumento que puede apellidarse *clásico* por excelencia.

Mas no por eso se han desdeñado los literatos alemanes de trasladar á su lengua la hermosa composicion de Sófocles; siendo muchas las traducciones que de ella han hecho, como la de Manso, la del conde de Stolberg, la de Holderlin, la de Solger, y alguna otra de mas ó menos mérito.

Lo contrario que del teatro aleman, y por razones diametralmente opuestas, parece que debiera esperarse del teatro italiano: habiéndose cultivado la tragedia en él antes que en los demás de Europa, debió tal vez al tiempo y al terreno mismo en que nació cierto gusto de antigüedad, tan extremado que llegó á causarle perjuicio; porque le privó del vigor y lozanía de la juventud: como habria necesariamente de acontecer á quien solo se criase entre ruinas y catacumbas. Mas á pesar de esta manía, mas propia de anticuarios que de poetas, y de tantos centenares de composiciones dramáticas sobre asuntos griegos, no creo que el antiguo teatro italiano presente ninguna fundada en el argumento de *Edipo,* que haya logrado mucha reputacion. Sé bien que el abate Quadrio cita como *una de las mas famosas* que posea su nacion la que compuso J. A. de Anguillara; pero lo cierto es que, cuando en el siglo próximo pasado reunió el célebre Maffei, en su *Teatro italiano*, las muestras mas selectas del caudal trágico de Italia, no incluyó ningun drama original de *Edipo;* y hubo de contentarse con la traduccion del de Sófocles, hecha á fines del siglo XVI por un noble de Venecia, llamado Orsatto Justiniano; la cual, por la fidelidad con que refleja la belleza del original, por su estilo terso y limpio, y por su versificacion flexible y suelta, alcanzó el privilegio de hallar cabida en tan apreciable coleccion. Y nótese que el que hizo esta, autor de la famosa *Mérope,* era el juez mas competente en la materia, y lejos de querer ocultar ó disminuir las riquezas literarias de su nacion, hizo cuanto estuvo de su parte para que apareciesen mayores.

Despues de la afortunada tentativa de Maffei no dió señales de vida la Musa trágica italiana hasta que floreció Alfieri: y es por cierto no poco extraño que este poeta, cuya aficion al gusto griego frisaba quizá en afectacion, y que se empeñaba en sacar fruto de los argumentos mas áridos, no echase mano de uno tan célebre, y que parecia muy propio de su genio. Mas fuese por una causa ú otra, el hecho es que no compuso ninguna tragedia de *Edipo;* y entre alguna otra que apareció

por la misma época, solo se ha salvado del olvido la que dió á luz por los años de 1790 un poeta de gran talento y de mayores esperanzas, malogradas con su temprana muerte. Esta composicion de Carlos Forciroli, de que vamos á tratar ahora, se representó con éxito en varias ciudades de Italia, y fué escogida, como la mejor de cuantas versan sobre el mismo argumento, para incluirla en la coleccion del *Teatro italiano applaudito*, que se publicaba en Venecia al espirar el siglo.

La tragedia de Forciroli ofrece una ventaja notable sobre los demás *Edipos* modernos; y es que no contiene episodios extraños; mas por desgracia el autor, mejor poeta que dramático, se mostró escaso y poco acertado en el artificio de la fábula, y creyó tal vez encubrir los huecos y partes endebles de la obra con el lujo ambicioso del ornato. El acto primero puede decirse que en realidad se reduce todo él á la escena cuarta; y si en esta no faltan bellezas, en que luce la imaginacion florida del autor, forzoso es confesar que tiene corto mérito como parte de un drama. En esa escena, sobrado larga y prolija, se verifica la *exposicion* del argumento; pero de una manera lenta, comun y poco sagaz: Yocasta manifiesta á su confidente el ensueño que ha tenido, en que se le ha aparecido Layo, á fin de que venguen su muerte; y esto da ocasion á que la confidente pregunte lar circunstancias de ese fatal suceso.

Para que esta curiosidad tardía no parezca tan inverosímil, ha tenido que suponer el poeta que Ismenia, nacida en país extraño, habia sido traida luego á Tebas en cautiverio; pero es fácil que los espectadores perciban que a ellos va encaminada la relacion de Yocasta, y no á la persona que está de planton en la escena, meramente para escucharla: pues no es probable que, tratándose de un hecho no muy antiguo y de tamaña gravedad, ignore todas sus circunstancias quien ha tenido tiempo para adquirir tanta intimidad con la reina, llegando hasta el punto de equivocarse, suponiendo que murió Layo en su propio palacio.

Lo peor es que, al llegar el acto segundo, se ocurre la duda de si habrá sido inútil todo el precedente; puesto que aquel bastaria para una buena *exposicion*, empezando, así como la tragedia de Sófocles, por una escena en que el sumo sacerdote y el pueblo piden socorro á Edipo, para que procure salvarles de tantos males, y el rey les manifiesta que ha enviado á consultar á un oráculo, para indagar el medio de conseguirlo. Llega poco despues el enviado; y sábese de su boca lo mismo que se habia inferido del sueño de Yocasta; á saber: que los dioses ordenan el castigo del asesinato de Layo. Mas el poeta se ha mostrado poco diestro parándose en un punto sobre el cual debiera haber pasado velozmente, como sobre ascuas: nunca puede parecer muy verosímil que Edipo ignore las circunstancias de la muerte de un rey, á quien ha sucedido en el trono y en el tálamo; pero por lo mismo debiera evitarse que diga, llevando ya algunos años de reinar en Tebas, que *como extranjero, apenas habia oido nombrar á Layo*. ó el mostrarse tan poco indagador, siendo muy curioso de suyo, que estuviese en el equivocado concepto de que *la Sombra de su predecesor descansaba en paz habién-*

dose por lo menos derramado sobre su sepulcro, para satisfacerla, la sangre del homicida.

Despues de las imprecaciones de Edipo contra el culpable, y de un juramento solemne, sobre el ara terrible de Ismeno, por el cual se obligan así el rey como los principales Tebanos á perseguir de muerte al delincuente, retírase el concurso; y queda Edipo solo con Yocasta. En cuyo lugar ha colocado el poeta una escena de las mas importantes del drama, la cual me parece que encierra algunos defectos capitales. Ante todas cosas, creo que aun no era tiempo de revelar al público el importante secreto que cada uno de ambos esposos guarda; y que hubiera convenido, como en la tragedia de Sófocles y en la de Voltaire, aguardar á que el nudo dramático estuviese mas enredado, á que el espectador conociese mejor á los personajes, y les hubiese, por decirlo así, tomado mas cariño. Aun mas esencial era el que la revelacion recíproca de tan graves secretos apareciese motivada, respecto de ambos interlocutores; y que una circunstancia reciente, y si pudiere ser, nacida en el momento mismo, fuese la que les forzase á romper el silencio entonces, no habiéndolo hecho antes. Mas no sucede así en la tragedia italiana: cuando la Sombra de Layo, cuando los mismos dioses acaban de manifestar que el castigo de Tebas procede de la muerte dada á aquel rey, sospecha Yocasta que pueda nacer tambien de haber ella expuesto á su hijo, y se lo refiere á Edipo; y este á su vez cuenta á su esposa lo que le habia vaticinado el oráculo de Delfos.

En otra falta incurrió tambien el poeta, por no haber hecho alto en un primor de Sófocles: supone este que los dioses habian predicho á Yocasta que el hijo que de ella naciese mataria á su propio padre; y que á Edipo le habian pronosticado que se mancharia con parricidio é incesto. Así es que, cotejando uno y otro vaticinio, se nota bastante semejanza entre ellos para excitar sorpresa é inquietud; pero no se advierte una identidad completa, como la que supuso el poeta italiano, la cual aclara sobradamente el misterioso nudo que es el alma de esta composicion.

Aun se percibe mas de lleno este mismo defecto en lo que á continuacion sigue: pues sin mas que comparar las circunstancias del lance que refiere Edipo, con lo que sabe Yocasta respecto del homicidio de Layo (segun lo que manifestó á su confidente) poca duda podia quedar á la reina de quien hubiese dado muerte á su primer esposo; y por lo menos los espectadores deben estar casi plenamente convencidos, antes de concluirse el acto segundo, de que Edipo es el homicida cuyo descubrimiento tanto cuesta. ¿No es demasiado pronto para empezar á satisfacer la curiosidad, en vez de estimularla, mostrándole oscuro y remoto el término que anhela descubrir?

Aun si quedase alguna duda á los espectadores, acabaria de disiparse desde la primera escena del acto siguiente: pues, habiendo venido para declarar el solo testigo de la muerte de Layo, rehusa manifestar al sumo sacerdote el nombre del reo, y aun dice expresamente que cada palabra suya ha de costar muchas lágrimas al rey. De donde resulta que, por haber dicho el poeta mas de lo conveniente,

ha disminuido gran parte del interés que debiera excitar la escena inmediata, en la cual Edipo obliga á Phorbas, á fuerza de instancias y amenazas, á revelar el fatal arcano.

Convencido de su crímen, al traerle á la memoria todas sus circunstancias, resuelve el rey abdicar el trono y abandonar á Tebas, doliéndole en el alma dejar á sus hijos y á su esposa, cuya vista quiere evitar.... mas á tiempo que, muy ajena de lo acaecido, se presenta Yocasta: situacion interesante y bella, mejor imaginada que desempeñada por el poeta.

Antes de concluirse el acto tercero, habia mandado Edipo convocar al pueblo, para despedirse de él y manifestarle su última voluntad; y probablemente los espectadores esperan esta escena, magnífica y tierna, al principio del acto siguiente; pero por desgracia no llega sino al final, y lejos de haberse llenado el espacio anterior con cosas necesarias, ó por lo menos útiles, pudieran suprimirse cuatro escenas, sin que se echasen menos para el curso del drama. Así es que se falta á una regla importante en la práctica del teatro, cual es no dejar nunca fallida la expectacion del público, y mucho menos ofrecerle escenas de mero ripio, cuando cabalmente es mas vivo é impaciente el anhelo que se ha despertado en su ánimo. Acabando de ver juntos, despues del fatal descubrimiento, á Edipo y á Yocasta, ¿qué atencion pueden poner los espectadores en lo que diga el sacerdote á un confidente ocioso, acerca del pesar de la reina, ó en las querellas con que esta misma se desahogue ante una persona indiferente? Todo ha de parecer leve y frio, comparándolo con la situacion recíproca de ambos esposos; y hasta no sé si quepa volver á presentarlos juntos en tales momentos, como lo hizo Forciroli en la escena tercera de ese acto; porque el progreso de la accion dramática y la misma condicion natural del hombre exigen, cual regla esencialísima, que se evite presentar dos ó mas veces á los mismos personajes en situacion idéntica, cuando, no habiendo mediado ningun nuevo incidente, tienen que expresar poco mas ó menos los mismos sentimientos que antes.

Al cabo, en la escena quinta, se ofrece un cuadro propio y digno del asunto; Edipo va á despedirse de su familia y de su pueblo: ¡cuánto no es de sentir que el poeta no se haya limitado á la expresion de afectos, sencilla y patética, que tal situacion demandaba! Porque, si no me engaño, la mitad de esa escena ostenta cierta pompa, cierto artificio y estudio, que han de recordar á los espectadores que están en el teatro, cuando debiera procurarse con mas ahinco que lo olvidasen, para conmover su corazon. El trono colocado en medio de una plaza, el subir á él Edipo con Yocasta, el dar principio con una arenga fria, todo eso, digo, no me parece muy conforme á la verdad de la imitacion, y descubre sobradamente la mano del poeta: hubiera tal vez valido mas reducirse á lo que despues hace Edipo, cuando se despide afectuosamente de los próceres del reino, y deja en sus brazos á sus tiernos hijos, encomendándolos á su lealtad, y poniéndolos bajo el amparo especial de los dioses.

No sé si el temor de que resultase demasiado corto el acto quinto, ó el deseo

de aprovecharse de una decoracion magnífica, incitó al poeta á principiar con una escena inútil, y colocada en mi juicio fuera de sazon. Estando ya tan adelantada la accion dramática, cuando debiera correr con mas rapidez á su término, y sabiendo ya los espectadores que ha llegado un mensajero de Corinto, no me parece oportuno intercalar una escena, únicamente para mostrar á Edipo y á Yocasta al pié de la tumba de Layo, y anunciar al público que ha rehusado aceptar sus ofrendas.

La aclaracion del nacimiento de Edipo se verifica en la tragedia italiana en los mismos términos que en la griega por medio del mensajero de Corinto y de la declaracion de Phorbas; pero al llegar el punto crítico de descubrirse que Edipo era hijo de Layo, siempre echo menos el arte de Sófocles, tanto mas admirable cuanto no aparece. ¿Se sabe ya el parricidio y el incesto? Pues apártense al punto Edipo y Yocasta, y dejen á la imaginacion de los espectadores medir con terror y asombro el abismo que separa á entrambos; pero si les ven, como en la composicion italiana, que se llaman primero *madre* é *hijo*, que van despues á abrazarse, y suspendiéndose en medio del camino, repiten luego el usado nombre de *esposo* y de *consorte*, ¿no es de temer que ese cuidado manifiesto del poeta, y su desconfianza del alcance del público, acorte el vuelo de la fantasía, que ha menester libertad y un espacio sin límites?

Por lo que respecta á la *catástrofe*, poseido Edipo de su furor, saca el acero y va á herirse, estorbándoselo Yocasta y Nearco: retírase entonces, anunciando á la reina que aquella es la última vez que le hablará en la vida; y al saberse poco despues que se ha sacado los ojos, se mata Yocasta en el teatro.

Me he limitado á dar una sucinta idea del plan y armazon de la tragedia de Forciroli, por exigirlo así el objeto de este escrito; pues mi ánimo no podia ser ni calificar detenidamente las dotes del estilo, mas rico y galano que enérgico y nervioso, ni pararme á celebrar el mérito de la versificacion, en general rotunda y fácil.

En lo que va de este siglo, no ha dejado de representarse en Italia alguna que otra tragedia de *Edipo*, como la del caballero Giusti, de Bolonia; pero ni sé que se hayan impreso, ni las he habido á las manos para poder examinarlas: solo me consta que hasta el dia de hoy pasa la composicion de Forciroli como la mejor de su clase, ó es tal vez la única que haya alcanzado fama.

Pero ya es tiempo de dar fin á esta especie de reseña, tratando por último del teatro español, como quien, cansado de peregrinar, viene á parar con gusto á la propia casa. Ni nuestros antiguos dramáticos ni los de época posterior han tanteado siquiera este argumento; nunca, á lo menos que yo sepa, se ha presentado en las tablas; y solo los aficionados á estas materias tienen noticia de la traduccion del drama griego, hecha por Don Pedro Estala á fines del siglo pasado, con bastante correccion, buen lenguaje y fáciles versos. Esta composicion, mero trasunto de la de Sófocles, no se representó, ni se publicó con ese intento; y hasta es de advertir que el traductor español estaba persuadido de que el argumento de *Edipo* es

muy poco á propósito para granjear aplauso en el teatro moderno, citando en apoyo de su opinion lo que habia sucedido á un Corneille y á un Voltaire. « Estos dos grandes trágicos (dice Estala en su *Discurso preliminar*) quisieron trasladar á nuestro teatro esta obra maestra de la escena griega; variaron de circunstancias, introdujeron diversos episodios, é hicieron otras muchas alteraciones; á pesar de todos sus esfuerzos, las imitaciones de una obra tan excelente salieron pésimas, como se puede ver en la crítica que hace de ellas el P. Brumoi. ¿Y esto porqué? Porque el fondo de esta tragedia no es una pasion humana ni los efectos de ella, sino una ciega fatalidad, que nada significa para nosotros; y como esta y el odio á la monarquía constituyen su naturaleza inalterable, por mas episodios que se añadan, por mas ingenio que se emplee en combinar su plan de todos los modos posibles, jamás podrá interesar vivamente á nuestro público. » Sin entrar á pesar el valor de estas reflexiones, que ofrecerian vasto campo al exámen y controversia, me contentaré con decir que el dictámen de ese humanista es absolutamente opuesto al mio: opinaba él que el fondo del argumento de *Edipo* no es acomodado á la escena moderna, á pesar de los episodios que se le añadan y de cuantos esfuerzos se hicieren para variarle; y á mí me parece, por el contrario, que el tal argumento es muy propio aun hoy dia para una tragedia, y que cabalmente esos episodios y esos esfuerzos, á que alude Estala, han sido la causa principal de deslucirle y afearle.

Así es que el ejemplo, ó, por mejor decir, el escarmiento de unos trágicos tan famosos no ha servido para probarme, como al traductor español, que el argumento de *Edipo* no sea á propósito para el teatro moderno, sino que era preciso seguir otro rumbo, apartándome del que ellos siguieron, y acercándome (en cuanto lo consintiesen mis fuerzas y las circunstancias de nuestro teatro) al que habia conducido á Sófocles al término deseado. En una palabra: ya resuelto á valerme de este argumento, creí que debia proponerme como fin principal ver si me era dable vaciar el metal antiguo, sin liga ni mezcla de materia extraña, en un molde moderno: no es esto decir que lo haya conseguido; pero sí confesar que lo he intentado.

Firme en este concepto, puesta la mira en la tragedia de Sófocles, y proponiéndomela como dechado, lo primero que debí procurar fué evitar los defectos que con mas ó menos razon han solido imputársele. El mas grave, y en el que han convenido todos los críticos, es en lo poco verosímil que aparece en la tragedia griega el que Edipo, que lleva ya algunos años de reinar en Tebas y de estar casado con la viuda de Layo, haya aguardado hasta aquel dia para informarse de las circunstancias que acompañaron la muerte de ese príncipe. Este defecto aparece tan íntimamente unido con las entrañas mismas del argumento, que no es fácil arrancarle de ellas; y si no destruye todo el cuerpo de aquella obra, consiste en la razon que indicó con mucha sagacidad Aristóteles; á saber: que, como esa inverosimilitud no se halla en el curso del drama, sino en los antecedentes, que se dan por supuestos, no causa tanta impresion en el ánimo de los espectadores, los cuales, una vez embargada la atencion por el vivísimo interés del drama, no

tienen voluntad ni espacio para volver atrás la vista, y advertir que el edificio flaquea por su mismo cimiento. Esta observacion se ve confirmada por la experiencia, y es digna de tan gran maestro; mas con todo, he procurado encubrir esa falta, en cuanto ha estado á mi alcance: con cuyo objeto he omitido todas las circunstancias que la hacen resaltar mas en la tragedia de Sófocles, en la cual aparece mas extraña la ignorancia de Edipo, porque resulta que Yocasta sabia varios pormenores de la muerte dada á su primer esposo, y que tenia noticia del paradero del único testigo de aquel hecho, que todavía viviese.

Algunos críticos, como por ejemplo La Harpe, han censurado tambien en la tragedia griega el episodio de Creon, cuñado de Edipo, á quien sospecha este de haber seducido al Adivino, y de querer valerse de la respuesta del oráculo para usurpar el trono; dando esto lugar á una grave desavenencia entre ambos, que al cabo llega á apaciguarse, gracias á la mediacion de Yocasta, y á las vivas súplicas del pueblo.

Este episodio no es, en mi dictámen, vicioso, ni como tal debe reprobarse; pues me parece natural, suficientemente motivado, y unido con arte á la accion principal; pero por librarme hasta del menor escrúpulo en este punto, me decidí desde luego á arrancar de cuajo todo el episodio, suprimiendo hasta el personaje de Creon; con la esperanza de que, si no me hacian falta esos materiales para completar mi obra, ganaria esta en despejo y sencillez. En lugar pues de todo lo que tiene relacion con ese incidente del drama griego, me ha parecido preferible, como mas allegado al asunto, el que, creyéndose Edipo inocente de la muerte de Layo, y buscando cerca de sí al culpable, lleguen á recaer sus sospechas hasta sobre su misma esposa: lo cual contribuirá, no me equivoco, á graduar el progreso de la accion dramática, acabando de presentar de lleno la triste situacion de Edipo, que lucha á no poder mas con tan fatal incertidumbre. No sé hasta qué punto corresponderá á mis deseos el segundo acto de esta tragedia, que con ese fin he imaginado.

Últimamente, han creido algunos que, como en el drama de Sófocles se revela al fin del cuarto acto el secreto misterioso, que forma el nudo de la composicion, queda este desatado, y satisfecha ya la curiosidad de los espectadores, parece casi inútil el acto quinto, que solo sirve para que se sepan las fatales resultas de aquel descubrimiento. Esta inculpacion me parece demasiado severa, si es que no injusta; pero no admite duda que ganaria la composicion, retardando la aclaracion del secreto que se desea saber, para mantener mas tiempo al público en aquella incertidumbre congojosa, que tan grata es en las representaciones trágicas. Por lo tanto, he creido mejor que al fin del acto tercero sepa únicamente Edipo una parte de su desgracia, y reservar hasta el final de la tragedia el que se entere á fondo de su horrendo infortunio.

Como en el tomo primero de esta Coleccion presenté el análisis del drama de Sófocles, será fácil, cotejándole con esta tragedia, ver en qué pasajes he seguido sus huellas, omitiendo como largo y prolijo exponer las razones que me han mo-

vido á variar el plan y contextura de la obra; porque, á pesar de mi entusiasmo por tan hermosa composicion, no llega hasta el punto de creer que pueda trasladarse en cuerpo y alma, como suele decirse vulgarmente, una tragedia griega al teatro español.

Debo sin embargo decir, ya que la ocasion se presenta, que, á pesar de reconocer las notables diferencias que median entre el teatro antiguo y el moderno, me parece que pudieran aprovecharse en este algunos recursos de aquel, por lo comun sobradamente desatendidos: la asistencia continua del coro, por ejemplo, no tiene duda que embarazaba el curso de los antiguos dramas, y que, como inverosími las mas veces, ha debido con razon suprimirse; pero tambien estimo que, siempre que el asunto lo consienta, la presencia del pueblo y su intervencion en el drama pueden ser muy útiles para darle mas interés, aspecto mas nacional, y mayor aparato y grandeza. Así es como Shakspeare, Voltaire, Alfieri y otros trágicos extranjeros, no menos que algun otro de los nuestros, se han valido con buen éxito de ese recurso.

Tambien creeria yo que no debiera desaprovecharse, cuando el asunto se preste á ello, el introducir en la tragedia la música y el canto; pues, ya que no sea dable valernos de un hechizo tan poderoso, cual lo hacian los antiguos, no hay razon alguna para no sacar á lo menos de ese arbitrio la utilidad que se pueda. Cabalmente en la obra maestra del teatro moderno, en la *Atalía* de Racine, se nota con admiracion el influjo prodigioso de la música y del canto, ya en los bellísimos coros, y ya en la sublime profecía del sumo sacerdote.

Persuadido, pues, de que la asistencia del pueblo y el canto del coro pueden auxiliar, en ciertos casos, á la tragedia moderna, no he querido renunciar al socorro que pudieran prestar á esta composicion; tanto mas, cuanto, prescindiendo de otras ventajas, ofrecen ambos recursos, la de dar al espectáculo mayor pompa, la de preparar el ánimo de los espectadores para que reciban mas fácilmente las impresiones que se desea comunicarles, y en algunos casos, como acontece en este, la de contribuir por su parte á la verosimilitud dramática. Cuando en el teatro moderno se presenta un argumento antiguo, griego ó latino, debe evitarse con sumo esmero darle cierto aire palaciego y de corte, que se trasluce mas de una vez en las famosas composiciones del siglo de Luis XIV, y que está mas en nuestras costumbres que en las de aquellas gentes. La vida de sus hijos, aun bajo el régimen monárquico, era mas pública que la nuestra: puede decirse que moraban en las plazas, en los pórticos y en los templos; la religion tenia mas parte en los acontecimientos del estado. Así me ha parecido que en un asunto tan grave como el que sirve de argumento á esta tragedia, tratándose nada menos que de la salvacion ó destruccion de un reino, era no solo conveniente, sino casi preciso que el pueblo tomase parte en sucesos que tan de cerca le tocaban; y que las súplicas religiosas, los sacrificios y expiaciones públicas, á que se brindaba el argumento, contribuirian á dar al drama un aspecto mas propio, antiguo y venerable.

Tambien soy de dictámen, y por razones análogas á las ya expuestas, que, cuando se vuelve á sacar á la escena un argumento griego, debe procurarse eficazmente expresar con la mayor sencillez los sentimientos de la naturaleza, y no desdeñarse de emplear algunos pormenores de familia, si puede decirse así, creyéndolos tal vez indignos de la elevacion del coturno; en una palabra: conservar en la pintura de costumbres y caractéres, no menos que en la expresion de afectos, aquella especie de *candidez*, que nos cautiva en las obras de los Griegos, á pesar de nuestra corrupcion y vanas pretensiones.

Que eso no impide, y antes bien facilita, guardar otra de las condiciones que juzgo necesarias en tales obras; cual es la de darles, sin desdecir de la condicion del drama, cierto aspecto noble y gala poética, que tan bien asientan á todo lo que tiene relacion con aquel pueblo privilegiado. No es esto pretender que pueda un drama moderno rayar en la *lírica*, como se nota frecuentemente en el drama de los antiguos, por su diversa índole y circunstancias; pero sí que no solo el conato de dar mayor belleza á tales obras, sino hasta la fidelidad misma de la imitacion, exigen que, cuando se haga hablar á los Griegos, se procure pintar con vivos colores su sensibilidad exquisita, su imaginacion ardiente, su lenguaje animado y descriptivo.

Me he detenido mucho mas, antes de presentar esta obra dramática, de lo que he acostumbrado respecto de otras, por razones fáciles de concebir: el argumento de esta tragedia ha sido manejado por muchos autores, y de los mas célebres; y he creido indispensable, como quien temeroso anticipa descargos, manifestar las razones que me han movido á emprender el mismo camino, y á seguir distinta vereda. Es posible que me haya equivocado en mis juicios, y harto probable que huyendo de unos defectos haya incurrido en otros; pero tambien es cierto que por medio de exámen imparcial y de repetidas tentativas es como puede adelantarse en las artes: y como mi objeto no es presentar mis propias obras como dechados, sino ver si puedo contribuir á encaminar por buena senda á la juventud aplicada, no temo que se repute como tiempo perdido el que se ha empleado en examinar un argumento tan famoso.

Debo advertir por último que si en esta tragedia, así como en la de *Morayma*, he indicado con prolijidad muchos pormenores relativos á la representacion, lo he hecho por creer que tales indicaciones no estarán de sobra, si alguna vez hubieren estos dramas de probar fortuna en las tablas: y que, cuando mas, serán advertencias inútiles, pero no dañosas; pues de modo alguno impedirán que los actores sigan el instinto de su corazon, y dejen campear su talento.

EDIPO.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

EDIPO, rey de Tebas.
YOCASTA, reina.
EL SUMO SACERDOTE de Júpiter.
HYPARCO, antiguo ayo de EDIPO.
PHORBAS, anciano de Tebas.
UN MENSAJERO de Corinto.
DOS NIÑAS, hijas de Edipo.
CORO, PUEBLO, GUARDIA, ESCLAVAS.

La escena en Tebas.

El teatro representa una plaza magnífica : en el fondo se ve el pórtico del palacio; á su derecha, la fachada del templo de Júpiter; y en el lado opuesto, la entrada del Panteon de los reyes.

ACTO PRIMERO.

(El recinto de la plaza aparece lleno de grupos de gente, con ramos de oliva en la mano y guirnaldas en la cabeza, en señal de súplica, postrada ante dos aras que habrá colocadas á la puerta del templo : despues de oirse los acentos de una música religiosa, y al mismo tiempo que amanece, principia el canto del Coro; y al concluirse este, sale del templo el SUMO SACERDOTE.)

ESCENA I.

EL SUMO SACERDOTE, CORO, PUEBLO.

CORO.

Acoge nuestros vótos,
O Jove soberano :
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

(Las estrofas 1ª, 3ª y 5ª las cantará un hombre; y las 2ª, 4ª y 6ª una mujer.)

ESTROFA I.

Si alzamos nuestros ojos,
Rasgarse ven el cielo;
A nuestros piés el suelo
Retiembla con pavor.

ESTROFA II.

Suspende, Dios tremendo,
Suspende tu venganza;
Y un rayo de esperanza
Anuncie tu favor.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

ESTROFA III.

Si en ira te encendieron
Los padres delincuentes,
Los hijos inocentes,
Desarmen tu rigor.

ESTROFA IV.

Al menos, en nosotras
El rayo ardiente vibra;
Y á nuestros hijos libra
De tanto y tanto horror.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

ESTROFA V.

Concede á los mancebos
Morir cual esforzados
De lauro coronados,
No á manos del dolor.

ESTROFA VI.

De Tebas las doncellas
Te invocan afligidas,
En tumbas convertidas
Las aras del Amor.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

SACERDOTE.

Respirad, ó Tebanos!.... Ya los Dioses
Vuestros humildes votos acogieron;
Y el término se acerca á tantos males,
Anuncio de la cólera del cielo:
Padres, hijos, esposos, ciudadanos,
Tranquilos respirad! Sobrado tiempo,
Agolpados al borde de la tumba,
Temblásteis de la muerte al crudo aspecto:
El fuego asolador, la peste, el hambre,
Cuantas plagas encierra el hondo Averno
Sobre Tebas á un tiempo desplomadas,
La trocaron en mísero desierto,
Y hasta la misma tierra, estremecida,
Se negaba á sufrir su ingrato peso.
Mas al fin ya los Númenes benignos
El brazo de venganza suspendieron;
Y por primera vez tras largos años
Sonó su voz en el augusto templo.
Yo la escuché, mortales! Mas tremenda
Que el huracan y el espantoso trueno
Yo la escuché; y el mundo con asombro
Hoy la oirá de mi labio.—En vano ciegos
Descansan tras el crímen los mortales,
Cual si olvidase su castigo el cielo;
Que llega al fin el formidable dia
Destinado á la ruina y escarmiento,
Y el soplo de los Númenes deshace
Las ciudades, los tronos, los imperios.—
Mas hoy ya solo, en su piedad inmensa,
Una víctima exigen, no pudiendo
Dejar impune el crímen mas oculto;
Y al punto que le venguen, satisfechos
Con el largo dolor que afligió á Tebas,
El duro azote arrojarán al fuego.

ESCENA II.

SUMO SACERDOTE, EDIPO, CORO, PUEBLO.

EDIPO (*al salir del palacio*).

¿Será verdad, ministro de los Dioses,
Que ha respondido el Númen?.... Sus decretos
Revela á los mortales; que ya Edipo
Se apresta á ejecutarlos.

SACERDOTE (*con énfasis*).

El momento
Aun no es llegado, Edipo; mas se acerca,
Y en breve llegará.

EDIPO.

Si tanto anhelo
La voluntad saber del almo Jove,
No á ello me incita el criminal deseo
De sondear los íntimos arcanos
Que esconde al mundo; de mi amado pueblo

La infeliz suerte, su penar, su angustia...

SACERDOTE.

Van á cesar en breve.

EDIPO.

¿Cuándo?

SACERDOTE.

Hoy mesmo.—

EDIPO.

Gracias os doy, ó Númenes piadosos,
Por tan grande merced!.... El llanto acerbo
En lágrimas trocásteis de ternura;
Y libre ya del congojoso peso,
De júbilo colmado y de esperanza,
Siento latir mi conturbado pecho.
Venid, hijos, llegad, cercadme todos;
Alzad las manos y la voz al cielo;
Bendecid su bondad....

SACERDOTE.

Y su justicia.

EDIPO (*con sorpresa*).

Sacerdote, ¿qué arcano, qué misterio
Encierran tus palabras?.... Por dos lustros,
Cercados de peligros y tormentos,
Arrastramos el peso de la vida,
Viendo el sepulcro á nuestros piés abierto:
Y cuando el sumo Jove por tu labio
Palabras nos ofrece de consuelo;
Cuando hoy mismo los males de la patria
Van á cesar; y el corazon, abierto
A la dulce esperanza, al cielo envía
De gratitud los votos mas sinceros;
¡Tú solo, tú, ministro de los Dioses,
Con ceño adusto y con terrible acento
Amargas nuestro júbilo!.... No; deja
Que libres de mortal desasosiego
Respiremos siquiera un solo instante;
Deja que nuestros males olvidemos,
Y bendigamos la piedad divina,
Que ya el iris de paz tiende en el cielo.

SACERDOTE.

Le tiende, sí; mas el tremendo rayo
Antes caerá, sin que retumbe el trueno;
Y postrada la víctima culpable,
Servirá al mundo de salud y ejemplo.

EDIPO.

¿Qué víctima? ¿qué culpa? habla, prosigue;
El mandato del Dios sumiso espero;
Y el poder que su diestra me confía
Servirá á su justicia de instrumento.

SACERDOTE.

Mas segura es, Edipo, su justicia;
Mas alcanza su brazo que tu cetro.

EDIPO.

Lo sé; mas desde el punto en que los Dioses
Al trono me elevaron, justo y recto
La virtud coroné; castigué el crímen:
¿Cuál quedó impune, cuál?

SACERDOTE.

El trono excelso
De Layo ocupas, su diadema ciñes,
¡Y tú me lo demandas!....

EDIPO (*con pausa y dignidad*).

Extranjero,
En Corinto nacido, largos años
Las ciudades de Grecia recorriendo,
Un acaso feliz me trajo á Tebas,
Cuando la fama proclamó á lo lejos
Que al que osase librarla de la Esfinge
La corona de Layo daba en premio.
No la vana ambicion movió mis pasos;
¡Por los Dioses lo juro! que contento
Con ocupar el trono de Corinto
(Cuando mi anciano padre el comun feudo
Pague á la tierra), con desden miraba
De extraño solio el brillo lisonjero.
Mas el amor de gloria, la impaciencia
Del juvenil arrojo, y el deseo
De imitar á los héroes de mi estirpe,
A la tremenda prueba me trajeron.
Vosotros lo sabeis, nobles Tebanos:
A mi vida la vuestra anteponiendo,
Desaté el fatal nudo, vencí al monstruo,
De sus sangrientas garras salvé al pueblo;
Y solo ambicioné por recompensa
Merecer vuestra estima y vuestro afecto.
Mas huérfano el Estado, abandonadas

Con grave mal las riendas del gobierno,
Muerto por mano oculta el justo Layo,
Su palacio y su tálamo desiertos,
El clamor de la patria y vuestros votos
A mi pesar al trono me ascendieron.

SACERDOTE.

¿No le viste con sangre salpicado?
¿Qué hiciste por vengarla?...

EDIPO.

Sabe el cielo
Que un punto no olvidé tamaño crímen;
Y que al unir mi diestra el himeneo
Con la de vuestra reina, su venganza
Cual esposo y monarca juré á un tiempo.
Mas ¿es mi culpa que el Destino quiera
Envolver en las sombras del misterio
El parricidio atroz? ¿Es culpa mia
Que en la ruina fatal de todo un reino
Tal vez esconda el lóbrego sepulcro
Los testigos, los cómplices y el reo?...

SACERDOTE.

Aun vive el parricida; aun vive, Edipo!
Y emponzoña la tierra con su aliento....

EDIPO.

¿Quién es? ¿Dónde se oculta? ¿Dó se esconde?

SACERDOTE.

Con su elevada frente insulta al cielo;
Mas al grabar su huella ensangrentada,
La eterna maldicion le va siguiendo.

PUEBLO.

¡Qué horror!

SACERDOTE (*con tono de inspirado*).

Oid, y temblad! Yo su cabeza
A los Dioses consagro del Averno,
Sin que siquiera logre en su agonía
Pasar las negras ondas del Letéo:
Que en triste soledad y eterna noche,
Sin patria, sin asilo, sin consuelo,
Errante vague en la asombrada tierra,
Y le nieguen los hombres agua y fuego;
Hasta sus mismos hijos en su sangre
El crímen lleven y el castigo horrendo;
Y la execrable raza, mal decida,
Quede á los siglos cual padron eterno!

(*Retírase el* SUMO SACERDOTE; *y poco á poco vanse disipando tambien los grupos de gente, yéndose por diversos lados.*)

ESCENA III.

EDIPO.

Yo os invoco tambien, Númenes sacros
Que presidís en el oscuro reino,
Yo os invoco tambien!.... Mostrad al mundo
Vuestro poder, terror de los perversos;
Y el parricida atroz no halle refugio
Ni de la tierra en el profundo centro:
Por vez postrera sus culpables ojos
Miren el resplandor del claro cielo;
La muerte implore, y ni la muerte quiera
Poner fin á sus bárbaros tormentos!

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA (*al salir*).

¿Qué nuevo mal nos amenaza, Edipo?...
Que hasta el palacio mismo llevó el eco
Tus confusos acentos; y al oirlos,
De terror y congoja me cubrieron.

EDIPO.

Antes, amada esposa, ya los Dioses
Ofrecen deponer su airado ceño;
Y á la afligida Tebas amparando,
Solo al crímen amagan justicieros.

YOCASTA.

¿Será posible que Yocasta vea
Un solo dia plácido y sereno,
Y que logre abrazar sus tiernas hijas
Exenta de temores y recelos?....
Ha un instante que inquietas y azoradas
A mi triste regazo se acogieron;
Y al querer estrecharlas, con espanto
Las rechazaba mi agitado seno:
Mi corazon leal una vez y otra
Repitió su fatal presentimiento,
Y una secreta voz dentro del alma

Me anunció nuevas penas, males nuevos.

EDIPO.

Tranquilízate, esposa; y no así dobles
Tú misma tus pesares, ofendiendo
A los supremos Dioses, cuando pios
Acogen hoy nuestro ferviente ruego:
Salvos tus hijos, libertada Tebas,
Vuelto á las leyes su sagrado imperio,
Seguro el trono, y la inocente sangre
Vengada al fin....

YOCASTA.

¿Qué dices? ¿será cierto?

EDIPO.

Los Dioses la sentencia han pronunciado
Del atroz regicida; y al momento
Que se cumpla el oráculo terrible,
Su brazo protector salvará al reino.

YOCASTA.

Logren mis ojos ver tan fausto dia;
Lógrenlo ver, y satisfecha muero!....
Sí, Edipo, los pesares en mi alma
Una herida cruelísima han abierto,
Y miro con desden cuantos encantos
Ofrecerme pudiera el universo.
No hay dicha para mí!.... Yo vi á mi esposo,
Con honda herida traspasado el pecho,
Entrar exangüe por las mismas puertas
Que vió al salir ornadas de trofeos;
Yo le escuché desde la negra tumba
Pedir venganza con tremendo acento,
Mientras ignoto, impune el parricida
Quizá insultaba su sepulcro regio:
Mas de sufrir los Dioses se cansaron
A la maldad sacrílega; y abriendo
Los diques á su enojo, en su venganza
La inocencia y el crímen confundieron.
Un solo dia respiró la patria,
Y la dulce esperanza me dió aliento,
Cuando vencido el sanguinario monstruo,
Libertador y rey te aclamó el pueblo;
Por en medio de ruinas y sepulcros
Él mismo me condujo al sacro templo,
Y por la paz de Tebas y su gloria
Convertí en nupcial pompa el triste duelo.
Mas ¡cuán breve pasó nuestra ventura,
Cuán breve, caro Edipo!.... Como un sueño
Voló; y al despertar despavoridos,
Se mostró mas cruel el hado adverso.
¿Lo recuerdas, Edipo? El mismo dia
En que vimos nacer un hijo tierno,
Y con llanto de amor le bendijimos
Como prenda de union y de consuelo;
El mismo dia en que la triste patria
El logro celebró de sus deseos,
Viendo afianzada su futura suerte;
En ese dia, de fatal agüero,
Parece que los Dioses contemplaron
Con enojo y horror nuestro contento.
Aun sonaban los cánticos de albricias
En las sagradas bóvedas del templo,
Y el pueblo enternecido encomendaba
El niño augusto á la piedad del cielo,
Cuando con ronco estruendo retemblaron
De la tierra los íntimos cimientos,
Y el rayo vengador del sumo Jove
Confundió sobre el ara el sacro fuego.
¡Cuántos males de entonces, cuántos males
Sobre nosotros, míseros, cayeron!
Y aun hoy mismo ¿quién sabe si mayores....?

EDIPO.

No, Yocasta: los Númenes supremos
Castigan y se vengan, mas no engañan;
No son hombres, Yocasta!.... Hoy ofrecieron
Poner término y fin á nuestros males;
Hoy término tendrán.

YOCASTA.

Quiéralo el cielo!

EDIPO.

Pero no entre el temor y la esperanza
Tan preciosos instantes malogremos,
En vez de apresurar el feliz plazo
Con fe sincera y religioso ruego;

Antes bien, á la voz de su monarca,
A la tumba de Layo acuda el pueblo,
Y con fúnebre pompa y sacrificios
Sus indignados Manes aplaquemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EDIPO, HYPARCO, PUEBLO, CORO.

(Saldrá gran número de Tebanos, dirigiéndose al Panteon de los reyes, con pebeteros humeando, vasos sepulcrales, ramos de ciprés, etc. Entre tanto, al son de una música grave y patética, cantará el coro los siguientes versos, é inmediatamente despues se presentará en la escena EDIPO, acompañado de HYPARCO, y cesará el canto.)

CORO.

Aplaca, rey augusto,
Aplaca ya tus Manes;
Y escucha de tus hijos
Las tristes voces y sentidos ayes!

EDIPO.

¡Qué tristeza tan plácida y suave
Hoy por primera vez disfruta el alma,
Tras la afanosa lucha y agonía
Que mi sensible pecho atormentaba!....
¿Oyes, Hyparco amigo?... Esos acentos
Que hasta los mismos cielos se levantan,
Y llevando las súplicas del hombre,
El rigor de los Númenes aplacan;
El inmenso concurso de cien pueblos
Sumisos precediendo á su monarca,
Y en la mansion entrando de la muerte
Con temor santo y religiosa planta;
El confuso murmullo, los sollozos,
El llanto de ternura y de esperanza,
La vista de los males que se alejan,
Paz y consuelo en mi interior derraman. —
¡Bendita tu bondad, bendita sea,
Supremo Dios del mundo! Y si te agradan
Los votos de los míseros mortales,
Que ansiosos cercan las divinas aras;
Si el llanto de millares de inocentes
Un crímen solo á redimir alcanza,
Y la sangre de un pueblo desdichado
Consiguió ya borrar la enorme mancha;
Dígnate apresurar, Dios de clemencia,
El término feliz de tantas plagas,
Y los ecos de muerte trocaremos
En cánticos de gloria y de alabanza!—
Seguid, hijos, seguid: con vuestras voces
Procurad aplacar la Sombra airada
Del mejor de los reyes, entre tanto
Que yo penetro en la tremenda estancia:
Al pié de su sepulcro, entre las tumbas
Do mil héroes y príncipes descansan,
Tal vez de la verdad la voz severa
Llegará á los oidos de un monarca;
Que al pisar los umbrales de la muerte,
El poder tiembla y la lisonja calla.

(*Mientras* EDIPO *haya estado diciendo los anteriores versos, los Tebanos habrán salido sucesivamente del Panteon, donde habrán dejado las ofrendas, y se hallarán ya distribuidos en grupos por la escena. En cuanto se va* EDIPO, *vuelve á empezar la misma música, que acompañó antes el canto.*)

ESCENA II.

HYPARCO, PUEBLO, CORO.

CORO.

Aplaca, rey augusto,
Aplaca ya tus Manes;
Y escucha de tus hijos
Las tristes voces y sentidos ayes!

(Cada una de las cuatro estrofas siguientes deberá cantarse á una voz sola.)

ESTROFA I.

Al pié de tu sepulcro
Te imploran como á padre,
Con llanto de sus ojos
Borrando los regueros de tu sangre.

ESTROFA II.

Si blando á la clemencia
Te halló siempre el culpable,
Millares de inocentes
De un solo crímen el indulto alcancen.

ESTROFA III.

Las Furias del Avorno
Se vengan implacables;
Un rey cuando perdona
Se asemeja á los Dioses inmortales.

ESTROFA IV.

A tí los tiernos niños,
A tí las tristes madres,
A tí tu pueblo todo
Piedad demanda en tan amargo trance:

CORO.

¡Piedad, piedad, ó Layo!....

(Al llegar á este punto, óyese un ruido sordo de pisadas, y los Tebanos sorprendidos suspenden el canto: ábrense con estruendo las puertas del Panteon, y sale EDIPO *despavorido.)*

ESCENA III.

EDIPO, HYPARCO, PUEBLO, CORO.

PUEBLO.

¡Qué confuso rumor!....

HYPARCO.

Callad, Tebanos....

EDIPO.

Retiraos.......

HYPARCO.

Gran rey....

EDIPO.

Déjame.... aparta....

PUEBLO.

¿Qué será, santos Dioses?

EDIPO *(al pueblo)*.

¿No escuchásteis?....
(A Hyparco.)
¡Tú tambien contra mí!....

HYPARCO.

¿Porqué así agravias,
Querido Edipo, á tu mejor amigo,
A tu segundo padre?.... Calma, calma
Tan ciega turbacion....

EDIPO.

Dejadme todos:
Mi propia angustia y mi dolor me bastan.

(Desde este punto empiézase á dispersar el pueblo, hasta dejar solos en la escena á EDIPO *y á* HYPARCO.*)*

HYPARCO.

¿Ves, Edipo?.... Tu pueblo, que en sus males
Con tu sola presencia respiraba,
Y cual á tierno padre á tí acudia
Lleno de amor á compartir sus ansias;
Ese pueblo leal que por tí diera
La sangre de sus venas mas preciada,
Y á costa de su paz y de su dicha
La quietud de su príncipe comprara;
Triste, afligido, entre mortales dudas,
Sin concebir de tu rigor la causa,
Se aleja con dolor, y apenas osa
Volver el rostro á su infeliz monarca....
¿No me escuchas, Edipo? ¿Y desde cuando
Desoyes con desprecio mis palabras,
Que en tiempo mas dichoso cual de un padre
En tus oidos siempre resonaban?
Escúchame, hijo mio: y si los Dioses
Por culpa nuestra su rigor agravan;

Si nuevos infortunios y desdichas
A Tebas y á sus hijos amenazan,
Descarga en mi amistad, en mi cariño,
El grave peso que tu pecho embarga;
Y ya que remediarlas no podamos,
Unidos lloraremos tus desgracias.

EDIPO.

(*Como volviendo en sí.*)

Hyparco!....

HYPARCO.

Sí, yo soy: ¿no me conoces?
Tu viejo Hyparco soy; quien en tu infancia
Tus vacilantes pasos conducia,
Quien desde niño te imprimió en el alma
Amor á la virtud, horror al vicio,
Y respeto á los Dioses.... Ven, descansa
Tu frente en estos hombros, que otras veces
Con cariñosos brazos estrechabas....

EDIPO (*abrazándole*).

Padre mio!....

HYPARCO.

¿Lo ves?.... Así se alivian
Las penas de este mundo; quien no halla
Consuelo entre los brazos de un amigo,
Es un malvado ya.—Pero ¿qué extraña
Mudanza noto en tí?.... Pálido el rostro,
Con copioso sudor tu mano helada,
Trémulo todo.... Edipo, di, ¿qué tienes?
Descúbreme tu pecho, y no me hagas
Padecer mas tormentos con mil dudas....

EDIPO.

Si amais á vuestro Edipo, conservadlas;
Y no querais que su silencio rompa,
Y á tocar vuelva la reciente llaga.

HYPARCO.

Al contrario, mostrándome tus penas,
Mas leves te se harán: cuando agitada
En sí misma repliégase la mente,
Suele fingir mayor nuestra desgracia....

EDIPO.

No es la desgracia, no, la que me oprime;
Mil veces su rigor desafiara,
En cambio de la horrenda incertidumbre
En que hundido mi espíritu batalla.

HYPARCO.

¿Qué incertidumbre? Explícate....

EDIPO.

Yo propio
Mal pudiera, aun queriéndolo.

HYPARCO.

Mas habla,
Sepa al menos de tí....

EDIPO.

¿Quieres saberlo?

HYPARCO.

Sí.

EDIPO.

Pues escucha, y tiembla.—Ya pisaba
Del Panteon el último recinto;
Y el silencio, el horror, la luz escasa
De las antorchas fúnebres, el viento
Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
De terror religioso me cubrian,
Cual si del triste mundo me alejara....
¿Lo creerás?.... Al pasar entre las calles
De apiñados sepulcros, las estatuas
De mármol animarse parecian;
Y que á mi vista súbito indignadas,
Fuera, profano, fuera! repitiendo,
Confuso el eco *fuera!* retumbaba....

HYPARCO.

¿Es posible que Edipo el esforzado,
Famoso por tan ínclitas hazañas,
Esclavo de su ardiente fantasía
Se deje intimidar por sombras vanas?....
Fué tu imaginacion....

EDIPO.

No, Hyparco amigo!
Yo tambien lo creí; doblé mi audacia;
Y con inciertos pasos presurosos
Llegué hasta el fondo de la oscura estancia....
¡Nunca llegara, nunca!.... Oculta mano
Del término anhelado me alejaba;
Mas yo luchando y reluchando ciego,
Del buen Layo toqué la tumba helada....
¡Infeliz! Con estrépito la losa
Saltó en pedazos mil; pálidas llamas
Salieron del sepulcro; y al reflejo,
Vi la Sombra de Layo alzarse airada,

Extenderse, crecer, tocar las nubes,
Y en el profundo Abismo hundir la planta....

HYPARCO.

Tranquilízate, Edipo.... ¿Qué delirio,
Qué turbacion es esa?....

EDIPO.

Envuelto estaba
En la púrpura real; mas de su pecho
Mostraba abierta la profunda llaga;
Y brotando la sangre, parecia
Que hasta mi misma frente salpicaba....
Atónito, turbado, confundido,
Por tierra me postré: la voz me falta
Para invocar á la tremenda Sombra;
Mas oso alzar la vista, y de Yocasta
Miro á mi lado la confusa imágen;
Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla;
Y entre los dos lanzándose el Espectro,
Con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPARCO.

Mísero Edipo!....

EDIPO.

Un lúgubre gemido
Arrojó por tres veces, y otras tantas
Me miró con ternura; hasta que al cabo
Pronunció con dolor estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crímen.... Dijo: y con la planta
Hirio la hueca tumba; y en su seno
Quedó la inmensa Sombra sepultada.

HYPARCO.

¿Y así imaginas que si vaga inquieta
La Sombra del buen Layo sin venganza,
Elija como víctima á quien sigue
Sus justas leyes como norma y pauta?....
No, Edipo, no: si el cielo en su justicia
Los decretos del Tártaro quebranta,
Y vuelven á asombrar al triste mundo
Los que condujo ya la fatal barca,
La santa paz de la virtud respetan;
Solo al crímen persiguen y amenazan.

EDIPO.

Lo sé; pero tambien en sus arcanos
Suele elegir el cielo sendas varias
Para anunciar su voz á los mortales:
Cual sucesor de Layo, cual monarca
De Tebas, como padre de cien pueblos,
Y quizá cual esposo de Yocasta....

HYPARCO.

¿Qué te suspende? Sigue....

EDIPO (*con precipitacion*).

¿Pues qué he dicho?
Hyparco, no lo creas.... Fué una vana
Aprension, una duda, una sospecha,
Que me causa rubor el recordarla....

HYPARCO.

Mas ¿quién dice, señor....?

EDIPO.

Perdona, amigo:
Ten compasion de mí!.... Mira, repara
El estado infeliz en que me veo,
Que hasta mi sombra con horror me espanta.

HYPARCO.

¿Y porqué mas tranquilo....?

EDIPO.

¡Mas tranquilo!
Vuelve, vuelve la grata confianza
A mi turbado corazon; y al punto
Veré con rostro firme las desgracias....
Hoy mismo, no ha un instante, en cada hombre
Un amigo, un hermano contemplaba,
Y cual asilo de quietud y dicha
El blando seno de mi esposa amada;
Y hora do quiera mi agitada mente
Un abismo encubierto me señala,
Y al revolver atónito los ojos,
Lazos, traiciones y delitos hallan.

HYPARCO.

¿Todos, Edipo, todos criminales?....

EDIPO.

Todos no lo serán; pero me basta
Que á mi lado se abrigue el parricida
Que los airados cielos amenazan.

HYPARCO.

¡A tu lado, señor!

EDIPO.

Aun con espanto
Resuenan en mi oido estas palabras:

Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crímen....

HYPARCO.

Pero ¿quién osara
Siquiera sospechar?....

EDIPO.

Oyeme, ó padre;
Y en el arcano de tu pecho guarda
Este fatal secreto, que á tí solo
En su afliccion Edipo confiara.—
Ha tiempo que con pena y sobresalto
La inquietud he notado de Yocasta,
Sin que bastasen á explicar su angustia
Los graves infortunios de la patria:
Mil veces observé que en mi presencia
De su pesar las muestras ocultaba;
Y que, al bañarse en lágrimas sus ojos,
Suspensas con violencia se quedaban.
En vano procuré, severo, afable,
De su oculta afliccion saber la causa,
Solo vi que un recuerdo doloroso
Carcomia continuo sus entrañas....
En la tranquila noche, entre mis brazos,
De pavorosos sueños agitada,
Consigo misma forcejaba inquieta,
Cual si una triste imágen la acosara;
Y aun tal vez la escuché que entre sus labios
Inocente.... inocente.... murmuraba.
¿Qué mas? hasta recuerdo que otras veces
La he sorprendido trémula, abrazada
Con una de mis hijas, que ella dice
Que la imágen de Layo le retrata;
Y en su dolor profundo sumergida,
Apenas de existir señales daba.

HYPARCO.

Mas ¿qué interés, señor, ó qué designio?..

EDIPO.

Lo ignoro; y hasta ahora que en mí labran
Tan fatales sospechas, nunca, nunca
Esa duda cruel pesó en mi alma.

HYPARCO.

Desechadla, señor....

EDIPO.

Mas que imaginas
Del corazon procuro yo arrancarla;
Pero cual flecha aguda y ponzoñosa,
Mientras mas toco á ella, mas se clava.

HYPARCO.

Tal vez viendo á tu esposa, su presencia,
Una voz, un acento, una mirada
Bastará á disipar todas las dudas,
Y á hacer tornar la apetecida calma.

EDIPO.

Dices bien: ni una hora, ni un instante
Puedo sufrir tan congojosas ansias;
La triste realidad, la muerte misma
No serán para Edipo tan amargas.
Sígueme.... Mas la reina: quizá el cielo
A este sitio encamina sus pisadas.

(*Quédase* EDIPO *grave y silencioso:* HYPARCO *se retira respetuosamente, al acercarse* YOCASTA *: esta se coloca á la izquierda de* EDIPO.)

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA.

Inquieta ya, buscándote do quiera....

EDIPO.

Yo tambien.... yo tambien ahora os buscaba....

YOCASTA.

Advierto....

EDIPO.

¿Qué advertis?

YOCASTA.

¿Qué acento es ese?....
El rostro demudado: las palabras
En tus trémulos labios suspendidas....
¿Qué tienes, caro Edipo?.... ¡Así me apartas,
Así tu rostro de tu esposa ocultas,
Cual si temieras que te viese el alma!...
Edipo, vuelve en tí: vuelve, y no aflijas
A esta infeliz mujer, que, acostumbrada
A tanto padecer, solo en el mundo

Tu injusto enojo á tolerar no alcanza.
¿Qué pretendes de mí?.... Si pude acaso
Cometer una falta involuntaria;
Si en algo te ofendí, sin yo saberlo,
No te violentes, no; dímelo, habla,
Te pediré perdon, y si lo exiges,
Mira, estoy pronta, me echaré á tus plantas. —
¡Y qué, Edipo, siquiera te merezco
Una voz de consuelo, una palabra
Que calme mi afliccion!... Habla siquiera;
De tu injusto desden sepa la causa....

EDIPO.

Mirad, Yocasta, ved que si á hablar llego,
Mayor dolor, mas penas os aguardan....

YOCASTA (*reponiendo con dignidad*).

No lo temais, señor: soy inocente;
Y os escucho tranquila.

EDIPO.

No culpada
Tambien os juzgo yo; la sola duda
Mil vidas que tuviera me costara....

YOCASTA.

Mas ¿porqué no seguis?

EDIPO.

Sé que los cielos
Señalan una víctima, manchada
Con inocente sangre; yo la busco....

YOCASTA.

¡Y en tu esposa pretendes encontrarla!

EDIPO.

No, Yocasta: los Dioses soberanos,
Que hasta el fondo penetran de mi alma,
Ven mi dolor y la tremenda lucha
Que mi afligido pecho despedaza....
De mí propio, Yocasta, desconfío:
Mira si algun tormento á este se iguala!

YOCASTA.

Mas ¿cuál es el delito, cuál el crímen?

EDIPO.

Deja que nunca de mis labios salga....

YOCASTA.

Yo lo exijo de tí: ¿cuál es? responde.

(*Edipo señala lentamente con el brazo hácia el Panteon.*)

YOCASTA.

Edipo!

EDIPO.

No; perdona....

YOCASTA.

Edipo!... Basta.—

(*Despues de un breve silencio, continúa con el acento del dolor y de la indignacion.*)

¡Quién me dijera á mí, cuando su muerte
Con lágrimas de sangre lamentaba,
Y una y mil veces, por salvar su vida,
Mi vida con placer sacrificara....
Quién me dijera á mí, cuando violenta
Llegué en hora fatal al pié del ara,
Y por la paz de Tebas di á otro hombre
La fe que á Layo conservaba intacta...
Quién me dijera que en aciago dia,
A vista de su tumba veneranda,
Un esposo.... y el padre de mis hijos
Con tan negra sospecha me insultara!

EDIPO.

Yocasta.

YOCASTA.

No; retírate: los cielos
Que mi inocencia ven, sabrán vengarla.

EDIPO.

Escúchame siquiera.... y mas que á ira,
Te moveré á piedad!

YOCASTA.

Sé que en tu alma
Tan infame sospecha no ha nacido....
No, Edipo! te conozco: mas aclara
Ese horrible misterio; y aquí mismo
Confundiré tan execrable trama.
¿Quién osó calumniarme?

EDIPO (*con asombro y recelo*).

Ten el labio;
Teme, infeliz....

YOCASTA.

¡Temer! ¿Y por qué causa?...
A la faz de los Dioses y los hombres,
El que inocente está la voz levanta:
(*Esforzando el acento.*)
¿Quién osó calumniarme? ¿Quién, Edipo?....

¡Y así confuso y vergonzoso callas!
Pues bien: si ni una reina, ni una esposa,
Ni la que tuvo un tiempo en sus entrañas
Las prendas de tu amor, de tí merece
Lo que á un vil delincuente no negaras;
Si despues de pasarme el triste pecho,
La mano aleve que me hiere amparas;
No importa, Edipo; ven: tengo un testigo,
Un juez, un vengador, que por mi causa
Vuelva, por mi inocencia, por mi nombre,
Por su mísera esposa así ultrajada....
(YOCASTA *ase del brazo á* EDIPO, *en ademan de conducirle al Panteon.*)
Sígueme, pronto, ven.... ¿Tiemblas, Edipo?....
Yo te guio, y no tiemblo.—
(*Silencio.*)

EDIPO.

No así añadas
Dolor á mi dolor.... Bastantes penas
El cielo airado sobre mí descarga!

YOCASTA.

¿Y porqué de una esposa no las fias?

EDIPO.

Porque lo quiere así mi suerte infausta.

YOCASTA.

¿Con que nunca?....

EDIPO.

No sé.

YOCASTA.

¡Nunca!

EDIPO.

Mas oye:
Si mi infeliz estado te apiada;
Si aun abriga tu pecho un leve resto
Del tierno amor que un tiempo me jurabas;
Si ya que no por mí, por nuestros hijos....

YOCASTA.

¿Qué quieres? pronto; dímelo....

EDIPO.

Una gracia,
Una sola merced....

YOCASTA (*arrojándose en sus brazos.*)

Hasta mi vida
Es tuya, Edipo mio....

EDIPO.

Ya cercana
Está quizá la hora que los Dioses
Señalar se han dignado á la venganza,
Si hoy mismo, cual su oráculo predijo,
Han de cesar los males de la patria:
Déjame mi secreto un solo dia!
No exijo mas de tí.

YOCASTA.

Pero mañana....

EDIPO.

Yo te lo juro.

YOCASTA.

¿Y si estas breves horas
Dudas de mí?....

EDIPO.

No, esposa: ya la calma
Empieza á renacer; y en favor tuyo,
Mas que tu voz, mi corazon me habla.

ESCENA V.

EDIPO, YOCASTA, HYPARCO.

HYPARCO (*al salir*).

Albricias!

EDIPO.

Qué suceso?....

HYPARCO.

Aun vive Phorbas.

EDIPO.

¿Quién?

HYPARCO.

Phorbas, compañero en la desgracia
De Layo, y fiel testigo de su muerte....

EDIPO.

¿Qué dices?

YOCASTA.

¡Vive aun!

HYPARCO.

Vivo; fué falsa
La nueva de su muerte, tantos años

Con su largo silencio confirmada....
Lleno de heridas, de terror cubierto,
Lejos huyó de la afligida patria,
Jurando no ver mas la infausta tierra
Con sangre de su príncipe manchada....
Mas el tiempo, la ausencia, las desdichas
Quebrantaron el temple de su alma;
Y en su vejez, cercano ya á la muerte,
Ver anheló la tierra de su infancia.

EDIPO.

¿Dónde está?

YOCASTA.

¿Quién le ha visto?

HYPARCO.

Largos dias
En el cercano bosque de Diana
Vivió oculto y tranquilo; y allí mismo
Su triste sepultura preparaba....
Mas cual si un Dios sus pasos impeliese,
Hoy se acercó á los muros; y miraba
Las puertas afligido, cuando escucha
Las nuevas por el pueblo divulgadas:
Sabe que ha hablado el Dios; que la atroz muerte
De su amigo y su rey va á ser vengada;
Y entre llanto y sollozos, de sus labios
Su propio nombre con placer se escapa....

YOCASTA.

¡Dia feliz!

HYPARCO.

Al conocerle el pueblo,
Le rodea, le estrecha, inquiere, indaga
Mil circunstancias, mil; y del buen Layo
El grato nombre y la memoria aclama.

YOCASTA.

¿Ves, caro Edipo, ves?.... El justo cielo
Vuelve por la inocencia.

EDIPO.

Esposa amada,
El súbito placer mi pecho oprime,
(*A Hyparco.*)
Cual si fuese un pesar.... Pero ¿qué aguardas?
Corre al instante, amigo: venga Phorbas,
Y de una vez disipe dudas tantas.

HYPARCO.

En vano el pueblo entre sus mismos brazos
Conducirle intentó: ruegos, instancias,
Todo fué en vano; ante las mismas puertas
La hora fatal de la venganza aguarda;
Juró nunca pisar....

EDIPO.

Díle que Edipo
Se lo suplica.... y que su rey lo manda.

ESCENA VI.

EDIPO, YOCASTA.

EDIPO.

Sígueme, esposa: al punto, en este instante,
A nuestro nombre Tebas convocada,
Venga á asistir al formidable juicio
Que los eternos Númenes preparan:
Bajo la inmensa bóveda del cielo,
Junto al sepulcro mismo del monarca,
De boca del anciano venerable
Escuche la verdad; y asegurada
La tímida inocencia, á un solo acento
El audaz crímen confundido caiga.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EDIPO, YOCASTA, EL SUMO SACERDOTE, PUEBLO, GUARDIA, ESCLAVAS.

(EDIPO estará en medio, el SUMO SACERDOTE á su derecha, y YOCASTA á su izquierda, con un grupo de esclavas detrás: á alguna distancia, el pueblo repartido por el ámbito de la plaza; y en el pórtico del palacio se divisará una guardia.)

EDIPO.

¡Y qué, porque obstinado en su porfía
Las súplicas de un pueblo desatienda,
Y á la voz requerido de un monarca
Su mandato supremo no obedezca,
Habremos de sufrir que por mas tiempo
Dure el dolor y la inquietud de Tebas,
Y que un hora, un momento, el parricida
Oculto y sin castigo permanezca!
No: la virtud, la religion, las leyes,
La voz de las Deidades se lo ordenan;
Y se lo manda un rey, que, aunque clemente,
Insultos á su cetro no tolera.

SACERDOTE.

No el cetro de un monarca poderoso
El anciano infeliz hollar intenta;
Y antes creyó que su dolor y angustia
Elogios, no amenazas, merecieran:
Sus canas, su honradez, la pura sangre
Que derramó de Layo en la defensa,
Su destierro, sus males, sus desdichas,
Hasta ese mismo horror con que se niega
Este suelo á pisar contaminado,
Mientras no dicte el cielo la sentencia,
Si del hombre la cólera le atraen,
El favor de los Dioses le granjean.

EDIPO.

Obedecer los Númenes le mandan.

SACERDOTE.

Acudir á tu voz ellos le vedan.

EDIPO.

Yo lo veré.—Volad; de fuerza ó grado
Conducidle al instante á mi presencia.

(*Parten algunos de la guardia.*)

YOCASTA.

Edipo....

EDIPO.

(*A Yocasta.*) (*Al Sacerdote.*)

Nada escucho.—¡Ay del que ciego
La ira de Edipo á provocar se atreva!

SACERDOTE.

Débil mortal, ¿y á quién tus amenazas
Osaste dirigir? ¿Acaso piensas
Que el que amparan los Dioses necesita
Contra el brazo del hombre otra defensa?....
¡Infelice! los dardos de tu ira
Contra tu pecho, sin querer, asestas;
Y de tu suerte mísera arrastrado,
Tú propio en un abismo te despeñas

EDIPO.

En vano, en vano á intimidarme aspiras:
Venero de los Dioses la tremenda
Autoridad; á su poder me humillo,
Y depongo ante el ara la diadema;
Mas si un mortal su intérprete se nombra,
Yo ejerzo su poder sobre la tierra.

SACERDOTE.

¡Tú su poder!.... Desde el Olimpo ellos
Hasta el profundo Tártaro sondean;
Y tú, mísero rey, un solo crímen
En vano ansioso descubrir anhelas.

Ahora mismo, impaciente, confiado
En tu vano poder, saber esperas
De los labios de Phorbas el secreto
Que cual losa fatal sobre tí pesa:
Pues bien; no lo sabrás.

EDIPO.

¿No he de saberlo?

SACERDOTE (*con énfasis*).

Antes, Edipo, antes que quisieras!

EDIPO.

Sacerdote!...

SACERDOTE.

Los Númenes sagrados
Han decretado en su justicia eterna
Que una mano por ellos bendecida
El velo rompa á la maldad proterva!...

EDIPO.

¿Y á qué aguardas?

SACERDOTE.

Aguardo á que en los cielos
Toque el sol la mitad de su carrera;
Mas ya se acerca, ya.... Míralo, Edipo!
Ya casi encima está de tu cabeza.

YOCASTA.

¡Qué terror por mis venas se difunde!
Edipo....

EDIPO.

¿Qué, Yocasta, qué recelas?....
Un justo rey, el crímen castigando,
La imágen de los Dioses representa.

SACERDOTE.

Cuando el cielo en su cólera amenaza,
Todos deben temblar....

EDIPO.

No la inocencia.

SACERDOTE.

¿Y quién, ciego mortal, pudo infundirte
Tan vana presuncion? ¿Quién en la tierra
De inocente blasona? ¿Quién te ha dicho
Que en este propio dia, á la hora esta,
Manchado con los crímenes mas graves,
Del eterno furor blanco no seas?....

EDIPO.

No así procures con siniestras voces
Al pueblo deslumbrar, para que crea
Que solo á tí los Dioses confiaron
El secreto fatal que al mundo celan:
¿Quién es el regicida? ¿Quién?

SACERDOTE.

Tú, Edipo.

PUEBLO.

¡Edipo!

SACERDOTE.

Tú.

YOCASTA.

Mi esposo!

EDIPO.

La sorpresa,
La indignacion mi propia voz ahogan....
¡Yo el regicida!

SACERDOTE.

Tú.

EDIPO.

Deten la lengua,
Vil impostor, ó con la infame vida
Yo te la arrancaré.

SACERDOTE.

No me amedrenta
Tu impotente furor: ¿quieres mi sangre?
Viértela; y al llegar mi hora postrera,
En medio de los bárbaros tormentos
Te anunciaré hasta el fin tu suerte horrenda.

EDIPO.

¿Qué suerte? Acaba, di....

SACERDOTE.

Pídele al cielo
Que ese crímen atroz el mayor sea!

EDIPO (*volviéndose al pueblo*).

¿Ois, Tebanos, ois?... Vuestro monarca,
El mismo Edipo que en defensa vuestra
Su propia vida expuso, y por salvaros
Ciñó, mal de su grado, la diadema;
Quien nunca á Layo vió, ni en vida suya
Pisó jamás los límites de Tebas;
Quien por vengar su trono y su memoria,
La sangre derramara de sus venas;
Aquí, ante el cielo; á vuestra propia vista,
De la esposa de Layo en la presencia,
Cual asesino vil, cual parricida,
Calumniado se ve por torpe lengua!
Mas yo sabré....

SACERDOTE.

Mortales! ya en los cielos
Sonó la hora fatal : y en vano intenta
Reluchando la víctima culpable,
Sacudir la segur que al cuello lleva;
Vosotros la veréis, de muerte herida,
Ante el ara caer.

EDIPO.

Antes sangrienta
Tu cabeza caerá.

YOCASTA.

Detente, Edipo....

EDIPO.

Hola, pronto á mi voz....

(*Al hacer ademan* EDIPO *de dar una órden, suena á lo lejos un confuso murmullo, que crece y se acerca por instantes.*)

YOCASTA.

Detente; espera :
¿No oyes el sordo estruendo?...

UNA PARTE DEL PUEBLO.

(*Conmoviéndose hácia el fondo del teatro.*)

Phorbas!...

TODO EL PUEBLO.

Phorbas!...

EDIPO (*al sacerdote*).

¿Ves, impostor?... El cielo te condena.

ESCENA II.

Los mismos de la escena anterior : además PHORBAS, á su lado HYPARCO, y detrás algunos de la GUARDIA y gente del PUEBLO.

(PHORBAS *se acerca lentamente, y se coloca á la derecha del* SACERDOTE; HYPARCO *se queda á alguna distancia; el* PUEBLO *formará detrás de todos una especie de media luna.*)

PHORBAS (*al salir*).

¿Dónde está ese monarca, celebrado
Por sabio y justiciero en toda Grecia?...
Conducidme á su vista, admire, goce
El triunfo que sus armas le granjean....
Ya estoy, Edipo, aquí : tras largos años
Al ver mi patria por la vez primera....
Mi patria, á la que solo demandaba
Un pobre asilo y sosegada huesa....
Al pisar este suelo, en que he nacido,
Al ver mi propio hogar, y ante las puertas
De ese mismo palacio, en que algun dia
Junto al buen Layo me miraba Tebas...
En vez de amparo y compasion, encuentro
Amenazas, insultos y violencias;
Y cual vil criminal aquí arrastrado,
Ni estas honradas canas se respetan.

EDIPO.

No, venerable anciano, no tan pronto
A Edipo agravies con injustas quejas,
Cuando en vez de amenazas y de insultos,
Mercedes te apercibe y recompensas.
Un vasallo leal, el fiel amigo
Del justo Layo, quien vertió en defensa
De su señor su sangre, ante mis ojos
Con títulos sagrados se presenta;
Y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo
Cual monarca pagar tan justa deuda.—
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto
Que á la memoria de tu rey conservas,
La firmeza del trono y de las leyes,
Tu infeliz patria, á perecer expuesta,
Te imponen un deber de que yo propio
Mal pudiera eximirte, aunque quisiera.
La muerte de tu rey aun está impune :
Y el cielo mismo por ocultas sendas
Al formidable juicio te ha traido,
Cual instrumento á su justicia eterna;
Yo solo con mi voz y poderío
Cumplí su voluntad —Habla, revela
Las circunstancias del horrendo crímen,
Que tanta sangre y lágrimas nos cuesta :
De tu labio tal vez está pendiente
En este instante la salud de Tebas!

PHORBAS.

¿De mi labio, señor?... Luz muy escasa
Mis tristes voces ministrar pudieran;
Y sin provecho alguno renovaran
Del fatal caso la memoria acerba....
Harto presente y viva, un año y otro,

Me acompaña y persigue por do quiera,
Sin que tan solo un dia ni una hora
La muerte de mi rey olvidar pueda....

EDIPO.

Cálmate, buen anciano : tus amigos,
Tu familia, tus hijos te rodean;
Y cual nuncio de paz y esperanza,
Con lágrimas de gozo te contemplan :
Por su rey, por su padre te preguntan
Ansiosos é impacientes; de tí esperan
Que ayudes á vengar su fin sangriento,
Para alcanzar del cielo la clemencia;
Y cada instante que el hablar retardas,
A destruccion y muerte los condenas.

PHORBAS.

Mucho, señor, me cuesta el sacrificio;
Mas, pues tan justas causas me lo ordenan,
Mostraré la verdad breve y sencilla
A la faz de los cielos y la tierra,
Cual si al bajar al tribunal tremendo,
La Sombra del buen Layo allí me oyera.—

(*Movimiento de suma atencion en el* PUEBLO.)

Solo, sin pompa inútil, confiado
Del cielo en el favor y en su conciencia,
Cual un padre camina entre sus hijos,
El bondadoso rey salió de Tebas :
Solo conmigo iba.... y aun me acuerdo,
Paréceme escucharle : su afan era
Preguntarme, saber los desgraciados
De que aliviar pudiese las miserias....
No era un rey, era un padre; nunca, nunca
Otro monarca igual verá la Grecia....

(*Suspéndese un instante enternecido, y luego prosigue.*)

Dos dias caminamos; y al siguiente,
Al despuntar la aurora....

EDIPO (*con sobresalto*).

¿Qué hora era?

PHORBAS.

¿No lo oiste, señor?... la de la aurora,
Nada se me ha olvidado : el sol apenas
Doraba una colina....

EDIPO.

¡Una colina!....

PHORBAS.

Y la cima del templo de Minerva.

EDIPO (*con impaciencia*).

Sigue, anciano, prosigue....

PHORBAS.

Allí el monarca
Su curso encaminaba, con la idea
De consultar al Númen sobre el medio
De vencer á la Esfinge; y ya la senda,
En tres brazos á un tiempo dividida,
Comenzaba á estrecharse, cuando suena
El confuso rumor de veloz carro,
Que apercibimos por la parte opuesta;
Y apenas le divisan nuestros ojos,
En polvo envuelto se aproxima y llega.
Un mancebo imprudente le guiaba....

EDIPO (*con mayor inquietud*).

¿Un mancebo?....

PHORBAS

Sí, Edipo; mozo era;
Le tengo muy presente : aun estoy viendo
Su rostro, su ademan, su audaz presencia....

EDIPO.

No te detengas, sigue....

PHORBAS.

En pié venia
Sobre el carro veloz, con ambas riendas
El cuello á los caballos azotando,
Y á gritos animando su presteza;
Cual si en el circo olímpico anhelara
El premio conseguir de la carrera....

EDIPO.

Sigue....

PHORBAS.

El buen Layo en vano le demanda
Que un instante siquiera se detenga,
Para dejarle paso; el ciego jóven
De la menor tardanza se impacienta,
Insta, se obstina; crúzanse los carros,
Y en el terrible encuentro el suyo vuelca.

YOCASTA.

Edipo!...

EDIPO (*con la mayor turbacion*).

Sigue... sigue...

PHORBAS.

Apenas cae,
Alzase el mozo audaz; mira por tierra
Su fuerte lanza, cógela, y furioso
Acércase blandiéndola en su diestra;
Y al reprenderle Layo su osadía,
Arrójale la lanza por respuesta.
Todo fué un punto: traspasado el pecho,
Cayó exánime el rey: yo con presteza
Salto del carro, y vuelo al homicida....

(*En el calor de esta relacion, se habrán ido aproximando insensiblemente; y al llegar á este punto, se hallará* PHORBAS *mucho mas cerca de* EDIPO. *que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza* PHORBAS *los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro:*)

¡Santos cielos!

PUEBLO.

Él es!

YOCASTA.

(*Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.*)

¡Ay de mí!...

SACERDOTE.

Eterna
Justicia de los Dioses, á tu vista
¿Qué son las potestades de la tierra?....

(*Silencio general.*)

Tebanos, la señal los Dioses dieron:
Y un soplo suyo disipó la niebla,
Que al ímpetu y conatos de los hombres
Un siglo y otro impenetrable fuera:
Preso en sus propias redes el culpable,
Con su silencio él mismo se condena;
Y desde el alto trono despeñado,
De los cielos aguarda la sentencia.
Ella se cumplirá. — Mas entre tanto
Ni el agua, ni la luz ni el aire sea
Comun entre vosotros y el impío;
Cual contagio letal, huid su presencia;
Y los pueblos, los templos, los hogares,
La tumba misma ciérrenle sus puertas.
Así el Destino lo escribió en los cielos;
Así los Dioses por mi voz lo ordenan;
Y el mismo parricida, el propio Edipo
Confirmó con su labio su anatema.

(*Retírase el* SUMO SACERDOTE, *dirigiéndose al templo, y seguido de una parte del* PUEBLO: *los demás del concurso se separan y se van por diversos lados; en el ínterin las* ESCLAVAS *habrán conducido al palacio á* YOCASTA, *quedando solos en el teatro* EDIPO *é* HYPARCO.)

ESCENA III.

EDIPO, HYPARCO.

(EDIPO *vuelve lentamente de su estupor, mira con asombro en rededor de sí, y fijando la vista en el paraje donde estaba la* REINA, *exclama con el acento del dolor:*)

EDIPO.

¡Tambien Yocasta!...

HYPARCO.

No, mísero Edipo;
A impulso del dolor y la sorpresa
Cayó desvanecida; mas tu esposa...

EDIPO.

¡Quién, la esposa de Layo!...

HYPARCO.

No lo temas:
Jamás Yocasta aborrecerte puede;
Y antes mas bien compartirá tus penas.

EDIPO.

Nadie... nadie... ¿Y mis hijas? ¿y mis hijas?
¿Me las roban tambien?... Dejad siquiera,
Dejad que las estreche entre mis brazos
Una vez, solo una!... es la postrera.

HYPARCO.

¿Qué dices, caro Edipo?

EDIPO.

Pronto, Hyparco,
¿En dónde están mis hijas?

HYPARCO.

Tente, espera...

EDIPO.

¿Dónde?..

HYPARCO.

Escucha, sosiégate...

EDIPO.

Crueles,
Soy su padre, su padre..... y ya en la tierra
No me queda otro bien!

HYPARCO.

Cálmate, Edipo...

EDIPO.

Hijas mias!... Ninguna me contesta....
¿Quién os detiene, quién?... ¡Hasta el consuelo
De abrazar á mis hijas se me veda!....

(*Dirígese* EDIPO *al palacio; y al pasar por en frente del Panteon, vuelve acaso la vista hácia él, suspéndese con asombro, y despues de cavilar unos instantes, dice con el mayor abatimiento:*)

«*Huye, infeliz, del tálamo y del trono*»...
Ya lo sé, justo rey... en paz te queda.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

EDIPO, DOS NIÑAS, HIJAS SUYAS.

(EDIPO aparecerá vestido noblemente, pero con sencillez y sin diadema: estará apoyado contra una de las columnas del pórtico del palacio, mientras sus hijas colocan guirnaldas y flores en un ara, que se hallará situada en el mismo pórtico.)

EDIPO.

Así, hijas mias: coronad de flores
El ara antigua de los Lares patrios,
Como postrer ofrenda y sacrificio
Del triste Edipo, pronto á abandonarlos....
Mediando vuestra cándida inocencia,
El voto á las Deidades será grato;
Que vuestro infeliz padre el ara santa
No osa tocar con sus sangrientas manos.—
¡Cuán tremenda, gran Jove, es tu justicia,
Cuán tremenda!.... Yo humilde y resignado
La adoro, y me someto á sus decretos
Sin que salga una queja de mis labios;
Mas dígnate volver, Dios de clemencia,
Los ojos á este padre desdichado;
Y acogiendo piadoso su plegaria,
Dale ese alivio en tan mortal quebranto!....
No te pido por mí.... para estas hijas
Del alma mia tu favor demando;
Para estas hijas, tiernas, inocentes,
Dignas, buen Dios, de tu divino amparo....
Protege su orfandad; por el sendero
De la santa virtud guia sus pasos;
Y aparta de sus sienes las desdichas
Que afligen á su padre desgraciado!....
Mas ¿qué es eso, llorais?.... Ismenia amada,
Antígone, mi vida.... aquí, á mis brazos

Venid; no os aflijais.... ved que hasta el alma
Me penetra, hijas mias, vuestro llanto!...
(*Siéntase al pié de una columna, abrazado con sus hijas, y queda suspenso unos instantes.*)
Mirad que vuestra madre debe en breve
Volver; y si os encuentra en ese estado,
Vais á afligirla mas.... No, prendas mias,
No aumenteis su dolor y su quebranto;
Que harto infeliz es ya!.... Sed su consuelo;
Aliviadla en sus penas; esforzaos
A hacerle llevaderas las desgracias
Que vuestro infausto padre le ha causado!....
Si me amais, hijas mias, yo no exijo
Mas prueba de vosotras, ni os encargo
Nada mas.... ¿Lo ofreceis?.... Lleve á lo menos
Esa dulce esperanza al separarnos;
Y el cielo en su bondad me dará fuerzas
Para sufrir mi triste desamparo!....
Sí, hijas mias, mirad á vuestra madre
Cual un Dios tutelar: á sus mandatos
Mostraos siempre dóciles, sumisas;
Pagad tantos desvelos y cuidados
Con ternura y amor.... Y si algun dia
La veis mas afligida; si al miraros,
La memoria infeliz de vuestro padre
La cubre de amargura.... en vuestros brazos
Estrechadla, y decidle: «él os amaba
Mas que á su corazon; fué desgraciado
Aun mas que criminal.... compadecedle;
Que al fin es nuestro padre....» El cielo santo,
Si así lo haceis, os premie y os bendiga,
Y os colme de ventura largos años!....

ESCENA II.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

YOCASTA (*al salir*).

Edipo....

EDIPO.

Id, hijas mias; que no os vea
Vuestra madre llorar....
(EDIPO *se separa de sus hijas, que vuelven á dirigirse al ara, y él se acerca á* YOCASTA.)
¿Hablaste al pueblo?

YOCASTA.

Apenas fué preciso: su zozobra
Y dudosa inquietud duró un momento;
Y al saber tu intencion, la piedad sola
Halló cabida en su agitado pecho:
Tú mismo con placer y con ternura
Hubieras escuchado sus acentos,
Que con ayes y lágrimas mezclados,
Nunca fueron tan vivos y sinceros.—
En medio de tu pena y amargura
Debes llevar, Edipo, ese consuelo:
No la pérdida sienten de un rey justo;
Lloran á un padre, cariñoso y bueno;
Y mirando cual propia tu desgracia,
En tu favor imploran á los cielos....
¿Te enterneces, Edipo?.... Si los vieras
Preguntarme por tí, cercarme inquietos,
Ofrecerte sus bienes y sus vidas,
Pedirte que confies á su afecto
A tu esposa y tus hijas.... ¿A qué ocultas
El rostro, Edipo mio? Deja al menos
Correr tus tristes lágrimas; que ellas
Tu angustia aliviarán.

EDIPO.

Yo esperé un tiempo,
En brazos de mi esposa y de mis hijas,
Vivir feliz en medio de mi pueblo....
Yo no tuve otro afan ni otra delicia
Sino buscar su bien; ni ansié mas premio
Que verlos en mi hora postrimera
Cerrar mis ojos con piedad y afecto....
Y hoy ¡infeliz! mi dicha, mi esperanza,
La paz del alma para siempre pierdo;
Y lejos de mi patria y de los mios,
Solo en el mundo con horror me veo!

YOCASTA.

Cálmate, Edipo, cálmate....

EDIPO.

No; deja,

Déjame desahogar mi sentimiento;
Que el corazon y el alma se me parten,
Y no puedo ya mas!

YOCASTA.

Pero tú mesmo
Te haces mas infeliz: triste es tu suerte,
Tristísima, no hay duda; y yo mal puedo
Ofrecerte cosuelos, que yo propia
Quisiera para mí... Mas aunque adverso
El destino cruel hoy te condene
A tantos sacrificios, no por eso
Te roba todo alivio y esperanza,
Ni te reduce á tan fatal extremo.
Aun tienes una patria, á la que un dia
Podrás hacer feliz bajo tu imperio;
Vas á habitar la tierra en que naciste;
Vas á ver con ternura el propio techo,
En que pasaste los serenos dias
De tu infancia feliz; donde ahora mesmo
Viven tus padres, tus ancianos padres,
Que no tienen mas ansia, mas anhelo
Que verte, y bendecirte, y en tus brazos
Lanzar tranquilos el postrer aliento.

EDIPO.

¡Mis padres!....

YOCASTA.

Sí, tus padres; aun te viven,
Aun te los guarda por tu bien el cielo...
¡Y hablas de soledad y desamparo!
No, Edipo mio: un hijo humilde y tierno,
Un hijo como tú, si tiene padres,
No está solo en el mundo.... Vuelve presto
A consolarlos de tan larga ausencia;
Vuelve á sus brazos, vuelve; y en su seno
Encontrarás la paz que ahora imaginas
Perdida para siempre.

EDIPO.

Yo no tengo
Siquiera esa esperanza....

YOCASTA.

¿No la tienes?

EDIPO.

Nunca mis ojos volverán á verlos!

YOCASTA.

¡A tus padres!.... Edipo, ¿no respondes?....
¿Qué arcano encierra tu fatal silencio,
Que así me hace temblar?.... ¡Edipo oculta
A su mísera esposa sus secretos!

EDIPO.

No, Yocasta....

YOCASTA.

Pues habla.

EDIPO.

¿A qué pretendes
Saber aun mas desdichas?

YOCASTA.

Porque debo
Sentirlas y llorarlas á par tuyo....
¿No hicieras tú lo mismo?

EDIPO.

Yo te ruego
Por última merced....

YOCASTA.

Y yo te pido
Por mi amor, por tus hijas, que á lo menos
Me saques de esta duda, y no me dejes
Entregada á tan bárbaro tormento.

EDIPO.

Pues lo quieres, Yocasta....

YOCASTA.

No; lo pido
Por mi amor....

EDIPO.

Pues escúchame: y al tiempo
De despedirnos por la vez postrera....
En este dia mísero y funesto
Para mí mas que el dia de mi muerte,
No llevaré tambien el desconsuelo
De haber sido capaz, en esta vida,
De ocultarte ni un solo pensamiento....
Si he callado hasta ahora, si yo solo
Ese arcano fatal guardé en mi pecho,
Sin mostrártelo nunca, no me culpes;
Temí afligirte, y que el presagio horrendo

Que ha sido mi martirio tantos años,
Emponzoñase de tu vida el resto.—
Yo vivia feliz.... y tan dichoso,
Que en el mundo no habia quien contento
Así estuviese con su propia suerte,
A los Dioses por ella bendiciendo....
Así mis años plácidos corrian,
Cuando en hora fatal, cuyo recuerdo
Hondamente clavado en mi memoria
Llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
Perdida en un banquete la templanza,
Mi enojo provocó; y al reprenderlo,
Se atrevió á echarme en rostro que no era
Hijo yo de Polibo, ni heredero
De su nombre y su trono... Hasta sin ira
Le escuché: ¿lo creerás? Solo desprecio
Me inspiró aquel mezquino; y á sus voces
Con burla y risa todos respondieron.
Mas de allí á breves dias.... (ni yo propio
Te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
Melancólico, triste, caviloso,
Privado de ventura y de sosiego,
Cual si en el alma misma me punzara
Una espina cruel.... Luché algun tiempo
Conmigo mismo; reclamé el auxilio
De mi flaca razon; busqué en el seno
Del deleite el olvido.... Todo en vano:
Mientras mayores eran mis esfuerzos
Por borrar esa idea de mi mente,
Mas profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un dia
Narré á mis padres el fatal suceso,
Aunque oculté á su amor la triste duda
Que era mi torcedor y mi tormento:
Ellos del caso extraño sorprendidos
Mostráronse al principio; pero luego,
Culpando la embriaguez del ciego jóven,
Olvidar me mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
Me pareció notar mayor esmero
En llamarme su hijo, mas señales
De piedad y ternura; y ese empeño,
Manteniendo la llaga abierta y viva,
Doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin, ansioso de apurar mi orígen,
Y á tal duda mil males prefiriendo,
Me ausenté de Corinto, pretextando
Que iba á Atenas á ver al gran Teséo;
Y sin tomar ni tregua ni descanso,
Corrí impaciente hasta llegar á Delfos.
¡Ojalá antes muriera!.... Por tres veces
Consultado el oráculo tremendo,
Enmudeció; yo ciego y obstinado,
Con lágrimas insté, doblé mis ruegos,
Maldije en mi delirio la tardanza,
Invoqué hasta á los Dioses del Averno;
Y casi con violencia rasgar quise
Del Destino fatal el denso velo.
Cedió el Númen al fin, cual si apiadado
Satisfacer quisiese mi deseo;
Mas resolvió, tremendo en su venganza,
Castigar de un mortal el loco empeño.
En la callada noche, solo estaba,
Entregado á mis tristes pensamientos,
Cuando vagó un susurro misterioso
Por las lóbregas bóvedas del templo,
Sonó la voz del Dios, y á mis oidos
Llegaron con horror estos acentos:
«Quieres saber tu suerte?».... Al escucharlo,
La sangre se me heló; sentí el cabello
Erizarse de espanto; y junto al ara
Atónito quedé sin movimiento....
«¿Quieres saber tu suerte?.... De tu padre
La sangre verterás»....

YOCASTA.

¡Divinos cielos!

EDIPO.

¡Qué! ¿te asombras, Yocasta?.... No debia
Haber cedido á tu imprudente ruego:
¿Lo ves?....

YOCASTA.

¡Ay!

EDIPO.

Mas ¿qué miro? ¿qué mudanza,
Qué turbacion es esa que en tí advierto?
Habla, responde.... ¿Callas?

YOCASTA.

Sigue, Edipo:
¿No es natural mi pena?....

EDIPO.

Sí; mas temo
Que alguna causa oculta....

YOCASTA.

No; prosigue....
No me hagas penar mas.

EDIPO (*despues de una breve pausa*).

A tan siniestro
Oráculo, las fuerzas me faltaron,
Y ante el ara caí; pero del centro
De la tierra salir me parecia
La misma voz, continuo repitiendo:
«¿Quieres saber tu suerte?.... De tu padre
La sangre verterás, y el casto lecho
Mancharás de tu madre....» Apenas pude
Escuchar hasta el fin: falto de aliento,
Privado de razon y de sentido,
Permanecí postrado largo trecho;
Y al despuntar el alba, allí me hallaron,
Cual un cadáver insensible y yerto. —
La vida al cabo recobré.... azorado,
Del templo, del oráculo y de Delfos
Huí con ansia mortal; recorrí en breve
Cien regiones y cien, buscando lejos
El término á mis penas; mas la imágen
Del parricidio y del nefando incesto
Como mi propia sombra me seguia,
Al campo, á la ciudad, despierte, en sueños;
Cual si la férrea mano del Destino
Agobiarme quisiera con su peso,
Hasta que al fin, para calmar mi angustia
Y burlar el rigor del hado adverso,
A la casa paterna y á mis padres
Renuncié para siempre; y corrí ciego
En busca de la muerte, donde quiera
Que divisaba el mas lejano riesgo....
Entonces fué cuando al mirar las gentes
Huir espantadas del nativo suelo,
La fama de la Esfinge y sus estragos
Encaminó mis pasos á este reino;
Y apenas á sus límites tocaba......
Tú sabes mi desdicha.

YOCASTA.

¿Y solo el miedo
De ver cumplirse el vaticinio infando
Te aleja hoy dia del paterno techo?

EDIPO.

¿Y qué causa mayor?... Mil y mil veces
He intentado vencer este secreto
Temor, como infundado, como vano,
Como indigno de mí.... mas te confieso
Mi flaqueza, Yocasta: lucho, insisto,
Casi ya de triunfar me lisonjeo;
Y al punto mismo, sin saber la causa,
Me acomete un fatal presentimiento,
La imágen veo del horrendo crímen,
Y huyo confuso, de terror cubierto.

YOCASTA.

Pues oye, Edipo: y ya que á ruego mio
Me has mostrado hasta el fondo de tu pecho,
No he de ser tan cruel, que me rehuse
A un triste sacrificio, cuando veo
Que tal vez dél dependerá tu suerte
Y la paz de tu vida.

EDIPO.

No comprendo,
Yocasta, tus palabras misteriosas:
¿Qué pretendes decirme?

YOCASTA.

Solo temo
Presentarme á tus ojos menos digna
De tu estima y amor; y este recelo,
Si alguna vez mis labios abrir quise,
Volvió á cerrarlos con perpetuo sello....

EDIPO.

Sigue, Yocasta, sigue....

YOCASTA.

Era tu esposa,
Y he tenido á tus hijos en mi seno....
Tu propio corazon, cuando me escuches,

La causa te dirá de mi silencio.—
Tú, Edipo, me creias virtuosa,
Y dichosa tal vez, al mismo tiempo
Que mi propia conciencia noche y dia
Me condenaba como juez severo;
Y tus mismos elogios y caricias
Doblaban mi vergüenza y mis tormentos....
Recuérdalo: mil veces me notaste
Mi profunda afliccion, queriendo inquieto
La causa averiguar; y yo otras tantas,
Buscando mil excusas y pretextos,
Te expliqué mi pesar, calmé tus dudas,
Mostré tal vez el rostro mas sereno,
Ahondando con afan dentro del alma
Mi continuo y roedor remordimiento.

EDIPO.

Mas ¿cuál es tu delito, desgraciada?...

YOCASTA.

En breve lo sabrás: deja á lo menos
Que lástima te inspire un solo instante
Tu triste esposa.... Dame este consuelo
Por último en la vida; que harto en breve
Horror te inspiraré.

EDIPO.

No á tal extremo
Te ciegue tu dolor....

YOCASTA.

¿Sabes mi crímen?....
No lo sabes, Edipo; pues que veo
Que aun me miras con lástima.... No, Edipo,
No la tengas de mí, no la merezco;
Yo no la tuve de mi propio hijo,
Que abrigué en mis entrañas!...

EDIPO.

Calla!... Tiemblo
De saber mas...

YOCASTA.

El inocente mio
Al sepulcro pasó desde mi seno,
Y yo en su muerte consentí y su padre...

EDIPO.

Déjame respirar.—Ya no me tengo
Yo por tan infeliz.... Hijas del alma,
Lo fué aun mas otro padre!

(*Suspension de unos instantes.*)

¿Y Layo mesmo
Consentir pudo?....

YOCASTA.

Y su esperanza era
Aquel niño inocente, y el objeto
De sus ardientes votos, y la prenda
De nuestra mutua union....

EDIPO.

Mas ¿qué funesto
Motivo fué bastante?....

YOCASTA.

Oyelo, Edipo:
Y sírvante mis males de escarmiento,
Para aprender la fe que deba darse
A engañosos oráculos.—Inquietos
Sin tener sucesion un año y otro,
Nuestra dicha y placer no eran completos;
Que en medio de la pompa y la grandeza
Nos afligia el solitario aspecto
De nuestro hogar, y desabrida el alma
Las caricias de un hijo echaba menos.
Con súplicas, con votos, con ofrendas,
Importunamos sin cesar al cielo,
Hasta que al fin nos pareció propicio
Que iba ya á coronar nuestros deseos....
Aun no era madre; y la esperanza sola
Mi existencia doblaba y mi contento,
Y un placer me inspiraba, una ternura,
Que solo siente el corazon materno.
Por su parte mi esposo los instantes
Contaba con afan.... pero el exceso
De ese afan nos perdió: quiso impaciente
Consultar un oráculo, que el pueblo
Desde remotos siglos reputaba
Guarda de los arcanos de este reino;
Le consultó; y el Dios.... ó sus ministros
Estas solas palabras respondieron:
« El hijo, cuya vida anhelas tanto,
La muerte te dará. »—De terror lleno
Oyó mi esposo el formidable anuncio:
Quiso ocultarme su dolor inmenso;

Pero tan grave era, que no pudo
Con él su corazon... De aquel momento,
Perseguidos cual tú de un temor vano
Y acosados de míseros agüeros,
Ni una hora de paz y de ventura
Pudimos disfrutar : el mismo objeto
De tantas esperanzas convirtióse
En objeto de horror; y hasta en mi seno
Palpitar le sentia con espanto,
Cual un monstruo maldito por los cielos.
En tan horrenda situacion nos halla
El fatal plazo : se aproxima el riesgo;
Redóblase el temor; un Dios contrario
De libertarnos nos inspira el medio;
Y en aquel trance de terror y asombro,
El atroz sacrificio resolvemos....
Un amigo de Layo al hijo mio
Arrancó de mis brazos; y en secreto
Conduciéndole á un monte despoblado;
A su suerte cruel le dejó expuesto....

EDIPO.

Infeliz!

YOCASTA.

Mas apenas con su muerte
Cesaron los temores, renacieron
Con mas fuerza y vigor en nuestras almas
Los antiguos y tiernos sentimientos,
No dulces y apacibles como antes,
Sino mezclados con letal veneno....
Presente á nuestros ojos noche y dia,
Sin cesar escuchando sus lamentos,
Cuanto tocaban nuestras propias manos
Nos presentaba de su sangre el sello;
Y la vista de un niño, el oir su lloro,
Nos hacia temblar. Al fin el tiempo
Lo agudo del dolor fué mitigando;
Mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
Dentro del corazon, aun mas penosos
Que el dolor mismo; y con fatal anhelo
El término miramos de la vida
Como el único fin de los tormentos.—
Ese es el fruto, ese, reservado
A quien fia de oráculos inciertos,
Que con soñados riesgos amagando,
Nos sepultan en males verdaderos.

EDIPO.

Atónito he escuchado tus desgracias....

YOCASTA.

¿Y querrás por ventura seguir ciego
La misma senda?... Edipo, abre los ojos;
En mis propias desgracias toma ejemplo;
Y deja esos oráculos falaces
Que asombren solo al ignorante pueblo.

EDIPO.

No, Yocasta : quizá los mismos Dioses
Del formidable amago se valieron
Para salvarme del abismo; suya
Fué la voz que escuché; y antes prefiero
Ser el mas infeliz de los mortales
Que exponerme á peligro tan horrendo.

ESCENA III.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO.

HYPARCO.

Edipo, un mensajero de Corinto
Acaba de llegar....

EDIPO.

Corre, vé luego,
Y condúcele aquí....

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

EDIPO.

¡Qué nuevas penas
Me anuncia el corazon!

YOCASTA.

¿Porqué tan presto
Te dejas abatir?.... Tras las desgracias
Suelen venir á veces los consuelos....

EDIPO.

No para Edipo, no! Siempre mis males
De otros mas graves precursores fueron.

ESCENA V.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO, UN MENSAJERO DE CORINTO.

MENSAJERO.

Salud, buen rey : y venturoso seas

Al lado de tu esposa, para ejemplo
Y dicha de tus hijos....

EDIPO.

Noble anciano,
¿Qué nuevas traes?

MENSAJERO.

De Corinto vengo....

EDIPO.

¿Traes nuevas de mi padre?

MENSAJERO.

El buen Polibo...

EDIPO.

Sigue, acaba, no tardes....

MENSAJERO.

Ya por premio
De su virtud....

EDIPO.

Acaba.

MENSAJERO.

Está gozando
En los Elíseos de descanso eterno.

EDIPO.

¡Hay mas desgracias hoy.... hay mas desdichas
Qué caigan sobre mí!....

YOCASTA.

Recobra aliento,
Edipo, y á los golpes de la suerte
Tu fortaleza opon.

EDIPO.

¡Ni aun el consuelo
De abrazar á su hijo desdichado,
De verle al espirar!.... Díme, buen viejo,
¿Se acordaba de mí? ¿No repetia
El nombre de su Edipo?

MENSAJERO

Fué el postrero
Que en sus labios se oyó; y al pronunciarle,
Me estrechaba la mano con afecto....

EDIPO.

Ingrato hijo, y tú le abandonaste
Y le hiciste infeliz!....

YOCASTA.

¿A qué ese empeño
De atormentarte mas?

EDIPO.

Él me creia,
A la hora de su muerte, justo, bueno,
Digno hijo suyo....

MENSAJERO.

Le escuché mil veces
Celebrar tu virtud, y por modelo
Proponerte á sus pueblos....

EDIPO.

Calla, calla;
Que el alma me traspasas con tu acento.

YOCASTA.

Retiraos, amigos.... con su esposa
Dejadle suspirar unos momentos
Siquiera en libertad.

ESCENA. VI.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

YOCASTA.

Edipo mio,
Si algun influjo en tí logran mis ruegos;
Si te importa mi vida; y si no quieres
Aumentar la amargura y desconsuelo
De esas prendas del alma, haz lo posible
Por templar tu afliccion....

EDIPO.

Hoy mismo pierdo
A mi esposa, á mis hijas, á mi padre,
Cuanto en el mundo amé!

YOCASTA.

No, Edipo: el cielo
Te conserva á tu hijas y á tu esposa,
Que no tendrán un hora ni un momento
Que no piensen en tí... ¡Con qué ternura,
Cuando se calme tu dolor acerbo,
De ellas te acordarás! Al levantarte,
Al entregarte al apacible sueño,
Al sentarte á la mesa, *ahora, ahora mismo*
Nombrándome estarán; ahora pidiendo
Estarán á los Dioses por la dicha
De su esposo y su padre!....

EDIPO.

Tus acentos,

Yocasta mia, un bálsamo derraman
En mi llagado corazon.... Aun tengo
Quien se duela de mí; quien se apiade
Del infeliz estado en que me encuentro!..

YOCASTA.

No te reprimas; llora, desahoga
Tu afliccion en mis brazos....

(*Quedan abrazados unos instantes.*)

EDIPO.

Ya, ya puedo
Respirar.... ¿No lo ves? Hasta este llanto
De mi grave dolor alivia el peso.

YOCASTA.

Procura ahora calmar la viva lucha
De tu imaginacion: ya por lo menos
Sabes tu suerte, mísera, infelice,
Pero cierta; y al cabo es un consuelo
Ver el límite y fin de las desgracias,
No temerlas mayores... ¿Qué se hicieron,
Edipo, esos oráculos mentidos
Que tanto te aterraban?... Hoy por ellos
A tu patria, á tus padres renunciabas;
Te condenabas á fatal destierro;
Y en medio de tus penas, solo vias
La amenaza de males mas horrendos....
Ya no, Edipo, ya no: tu hogar, tu patria,
Los votos y esperanzas de tus pueblos,
Los brazos de una madre cariñosa
Esperándote están.... ¡Con qué contento
La volverás á ver, á consolarla,
A consagrar tu vida y tus desvelos
Solo á hacerla feliz!

EDIPO.

Sí, esposa mia:
En medio de la angustia que padezco,
Esa sola esperanza me sostiene,
Esa sola y no mas.... Si pude ciego
Sacrificar la dicha de mis padres
A un temor vano; si pagué su afecto
Con fuga y abandono; si no pude
Consolar en sus últimos momentos
A mi buen padre, y á sus piés postrado
Demandarle perdon.... al cabo un medio
Me queda de expiar mi grave culpa,
A fuerza de cariño y de respeto,
De no apartarme un hora, un solo instante
De mi madre infeliz!

YOCASTA.

Pues ya has resuelto
Seguir la senda que el deber, mis votos,
Tu corazon te dictan, ¿qué provecho
Sacarás de afligirte?.... Ven, Edipo,
Ven; que ya por instantes crecer veo
Las sombras de la noche; y tras la lucha,
Tu fatigado espíritu y tu cuerpo
Descanso han menester: mañana puedes....

EDIPO.

Esposa mia, solo te encomiendo
Una cosa, no mas....

YOCASTA.

¿Qué quieres? Dílo.

EDIPO.

(*Corre enternecido hácia sus hijas, y las abraza.*)

Mira que el alma, el corazon te dejo,
Mas que mil vidas....

YOCASTA.

¿Ves que las afliges?

EDIPO.

Mis hijas.... mis amores.... hoy os veo
Por la postrera vez!

YOCASTA.

Cálmate, Edipo....

EDIPO.

Vuestras tiernas caricias, vuestros besos
Ya se acabaron para mí en el mundo!...

YOCASTA.

Por piedad, caro Edipo....

EDIPO.

Ya no espero
Apoyo en mi vejez.... tener siquiera
A quien mirar en mi postrer momento!

(EDIPO, YOCASTA *y sus dos* HIJAS *quedan abrazados y formando un grupo en el pórtico del palacio.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

EDIPO, HYPARCO.

EDIPO.

Hyparco, no tardemos: que ya el dia
A clarear empieza; y con sigilo
Salgamos, sin que nadie nos aceche,
De la ciudad.

HYPARCO.

¿Porqué con tal ahinco
Apresuras tú propio el fatal plazo
Que tanto va á costarte?

EDIPO.

¡Tú que has visto
Mi lucha y afliccion, me lo preguntas!...
Porque á cada momento que resisto,
Las fuerzas y el valor me van faltando;
Y ni yo propio sé cómo he podido
Del palacio salir.

HYPARCO.

Pues ahora debes
Mostrar tu corazon y antiguo brío....

EDIPO.

En medio de las hijas de mi alma
La infeliz yace; que el quebranto mismo
Al sueño la rindió; pero yo oia
En la callada noche sus gemidos,
Y alguna vez me pareció escucharla
Que el nombre repetia de su Edipo....

HYPARCO.

¿Es así como cumples tu promesa?

EDIPO.

¿Pues qué mas puedo hacer?... Ni aun he querido
Despedirme de ella y de mis hijas,
Por no afligirlas mas!

HYPARCO.

Segun te miro,
No es posible emprender tan larga marcha....

EDIPO.

Sí, sí, al instante; en tan fatal conflicto,
Mi solo anhelo, mi única esperanza
Es llegar cuanto antes á Corinto.

HYPARCO.

¿Y no fuera tal vez mas acertado
A Atenas por el pronto dirigirnos?....

EDIPO.

¡A Atenas!.... ¿Y á qué fin?

HYPARCO.

Allí pudieras,
Al lado de Teséo, mas tranquilo
Tus fuerzas restaurar...

EDIPO.

No te comprendo.

HYPARCO.

Si sabes mi amistad y mi cariño,
¿Porqué de mi experiencia no te fias?

EDIPO.

Porque estoy viendo en tu semblante mismo
Que algo me ocultas.

HYPARCO.

No...

EDIPO.

Tu propia lengua
Al engaño se niega. ¿Qué motivo
Te obliga á aconsejarme que no vuelva
A mi patria?

HYPARCO.

Ninguno...

EDIPO.

¿Qué te ha dicho
El mensajero?

HYPARCO.

Nada...

EDIPO.

¿Hay quien intente
El trono disputarme?

HYPARCO.

Yo no he oido
Tal nueva...

EDIPO.

¿Pues qué sabes?... En el mundo
Qué puedo ya temer!

HYPARCO.

Yo te suplico
Por tu bien, por tu vida y por la mia,
No me preguntes mas.—

EDIPO.

Mi único amigo,
Mi padre y mi consuelo, ¿qué me anuncia
Ese llanto en tus ojos suspendido,
Ese turbado rostro, ese silencio
Que me hace estremecer?

HYPARCO.

Ningun peligro
Te amenaza...

EDIPO.

No es eso lo que temo;
Y bien lo sabes tú.—¿Porqué á Corinto
Volver no puedo?

HYPARCO.

Sí, pero mas tarde...

EDIPO.

¿Porqué no ahora?

HYPARCO.

Acaso han esparcido
Algun falso rumor; y conviniera,
Antes de presentarte en tus dominios,
Que lo aclarase el tiempo...

EDIPO.

¡Qué me dices!...

HYPARCO.

No tienes que inquietarte, caro Edipo;
Es solo una voz vaga...

EDIPO.

¿Y cuál?...

HYPARCO.

Suponen
Que declaró al morir el rey Polibo....

EDIPO (*interrumpiéndole*).

No mas! ¿Y el mensajero?

HYPARCO.

Oyeme, escucha....

EDIPO.

¿En dónde está?

HYPARCO.

Tal vez ya se habrá ido...

EDIPO.

¿En dónde está?

HYPARCO.

Detente...... Si te obstinas
En quererle escuchar, iré yo mismo
A buscarle...

EDIPO.

Vé, corre, vuelve al punto.

ESCENA II.

EDIPO.

(*Paseándose con agitacion por el teatro.*)

Ya, ya mi corazon con mil latidos
El secreto fatal me está anunciando...
¿Quién te dió el ser? ¿quién eres, triste
Edipo?
¿Quién eres?... Ni en la tierra ni en el
cielo
Hallas quien te responda; y confundido
Tú propio tiemblas, sin saber la causa,
Al sondear tan horroroso abismo....
Mas no importa: la muerte es preferible
A sufrir por mas tiempo este martirio;
Y hasta en el borde mismo de la tumba
He de luchar con mi fatal destino.

ESCENA III.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA.

(*Al salir apresurada del palacio.*)

Acaba de anunciarme el buen Hyparco...

EDIPO.

¿Quién soy? ¿quién me dió el ser?
¿dónde he nacido?

¿Lo sabes tú?...

YOCASTA.

¿Qué importa, si tu esposa
Te ama mas que á su vida?

EDIPO.

¿Acaso has visto
Al mensajero?

YOCASTA.

No.

EDIPO.

Todos me engañan;
Todos, hasta mi esposa!

YOCASTA.

Amado Edipo,
¿Porqué así quieres traspasarme el pecho,
Cuando ya apenas de dolor respiro?....
Ten lástima de mí; tenla á lo menos
De aquellas inocentes!... Ahora mismo
Por su padre infeliz me demandaban...

EDIPO.

¡Por su padre!... ¿Y quién es, quién es el mio,
Yocasta, quién?...

YOCASTA.

Serénate...

EDIPO.

Su nombre,
Su nombre, no tu llanto, necesito.

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA, EL MENSAJERO, *detrás de él* HYPARCO, *y despues* PHORBAS.

(En esta escena se colocarán los actores de esta suerte: el MENSAJERO é HYPARCO á la derecha de EDIPO; YOCASTA y PHORBAS á su izquierda.)

EDIPO.

(*Al ver asomar al* MENSAJERO.)

Ven, llega, anciano; y tiembla, si faltares
Un punto á la verdad! ¿No era Polibo
Mi padre?...

MENSAJERO.

Él os amaba tiernamente
Con entrañas de tal...

EDIPO.

Mas ¿soy su hijo?...

YOCASTA.

¿A qué en dia tan triste y tan aciago
Te empeñas en buscar nuevos motivos
De angustia y de pesar?...

EDIPO.

¿Lo soy?... Responde.

MENSAJERO.

Otros, mejor que yo, podrán decirlo...

EDIPO.

Tú, tú... ¿Lo soy?... Acaba.

MENSAJERO.

No lo eres....

EDIPO.

¡No!......

YOCASTA.

¡Desdichado!

EDIPO.

¿Cómo lo has sabido?

MENSAJERO.

De los labios del rey.

EDIPO.

¿Lo oiste tú solo?

MENSAJERO.

Y otros muchos tambien.

EDIPO.

¿Cuándo lo dijo?

MENSAJERO.

El dia de su muerte.

EDIPO.

¿Por qué causa?

MENSAJERO.

De su propia conciencia compelido.

EDIPO.

¿Dijo.... no era mi padre?....

MENSAJERO.

Varias veces
Lo repitió llorando.

EDIPO.

¿Y qué motivo
Le movió á suponerlo?

MENSAJERO.

El haber muerto
De Mérope su esposa el solo hijo,
Casi al nacer, y el ansia que tenia
De un heredero....

EDIPO.

¿Y quién le prestó auxilio
Para el cambio fatal?

MENSAJERO.

Su misma esposa.

EDIPO.

¿Nadie lo presenció?

MENSAJERO.

Solo un testigo.

EDIPO.

¿Lo sabes tú de cierto?

MENSAJERO.

Y tan de cierto,
Como que el niño le entregué yo mismo.

EDIPO.

Y tú ¿de quién le hubiste? ¿dónde? ¿cuándo?

YOCASTA.

¿A qué afligirte quieres?....

EDIPO.

Pronto, dílo.

MENSAJERO.

Yo lo diré, señor....

EDIPO.

Ahora, al instante.

MENSAJERO.

Mas déjame siquiera algun respiro....

EDIPO.

Al instante.

MENSAJERO.

Ya voy....

EDIPO.

¿Qué te detiene?....

MENSAJERO.

Un dia que en la caza divertido
Del Citeron la cumbre recorria,
Un extranjero vi que á un tierno niño
Estrechaba en sus brazos, y mil veces
Le colocaba en un oculto sitio,
Y á abrazarle volvia.... Silencioso
Me acerco, llego, le sorprendo, insto
Porque me explique su conducta extraña;
Mas tan turbado estaba, que ni él mismo
Explicarla podia, y largo espacio
Permaneció dudoso y pensativo....

EDIPO.

¿Y luego?....

MENSAJERO.

Luego que cobróse un poco,
Con palabras ahogadas, con suspiros,
Me entregó al tierno infante....

EDIPO.

¿Y luego?....

MENSAJERO.

Al punto
Huyó veloz, y se ocultó en los riscos.

EDIPO.

¿Conocias acaso á ese extranjero?

MENSAJERO.

En aquella ocasion solo le he visto.

EDIPO.

¿Su nombre?

MENSAJERO.

No lo sé.

EDIPO.

¿Su patria?

MENSAJERO.

Tebas,
A juzgar por el habla y el vestido.

EDIPO.

¿Qué edad tenia la infeliz criatura?

MENSAJERO.

Pocos dias no mas.

EDIPO.

¿Con qué designio
Te la entregaron?

MENSAJERO.

Entendí que era
Por salvarle la vida.

EDIPO.

¿Y qué peligro
Le amagaba?

MENSAJERO.

Lo ignoro.

EDIPO.

¿Hubiste señas
De quien fuesen sus padres?

MENSAJERO.

No lo quiso

Aclarar á mi ruego el extranjero;
Mas si temes tal vez haber nacido
En baja cuna, alégrate y alienta;
Que eres de noble estirpe.

EDIPO.

¿Él te lo dijo?

MENSAJERO.

Yo propio colegí de sus palabras
Que eras de sangre real.

PHORBAS.

Piedad!....

EDIPO.

Maldito
Seas!

YOCASTA.

¡Qué horror!

(*Durante el anterior diálogo habrá ido creciendo por instantes la turbacion de* YOCASTA *y la de* PHORBAS; *al final, este se arroja á los piés de* EDIPO, *quien vuelve el rostro hácia él y le maldice; al mismo tiempo que la* REINA *se aparta de en medio de entrambos, y se dirige precipitadamente al palacio.*)

ESCENA V.

EDIPO, HYPARCO.

(EDIPO *permanece inmóvil y silencioso unos instantes;* HYPARCO *se acerca á él: en este intervalo,* PHORBAS *y el* MENSAJERO *se habrán retirado lentamente, y reuniéndose hácia el promedio del teatro, se encaminan juntos al palacio.*)

EDIPO.

Lo sé.... vencí mi suerte:
Ya muero satisfecho.

HYPARCO.

Caro Edipo....

EDIPO.

No hay mas allá.... no hay mas allá.... hasta el fondo
Veo el horror de mi fatal destino!
Mi padre asesiné; profané el lecho
De la que me dió el ser; hermanos, hijos,
Nietos, padres, esposos, hoy la tierra
Verá por este monstruo confundidos.

HYPARCO.

Vuelve, infeliz, en tí....

EDIPO.

Mas ¿porqué tiembla
Mi corazon aun?.... Los Dioses mismos
Su venganza agotaron; y ya impune
Su cólera y enojo desafío:
¿Podeis hacerme ya mas desdichado?...
No podeis, no! Pues vedme ya tranquilo.

HYPARCO.

Oyeme, triste Edipo....

EDIPO.

¿Quién me llama?

HYPARCO.

Soy yo.... ¿no me conoces, hijo mio?

EDIPO.

¡Mi padre tú!.... no, no: ¿ves esta sangre?....
Pues de mi padre es.—Solo te pido
Que no lo digas; calla!.. que ha diez años
Que en mis manos la tengo, y no he podido
Arrancármela aun.

HYPARCO.

¡Para esto el cielo
Me ha guardado la vida por castigo!

EDIPO.

¡Lloras! ¿De qué te afliges?.... Tú no fuiste;
Yo lo diré: yo fuí el asesino
De mi padre, yo fuí!

HYPARCO.

Aguarda, escucha....

EDIPO.

(*Acercándose hácia el Panteon.*)
Asesino!.... *Asesino!*.... ¿Lo has oido?
No temas: es el eco de la tumba....
Asesino!....... ya apenas lo percibo....

HYPARCO.

Ciudadanos, amigos, ¿no hay quien venga
A socorrer á este infeliz?

PUEBLO.

(*Asoman algunas personas por diversos lados de la plaza, y quédanse suspensas.*)

¡Edipo!

EDIPO.

¿Qué me quereis?... Llegad: ¿pedis mi muerte?
Mas la deseo yo.

HYPARCO.

Compadecidos
Vienen en tu favor....

EDIPO.

¿Y porqué vengan
En esas inocentes mis delitos?
¿Cuál es su culpa, cuál?.... Las desdichadas
Aun no saben del padre que han nacido!

HYPARCO (*al pueblo*).

Venid, y conduzcámosle al palacio....
Mas ¿porqué así os negais á darle auxilio?....
¡De cuando acá los Dioses bondadosos
Amparar la desgracia han defendido!—
Ven, hijo mio, ven....

EDIPO.

Aparta, aparta....
No quieras con halago fementido
Pasarme el corazon: dame á mis hijas;
Y mátame despues.—Pero ¿qué miro?
¡Tú tambien, infeliz!... Huye, no toques
A ese lecho fatal, que maldecido
De los cielos está: ¿no ves la Muerte,
Que te aguarda y te llama?... Ya te sigo,
Ya voy, Yocasta!... espera; y el Averno
Nos verá con horror bajar unidos.

(*Corre Edipo hácia el palacio, é Hyparco va en su seguimiento.*)

ESCENA VI.

SUMO SACERDOTE, PUEBLO.

(Al entrar EDIPO en el palacio, se oscurece algun tanto el teatro, y se oye el estampido del trueno, que resuena luego otras dos veces, con un breve intervalo: durante este tiempo, habrán acudido por todas partes las gentes del pueblo, repartiéndose confusamente por el ámbito de la plaza, despues sale del templo el SUMO SACERDOTE.)

SACERDOTE.

¿No ois, mortales, no ois?... La voz de Jove
Retumba ya sobre el excelso Olimpo;
Y al eco de su ira, titubean
La firme tierra y el profundo Abismo.
¿Quién escapar podrá de su venganza?
¿Quién?.... En el trono en vano guarecido,
Muéstrase audaz de crímen, provocando
Del cielo la justicia y poderío:
El rayo vengador antes le hiere
En la cumbre mas alta; y confundido
Entre escombros y míseras pavesas,
De escándalo y terror sirve á los siglos.

EDIPO (*desde adentro*).

La muerte por piedad!...

SACERDOTE.

No, parricida!
Hasta la Muerte está sorda á tus gritos;
Y solo has de gemir y en noche eterna,
Sin mezclarte con muertos ni con vivos!

PUEBLO.

¡Santos Dioses, qué horror!

SACERDOTE.

Sobre su frente
Su imprecacion fatal ha recaido.

ESCENA VII.

SUMO SACERDOTE, PUEBLO, HYPARCO.

HYPARCO (*desde la puerta del palacio*).

¡No hay uno, uno siquiera!...

SACERDOTE.

Ven, anciano;
Y á nombre de los Númenes te intimo.
Que anuncies, para ejemplo de la tierra,
De la raza de Lábdaco el castigo!

HYPARCO.

¿Qué voz fuera bastante á presentaros
Cuadro tan espantoso?... Yo le he visto
Con estos ojos, yo; y apenas creo
Lo que acabo de ver... En pos de Edipo
Penetré en el palacio, recelando
Su desastrado fin... daba rugidos
Como un leon, y á voces demandaba
Por su madre y esposa.... Un Dios maligno
Sus pasos guia á la fatal estancia,
La puerta halla cerrada, rompe el quicio,
Corre al lecho nupcial, y ve á Yocasta
Ahogada dando el postrimer gemido....
Yo á ese tiempo llegué.... vi abalanzarse
Al infeliz sobre el cadáver tibio,
Soltar el duro lazo, y de su madre
Besar con ansia el rostro ennegrecido...
Mas álzase de pronto, y con la vista
Sus armas busca en el usado sitio;
No las encuentra, brama, y sin tardanza
Revuelve su furor contra sí mismo...
Con los propios adornos de la reina
Sus ojos rasga; y con feroz ahinco
Una vez y otra vez hunde las puntas
En los sangrientos cóncavos.... Ni un grito
Arrojó de dolor: desatentado
Busca la puerta, escápase, le sigo;
Y á ciegas por los ánditos vagando,
La muerte invoca con furor impío....

ESCENA VIII.

EDIPO, SUMO SACERDOTE, HYPARCO, PUEBLO.

EDIPO.

(*Sale de repente, con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro*).

Huid, Tebanos, huid!...

PUEBLO (*apartándose con asombro*).

Rey desdichado!

SACERDOTE.

La maldicion del cielo va contigo.

FIN.

ABEN HUMEYA,

ó

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

DRAMA HISTÓRICO.

ABEN HUMEYA,

OU

LA RÉVOLTE DES MAURES SOUS PHILIPPE II.

DRAME HISTORIQUE EN TROIS ACTES ET EN PROSE.

ADVERTENCIA.

Ha corrido este drama tan extraña fortuna, que probablemente ha de excitar la curiosidad del público, cualquiera que sea el mérito que se le atribuya. Antes de determinarme á componerle, habia sentido vivos deseos de presentar en la escena francesa alguna de mis obras dramáticas; y cabalmente el buen éxito que habia ya logrado en París la imitacion de una de ellas [1] me animaba no poco á la empresa. Mas en breve desistí de tal propósito, habiéndome convencido plenamente de que una obra de esta clase, compuesta para una nacion, difícilmente puede trasladarse á otra, sobre todo cuando el gusto dramático es muy distinto en ambas. Aun el estar mis obras en verso, y el haber de reducirlas á humilde prosa, acabó de retraerme de mi intento; porque temí, con entrañas de padre, desnudar mis composiciones de un encanto que encubre muchas faltas: pocos cuadros hay que consientan perder el colorido, y que aun aparezcan bellos con los meros contornos.

Me decidí pues, en vista de estas reflexiones, á componer de intento un drama para el teatro francés; pero ¿qué rumbo seguir en empresa tan aventurada?.... La primera idea que me ocurrió, como la mas natural, fué escribir un drama en castellano y despues traducirle; mas por fortuna conocí con tiempo que una obra concebida en cerebro español, y vestida al nacer en traje de Castilla, mostraria siempre, por mas esfuerzos que se hiciesen, demasiado claro su orígen.

Al cabo no me quedó mas recurso que componer mi drama en lengua extranjera; y entonces fué cuando se presentaron de tropel las dificultades: en una obra didáctica, por ejemplo, cabe practicarse, con mas ó menos presteza, la traduccion que se hace siempre en el ánimo cuando se piensa en un idioma y se expresa uno en otro; pero en obras dramáticas no cabe hacerse así: se necesita mas celeridad en la concepcion de los pensamientos, y mas calor en la expresion; las ideas y las palabras tienen que salir vaciadas á un tiempo en el mismo molde.

Tales son los obstáculos que he tenido que superar; y cuando he acabado de convencerme de su gravedad, ha sido al verter despues mi obra en castellano. Nunca he palpado mas de lleno la diversa índole de cada lengua, las ventajas que

[1] La Mère au bal, et la Fille à la maison.

AVANT-PROPOS[1].

Au milieu de tant de combats livrés sur le terrain de la littérature, et de cette espèce de révolution qui règne dans le monde théâtral, la première condition que je me suis imposée, au moment d'entreprendre cet ouvrage, fut celle d'oublier tous les systèmes, et de suivre, pour toute règle, ces principes clairs, incontestables, qui tiennent à l'essence même du drame, et qui formeront toujours, par rapport au théâtre, le code du bon sens.

Puisque je me propose, me suis-je dit, d'écrire un drame historique, il faudra d'abord choisir un grand événement, qui réveille l'attention et qui excite l'intérêt; il faudra aussi qu'il ait, si c'est possible, quelque chose d'extraordinaire, une physionomie qui le distingue de tous les autres; et qu'il offre en même temps ce mouvement, ces contrastes qui saisissent l'âme et l'entraînent.

Ayant conçu cette idée toute simple du drame historique, il s'agissait de remplir de mon mieux les deux conditions essentielles qui semblent en dériver : il fallait tracer le tableau avec la plus grande fidélité possible, sans rechercher néanmoins cette exactitude scrupuleuse qu'on exige dans une chronique : mais en s'efforçant de graver sur l'ouvrage, comme sur une médaille, le cachet de l'époque et du pays.

Une fois l'esquisse du tableau faite, on devait tâcher d'y encadrer en quelque sorte une tragédie; car je suis intimement convaincu (et si c'est une erreur, elle est bien excusable) que jamais le drame historique ne réussira au théâtre, que lorsqu'il parviendra à satisfaire en même temps la raison et le cœur, par le reflet fidèle d'un grand événement, ainsi que par la lutte animée des passions.

Quant au sujet que j'ai choisi, je dois avouer franchement qu'il me paraît remplir presque toutes les conditions que les maîtres de l'art peuvent exiger : il n'est pas aisé de trouver dans l'histoire plusieurs évènements aussi extraordinaires, aussi dramatiques que cette révolte des Maures sous Philippe II. Qu'il me soit permis d'en dire un mot, pour indiquer au moins sa nature et son importance.

Lors de la conquête de Grenade par les rois catholiques, on accorda aux vaincus la capitulation la plus avantageuse; ils pouvaient se retirer librement en Afrique, ou rester dans le pays, en conservant leurs mœurs, leurs usages, l'exercice de leur religion. On commença pourtant à les inquiéter du vivant même de Ferdinand et d'Isabelle : ce qui donna lieu à quelques soulèvements partiels, qui furent bientôt étouffés. Sous Charles-Quint, on répéta les mêmes tentatives; mais ce ne fut que sous Philippe II, vers la moitié du seizième siècle, que l'on résolut d'effacer jusqu'aux traces de ce peuple vaincu. On publia, à cet effet, de nouvelles ordonnances, qui défendaient aux femmes leur costume, encore rapproché du moresque, qui interdisaient aux descendants des Maures de parler en arabe, de célébrer leurs fêtes, de prendre même des bains, de fermer les portes de leurs maisons, à certains jours de la semaine... Pour empêcher l'exécution de ces décrets, les Maures eurent d'abord recours à des remontrances, à des prières; le marquis de Mondejar, capitaine-général du royaume de Grenade, homme du plus grand mérite, intercéda vainement en leur faveur; le gouvernement s'obstina à faire exécuter ses ordres.

Ce fut alors qu'éclata la révolte, préparée de longue main, et qui mit en danger la monarchie espagnole, au faîte de sa puissance. Les descendants des Maures se trouvaient en très-grand nombre dans plusieurs provinces, dans celle de Grenade surtout; ils étaient industrieux, riches, puissants; ils comptaient sur le secours des États Barbaresques, et même de l'empereur de Constantinople, avec lesquels ils étaient en communication; et voyant l'Espagne engagée, à cette époque, dans des prétentions ruineuses et des guerres lointaines, ils crurent que le moment de leur délivrance, si longtemps annoncé par des prédictions et des augures, était enfin arrivé.

Tout-à-coup, comme par enchantement, on vit paraître une nation musulmane au milieu d'une nation chrétienne; la haine de deux peuples, nourrie pendant huit siècles de guerre à mort, se montra plus envenimée que jamais; et ils sentirent bien tous les deux qu'il s'agissait de leur existence.

Cet événement n'a pas eu, en général, aux yeux des étrangers, toute l'importance dont il était digne; il faut voir dans les historiens espagnols, même dans les poëtes, jusqu'à quel point cette révolte jeta l'alarme dans la nation. L'élite de l'armée accourut de toutes parts, pour étouffer le feu avant qu'il n'embrasât le royaume; les chefs les plus renommés pénétrèrent, à plusieurs reprises, dans les montagnes des Alpujarras; le roi lui-même s'approcha du théâtre de la guerre; et s'il ne marcha pas en personne contre les révoltés, comme il en fut question, il ne confia le commande-

[1] Este prologo precedió á la edicion de este drama, publicada por separado en Paris.

cada una de ellas posee, lo difícil de trasladar exactamente los pensamientos de una á otra. ¡Cosa singular, y que sin embargo no es imposible de explicarse! Mas me ha costado traducir mi propia obra que si hubiera sido ajena.... acontece con una traduccion lo que con un retrato.

Por lo tocante al argumento de este drama, poco ó nada tendré que decir: le busqué y escogí en la historia de España, porque juzgué que así pareceria mas nuevo y original, al paso que me dejaria campear con mas desembarazo, conociendo mejor el terreno. Hasta la circunstancia de ser alusivo á acontecimientos de mi país natal, concurrió á decidirme á favor suyo, aun prescindiendo de otras muchas ventajas: el que haya vivido largos años fuera de su patria, concebirá fácilmente esta predileccion tan natural; y aun me lisonjeaba, ya que he de decirlo todo, la idea de oir repetir unos nombres tan gratos para mí, y de oirlos en tierra extraña, y tal vez con aplauso.

El éxito ha correspondido á mis deseos: este drama ha recibido del público de París la mas favorable acogida; pero no me ciega tanto el amor propio, que deje de conocer que ha sido juzgado, así en el teatro como en los periódicos, con no poca indulgencia. Mi calidad de extranjero ha desarmado la severidad de la crítica; se ha perdonado mucho en favor de lo extraordinario de la empresa; y no se ha perdido de vista al autor al pesar el mérito de su obra.

---

ment suprême de l'armée qu'à son propre frère, le célèbre don Juan d'Autriche, qui plaça la victoire sur les Morisques à côté du triomphe de Lépante.

Pour peindre assez fidèlement un sujet d'une telle gravité, la littérature espagnole offrait de grandes ressources; car elle possède deux histoires particulières de cette révolte, d'un mérite singulier, chacune dans son genre. L'ouvrage de don Diego Hurtado de Mendoza, qui lui a valu à juste titre le surnom de *Salluste espagnol*, suffirait à lui seul pour faire apprécier cet homme d'état célèbre, profond politique, grand historien, poëte, auquel l'Europe savante est redevable de plusieurs trésors littéraires qu'il tira de l'obscurité. Placé par sa haute naissance, ainsi que par ses qualités personnelles, à même de bien juger les hommes et les évènements; frère du fameux marquis de Mondejar; possédant à fond la langue arabe, et connaissant parfaitement bien les localités, il consacra ses loisirs, dans sa retraite de Grenade, à tracer de main de maître l'histoire de cette insurrection, et il enrichit la littérature castillane d'un modèle accompli [1].

L'ouvrage de Luis del Marmol [2] est loin d'avoir un mérite littéraire aussi relevé que celui de Hurtado de Mendoza; mais c'est une histoire plus complète, plus détaillée, dont l'auteur conduit le lecteur par la main, lui fait parcourir les lieux, le rend témoin de chaque évènement. « J'écris, dit Marmol, la révolte et la punition des Morisques de Grenade, avec toutes les choses mémorables qui s'y rattachent; et j'ai été à même de le faire mieux que tout autre, ayant été employé, depuis le commencement jusqu'à la fin, dans l'armee de Sa Majesté. » Quand même il n'aurait pas révélé cette circonstance, on aurait aisément deviné que c'est un témoin oculaire qui parle; il ne raconte pas, en simple historien; il met sous les yeux ce qu'il a vu lui-même.

A la faveur de tels guides, il m'a été plus facile de saisir l'ensemble de ce grand évènement, et d'en connaître plusieurs détails, qui m'ont servi pour donner à ma composition cette *couleur locale*, sans laquelle l'illusion dramatique court grand risque de se dissiper.

La circonstance même d'être né à Grenade, et d'avoir parcouru, dans ma jeunesse, une partie des Alpujarras, m'a été aussi de quelque utilité; car j'ai pu mettre à profit des traditions populaires, des souvenirs d'enfance; et j'ai fini par regarder avec une sorte d'attachement de famille, si je puis m'exprimer ainsi, un sujet si intimement lié à l'histoire de mon pays natal.... Qu'il est doux de se le rappeler, d'entendre répéter des noms si chers, quand on est loin de sa patrie!

Peut-être ces circonstances, étrangères au sujet, ne m'ont-elles que trop prévenu en sa faveur; mais j'ai cru y apercevoir plus d'un avantage, qui le recommandaient pour être mis sur la scène. Tel est, par exemple, celui d'offrir des caractères fortement prononcés, qui admettent, comme les décors du théâtre, d'être dessinés à grands traits. Je ne sais si je m'abuse; mais ces Morisques des Alpujarras, très-avancés en civilisation, et conservant néanmoins un certain air sauvage, offrent un modèle fort original à l'imitation de l'artiste: on voit, sous les traits de l'Européen, couler le sang de l'homme d'Afrique.

Même par rapport au style, qui tient aussi intimement au sujet que l'écorce au tronc de l'arbre, cet évènement historique se prêtait à merveille à une composition de ce genre. On pouvait donner au tableau un coloris bien plus saillant que n'en peuvent supporter d'autres; ce qui, loin de nuire à la vraisemblance, était au contraire un nouveau moyen de l'accroître. Les peuples du midi, même dans des situations ordinaires, empruntent souvent leur langage à l'imagination; et s'ils sont agités par des passions violentes, rendues plus impétueuses encore par une longue contrainte; si on les suppose entraînés par des sentiments aussi vifs, aussi profonds, que l'ardeur de la vengeance, l'amour de la patrie, le zèle religieux, on peut bien risquer, en les faisant parler, des expressions poétiques, des images hardies; on restera presque toujours au-dessous de la réalité.

Tout me souriait donc dans mon projet, avant d'avoir touché les difficultés que devait présenter en foule l'exécution d'un pareil ouvrage; mais je ne l'ai jamais abordé sans crainte, en songeant surtout à l'instrument indocile dont je devais me servir. Je me suis vu forcé (comme les Maures que j'ai dépeints l'étaient avant leur révolte) de parler une langue étrangère: et sous un tel joug, il est presque impossible que l'ouvrage ne se ressente souvent de la gêne qu'a éprouvée l'auteur. Pour suivre le cours d'une action dramatique, le mouvement du dialogue, la rapidité du langage, l'esprit le plus délié aurait besoin de se servir d'ailes; et moi, j'ai été obligé de marcher avec des entraves!

Cet immense désavantage m'aurait arrêté tout à fait, dès les premiers pas, si je n'avais beaucoup compté sur l'indulgence du public.... Mon espoir n'a point été trompé. Le succès que cet ouvrage vient d'obtenir sur la scène n'a été dû, pour la plus grande partie (je me plais à le reconnaître), qu'à ma qualité d'étranger; chez un peuple si poli, la justice même aurait paru déplacée, dans une circonstance pareille; l'hospitalité est toujours bienveillante.

Je ne pourrais non plus, sans m'exposer à être accusé d'ingratitude et de présomption, passer sous silence les divers éléments qui ont concouru à la réussite de mon ouvrage: la richesse des décors et des costumes, la vérité de la mise en scène, le zèle des acteurs, le charme de la musique, y ont beaucoup contribué; les chœurs, composés par mon compatriote, M. Gomis, qui vient de donner une si grande preuve de son talent, suffiraient à eux seuls pour exciter la curiosité du public.... En rendant à chacun sa part dans le succès, je ne fais que m'acquitter d'une dette.

[1] Guerra de Granada, que hizo el rey don Felipe II contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes.
[2] Historia de la rebelion y castigo de los Moriscos del reino de Granada.

PERSONAS.

ABEN HUMEYA (don Fernando de Válor.)
ZULEMA (doña Leonor), su mujer.
FATIMA (Elvira), su hija.
MULEY CARIME (Miguel de Rojas), padre de Zulema.
ABEN JUHAR, tio de Aben Humeya.
ABEN ABO, ABEN FARAX, promotores de la rebelion.
EL ALFAQUI, ó Sacerdote de los Moros.
LARA, enviado por el capitan general de Granada.
EL PARTAL, EL DALAY, EL XENIZ, caudillos de los sublevados.
ALIATAR, esclavo negro.
Una esclava vieja.
Un pastorcillo.
La viuda de un castellano.
Moriscos sublevados, soldados castellanos, gente del pueblo, pastores y zagalas, esclavos negros, mujeres y esclavas al servicio de Zulema y de Fátima.

La escena en Cádiar, en las sierras de la Alpujarra.

PERSONNAGES.

ABEN HUMEYA (don Ferdinand de Valor).
ZULÉMA (doña Léonor), sa femme.
FATIME (Elvira), leur fille.
MULEY CARIME (Michel de Rojas), père de Zuléma.
ABEN JOUHAR, oncle d'Aben Humeya.
ABEN ABO, ABEN FARAX, Promoteurs de l'insurrection.
L'ALFAQUI, ou le Grand-Prêtre.
LARA, envoyé du capitaine-général de Grenade.
LE PARTAL, LE DALAY, LE XENIS, chefs des révoltés.
ALIATAR, esclave nègre.
Une vieille esclave.
Un jeune pâtre.
Une femme castillane.
Maures révoltés, soldats castillans, hommes et femmes du peuple, pâtres et bergères, esclaves nègres, femmes et esclaves de la suite de Zuléma et de Fatime.

La scène est à Cadiar, dans les montagnes des Alpujarras.

ABEN HUMEYA.

DRAMA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de arquitectura arábiga de la casa de campo de Aben Humeya, en las cercanías de Cádiar : está adornada decentemente, pero con mucha sencillez; y vense en las paredes aprestos y despojos de montería. A mano derecha de los espectadores habrá una ventana, y en frente de ella una puerta : tambien habrá otra en el foro, por la que se sale á una especie de azotea con vistas al campo. Hasta la escena séptima, todos los actores se presentan vestidos á la española, excepto las mujeres, que tendrán un traje bastante parecido al de las Moras, con un gran velo blanco.

ESCENA I.

ABEN HUMEYA, ZULEMA.

(*Aben Humeya estará sentado, componiendo una ballesta. Zulema se levanta, deja en su silla unos bordados que tenia entre manos, y se acerca á él.*)

ZULEMA.

No, querido Fernando, el corazon de una esposa no se engaña nunca!..... De algun tiempo á esta parte, noto que estás inquieto, caviloso, acosado de tristes pensamientos... Sin duda guardas en tu pecho algun secreto grave; y lo que mas temes, al parecer, es que tu Leonor llegue á descubrirlo.

ACTE PREMIER.

Le théâtre représente une salle, d'architecture moresque, de la maison de campagne d'Aben Humeya, dans les environs de Cadiar : l'ornement en doit être noble, mais fort simple; on voit sur les murs des instruments et des dépouilles de la chasse des montagnes. A la droite du spectateur une croisée, de l'autre côté une porte, au fond une autre porte donnant sur une terrasse qui domine la campagne. Jusqu'à la scène septième tous les acteurs paraissent habillés à la manière castillane : les femmes seules ont un costume dans le genre moresque, avec de longs voiles.

SCÈNE I.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA.

(*Aben Humeya est assis, arrangeant une arbalète. Zuléma se lève, laisse sur son siége quelques broderies qu'elle tenait à la main, et s'approche de lui.*)

ZULÉMA.

Non, mon cher Ferdinand, le cœur d'une femme ne se trompe jamais!.... Depuis quelque temps je te vois inquiet, rêveur, poursuivi par de sombres pensées.... Il y a dans le fond de ton âme un secret important, et tu crains surtout que la triste Léonor ne parvienne à le pénétrer.

ABEN HUMEYA.

¿Y qué secreto pudiera yo ocultarte?....

ZULEMA.

No lo sé; y cabalmente esa misma duda es la que aumenta mi desasosiego!... Te veo en un estado muy parecido al que me causó tantos dias de pesar, cuando acabábamos de unirnos en Granada; pero entonces yo misma me anticipaba á disculparte: te hallabas en la flor de la mocedad; veias oprimida á nuestra raza; y la sangre real de los Aben Humeyas hervia en tus venas con solo ver al vencedor..... Ese fué, y no otro, el motivo que me estimuló á salir cuanto antes de aquella ciudad cautiva, llena de memorias amargas, que mantenian tu ánimo en un estado de tristeza y de irritacion, que me puso en mucho cuidado... Despues llegué á lisonjearme, te lo confieso con franqueza, de haber logrado mi objeto, desde que fijamos nuestra morada en estas sierras... Al ver que ibas recobrando la paz del alma, me sentia envanecida con mi triunfo; y si tenia que compartirlo, solo era con mi hija!... Me parecia que su presencia serenaba tu corazon; y los delirios de la ambicion no perturbaban ya tu sueño... pero, te lo repito, de algun tiempo á esta parte....

ABEN HUMEYA.

¿Qué has notado?... Dílo.

ZULEMA.

¿Qué he notado?... Todo cuanto puede afligirme!.... Evitas con el mayor cuidado desahogar tu corazon conmigo; y hasta parece que temes que se encuentren nuestras miradas... Cuando mi padre, participando tambien de mis recelos, ha procurado tantear la herida de tu alma, para procurarle algun alivio, has escuchado sus consejos con tibieza y desvío; al paso que te veo rodeado de los mas díscolos de nuestras tribus, refugiados en las Alpujarras; de cuantos

ABEN HUMEYA.

Mais quel pourrait être ce secret?...

ZULÉMA.

Je l'ignore; et c'est ce doute même qui cause mon tourment!.... Je te vois dans un état semblable à celui qui me rendit si malheureuse, quand le lien le plus doux nous unit à Grenade; mais alors, moi-même je me plaisais à t'excuser: tu étais dans la fougue de la jeunesse; tu voyais notre race opprimée, et le sang royal des Aben Humeya bouillonnait dans tes veines à la seule vue du vainqueur! C'est pour cela que je mis tant d'empressement à quitter cette ville captive, où de si cruels souvenirs entretenaient dans ton âme cette mélancolie profonde, qui me fit craindre pour tes jours.... Je me flattais, je te l'avoue, d'avoir atteint mon but, depuis que nous avons fixé notre séjour dans ces montagnes.... tu étais devenu peu-à-peu moins agité, plus calme; mon cœur était fier de son triomphe, il ne le partageait qu'avec ma fille!... Je voyais, à son seul aspect, ton cœur s'épanouir, et les rêves de l'ambition ne troublaient plus ton sommeil.... Mais, hélas! depuis quelque temps....

ABEN HUMEYA.

Qu'as-tu remarqué?.... parle.

ZULÉMA.

Ce que j'ai remarqué?.... tout ce qui peut me rendre malheureuse!.... Tu retiens devant moi les épanchements de ton cœur; tu crains même de rencontrer mes regards.... Mon père, partageant aussi mon inquiétude, a fait de vains efforts pour sonder la plaie de ton âme, et pour y apporter quelque soulagement: tu écoutes ses conseils avec froideur, tandis que je te vois entouré des mécontents les plus fougueux de nos tribus, réfugiés dans les Alpujarras, de

sufren con mayor impaciencia el yugo del cruel Felipe... Guárdate, Fernando mio, guárdate de dar oidos á sus imprudentes consejos; escucha mas bien la voz de tu esposa, que te pide por su amor, por nuestra hija, que no expongas una vida de que pende la suya!

ABEN HUMEYA.

Tus temores no tienen ni el menor fundamento; y tu mismo cariño te hace ver mil riesgos, que no existen sino en tu fantasía. Estoy triste, no lo niego; mi corazon está lleno de amargura...... ¿Tengo acaso motivos para estar alegre?... Tú misma me despreciarias, si me vieras contento.

ZULEMA.

No, Fernando; yo no me alucino respecto de nuestra situacion: sé bien los nobles sentimientos que te animan; y yo propia, así cual me ves, no he nacido tampoco para ser esclava!... Pero ¿qué podemos nosotros, débiles y miserables, contra los decretos del destino?... Si hubiéramos nacido algunos años antes; si me hubiera visto siendo tu esposa cuando el trono de Boabdil aun se mantenia en pié contra todas las fuerzas de Castilla; ¿crees por ventura que hubiera yo entibiado tu aliento, detenido tu brazo?.... Pero cuando la ruina de nuestra patria se ve ya consumada; cuando no queda arbitrio, recurso ni esperanza...

ABEN HUMEYA.

Debo yo estar alegre!

ZULEMA (*despues de una breve pausa*).

¿Y de qué sirve atormentarte con ese torcedor?... Aun en medio de tantas desdichas, no te faltan motivos de consuelo: ves correr tus dias en el seno de tu familia; vives en la tierra de tu predileccion; esperas mezclar tus cenizas con las cenizas de tus padres... A veces suelo, cuando me hallo mas decaida de ánimo, trepar hasta la cumbre de estas sierras, y

tous ceux qui souffrent avec plus d'impatience le joug du cruel Philippe.... Mon Ferdinand! ne prête pas l'oreille à leurs conseils dangereux; écoute plutôt la voix de ton épouse, qui te demande, au nom de son amour, au nom de notre fille, de ne pas exposer une vie qui leur est si chère!

ABEN HUMEYA

Tu t'inquiètes à tort; et ta tendresse te fait voir des dangers qui n'existent que dans ton imagination.... Je suis triste, il est vrai; mon cœur est plein d'amertume.... Dois-je être heureux, Léonor?.... Tu me mépriserais, si je pouvais l'être.

ZULÉMA.

Non, Ferdinand: je ne m'abuse pas sur notre situation; je ne connais que trop les nobles sentiments qui t'animent; et moi-même, je ne suis pas née pour l'esclavage!.... Mais que pouvons-nous, faibles que nous sommes, contre les arrêts du destin?.... Si le sort nous eût fait naître quelques années plus tôt; si j'eusse été ton épouse quand le trône de Boabdil tenait encore contre la puissance de Castille, crois-tu que j'aurais refroidi ton ardeur guerrière, que j'aurais retenu ton bras?.... Mais quand la ruine de notre patrie est consommée, quand il ne reste plus de ressource, plus d'espérance....

ABEN HUMEYA.

Je dois être content!

ZULÉMA (*après une courte suspension*).

A quoi bon te tourmenter d'un regret inutile?.... au milieu de tant de malheurs, tu peux trouver encore quelques motifs de consolation: tu vois couler tes jours au sein de ta famille; tu habites cette terre chérie; tu mêleras tes cendres aux cendres de tes pères.... Quand je me sens accablée de tristesse, il m'arrive parfois de gravir jusqu'au

desde allí me parece que diviso á lo lejos las costas de Africa... ¿Creerás lo que me sucede?... como que siento entonces aliviarse el peso que oprimia mi corazon, y me vuelvo mas tranquila, comparando nuestra suerte con la de tantos infelices, arrojados de su patria, y sin esperanza de volverla á ver en la vida..... Esos sí que son dignos de lástima!

ABEN HUMEYA (*levantándose de pronto*).

No son tan afortunados como nosotros.

ZULEMA.

Pero ¿de dónde proviene esa agitacion que intentas en vano ocultarme?...

ABEN HUMEYA.

¡Yo!.... Estoy tranquilo... ¿No lo ves?...

ZULEMA.

¡Ah! esa misma tranquilidad es la que me hace estremecer.

ABEN HUMEYA.

Sí, estoy tranquilo; y sin embargo veo el trono de mis mayores hollado por el insolente Español, nuestras mezquitas convertidas en polvo, nuestras familias esclavas ó proscriptas.... ¿Qué mas quieren de mí?... Yo propio, indigno de mi estirpe, blanco de la ira del cielo y del menosprecio de los hombres... ¿Qué digo?..... ni aun puedo volver los ojos sobre mí sin sentirme cubierto de vergüenza!

ZULEMA.

Sosiégate, Fernando...

ABEN HUMEYA.

Muy desgraciados son, haces bien en compadecerlos, muy desgraciados son los que pueden todavía, á gritos y á la faz del cielo, aclamar el nombre de su patria y maldecir á sus verdugos; los que adoran al Dios de sus padres; los que conservan sus leyes, sus usos, sus costumbres... ¡Cuánto no deben envidiar nuestra dicha!.... Nosotros vivimos con sosiego bajo el látigo de nuestros amos;

sommet de ces montagnes, d'où il me semble apercevoir, dans le lointain, les côtes de l'Afrique.... Le croiras-tu?.... je sens diminuer par degrés le poids qui serrait mon cœur, et je reviens plus tranquille, en songeant à ces malheureux qui ont quitté leur patrie pour ne la revoir jamais!.... Qu'ils sont à plaindre, mon cher Ferdinand!....

ABEN HUMEYA (*se levant brusquement*).

Ils ne sont pas aussi heureux que nous.

ZULÉMA.

Mais d'où vient ce trouble que tu caches en vain?

ABEN HUMEYA.

Je suis tranquille, Léonor... regarde.

ZULÉMA.

Ah! c'est cette même tranquillité qui me fait frémir.

ABEN HUMEYA.

Oui, je suis tranquille; et je vois pourtant le trône de mes ancêtres souillé par l'odieux Espagnol, nos mosquées réduites en cendres, nos familles dans la servitude ou dans l'exil.... Que veut-on davantage?.... Moi-même, indigne de mon sang, objet de haine au ciel et de mépris aux hommes.... Que dis-je? je ne puis rentrer en moi sans me sentir accablé de honte!

ZULÉMA.

Calme-toi, mon cher Ferdinand....

ABEN HUMEYA.

Ils sont malheureux, tu les plains, ceux qui peuvent saluer encore, à la face du ciel, le nom de leur patrie, et maudire à haute voix ses bourreaux; ceux qui adorent le Dieu de leurs pères; ceux qui conservent leurs lois, leurs mœurs, leurs usages.... Qu'ils doivent envier notre sort!.... Nous vivons tranquilles sous la main qui nous frappe; nous adorons le Dieu de nos tyrans,

adoramos su Dios; llevamos su librea; hablamos su lengua; enseñamos á nuestros hijos á maldecir la raza de sus padres!... pero ¿porqué te has inmutado?

ZULEMA.

¡Si te oyese alguien!...

ABEN HUMEYA.

Tienes razon; se me habia olvidado: los viernes no nos permiten nuestros amos ni aun cerrar nuestras puertas.... Quieren acechar hasta los votos que dirigimos al cielo en este dia, consagrado por nuestros padres... han menester, para saciar su rabia, escuchar los ayes de las víctimas!

ZULEMA.

Por Dios, Fernando, aguarda un instante; al punto vuelvo....

(*Va á cerrar la puerta, á tiempo que entra Fátima, turbada y sin aliento, y se arroja en los brazos de su madre: trae un velo en la mano.*)

ESCENA II.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA.

FATIMA.

¡Madre mia!....

ZULEMA.

¿Qué es eso?

ABEN HUMEYA.

¡Elvira!

ZULEMA.

Habla, hija, explícate... ¿Porqué vienes tan azorada?....

FATIMA.

Ya nada temo.... me hallo en vuestros brazos.

ZULEMA.

Pero ¿qué te ha sucedido? ¿No ibas con tus esclavas?

FATIMA.

Sí, madre mia: con ellas salí esta

nous portons leur livrée, nous parlons leur langue, nous apprenons à nos fils à maudire la race de leurs pères!.... Mais tu pâlis, Léonor!

ZULÉMA.

Si quelqu'un venait à t'entendre!....

ABEN HUMEYA.

Tu as raison; je l'avais oublié: le vendredi, nos maîtres ne nous permettent pas de fermer nos portes.... Ils veulent épier jusqu'aux vœux que nous adressons au ciel, dans ce jour consacré par nos pères!.... il leur faut, pour assouvir leur rage, écouter jusqu'aux cris des victimes!

ZULÉMA.

Un seul instant, de grâce, je reviens...

(*Elle se dirige vers la porte. Dans ce moment, Fatime entre tout éperdue, hors d'haleine, et se jette dans les bras de sa mère. Elle a son voile à la main.*)

SCÈNE II.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME.

FATIME.

Ma mère!....

ZULÉMA.

Qu'as-tu, ma fille!....

ABEN HUMEYA.

Elvira!

ZULÉMA.

Parle, mon amour.... qu'as-tu?.... D'où vient ce tremblement affreux?

FATIME.

Je ne crains plus; je suis dans vos bras.

ZULÉMA.

Mais quel accident t'est-il arrivé? N'étais-tu pas accompagnée de tes esclaves?....

FATIME.

Oui, ma mère; je suis allée, au milieu

tarde para ir á ver la fiesta de Cádiar.... mi querida Isabel venia tambien conmigo, y su hermana nos seguia de cerca.... íbamos tan contentas, tan alegres!.... Casi estábamos ya á las puertas del pueblo cuando me dió un vuelco el corazon al divisar soldados castellanos....

ABEN HUMEYA.

¡Siempre, siempre Castellanos!

FATIMA.

Ibamos á pasar junto á ellos, con los ojos clavados en el suelo, y ya nos estrechábamos las tres, para salvar al mismo tiempo las puertas, cuando oimos de pronto un grito, y vimos á los soldados abalanzarse, y arrancarnos los velos que nos cubrian el rostro.....

ABEN HUMEYA.

¡Eso han hecho, hija mia!

ZULEMA.

Escucha, Fernando, siquiera....

FATIMA.

Yo desprendí al punto mi velo viéndoles desgarrar el de Isabel, que cayó medio muerta del susto....

ZULEMA.

¿Y qué ha sido de ella?.... ¿Cómo te salvaste tú sola?....

FATIMA.

Ni aun yo misma lo sé.... estaba tan turbada!.... por fortuna vi venir á mi abuelo que acudió á nuestro socorro.... Le he dejado en medio de los soldados; acababan de pregonar un nuevo bando; no se oian mas que ayes y murmullo.... Ni aun la cara me atreví á volver, creyendo ver á los soldados seguirme y alcanzarme.... Nunca mas en mi vida me volveré á apartar de mi madre!

ZULEMA.

Sí, prenda de mi alma.... pero vé y da un beso á tu padre.... No estaré con sosiego hasta que te vea en sus brazos!

d'elles, voir cette après-midi la fête de Cadiar; ma chère Isabelle venait aussi, et sa sœur nous suivait de près.... Nous étions si contentes, si joyeuses!... Nous touchions déjà aux portes de la ville, et ce fut alors que je sentis dans mon cœur un pressentiment cruel en voyant des soldats castillans....

ABEN HUMEYA.

Toujours des Castillans!....

FATIME.

Nous allions passer auprès d'eux, les yeux fixés à terre, et nous nous pressions toutes les trois, pour franchir en même temps les portes, quand nous entendîmes pousser un cri affreux.... nous vîmes des soldats armés courir sur nous, arracher les voiles qui couvraient nos visages....

ABEN HUMEYA.

Ils ont arraché ton voile, ma fille!...

ZULÉMA.

Écoute, Ferdinand, écoute....

FATIME.

Je l'ai ôté bien vite en les voyant déchirer celui d'Isabelle, qui est tombée évanouie à leurs pieds....

ZULÉMA.

Qu'est-elle devenue? Comment t'es-tu sauvée sans tes compagnes?

FATIME.

Je ne saurais vous le dire; j'étais si troublée!.... heureusement que j'ai aperçu mon grand-père, qui accourait à notre secours... Je l'ai laissé au milieu des soldats; on proclamait de nouveaux ordres; j'entendais partout des gémissements et des murmures.... je n'ai pas même osé tourner la tête, croyant toujours voir des soldats me poursuivre, m'atteindre.... Jamais de ma vie je ne m'éloignerai plus de ma mère!....

ZULÉMA.

Oui, mon cœur, oui.... Mais embrasse ton père.... Je ne serai tranquille que quand je te verrai dans ses bras.

FATIMA (*al dar un beso á Aben Humeya*).

¡Estais tambien temblando!

ABEN HUMEYA.

No, hija, no.... los hombres no tiemblan jamás!

ZULEMA.

¡Así callas, Fernando, y recibes con tanta tibieza las caricias de tu Elvira!

ABEN HUMEYA (*besándola en la frente*).

Al contrario.... mira como la beso.

FATIMA.

Ya todo se me pasó : no hay para qué afligiros.... estoy viendo que se os saltan las lágrimas!....

ZULEMA.

¡Llora!.... perdidos somos.

ESCENA III.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

Hijos mios, llegó el dia de prueba; y es necesario desbaratar, á fuerza de prudencia, las tramas de nuestros enemigos.

ZULEMA.

¿Qué nueva calamidad nos amenaza?

MULEY CARIME.

Ya sabréis lo que ha pasado con nuestra Elvira.... El cielo mismo me condujo á Cádiar cuando acababan de publicar un nuevo edicto contra nuestra nacion. Quieren borrar con el hierro hasta el rastro de nuestro orígen; nos prohiben el uso de nuestra habla materna, los cantares de nuestra niñez, hasta los velos que cubren el pudor de nuestras esposas é hijas.... No queda ni asomo de duda : su intencion es apurar nuestra paciencia para tener ocasion de

(*Fatime embrasse Aben Humeya.*)

FATIME.

Vous tremblez, mon père!

ABEN HUMEYA

Non, ma fille, non.... les hommes ne tremblent jamais.

ZULÉMA.

Mon cher Ferdinand, tu gardes le silence, et tu reçois avec froideur les caresses de ton enfant!

ABEN HUMEYA.

(*Embrassant sa fille sur le front.*)

Au contraire.... tu vois, je l'embrasse.

FATIME.

J'ai déjà tout oublié; ne vous affligez pas, mon père.... Vous avez les larmes aux yeux.

ZULÉMA.

Il pleure!.... nous sommes perdus.

SCÈNE III.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

Ma Léonor, mes enfants, le jour d'épreuve est arrivé : il faut déjouer, à force de prudence, les perfides projets de nos oppresseurs.

ZULÉMA.

Quel nouveau malheur nous menace?

MULEY CARIME.

Vous savez, sans doute, ce qui est arrivé à notre Elvira.... Le ciel même me conduisit à Cadiar lorsqu'on y publiait le nouveau décret contre notre nation. On veut effacer avec le fer jusqu'aux traces de notre origine; on nous défend l'usage de notre langue maternelle, les chants de notre enfance, les voiles mêmes qui couvrent la pudeur de nos épouses et de nos filles.... Plus de doute, mes enfants; ils veulent pousser à bout notre patience pour avoir un

agravar mas su yugo.... ¡El cielo nos libre de caer en semejante lazo!

ZULEMA.

¡Dios de clemencia, escucha la voz de mi padre!

MULEY CARIME.

Mi presencia en aquel punto, me atrevo á decirlo, no ha dejado de ser de provecho.... Advertí que se reunian grupos de gente en los contornos de la plaza.... reinaba en ella un profundo silencio.... todos se apartaban, con ceño airado, al acercarse los Castellanos.... ni una sola ventana estaba abierta. Temí entonces que algun grito imprudente, alguna muestra de descontento y odio provocase el furor de la soldadesca, y atrajese al pueblo mil desastres.... Al punto me aboqué con nuestros amigos; les pedí por cuanto aman en el mundo que se volviesen á sus casas, y que sobrellevasen con resignacion las nuevas plagas con que Dios nos anuncia su ira!...

ZULEMA (*á Aben Humeya*).

Ni siquiera dices una palabra....

ABEN HUMEYA (*está sentado como pensativo y caviloso, y contesta con frialdad*).

Estoy escuchando.

MULEY CARIME.

¡Cuánto me alegré de que no te hallases en medio del bullicio!... A cada instante temia encontrarte en aquel tropel, y sobre todo lo temí al ver á nuestra Elvira, que iba huyendo con otras muchachas de la tropelía de los soldados....

FATIMA (*á Muley Carime*).

¡Qué gesto tan terrible tenian!....

MULEY CARIME.

Yo me puse de por medio para atajar sus pasos.... « No iréis mas allá sin barrer antes el suelo con mis honradas canas.... » Les dije estas palabras

motif d'appesantir leur joug.... que le ciel nous préserve de tomber dans leur piége!

ZULÉMA.

Dieu de clémence, écoute la voix de mon père!

MULEY CARIME.

Ma présence, j'ose m'en flatter, n'a pas été tout à fait inutile.... J'ai aperçu des groupes se former, aux extrémités de la place... on gardait un morne silence; on s'écartait, d'un air sombre, à l'approche des Castillans; toutes les fenêtres étaient fermées..... Mais je craignais que des cris imprudents, quelque signe de mécontentement et de haine, ne vinssent provoquer l'audace des soldats, et n'attirassent sur la ville les plus grands désastres.... J'ai couru tout de suite auprès de nos amis; je les ai conjurés, par ce qu'ils ont de plus cher au monde, de rentrer dans leurs foyers, d'endurer avec constance les nouveaux châtiments que Dieu nous envoie dans sa colère....

ZULÉMA.

Mais tu ne dis rien, mon Ferdinand?...

ABEN HUMEYA. (*Il est assis, d'un air rêveur, et répond froidement.*)

J'écoute.

MULEY CARIME.

Que je me suis félicité de ne pas t'avoir aperçu dans cette foule inquiète! Je craignais à tout moment de t'y reconnaître; je l'ai craint surtout quand j'ai vu notre Elvira au milieu de ces filles timides qui fuyaient devant les soldats....

FATIME (*à Muley Carime*).

Qu'ils avaient l'air farouche, mon père!....

MULEY CARIME.

Je me suis jeté devant eux : « Vous ne passerez pas sans traîner mes cheveux blancs dans la poussière.... » Je leur ai dit ces mots d'un ton si assuré,

con acento tan firme, tan resuelto, que al punto se pararon.... No se atrevieron á hollar á un anciano que acudia al socorro de unas inocentes!

si ferme, qu'ils se sont arrêtés tout à coup. Ils n'ont pas osé fouler aux pieds un vieillard qui protégeait de faibles enfants!

ESCENA IV.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME, ABEN FARAX.

ABEN FARAX.

¿Lo estais viendo?.... Nuestros recelos no llegaban ni con mucho á la realidad. Aun no conocíamos á fondo á nuestros tiranos: con nuestra baja sumision hemos acrecentado su avilantez; y en el desvanecimiento de su triunfo, hasta privarnos quieren del aire mismo que respiramos!

ZULEMA.

Por compasion siquiera.... mira que tiene mujer, que tiene hijos!....

ABEN FARAX.

Tambien tengo yo mujer, tambien tengo hijos; pero, antes que deshonrados, prefiero verlos muertos.—Aun no era bastante tolerar tanto vilipendio y ultraje, ver nuestras personas y bienes pendientes de su antojo; se atreven á mirar con ojos licenciosos á nuestras esposas é hijas.... ¡Hay algo en el mundo que respeten ellos!

MULEY CARIME.

¿Y crees que el mejor medio de evitar tantos males es soltar la rienda á la ira?.... Eso es lo que desean nuestros enemigos.

ABEN FARAX.

Nos han hecho ya tan felices, que nada tenemos que temer.

MULEY CARIME.

Ayer.... ¿qué digo?.... hoy mismo creiamos que nuestras desgracias habian llegado á su colmo.... Buen cuidado han tenido ellos de desengañarnos.

SCÈNE IV.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME, MULEY CARIME, ABEN FARAX.

ABEN FARAX.

Vous le voyez; nos craintes mêmes ont été surpassées!.... Nous ne connaissions pas encore nos tyrans; nous les avons rendus plus fiers, plus impérieux, par notre soumission infâme; et, dans l'ivresse de leur triomphe, ils veulent nous interdire jusqu'à l'air que nous respirons!

ZULÉMA.

Par pitié, mon ami, par pitié.... Il a une femme, il a des enfants....

ABEN FARAX.

Et moi aussi, j'ai une femme, j'ai des enfants; mais les voir déshonorés!.... Je les verrai plutôt périr.—Ce n'était pas assez d'endurer tant d'humiliations, tant d'outrages; de voir nos biens et nos personnes livrés à leur merci; ils osent porter leurs regards hardis sur nos femmes et sur nos filles.... Rien n'est sacré pour eux!

MULEY CARIME.

Et tu crois éviter tant de malheurs par des emportements inutiles!.... Nos ennemis n'en demandent pas davantage.

ABEN FARAX.

Ils nous ont rendus assez malheureux pour que nous n'ayons rien à craindre.

MULEY CARIME.

Hier encore, aujourd'hui même, nous croyions aussi être arrivés au dernier terme de l'infortune.... Ils ont pris bien à cœur de nous détromper.

ABEN FARAX.

¿Y qué les queda ya por hacer?.... Acaban de agotar hasta los recursos de su odio. Prepáranse á penetrar en nuestras casas; van á contar, en el seno mismo de nuestras esposas, el número de nuestros hijos, ó, por mejor decir, de sus esclavos; aun corren voces de que intentan arrebatárnoslos, y llevarlos al corazon de Castilla.

FATIMA (*cogiendo la mano de su padre*).

Eso no!.... ¿Quién en el mundo podrá arrancarme de vuestros brazos?....

ESCENA V.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME, ABEN FARAX, ABEN ABO, EL PARTAL Y OTROS CAUDILLOS.

ABEN ABO (*al entrar*).

Hijo de Aben Humeya, ¿sabes ya tu afrenta?

ABEN HUMEYA.

Acabo de saberla.

ABEN ABO.

¿Y todavía estás indeciso?

ABEN HUMEYA.

Aun no es tarde....

ABEN ABO.

¡Aun no es tarde!.... Si hubiéramos levantado el brazo de venganza antes de recibir las postreras injurias; si no hubiésemos contenido, por una culpable flaqueza, el alzamiento de cien tribus, prontas á sacudir el yugo de nuestros tiranos, ¿hubieran estos llevado á tal extremo su opresion y sus demasías?.... No por cierto: antes bien hubieran disfrazado su miedo con capa de benignidad; no habrian sacrificado tantas víctimas, ni osado sepultar en un calabozo al descendiente de nuestros reyes!

ABEN HUMEYA.

¿Qué dices?

ABEN FARAX.

Et que leur reste-t-il à faire?.... Leur rage même vient d'être épuisée.— Ils se préparent à pénétrer dans nos demeures; ils vont compter sur le sein même de nos épouses le nombre de nos enfants, de leurs esclaves; on dit encore qu'ils vont nous les ravir pour les transporter au fond de la Castille!....

FATIME (*pressant la main de son père*).

Jamais, mon père, jamais!.... Qui pourra m'arracher de vos bras?....

SCÈNE V.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME, MULEY CARIME, ABEN FARAX, ABEN ABO, LE PARTAL ET QUELQUES AUTRES CHEFS.

ABEN ABO (*en entrant*).

Fils d'Aben Humeya, sais-tu ton affront?....

ABEN HUMEYA.

Je viens de l'apprendre.

ABEN ABO.

Et tu hésites encore!

ABEN HUMEYA.

Est-il trop tard?....

ABEN ABO.

Trop tard!.... Si nous avions levé le bras de la vengeance avant d'avoir reçu ces dernières injures; si nous n'avions pas retenu, par une faiblesse criminelle, l'élan de cent tribus, prêtes à secouer le joug de nos tyrans, auraient-ils poussé si loin leur oppression et leurs insultes?.... Non, non; ils auraient caché leur crainte sous les dehors de la clémence; ils auraient épargné leurs victimes; ils n'auraient pas osé traîner dans un cachot le descendant de nos rois!....

ABEN HUMEYA.

Que dis-tu?

ABEN ABO.

¿Pues ignoras la desgracia de tu padre?

ABEN HUMEYA.

¡De mi padre!

ABEN ABO.

Sí, Aben Humeya, sí: ya está cargado de cadenas, y no aguarda sino la muerte.

ABEN HUMEYA (*en un arranque de cólera*).

Se acabó: ¡sangre, amigos, sangre!... Estoy de ella sediento.

ZULEMA.

Esposo mio!

MULEY CARIME.

Fernando!....

ABEN HUMEYA.

Dejadme.... dejadme todos....

ZULEMA.

Mira á tu hija, como se echa á los piés de su padre....

ABEN HUMEYA.

¡De su padre!.... Tambien tengo yo el mio.... tambien le tengo; y voy á vengarle.

MULEY CARIME.

Pero deja que á lo menos sepamos de cierto....

ABEN ABO.

¡Ah! demasiado cierto que es.... El valiente Alí Gomel acaba de llegar de Granada, de donde destierran del modo mas cruel un gran número de nuestras familias; las arrojan, so pena de muerte, de sus pobres hogares; las entregan á la miseria, las impelen á la desesperacion y á los delitos, para tener pretextos de castigarlas.... Tres dias ha que ha salido de la ciudad el marqués de Mondejar al frente de sus tropas; y va á penetrar en estas sierras para asegurar el cumplimiento de esos decretos bárbaros.... Le prescriben esta sola respuesta: « los Moriscos están á nuestros piés.... ó ya no existen! »

ABEN ABO.

Ignores-tu donc le sort de ton père?

ABEN HUMEYA.

De mon père!

ABEN ABO.

Oui, Aben Humeya: il est dans les fers, et n'attend que la mort.

ABEN HUMEYA (*dans une explosion de fureur*).

C'en est fait; du sang, mes amis, du sang!.... j'en suis altéré.

ZULÉMA.

Ferdinand!....

MULEY CARIME.

Mon fils!....

ABEN HUMEYA.

Laissez-moi... laissez-moi....

ZULÉMA.

Regarde ta fille, qui se jette aux pieds de son père....

ABEN HUMEYA.

De son père!.... Moi aussi j'en ai un, Léonor, j'en ai un... et je vais le venger.

MULEY CARIME.

Mais il faut, au moins, que nous ayons acquis la triste certitude....

ABEN ABO.

Ah! ce n'est que trop vrai.... Le brave Ali Gomel vient de quitter Grenade, d'où l'on exile impitoyablement un grand nombre de nos familles: on les chasse, sous peine de mort, de leurs tristes asiles; on les livre à la misère, on les pousse vers le désespoir et vers le crime, pour se ménager un prétexte de les punir. Depuis trois jours, le marquis de Mondejar est parti de Grenade à la tête de ses soldats; et il va pénétrer dans nos montagnes, pour assurer l'exécution de ces décrets barbares.... On exige de lui cette seule réponse: « Les Maures sont sous nos pieds.... » ou « ils ne sont plus! »

ABEN FARAX.

¿Qué aguardamos, pues, qué aguardamos para dar á nuestros hermanos la señal que ha tantos años nos demandan?....

(*Clavando los ojos en Aben Humeya.*)

¿Habremos menester, para que nuestro valor se reanime, que la sangre de nuestros padres haya teñido ya el cadalso?

ABEN HUMEYA.

No, amigos, no: el dia de la venganza nos está ya alumbrando!

ZULEMA.

¡Desdichada Leonor, todo se acabó para tí!

MULEY CARIME.

Hija!....

ZULEMA.

Ven, Elvira, ven.... ya no le queda á tu madre mas consuelo que tú!

MULEY CARIME.

Apenas puedes mantenerte en pié.... tranquilízate, mi querida Leonor.... ¡El brazo de Dios nos servirá de escudo!

(*Zulema se encamina á su aposento, descaecida de ánimo y de fuerzas, sosteniéndola su padre y su hija.*)

ESCENA VI.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, EL PARTAL Y LOS OTROS CAUDILLOS.

(*Durante esta escena, el teatro se va oscureciendo insensiblemente.*)

ABEN HUMEYA.

Quédense los lloros para viejos y mujeres; las injurias que se hacen á hombres esforzados, no se lavan sino con sangre!

PARTAL.

Al oir esas palabras, ya te reconocemos, Aben Humeya....

ABEN FARAX.

Eh bien!.... qu'attendons-nous pour donner à nos frères le signal qu'ils demandent depuis tant d'années? (*Regardant fixement Aben Humeya.*) Faudra-t-il, pour exciter notre courage, que le sang de nos pères ait déjà rougi l'échafaud?....

ABEN HUMEYA.

Non, mes amis, non: le jour de la vengeance nous éclaire déjà!

ZULÉMA.

Malheureuse Léonor, c'en est fait de ta vie!

MULEY CARIME.

Ma fille!....

ZULÉMA.

Viens, mon Elvira, viens.... il ne reste, dans ce monde, d'autre consolation à ta mère!....

MULEY CARIME.

Mais tu peux à peine te soutenir.... Calme-toi, ma chère Léonor..... le bras du Dieu de miséricorde s'étendra sur nous!

(*Zuléma se retire, dans le plus grand abattement, au milieu de son père et de sa fille.*)

SCÈNE VI.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, LE PARTAL, LES AUTRES CHEFS.

(*Pendant cette scène, le théâtre s'obscurcit par degrés.*)

ABEN HUMEYA.

Laissons les pleurs à la faiblesse; les affronts des braves ne se lavent qu'avec du sang!

LE PARTAL.

Nous te reconnaissons à ces paroles, Aben Humeya.

LOS OTROS CAUDILLOS.

Ya te reconocemos.

ABEN HUMEYA.

Sí, amigos mios : no ha sido un vil temor el que me ha impedido por tan largo espacio desnudar el acero ; he sufrido en silencio tantos ultrajes, he ahogado en el pecho mis quejas, por no dar esa satisfaccion á nuestros tiranos ; pero entre tanto el odio se arraigaba mas y mas en mi alma ; y nunca ha llegado la noche sin que haya ido á jurar sobre las tumbas de mis padres vengarme hasta la muerte!.... Mas no bastaba saber que nuestros amigos y hermanos sufrian á duras penas el yugo, y ansiaban sacudirle; era mas acertado aguardar, que no arriesgar imprudentemente la suerte de esta comarca, la existencia de tantas familias, la última esperanza de la patria !.... Harto seguro estaba yo de que la opresion de nuestros tiranos agotaria nuestra paciencia; y les dejé á ellos mismos el dar la señal del levantamiento.... pues ya la han dado, de cierto será oida.

PARTAL Y LOS OTROS CAUDILLOS.

Sí, lo será.

(*Manifiestan temor de que los sorprendan; uno de los caudillos se asoma á la puerta; y prosiguen luego el diálogo con mas precaucion y recato.*)

ABEN ABO.

¿Y qué duda pudiera quedarnos en virtud de los avisos que acabamos de recibir?... Todos nuestros pueblos están prontos. Por toda la costa, en la serranía de Ronda, en la vega de Granada, hasta en el seno de la ciudad y en medio de nuestros enemigos, nuestros hermanos aprestan ya las armas y aguzan los puñales!

ABEN FARAX.

Creian nuestros opresores habérnoslos

LES AUTRES CHEFS.

Nous te reconnaissons!

ABEN HUMEYA.

Oui, mes amis; ce n'est point une crainte indigne qui a retenu, pendant si longtemps, mon fer dans le fourreau; j'ai dévoré mes outrages, j'ai étouffé mes plaintes, pour ne pas flatter nos tyrans; mais la haine germait au fond de mon âme; et jamais la nuit n'a paru sans que les tombeaux de mes pères aient reçu mes serments de me venger jusqu'à la mort!.... Il ne suffisait pas de savoir nos amis, nos frères, impatients de porter leurs chaînes, et prêts à les briser; il valait mieux attendre que de risquer imprudemment le sort de ces contrées, l'existence de tant de familles, le dernier espoir de la patrie!.... J'étais sûr, mes amis, que la fureur de nos tyrans passerait notre patience; et je leur ai laissé le soin de donner eux-mêmes le signal de l'insurrection.... Il est donné: il sera entendu.

LE PARTAL, ET LES AUTRES CHEFS.

Il le sera.

(*Ils craignent d'être surpris; un des chefs se dirige vers la porte; et ils continuent leur dialogue d'un air mystérieux.*)

ABEN ABO.

Les avis que nous avons reçus dernièrement ne laissent plus de doute; toutes nos populations sont prêtes.... Sur tout le rivage, dans les montagnes de Ronda, dans la plaine qui environne Grenade, au sein même de cette ville, au milieu de nos ennemis, nos frères préparent leurs armes, aiguisent déjà leurs poignards!

ABEN FARAX.

Ils croyaient, nos tyrans, les avoir

arrancado de la mano... los hallarán en su corazon!

ABEN HUMEYA.

Logre yo ver ese dia, y muero satisfecho!..... Pero no perdamos en vanas amenazas momentos tan preciosos. Corramos ahora mismo á congregar á nuestros parciales; confiémosles nuestro designio; reunámonos al punto para poner término á nuestra servidumbre..... Hasta el mismo cielo parece que nos brinda con la ocasion mas favorable: cabalmente esta noche celebran nuestros tiranos el nacimiento de su Dios; y mientras estén ellos arrodillados en sus templos, ó entregados á la embriaguez en licenciosos festines, evitaremos su vista á favor de la oscuridad; buscaremos un asilo en las concavidades de estos montes; y sacaremos del seno de la tierra las armas de nuestros padres, tantos años ha consagradas á la venganza!

ABEN FARAX.

Donde debiéramos reunirnos es en lo hondo del precipicio, en la cueva del Alfaquí...

EL PARTAL.

Vamos á la cueva del Alfaquí!

ABEN ABO.

Justo es que ese anciano venerable, pontífice de nuestra ley y predilecto del profeta, sea quien reciba nuestros juramentos... Solo él no ha doblado la rodilla ante nuestros tiranos; mas bien ha preferido renunciar á la luz del dia!

ABEN HUMEYA.

Vamos, pues, ya que la noche nos ampara, á reunirnos en esa cueva, donde nunca ha penetrado la vista de nuestros enemigos... ¿No vienen ellos á marcarnos con el hierro de esclavos? pues reconozcan en nosotros sus antiguos señores... Antes que el relámpago brille, los habrá herido el rayo.

arrachés de nos mains.... Ils les retrouveront dans leurs cœurs.

ABEN HUMEYA.

Que je voie luire ce jour, et je mourrai content! Mais ne perdons pas, en vaines menaces, des moments si précieux.... Courons, mes amis, rassemblons nos affidés les plus braves; réunissons-nous, à l'instant même, pour mettre un terme à notre oppression!.... Le ciel semble nous offrir l'occasion la plus favorable : c'est cette nuit que nos tyrans célèbrent la naissance de leur Dieu.... Tandis qu'ils seront prosternés dans leurs temples, ou livrés au désordre dans d'infâmes orgies, nous leur échapperons à la faveur des ténèbres; nous chercherons un asile dans les profondeurs de ces montagnes; et nous redemanderons à la terre les armes de nos pères, depuis si longtemps consacrées à la vengeance!

ABEN FARAX.

C'est au fond du grand précipice, dans la caverne de l'alfaqui, que nous devrions nous réunir tous.

LE PARTAL.

Allons à la caverne de l'alfaqui!

ABEN ABO.

Il est bien juste que ce vieillard vénérable, le pontife de notre loi et l'élu du prophète, reçoive aujourd'hui nos serments.... Lui seul, il n'a pas fléchi le genou devant nos oppresseurs; il a renoncé plutôt à la lumière du jour!

ABEN HUMEYA.

Eh bien! mes amis, puisque la nuit nous protége déjà, allons nous réunir dans cet antre profond, où l'œil de nos ennemis n'a jamais pénétré. Ils viennent pour imprimer sur nos fronts le fer des esclaves; qu'ils retrouvent en nous leurs anciens maîtres!.... Avant que l'éclair brille, la foudre les aura frappés.

(*Vanse todos por la puerta del foro. Aben Humeya se detiene un instante, volviendo la vista hácia el aposento de su mujer, y despues se va con los demás.*)

ESCENA VII.

EL ALFAQUI.

Se muda la decoracion. El teatro representa una vasta caverna, cuya bóveda está sostenida por informes peñascos, de los cuales penden grupos de estaláctitas. Todo el ámbito del teatro, casi hasta el proscenio, está lleno de rocas apiñadas. En el segundo término, á mano izquierda, se ve una concavidad en la roca, la cual sirve de aposento al Alfaquí. Una lámpara de hierro alumbra escasamente esa especie de gruta, mientras lo restante del teatro aparece sombrío. El Alfaquí está sentado, con un libro delante.

ALFAQUI.

« El poderío del infiel está cimentado en arena; y su dominacion pasará mas rápida que el torbellino en el desierto... Dia vendrá en que los hijos de la tribu escogida sentirán entibiarse su zelo, y la coyunda de la servidumbre pesará sobre su cerviz.... pero, al verse en tan amargo trance, volverán los ojos al Oriente, y el rocío de consolacion bajará del séptimo cielo!... »

(*Al cabo de unos instantes de meditacion sale fuera de la gruta.*)

Lo sé, gran Dios, lo sé: tus promesas no pueden fallar; tienen un apoyo mas firme que los cimientos de la tierra!.... Pero yo, pobre viejo, cuya vida va á apagarse al menor soplo, quizá antes que esa luz.... yo bajaré á la huesa sin haber presenciado tu triunfo!... Y sin embargo, esa era la única esperanza que me hacia sobrellevar la vida..... Ni un solo dia ha trascurrido, durante tantos años, sin que haya esperado ver el rescate de tu pueblo; y cada dia veo acrecentarse su envilecimiento y sus desdichas!... Quizá no habré yo comprendido

(*Ils sortent tous par la porte du fond. Aben Humeya s'arrête un instant, en tournant les yeux vers l'appartement de sa femme, et part ensuite avec les autres.*)

SCÈNE VII.

L'ALFAQUI.

Changement de décoration. — Le théâtre représente une vaste grotte, dont la voûte est soutenue par des masses de rochers auxquels pendent des aiguilles de stalactites. Des amoncellements de rocs occupent tout le théâtre presque jusqu'au devant. Au second plan, à gauche, se trouve un enfoncement dans le rocher, qui sert de retraite à l'alfaqui; une lampe en fer en éclaire l'intérieur. Toute la décoration doit être sombre. L'alfaqui est assis, ayant un livre devant lui.

L'ALFAQUI.

« La puissance de l'infidèle est bâtie sur le sable, et sa domination passera plus vite que la trombe dans le désert.... Un jour viendra où les enfants de la tribu sainte verront leur zèle refroidi; et la chaîne de l'esclavage pesera sur leur cou: mais, dans leur détresse extrême, ils tourneront leurs yeux vers l'orient, et aussitôt la rosée de consolation descendra du septième ciel!.... »

(*Il sort de la petite grotte, après quelques instants de méditation.*) Je le sais, grand Dieu, tes promesses ne peuvent manquer; elles ont un appui plus solide que les fondements de la terre!.... Mais moi, faible vieillard, moi dont la vie va s'éteindre au moindre souffle, plus vite encore que cette lumière.... je descendrai dans le tombeau sans être témoin de ton triomphe! Et c'était pourtant la seule espérance qui me rattachât à la vie.... J'ai attendu chaque jour, pendant tant d'années, la délivrance de ton peuple; et je vois s'accroître chaque jour son avilissement et sa misère!.... Peut-être n'ai-je pas compris ta révéla-

bien tu revelacion misteriosa; y no era suficiente renunciar al trato de los hombres por no abandonar tu ley santa.... Hubiera debido proclamarla en alta voz, en medio de los verdugos, y reanimar con mi ejemplo la fe de estos pueblos, próxima ya á extinguirse... Así es como el Alfaquí de Velez... me parece que le estoy viendo..... y aun era yo muchacho... no hacia sino repetir el nombre de Alá, al subir con pié firme á lo alto de la hoguera; y aun volvia los ojos al templo edificado por el hijo de Abrahan, cuando las llamas de los idólatras envolvian ya su cuerpo!

(*Antes de concluirse esta escena se ve al pastorcillo que baja á la cueva.*)

ESCENA VIII.

EL ALFAQUI, EL PASTORCILLO.

PASTORCILLO (*mostrando contento*).
Ya estoy aquí!

ALFAQUI.
Bien venido seas, hijo...

PASTORCILLO.
He tardado mucho... ¿no es verdad?..... pero no ha sido culpa mia..... Hasta he tenido que correr porque no estuviéseis con cuidado.

ALFAQUI.
Ya te se conoce; vienes muy cansado... vamos, ven aquí cerca de mí.... Yo no tengo mas consuelo en el mundo que verte estos cortos momentos.

PASTORCILLO.
Ni yo sé como he podido venir... fuí hoy al pueblo con otros pastores... iban á celebrar la noche buena, y se empeñaron en que me quedase con ellos... tenian unos instrumentos tan lindos! pero yo me escapé sin que ellos me viesen para traeros estas frutas....

tion mystérieuse. Il ne suffisait pas de renoncer au commerce des hommes, pour ne pas renier ta loi sainte.... il fallait la proclamer à haute voix, au milieu des bourreaux, et ranimer par mon exemple la foi mourante de ces peuples.... C'est ainsi que l'alfaqui de Velez.... je le vois encore.... j'étais enfant.... il répétait le nom d'Allah, en montant d'un pied ferme sur le bûcher; et ses yeux se tournaient encore vers le temple bâti par le fils d'Abraham, quand les flammes des idolâtres enveloppaient déjà son corps!

(*Avant la fin de cette scène on voit le jeune pâtre qui descend dans la caverne.*)

SCÈNE VIII.

L'ALFAQUI, LE JEUNE PATRE.

LE JEUNE PATRE (*accourant tout joyeux*).
Me voici!....

L'ALFAQUI.
Sois le bienvenu, mon enfant.

LE JEUNE PATRE.
J'ai bien tardé; mais ce n'est pas ma faute.... J'ai été même obligé de courir pour que vous ne fussiez pas inquiet.

L'ALFAQUI.
Tu es fatigué; je le vois bien.... Approche-toi.... viens ici, près de moi.... Je n'ai d'autre consolation sur la terre que de te voir pendant ce peu d'instants.

LE JEUNE PATRE.
Je ne sais moi-même comment j'ai pu venir.... Je suis entré aujourd'hui dans la ville avec d'autres jeunes bergers.... Ils allaient célébrer la fête de Noël, et voulaient me retenir avec eux.... Ils avaient des instruments si beaux!.... Mais je me suis échappé pour vous apporter ces fruits....

(Saca del zurron un panecillo y unas frutas secas, que coloca sobre una peña á la entrada de la gruta.)

ALFAQUI.

A las claras estoy viendo que el Dios de Ismael no me ha abandonado... pues que te envía á socorrerme como un ángel consolador!

PASTORCILLO.

Mi padre fué quien me mandó que lo hiciese así, encargándomelo mucho á la hora de su muerte.

ALFAQUI.

Yo le debo la vida, hijo mio... era el único amigo que ya me quedaba!... Obedecia al precepto de Dios, y no temia la ira de sus enemigos.

PASTORCILLO.

Algunas veces le acompañaba yo cuando venia aquí..... ¿Lo habeis olvidado?

ALFAQUI.

No por cierto... Y tambien es necesario que no olvides tú los consejos que te daba tu padre...

PASTORCILLO.

Olvidarlos yo!..... Así que veo á un castellano, vuelvo á otro lado la cara... Hoy mismo he dado un gran rodeo por no pasar por la plaza... habia en ella tantos soldados!

ALFAQUI.

Han llegado sin duda desde la última vez que te vi....

PASTORCILLO.

De seguro.... y si supiérais las voces que corren!.... Dicen que vienen á impedirnos el cantar nuestros romances tan bonitos, y hasta el bañarnos.... Yo lo siento por los demás; pero por mí!... yo cantaré en la cresta de los montes, y me bañaré en el rio.

(Il tire de sa panetière un petit pain et quelques fruits secs, qu'il place sur une pierre à l'entrée de la grotte.)

L'ALFAQUI.

Je vois bien que le Dieu d'Ismael ne m'a pas abandonné, puisqu'il t'envoie vers moi comme un ange consolateur!...

LE JEUNE PATRE.

C'est mon père qui m'ordonna de le faire à l'heure de sa mort....

L'ALFAQUI.

Je lui dois la vie, mon enfant.... C'était le seul ami qui me fût resté.... Il obéissait aux préceptes de Dieu, et ne craignait pas la fureur de ses ennemis.

LE JEUNE PATRE.

Je l'accompagnais quelquefois quand il venait ici.... vous en souvenez-vous?

L'ALFAQUI.

Oui, mon enfant.... et tu n'oublieras pas non plus les conseils que te donna ton père....

LE JEUNE PATRE.

Qui, moi!.... Dès que j'aperçois un castillan, je détourne les yeux.... Aujourd'hui même j'ai fait un long détour pour ne pas passer par la place.... Il y avait tant de soldats!

L'ALFAQUI.

Ils sont arrivés depuis que je t'ai vu....

LE JEUNE PATRE.

Oui, mon père; et si vous saviez tout ce que l'on dit!.... Ils viennent nous empêcher de chanter nos jolies romances, et même de nous baigner.... J'en suis fâché pour les autres; quant à moi, ça ne me fait rien : je chanterai sur le haut des montagnes, et je me baignerai dans la rivière.

ALFAQUI.

¡Qué feliz eres, hijo, de no sentir aun el peso de nuestras desdichas!...

(*Vense aparecer sucesivamente algunos Moriscos, que van bajando á la cueva.*)

PASTORCILLO.

¿No es verdad que esos soldados me harian mucho mal si supieran que vengo aquí?... Pero no importa; yo no os he de abandonar en mi vida!

ALFAQUI.

No, hijo, no vuelvas mas... Yo nada tengo ya que esperar en el mundo; y tú puedes disfrutar todavía de tiempos mas felices!..... Alza la cabeza..... ¿porqué lloras?

PASTORCILLO.

Si lo estoy viendo... ya no me quereis como antes... Dejaros yo morir! (*Se echa en sus brazos.*)

ALFAQUI.

No es eso, hijo mio, vendrás cuando quieras... pero deja á lo menos que se vayan esos Castellanos... Aun no los conoces tú bien!... ¿Adónde vas?...

(*El pastorcillo hace como que ha oido ruido, y da algunos pasos; pero, al ver á los Moriscos, vuélvese asustado, y se esconde en lo hondo de la gruta.*)

PASTORCILLO.

¡Ah!...

ESCENA IX.

EL ALFAQUI, EL XENIZ, EL DALAY, OTROS MUCHOS MORISCOS.

(*Así estos como los que luego van llegando, vienen ya vestidos con el traje de Moros, con alquiceles, albornoces, etc. Todos ellos traen sables y puñales, y algunos hachas ó teas encendidas, que*

L'ALFAQUI.

Mon cher enfant.... que tu es heureux de ne pas sentir le poids de nos malheurs!....

(*On voit paraître successivement quelques Maures qui descendent dans la caverne.*)

LE JEUNE PATRE.

Ils me feraient bien du mal, ces soldats, s'ils savaient que je viens ici.... n'est-ce pas?.... Eh bien!... je ne vous abandonnerai de ma vie!

L'ALFAQUI.

Non, mon enfant, non.... ne reviens plus.... Je n'ai rien à espérer dans ce monde; et tu peux encore voir des jours heureux.... Lève la tête, mon fils.... Pourquoi pleures-tu?

LE JEUNE PATRE.

Je le vois bien.... vous ne m'aimez pas.... Moi vous laisser mourir! (*Il l'embrasse.*)

L'ALFAQUI.

Non, mon fils... tu reviendras.... mais attends, du moins, que ces Castillans soient partis.... tu ne les connais pas encore! — Où vas-tu?

(*Le jeune pâtre entend du bruit, et s'avance vers le fond de la caverne; mais en voyant les Maures, il revient effrayé, et va se cacher dans la petite grotte.*)

LE JEUNE PATRE.

Ah!....

SCÈNE IX.

L'ALFAQUI, LE XENIZ, LE DALAY, PLUSIEURS MAURES.

(*Ceux-ci, et ceux qui viennent ensuite, sont costumés à la manière moresque, avec des* albornoz, *des* alquizels, *etc.; ils ont des sabres et des poignards, et quelques-uns portent aussi des torches*

colocarán en las hendiduras de las rocas.)

ALFAQUI.

¿Quién sois?.... ¿Qué venis á buscar en el seno de la tierra?... ¡Es un sueño, Dios mio!

DALAY.

No, venerable Alfaquí: son vuestros amigos, vuestros hijos, que se acogen á vuestro amparo, como se busca el de un padre en los dias de tribulacion!

ALFAQUI.

Vuestro padre yo! los esclavos no tienen sino amos.

XENIZ.

A pesar de tantas desdichas, aun no hemos merecido ese nombre....

ALFAQUI.

¿Y cuál es el que mereceis? Habeis renegado el Dios de vuestros padres; dejais esclava á vuestra patria que ellos ganaron á costa de su sangre; comprais á fuerza de oprobio el derecho de servir á vuestros verdugos.... Escoged, escogedle vosotros mismos: ¿qué nombre debo daros?....

DALAY.

Harto hemos merecido hasta ahora vuestras reconvenciones; y aun mas amargas todavía nos las ha hecho nuestro corazon, mientras hemos sufrido tan dura esclavitud.... mas ya llegó á su fin.

ALFAQUI.

¿Qué dices?... ¡Será cierto!

DALAY.

Sí, amado del profeta: no osaríamos comparecer á vuestra vista si hubiésemos de ir desde aquí á tomar otra vez nuestros grillos.

ALGUNOS MORISCOS.

Jamás!

UN NUMERO MAYOR.

Jamás!!!

ou des branches d'arbres allumées, qu'ils placeront ensuite dans les fissures des rochers.)

L'ALFAQUI.

Qui êtes-vous?... que venez-vous chercher jusqu'au sein de la terre?.... Est-ce un rêve, grand Dieu!....

LE DALAY.

Non, vénérable alfaqui; ce sont vos amis, vos enfants, qui viennent auprès de vous, comme on entoure un père dans des jours de danger.

L'ALFAQUI.

Moi, votre père!... les esclaves n'ont que des maîtres.

LE XENIZ.

Nous ne méritons pas ce nom, malgré tous nos malheurs.

L'ALFAQUI.

Et quel est le nom que vous méritez?.... Vous avez renié le Dieu de vos pères; vous laissez dans les fers votre patrie qu'ils conquirent au prix de leur sang; vous achetez par la honte le droit de servir vos bourreaux.... Choisissez, choisissez vous-mêmes: quel est le nom que je dois vous donner?

LE DALAY.

Vos reproches n'ont été jusqu'à présent que trop justes; et notre cœur nous en a fait de plus amers encore tout le temps qu'a duré notre esclavage.... Mais il touche à son terme.

L'ALFAQUI.

Que dites-vous? se pourrait-il?

LE DALAY.

Oui, élu du prophète; nous n'oserions soutenir votre aspect si nous devions aller reprendre nos chaînes.

QUELQUES MAURES.

Jamais!

UN PLUS GRAND NOMBRE.

Jamais!!!

ESCENA X.

LOS DICHOS, ABEN ABO, ABEN FARAX, EL PARTAL Y OTROS MORISCOS.

ABEN ABO.

Esos acentos, este traje, estas armas, os ponen de manifiesto nuestra firme resolucion : acabamos de arrojar la indigna máscara que nos envilecia á nuestros propios ojos ; y hemos vuelto á empuñar el acero de nuestros padres, teñido tantas veces con sangre de nuestros tiranos.

ABEN FARAX.

Alzados están ya cien mil brazos, prontos á descargar el golpe, á la primer señal....

ABEN ABO.

Y esa va á darse al punto.

EL PARTAL.

No aguardamos sino al hijo de Aben Humeya....

ALFAQUI.

¡ El hijo de Aben Humeya !.... El postrer vástago de la palma real, el descendiente del profeta !

EL PARTAL.

Él mismo, su tio Aben Juhar, los principales de su tribu acaban de condescender con nuestros deseos.... Todos ellos van á reunirse aquí, ansiosos de compartir nuestros riesgos y nuestra suerte....

ESCENA XI.

LOS DICHOS, ABEN HUMEYA, ABEN JUHAR Y OTROS MORISCOS DE SU TRIBU.

VARIOS MORISCOS (*á la entrada de la caverna*).

Ya está aquí !

MUCHOS MAS.

Ya está ! ! !

SCÈNE X.

LES MÊMES ; ABEN ABO, ABEN FARAX, LE PARTAL ET QUELQUES AUTRES MAURES.

ABEN ABO.

Ces accents, ce costume, ces armes, vous annoncent assez notre ferme résolution : nous venons de jeter le masque indigne qui nous avilissait même à nos propres yeux, et nous avons repris le fer de nos pères, déjà rougi du sang de nos tyrans !

ABEN FARAX.

Cent mille bras sont levés, prêts à frapper au premier signal....

ABEN ABO.

Et ce signal, on va le donner.

LE PARTAL.

Nous n'attendons ici que le fils d'Aben Humeya....

L'ALFAQUI.

Le fils d'Aben Humeya !... le dernier rejeton de la palme royale, le descendant glorieux du prophète !

LE PARTAL.

Lui-même, son oncle Aben Jouhar, les plus puissants de leur tribu, viennent de se rendre à nos vœux.... Ils accourent tous ici partager nos dangers, notre sort....

SCÈNE XI.

LES PRÉCÉDENTS ; ABEN HUMEYA, ABEN JOUHAR ET QUELQUES AUTRES MAURES DE LEUR TRIBU.

PLUSIEURS MAURES (*à l'entrée de la caverne*).

Le voilà !

UN PLUS GRAND NOMBRE.

Le voilà ! ! !

ALFAQUI.

Ven en buen hora, descendiente de cien reyes, ven!....

(*Muestras generales de entusiasmo.*)

ABEN HUMEYA.

Venerable Alfaquí, amigos mios, hermanos, con solo hallarme en medio de vosotros, me parece que ya respiro el aura de la libertad! ¡ Cuánto se ha hecho desear este feliz momento! Nunca han visto mis ojos á uno de nuestros tiranos sin desearle la muerte; nunca he puesto el pié en el templo de los infieles sin señalarlos en mi corazon como las primeras víctimas que allí debieran inmolarse!

ALFAQUI.

El mismo zelo muestra que desplegaron sus mayores.... Con él renacerán!

ABEN HUMEYA.

Yo os veia á todos animados de los mismos sentimientos; sabia vuestros deseos; pero era menester aguardar el momento oportuno, y que el golpe precediese al amago.... Tan feliz momento es llegado ya.

EL DALAY Y OTROS.

Sí!

GRAN NUMERO DE MORISCOS.

Sí!!!

ABEN JUHAR.

Puesto que me conoceis, amigos mios, mal pudiera tener reparo en alzar la voz en medio de vosotros, cabalmente en ocasion tan crítica como que de ella va á pender nuestra suerte!.... No creais que el peso de los años haya helado la sangre en mis venas, ni que me haga mirar con indiferencia la servidumbre y la ignominia.... tan al contrario es, que por eso mismo estoy mas impaciente de que acaben cuanto antes nuestras desdichas, para disfrutar al menos un solo dia feliz!.... Mas ¿á qué fin despertar á nuestros opresores, y que se apresten á la defensa, antes de

L'ALFAQUI.

Venez, fils de cent rois, venez!

(*Mouvement général d'enthousiasme parmi les Maures.*)

ABEN HUMEYA.

Vénérable pontife, mes amis, mes frères, je crois déjà, me trouvant au milieu de vous, respirer l'air de la liberté. Que ce moment heureux s'est fait attendre!.... Jamais je n'ai vu un seul de nos tyrans sans le vouer à la mort; jamais je n'ai pénétré dans le temple des infidèles sans les marquer dans mon cœur comme les premières victimes qu'on y dût immoler.

L'ALFAQUI.

Il a pour la loi le même zèle que ses ancêtres.... Il les fera revivre.

ABEN HUMEYA.

Je vous voyais tous animés des mêmes sentiments; vos vœux m'étaient connus.... mais il fallait attendre le moment d'agir, et que le coup précédât la menace.... Ce moment heureux est enfin arrivé.

LE DALAY ET QUELQUES AUTRES.

Oui!

UN GRAND NOMBRE DE MAURES.

Oui!!!

ABEN JOUHAR.

Vous me connaissez assez, mes amis, pour que je puisse élever la voix au milieu de vous, dans cette occasion qui va décider de notre sort.... Ce n'est pas mon âge avancé qui glace le sang dans mes veines, ou qui me rend indifférent à l'esclavage et à la honte.... Au contraire, je suis plus impatient que vous de mettre un terme à nos misères, pour jouir au moins d'un seul jour de bonheur! Mais pourquoi réveiller nos oppresseurs, et les mettre en défense avant d'avoir pris toutes nos mesures pour les frapper à mort?....

que hayamos concertado todos los medios para darles el golpe mortal?....

ABEN ABO (*interrumpiéndole*).

¡Tenemos las armas en la mano, y aguardaremos como viles siervos!....

ABEN FARAX.

¿Habremos de ver por mas tiempo profanados nuestros hogares?....

DALAY.

¿Insultadas nuestras esposas?....

EL PARTAL.

¿Esclavos nuestros hijos?....

GRAN NUMERO DE MORISCOS.

No!

TODOS.

No!!!

ABEN HUMEYA.

¿Y qué medio mas eficaz que nuestro mismo levantamiento para apresurar la llegada de los socorros de Africa, y alzar á un millon de nuestros hermanos en todo el ámbito del reino?.... Cuando vean á nuestra raza empeñada en una guerra á muerte, ¿permanecerán indecisos un solo instante, ó se negarán á tendernos una mano amiga?.... Nosotros somos (el corazon leal ¿no nos lo está anunciando?....) nosotros somos los que destina el cielo para dar á nuestros hermanos la señal y el ejemplo.... Al abrigo de esta region fragosa; resguardada la espalda con el mar, y dando casi la mano á nuestros hermanos de Africa, nosotros sí que podemos provocar impunemente á nuestros contrarios, y empeñarlos en una larga lucha, sin que puedan prometerse buen éxito, ni provecho ni gloria.... Cuando tienen por todas partes émulos y enemigos, ¿podrán ver sin temor ni recelo cundir el incendio á sus propios hogares?.... No, no: temblarán á su vez por sus esposas, por sus hijos, así como nosotros hemos temblado por los nuestros; recejarán de espanto, al ver que ante sus piés vuelve á abrirse el abismo, que ha tragado sus

ABEN ABO. (*l'interrompant*).

Nous avons des armes à la main, et nous attendrons dans les fers!

ABEN FARAX.

Verrons-nous plus longtemps nos demeures profanées?

LE DALAY.

Nos épouses en proie aux insultes?

LE PARTAL.

Nos fils dans l'esclavage?

LA PLUPART DES MAURES.

Non!

TOUS.

Non!!!

ABEN HUMEYA.

Et quel moyen plus puissant que notre soulèvement même pour hâter les secours de nos amis d'Afrique, et pour mettre en armes un million de nos frères dans toute l'étendue du royaume? Quand ils verront notre race engagée dans une guerre à mort, resteront-ils un seul moment dans l'incertitude, ou refuseront-ils de nous donner la main?.... C'est bien nous, nous seuls (notre cœur d'ailleurs nous l'annonce) qui sommes destinés par le ciel à donner à nos frères le signal et l'exemple.... A l'abri de ces contrées sauvages, adossés contre la mer, et touchant presque de la main nos frères d'Afrique, nous pouvons provoquer hardiment la fureur de nos ennemis, les épuiser dans une longue lutte, sans profit pour eux, sans succès, sans gloire.... Quand ils ont à combattre des ennemis partout, verront-ils sans inquiétude et sans crainte l'incendie gagner leurs foyers?.... Non, non: ils trembleront pour leurs épouses, pour leurs enfants, comme nous avons tremblé pour les nôtres; ils reculeront d'effroi en voyant se rouvrir cet abîme qui a englouti leurs générations pendant huit siècles!

generaciones por el trascurso de ocho siglos !

ALFAQUI.

El cielo acaba de hablar por tu boca, descendiente de los Abderramenes.... Sin duda te ha escogido para ser el ministro de su venganza y el libertador de tu patria!.... Oid, hijos mios, oid : quizá sea esta la postrera vez que escucheis mis acentos; mi hora final está ya muy cercana; y no entreveo lo porvenir sino al pisar los límites de la eternidad !....

EL PARTAL.

Silencio, compañeros, silencio !

ALFAQUI.

No basta que rompais vuestras cadenas; es preciso que levanteis otra vez el trono de Alhamar.... Y, no lo habréis olvidado sin duda, el que destina el cielo para cimentarle de nuevo, es un caudillo de sangre real y de la misma estirpe del profeta....

EL PARTAL.

No puede ser otro sino Aben Humeya !

MUCHOS MORISCOS.

Él es !.... él es !....

ABEN ABO.

Aun no hemos desenvainado el acero, y ya buscamos á quien someternos !

ABEN FARAX.

No faltarán valientes que nos guien á la pelea : ¿ hemos menester mas ?

ABEN ABO.

Cuando hayamos borrado, á fuerza de honrosos combates, las señales de nuestros hierros ; cuando seamos dueños de algunos palmos de tierra, en que zanjar á lo menos nuestros sepulcros; cuando podamos siquiera decir que tenemos patria, los que logren sobrevivir á tan larga contienda, podrán á su salvo elegir

L'ALFAQUI.

Le ciel vient de parler par ta bouche, descendant des Abderrame.... Il t'a choisi, sans doute, pour être le ministre de sa vengeance et le libérateur de ta patrie! Écoutez, mes enfants, écoutez : c'est peut-être pour la dernière fois que ma voix parviendra jusqu'à vous; mon heure fatale approche, et je n'entrevois l'avenir que sur les bords de l'éternité !...

LE PARTAL.

Silence, mes amis, silence !

L'ALFAQUI.

Il ne suffit pas de rompre vos chaînes : le trône d'Alhamar doit être relevé.... et, vous ne l'aurez pas oublié sans doute, c'est un guerrier du sang royal, de la famille même du prophète, qui est désigné par le ciel pour en jeter les nouveaux fondements.

LE PARTAL.

C'est bien Aben Humeya.

PLUSIEURS MAURES.

C'est lui-même ! ! !

ABEN ABO.

Nous n'avons pas encore tiré le fer, et déjà nous songeons à nous donner un maître !

ABEN FARAX.

Ils ne manqueront pas, les braves, pour nous conduire au combat; voilà ce qu'il nous faut.

ABEN ABO.

Quand nous aurons effacé, par de glorieux combats, les marques de nos chaînes; quand nous serons maîtres de quelques pieds de terre, pour creuser au moins nos tombeaux; quand nous aurons enfin une patrie, ceux qui auront survécu à la longue lutte qui se prépare pourront bien se choisir un roi.... et la

rey.... y aun entonces no debiera ser la corona ciego don del acaso, sino premio del triunfo.

ABEN HUMEYA.

Por mi parte, Aben Abo, ni aun aspiro á ese premio; y puedo de buen grado cederle á otros.... Los Aben Humeyas tienen su puesto seguro: siempre son los primeros en las batallas.

ABEN ABO.

Y nunca los Zegries han sido los segundos.

ALFAQUI.

Templad, hijos, templad ese ardor belicoso, que centellea en vuestros ojos, é inflama vuestras palabras.... reservadle contra nuestros contrarios! Cuando tenemos en nuestra mano la libertad ó la esclavitud de nuestros hijos, la suerte de la patria, la exaltacion ó el vilipendio de la religion de nuestros padres, ¿pudiéramos, sin cometer el mayor crímen, escuchar la voz de las pasiones?.... ¡Ah! no se trata por cierto de dar en el palacio de la Alhambra la corona de oro y pedrería, que el indigno Boabdil no supo conservar sobre sus sienes; en medio de estos precipicios, amenazados por nuestros contrarios, casi en el borde del sepulcro, solo una espada podemos dar al que elijamos hoy por nuestro supremo caudillo; no se verá á mayor altura que los demás, sino para estar mas próximo al rayo!

EL PARTAL.

Hablad, intérprete del profeta: prontos estamos á obedeceros.

ALGUNOS CAUDILLOS.

Todos lo estamos, todos!

ALFAQUI.

El cielo ha hablado ya por sus pronósticos y portentos; pero aun va á manifestaros su voluntad con un signo glorioso.

(*Encamínase, arrebatado de entusiasmo, hácia lo hondo de la gruta. La turba*

couronne doit être alors, non pas le don du hasard, mais le prix de la victoire!

ABEN HUMEYA.

Je n'aspire pas même à ce prix, Aben Abo; et je puis volontiers le céder aux autres: les Aben Humeya sont assurés de leur place; ils se trouvent toujours les premiers au combat.

ABEN ABO.

Et jamais les Zégris n'y arrivent les seconds.

L'ALFAQUI.

Calmez, mes enfants, calmez cette ardeur guerrière qui brille dans vos yeux, et qui semble enflammer vos paroles; gardez-la contre nos ennemis!.... Lorsque nous avons entre nos mains la liberté ou l'esclavage de nos enfants, le sort futur de la patrie, le triomphe ou l'abaissement de la religion de nos pères, pourrions-nous écouter, sans crime, la voix de nos passions? Ah! il ne s'agit pas de donner, dans le palais de l'Alhambra, la couronne d'or et de saphirs, que l'indigne Boabdil ne sut pas garder sur sa tête; au milieu de ces précipices, menacés par nos ennemis, sur le bord même du tombeau, nous n'avons qu'une épée à donner à celui que nous choisirons pour notre chef suprême.... Il ne sera élevé plus haut que pour être plus près de la foudre!

LE PARTAL.

Parlez, organe du prophète: nous sommes prêts à vous obéir.

QUELQUES CHEFS.

Nous le sommes tous!

L'ALFAQUI.

Le ciel a déjà parlé par ses prédictions, par ses prodiges; il va vous annoncer, par un signe glorieux, sa volonté suprême!

(*Il marche, saisi d'enthousiasme, vers l'antre le plus étroit, qui est au fond*

de Moriscos, que le habrá dejado libre paso, manifiesta sorpresa y admiracion, en tanto que aguarda su vuelta.)

DALAY.

¿ Adónde va el venerable Alfaquí ?...

XENIZ.

El fuego de la inspiracion relumbraba en su frente....

EL PARTAL.

Aguardemos, compañeros, aguardemos con silencio religioso á que nos dicte las órdenes del cielo !

ALFAQUI.

(*Despliega á la salida de la gruta un estandarte viejo de seda carmesí, galoneado de oro, y sembrado el campo de medias-lunas de plata.*)

Mirad, nietos de Muza y de Tarif, mirad!....

ABEN JUHAR.

Es el estandarte del reino !

DALAY.

La enseña de Alhamar !

XENIZ.

Segura es la victoria !

MUCHOS MORISCOS.

Ya nos salvamos ! ! !

ALFAQUI.

El cielo nos le ha conservado á fuerza de prodigios, cual prenda de su proteccion.... y en él está cifrada la suerte del imperio !

PARTAL.

Extended cuanto antes, extended en medio de nosotros el estandarte real de nuestros padres... A su sombra sagrada, vamos á proclamar nuestro monarca.... Viva el ilustre nieto de los reyes de Córdoba y Granada !

TODOS LOS MORISCOS (*excepto Aben Abo, Aben Farax y los de su bando, que formarán un grupo á un lado del teatro.*)

Viva Aben Humeya ! ! !

de la grotte. La foule des Maures, qui se sera séparée pour lui laisser un libre passage, semble frappée, en attendant son retour, de surprise et d'étonnement.)

LE DALAY.

Où va-t-il, le vénérable pontife?

LE XENIZ.

Une inspiration soudaine a brillé sur son front.

LE PARTAL.

Attendons, mes amis, dans un recueillement religieux, les oracles qu'il va nous dicter !

L'ALFAQUI.

(*Il déploie à la porte de l'antre un vieil étendard en soie cramoisie, garni à l'entour de franges d'or, et tout parsemé de demi-lunes en argent.*)

Regardez, petits-fils de Tarif et de Muza, regardez !....

ABEN JOUHAR.

C'est l'étendard sacré du royaume !

LE DALAY.

L'enseigne d'Alhamar !

LE XENIZ.

Le triomphe est certain !

PLUSIEURS MAURES.

Nous sommes sauvés !

L'ALFAQUI.

Le ciel nous l'a conservé, comme un gage de sa faveur, par une série de prodiges.... Le destin de l'empire y reste attaché pour toujours !

LE PARTAL.

Déployez, ô pontife, déployez au milieu de nous l'étendard royal de nos pères.... Nous allons, sous son ombre sacrée, proclamer notre monarque.... Vive le fils glorieux des rois de Cordoue et de Grenade !

TOUS LES MAURES (*excepté Aben Abo, Aben Farax et leurs amis, qui sont groupés à l'un des côtés du théâtre*).

Vive Aben Humeya ! ! !

ABEN HUMEYA.

Por favor, amigos, por favor siquiera, oidme unos instantes... Yo no tengo mas que una diestra, un corazon de que disponer ; y ha largo tiempo que son de mi patria : ¿qué mas pudiera ofrecerle?... Pero si solo se necesitan diestra y corazon para pelear, para reinar no bastan....

XENIZ (*interrumpiéndole*).

Ante los ojos tiene el ejemplar de sus mayores....

DALAY.

Será cual ellos nuestro libertador....

PARTAL.

Hasta su nombre será un símbolo de union para estos pueblos, un presagio del triunfo....

(*Aben Humeya se muestra confuso, y parece que intenta, con su gesto y ademan, calmar el entusiasmo de la muchedumbre.*)

ALFAQUI.

Basta ya, amado del profeta, basta de indecision.... Cuando el cielo dicta sus órdenes, al hombre no le toca sino cerrar los ojos y obedecer !

HABEN HUMEYA (*arrodillándose ante el Alfaqui*).

Lleno de confianza me someto á su voluntad suprema.... y aguardo saber de vuestro labio sus sagrados decretos.

ALFAQUI (*con tono pausado y grave*).

El Dios de Ismael no te ha reservado en estos dias de prueba un trono de delicias.... antes bien va á depositar en tus manos la suerte de un pueblo desventurado, cautivo, reducido á forcejar entre los brazos de la muerte !.... Sírvele de apoyo en la tierra.... El Eterno vela en su guarda.... y tambien es juez de los reyes !

ABEN HUMEYA.

Yo juro, ó sagrado pontífice, á la faz del cielo y de la tierra, regir estos pue-

ABEN HUMEYA.

De grâce, mes amis, de grâce.... écoutez-moi pendant quelques instants : je n'ai qu'un bras, un cœur à donner, et ils sont depuis longtemps à ma patrie. Que pourrais-je lui offrir de plus? Mais s'il suffit d'un bras et d'un cœur pour combattre, ce n'est point assez pour régner....

LE XENIZ (*l'interrompant*).

Il a devant lui les traces de ses ancêtres....

LE DALAY.

Il deviendra, comme eux, notre libérateur....

LE PARTAL.

Son nom seul sera un signe de ralliement pour nos peuples, un augure du triomphe....

(*Aben Humeya paraît confus, et semble, par ses signes, vouloir calmer leur enthousiasme.*)

L'ALFAQUI.

N'hésite plus, bien-aimé du prophète... Quand le ciel ordonne, l'homme doit fermer les yeux et obéir !

ABEN HUMEYA (*se mettant à genoux devant l'alfaqui*).

Je me prosterne avec confiance devant sa volonté suprême ; et j'attends de votre bouche ses ordres sacrés.

L'ALFAQUI (*d'une voix solennelle*).

Le Dieu d'Ismael ne t'a pas réservé, dans ces jours d'épreuve, un trône de délices... Il va déposer dans tes mains le sort d'un peuple malheureux, captif, se débattant dans les bras de la mort !..... Sois son appui sur la terre .. L'Éternel veille sur lui... il est aussi le juge des rois !

ABEN HUMEYA.

Je jure, ô pontife sacré, à la face du ciel et de la terre, de gouverner ces

blos en paz y justicia, y derramar mi sangre en su defensa.... Ojalá que suban mis palabras al trono del Altísimo, y que el Dios de Ismael las acoja propicio!

ALFAQUI.

Escritas están ya, por su diestra omnipotente en el libro de tu destino.... Al fin de los siglos, cuando haya desaparecido el mundo, las hallarás ante tus ojos!

(*Levántase Aben Humeya; y despues de un instante de pausa, prosigue el Alfaquí en estos términos:*)

A confiarte voy, en el nombre del Todo-poderoso, este sacro estandarte, que ha servido para la coronacion de veinte reyes, desde Alhamar hasta Muley Hazen.... Nunca se ha visto humillado ante la cruz del infiel, y todavía ha de ondear en la gran mezquita de Granada!

(*Aben Humeya empuña el estandarte.*)

Hijos mios, ved aquí vuestro rey!.... Que el jefe mas antiguo de estas tribus le reconozca por tal á nombre de todos.

ABEN JUHAR.

Por nuestro rey te reconocemos, ilustre nieto de los Abderramenes....

(*Inclinase contra el suelo, y besa la tierra en el mismo paraje en que tenia Aben Humeya su pié derecho.*)

CASI TODOS LOS MORISCOS.

Viva Aben Humeya!!!

ALFAQUI.

Musulmanes, el curso de la luna señalaba hoy el dia santo, consagrado por la ley á las abluciones y á la oracion; y aun no habeis satisfecho deuda tan sagrada.... Pero hallándoos ahora lejos de la vista de nuestros opresores, vuestros acentos se elevarán mas puros al cielo en el silencio augusto de la no-

peuples en paix et en justice, et de verser mon sang pour leur défense... Puissent mes paroles s'élever jusqu'au trône suprême, et le Dieu d'Ismael les accueillir dans sa bonté!

L'ALFAQUI.

Il les a déjà écrites, de sa main toute-puissante, dans le livre de ta destinée... A la fin des siècles, quand le monde ne sera plus, tu les auras devant tes yeux!... (*Aben Humeya se lève, et après un instant de silence, l'Alfaqui continue ainsi:*) Je te confie, au nom du Tout-Puissant, cet étendard sacré, qui orna le couronnement de vingt rois, depuis Alhamar jusqu'à Muley Hacem... Il ne s'est jamais courbé devant la croix de l'infidèle, et il doit encore flotter sur la grande mosquée de Grenade! (*Aben Humeya prend l'étendard.*) Voilà, mes enfants, voilà votre monarque!... que le chef le plus âgé de ces tribus le reconnaisse au nom de tous.

ABEN JOUHAR.

Nous te reconnaissons pour notre roi, descendant glorieux des Abderrame.....

(*Il se prosterne et baise la terre, à l'endroit où Aben Humeya avait son pied droit.*)

PRESQUE TOUS LES MAURES.

Vive Aben Humeya!!!

L'ALFAQUI.

Musulmans, le cours de la lune signalait aujourd'hui le jour saint, consacré par la loi aux ablutions et aux prières; et vous n'avez pas rempli ce devoir... Mais, en ce moment même, loin de la vue de nos oppresseurs, vos accents monteront plus purs vers le ciel, dans le silence auguste de la nuit; et les

che ; y los primeros instantes de vuestra libertad serán ofrecidos en holocausto á su divino Autor !

(Vuélvense todos hácia el oriente ; y asi que empieza la música, entonan el siguiente)

CANTO MUSULMAN.

ALFAQUI.

Al Eterno ensalzad, Musulmanes !

TODO EL CORO.

No hay mas Dios sino el Dios de Ismael !

PRIMERA PARTE DEL CORO.

« Dios me envía, clamaba el Profeta;
Y su labio ha dictado esta ley. »

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

A su acento los ídolos caen ;
Sumergidos en sangre se ven.

PRIMERA PARTE DEL CORO.

El Profeta gritó á las naciones :
« Dios lo manda; morid ó creed ! »

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

Y su diestra extermina al rebelde;
Y la tierra se postra á sus piés.

ALFAQUI.

Al Eterno ensalzad, Musulmanes !

TODO EL CORO.

No hay mas Dios sino el Dios de Ismael !

PRIMERA PARTE DEL CORO.

Dios es grande, y abarca el espacio :
Dios es fuerte ; su rayo temed !

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

Dios es Dios !....

(Suena á lo lejos el toque de una campana : cesa de pronto el canto ; y los Moriscos se muestran pasmados y suspensos.)

ALFAQUI.

¿ No escuchais ?.... ¿ No escuchais ?.... Hijos de Ismael, los infieles os llaman para ir á idolatrar en su templo !

premiers instants de votre délivrance seront consacrés à son divin Auteur !

(Ils se tournent tous vers l'orient.)

CHOEUR.

L'ALFAQUI.

Bénissez, Musulmans, bénissez l'Éternel !

TOUT LE CHOEUR.

Il n'est qu'un Dieu, c'est le Dieu d'Ismael !

PREMIÈRE PARTIE DU CHOEUR.

« Le Tout-Puissant a dicté ces paroles,
Dit Mahomet en montrant le Coran.

SECONDE PARTIE DU CHOEUR.

Et de leur base, à sa voix, les idoles
Vont s'engloutir dans des fleuves de sang.

PREMIÈRE PARTIE DU CHOEUR.

Aux nations son Prophète fidèle
Criait : « Allah !.... périssez ou croyez ! »

SECONDE PARTIE DU CHOEUR.

Et sous son glaive a péri le rebelle,
Et l'univers se prosterne à ses pieds.

L'ALFAQUI.

Bénissez, Musulmans, bénissez l'Éternel !

TOUT LE CHOEUR.

Il n'est qu'un Dieu, c'est le Dieu d'Ismael !

PREMIÈRE PARTIE DU CHOEUR.

Dieu seul est fort ; en ses mains est la foudre :
Dieu seul est grand : il remplit l'univers.

SECONDE PARTIE DU CHOEUR.

Dieu seul est Dieu !......

(On entend dans le lointain sonner une cloche : le chant cesse tout-à-coup ; les Maures se montrent d'abord étonnés et interdits.)

L'ALFAQUI.

Entendez-vous ? entendez-vous ?..... Enfants d'Ismael, les infidèles vous appellent pour idolâtrer dans leur temple !

ABEN HUMEYA.

No; es la hora de la venganza, y la voz de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

La muerte!!!

ALGUNAS VOCES (*desde lo hondo de la cueva*).

La muerte!......

(*Sacan todos el sable; algunos vuelven á tomar las hachas y teas encendidas.*)

ABEN HUMEYA.

Corramos, amigos, corramos sin tardanza.... penetremos en la villa por mil puntos á un tiempo; entremos á hierro y fuego sus templos y moradas.... En el seno de sus esposas, al pié de sus altares, en el asilo de nuestras casas, por todas partes hallen la segur de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

La muerte!!!

ABEN HUMEYA.

Ni perdon ni piedad.... tenemos que vengar en breves instantes medio siglo de esclavitud!

(*Abalánzase en medio de la turba, con el estandarte desplegado.*)

A las armas, Musulmanes!

TODOS LOS MORISCOS.

A las armas!

(*Salen de tropel, blandiendo los aceros y sacudiendo las antorchas: el Alfaquí los acompaña hasta el pié de la subida, exhortándolos con la voz y el gesto.*)

ALFAQUI.

Hijos de Ismael, herid y matad! El Dios de Mahoma os está mirando, y el ángel exterminador va delante!

TODOS.

A las armas!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ABEN HUMEYA.

Non : c'est l'heure de la vengeance; c'est la voix de la mort!

TOUS LES MAURES.

C'est la mort!!!

QUELQUES VOIX (*dans le fond de la caverne.*)

La mort!....

(*Ils tirent tous leurs sabres, quelques-uns vont reprendre les torches et les branches d'arbres allumées.*)

ABEN HUMEYA.

Courons, mes amis, courons!..... Pénétrons de tous côtés dans la ville; portons les flammes dans leurs temples, le fer dans leurs foyers.... Entre les bras de leurs épouses, au pied de leurs autels, dans l'asile de nos demeures, qu'ils trouvent partout le glaive de la mort!

TOUS.

La mort!!!

ABEN HUMEYA.

Point de pardon, point de pitié... nous avons à venger, en quelques instants, un demi-siècle d'esclavage! (*S'élançant au milieu de la foule, l'étendard déployé.*) Aux armes, Musulmans!

TOUS.

Aux armes!!!

(*Ils sortent en tumulte, brandissant leurs sabres, secouant les torches : l'alfaqui les suit jusqu'au pied de la rampe, en les animant de la voix et du geste.*)

L'ALFAQUI.

Frappez, enfants d'Ismael, frappez!... Le Dieu de Mahomet vous regarde, et l'ange exterminateur marche devant vous!

TOUS.

Aux armes!!!

FIN DU PREMIER ACTE.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza de la villa de Cádiar. En el fondo se ve una antigua mezquita, que sirve de templo á los cristianos, y á la cual se sube por unas gradas. A cada lado de la iglesia habrá una calle, larga y angosta, ambas en cuesta. Tambien habrá otras que desembocan en la plaza.

ESCENA I.

PASTORES Y ZAGALAS, GENTE DEL PUEBLO, SOLDADOS CASTELLANOS.

(*Al alzarse el telon se ve una fogata en medio de la plaza. Aparecen grupos de gente del pueblo, y el coro de pastores y zagalas, cantando y bailando: algunos soldados castellanos están mirando el baile.*)

VILLANCICO.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ZAGALA PRIMERA.

La noche va apenas
Su curso á mediar;
Y al sol no le envidia
Su luz celestial.

ZAGALA SEGUNDA.

Diciembre ha dejado
Su fuego y hogar;
Y á mayo le roba
La gala y beldad.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ACTE SECOND.

Le théâtre représente la place de la petite ville de Cadiar. Au fond on voit une ancienne mosquée servant de temple aux chrétiens, à laquelle on monte par quelques degrés. De chaque côté de l'église une rue en pente, toutes les deux longues et étroites. Il y en aura d'autres qui aboutissent aussi à la place.

SCÈNE I.

DES PATRES ET DES BERGÈRES, HOMMES ET FEMMES DU PEUPLE, SOLDATS CASTILLANS.

(*Au lever du rideau, on voit un feu de joie au milieu de la place; des groupes de gens du peuple* et le chœur de pâtres et de bergères, *qui chantent et qui dansent. Quelques soldats castillans regardent le bal.*)

CHOEUR.

Chants d'amour, joie et fêtes,
Ici-bas comme au ciel!
Gai, bergers et fillettes,
C'est la nuit de Noël!

Cette nuit, ni l'amant infidèle,
Ni l'amant jaloux
N'est admis parmi nous:
Point de bruit, point d'injuste querelle;
Mais aveux charmants,
Doux propos et doux chants.
En chantant les amants se répondent
Ce qu'on ne dit pas
Sans un grand embarras.
Chantons donc; que nos cœurs se confondent,
Ivres jusqu'au jour
De plaisir et d'amour.

CHOEUR.

Chantons tous, que nos cœurs se confondent,
Ivres jusqu'au jour
De plaisir et d'amour.

CHOEUR.

Ici-bas joie et fêtes,
Doux transports comme au ciel!
Gai, bergers et fillettes,
C'est la nuit de Noël!

ZAGALA PRIMERA.

En nieve y escarcha
Se ven ya brotar
Claveles y rosas,
Laurel y arrayan.

ZAGALA SEGUNDA.

Con ramas y flores
La cuna adornad,
En tanto que un ángel
Meciéndola está.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ZAGALA PRIMERA.

Monarcas de Oriente
Van pronto á llegar,
Y ricas ofrendas
Al Niño traerán.

ZAGALA SEGUNDA.

Del campo los dones
Le placen aun mas;
Que, en vez de palacio,
Nació en un portal.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

Livrons-nous sans contrainte à la danse :
Au cœur attristé
Elle rend la gaieté :
Au retour d'une vive cadence,
Quand on est heureux
On devient plus joyeux.
Et la danse à l'amour est propice :
On parle, on sourit
A l'amant qu'on chérit.
Dansons donc; deux à deux qu'on s'unisse,
Ivres jusqu'au jour
De plaisir et d'amour.

CHOEUR.

Dansons tous ; deux à deux qu'on s'unisse,
Ivres jusqu'au jour
De plaisir et d'amour.

(*Mientras están cantando y bailando por última vez, óyese el toque de la campana.*)

(*Tandis qu'on chante en chœur, et qu'on danse pour la dernière fois, on entend sonner la cloche.*)

UN SOLDADO.

Silencio!.... ¿No estais oyendo?....

UN SOLDAT CASTILLAN.

Silence!... n'entendez-vous pas?...

PASTORES Y ZAGALAS.

Vamos, vamos!....

PATRES ET BERGÈRES.

Allons! allons!

OTROS.

Despues bailaremos.

D'AUTRES.

Nous danserons après.

(*Entran todos en la iglesia, cuya puerta se cierra luego : óyense al instante los ecos del órgano, y poco despues los acentos de un canto pausado y suave. Cuando se haya concluido la primera estrofa, y en tanto que solo se oye la*

(*Ils entrent dans l'église, dont la porte se ferme sur eux ; on entend ensuite un prélude d'orgue, et peu de temps après un chant lent et suave. Quand on aura chanté une strophe, et que la musique seule se fera entendre, on verra paraî-*

música, se ve asomar por una de las calles del fondo á Aben Farax, acompañado de dos ó tres Moriscos, y por la otra al Partaly al Dalay, con otros cuantos. Vienen todos embozados en sus alquiceles y albornoces, y se acercan con el mayor recato. Así que lleguen á las esquinas de la iglesia, y que ven despejada la plaza, sacuden en el aire los alquiceles blancos para llamar á otros Moriscos, que vienen por diferentes puntos. Aben Farax y el Partal se juntan hácia el centro de la plaza, en medio de un grupo de Moriscos; otros se reunen en varios grupos, y hacen ademan de estarse concertando para la empresa. Reina el mayor silencio; y solo le interrumpe el eco lejano del canto.)

HIMNO.

ESTROFA I.

Cantemos al Señor, que la esperanza
Del pueblo de Israel colmó clemente:
Por siempre sella el pacto de alianza,
Y hasta el débil mortal bajar consiente.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto;
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESTROFA II.

La cándida paloma ya aparece,
Y el símbolo de paz muestra á la tierra:
Receja el mar; el iris resplandece;
Brama el infierno, y sus abismos cierra.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto:
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESTROFA III.

No es ya el Dios de venganza, cuya diestra
Ciudades en pavesas convertia;
Hoy cual astro benéfico se muestra,
Y cielo y tierra inunda en alegría.

tre, par une des rues du fond, Aben Farax, suivi de deux ou trois Maures; et par l'autre rue le Partal et le Dalay, accompagnés de quelques autres. Ils viennent tous enveloppés dans des albornoz *ou des* alquizels, *et approchent avec le plus grand mystère. Dès qu'ils sont aux coins de l'église, et qu'ils voient la place déserte, ils secouent en l'air leurs* alquizels *blancs pour appeler plusieurs Maures, qui arrivent de différents côtés. Aben Farax et le Partal se réunissent vers le milieu de la place, environnés d'un groupe de Maures: d'autres forment aussi des groupes, et semblent se concerter entre eux. Il règne partout le plus grand silence, qui n'est interrompu que par l'écho lointain du chant.*)

HYMNE SACRÉ.

Du Seigneur célébrons la clémence;
Il remplit tous les vœux d'Israël:
Pour signer le traité d'alliance,
Il consent à se faire mortel!

CHOEUR.

Sion, respire;
Plus de douleur!
Reprends ta lyre,
C'est le Sauveur!

La colombe a paru sur la terre,
Apportant un symbole de paix:
L'Océan dans son lit se resserre,
Et l'abyme est fermé pour jamais!

CHOEUR.

Sion, respire;
Plus de douleur!
Reprends ta lyre,
C'est le Sauveur!

Ce n'est plus ce vengeur si terrible,
Foudroyant les cités de ses feux;
Il paraît comme un astre paisible,
Réjouissant et la terre et les cieux.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto;
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESCENA II.

ABEN FARAX, EL PARTAL, EL DALAY, EL XENIZ Y OTROS MORISCOS.

ABEN FARAZ.

Ya están en la iglesia....

PARTAL.

Con eso tendrán menos que andar.... bajo los piés tienen el sepulcro.

ABEN FARAX.

¿Se hallan prontos todos los nuestros?....

PARTAL.

Así que demos el grito de exterminio, le repetirán por todo el pueblo, y llegará hasta el pié del castillo....

XENIZ.

Mucha lástima tengo á los que allí se encuentran.... Ese Aben Humeya tiene el brazo tan pesado!....

ABEN FARAX (*pasando de un grupo á otro*).

¿Dónde está el Dalay?....

DALAY.

Aquí.

ABEN FARAX.

¿Están ya marcadas todas las casas de los Castellanos?....

DALAY.

Y hasta las nuestras en que hay alguno de ellos.

ABEN FARAX.

Es preciso echar abajo las puertas que no se abran de par en par ante vosotros.... No hallen en parte alguna ni refugio ni asilo!....

PARTAL.

Cuidado, amigos, que no confundais

CHOEUR.

Sion, respire;
Plus de douleur!
Reprends ta lyre,
C'est le Sauveur!

SCÈNE II.

ABEN FARAX, LE PARTAL, LE DALAY, LE XENIZ, MAURES.

ABEN FARAX.

Ils sont déjà dans l'église....

LE PARTAL.

Ils auront moins de chemin à faire.... ils ont sous leurs pieds le tombeau.

ABEN FARAX.

Tous nos amis sont-ils prêts?....

LE PARTAL.

Aussitôt que nous pousserons le cri d'extermination, il sera répété partout, et parviendra jusqu'au pied du château....

LE XENIZ.

Je plains ceux qui s'y trouvent.... Aben Humeya a le bras si dur!....

ABEN FARAX. (*Il quitte son groupe, et vient dans l'autre.*)

Où est le Dalay?....

LE DALAY.

Me voici.

ABEN FARAX.

Toutes leurs maisons sont-elles marquées?....

LE DALAY.

Et même les nôtres, où il y a des Castillans.

ABEN FARAX.

Il faut enfoncer les portes qui ne s'ouvriront pas devant vous.... qu'ils ne trouvent de refuge nulle part!

LE PARTAL.

Prenez garde, mes amis, de ne pas

á los Castellanos con otros.... los distinguiréis por el traje....

DALAY.

No es menester sino cerrar los ojos, y dejar obrar los puñales.

ABEN FARAX.

Vé á ponerte delante de una de esas puertas, mientras el Partal va á posesionarse de la otra.... Que hallen cerradas todas las salidas; y que, si intentan abrirse paso, caigan muertos á vuestros piés.

DALAY.

Descuida....

PARTAL.

Seguidme....

(*Se van seguidos de muchos Moriscos, y cada cual se coloca con los suyos hácia el promedio de una de las calles del fondo, como para aguardar á los que intenten salir de la iglesia por las puertas de costado.*)

ABEN FARAX (*al Xeniz y á los que se han quedado con él*).

A nosotros nos cabe mejor suerte.... vamos á ser los primeros que vertamos su sangre!

(*Aprestan sus armas.*)

XENIZ Y OTROS MORISCOS.

Vamos al punto, vamos!

(*Encamínanse con el mayor silencio hácia la puerta principal de la iglesia, ínterin que el canto continúa, cada vez mas suave y apacible. Cuando se hallen reunidos ante la puerta y en las gradas, Aben Farax se vuelve á ellos, y les señala el cielo con su sable. Todos ellos gritan al punto :*)

Mueran los Castellanos!

(*En todas las calles resuena el mismo grito.*)

confondre les Castillans.... vous les distinguerez à leur costume....

LE DALAY.

Il suffira de fermer les yeux, et de laisser agir nos poignards.

ABEN FARAX.

Va t'emparer d'une de ces portes, tandis que le Partal occupera l'autre.... qu'ils trouvent toutes les issues fermées; et que, s'ils essaient de sortir, ils tombent sous vos coups.

LE DALAY.

Sois tranquille....

LE PARTAL.

Venez....

(*Ils partent, suivis de plusieurs Maures. Chacun d'eux va se placer vers le milieu d'une des rues du fond, pour attendre ceux qui voudront sortir de l'église par les portes latérales.*)

ABEN FARAX (*au Xeniz et à ceux qui restent avec lui*).

Nous sommes plus heureux.... nous serons les premiers à verser leur sang!

(*Ils apprêtent leurs armes.*)

LE XENIZ ET QUELQUES MAURES.

Partons!

(*Ils se dirigent vers la porte principale de l'église, dans le plus grand silence, tandis que le chant continue, plus lent encore et plus doux. Quand ils seront réunis devant la porte et sur les degrés, Aben Farax se retourne vers eux, et leur montre le ciel avec son sabre. Ils poussent tous ce cri :*)

Mort aux Castillans! (*qui est répété en même temps dans toutes les rues.*)

ESCENA III.

(*Aben Farax y los suyos entran con ímpetu en la iglesia : óyese el estruendo; la gente quiere salir de tropel, y las dos hojas de la puerta se cierran de golpe. Al mismo tiempo se oyen estos varios acentos :*)

HOMBRES Y MUJERES.

Piedad!.... por Dios!.... piedad!

MORISCOS.

Mueran los Castellanos!

SOLDADOS.

Asesinos!....

(*Resuena en la iglesia el ruido de las armas; los soldados castellanos quieren abrirse paso con la espada; los Moriscos intentan impedírselo; pero son arrollados, y los Castellanos bajan por las calles del fondo, cruzan con presteza la plaza, y se van por una de las calles laterales, perseguidos por los Moriscos y defendiéndose al arma blanca.*)

SOLDADOS.

Al castillo!.... salvémonos!

MORISCOS.

Mueran los Castellanos!.... mueran!

TODOS.

Al castillo! ! !

(*Al punto que los Moriscos hayan dejado libres las puertas de la iglesia, sale de tropel la gente del pueblo, pastores, mujeres, niños.... Huyen por todas partes en la mayor confusion, y se van por las diversas calles. Así esta dispersion como la anterior refriega deben verificarse en lo hondo de la plaza, de suerte que los actores no se presenten en el primer término del cuadro.*)

SCÈNE III.

(*Aben Farax et la plupart des Maures se sont précipités dans l'église; on entend le tumulte; la foule veut sortir, et les deux battants de la porte se referment. En même temps ces différents cris se font entendre:*)

HOMMES ET FEMMES.

Grâce!... au nom de Dieu!... grâce!

LES MAURES.

Mort aux Castillans!

LES SOLDATS.

Assassins!....

(*On entend dans l'intérieur le cliquetis des armes : les soldats castillans tâchent de se frayer un passage, l'épée à la main; les Maures veulent les empêcher de sortir; mais ils sont refoulés, et les Castillans descendent par les rues du fond, traversent rapidement la place, et s'en vont par une des rues latérales, toujours poursuivis par les Maures, et combattant à l'arme blanche.*)

LES SOLDATS.

Au château!... sauvons-nous!

LES MAURES.

Mort aux Castillans!

TOUS.

Au château! ! !

(*Aussitôt que les Maures auront laissé libres les portes de l'église, on voit en sortir par flots les gens du peuple, des pâtres, des femmes, des enfants.... Ils fuient de tous côtés dans le plus grand désordre, et disparaissent par toutes les rues. Cette fuite, ainsi que le combat, doivent se passer au fond de la place, sans que les acteurs se rapprochent du premier plan du tableau.*)

ESCENA IV.

UN GRUPO DE MORISCOS, LA VIUDA DE UN CASTELLANO, UN MORISCO.

(*Baja la viuda corriendo por una de las calles del fondo, con un niño en los brazos: un Morisco la persigue de cerca con sable en mano.*)

VIUDA.

Mi hijo!.... mi hijo!....

MORISCO.

En el infierno volverás á verle.

VIUDA.

Por Dios!....

(*Al momento mismo de pasar por delante de una de las calles laterales, sale por ella Muley Carime, y se interpone entre la viuda y el Morisco, que estaba ya á punto de alcanzarla.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

¿Qué haces?

MORISCO (*queriendo descargar el golpe*).

Es hijo de un Castellano....

MULEY CARIME.

Detente! Yo te creia un hombre esforzado.... no un asesino.

(*La viuda, rendida de cansancio y de angustia, está á los piés de Muley Carime, y abraza sus rodillas, así como el niño.*)

MORISCO.

Es que....

MULEY CARIME.

Ya lo sé : con la oscuridad de la noche te has engañado.... yo te disculpo....

SCÈNE IV.

UN GROUPE DE QUELQUES MAURES, UNE FEMME CASTILLANE, UN MAURE.

(*On voit descendre, par une des rues du fond, une femme castillane, ayant dans ses bras un enfant : un Maure la poursuit vivement, le sabre à la main.*)

LA FEMME.

Mon enfant!... mon enfant!...

LE MAURE.

Tu le retrouveras dans l'enfer!....

LA FEMME.

Par pitié!....

(*Au moment où elle passe devant une des rues latérales, Muley Carime en sort, et s'interpose entre la femme et le Maure, qui était déjà sur le point de la saisir.*)

SCÈNE V.

LES MÊMES, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

Que fais-tu, misérable?

LE MAURE (*voulant frapper*).

C'est le fils d'un Castillan....

MULEY CARIME.

Arrête! Je te croyais un brave.... non pas un assassin.

(*La femme épuisée s'est jetée aux pieds de Muley Carime, et embrasse ses genoux, ainsi que son enfant.*)

LE MAURE.

Mais....

MULEY CARIME.

Je vois que dans l'obscurité tu t'es trompé toi-même.... je t'excuse.... tu

creias perseguir à un enemigo.... y es una mujer!

(*El Morisco se queda confuso; apártase poco á poco, y va á juntarse con los demás.*)

UN MORISCO (*en el grupo*).

Otra vez el viejo!.... por todas partes se le encuentra.

MULEY CARIME (*á la mujer*).

Levántate, infeliz.... nada tienes ya que temer.... ¿Porqué me besas la mano? yo no he hecho sino lo que debia.

MORISCO PRIMERO.

¿Lo estais oyendo?.... Ni aun trata de disimular.... siempre ha querido bien á los cristianos.

MORISCO SEGUNDO.

Quién sabe!.... Tal vez lo será en el fondo de su corazon.

LA VIUDA (*al tiempo de levantarse*).

Así, hijo mio.... bésale los piés.... acaba de salvarte la vida.

(*El niño lo ejecuta.*)

MULEY CARIME.

¿No tienes mas hijos que este?

VIUDA.

Es el único.... y he estado á punto de perderle.... ya le he visto traspasado en mis brazos!....

(*Abraza al niño con la mayor ternura.*)

MULEY CARIME.

No llores, buena mujer, no llores.... ¿no ves que afliges á ese niño?.... Escucha (*en tono mas bajo*): corres peligro si te vuelven á hallar aquí.... En este momento están ciegos, y son capaces de todo.... Ven conmigo; yo te acompañaré hasta las puertas del pueblo, y te indicaré un paraje en que puedas guarecerte.

croyais poursuivre un ennemi.... c'est une femme!

(*Le Maure se montre interdit; il s'éloigne lentement, et va se réunir aux autres.*)

UN MAURE (*dans le groupe*).

Encore ce vieillard!.... On le trouve partout.

MULEY CARIME.

Relève-toi, malheureuse.... tu n'as rien à craindre.... Pourquoi embrasses-tu ma main?.... ce que j'ai fait pour toi, je devais le faire.

MAURE PREMIER.

Vous l'entendez?.... Il ne se cache pas.... Il a toujours aimé les chrétiens.

MAURE SECOND.

Qui sait!.... peut-être l'est-il lui-même dans le fond du cœur.

LA FEMME (*au moment de se relever*).

Embrasse, mon fils, embrasse encore ses pieds.... Tu lui dois la vie! (*L'enfant obéit.*)

MULEY CARIME.

Tu n'as pas d'autres enfants?

LA FEMME.

C'est le seul.... et j'ai été sur le point de le perdre.... Je l'ai vu déjà égorgé dans mes bras!.... (*Elle l'embrasse avec la plus grande tendresse.*)

MULEY CARIME.

Ne pleure pas, bonne femme.... tu affliges cet enfant.... Écoute (*d'un ton plus bas*): Il ne faut pas qu'on te retrouve ici.... Dans ce moment la fureur les aveugle; ils sont capables de tout.... Viens avec moi; je t'accompagnerai jusqu'aux portes de la ville, et je t'indiquerai un endroit où tu pourras te réfugier.

VIUDA.

Dios os bendiga !.... Habeis salvado á este infeliz huérfano....

MULEY CARIME.

Ya me conoce el angelito.... ¿Lo ves?.... Me toma la mano.... Venid, venid conmigo.

(*Vanse por la calle opuesta á la que conduce al castillo.*)

LA FEMME.

Que le Dieu du ciel vous bénisse!.... Vous avez sauvé ce pauvre orphelin....

MULEY CARIME.

Il me connaît déjà.... tu vois, il me prend la main.... Venez, venez tous deux avec moi. (*Ils s'en vont par la rue opposée à celle qui conduit au château.*)

ESCENA VI.

LOS MORISCOS.

(*Quédanse por un momento callados y como absortos.*)

MORISCO PRIMERO.

Ha salvado la vida á ese muchacho.... para alegar luego ese mérito.

MORISCO SEGUNDO.

Lástima es que haya tomado nuestro vestido... mejor le asentaba el traje castellano.

MORISCO PRIMERO.

Se lo ha quitado esta noche por no morir con sus amigos.... pero le habrá guardado para mejor ocasion.

MORISCO SEGUNDO.

¿Y quién tiene la culpa?.... nosotros. ¿Porqué le hemos dejado escapar?....

SCÈNE VI.

LES MAURES.

(*Ils restent silencieux et comme étonnés pendant un instant.*)

MAURE PREMIER.

Il a voulu sauver cet enfant pour s'en faire ensuite un mérite.

MAURE SECOND.

C'est dommage qu'il ait pris aussi notre costume.... L'habit castillan lui allait mieux.

MAURE PREMIER.

Il l'a ôté cette nuit pour ne pas périr avec ses amis.... mais il l'aura gardé pour le reprendre un jour.

MAURE SECOND.

Ce n'est pas sa faute, c'est la nôtre... pourquoi l'avoir laissé échapper?....

ESCENA VII.

Los DICHOS, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(*Aben Abo y Aben Farax desembocan por la calle que conduce al castillo á tiempo de oir las últimas palabras.*)

ABEN FARAX.

¿A quién?

MORISCO PRIMERO.

Al hijo de un Castellano....

SCÈNE VII.

LES MÊMES, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(*Aben Abo et Aben Farax entrent par la rue qui conduit au château au moment précis pour entendre ces dernières paroles.*)

ABEN FARAX.

Qui?....

MAURE PREMIER.

Le fils d'un Castillan....

MORISCO SEGUNDO.

Que ha salvado Muley Carime.

ABEN FARAX.

¡Muley Carime!

MORISCO PRIMERO.

¿Y porqué lo extrañas?.... nada mas natural.... Ha sido toda su vida el mas vil esclavo de los cristianos.

ABEN FARAX.

No hableis de él en esos términos.... debeis tratarle con mas respeto.... ¿No es suegro de vuestro rey?

MORISCO SEGUNDO.

¡De nuestro rey!

MORISCO PRIMERO.

Si se vuelve como Carime, poco le durará el serlo.

ABEN ABO.

Eso es.... echar fieros á sus espaldas, y despues temblar en su presencia.

ALGUNOS MORISCOS.

¡Nosotros!

ABEN ABO.

¿Pues no acabais de decirlo?.... Con una palabra de Muley Carime se os ha caido el puñal de las manos.

MORISCO PRIMERO.

Si no se hubiera tratado de un niño!...

ABEN FARAX.

Tienes razon, amigo.... su padre tal vez degolló al tuyo.

MORISCO PRIMERO.

Su hijo le vengará.

(*Vase al punto, haciendo seña á los demás para que le sigan; y desaparecen por la misma calle por la que se fué Muley Carime.*)

ESCENA VIII.

ABEN ABO, ABEN FARAX.

ABEN ABO.

Miserables!.... Su furor se enciende

MAURE SECOND.

Que Muley Carime vient de sauver.

ABEN FARAX.

Muley Carime!

MAURE PREMIER.

Pourquoi cet étonnement?.... Rien de si naturel.... Il a toujours été le plus humble esclave des chrétiens.

ABEN FARAX.

N'en parlez pas ainsi.... Vous lui devez plus de respect.... N'est-ce pas le beau-père de votre roi?

MAURE SECOND.

De notre roi?....

MAURE PREMIER.

S'il devient comme Carime, il ne le sera pas longtemps.

ABEN ABO.

Fort bien, mes amis, fort bien.... Vous faites les braves quand ils sont loin.... et vous tremblez en leur présence!

QUELQUES MAURES.

Nous!

ABEN ABO.

Vous venez de le dire vous-mêmes.... N'est-ce pas un mot de Carime qui a fait tomber le poignard de vos mains?

MAURE PREMIER.

Si ce n'avait pas été un enfant!....

ABEN FARAX.

Tu as raison, mon ami.... Son père peut-être a égorgé le tien.

MAURE PREMIER.

Son fils le vengera. (*Il part aussitôt, en faisant signe aux autres de le suivre. Ils s'en vont par la même rue qu'a prise Muley Carime.*)

SCÈNE VIII.

ABEN ABO, ABEN FARAX.

ABEN ABO.

Misérables!.... leur fureur s'allume

y se apaga como lumbrarada de sarmientos.

ABEN FARAX.

¿Y quién nos quita aprovecharnos, á la primera ocasion favorable, de ese carácter impetuoso?.... Quién sabe!.... quizá este último lance pudiera sernos útil. — Ya empiezan á murmurar de Muley Carime; no será difícil trocar la desconfianza en odio.

ABEN ABO.

Mucho piensas en ese viejo.... Bien se echa de ver que te negó la mano de su hija, y que la entregó ante tus mismos ojos al rival que mas aborrecias....

ABEN FARAX.

Hace ya muchos años que he echado en olvido mi amor; pero no he olvidado mi afrenta.

ABEN ABO.

Y no ves mas que á Muley Carime cuando intentas vengarla!....

ABEN FARAX.

Es que de un solo golpe espero herir dos víctimas.

ABEN ABO (*dándole la mano*).

Si hubieras visto al otro insolente, como acabo de verle yo!.... He tenido que huir de su presencia, porque ya no podia contenerme. Todas sus proezas se reducian á haber degollado unos cuantos soldados, viejos, enfermos.... otros que se hallaban sepultados en el sueño ó en la embriaguez.... Pues bien: ¿lo creerás? Aben Humeya se mostraba envanecido, como si acabase de alcanzar una victoria.... Ya se enseñoreaba del castillo; ya afectaba la majestad real... «¿Quién es ese guerrero, se dignó preguntar, que ha subido por la escala antes que nadie?.... » Como que mostraba deseos de recompensarle; mas al punto que oyó mi nombre, frunció el entrecejo, y no acertó á pronunciar ni una sola palabra.

et s'éteint comme un feu de sarment.

ABEN FARAX.

Et pourquoi ne pas profiter de ce caractère impétueux, à la première occasion que le sort nous présente?.... qui sait!.... peut-être cet incident même pourrait bien nous servir.... On murmure déjà contre Carime; il ne sera pas difficile de changer la méfiance en haine.

ABEN ABO.

Tu t'occupes trop de ce vieillard ... On voit bien que c'est lui qui te refusa la main de sa fille, et la livra, sous tes yeux, à un rival abhorré....

ABEN FARAX.

Depuis longtemps j'ai oublié mon amour; je n'ai pas oublié mon affront.

ABEN ABO.

Et tu ne vois que Carime quand tu songes à te venger!.. .

ABEN FARAX.

C'est que j'espère frapper, d'un seul coup, deux victimes.

ABEN ABO (*lui serrant la main*).

Si tu avais vu l'insolent, comme je viens de le voir moi-même!.... Je me suis empressé de fuir sa présence; j'allais éclater. Il n'avait fait qu'égorger quelques soldats, vieux, infirmes.... d'autres plongés dans le sommeil ou dans l'ivresse.... Eh bien! le croiras-tu?.... il se montrait tout fier, comme s'il venait de remporter un grand triomphe.... Il parcourait le château en maître; il affectait déjà la majesté royale.... Quel est, a-t-il dit, ce guerrier qui a monté le premier par l'échelle? Il montrait le desir de le récompenser; mais aussitôt qu'il a entendu mon nom, son front s'est rembruni; il n'a pu prononcer un mot.

ABEN FARAX.

No disimula su odio contra el nombre Zegrí.... le mamó al nacer; corre por sus venas....

ABEN ABO.

Y yo tambien trasmitiré mi odio con mi sangre, á mis hijos, y á los nietos de mis hijos, hasta la última generacion! A duras penas he podido ahogarle unos momentos para reunir contra el enemigo comun las dos tribus rivales; mas cuando he visto á ese ambicioso ser el postrero que se haya empeñado en el levantamiento para usurpar en el mismo instante la suprema potestad; cuando le veo aprestarse á insultarnos con su desaire, aun mas amargo que su enojo... no, Farax, no; no hemos nacido nosotros para ser sus esclavos.

ABEN FARAX.

¡Sus esclavos!... no te apures, Aben Abo; acaba de subir sobre un precipicio, y el pié va á deslizársele! Yo conozco á nuestros guerreros aun mejor que tú propio: en un arrebato de entusiasmo, le han proclamado rey.... creian de buena fe que solo nombraban un caudillo, no que se sometian á un dueño.... Pero si nuestras armas padecen el menor descalabro; si recae sobre él la mas leve sospecha.... bajo su mismo techo vive ese viejo, padre de su mujer, confidente de Mondejar, y dócil instrumento de sus órdenes.... ha tenido la osadía de proteger en medio del tumulto la vida de algunos cristianos; procurará aun con sus consejos tímidos entorpecer nuestros esfuerzos.... ¿Qué mas habemos menester para deshacernos de entrambos?...

ABEN ABO.

Calla!.... ¿no es él?.... ¿aquel que viene allí con dos Castellanos?

ABEN FARAX.

Sí.... no hay duda; es Muley Carime....

ABEN FARAX.

Il ne déguise pas la haine qu'il a vouée au nom Zégri.... Il l'a sucée avec le lait; il la porte dans son sang...

ABEN ABO.

Et moi je transmettrai la mienne à mes fils, et aux enfants de mes fils, jusqu'à la dernière génération! J'ai pu l'étouffer un instant pour réunir contre l'ennemi commun les deux tribus rivales; mais quand j'ai vu cet ambitieux se jeter le dernier dans la révolte pour s'emparer, un instant après, du pouvoir suprême; quand je le vois s'apprêter à nous insulter par son dédain, plus amer encore que sa colère... non, Farax, non; nous ne sommes pas nés pour être ses esclaves.

ABEN FARAX.

Ses esclaves!.... Aben Abo, sois tranquille.... Il vient de monter sur un précipice; le pied va lui glisser. Je connais nos guerriers, mieux encore que toi-même : dans un moment d'enthousiasme, ils l'ont proclamé leur roi.... ils ont cru choisir un chef, non se donner un maître.... Mais si le moindre revers vient atteindre nos armes; si le plus léger soupçon plane un jour sur sa tête... On voit près de lui ce vieillard, le père de sa femme, le confident de Mondejar, l'instrument de ses ordres.... Il a osé, au milieu du carnage, protéger la vie des chrétiens; il tâchera, par des conseils timides, d'entraver nos efforts.... Nous faut-il davantage pour les perdre tous deux?....

ABEN ABO.

Mais.... n'est-ce pas lui-même.... celui qui vient accompagné de deux Castillans?....

ABEN FARAX.

Oui.... c'est Carime....

ABEN ABO.

Ven, ven aquí....

ABEN FARAX (*poniendo sobre su corazon la mano de Aben Abo*).

¿Ves que aprisa late?.... pronto nos veremos vengados.

(*Ocúltanse en el portal de una casa, sita cerca de la calle por donde desembocan los otros, y cuya puerta habrá sido derribada aquella noche. Despues sacan la cabeza de cuando en cuando, como acechando á Muley Carime y á Lara, y procurando enterarse de su conversacion. Antes de concluirse la escena anterior, empieza á clarear el dia, en términos de que puedan distinguirse los objetos.*)

ESCENA IX.

LARA, MULEY CARIME, UN ESCUDERO.

(*Este último traerá en la mano derecha una pica con una bandereta blanca, y en la izquierda un escudo muy rico.*)

MULEY CARIME.

En este sitio debeis aguardar, noble Lara.... Ya he dado aviso de vuestra llegada; y dudo mucho que os consientan entrar en el castillo.

LARA.

Mas bien debo agradecérselo que darme por ofendido.... así me ahorrarán el ver á mis hermanos asesinados!... Pero ¿puedo hablaros ingenuamente, como un caballero honrado á su antiguo amigo?.... Yo sabia las noticias que habia recibido Mondejar, anunciando inminente el peligro; ahora mismo estoy viendo con mis ojos estas ruinas, estos desastres.... y sin embargo, todo cuanto percibo no me parece aun sino un sueño pesado.... trabajo me cuesta darle crédito!

MULEY CARIME.

Y no obstante es la realidad.

ABEN ABO.

Viens, viens ici....

ABEN FARAX (*portant la main d'Aben Abo sur son cœur.*)

Sens-tu comme il bat?.... Nous serons bientôt vengés.

(*Ils se cachent à l'entrée d'une maison, située près de la rue par où les autres vont arriver, et dont la porte aura été enfoncée dans la nuit. Ensuite ils reparaissent, de temps à autre, comme s'ils observaient Muley Carime et Lara, et qu'ils voulussent comprendre leur entretien. Avant la fin de la scène précédente, le jour commence à poindre, de manière à ce qu'on puisse distinguer les objets.*)

SCÈNE IX.

LARA, MULEY CARIME, UN ÉCUYER CASTILLAN. (*Celui-ci a une lance, avec un petit drapeau blanc; et dans la main gauche un riche bouclier.*)

MULEY CARIME.

Vous devez attendre ici, noble Lara... J'ai déjà fait prévenir de votre arrivée; et je ne crois pas qu'on vous permette d'entrer dans le château.

LARA.

Je leur en sais gré, au lieu de m'en plaindre.... Il m'épargneront la vue de mes frères assassinés! Mais puis-je vous parler franchement, comme un chevalier loyal à son ancien ami?.... Je savais les avis alarmants que Mondejar avait reçus; j'ai maintenant sous mes yeux ces ruines, ces désastres; et cependant tout ce que je vois ne me paraît encore qu'un songe affreux.... J'ai peine à y croire!

MULEY CARIME.

Pourtant ce n'est que trop vrai.

LARA.

Vos mismo, que habeis sido hasta ahora el padre de estos pueblos, y su intercesor para con Mondejar, ¿cómo habeis podido tambien burlar su confianza, y dejaros arrastrar de una locura que tiene que costar tantas lágrimas?....

MULEY CARIME.

No es tiempo de inculpaciones ni de excusas.... ¿de qué servirian ya?.... Por mi parte no he perdonado medio (Dios lo sabe) para librar á estos pueblos de tan graves desdichas.... cuando recaigan sobre mí, las arrostraré con buen ánimo.

LARA.

No basta morir con denuedo para cumplir con los deberes que nos impone la patria; cuando se la ve al borde del abismo....

MULEY CARIME.

Debe uno compartir su suerte....

LARA.

Antes bien salvarla.

MULEY CARIME.

Salvarla!.... se conoce, noble Lara, que estais acostumbrado al tumulto de las armas y al horror de una lid campal; mas no teneis idea de un espectáculo aun mas espantoso y terrible.... el levantamiento de un pueblo!

LARA.

No ignoro cuan difícil sea lograr que se oiga la voz de la razon, cuando arden todos los pechos en sed de venganza; pero tampoco ignoro la condicion del pueblo, tan feroz en el primer ímpetu, como inconstante en sus empresas, y cobarde en la adversidad. Fácil cosa es pelear con bizarría, cuando no se aventura sino la propia vida, cara á cara del enemigo; pero cuando se ve uno rodeado de poblaciones enteras, sin abrigo ni amparo, extenuadas de can–

LARA.

Vous-même, vous, le père de ces contrées, et leur défenseur constant auprès de Mondejar, avez-vous pu tromper sa confiance, et partager un délire qui doit coûter tant de larmes?...

MULEY CARIME.

Il n'est plus temps de faire des excuses ni des reproches.... A quoi mèneraient-ils?.... J'ai employé tous mes efforts (le Dieu du ciel m'en est témoin!) pour écarter de ces peuples de si grandes calamités.... Quand je les verrai fondre sur moi, je les envisagerai sans crainte.

LARA.

Il ne suffit pas de mourir avec courage pour remplir les devoirs que la patrie nous impose; quand on la voit sur le bord de l'abîme....

MULEY CARIME.

On doit partager son sort.

LARA.

On doit la sauver.

MULEY CARIME.

La sauver!.... Vous connaissez bien, brave Lara, le tumulte des camps et l'horreur des batailles; mais vous ne connnaissez pas ce qu'il y a de plus orageux, de plus terrible encore.... l'insurrection d'un peuple!

LARA.

Je n'ignore pas combien il est difficile de faire entendre la voix de la raison, lorsque tous les cœurs ne brûlent que de l'ardeur de la vengeance; mais je n'ignore pas non plus la condition du peuple, aussi féroce dans les premiers accès de sa rage qu'inconstant dans ses résolutions et timide dans les revers. On peut bien combattre avec courage, lorsqu'on n'expose que ses jours en face de l'ennemi; mais quand on se voit entouré par des populations en-

sancio y de hambre; cuando no se ven por todas partes sino mujeres y niños, demandando socorro á gritos, y amenazados de quedar esclavos.... consultad vuestro corazon; una hija teneis!

MULEY CARIME.

Sí....

LARA (*interrumpiéndole*).

¿Y estais seguro de tenerla mañana?

MULEY CARIME (*despues de una breve pausa.*)

No sois padre, Lara; de cierto no lo sois.... No me hubiérais hecho entonces esa cruel pregunta!

LARA.

No ha sido mi ánimo lastimaros con mis expresiones; antes bien han sido dictadas por la amistad mas sincera, por el mas vivo interés.... Ni cómo pudiera yo disfrazaros la verdad en tan terrible trance! Un dia, una hora, un instante quizá va á decidir de la suerte de estos pueblos: si no rinden las armas, al punto que se les intime, su ruina es cierta, inevitable: salvadlos de su destruccion!... Mondejar contaba con vuestra prudencia, con el influjo de vuestra familia, hasta con ese mismo Don Fernando de Válor, que acaba de ponerse al frente de los sublevados....

MULEY CARIME.

Se ha visto, sin saber cómo, seducido por amigos pérfidos, arrastrado por la muchedumbre....

LARA.

¿Mas son ellos por ventura los que podran salvarle?....

MULEY CARIME (*con tono abatido*).

Solo Dios....

LARA.

Y vos tambien.

MULEY CARIME.

¡Yo!

LARA.

Vos mismo.

tières, sans abri, sans défense, exténuées de fatigue et de faim; quand on n'aperçoit de tous côtés que des femmes et des enfants poussant des cris de détresse, et menacés par l'esclavage.... Consultez votre cœur; vous avez une fille!

MULEY CARIME.

Oui....

LARA (*l'interrompant*).

Êtes-vous assuré de l'avoir demain?

MULEY CARIME (*après une courte suspension*).

Vous n'êtes pas père, Lara; j'en suis sûr.... vous m'auriez épargné cette question cruelle!

LARA.

Ce n'est pas le désir de vous affliger qui a dicté mes paroles.... c'est l'amitié, l'intérêt le plus tendre.... Pourrais-je, dans ce péril extrême, vous cacher la vérité!.... Un jour, une heure, un seul instant peut-être va décider du sort de ces peuples: s'ils ne déposent les armes dès qu'ils en seront sommés, leur perte est sûre, inévitable.... Sauvez-les de leur destruction! Mondejar comptait beaucoup sur vous, sur l'influence de votre famille, sur ce même don Ferdinand de Valor qui vient de se mettre à la tête des révoltés....

MULEY CARIME.

Il a été séduit par des amis perfides, entraîné par la multitude....

LARA.

Mais ces amis, cette multitude, pourront-ils le sauver?

MULEY CARIME (*avec abattement*).

Dieu seul....

LARA.

Et vous.

MULEY CARIME.

Moi!....

LARA.

Vous-même.

MULEY CARIME.

No acierto á comprenderos....

LARA (*óyese ruido á lo lejos*).

Y no es esta ocasion ni lugar de explicarme mas claro.... pero no pierdo la esperanza de hablaros otros cortos momentos antes de partir.... Tal vez tendremos la dicha de impedir muchos males!

(*Llegan por todas partes los Moriscos: Aben Abo y Aben Farax salen del portal, sin ser vistos de Lara ni de Muley Carime. Oyese, hácia el lado del castillo, el son de atabalejos y de otros instrumentos morunos; y poco despues se presenta Aben Humeya, acompañado de varios caudillos, y seguido de la muchedumbre. Todos los Moriscos salen armados con arcabuces, ballestas, hondas, etc. Algunos sacan tambien en la mano estandartes rojos. Colócanse por el recinto de la plaza, en las gradas de la iglesia, en las calles del fondo, de suerte que el conjunto forme un vistoso cuadro.*)

ESCENA X.

LARA, MULEY CARIME, ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, ABEN JUHAR, EL PARTAL, EL DALAY, EL XENIZ, EL ESCUDERO CASTELLANO Y MUCHOS MORISCOS.

ABEN HUMEYA.

Decid, noble Lara, á qué sois enviado.... Dispuestos nos veis á escucharos.

LARA.

El ilustre marqués de Mondejar, capitan general del reino de Granada, me envía á vos, don Fernando....

TODOS LOS MORISCOS (*interrumpiéndole de pronto*).

Aben Humeya!

MULEY CARIME.

Je ne vous comprends pas....

LARA (*on entend du bruit dans le lointain*).

Ce n'est point ici le lieu ni l'occasion de m'expliquer avec vous davantage. Mais j'espère vous entretenir encore, pendant quelques instants, avant mon départ.... Peut-être serons-nous assez heureux pour prévenir bien des désastres!

(*On voit des Maures qui arrivent de tous côtés: Aben Abo et Farax sortent sans être aperçus de Lara ni de Muley Carime. On entend, du côté du château, le son de petites timbales et d'autres instruments moresques. Aben Humeya paraît ensuite accompagné des chefs, et suivi par la foule. Tous les Maures sont armés avec des arquebuses, des arbalètes, des frondes, etc. Quelques-uns ont de petits étendards rouges à la main. Ils se distribuent dans la place, sur les degrés de l'église, dans les deux rues du fond. Le tout doit former un tableau.*)

SCÈNE X.

LARA, MULEY CARIME, ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, ABEN JOUHAR, LE PARTAL, LE DALAY, LE XENIZ; PLUSIEURS AUTRES MAURES.

ABEN HUMEYA.

Vous pouvez exposer votre message, noble Lara; nous sommes prêts à vous écouter.

LARA.

L'illustre marquis de Mondejar, capitaine général du royaume de Grenade, m'envoie vers vous, don Ferdinand....

TOUS LES MAURES (*l'interrompant brusquement*).

Aben Humeya!!!

ABEN HUMEYA.

(Impone silencio á los suyos con el ademan, y despues se vuelve á Lara, que habrá manifestado alguna sorpresa.)

Podeis continuar libremente; nadie volverá á interrumpiros.

LARA.

El ilustre marqués de Mondejar me envía cerca de vos y de estos pueblos.... y antes de servir de intérprete á tan digno caudillo, omito como inútil recordaros cuán acreedor es á vuestra veneracion, á vuestra confianza, y aun puedo decirlo sin recelo, á vuestra gratitud.... Tan grandes y tan recientes son sus beneficios, que no habréis podido olvidarlos. De muchos años á esta parte, os ha gobernado con zelo y con justicia.... Ni se ha contentado con eso; sino que honrándose, entre tantos títulos de gloria, con el de vuestro protector natural, no vaciló un instante en ir á echarse á los piés del trono.... No parecia un jefe solícito, intercediendo en favor de un pueblo; sino mas bien un padre, ofreciendo su vida por sus hijos!.... ¿Y cómo habeis correspondido vosotros á tan hidalgo proceder?.... No necesito sonrojaros; tended la vista en rededor... ó mas bien, mirad vuestras manos; teñidas están de sangre inocente!—Y á pesar de todo, á la vista de tanta atrocidad, cuando se oyen aun los ayes de las víctimas, y cuando el brazo de la justicia está ya alzado sobre vuestras cabezas, tomo yo sobre mí dirigiros todavía pláticas de paz.... Conozco bien á Mondejar: le agrada mas el perdon que el castigo. Pero cuidado no os equivoqueis, al calcular el motivo ó las resultas de este paso!.... Solo una sumision pronta, un sincero arrepentimiento, un recurso á la clemencia del monarca, sirviendo de intercesor ese mismo jefe, vuestro ángel tutelar en la tierra, pueden preservaros

ABEN HUMEYA.

(Il fait un signe de commandement aux siens, et puis s'adresse à Lara, qui semble d'abord un peu surpris.)

Vous pouvez continuer librement; vous ne serez point interrompu.

LARA.

L'illustre Mondejar m'envoie vers vous et vers ces peuples.... Avant de me rendre son interprète, je crois inutile de vous rappeler tous ses titres à votre respect, à votre confiance, j'ose même le dire, à votre gratitude.... Ils sont trop grands et trop récents pour que vous les ayez oubliés. Depuis longtemps il vous gouvernait, rempli de zèle et de justice.... Il a fait plus : il a pris, comme un des beaux titres de sa gloire, celui de votre protecteur naturel, et a couru se jeter au pied du trône.... Ce n'était pas un chef intercédant en faveur d'un peuple; c'était plutôt un père offrant sa vie pour ses enfants! Comment avez-vous répondu à tant de loyauté?.... Je n'ai pas besoin de vous faire rougir : regardez autour de vous.... ou plutôt regardez vos mains; elles sont teintes de sang innocent! Et c'est pourtant à la vue de telles horreurs, quand les cris des victimes se font encore entendre, et lorsque le bras de la justice est déjà levé sur vos têtes, que j'ose vous adresser des paroles de paix.... Je connais Mondejar; il aime mieux pardonner que punir! Mais ne vous abusez pas sur les motifs ni sur les suites de cette démarche.... Il n'y a qu'une soumission prompte, un repentir sincere, un recours à la clémence du monarque, par l'intercession de ce même chef, votre ange tutélaire, qui puissent aujourd'hui vous arracher à une ruine certaine.... Dieu, Dieu seul peut vous sauver demain!

hoy de una ruina cierta... Dios, únicamente Dios, pudiera salvaros mañana!

ABEN HUMEYA.

(Se habrá mostrado como pensativo y distraido, al concluirse la alocucion de Lara.)

Hola!.... cargad de cadenas á ese castellano, y conducidle á una mazmorra.

(Algunos Moriscos dan muestras de obedecer, y despues se detienen indecisos.)

LARA.

¡Y qué, vais á coronar tantos crímenes con este atentado!.... Pero nadie se acercará impunemente á un soldado de los tercios de Castilla.

(Echa mano al puño de la espada: el escudero hace ademan con la lanza de ponerse en defensa.)

ABEN HUMEYA.

Lara, el ánimo y esfuerzo nada valen en esta ocasion.... Vais á experimentar, vos mismo, los tormentos que nuestros antiguos opresores nos han hecho sufrir... Ahora veremos hasta donde raya esa entereza castellana, de que blasonais tanto; ó si antes bien no preferis rescatar la vida á costa de vuestra sumision, de vuestros juramentos, de vuestra misma fe....

LARA.

¿Quién?... ¡yo, bárbaro!... renunciar yo, por salvar una vida sin honra, renunciar á mi rey, á mi patria, á la religion de mis padres!.... Antes la muerte, mil veces la muerte!

ABEN HUMEYA.

(Con sequedad y desaire.)

Esa es nuestra respuesta. — Marchaos.

TODOS LOS MORISCOS *(arrebatados de entusiasmo).*

Viva Aben Humeya!!!

ABEN HUMEYA.

(Il aura paru distrait à la fin du discours de Lara, et comme préoccupé de quelque idée.)

Holà! chargez ce castillan de chaînes, et traînez-le dans un cachot.

(Quelques Maures font semblant d'obéir, et puis s'arrêtent indécis.)

LARA.

Comment!.... Voudriez-vous couronner tant de crimes par cet attentat!.... Mais on n'approche pas impunément d'un vieux soldat des *tercios* espagnols....

(Il met la main sur la garde de son épée: l'écuyer fait un mouvement avec sa lance.)

ABEN HUMEYA.

Le courage, Lara, est dans cette occasion tout à fait inutile.... Vous allez éprouver vous-même les tourments que nos anciens tyrans nous ont fait éprouver.... Nous verrons jusqu'où va cette constance castillane dont vous paraissez si fiers; nous verrons si vous n'achetez pas la vie au prix de votre soumission, de vos serments, de votre foi même....

LARA.

Moi, barbare, moi!.... Je renoncerais, pour sauver une vie ignominieuse, je renoncerais à mon roi, à ma patrie, à la religion de mes pères!.... La mort plutôt, mille fois la mort!

ABEN HUMEYA *(avec froideur et dédain).*

Voilà notre réponse.— Partez.

TOUS LES MAURES

(Dans un entraînement d'enthousiasme.)

Vive Aben Humeya!!!

LARA (*despues de mostrarse un poco perplejo*).

Escuchadme... un momento siquiera....

ABEN HUMEYA.

¿Y qué teneis que añadir?... ¿Reconvenciones?.... Ya las hemos oido. ¿Promesas?.... No hay una sola que no hayais quebrantado. ¿Amenazas?... Resueltos estamos á morir.

MUCHOS MORISCOS.

Todos lo estamos!

OTROS MUCHOS MAS.

Todos!!!

LARA.

Pero teneis esposas, teneis hijos... ¿habeis pensado en su suerte?

ABEN HUMEYA.

Sí, hemos pensado en ella; y al punto hemos empuñado las armas.

VARIOS CAUDILLOS.

Y para no soltarlas jamás!... jamás!

ABEN HUMEYA.

Ya estais oyendo, Lara... ¿qué esperais?...

LARA (*tras una corta pausa*).

Voy por última vez á poner vuestra suerte en vuestras manos; mas no olvideis, en tan fatal momento, que seréis responsables ante Dios y los hombres de cuanta sangre se derrame!

(*Toma la lanza que tenia el escudero, clávala en la tierra, y cuelga de ella el escudo. Vuelve luego á su puesto.*)

Habitantes de estas sierras!... el marqués de Mondejar os envía su propio escudo, en señal de proteccion y como prenda inviolable de paz! ¿Quereis guardarle en vuestro poder, y volver inmediatamente á la obediencia del rey de Castilla?

VARIOS MORISCOS.

No!

LARA (*après quelque hésitation*).

Écoutez-moi.... de grâce.... un seul instant....

ABEN HUMEYA.

Qu'avez-vous à ajouter? sont-ce des reproches? Nous les avons entendus. Des promesses? Vous les avez toutes violées. Des menaces? Nous sommes résolus à mourir.

PLUSIEURS MAURES.

Nous le sommes tous!

D'AUTRES MAURES.

Tous!!!

LARA.

Mais vous avez des femmes, des enfants.... Avez-vous songé à leur sort?

ABEN HUMEYA.

Oui, nous y avons songé; et aussitôt nous avons pris les armes.

QUELQUES CHEFS.

Pour ne les déposer jamais!.... jamais!....

ABEN HUMEYA.

Vous venez d'entendre, Lara.... Qu'attendez-vous encore?....

LARA (*après une courte suspension*).

Eh bien, je vais, pour la dernière fois, mettre votre sort dans vos mains; mais n'oubliez pas, dans ce moment fatal, que vous serez responsables, devant Dieu et devant les hommes, de tout le sang qui va couler! (*Il prend la lance de la main de son écuyer, l'enfonce un peu dans la terre, et y suspend le bouclier. Il revient ensuite à sa place.*) Peuple de ces montagnes!.... le marquis de Mondejar vous envoie son bouclier, en signe de protection, et comme un gage inviolable de paix.... Voulez-vous le garder parmi vous, et rentrer immédiatement sous l'obéissance du roi de Castille?

PLUSIEURS MAURES.

Non!

OTROS MUCHOS.

No!!! (*Tiran piedras y flechas contra el escudo, y échanle por tierra*).

ABEN ABO.

(*Coge un tizon ardiendo de la hoguera, otros Moriscos siguen su ejemplo, y van á pegar fuego á la iglesia.*)

Di á Mondejar que venga á tomar posesion de la villa... nosotros mismos vamos á iluminarle el camino!

LARA.

¿Qué haceis? Acabais de pronunciar vuestra sentencia de muerte!

(*Hace una seña al escudero, que vuelve á tomar inmediatamente la lanza y el escudo.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS DE LA ESCENA ANTERIOR, EXCEPTO LARA Y SU ESCUDERO.

ABEN HUMEYA.

Id, Muley Carime, acompañad á ese enviado, y no le perdais de vista hasta que esté fuera del pueblo.

(*Vase Muley Carime: Aben Farax sigue á corta distancia sus pasos, acompañado de algunos de su bando.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, EXCEPTO MULEY CARIME, ABEN FARAX Y LOS SUYOS.

ABEN HUMEYA.

Y vos, Aben Juhar, partid al instante... poneos al frente de nuestros pueblos sublevados, é impedid al enemigo que cruce el rio de Orgiba.

D'AUTRES MAURES.

Non!!! (*Ils jettent des pierres et des fleches contre le bouclier, et le renversent.*)

ABEN ABO. (*Il saisit un brandon allumé du feu de joie; quelques autres Maures imitent son exemple: ils mettent le feu à l'église.*)

Dites à Mondejar qu'il vienne prendre possession de la ville.... Nous allons nous-mêmes lui éclairer la route!

LARA.

Malheureux!.... que faites-vous?.... C'est votre arrêt de mort.

(*Il fait un signe à l'écuyer, qui reprend aussitôt la lance et le bouclier.*)

SCÈNE XI.

LES MÊMES PERSONNAGES DE LA SCÈNE PRÉCÉDENTE, LARA ET SON ÉCUYER EXCEPTÉS.

ABEN HUMEYA.

Allez, Muley Carime, accompagnez ce messager.... et ne le quittez pas qu'il ne soit hors de la ville.

(*Il part. Aben Farax fait un signe à quelques Maures, et suit les pas de Muley Carime.*)

SCÈNE XII.

LES MÊMES PERSONNAGES DE LA SCÈNE PRÉCÉDENTE, HORMIS MULEY CARIME, FARAX, ET LES MAURES QUI L'ONT SUIVI.

ABEN HUMEYA.

Et vous, Aben Jouhar, partez à l'instant même; mettez-vous à la tête de nos peuples soulevés, et empêchez nos ennemis de franchir le fleuve d'Orgiba.

ESCENA XIII.

LOS DICHOS, MENOS ABEN JUHAR.

ABEN HUMEYA.

Está echado el resto : acabais de oirlo de la misma boca de nuestros contrarios : ni paz ni tregua cabe ya entre nosotros ; no nos dejan mas alternativa que el triunfo ú el cadalso !

MUCHOS MORISCOS.

Con gusto la aceptamos !

ABEN HUMEYA.

¡ Cuán satisfecho estoy, en este instante, al verme rey de tal nacion !

PARTAL.

Antes pereceremos que volver al antiguo yugo.

ABEN HUMEYA.

Quien no teme la muerte, está cierto de la victoria. Seguidme, amigos, seguidme : demos nosotros mismos la señal de pelea ; y no repita el eco de estos montes sino acentos de guerra !

TODOS

Viva Aben Humeya ! ! !

(*Oyese el eco de las aclamaciones y de los instrumentos militares. El incendio de la iglesia va en aumento ; empiezan á caer puertas y ventanas, y dejan ver el interior del templo ardiendo, al mismo tiempo que está nevando á copos.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

SCÈNE XIII.

LES MÊMES PERSONNAGES DE LA SCÈNE PRÉCÉDENTE, ABEN JOUHAR EXCEPTÉ.

ABEN HUMEYA.

Le sort en est jeté : vous venez de l'entendre de la bouche de nos ennemis.... Plus de paix, plus de trêve entre nous ; on ne nous laisse d'autre alternative que la victoire ou l'échafaud !

TOUS LES MAURES.

Nous l'acceptons !!!

ABEN HUMEYA.

Que je suis fier en ce moment d'être le roi d'un tel peuple !

LE PARTAL.

Nous périrons plutôt que de retomber sous le joug.

ABEN HUMEYA.

Quand on est prêt à périr, on est sûr de triompher. Suivez-moi, mes amis : donnons nous-mêmes le signal du combat ; et que l'écho de ces montagnes ne répète que des accents guerriers !

TOUS.

Vive Aben Humeya !!!

(*On entend le bruit des acclamations et l'écho des instruments militaires : l'incendie de l'église augmente ; les portes et les fenêtres s'écroulent, et laissent voir l'intérieur tout en flammes, tandis que la neige tombe en flocons.*)

FIN DU SECOND ACTE.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon de un antiguo castillo de Moros. Cerca de los espectadores, y á su mano derecha, se hallan situados el aposento de Muley Carime y el de Zulema, cuyas

ACTE TROISIÈME.

Le théâtre représente une salle d'un ancien château moresque. Au-devant, et à la droite du spectateur, sont les appartements de Muley Carime et de Zuléma, fermés par des portières

puertas están cubiertas con tapices. En el mismo lado se ve un antiguo reloj, apoyado contra una columna; y en el lado opuesto dos ventanas, por las que se descubre una parte de la villa, alumbrada con el reflejo de la luna. En el fondo del salon, que termina en arcos sustentados en columnas, se ven á entrambas manos dos escaleras paralelas, que conducen á una galeria trasversal, elevada sobre el nivel del teatro, y en cuyo promedio desemboca un largo corredor. Debajo de la galería, entre las dos escaleras, se descubre la entrada de los subterráneos, resguardada con verjas de bronce. Una grande lámpara, colgada de la bóveda, alumbra una parte de la estancia.

ESCENA I.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MUJERES Y ESCLAVAS.

(*Aben Humeya, Zulema y Fátima están sentados en almohadones á un lado del teatro: á cierta distancia, se ve un grupo de mujeres y esclavas, de las cuales una está cantando, y las otras acompañándola con tiorbas.*)

ROMANCE MORISCO.

Al dejar Aben Hamet
Por siempre á su amada patria,
A cada paso que da,
El rostro vuelve y se para;
Mas al perderla de vista,
Las lágrimas se le saltan;
Y en estos tristes acentos
Despídese de Granada:
« A Dios, hermoso vergel,
Tierra del cielo envidiada,
Donde por dicha nací,
Donde morir esperaba,
De tu seno y de mi hogar
Mi dura estrella me arranca:
Y me condena á vivir
Y á morir en tierra extraña....
Y pues por última vez
Te miro en hora menguada,
A Dios, Granada, por siempre!
A Dios, patria de mi alma!.... »

d'étoffe. Du même côté, une ancienne horloge est adossée à une colonne; de l'autre côté sont deux fenêtres, à travers lesquelles on aperçoit une partie de la ville éclairée par la lune. Au fond de la salle, terminée par une colonnade à jour, sont à droite et à gauche deux escaliers parallèles conduisant à une galerie transversale qui domine le théâtre, du milieu de laquelle s'étend un long corridor. Au-dessous de la galerie, entre les deux escaliers, est l'entrée des souterrains défendue par des grilles en bronze. Une grande lampe, suspendue à la voûte, éclaire une partie de la salle.

SCÈNE I.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME, FEMMES ET ESCLAVES NOIRES.

(*Aben Humeya, Zuléma et Fatime sont assis sur des coussins, d'un côté du théâtre: à quelque distance est un groupe de femmes; l'une d'elles chante, tandis que d'autres l'accompagnent avec des téorbes.*)

ROMANCE MORESQUE.

Aben Hamet, en quittant sa patrie,
La mort dans l'âme et des pleurs dans les yeux,
S'arrête au bout de la plaine fleurie,
Belle Grenade, et te fait ses adieux.

Cité d'amour, paradis des fontaines,
Heureux et fier dans ton sein je vécus....
Je vais mourir sur des rives lointaines;
Hélas! hélas! je ne te verrai plus!

« Una y otra primavera,
Errando triste en la playa,
Las golondrinas veré
Dejar la costa africana,
Cruzar el mar presurosas,
Tender el vuelo á Granada,
Y el nido tal vez labrar
En el techo de mi casa....
¡Ay, cuánta envidia os tendré,
Avecillas fortunadas,
Y cuán gozoso mi suerte
Por vuestra suerte trocara!
Mas vuestra misma ventura
Vendrá á renovar mis ansias,
Sin que en la vida me quede
Ni consuelo ni esperanza.... »
Calló el Moro: dió un suspiro:
Y al trasponer la montaña,
Por última vez repite:
« A Dios, patria de mi alma!....[1] »

Au mois des fleurs, je verrai l'hirondelle
Quitter l'Afrique et franchir l'horizon :
Libre et joyeuse, en chantant où va-t-elle?....
De ses amours égayer ma maison.

Heureux oiseau, de mon cœur qui t'envie
Porte avec toi les regrets superflus;
Va les offrir à ma chère patrie....
Hélas! hélas! je ne la verrai plus!

ESCENA II.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA.

(*A las primeras palabras que pronuncia Zulema, levántase Fátima, y hace que se retiren las mujeres y esclavas.*)

ZULEMA.

Ese romance tiene un acento tan sentido, tan tierno, que llega al corazon y le lastima.... No le oigo cantar ni una sola vez sin que se me salten las lágrimas....

ABEN HUMEYA.

Es que tú misma como que te complaces en esa tristeza, que cada dia va en aumento, á costa de tu felicidad y de la mia.

ZULEMA.

Al contrario, hago cuanto está de mi parte por alejar de mi alma todo lo que puede afligirme....

ABEN HUMEYA.

¿Tienes algun disgusto, algun pesar secreto?....

ZULEMA.

¡Secretos para contigo!.... ¿Hablas de veras? ¿En mi vida he tenido un

[1] Alude al sitio llamado *el Suspiro del Moro*, último punto de donde se divisa á Granada, yendo camino de las Alpujarras.

SCÈNE II.

ABEN HUMEYA, ZULÉMA, FATIME.

(*Aux premiers mots que prononce Zuléma, Fatime se lève et fait retirer les femmes et les esclaves.*)

ZULÉMA.

Cette romance a un ton si naïf, si tendre, qu'elle va droit au cœur, et fait bien du mal.... Je ne l'entends chanter jamais, sans laisser tomber de mes yeux quelques larmes....

ABEN HUMEYA.

Tu parais te plaire dans cet état de mélancolie, qui augmente chaque jour aux dépens de ton bonheur et du mien.

ZULÉMA.

Au contraire, je m'efforce d'éloigner de mon âme toutes les pensées funestes qui peuvent l'attrister.

ABEN HUMEYA.

As-tu quelque chagrin, quelque peine secrète?....

ZULÉMA.

Des secrets pour toi!... Le dis-tu sérieusement? Je n'ai jamais eu une seule pensée qui ne t'appartînt! Moi-même, je ne parviens pas à me rendre compte

pensamiento que no sea tuyo? – Mas ni yo misma puedo explicar la causa de esta melancolía que me consume.... Con frecuencia me sucede, durante el curso del dia, estar ansiando que llegue la noche, por descansar siquiera; y si llego á cerrar los ojos, cansada ya y rendida, no hay sueño triste ni imágen espantosa que no venga á atormentarme, hasta que despierto sobresaltada... Anoche mismo... pero no quiero entristecerte.... á bien que te veo junto á mí, y mi padre descansa allí tranquilo!

ABEN HUMEYA.

Mas ahora ¿qué tienes que temer?....

ZULEMA (*tomándole la mano con cariño*).

¿Qué tengo que temer?.... tú no amas, Aben Humeya, tú no amas!.... Ahora recuerdo, y con cierta ternura, la vida sosegada que disfrutábamos en nuestra casa de campo: allí no tenias enemigos ni rivales; contribuias á la dicha de muchos; y todo cuanto nos rodeaba anunciaba la paz y la ventura.. . Pues, á pesar de todo, ¿lo creerás?.... aun allí mismo hallaba motivos de estar con zozobra.... ¡Qué diferencia, querido mio, qué diferencia! los pesares de ayer me parecen hoy el colmo de la dicha.... Te lo confieso ingenuamente: desde que ha cambiado nuestra suerte; desde que te veo rodeado de ese vano esplendor, que tantos peligros encubre, no preveo sino un cúmulo de desgracias.... ¿Eres tú mas dichoso?.... Tú no me dirás la verdad; ya lo sé.

FATIMA.

Pues yo, por mi parte, estoy muy contenta al verme hija de un rey.... todos me lo dicen; y tengo tanto gusto en oirlo!.... Lo único que no puedo sufrir es este castillo.... no sé qué tiene tan triste y tan opaco, que me acongoja

de cette tristesse habituelle... Je désire souvent, dans le cours de la journée, que la nuit approche, pour jouir au moins de quelque repos; mais si l'accablement et la langueur me ferment les yeux, il n'est pas de rêve affreux, pas d'image pénible qui ne vienne m'assaillir, pour m'éveiller en sursaut..... Hier encore... Je ne veux pas t'attrister; je te tiens auprès de moi, et mon père repose là tranquille!

ABEN HUMEYA.

Mais à présent que peux-tu craindre?

ZULÉMA (*lui prenant la main affectueusement*).

Ce que je crains?.... Tu n'aimes pas, Aben Humeya, tu n'aimes pas!... Je me rappelle maintenant, avec une émotion bien tendre, la vie tranquille que nous menions dans notre maison de campagne... Là, point d'ennemis, point de rivaux; tu faisais des heureux, et tout respirait, autour de nous, la paix et le bonheur... Cependant, le croiras-tu?... je trouvais, là même, des motifs d'être inquiète... Quelle différence, mon ami, quelle différence!... Les peines d'autrefois me paraissent maintenant la suprême félicité..... Je te l'avoue: depuis que notre situation est changée, depuis que je te vois environné de ce vain éclat qui cache tant de périls, je ne prévois que des malheurs... Es-tu plus heureux, Aben Humeya?... Tu ne me le diras pas, mon ami; je le sais bien.

FATIME.

Pour moi, je suis très-contente d'être la fille d'un roi.... Tout le monde me le dit; et j'ai tant de plaisir à l'entendre!... Il n'y a que ce vieux château, que je ne puis souffrir... Il a quelque chose de triste et de sombre, qui me serre le

el alma.... ¡Cuánto mas hermosa y alegre era nuestra casa de campo!.... toda ella la andaba yo, lo mismo de noche que de dia; pero aquí no haria otro tanto por nada del mundo!

ABEN HUMEYA (*sonriéndose*).

No eres muy valiente, Fátima.... yo creia que las hijas de los reyes no tenian miedo.

FATIMA.

No es miedo lo que tengo; de veras lo digo; pero he oido contar cosas tan espantosas!.... En este mismo castillo vivió algun tiempo *Abdilehi el Zagal*, á quien maldijo el cielo por haber prestado ayuda al rey de Castilla.... hasta la piedra en que solia sentarse se ha vuelto mas negra que el humo.... pero lo que mas pavor me causa son esas manchas de sangre de que están salpicadas las paredes.... Yo no quiero á los cristianos.... nos han hecho tanto mal!.... pero (Dios me lo perdone!) cuando recuerdo su degüello, como que siento lástima....

ZULEMA.

Calla, hija, calla....

ABEN HUMEYA.

Déjala.... cuando la estoy oyendo, no pienso en nada del mundo.

FATIMA.

El primer favor que tengo que pediros, es que no nos quedemos aquí.... no seremos felices hasta que perdamos de vista estos muros.... Si hubiérais oido lo que me decia esta mañana mi esclava, la vieja egipcia!.... dentro de seis lunas, á mas tardar, nos veremos ya en Granada.... A fe mia que entonces no tendré miedo, y no volveréis á hacer burla de mí.... á media noche he de recorrer todo el palacio de la Alhambra!

ZULEMA.

¿Has perdido el juicio, muchacha?

cœur... Que notre maison de campagne était plus belle, plus riante! Je la parcourais toute, la nuit aussi bien que le jour; mais ici je n'en ferais pas autant pour rien au monde.

ABEN HUMEYA (*souriant*).

Tu n'es pas brave, Fatime.... Je croyais que les filles des rois n'avaient pas peur.

FATIME.

Je n'ai pas peur, je vous assure; mais j'ai entendu raconter des histoires si affreuses!... C'est dans ce même château que résida, pendant quelque temps, *Abdilehi le Zagal*, qui fut maudit du ciel pour avoir prêté ses armes au roi de Castille... La pierre où il s'asseyait est devenue toute noire! Mais ce qui m'effraie davantage, ce sont ces taches de sang que je vois partout sur les murs..... Je n'aime pas les chrétiens.... il nous ont fait tant de mal!... Mais que Dieu me pardonne!... quand je me rappelle leur massacre, j'éprouve un sentiment de pitié.

ZULÉMA.

Tais-toi, ma fille....

ABEN HUMEYA.

Laisse-la... quand je l'entends, j'oublie tout au monde!

FATIME.

La première grâce que j'ai à vous demander, c'est de ne pas rester ici... Nous ne serons vraiment heureux que quand nous ne verrons plus ces sombres murailles.... Si vous aviez entendu ce que me disait ce matin ma vieille esclave égyptienne!.... Dans six lunes, au plus tard, nous serons à Grenade. Je n'aurai pas peur alors; non, mon père, vous ne vous moquerez plus de moi... Je parcourrai à minuit tout le palais de l'Alhambra.

ZULÉMA.

Tu es devenue folle, Fatime...

ABEN HUMEYA.

Déjala por tu vida.... ¿qué te decia la esclava, hija mia?

FATIMA.

¡Oh! me anunciaba montes y maravillas; y yo le rogué mil veces que me lo repitiera.... « Tu padre, me dijo, se verá en breve señor de Andalucía, y echará á los cristianos mas allá de Sierra Morena.... Por lo que hace á tí.... » lo que me pronosticó á mí, no me atrevo á decirlo.

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué?.... ¿era acaso algo malo?....

FATIMA.

¡Malo!.... á buen seguro que no; me ha predicho que me casaré con un gran príncipe.... Pero no por eso me apartaré de vuestro lado, madre mia; mi esposo y yo viviremos en Generalife!

ZULEMA.

Sin gana me haces reir.... En mi vida te he visto tan alegre.

ABEN HUMEYA.

Tambien tengo yo mucho gusto en verte á tí menos triste.

ZULEMA.

(*Volviéndose con inquietud hácia la galería del fondo.*)

¿Qué ruido es ese?....

ABEN HUMEYA.

No es nada.... tal vez el viento, que silba en ese corredor.

ZULEMA.

Me parecia haber oido pasos....

ABEN HUMEYA.

¿Y quién pudiera venir á estas horas?

ZULEMA.

¡Qué sé yo!.... pero me parece como que oigo rumor mas cerca....

(*Escuchan con suma atencion.*)

No me engañaba, alguien viene....

(*Aben Abo y Aben Farax se presentan á*

ABEN HUMEYA.

Laisse-la, je t'en prie.... Qu'est-ce que l'esclave te disait, ma chère?

FATIME.

Oh! elle me racontait des merveilles; et je la priai mille fois de me les répéter.... « Ton père, me disait-elle, sera bientôt roi de l'Andalousie, et chassera les chrétiens au delà de la *Sierra Morena*.... Toi... » Quant à moi... je n'ose pas le dire.

ABEN HUMEYA.

Pourquoi?... T'annonçait-elle quelque chose de triste?

FATIME.

Il s'en faut bien!.... Elle m'a prédit, au contraire, que je deviendrai l'épouse d'un grand prince.... Mais je ne vous quitterai pas, ma mère; nous pourrons demeurer, mon mari et moi, au Généralife.

ZULÉMA.

Tu me fais sourire, ma fille... Je ne t'ai vue, de ma vie, si contente.

ABEN HUMEYA.

Et moi aussi, je suis plus heureux maintenant que je te vois moins triste.

ZULÉMA (*se tournant inquiète vers la galerie du fond*).

Mais quelle est cette rumeur?...

ABEN HUMEYA.

Ce n'est rien... Le vent qui souffle dans le long corridor...

ZULÉMA.

Je croyais y avoir entendu des pas...

ABEN HUMEYA.

Et qui pourrait venir à cette heure?

ZULÉMA.

Je n'en sais rien; mais il me semble que j'entends quelque bruit de plus près.... (*Ils écoutent en silence.*) Je ne me trompais pas; quelqu'un arrive...

(*Aben Abo et Aben Farax paraissent à l'entrée du corridor; et ils attendent*

la salida del corredor, y aguardan á que Zulema y Fátima se retiren.)

ABEN HUMEYA.

Son Aben Abo y Farax.

ZULEMA.

¿Y qué buscan aquí?.... Con solo verlos, me he inmutado toda.

ABEN HUMEYA.

No tienes porqué asustarte.... Ve á recogerte sin el menor recelo.

ZULEMA.

A Dios.... hasta mañana.

ABEN HUMEYA.

Hasta mañana.... y que te halle yo mas alegre.

(*Vase Zulema, dejando entrever su inquietud : Aben Humeya se muestra distraido, como si se le hubiese ocurrido de pronto un triste pensamiento.*)

FATIMA.

¿Y esta noche no hay para mí un beso?....

ABEN HUMEYA (*besándola*).

Si, hija mia.... con toda mi alma.

FATIMA.

Toda la noche voy á estar soñando con el palacio de la Alhambra.

(*Vase, mostrando viveza y regocijo.*)

ESCENA III.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(*Entran los dos últimos con paso lento y aire misterioso, y cada uno de ellos se coloca á un lado de Aben Humeya.*)

ABEN ABO.

Te traemos, Aben Humeya, una nueva fatal....

ABEN FARAX.

Y nos vemos forzados á traspasar con ella tu corazon.

ABEN HUMEYA (*con suma presteza*).

¿Ha muerto mi padre?

que Zuléma et Fatime se soient retirées.)

ABEN HUMEYA.

C'est Aben Abo et Farax.

ZULÉMA.

Que viennent-ils chercher ici?... Leur seule présence m'effraie.

ABEN HUMEYA.

Ne t'inquiète pas, Zuléma... va reposer tranquille.

ZULÉMA.

Adieu, mon ami, à demain...

ABEN HUMEYA.

A demain... Que je te trouve plus heureuse et plus gaie.

(*Zuléma se retire en laissant entrevoir son inquiétude. Aben Humeya se montre, pendant un moment, distrait, comme si quelque triste pensée l'avait assailli tout à coup.*)

FATIME.

Vous ne m'embrassez pas ce soir?

ABEN HUMEYA (*l'embrassant*).

Si, ma fille... de tout mon cœur.

FATIME.

Je vais rêver, toute la nuit, au beau château de l'Alhambra. (*Elle part d'un air enjoué.*)

SCÈNE III.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(*Ils entrent lentement, d'un air mystérieux, et vont se placer chacun d'un côté d'Aben Humeya.*)

ABEN ABO.

Aben Humeya, nous t'apportons une triste nouvelle....

ABEN FARAX.

Et nous sommes forcés de te déchirer le cœur.

ABEN HUMEYA (*avec vivacité*).

Mon père a-t-il péri?

ABEN ABO.

Aun estaba ayer vivo.

ABEN HUMEYA.

Pues nada tengo que temer : acabo de separarme en este instante de mi esposa y de mi hija.

ABEN ABO.

¡Ah! esa misma esposa y esa hija son las que van á costarte lágrimas de sangre....

ABEN FARAX.

Su felicidad y la tuya acabaron ya para siempre.

ABEN HUMEYA.

¿Qué decis?.... No mas misterios!.... Aun la mayor desdicha la prefiero á esta incertidumbre.

ABEN ABO.

Cuando toques la realidad....

ABEN HUMEYA.

No importa : quiero saber cuanto haya.... decidlo.

ABEN ABO (*á Farax*).

A tí te toca....

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué no lo haces tú?....

ABEN ABO.

Ya adivinarás el motivo, cuando sepas el crímen y el culpable.

ABEN HUMEYA (*con impaciencia*).

¿Qué crímen, qué culpable?

ABEN ABO.

Han tratado de vendernos con la traicion mas negra....

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué temes descubrirla?

ABEN ABO.

Si temo, es solo por tí....

ABEN HUMEYA.

¡Por mí!.... Haces mal, Aben Abo, en tomarte ese cuidado... Si hay peligros, los arrostraré; si hay culpables, sabré castigarlos.

ABEN ABO.

Hier il vivait encore.

ABEN HUMEYA.

Je n'ai rien à craindre; je viens de quitter ma femme et ma fille.

ABEN ABO.

Ah! ce sont elles qui vont te coûter des larmes de sang...

ABEN FARAX.

Leur bonheur et le tien ont fini pour jamais!

ABEN HUMEYA.

Que dites-vous?.... plus de mystère! Je préfère le plus grand malheur à cette incertitude.

ABEN ABO.

Quand tu auras devant les yeux l'affreuse vérité...

ABEN HUMEYA.

N'importe, je veux la savoir tout entière : parlez.

ABEN ABO (*à Farax*).

C'est à toi de lui apprendre....

ABEN HUMEYA.

Et pourquoi ne pas le faire toi-même?

ABEN ABO.

Tu le devineras, lorsque tu sauras le crime et le coupable...

ABEN HUMEYA (*avec impatience.*)

Quel crime? quel coupable?...

ABEN ABO.

On nous a trahis, vendus, livrés par le plus noir complot...

ABEN HUMEYA

Et pourquoi crains-tu de le révéler?

ABEN ABO.

Je ne crains que pour toi...

ABEN HUMEYA.

Pour moi!... ne t'inquiète pas, Aben Abo... s'il y a des dangers à courir, je sais les affronter; s'il y a des criminels, je saurai les punir.

ABEN ABO.

Mucho tiempo te ha de temblar la mano, antes que descargues el golpe....

ABEN HUMEYA.

Decid el nombre del reo; y el rayo no será mas pronto.

ABEN ABO.

Muley Carime.... ¿Qué es eso?.... ¿Mudas de color?.... Vuelve en tí, Aben Humeya....

ABEN FARAX.

Nos da lástima verte así.

ABEN HUMEYA.

(*Quédase, durante unos momentos, desconcertado y confuso; pero recobrándose luego, dice con tono grave:*)

¿Y en qué indicios se funda tan extraña sospecha?

ABEN ABO.

Ojalá que no fuesen mas que indicios!.... Hubiéramos podido cerrar los ojos.

ABEN FARAX.

No son indicios, sino pruebas.

ABEN HUMEYA.

Pero ¿son ciertas?

ABEN FARAX.

Irrefragables.

ABEN HUMEYA.

¿Hay testigos?

ABEN ABO.

Uno.

ABEN HUMEYA.

¿Y ese le acusa?....

ABEN ABO.

No, que le condena.

ABEN HUMEYA.

Puede engañarse....

ABEN ABO.

No puede.

ABEN HUMEYA.

O desear su perdicion....

ABEN ABO.

A toda costa quisiera salvarle.

ABEN ABO.

Ta main tremblera longtemps avant de les frapper...

ABEN HUMEYA.

Prononcez le nom des coupables; et l'éclair ne sera pas plus prompt.

ABEN ABO.

Muley Carime.... Mais tu changes de couleur!... remets-toi, Aben Humeya...

ABEN FARAX.

Ta situation nous fait pitié.

ABEN HUMEYA.

(*Il reste pendant quelque temps déconcerté et interdit; puis, revenant sur lui-même, il reprend d'un ton grave.*)

Et sur quels indices se fonde un si étrange soupçon?

ABEN ABO.

Plût à Dieu que ce ne fussent que des indices!... nous aurions pu fermer les yeux.

ABEN FARAX.

Ce sont bien des preuves....

ABEN HUMEYA.

Mais sont-elles certaines?

ABEN FARAX.

Incontestables.

ABEN HUMEYA.

Y a-t-il des témoins?

ABEN ABO.

Un seul.

ABEN HUMEYA.

L'accuse-t-il?

ABEN ABO.

Il le condamne.

ABEN HUMEYA.

Il peut se tromper....

ABEN ABO.

Il ne le peut pas.

ABEN HUMEYA.

Ou bien désirer sa ruine....

ABEN ABO.

Il voudrait à tout prix le sauver.

ABEN HUMEYA.

¿Es amigo suyo?

ABEN ABO.

Aun mas.

ABEN HUMEYA.

¿Quién es pues?

ABEN ABO.

Él mismo.—Puedes guardar esa carta, si quieres.... ya es público su contenido.

(*Entrega un papel á Aben Humeya, quien lo lee para sí, dejando entrever su turbacion. — Aben Abo y Aben Farax le observan con el mayor ahinco, en tanto que él permanece inmóvil, con los ojos clavados en la carta.*)

ABEN HUMEYA.

(*En un momento de distraccion, mientras está cavilando.*)

Desventurada!.... no te engañaba tu corazon.... bien tienes que llorar!....

(*Fija la atencion en el papel, como si volviese á leerle.*)

ABEN FARAX.

Ved como aun conservaban esperanzas de volvernos á someter al yugo.... No aguardaban sino un momento de flaqueza para remachar nuestros grillos.

ABEN ABO.

Mas, por lo menos, no puede tachársele de ingrato.... No te echaba en olvido, Aben Humeya.... solicitaba tu indulto, y se proponia salvar á tu familia, á costa de nuestra libertad.... El ejemplo de Boabdil, disfrutando en Africa sus infames tesoros, parecia tentador á los ojos del pérfido....

ABEN HUMEYA (*con tono severo*).

Basta.—¿Cómo ha caido en vuestras manos este pliego?

ABEN FARAX.

Lara, que era el portador, le ha dejado en el camino.

ABEN HUMEYA.

Est-il son ami?

ABEN ABO.

Plus encore.

ABEN HUMEYA.

Qui est-il donc?....

ABEN ABO.

C'est lui-même. — Tu peux garder cette lettre.... elle est déjà connue.

(*Il remet un papier à Aben Humeya, qui le lit en silence, laissant apercevoir son trouble. Aben Abo et Aben Farax l'observent avec soin, tandis qu'il reste immobile, les yeux fixés sur le papier.*)

ABEN HUMEYA.

(*Dans un moment de distraction et de rêverie.*)

Malheureuse!... ton cœur ne te trompait pas... tu as bien à pleurer!.... (*Il reprend le papier, et semble le relire.*)

ABEN FARAX.

Voyez comme on espérait nous ramener à l'esclavage.... On n'attendait qu'un moment de faiblesse pour river de nouveau nos fers....

ABEN ABO.

Mais, du moins, il n'est pas ingrat.... Il ne t'oubliait pas, Aben Humeya.... il demandait ta grâce.... il voulait sauver ta famille aux dépens de notre liberté.... L'exemple de Boabdil, jouissant en Afrique de ses trésors infâmes, paraissait sourire aux yeux du perfide!

ABEN HUMEYA (*d'un ton sévère*).

C'est assez. Comment cette lettre est-elle tombée dans vos mains?

ABEN FARAX.

Lara qui en était chargé l'a laissée sur sa route.

ABEN HUMEYA.

¿Dónde le habeis hallado?

ABEN FARAX (*con frialdad*).

Sobre su cadáver.

ABEN HUMEYA.

¿Y así habeis quebrantado, con una emboscada alevosa?....

ABEN FARAX.

Proseguid, Aben Humeya.... ¿porqué os deteneis?... Cuando se acaba de desbaratar una traicion indigna, cabe oir á sangre fria reconvenciones y cargos. Nosotros habíamos visto al enviado castellano en plática misteriosa con Muley Carime, y hasta habíamos cogido algunas palabras sueltas.... conocíamos á fondo á ese viejo apocado; sabíamos sus designios, sus antiguos vínculos con Mondejar.... Seguros estábamos de que no dejaria escapar la única ocasion con que la suerte parecia brindarle; y tampoco debíamos desperdiciar nosotros la sola que ya nos quedase para arrancarle la máscara y confundirle... ¿Es culpa nuestra por ventura el que ese castellano orgulloso haya preferido morir antes que ceder?.... Durante su agonía, quiso el cielo que descubriese el crímen por los mismos medios con que procuraba ocultarle; y solo despues de su muerte fué cuando hallamos bajo su mano ese pliego fatal.

(*Coloca su mano sobre el pecho, como para imitar la accion de Lara.*)

ABEN ABO.

Por cierto que no deja ni asomo de duda: el delito está patente; el mismo reo le ha sellado con su mano....

ABEN FARAX.

Y debe en breve sellarle con su sangre.

ABEN ABO.

¿Hay alguien que lo dude?.... Todo lo hemos aventurado por salir de tan odiosa esclavitud.... ¡Y dejaríamos ex-

ABEN HUMEYA.

Où l'avez-vous trouvée?

ABEN FARAX (*froidement*).

Sur son cadavre.

ABEN HUMEYA.

Et vous avez violé, par une embûche indigne....

ABEN FARAX.

Continuez, Aben Humeya; ne vous retenez pas.... quand on vient de déjouer une trahison infâme, on peut de sang-froid écouter des reproches. Nous avions vu l'adroit messager s'entretenir, d'un air mystérieux, avec Muley Carime.... nous avons même saisi quelques paroles... nous connaissions ce vieillard timide, ses desseins, ses anciennes liaisons avec Mondejar.... nous étions sûrs qu'il ne laisserait pas échapper la seule occasion favorable qui lui fût offerte.... et nous avons dû profiter, à notre tour, de la seule qui nous restât pour le démasquer, pour le confondre. Est-ce notre faute, si ce castillan orgueilleux a préféré de mourir plutôt que de céder? Dans sa longue agonie, le ciel fit qu'il découvrît le crime, par les moyens mêmes qu'il employait pour le cacher; et ce ne fut qu'après sa mort que nous trouvâmes sous sa main roidie cette lettre fatale. (*Il met la main sur sa poitrine, en imitant l'action de Lara.*)

ABEN ABO.

Elle ne laisse pas l'ombre même du doute; la trahison est avérée; le coupable lui-même l'a scellée de sa main....

ABEN FARAX.

Et doit bientôt la sceller de son sang.

ABEN ABO.

Qui pourrait en douter!.... Nous avons tout hasardé pour secouer un odieux esclavage.... et nous livrerions

puesta nuestra suerte á las tramas de algunos traidores!.... Nadie será osado á proponérnoslo; no sabríamos nosotros tolerarlo.

ABEN HUMEYA.

Tampoco tolero yo advertencias ni amenazas.... Ya habeis cumplido con vuestro deber; yo cumpliré con el mio. —Idos.

ABEN ABO.

No ha sido nuestra intencion dirigiros advertencias ni amenazas.... Mas ¿ empezais tan pronto á reputar como insulto el recordaros vuestros juramentos?....

ABEN HUMEYA.

No los he echado en olvido, para que sea menester recordármelos.

ABEN ABO.

Quien vacila al cumplirlos, no está ya lejos de olvidarlos.

ABEN HUMEYA.

Aun menos lejos está de castigar á un insolente.—Idos.... Idos!.... (*Apartase, descubriendo su ira. Farax coge del brazo á Aben Abo, y se le lleva consigo.*)

ABEN ABO (*deteniéndose un poco en medio del camino.*)

¡Cuánto me cuesta refrenar mi justa indignacion!...

ABEN FARAX.

Vamos, y no malgastemos el tiempo... ve á ponerte al frente de nuestros parciales... yo voy á posesionarme de las salidas secretas del castillo.

ABEN ABO (*al alejarse*).

Pronto volveré!

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

ABEN HUMEYA.

(*Aparece muy agitado: ya se pasea apresuradamente, ya se para de pronto;*

notre sort aux machinations de quelques traîtres!.... On n'osera point nous le proposer; nous ne saurions pas le souffrir.

ABEN HUMEYA.

Ni moi, je ne souffre pas non plus d'avertissements ni de menaces.... Vous avez rempli votre devoir; je remplirai le mien : sortez.

ABEN ABO.

J'étais loin de vous adresser des avertissements ni des menaces.... Serait-ce déjà vous insulter que vous rappeler vos serments?

ABEN HUMEYA.

Je ne les ai pas oubliés, pour qu'on me les rappelle.

ABEN ABO.

Quand on hésite à les remplir, on est près de les oublier.

ABEN HUMEYA.

Je suis plus près encore de punir l'insolence. Sortez.... sortez!.... (*Il s'éloigne d'un air courroucé. Aben Farax tire du bras Aben Abo, et l'emmène avec lui.*)

ABEN ABO (*s'arrêtant au milieu du théâtre*).

Que j'ai peine à retenir ma juste colère!....

ABEN FARAX.

Viens, Aben Abo, ne perdons pas de temps.... Va te mettre à la tête de nos amis.... Je vais m'emparer des issues secrètes du château.

ABEN ABO (*s'éloignant*).

Je reviens....

(*Ils sortent.*)

SCÈNE IV.

ABEN HUMEYA.

(*Il paraît plongé dans la plus grande agitation: tantôt il se promène à grands*

corta sus discursos; y vuelve luego á proseguirlos; muestra en fin de todos modos las dudas é incertidumbre con que está batallando su ánimo.)

¿Qué has hecho, desdichado, qué has hecho?..... Me has entregado indefenso en manos de mis enemigos!....... Pero no lo habrás hecho impunemente, no; yo arrojaré tu cabeza sangrienta á la cara de esos audaces! — ¿Y porqué dudo ni un momento siquiera?... Nos ha vendido; pues que muera!.... ¿Cabe nada mas justo?..... Este ejemplar contribuirá tambien á impedir otras tentativas culpables, cerrará la boca á mis émulos, afirmará mi trono..... Mas ¿es seguro que lo afirme?... En mi familia, en mis hogares, va á mostrarse á los pueblos indignados el primer traidor á la patria; desde el mismo cadalso llamará *hijos suyos* á mis propios hijos!... Tal vez es eso lo que con mas afan anhelan esos pérfidos; les duele en el alma no verme ya humillado á los ojos del pueblo para socavar con el desprecio mi autoridad reciente, mientras hallan ocasion de derribarla. Desean verme sonrojado al pronunciar el nombre del reo, y que vuelva á mi casa, lleno de dolor y vergüenza, para hallar en vez de consuelo las quejas y reconvenciones de mi afligida esposa!... No, viva, viva... Es preciso salvar al padre de mi mujer.... y que el gozo de mis enemigos no sea tan colmado. Pero ¿de qué arbitrio valerme?... Ellos se apresurarán á divulgar la traicion; á la hora esta ya se sabe la muerte de Lara y la carta que han hallado en su seno; me estrecharán á que presente la prueba del delito..... ¿Cómo los desmiento yo?... La mas leve contradiccion, la menor demora me perderia á los ojos de un pueblo arrebatado, suspicaz, que acaba de romper sus hierros, y que sufre á duras penas aun la

pas, et tantôt il s'arrête; il interrompt ses discours pour les reprendre ensuite; et il fait voir, de toutes manières, l'état de trouble où se trouve son âme.)

Qu'as-tu fait, malheureux, qu'as-tu fait? Tu m'as livré sans défense aux mains de mes ennemis!.... Mais tu ne l'auras pas fait impunément. Non, non; je jetterai ta tête sanglante à la face de ces audacieux!.... Et pourquoi douter un seul instant? Il nous a trahis; qu'il périsse! quoi de plus juste! Cet exemple d'ailleurs arrêtera d'autres desseins coupables, imposera silence à mes rivaux, affermira mon trône.... Mais l'affermira-t-il?.... C'est dans ma famille, dans mes foyers mêmes, que va se montrer aux peuples indignés le premier traître à la patrie; il pourra, du haut de l'échafaud, appeler mes fils *ses enfants!*.... C'est peut-être ce que désirent davantage ces perfides; il leur tarde de me voir humilié aux yeux de la multitude, afin de miner par le mépris ma puissance d'un jour, en attendant qu'ils puissent l'abattre. Ils veulent me voir rougir, en nommant le coupable, et rentrer honteux dans ma demeure, essuyer les plaintes, les reproches d'une épouse désolée! Non; qu'il vive, qu'il vive.... il faut sauver le père de ma femme.... et que la joie de mes ennemis ne soit pas si complète!.... Mais quel moyen d'y parvenir?.... Ils vont publier partout sa trahison; on connaît déjà la mort de Lara et la lettre trouvée sur son sein; ils me sommeront de présenter la preuve du crime.... Comment les démentir?.... La moindre contradiction, le moindre retard me perdrait aux yeux d'un peuple emporté, méfiant, qui vient de briser ses fers, et qui souffre à regret l'ombre même de la domination.... Je ne le sauverais pas, et il m'entraînerait dans sa ruine.... Qu'il périsse, qu'il

sombra de mando... En vez de salvarle yo, me llevaria consigo en su caida... pues perezca, perezca él solo! — Mas no acierto á salir de este círculo fatal: la mancha de su castigo va á recaer sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mí... va á morir siendo el blanco de la ira del cielo, de las maldiciones de cien pueblos, de los insultos de una turba desenfrenada... y yo, su amigo, su huésped, yo que aun hoy mismo le apellidaba *padre*, tendré que firmar su muerte, que presenciarla, que aplaudirla!... No; no podria yo sobrevivir á humillacion tan grande; es forzoso impedirla á toda costa!..... Un medio... un medio... uno solo... sea cual fuere, y le abrazo al instante. — (*Volviéndose hácia el aposento de Muley Carime.*) ¡Ah! no es tu vida, miserable, no es tu vida la que detiene y embaraza mis pasos; te arrastro como un cadáver, que me han atado estrechamente al cuerpo! Yo ¿porqué no me desprendo dél?... Puedo y debo hacerlo; lo haré. No mas indecision, no mas dudas: de un solo instante puede pender mi suerte!... Antes que esos malvados tengan tiempo de volver en sí; mientras deliberan y traman el plan para perderme, confundamos sus proyectos con un golpe decisivo... ¿No me pedíais ahora mismo, no me intimábais con tono imperioso la muerte del culpable?... Pues bien; aguardad un instante; voy á dejaros satisfechos... mas llevará consigo vuestras esperanzas, y las hundirá en el sepulcro.

ESCENA V.

ABEN HUMEYA, ALIATAR.

ABEN HUMEYA.

Aliatar!... Aliatar!...

(*Preséntase el esclavo negro, asomándole un puñal por la faja.*)

¿Dónde están los demás esclavos?

périsse tout seul!.... Mais je ne puis sortir de ce cercle fatal: la honte de son supplice va rejaillir sur mon épouse, sur mes enfants, sur moi-même; il va périr en butte à la haine du ciel, aux malédictions de cent peuples, aux insultes d'une foule effrénée.... et moi, son ami, son hôte, moi qui aujourd'hui même l'appelais *mon père*, je serai forcé de souscrire, d'assister, d'applaudir à sa mort!.... Non; je ne saurais survivre à cette humiliation; il faut l'éviter à tout prix! Le moyen.... le moyen.... un seul, quel qu'il soit, un seul, et je l'adopte.... (*Se tournant vers l'appartement de Muley Carime.*) Ah! ce n'est pas ta vie, misérable, ce n'est pas ta vie qui embarrasse mes pas; je te traîne comme un cadavre qu'on a lié fortement à mon corps! Et pourquoi ne pas m'en délivrer?.... Je le puis; je le dois; je vais le faire. Plus d'hésitation, plus de doute: un seul instant peut décider mon sort! Avant que ces perfides aient eu le temps de se reconnaître; tandis qu'ils délibèrent, qu'ils choisissent, qu'ils arrêtent leur plan pour me perdre, détruisons leurs projets par un coup décisif.... Vous me demandiez tout à l'heure, vous m'imposiez d'un ton de maîtres la mort du coupable! Eh bien! attendez un moment; je vais vous satisfaire.... Mais il emportera vos espérances dans le tombeau.

SCÈNE V.

ABEN HUMEYA, ALIATAR.

ABEN HUMEYA.

Aliatar!.... Aliatar!.... (*L'esclave noir paraît, ayant un long poignard à sa ceinture.*) Où sont les autres esclaves?

ALIATAR.

En el patio del castillo.

ABEN HUMEYA.

¿Estás solo?

ALIATAR.

Solo.

ABEN HUMEYA.

¿Nadie nos oye?

ALIATAR.

Nadie.

ABEN HUMEYA.

Vé, y despierta á Muley Carime... que venga al punto; aquí le aguardo.

(*Mándale con una seña que se acerque, y despues le dice en secreto:*)

Tú te colocarás allá en lo hondo, en lo mas oscuro, al desembocar del corredor... Si le ves salir, quedándome yo... pásale el pecho.

(*El esclavo parte con precipitacion.*)

Aguarda! (*Despues de una breve pausa.*) Tu cabeza pende del secreto.

(*El esclavo contesta inclinando sumisamente el cuerpo, y vase al punto.*)

ESCENA VI.

ABEN HUMEYA.

(*Paséase en silencio, suelta las palabras que siguen, y despues se echa en los cojines, abatido y caviloso.*)

Durmiendo está con el mayor sosiego... y tal vez ahora mismo sueña que es feliz!..... Conserva tu sueño, desventurado, consérvale otro instante siquiera... vas á despertar por la última vez!...

(*En el intervalo que media entre ambas escenas, el esclavo cruza el teatro, y va á colocarse en el puesto indicado, de suerte que le divisen á lo lejos los espectadores.*)

ALIATAR.

Dans la cour du château.

ABEN HUMEYA.

Es-tu seul?

ALIATAR.

Seul.

ABEN HUMEYA.

Personne n'écoute?

ALIATAR.

Personne.

ABEN HUMEYA.

Va réveiller Muley Carime; qu'il vienne à l'instant même... je l'attends ici (*Il lui fait un signe de s'approcher de lui; et puis lui dit d'un ton mystérieux:*) Tu te tiendras là-bas, caché dans l'ombre, à l'entrée du long corridor... S'il sort, et que je reste... frappe. (*L'esclave va partir précipitamment.*) Arrête!..... (*Après un instant de suspension.*) Ta tête ne tient qu'au secret.

(*L'esclave s'incline profondément, et part tout de suite.*)

SCÈNE VI.

ABEN HUMEYA.

(*Il se promène silencieux, laisse tomber les paroles suivantes, et se jette sur les coussins, dans un état d'abattement et de rêverie.*)

Il dort tranquille... et peut-être que dans ce moment même il rêve à son bonheur!... Garde ton sommeil, infortuné... garde-le, un seul instant encore..... Tu vas te réveiller pour la dernière fois!....

(*Dans l'intervalle des deux scènes, l'esclave traverse le théâtre, et va se placer dans l'endroit indiqué, de manière à être aperçu, dans le lointain, par les spectateurs.*)

ESCENA VII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

¿Qué motivo tan urgente te ha obligado á llamarme á estas horas?...

ABEN HUMEYA.

Un asunto muy grave que tengo precision de consultaros.

MULEY CARIME.

Y has querido aprovechar el silencio y la soledad de la noche... ó tal vez ese asunto importante debe estar resuelto antes que raye el dia....

ABEN HUMEYA (*señalando el reloj de la sala*).

Mirad allí, mirad!

MULEY CARIME.

Acaba de dar la una...

ABEN HUMEYA.

Pues antes que dé otra hora, ya ese grave asunto se verá terminado.

MULEY CARIME.

¡Terminado!...

ABEN HUMEYA.

Y para siempre.......

(*Quédanse en silencio unos instantes.*)

MULEY CARIME.

Me parece que estás muy pensativo, Aben Humeya... A pesar de tus conatos, veo claramente que te aflige una grave pena.

ABEN HUMEYA.

Es un secreto fatal...

MULEY CARIME.

¿Y porqué tardas en confiármelo?...

ABEN HUMEYA.

No tengais tanto afan por saberlo..... Siempre tiene que pesar sobre mi corazon, y no vais á poder con él.

MULEY CARIME.

Mas ¿qué secreto es ese?.... ¡Ah! bien te lo habia yo dicho: ni el engran-

SCÈNE VII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

Quel motif si pressant me fait paraître devant toi, à une telle heure?...

ABEN HUMEYA.

Une affaire très-grave, sur laquelle je dois vous consulter.

MULEY CARIME.

Et tu as voulu profiter de la solitude et du silence de la nuit... Ou bien cette affaire importante doit être décidée avant le jour.

ABEN HUMEYA (*lui montrant la pendule*).

Regardez, Muley Carime, regardez!

MULEY CARIME.

Une heure vient de sonner.

ABEN HUMEYA.

Quand l'heure prochaine sonnera, cette grande affaire sera terminée.

MULEY CARIME.

Terminée!

ABEN HUMEYA.

Et pour toujours...

(*Il se fait silence pendant quelques instants.*)

MULEY CARIME.

Tu parais préoccupé, Aben Humeya... Je vois bien que quelque grand chagrin t'agite...

ABEN HUMEYA.

C'est un secret fatal.....

MULEY CARIME.

Et pourquoi tarder à me le confier?

ABEN HUMEYA.

Ne vous empressez pas de le savoir... Il pèsera toujours sur mon âme, et il va vous accabler.

MULEY CARIME.

Mais quel est donc ce secret?... Ah! je te l'avais bien prédit: ce n'est ni l'é-

decimiento ni el poder alcanzan á darnos en el mundo un solo dia feliz; has perdido la paz del ánimo; has comprometido tu suerte; lo has sacrificado todo por un pueblo inconstante, que te abandonará cuando apremie el peligro.....

ABEN HUMEYA.

Y al que he jurado defender aun á costa de mi vida... ¿Lo habeis oido, Muley Carime?... *aun á costa de mi vida....*

MULEY CARIME.

¿Y á qué fin me diriges esas palabras?...

ABEN HUMEYA.

Os ruego meramente que las peseis.

MULEY CARIME.

No te comprendo....

ABEN HUMEYA.

Pues ahora vais á comprenderme. Todo lo he sacrificado por redimir del yugo á estos pueblos... vos mismo acabais de decirlo; y ellos, á su vez, han depositado en mí su confianza, su poder, su futura suerte.... ¿Cumplirán sus promesas?.... Dios lo sabe!.... Yo sé que cumpliré las mias.

MULEY CARIME.

¿Y quién te dice?....

ABEN HUMEYA.

No me interrumpais. — Yo tengo un padre anciano, cuya vida me importa mucho mas que mi vida.... está entre las garras de mis enemigos, cargado de cadenas, con la cuchilla á la garganta... lo sé, lo sabia cuando di la señal contra sus verdugos; y ellos saben tambien el medio de vengarse de mí!

MULEY CARIME.

Mas ¿porqué te anticipas á sentir las desgracias, antes de que sucedan?....

ABEN HUMEYA.

Escuchadme un instante; voy á concluir. Yo he agravado el peligro en que se halla mi padre; cada golpe que des-

lévation, ni la puissance qui peuvent nous donner sur la terre un seul jour de bonheur: tu as perdu la paix de ton âme; tu as joué ton sort; tu as tout sacrifié pour un peuple inconstant, qui t'abandonnera au jour du danger...

ABEN HUMEYA.

Et que j'ai juré de défendre, même au prix de mon sang. Avez-vous entendu, Muley Carime, avez-vous entendu?..... *Même au prix de mon sang.....*

MULEY CARIME.

Et pourquoi m'adresses-tu ces paroles?....

ABEN HUMEYA.

Je vous prie seulement de les bien peser.

MULEY CARIME.

Je ne te comprends pas....

ABEN HUMEYA.

Vous allez me comprendre. J'ai tout sacrifié pour l'affranchissement de ce peuple... Vous venez de le dire; et lui, à son tour, il a mis en moi sa confiance, sa force, l'espoir de son sort..... Tiendra-t-il ses promesses? Dieu le sait! Moi, je sais que je tiendrai les miennes.

MULEY CARIME (*l'interrompant*).

Mais...

ABEN HUMEYA.

Pas encore... écoutez. J'ai un vieux père, dont la vie m'intéresse bien plus que ma vie même... Il est sous la main de nos ennemis, chargé de fers, le couteau sur la gorge... Je le sais, je le savais quand j'ai donné le signal contre ses bourreaux... et ils connaissent bien, les cruels, le moyen de m'atteindre!

MULEY CARIME.

Pourquoi vas-tu si vite au-devant du malheur?...

ABEN HUMEYA.

Écoutez-moi en silence; je finis à l'instant. J'ai risqué la vie de mon père; chaque coup que je frappe peut hâter sa

cargo, puede acelerar su muerte; y sin embargo, no he vacilado un punto. Pensad, pensad vos mismo si habrá algo en el mundo que pueda contenerme!

MULEY CARIME.

¿Porqué me echas esas miradas?.... ¿Qué quieres decirme con ellas?

ABEN HUMEYA.

Ya que os he mostrado hasta el fondo de mi corazon, voy á consultaros sobre aquel grave asunto.... y adivinaréis desde luego cuáles pueden ser las resultas.—En nuestro mismo seno hay un traidor....

MULEY CARIME.

¡Un traidor!.... ¿Lo sabes de cierto?

ABEN HUMEYA.

De cierto. Vos mismo vais tambien á quedar convencido.—¿Qué castigo merece?....

MULEY CARIME.

¿Tiene hijos?

(*Aben Humeya se queda callado.*)

¿No me contestas, Aben Humeya?....

ABEN HUMEYA.

No los tendrá mañana.

MULEY CARIME (*á parte*).

¡Qué recuerdo, Dios mio!....

ABEN HUMEYA.

Parece que os turbais....

MULEY CARIME.

No por cierto.... compadezco á ese desdichado; soy padre como él!

ABEN HUMEYA.

Bien se echa de ver que os inspira mucha compasion.... ¿Sabeis por ventura quién sea?

MULEY CARIME.

¿Y cómo quieres que lo sepa?....

ABEN HUMEYA.

Recapacitad un poco... recorred vuestra memoria.... tal vez el corazon os ayudará tambien....

mort; et pourtant je n'ai pas hésité..... Calculez, calculez vous-même, si quelque chose au monde pourra me retenir!

MULEY CARIME.

Mais d'où vient que tu jettes sur moi ce regard triste et sombre?... Que veux-tu me dire?

ABEN HUMEYA.

Maintenant que je vous ai montré le fond de mon cœur, je vais vous consulter sur cette grande affaire... et vous saurez d'avance à quoi vous en tenir. Il y a parmi nous un traître...

MULEY CARIME.

Un traître!... En es-tu sûr?

ABEN HUMEYA.

Sûr; et vous allez l'être vous-même! Quelle punition mérite-t-il?

MULEY CARIME.

A-t-il des enfants? (*Aben Humeya garde le silence*). Tu ne réponds pas, Aben Humeya?

ABEN HUMEYA.

Il n'en aura plus demain.

MULEY CARIME (*à part*).

Quel souvenir, grand Dieu!

ABEN HUMEYA.

Vous paraissez troublé....

MULEY CARIME.

Moi, non... Je plains ce malheureux... je suis père aussi...

ABEN HUMEYA.

Je vois qu'il vous inspire une pitié bien tendre... Est-ce que son nom vous serait connu?....

MULEY CARIME.

Et comment veux-tu que je le connaisse?

ABEN HUMEYA.

Rentrez un instant en vous-même..... Consultez votre mémoire..... Votre cœur vous aidera peut-être.....

MULEY CARIME.

Mas fácil seria que tú me lo dijeses...

ABEN HUMEYA.

¿Quereis forzarme á ello?

MULEY CARIME.

Yo no te fuerzo, antes te lo suplico.

ABEN HUMEYA.

Y por mi parte haria el mayor sacrificio, á trueque de evitarlo.

MULEY CARIME.

¿Y porqué te cuesta tanto pronunciar el nombre del reo?

ABEN HUMEYA.

Porque, al salir de mi boca, lleva consigo la sentencia de muerte!

MULEY CARIME.

¡La sentencia de muerte!

ABEN HUMEYA.

Y en el mismo instante.

MULEY CARIME (*con voz alterada.*)

Mucho me compadece ese desgraciado; te lo confieso.... mas puesto que estás empeñado en decirme su nombre....

ABEN HUMEYA.

Al contrario; no vais á oirle.

MULEY CARIME.

¿No?....

ABEN HUMEYA.

Vais á verle con vuestros propios ojos.

(*Aben Humeya le muestra abierta la carta; Muley Carime la aparta con la mano.*)

MULEY CARIME.

Basta.

(*Despues de un corto intervalo, y al mismo tiempo que mira á Aben Humeya, señalándole el aposento de su mujer.*)

¿Eres tú el único depositario de este secreto?

MULEY CARIME.

Il me serait plus facile de l'apprendre de toi.....

ABEN HUMEYA.

Voulez-vous m'y forcer?....

MULEY CARIME.

Je ne t'y force pas; je te le demande.

ABEN HUMEYA.

Et moi je voudrais l'éviter à tout prix.

MULEY CARIME.

Mais d'où vient que tu hésites à prononcer le nom du coupable?

ABEN HUMEYA.

C'est que son nom, en sortant de ma bouche, porte avec lui son arrêt de mort.

MULEY CARIME.

Son arrêt de mort!....

ABEN HUMEYA.

Et à l'instant même.

MULEY CARIME (*d'une voix altérée*).

Je plains ce malheureux.... je le plains de toute mon âme; mais puisque tu veux absolument que j'écoute son nom....

ABEN HUMEYA.

Au contraire, vous ne l'entendrez pas.

MULEY CARIME.

Non!

ABEN HUMEYA.

Vous le verrez de vos propres yeux.

(*Aben Humeya lui montre la lettre ouverte. Muley Carime l'écarte de sa main.*)

MULEY CARIME.

Il suffit. (*Après un court intervalle, et en même temps qu'il regarde Aben Humeya, en lui montrant l'appartement de sa femme.*) Es-tu le seul dépositaire de ce secret?....

ABEN HUMEYA.

Tambien lo saben otros.

MULEY CARIME.

¿Quién?

ABEN HUMEYA.

Aben Abo y Farax.

MULEY CARIME.

Ya sé la suerte que me espera.

ABEN HUMEYA.

¿La sabeis?

MULEY CARIME.

Y la aguardo tranquilo.

ABEN HUMEYA.

(*Echa una ojeada al rededor de la sala, saca del seno un pomo de oro, le abre y se le da.*)

Tomad, y salvaos.

(*Vuelve á otro lado el rostro, y se arroja sobre los almohadones.*)

MULEY CARIME.

(*Toma el pomo, bebe el veneno, y clava los ojos en Aben Humeya; despues se acerca á él, y le dice:*)

Tú reinarás.

(*Ambos permanecen, durante unos instantes, en la misma actitud.*)

Escúchame, Aben Humeya, escucha... me conoces muy tarde.... demasiado tarde!.... Te habias equivocado en el concepto que de mí tenias; pero tu corazon me está haciendo en este instante plena justicia; él propio me venga, y te humilla ante mí.... tu mano temblaba mas que la mia al coger el veneno! Muy lejos estaba yo de querer á nuestros opresores.... los aborrecia con toda mi alma, tanto como tú, aun mas todavía.... me han hecho mas tiempo infeliz!.... pero era padre, Aben Humeya, era padre, y veia en riesgo á mis hijos... Desventurado! por tu esposa y por tu hija temblaba, cuando tú me acusabas de flaqueza!.... (*Reprimiendo su enternecimiento.*) El amor á mis hijas me cuesta la vida: ya lo ves, Aben Hu-

ABEN HUMEYA.

Il y en a d'autres.

MULEY CARIME.

Qui?

ABEN HUMEYA.

Aben Abo et Farax.

MULEY CARIME.

Je connais mon sort.

ABEN HUMEYA.

Vous le connaissez!

MULEY CARIME.

Et je l'attends tranquille.

ABEN HUMEYA.

(*Il jette un coup d'œil autour de l'appartement, tire de son sein un petit flacon d'or, l'ouvre, et le lui présente.*)

Prenez: sauvez-vous. (*Il détourne le visage, et se jette sur les coussins dans le plus grand accablement.*)

MULEY CARIME.

(*Il prend le flacon, boit, et fixe sur Aben Humeya un regard immobile. S'approchant de lui.*)

Tu régneras. (*Ils restent pendant quelques instants dans cette situation.*) Écoute, Aben Humeya, écoute... Tu me connais bien tard... trop tard!.... Tu m'avais mal jugé; mais, dans ce moment, ton cœur me rend pleine justice; il me venge, et t'humilie devant moi... ta main tremblait plus que la mienne, en saisissant ce poison mortel!.... J'étais bien loin d'aimer nos oppresseurs... je les haïssais de toute mon âme, autant que toi, plus encore peut-être... ils m'avaient rendu plus longtemps malheureux! Mais j'étais père, Aben Humeya, j'étais père, et je voyais en danger mes enfants..... Malheureux, je tremblais pour ton épouse et pour ta fille, quand tu m'accusais de faiblesse! (*Réprimant son attendrissement.*) L'amour de mes enfants me coûte la vie: tu le vois; je meurs pour les sauver... que je n'emporte pas dans le tombeau le regret d'a-

meya; muero por salvarlas.... mas no quisiera llevar al sepulcro el pesar de haber hecho en balde tamaño sacrificio... ¿quieres prometérmelo?

ABEN HUMEYA (*levantándose*).

Y yo... ¿qué puedo hacer en eso?...

MULEY CARIME.

Empéñame tu palabra.... y veré mas tranquilo acercarse mi última hora.

ABEN HUMEYA.

Si depende de mí....

MULEY CARIME.

De tí depende.

ABEN HUMEYA.

Pues prometo hacerlo....

MULEY CARIME.

Y vas á jurarlo en mis manos. Mas ¿qué movimiento es ese?... Soy yo quien te la presento primero.... estréchala, Aben Humeya, estréchala sin temor.... aun no está fria! —

(*Cógele la mano.*)

Escúchame ahora.... no tiembles, y escucha! El estruendo de las armas va á penetrar muy luego en estas sierras... los guerreros pelearán, no lo dudo; pero sus infelices familias!.... Por Dios no expongas á mi hija, no expongas á la tuya á todos los horrores de una guerra de exterminio.... cuál seria su suerte si tú llegaras á faltar!.... Mira mi destino, Aben Humeya, siempre mi destino: ahora mismo temo y tiemblo por tí!.... Mas en tu mano está templar mi amargura, si llevo conmigo la esperanza de haber logrado mi intento.... Yo habia cuidado de fletar, en cuanto vi que amenazaban estas revueltas, un barco tunecino que se halla surto en el puerto de Adra.... en pocas horas puede llegarse á él, y en otras pocas puede llevar á Tánger á tu mujer y á tu hija...

ABEN HUMEYA.

Bien está; lo haré.

voir fait en vain un tel sacrifice!.... Veux-tu me le promettre!

ABEN HUMEYA (*se levant*).

Mais... que puis-je faire?

MULEY CARIME.

Engage-moi ta parole... et je verrai plus tranquille s'approcher mon heure fatale!

ABEN HUMEYA.

Si je le puis.....

MULEY CARIME.

Tu le peux.

ABEN HUMEYA.

Je le promets.

MULEY CARIME.

Tu vas le jurer dans mes mains. Mais pourquoi ce mouvement?..... C'est moi qui le premier te présente la mienne... serre-la, Aben Humeya, serre-la sans crainte; elle n'est pas encore froide! (*Il lui prend la main.*) Écoute maintenant... ne tremble pas; écoute!... Le bruit des armes va pénétrer bientôt dans ces contrées... les braves combattront; je n'en doute pas; mais leurs familles!... Ah! n'expose pas ma fille, n'expose pas sa chère enfant aux horreurs d'une guerre d'extermination.... quel serait leur sort si tu venais à périr?.... Vois ma destinée, Aben Humeya, toujours ma destinée: à présent même, je tremble pour ta vie! Mais tu peux soulager mon âme, si j'emporte avec moi l'espérance d'avoir atteint mon but.... J'avais fait équiper, quand je vis s'annoncer ces orages, un bâtiment tunisien, qui se trouve dans le port d'Adra... en quelques heures on peut le gagner; en quelques heures il peut transporter à Tanger ta femme et ta fille.....

ABEN HUMEYA.

Je le ferai.....

MULEY CARIME.

Y yo confío en tu palabra. Dentro de mí mismo llevo el convencimiento de que no te atreverias á engañarme!

ESCENA VIII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, EL PARTAL, ALGUNOS MORISCOS. (*Vienen por el corredor.*)

PARTAL (*gritándole de lejos.*)

Ponte en salvo, Aben Humeya, ponte en salvo!....

ABEN HUMEYA.

¡Huir yo!.... ¿Dónde está el enemigo?

PARTAL.

Ya ha salvado el rio, ya se acerca.... pero no es él quien te amenaza, sino nuestros guerreros sublevados.

ABEN HUMEYA.

¡Es posible!

PARTAL.

Han cundido entre ellos las inculpaciones mas atroces: dicen que tu tio Aben Juhar ha vendido al enemigo el paso del rio; que tú has sido su cómplice....

ABEN HUMEYA.

¡Yo!....

PARTAL.

Se habla sin rebozo de la traicion de Muley Carime....

ABEN HUMEYA.

¡Ah! ya descubro la mano de los pérfidos.... pero poco les durará el gozo.... (*Va á salir.*)

ESCENA IX.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, EL PARTAL, EL XENIZ, ALIATAR, ALGUNOS MORISCOS Y UN TROPEL DE ESCLAVOS.

EL XENIZ (*casi sin aliento, desde lo alto de la galería.*)

¿Adónde vas?.... Detente!.... No

MULEY CARIME.

Et je compte sur ta promesse. Maintenant je porte dans mon sein la conviction que tu n'oserais pas me tromper!

SCÈNE VIII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, LE PARTAL; QUELQUES MAURES. (*Ils arrivent par le long corridor.*)

LE PARTAL (*lui criant de loin*).

Aben Humeya, sauvez-vous!

ABEN HUMEYA.

Moi, me sauver! où est l'ennemi?....

LE PARTAL.

Il a franchi le fleuve, il approche..... Mais ce n'est pas lui qui vous menace; ce sont nos guerriers révoltés:

ABEN HUMEYA.

Est-il possible!....

LE PARTAL.

On a répandu parmi eux les accusations les plus odieuses..... On dit que votre oncle Aben Jouhar a vendu à l'ennemi le passage du fleuve; que vous-même vous êtes son complice.....

ABEN HUMEYA.

Moi!

LE PARTAL.

On parle tout haut de la trahison de Muley Carime.....

ABEN HUMEYA.

Ah! je reconnais les perfides... mais leur joie s'éteindra bientôt. (*Il va partir.*)

SCÈNE IX.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, LE PARTAL, LE XENIZ, ALIATAR; QUELQUES MAURES ET UNE FOULE D'ESCLAVES.

LE XENIZ (*hors d'haleine, du haut de la galerie*).

Où allez-vous?... Arrêtez! Il n'y a pas

hay que perder un solo momento.... ya vienen á asaltar el castillo.... hasta tienen la avilantez de pedir tu cabeza....

ABEN HUMEYA.

Voy yo mismo á llevársela. Mis armas! (*Aliatar va corriendo á buscarlas.*)

ESCENA X.

LOS DICHOS, EXCEPTO ALIATAR.

EL XENIZ.

Aben Abo y Farax acaudillan á los sublevados....

ABEN HUMEYA.

Mis armas!!... ¿En dónde están mis armas?

(*Otros dos esclavos van por ellas.*)

PARTAL.

Aun tenemos una retirada segura por ese camino subterráneo ...

ABEN HUMEYA.

Mis armas!!!

ESCENA XI.

LOS DICHOS, ALIATAR.

(*Saca Aliatar un alfanje y un puñal, y y los da á Aben Humeya.*)

ABEN HUMEYA.

(*Desnudando el acero, y arrojando lejos la vaina.*)

Mucho tengo que agradecerte, destino mio.... voy á derramar con mi propia mano la sangre de esos dos traidores, ó á morir como rey.

ESCENA XII.

MULEY CARIME, ZULEMA.

ZULEMA (*al abrir la puerta*).

¿Qué ruido es ese?.... ¡sois vos!

MULEY CARIME (*aparte*).

Mi hija.... Dios mio!

un moment à perdre.... On vient en foule assaillir le château... on ose même demander votre tête...

ABEN HUMEYA.

Je vais la leur porter. Mes armes! (*Aliatar court les chercher.*)

SCÈNE X.

LES PRÉCÉDENTS, ALIATAR EXCEPTÉ.

LE XENIZ.

Ce sont Aben Abo et Farax qui conduisent les rebelles.....

ABEN HUMEYA.

Mes armes! où sont mes armes?.....

(*Deux esclaves partent en toute hâte.*)

LE PARTAL.

Nous avons encore une retraite assurée par cette issue sécrète.....

ABEN HUMEYA.

Mes armes!!!

SCÈNE XI.

LES PRÉCÉDENTS, ALIATAR.

(*Aliatar apporte un sabre et un poignard, et les donne à Aben Humeya.*)

ABEN HUMEYA (*tirant le fer et jetant au loin le fourreau*).

Je te remercie, ô sort, je te remercie... je vais verser de ma main le sang de ces deux traîtres, ou mourir en roi.

(*Ils sortent.*)

SCÈNE XII.

MULEY CARIME, ZULÉMA.

ZULÉMA (*en ouvrant la porte*).

Quel est ce bruit?.... Mon père!

MULEY CARIME.

Ma fille..... Grand Dieu!

ZULEMA.

Me pareció que habia oido la voz de mi esposo.... En este mismo instante estaba pensando en los dos.

MULEY CARIME.

En los dos!

ZULEMA.

¿Porqué no?.... Yo nunca separo á entrambos en mi pensamiento ni en mi corazon.... todas las noches, antes de dormirme, ruego á Dios por vos y por él!

MULEY CARIME.

Zulema!....

ZULEMA.

Me parece que estais contristado, y que os cuesta trabajo contener vuestras lágrimas.... ¿nos amenazan mas desdichas?....

MULEY CARIME.

No te inquietes.... solo tengo que decirte que voy á ausentarme....

ZULEMA.

¡Ausentaros!.... ¿Y qué causa tan urgente puede obligaros á ello?....

MULEY CARIME.

Es necesario, hija mia....

ZULEMA.

¿Lo sabe mi esposo?....

(*Muley Carime no responde.*)

¡Ah! no me queda duda; él es quien os lo ha mandado.... pero no se verificará, no; yo sabré impedirlo.

(*Va á ir al instante, mostrando resolucion y confianza.*)

MULEY CARIME (*con tono grave*).

Detente.... ¿adónde vas?....

ZULEMA (*con abatimiento*).

En busca de mi esposo.... ¿no me es lícito rogarle por mi padre?....

MULEY CARIME.

Es inútil, mi querida Zulema.... del todo inútil....

ZULÉMA.

Je croyais avoir reconnu la voix de mon époux..... Dans ce moment même, je pensais à vous deux.

MULEY CARIME.

A nous deux!....

ZULÉMA.

Oui, mon père; je ne vous sépare jamais dans ma pensée ni dans mon cœur... ma derniere prière, avant de me livrer au sommeil, s'adresse à Dieu pour vous et pour lui!

MULEY CARIME.

Zuléma!....

ZULÉMA.

Vous paraissez attendri, et vous faites de vains efforts pour retenir vos larmes... Quelle nouvelle calamité nous menace encore?....

MULEY CARIME.

Ne t'effraie pas, ma fille... mais... je dois te quitter.....

ZULÉMA.

Me quitter!... et quelle cause assez pressante pourrait vous forcer?....

MULEY CARIME.

C'est nécessaire.

ZULÉMA.

Mon époux le sait-il? (*Muley Carime ne répond pas*). Ah! je le vois bien; c'est lui-même qui vous l'a ordonné.... mais ce départ n'aura pas lieu; non, non.... je saurai l'empêcher. (*Elle part, pleine d'espérance.*)

MULEY CARIME.

Arrête... où vas-tu?

ZULÉMA (*avec abattement.*)

J'allais trouver mon époux... ne m'est-il pas permis de le prier pour mon père?

MULEY CARIME.

C'est inutile, ma chere Zuléma... tout à fait inutile.....

ZULEMA.

No lo creais : es el único favor que le he pedido; y á él le consta lo mucho que yo os amo !.... Lejos de vos, lo digo con toda mi alma, no podria yo sobrellevar la vida !

MULEY CARIME.

¿Y á qué vienen ahora esas lágrimas ?....

ZULEMA.

No lloro.... pero me siento enternecida, siempre que se me ocurre un pensamiento muy triste.... Dios, Dios sabe lo que le he pedido mil veces !.... (*Coge con la mayor ternura la mano de su padre.*) Y me lo concederá.... sí, me lo concederá.... Ya he llorado á mi madre, á mi pobre madre.... y el corazon me dice que no tendré que llorar mas que á ella !

MULEY CARIME.

(*Desasiéndose de su hija, y echándose en el sofá.*)

Esto es ya demasiado, Dios mio, demasiado ! ten lástima de un padre !.... (*Despues de un corto intervalo.*) Ven, Zulema, acércate....

ZULEMA (*con viveza*).

¿No os iréis?....

MULEY CARIME.

Es preciso, hija mia....

ZULEMA.

Pero, á lo menos, volveréis pronto...

MULEY CARIME.

Pronto !

ZULEMA.

Mas ¿qué quiere decir esa amarga sonrisa?.... La sangre se me ha helado en las venas.

MULEY CARIME.

Tengo necesidad de recogerme un poco.... es fuerza separarnos.... (*Levántase.*) Tus palabras me traspasan el co-

ZULÉMA.

Ne le croyez pas... Je ne lui ai poin demandé d'autre grâce, et il sait combien je vous aime !... Loin de vous, je le dis du fond de mon cœur, je ne pourrais supporter la vie !....

MULEY CARIME.

Pourquoi ces larmes maintenant?

ZULÉMA.

Je ne pleure pas, mon père... je m'attendris toujours quand un souvenir, bien triste, vient traverser mon âme... Dieu, Dieu sait ce que je lui demande souvent ! (*Elle prend avec une grande émotion la main de son père.*) Il m'exaucera... oui, il m'exaucera..... J'ai déjà pleuré ma mère... ma pauvre mère... et, mon cœur me le dit, je ne pleurerai qu'elle !....

MULEY CARIME (*se débarrassant de sa fille, et se jetant sur le sofa.*

C'est trop, mon Dieu, c'est trop!.... Ayez pitié d'un père!... (*Après quelque intervalle.*) Viens, Zuléma, viens... approche plus près de moi.....

ZULÉMA (*avec vivacité*).

Vous ne partirez pas?

MULEY CARIME.

Il le faut, ma fille.

ZULÉMA.

Mais... du moins vous reviendrez bientôt?

MULEY CARIME.

Bientôt !....

ZULÉMA.

Que veut dire ce sourire amer?.... Il a glacé mon sang !

MULEY CARIME.

J'ai besoin d'un peu de recueillement.... Il faut nous séparer. (*Il se leve.*) Tes paroles déchirent mon âme, et je ne

razon; y no tengo la fortaleza necesaria.... Tú llenas de amargura mis últimos momentos....

ZULEMA (*con sobresalto*).

¡Los últimos!....

MULEY CARIME (*volviendo sobre sí*).

Los últimos que me quedan, antes de separarnos.... (*La abraza con la mayor ternura.*) A Dios Zulema, quédate con Dios.... Él será tu padre.... como lo es de todos los desdichados!....

ZULEMA.

¿Qué quieren decir esas palabras misteriosas, ese acento tan desconsolado?... tal vez os amenaza algun riesgo....

MULEY CARIME.

No, hija, ninguno....

ZULEMA.

Sin duda os aflige algun triste presentimiento.... Si os viese yo en este instante por la última vez!.... ¡Ah! no, padre mio, no; de aquí no saldréis. (*Échase de pronto á los piés de su padre, y abraza sus rodillas.*)

MULEY CARIME.

Déjame, hija, déjame.... por Dios te lo pido.... me estás haciendo sufrir mil veces la agonía de la muerte.

ZULEMA.

Aguardad siquiera á que amanezca... pasaremos juntos algunas horas mas.... prepararé mi ánimo á esta separacion cruel!....

MULEY CARIME.

No, hija, no puede ser.... ya me están aguardando!....

(*Dan las dos en el reloj de la sala: Muley Carime se muestra como herido de un rayo, y cae sobre los almohadones.*)

ZULEMA.

¿Porqué os habeis estremecido?.... (Mirando *al reloj.*) Es el reloj, que acaba de dar la hora.... (*Volviéndose hácia su padre.*) ¡Mas qué veo!.... Habeis perdido el color, y estais todo inmutado....

suis pas assez fort.... Tu remplis d'amertume mes derniers instants.....

ZULÉMA (*tout effrayée*).

Les derniers!....

MULEY CARIME (*revenant à lui*).

Les derniers qui me restent avant de te quitter. (*Il l'embrasse avec la plus grande tendresse.*) Adieu, Zuléma.... Dieu sera ton père..... Il est toujours celui des malheureux!....

ZULÉMA.

Pourquoi ces paroles mystérieuses, cet accent déchirant?.... Quelque péril vous menace peut-être....

MULEY CARIME.

Non, ma fille, aucun....

ZULÉMA.

C'est donc un triste pressentiment.... Si je vous voyais pour la dernière fois!.... Oh! non, mon père, non; vous ne partirez pas. (*Elle se jette tout-à-coup aux pieds de son père, et embrasse ses genoux.*)

MULEY CARIME.

Laisse-moi, ma fille.... laisse, au nom du ciel.... tu me fais souffrir mille fois les tourments de la mort!

ZULÉMA.

Attendez au moins jusqu'au jour.... Nous passerons ensemble quelques heures encore.... Je préparerai mon âme à cette séparation cruelle!

MULEY CARIME.

Non, ma fille, non.... On m'attend déjà!.... (*La pendule sonne deux heures: Muley Carime semble frappé d'un coup de tonnerre, et tombe sur les coussins.*)

ZULÉMA.

D'où vient ce frémissement?.... (*Regardant l'horloge.*) C'est l'horloge qui a sonné... (*Revenant à son père.*) Qu'est-ce que je vois!.... Vous êtes pâle, défait.... Vos yeux immobiles sont fixés sur moi,

clavais en mí los ojos, y ni siquiera derraman ya una lágrima.... (*Levántase despavorida.*) Aben Humeya!.... Aben Humeya!....

(*Muley Carime pone su mano en la boca de su hija, como para impedirle que grite : ella la aparta con horror.*)

¡Dios mio!.... está su mano helada!....

MULEY CARIME.

Hija mia.... hija....

ZULEMA.

Respirad, respirad libremente.... no nos separaremos.... donde quiera que vayais, os seguiré yo.

(*Muley Carime la mira con extrema ternura, y cogiéndole la mano, la aplica á su corazon.*)

Sí, ya lo sé.... ahí estoy para siempre....

MULEY CARIME (*con un hondo quejido*).

Para siempre.... (*Espira.*)

ZULEMA.

Padre.... padre.... ¿no me respondeis?.... ¡No conoceis ya á vuestra hija!.... Ven, Aben Humeya, ven á socorrerme.... mi padre ha muerto!

(*Cae postrada á los piés de Muley Carime. Despues de un breve silencio, óyense á lo lejos, hácia el fondo del teatro, algunos tiros de arcabuz, y luego resuenan golpes repetidos hácia el lado del aposento de Zulema.*)

ESCENA XIII.

LOS DICHOS, FATIMA, LA ESCLAVA VIEJA, MUJERES Y ESCLAVAS.

(*Salen todas con la mayor consternacion.*)

MUJERES Y ESCLAVAS (*al tiempo de salir.*)

Salvémonos!

et ils ne répandent plus une seule larme!.... (*Elle se lève effrayée.*) Aben Humeya!.... Aben Humeya!.... (*Muley Carime place sa main sur la bouche de sa fille, comme pour l'empêcher de crier : elle la repousse avec horreur.*) Ah, mon Dieu!.... sa main est glacée.

MULEY CARIME.

Ma fille.... ma fille....

ZULÉMA.

Respirez, mon père, respirez.... Nous ne nous séparerons pas... Je vous suivrai partout. (*Muley Carime la regarde avec une tendresse extrême ; et en lui prenant la main, il la porte sur son cœur.*) Oh! oui, je le sais bien; je suis là.... je suis là pour toujours....

MULEY CARIME (*avec un gémissement douloureux*).

Pour toujours.... (*Il expire.*)

ZULÉMA.

Mon père.... mon père.... vous ne répondez pas?.... Vous ne reconnaissez plus votre fille!.... Viens, Aben Humeya, viens à mon secours.... Mon père est mort! (*Elle tombe aux pieds de Muley Carime.*)

(*Après un court silence, on entend vers le fond, et dans le lointain, le tumulte de la révolte, et quelques coups d'arquebuse; puis des coups redoublés du côté de l'appartement de Zuléma*).

SCÈNE XIII.

LES MÊMES; FATIME, LA VIEILLE ESCLAVE; FEMMES ET ESCLAVES NOIRES. (*Elles sortent dans la plus grande consternation.*)

FEMMES ET ESCLAVES (*au moment de sortir*).

Sauvons-nous!....

FATIMA (*corriendo hácia Zulema*).

Madre!....

(*Al ver á Muley Carime, vuélvese atrás horrorizada, y va á acogerse junto á la esclava vieja.*)

¡ Ay, Dios mio!....

ESCLAVA VIEJA.

No te asustes, Fátima.... es solo un desmayo.

(*Las mujeres y esclavas acuden á Zulema y la levantan: una de ellas desprende su velo, y lo echa sobre la cabeza de Muley Carime: Fátima se arroja en brazos de su madre, que por el pronto no da señales de vida. — Redoblan con mas fuerza los golpes.*)

UNA DE LAS MUJERES.

Escuchad!.... escuchad!.... van á echar la puerta al suelo.... ya se oye el ruido de las armas....

MUJERES Y ESCLAVAS.

Huyamos!!!

FATIMA.

Venid, madre, venid....

ZULEMA.

(*Vuelve poco á poco en sí, y mira como asombrada en derredor.*)

¡ Eres tú, hija mia!.... Sí, no hay duda; tú eres.... Te estoy viendo, te toco, te estrecho en mi seno.... al fin logro llorar....

(*Se deshace en lágrimas, abrazada de Fátima.*)

ESCLAVA VIEJA.

Venid, por Dios os lo ruego, venid!... El menor retardo pudiera costaros la vida.

ZULEMA.

¿ Dónde está mi esposo?

ESCLAVA VIEJA.

Va á volver al instante.

ZULEMA.

¿ Dónde está?

ESCLAVA VIEJA.

Ha ido á apaciguar el tumulto.

FATIME (*accourant vers Zuléma*).

Ma mère!.... (*En voyant Muley Carime, elle recule épouvantée, et va se réfugier auprès de la vieille esclave.*) Ah, mon Dieu!....

LA VIEILLE ESCLAVE.

Rassure-toi, Fatime.... elle n'est qu'évanouie.

(*Les femmes et les esclaves entourent Zuléma, et la relèvent: une d'elles détache son voile, et le jette sur la tête de Muley Carime. Fatime se jette dans les bras de sa mère, qui semble d'abord insensible. Les coups redoublent.*)

UNE FEMME.

Écoutez!.... écoutez!.... on enfonce la porte; on entend déjà le bruit des armes....

FEMMES ET ESCLAVES.

Fuyons!.... fuyons!....

FATIME.

Venez, ma mère!....

ZULÉMA. (*Elle revient peu à peu, et regarde autour d'elle d'un œil égaré.*)

C'est toi, ma fille!.... oui, c'est toi.... c'est bien toi.... je te vois, je te touche, je te presse sur mon sein.... je puis enfin pleurer!.... (*Elle fond en larmes dans les bras de Fatime.*)

LA VIEILLE ESCLAVE.

Venez, au nom de Dieu, venez!.... le moindre retard peut vous coûter la vie.

ZULÉMA.

Mon époux, où est-il?

LA VIEILLE ESCLAVE.

Il va revenir à l'instant.

ZULÉMA.

Où est-il?

LA VIEILLE ESCLAVE.

Il est allé apaiser le tumulte.

ZULEMA.

Voy á buscarle.

FATIMA (*deteniéndola*).

¿Adónde vais?

ESCLAVA VIEJA.

Ocultémonos en esos subterráneos; y en logrando escapar por el pronto, él vendrá despues á salvarnos.

MUJERES Y ESCLAVAS.

Ocultémonos!....

(*La esclava vieja va delante; Zulema la sigue, apoyada en su hija, y rodeada de mujeres y esclavas. Al mismo tiempo que van á entrar en el subterráneo, sale de él Aben Farax, seguido de gran número de conjurados, con sables desnudos y hachas ardiendo: las mujeres y esclavas arrojan un grito, y huyen despavoridas, arrollando consigo á Fátima y á Zulema; pero esta se desase de ellas, y se queda sola en medio del teatro.*)

ESCENA XIV.

ZULEMA, ABEN FARAX, CONJURADOS.

ABEN FARAX (*con acento fuerte, al tiempo de salir*).

¿Dónde está el tirano?.... Quizá va huyendo con esas mujeres; pero no se librará de la muerte!

ZULEMA.

¿A quién buscas, monstruo sanguinario?....

ABEN FARAX (*sin parar la atencion en Zulema*).

Entrad á hierro y fuego, y registradlo todo!....

(*Va á partir seguido de algunos conjurados; los demás se van precipitadamente por varias puertas.*)

ZULÉMA.

Je vais le chercher.

FATIME (*la retenant*).

Où allez-vous?

LA VIEILLE ESCLAVE.

Sauvons-nous dans ces souterrains; échappons pour quelques instants; il viendra nous délivrer bientôt.

FEMMES ET ESCLAVES.

Sauvons-nous!....

(*La vieille esclave les précède: Zuléma la suit, appuyée sur sa fille. Les femmes et les esclaves les entourent de tous côtés. En même temps qu'elles vont entrer dans les souterrains, Aben Farax en sort, suivi par un grand nombre de conjurés avec des sabres et des torches. Les femmes et les esclaves poussent un cri d'épouvante, et s'enfuient en désordre entraînant avec elles Fatime et Zuléma: celle-ci se débarrasse de leurs bras, et reste seule au milieu du théâtre.*)

SCÈNE XIV.

ZULÉMA, ABEN FARAX; LES CONJURÉS.

ABEN FARAX (*d'une voix forte, au moment de paraître*).

Où est-il, le tyran?.... Il fuit peut-être avec ces femmes; mais il n'échappera pas à la mort!

ZULÉMA.

Qui cherches-tu, monstre altéré de sang?....

ABEN FARAX (*sans faire attention à Zuléma*).

Pénétrez de tous côtés, le fer et la flamme à la main....

(*Il va partir, suivi de quelques conjurés; les autres se précipitent par les diverses portes.*)

ZULEMA (*poniéndosele delante*).

No; de aquí no pasarás. Tú buscas á mi esposo para darle muerte.

ABEN FARAX (*señalando el cadáver*).

A tu esposo!.... di mas bien al asesino de tu padre.

(*Desvíala con violencia, y desaparece al punto, seguido de los que se habian quedado con él.*)

ESCENA XV.

ZULEMA.

(*Quédase al punto inmóvil, como sobrecogida y pasmada: despues va volviendo en sí, y luego cae en una especie de delirio.*)

No hay duda; él ha sido.... él ha sido.... todo lo recuerdo ahora, todo lo veo claro; hasta el fondo del abismo veo.... Este relámpago me ha abierto los ojos; pero tambien me los ha abrasado!

(*Vaga por el teatro en la mayor agitacion.*)

Aben Humeya!.... Aben Humeya!.... No es tu esposa, no; la hija de Muley Carime es quien te llama!

ESCENA XVI.

ZULEMA, ABEN HUMEYA, ALGUNOS MORISCOS Y UNA TURBA DE ESCLAVOS.

(*Vense entrar huyendo y derrotados á muchos Moriscos y esclavos, que se dispersan en el teatro; y se escapan por todas partes.*)

ABEN HUMEYA (*desde lo hondo del corredor*).

Aguardad, cobardes, aguardad un momento.... tened siquiera ánimo para verme morir!

ZULÉMA (*se jetant au-devant de lui*).

Non, tu n'iras pas plus loin.... tu cherches mon époux pour le massacrer....

ABEN FARAX (*montrant le cadavre*).

Ton époux!.... dis plutôt l'assassin de ton père.

(*Il la repousse, et disparaît à l'instant même, suivi du reste des Maures.*

SCÈNE XV.

ZULÉMA.

(*Elle reste d'abord immobile, comme frappée de stupeur; ensuite elle revient peu à peu; mais elle tombe dans une sorte d'égarement.*)

Oui, c'est lui.... c'est lui-même.... maintenant je me rappelle tout; je vois tout; j'aperçois jusqu'au fond de l'abîme.... Cet éclair a dessillé mes yeux; mais il les a brûlés!.... (*Elle erre sur la scène dans la plus grande agitation.*) Aben Humeya!.... Aben Humeya!.... Ce n'est pas ton épouse, c'est la fille de Muley Carime qui t'appelle.

SCÈNE XVI.

ZULÉMA, ABEN HUMEYA; QUELQUES MAURES, UNE FOULE D'ESCLAVES.

(*On voit entrer précipitamment, en pleine déroute, des Maures et des esclaves, qui se dispersent sur la scène, et disparaissent de tous côtés.*)

ABEN HUMEYA (*du fond du corridor*).

Attendez, lâches, attendez un instant!.... ayez au moins le courage de me voir mourir.

ZULEMA (*corriendo á su encuentro*).

Vuélveme mi padre, Aben Humeya, vuélveme mi padre!

ABEN HUMEYA (*sorprendido y turbado*).

¿Qué quieres, desdichada?....

ZULEMA.

Mi padre!.... ¿Qué has hecho de mi padre?.... ¡No lo sabes!.... ven, ven conmigo.... pronto le hallaremos.

(*Coge del brazo á Aben Humeya, queriendo conducirle por fuerza hácia donde está Muley Carime.*)

ABEN HUMEYA.

Que me pierdes, Zulema, y te pierdes.... Déjame!....

ZULEMA.

No, no te suelto.... mientras tenga vida, no he de dejar de pedirte mi padre!

ESCENA. XVII.

ZULEMA, ABEN HUMEYA, ABEN ABO, CONJURADOS.

(*Suena gran estrépito y vocería en el fondo del teatro: Aben Abo es el primero que se presenta, seguido de muchos conjurados.*)

ABEN ABO.

Deteneos!....

(*Hace una seña á los suyos, mira de hito en hito á Aben Humeya, y en seguida le dice:*)

Al fin te encuentro, Aben Humeya!

ABEN HUMEYA (*con un acento que la cólera ahoga*).

Ven, traidor, ven.... aun tengo libre esta mano para pasarte el corazon.

(*Zulema, fuera de sí, continúa asida á Aben Humeya, y quiere apartarle de la pelea: Aben Abo le acomete con ímpetu; el sable de Aben Humeya se desprende de su mano herida; va á*

ZULÉMA (*allant à sa rencontre*).

Rends-moi mon père, Aben Humeya, rends-moi mon père!

ABEN HUMEYA (*avec un grand trouble*).

Que veux-tu, malheureuse?

ZULÉMA.

Mon père!.... qu'as-tu fait de mon père?.... Tu ne sais pas! viens, viens ici.... nous allons le trouver. (*Elle prend le bras d'Aben Humeya, et veut l'entraîner vers Muley Carime.*)

ABEN HUMEYA.

Tu me perds, Zuléma, et tu te perds toi-même.... laisse-moi par pitié!....

ZULÉMA.

Non; je ne te quitte pas.... je te demanderai mon père jusqu'à l'heure de ma mort.

SCÈNE XVII.

ZULÉMA, ABEN HUMEYA, ABEN ABO; DES CONJURÉS.

(*On entend de plus près le tumulte; Aben Abo paraît le premier, suivi de plusieurs conjurés.*)

ABEN ABO.

Arrêtez!....

(*Il fait un signe aux siens, regarde fixement Aben Humeya, et lui dit ensuite:*)

Je te trouve enfin, Aben Humeya!....

ABEN HUMEYA (*d'une voix que la fureur étouffe*).

Viens, traître, viens.... j'ai encore cette main pour te percer le cœur.

(*Zuléma, hors d'elle même, s'attache à son mari, et veut le retirer du combat; Aben Abo fond sur lui; et aux premiers coups de sabre, celui d'Aben Humeya s'échappe de sa main blessée;*

cogerle del suelo, y Aben Abo le descarga un golpe terrible.)

ABEN ABO.

Muere!

ZULEMA (*poniéndose de por medio*).

No!

(*Cae herida mortalmente. Al mismo tiempo se oye un tiro detrás de Aben Humeya, que, al sentirse herido, va á dar un paso amenazando á Aben Abo, y cae desplomado.*)

ABEN HUMEYA.

¡Ay!....

ESCENA XVIII.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, GRAN NUMERO DE CONJURADOS.

(*Salen por todas partes los conjurados, con armas y antorchas.*)

MUCHOS CONJURADOS.

Muera el tirano!.... muera!

OTROS.

Viva Aben Abo!

TODOS (*excepto Aben Farax y los de su bando.*)

Viva nuestro rey!

ABEN FARAX.

¡Ya buscais otro yugo!

ABEN HUMEYA (*en la agonía*).

Muero contento.... pronto me seguirás.... y asesinado tambien.... á estos traidores les lego mi venganza!

ABEN ABO.

¿Qué estás ahí diciendo, miserable?... Arrastradle á esos subterráneos; y que en ellos halle su sepulcro!

(*Un grupo de conjurados rodea á Aben Humeya, y se le lleva moribundo.*)

ABEN HUMEYA.

(*Hace señas con su mano ensangrentada,*

il va le ramasser, et Aben Abo lui porte un coup terrible.)

ABEN ABO.

Meurs!

ZULÉMA (*s'élançant au milieu d'eux*).

Non!

(*Elle tombe frappée à mort. Un coup de feu part en même temps derrière Aben Humeya; il se sent blessé, et voulant faire un pas contre Aben Abo, il tombe par terre.*)

ABEN HUMEYA.

Ah!....

SCÈNE XVIII.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX; UN GRAND NOMBRE DE CONJURÉS.

(*Les conjurés entrent de toutes parts, ayant à la main des armes et des torches.*)

PLUSIEURS CONJURÉS.

Meure le tyran!

D'AUTRES.

Vive Aben Abo!

TOUS (*excepté Aben Farax et ceux de son parti*).

Vive notre roi!....

ABEN FARAX.

Comment, encore un maître!

ABEN HUMEYA (*dans l'agonie*).

Je meurs content.... tu me suivras de près.... assassiné aussi.... Je lègue ma vengeance à ces traîtres.

ABEN ABO.

Que dis-tu, misérable?.... Traînez-le dans ces souterrains, et qu'il y trouve son tombeau!

(*Un groupe de conjurés entoure Aben Humeya et l'emporte mourant.*)

ABEN HUMEYA.

(*Il fait des signes de sa main ensanglan-*

como si llamase á Aben Abo, y clama con voz desfallecida :)

Ven, Aben Abo, ven!.... Ya te aguardo....

(*Espira, y le entran al punto en el subterráneo. Zulema, al escuchar la voz de su esposo, se arrastra un breve espacio, como queriendo seguirle, y cae luego exánime.*)

ZULEMA.

Aben Humeya!....

ESCENA XIX.

ABEN ABO, ABEN FARAX, CONJURADOS.

MUCHOS CONJURADOS.

Viva Aben Abo!

OTROS.

Viva nuestro rey!

ABEN ABO.

No, guerreros mios, no.... marchemos contra el enemigo; y en medio de sus filas asentaré la corona en mis sienes.

(*Va á partir con ademan resuelto: Aben Farax le grita, de en medio del teatro :*)

ABEN FARAX.

Aben Abo!.... mira: ¿ves este reguero de sangre?. .. Ese es el camino del trono.

FIN DEL DRAMA.

tée, comme s'il appelait Aben Abo vers lui, et s'écrie encore d'une voix défaillante :)

Viens, Aben Abo, viens!.... je t'attends....

(*Il expire : on l'entraîne dans les souterrains. Zuléma, en entendant la voix de son époux, se traîne un peu, comme pour le suivre, et retombe.*)

ZULÉMA.

Aben Humeya!....

SCÈNE XIX.

ABEN ABO, ABEN FARAX; LES CONJURÉS.

PLUSIEURS CONJURÉS.

Vive Aben Abo!

D'AUTRES.

Vive notre roi!....

ABEN ABO.

Non, mes braves, non.... courons à l'ennemi ; c'est au milieu de ses rangs que je placerai la couronne sur ma tête.

(*Il va partir d'un air déterminé ; Aben Farax lui crie, du milieu de la scène :*)

ABEN FARAX.

Aben Abo! regarde. Vois-tu cette trace de sang?.... c'est la route du trône.

FIN DU TROISIÈME ET DERNIER ACTE.

LA CONJURACION DE VENECIA.

AÑO DE 1310.

DRAMA HISTÓRICO.

ADVERTENCIA.

De algunos años á esta parte, deseaba componer una obra dramática cuyo argumento fuese tomado de la historia de Venecia: la forma de gobierno de aquella república, la severidad de sus leyes, el rigor y el misterio de algunos de sus tribunales, me han parecido siempre muy propios para una composicion de esta clase, capaces de despertar vivo interés, y de acalorar fácilmente la fantasía. Al fin me determiné á poner manos á la obra; y ya resuelto á bosquejar una de las revoluciones de aquel estado, empecé por estudiar detenidamente su historia, valiéndome de la que escribió el conde Daru, profunda y completa, si bien sobrado difusa y prolija. Entre los grandes sucesos que presenta, me pareció preferible por varias razones la célebre conjuracion acaecida en Venecia al comenzar el siglo décimo cuarto; fué tal vez la mas grave, y la que mas influjo tuvo en la suerte ulterior de aquella república; no abortó antes de tiempo, como la atribuida al marqués de Bedmar y otras; su malogro consolidó por siglos el poder de un corto número de familias; y desde aquella época puede decirse que empezó para Venecia una nueva era. La clase de personas que tramaron la conjuracion, su misma importancia, los motivos que la excitaron, su fin pronto y sangriento, todo parecia brindarse á una composicion dramática; tanto mas, cuanto nunca se ha presentado este argumento en ningun teatro.

Da tambien la casualidad favorable de que no solo han referido con alguna extension este suceso los historiadores de Venecia, como Verdizzotti y otros, sino que existen unos documentos auténticos, sumamente preciosos, que dan de esta revolucion una cabal idea. Tales son las cartas del mismo dux Gradénigo, escritas en aquellos dias á los embajadores de la república y á los gobernadores de las provincias, dándoles cuenta de lo acaecido, en que él habia tenido tanta parte; hallándose en la misma obra las sentencias de los reos y muchas circunstancias notables [1].

Mas no por eso se crea que he seguido escrupulosamente la pauta de la historia, aunque he procurado presentar aquel grave acontecimiento bajo su verdadero aspecto, dar una idea bastante exacta de los principios y máximas de aquel go-

[1] Véase la crónica latina del dux Andrés Dándolo y su continuacion, insertas en el tomo XII, in-folio, de la famosa obra de Muratori: *Rerum italicarum scriptores*.

bierno, y conservar en el traslado de costumbres y caractéres el sello peculiar del siglo y de la nacion.

En cuanto á la fábula de este drama, me parece muy sencilla, y no sé yo si en el teatro bastará el interés que en mi concepto encierra para lograr cumplidamente su objeto; lo que sí puedo decir desde ahora es que, al hacer este ensayo, me propuse dar á los sentimientos, al estilo y al lenguaje la mayor naturalidad. Caminando á tientas y sin guia, tampoco sé si me habré ó no extraviado; pero en una carrera no conocida, hasta las caidas de los que van delante suelen ser de provecho á otros.

LA CONJURACION DE VENECIA.

DRAMA.

PERSONAS.

RUGIERO, casado de secreto con
LAURA, hija del senador
JUAN MOROSINI, hermano de
PEDRO MOROSINI, presidente primero del tribunal de los Diez.
Presidente segundo. } idem.
Presidente tercero. } idem.
Secretario. } idem.
El embajador de Génova.
Su secretario.
MARCOS QUERINI, } cabezas de la conjuracion.
JACOBO QUERINI, } cabezas de la conjuracion.
BOEMUNDO THIÉPOLO, } cabezas de la conjuracion.
ANDRÉS DAURO, } cabezas de la conjuracion.
BADOER, } cabezas de la conjuracion.
JUAN MAFEI, } cabezas de la conjuracion.
Comandante de la guardia del dux.
Espía primero.
Espía segundo.
MATILDE, aya de Laura.
JULIAN ROSSI, soldado de la bandera de Rugiero.
Un artesano.
Un marinero.
Una mujer del vulgo.
Su marido.
Peregrino anciano.
Peregrino mozo.
Conjurados, soldados, pueblo, jueces y subalternos del tribunal.

La escena en Venecia.

El teatro representa un salon del palacio del embajador de Génova : en el foro una galería estrecha que conduce á la calle ; á los lados dos puertas, que dan á las demás habitaciones de la casa. — Es de noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

EMBAJADOR, SECRETARIO (*escribiendo en un bufete*).

EMBAJADOR (*levantándose*).
¡ Cuánto tarda la hora !....

(*Despues de un breve intervalo, suena un reloj á lo lejos, y da la una.*)

Ya da.

(*Preséntase, saliendo por una de las puertas laterales, un hombre enmascarado.*)

Colócate á la entrada de esa galería; y si alguno penetrare hasta aquí, sin dar el nombre y sin mostrar la contraseña... déjale muerto á tus piés.

(*El máscara se sitúa en su puesto.*)

EMBAJADOR (*al secretario*).

Aun podemos aprovechar unos instantes, mientras se reunen los nobles Venecianos; tal vez haya tiempo de concluir ese despacho para Génova.

SECRETARIO.

Ved, señor, que es posible que al entrar oigan lo que dictais.....

EMBAJADOR (*con frialdad*).

Bien está.

(*El embajador se dispone á dictar, paseándose por la escena: empiezan á llegar sucesivamente varios conjurados, todos con máscara; y al entrar, dicen una palabra al oido á la persona colocada en la galería, y le muestran una medalla; despues se van distribuyendo por la sala.*)

SECRETARIO.

Así concluia el último período: (*lee*) «Ellos mismos, de propia autoridad, han cerrado la entrada del *Gran Consejo* á los demás nobles; y prohibiendo las elecciones futuras, han vinculado exclusivamente en sus familias el privilegio de tiranizar á su patria.»

EMBAJADOR (*dictando*).

«Usurpacion tan escandalosa ha encendido en los ánimos una indignacion general: no solo varios nobles, despojados injustamente del derecho de ser elegidos, sino aun algunos de los mas ilustres, que por casualidad se hallaban á la sazon en el *Gran Consejo*, han resuelto echar por tierra la obra de iniquidad, y restablecer cuanto antes las antiguas leyes.»

SECRETARIO (*repite*).

«Las antiguas leyes.»

EMBAJADOR.

«Todo se halla dispuesto para esta reparacion solemne; reunidos los medios, prontos los ejecutores, próximo ya el dia... Y como enviado de una república amiga, que acaba de dar el ejemplo de poner coto á la ambicion de algunos nobles, he creido deber contribuir al logro de una empresa, justa en su principio, de éxito seguro, y de consecuencias ventajosas á entrambas naciones.»

ESCENA II.

EMBAJADOR, SECRETARIO, MARCOS QUERINI, JACOBO QUERINI, THIÉPOLO, BADOER, MAFEI, DAURO, OTROS TRES CONJURADOS.

EMBAJADOR (*echando una mirada por la sala*).

Ya me parece que han llegado todos... (*Al secretario.*) Copiad ahora en cifra lo que contiene este escrito, en tanto que celebramos nuestra junta.

(*El embajador se dirige hácia los conjurados, y va dando la mano á cada uno de ellos sucesivamente.*)

SECRETARIO (*leyendo para sí el papel*).

«Apuntad los nombres de todos los concurrentes; y sin hacer ni el mas leve ademan de atender á lo que aquí pase, escribid la sustancia de los razonamientos, y apuntad fielmente cuanto noteis.»

EMBAJADOR.

¿Todos amigos?

CONJURADOS.

Todos.

(*Quítanse las máscaras, se saludan cortésmente, y toman asiento.*)

EMBAJADOR.

¿Falta alguno?...

MAFEI.

Solo echo menos á Rugiero.

EMBAJADOR.

A pesar de sus pocos años, no creo que le hayan detenido las diversiones del carnaval: ama mucho á su patria adoptiva, y no piensa sino en salvarla.

THIÉPOLO.

Solo tendria alguna disculpa su tardanza, si fuese cierto, como dicen, que está perdido de amores, y lo que es peor, sin esperanza de lograr su dicha... Debemos ser indulgentes con los desgraciados.

DAURO.

Mi amigo no ha menester compasion ni indulgencia: cuando se trata de cumplir con un deber, nadie en el mundo le lleva ventaja.

MARCOS QUERINI.

¿Y quién pudiera dudarlo!.... Cabalmente sus buenas prendas le han granjeado el afecto de todos; y lejos de mirársele en Venecia como extranjero, sin mas recomendacion que su espada, se le considera con razon como uno de sus mejores hijos. Si hoy tarda, por primera vez, debe de motivarlo alguna causa poderosa....

DAURO.

Quizá sea ese que llega...

EMBAJADOR.

No hay duda.

ESCENA III.

DICHOS; RUGIERO.

(*Presenta este su contraseña al máscara, el cual se retira, al mandárselo el embajador, dejando cerrada la puerta.*)

RUGIERO (*se descubre y saluda á los demás*).

No ha sido culpa mia el haber tardado estos pocos momentos: una casualidad, tal vez de leve importancia, me ha hecho suspender de propósito entrar en el palacio.... Toda la noche habia notado que me seguia un máscara, vestido de negro... en vano atravesaba yo los puentes, cruzaba el bullicio en la plaza, mudaba mil veces de rumbo... siempre le veia cerca de mí, cual si fuese mi sombra. A veces sospeché, hallándole por todas partes, que quizá fuesen varios, de traje parecido; y hasta llegué á dudar si seria mi propia imaginacion la que así los multiplicaba ante mis ojos.... Al cabo me vi libre un instante, y lo he aprovechado.

MAFEI.

En esta época del año, nada tiene de singular esa aventura: tal vez os hayan confundido con otro; y aun la mera curiosidad bastaria para que alguno haya formado empeño de conoceros.

DAURO.

Ni la mas leve circunstancia debe desatenderse en crísis de tanto momento.... ¿Quién sabe si acecharán los pasos de Rugiero por algun recelo ó sospecha?.... Todos conocemos á fondo las malas artes de ese tribunal, digno apoyo de la tiranía: mina la tierra que pisamos; oye el eco de las paredes; sorprende hasta los secretos que se escapan en sueños....

THIÉPOLO.

Poco le han de valer ya su astucia misteriosa, sus infames espías, sus mil *bocas de bronce*, abiertas siempre á la delacion y á la calumnia... Si se muestra ahora aun mas activo y tremendo, desde que está á su frente el cruel Morosini, antes lo tengo por buen anuncio que por malo; no es síntoma de robustez, sino la agonía de un moribundo.

BADOER.

¿Y porqué tardamos en señalar su última hora?... En las grandes empresas

el mayor peligro está en la dilacion.....

JACOBO QUERINI.

Y tal vez en precipitarlas. No es mi ánimo, nobles señores, contrarestar vuestra resolucion generosa; y despues de haber agotado en vano todos los medios de persuasion y de templanza, conozco á pesar mio que es necesario, so pena de mayores males, oponerse resueltamente á tamaño atentado. Mas ya que la ceguedad de unos pocos nos obligue á tan duro extremo, ¿no debemos prever todas las consecuencias, y evitar los estragos de una revolucion?..... No basta tener en favor nuestro la razon y las leyes; siempre es aventurado encomendar su triunfo al incierto trance de las armas; y es mala leccion para los pueblos enseñarles á reclamar justicia, desplegando la fuerza....

THIÉPOLO (*interrumpiéndole*).

¿Y qué otro recurso nos queda para arrancar á unos detentores infames el depósito que han usurpado?.... Vosotros lo sabeis: las quejas se graduan de delito, las reclamaciones de crímen, y el patíbulo ahoga la voz de los que osan invocar las leyes! — En ese mismo palacio cuyas puertas se cerraron ante mi padre, alzado por aclamacion pública á la suprema dignidad; en ese mismo palacio en que un dux orgulloso, nombrado por sus cómplices, trama noche y dia la servidumbre de su patria, no ha faltado ya quien reclame en favor de nuestros derechos; ¿y cuál ha sido la respuesta?... No necesito recordárosla: aun no está enjuta la sangre de las víctimas! — Sin proceso ni tela de juicio, sin acusacion ni defensa, en la oscuridad de la noche, á la sombra de impenetrables muros, cayeron los leales á manos de los pérfidos; y por colmo de horror y escándalo, se apellidó luego justicia la venganza de los asesinos!

MARCOS QUERINI.

Calma, Boemundo, calma ese aliento generoso, tan necesario en la pelea como arriesgado en el consejo: cuando se trata de asunto de tamaña importancia, mas vale seguir la luz de la prudencia que los ímpetus del corazon. — Nuestros sentimientos son los mismos, uno nuestro deseo; y aunque ves estas canas sobre mi frente, tan resuelto estoy como el que mas á derramar mi sangre, por no dejar á mi patria en tan indigna esclavitud. Mas antes de aventurarlo todo, conviene no olvidar el poder y la astucia de nuestros contrarios, y asegurar el buen éxito de la empresa por cuantos medios estén al alcance de la prudencia humana.....

BADOER.

¿Y qué nos falta ya?.... Las tropas de mi mando están prontas, y llegarán de Padua al momento preciso....

RUGIERO.

Los guerreros que siguen mis banderas me demandan á cada instante la señal anhelada....

EMBAJADOR.

Por no excitar inquietud y sospechas, aun no se han internado en el golfo las galeras de Génova; pero el almirante aguarda ya mis órdenes, y el pabellon de una república amiga vendrá á solemnizar tambien el triunfo de Venecia.

JACOBO QUERINI.

¿Y los nobles?... ¿y el pueblo?....

DAURO.

¿Quién puede dudar de que estén por nosotros? Despojadas de su prerogativa cien familias ilustres, perseguidas otras, amenazadas todas, ansian en secreto la caida de los usurpadores y el recobro de los antiguos fueros: á una voz, á un acento, no habrá noble Veneciano, digno de su estirpe, que no empuñe la espada en nuestro favor.

BADOER.

Y yo respondo con mi cabeza de la

cooperacion del pueblo. La ruina de nuestra armada en Curzola, la derrota del Po, la pérdida de Tolemaida, la miseria y el hambre, todas las plagas juntas, han apurado ya la paciencia y el sufrimiento: no hay nadie que no anhele ver el término de tantos males.

MAFEI.

La maldicion del cielo ha caido sobre Venecia, y pide á gritos el castigo de los culpables: ni aun nos queda el recurso, en medio de tantas desdichas, de recibir los consuelos de la religion, y llorar siquiera en los templos!..... Cerradas sus puertas, prófugos sus ministros, interrumpidos los cánticos y sacrificios, en vano tendemos los brazos al pastor santo de los fieles.... Su tremendo entredicho pesa sobre nosotros; y á su voz todas las naciones nos repulsan como apestados, ó nos persiguen como á fieras.

TIIÉPOLO.

¿Qué aguardamos, pues, qué aguardamos?....

DAURO.

A cada instante se agravan los males, y se dificulta el remedio.

RUGIERO.

La menor tardanza puede sernos funesta.

MAFEI.

Ni un dia mas!

VARIOS CONJURADOS.

Ni un solo dia!

MARCOS QUERINI.

Pues tan resueltos os mostrais á tentar cuanto antes el último recurso, concertemos el plan con madurez y detenimiento, dejando cuanto menos sea dable á los azares de la suerte. Sé bien que podemos contar, al menos por el pronto, con mas fuerzas que nuestros contrarios; pero ¿no debemos procurar que nuestro triunfo cueste pocas lágrimas, y evitar con todo empeño el derramamiento de sangre?.... Quisiera yo tambien, y daria mi vida por lograrlo, que se tomasen todas las precauciones para que el pueblo no sacuda el freno, y no empañe nuestra victoria con desórdenes y demasías. Ha nacido para obedecer, no para mandar; y al mismo tiempo que vea desmoronarse la obra inicua de la usurpacion, debe admirar mas firme y sólido el antiguo edificio de nuestras leyes. Rescatemos, sí, rescatemos de manos infieles la herencia de nuestros mayores; mas no expongamos el bajel del estado á las tormentas populares.

EMBAJADOR.

Bien se echa de ver, noble Querini, bien se echa de ver en vuestras razones aquella prudencia consumada que os ha granjeado tanto crédito entre los padres de Venecia. Tan persuadido estoy, por lo que á mí toca, de la oportunidad de tan saludables consejos, que siempre he sido de dictámen de que debe emplearse la sorpresa y la astucia, mas bien que empeñar una larga contienda, incierta tal vez y dudosa. Por lo mismo que nuestros contrarios confian tanto en su prevision y en sus fuerzas; por lo mismo que se han reunido pocos para oprimir mas á su salvo, ha de ser menos difícil lograr nuestro propósito por algun medio pronto, osado, que no hayan podido siquiera imaginar. Tal seria, si bien os pareciese, apoderarnos por sorpresa del Dux y de sus principales cómplices; y arrojándolos lejos de la patria que no merecen, proclamar al punto el restablecimiento de las antiguas leyes...

MAFEI.

Anoche mismo, paseándome por los pórticos, noté cuán factible era apoderarse de rebato del palacio ducal. La guardia me pareció escasa y desapercibida; la plaza estaba hirviendo de

gente; las oleadas llegaban hasta dentro de las mismas puertas, sin excitar recelo.... ¿Qué riesgo habria en mezclarnos con la muchedumbre, acechar la ocasion oportuna, y abalanzarnos á una señal, sin dar siquiera tiempo de ponerse en defensa?

THIÉPOLO.

Reunidas en secreto nuestras tropas en el palacio de Querini, pocos instantes habrian menester para ocupar el puente de Rialto, y cortar la comunicacion entre ambas partes de la ciudad.

BADOER.

Algunos hombres escogidos, mezclados entre la turba, podrian apoderarse de improviso de las avenidas de la plaza, y contener á un tiempo á los usurpadores y al pueblo.

JACOBO QUERINI.

Lo que urge mas que todo es apoderarse desde luego del Dux.... Yo conozco á Gradénigo.... hombre audaz, obstinado, inflexible, que expondrá mil veces la vida antes que ceder.

THIÉPOLO.

¿Y de qué le servirá su arrojo, cuando se halle sorprendido, abandonado de los suyos, sin recurso en la tierra?.... Tambien eran valientes los que abusaron antes que él de la suprema potestad; y no por eso se pusieron á salvo del castigo de nuestros padres. Dichosos se llamaron los que pasaron desde el solio á un triste monasterio; mientras proscriptos otros, privados hasta de los ojos para llorar su afrenta, por única merced demandaban la muerte!

EMBAJADOR.

Mas fácil será ahora nuestro triunfo, ya que la suerte se nos brinda propicia.... Pasado mañana, por último dia de carnaval, celebra el Dux un festin magnífico, á que asistirán sus consejeros y muchos miembros del senado, sus principales cómplices: nuestros amigos y parciales pueden concurrir igualmente, disfrazados como los demás nobles; y su sola presencia bastará para afianzarnos la victoria. Al momento que estalle el tumulto en la plaza, debe resonar el mismo grito en los salones del palacio, y hallarse el Dux cercado de cien desconocidos. La confusion, la sorpresa, la imposibilidad de distinguir amigos y contrarios, quebrantarán el ánimo de los mas audaces; y sin osar resistir siquiera, caerán en nuestras manos.

MARCOS QUERINI.

A pesar de que juzgo ese plan el menos arriesgado, y harto probable su buen éxito, no dejemos por eso de tomar todas las precauciones.... Muchas empresas se han malogrado en el mundo por haberse desatendido una circunstancia muy leve; y no es lo mas difícil imaginar un plan, sino concertar bien los medios de llevarle á cabo.

EMBAJADOR.

¿Y quién mejor que vos, respetable Querini, dotado de la prudencia de la edad madura y del aliento de la mocedad, pudiera encargarse de tan arduo negocio?.... Cierto estoy que no habrá uno solo de estos nobles patricios que no se someta á vuestro dictámen, pronto á ejecutar vuestras órdenes.

RUGIERO.

Todos estamos prontos.

CONJURADOS.

Todos!!!

MARCOS QUERINI.

Aunque tanto me honra vuestra confianza, no quisiera yo cargar sobre mis flacos hombros un peso tan grave; antes bien me atreveria á suplicaros que nombráseis algunos de vosotros, que me auxiliasen y sostuviesen.

DAURO.

Sin salir de vuestro palacio, ¿no te-

neis en él á vuestro hermano y á vuestro ilustre yerno?.... (*Señalando á Jacobo Querini y á Thiépolo.*)

MAFEI.

Nadie mejor que ellos; uno auxiliará vuestra mente, y otro vuestro brazo.

BADOER.

Así tambien se evita la necesidad de reunirnos, á riesgo de excitar sospechas.

RUGIERO.

A nosotros nos bastará recibir el mandato, aprestarnos, y obedecer.

EMBAJADOR (*levantándose*).

Ea, pues, señores: despidámonos hasta el dia feliz en que ha de respirar Venecia.... Envidio vuestra gloria; y mi propia sangre daria por poderme contar, como vosotros, entre los libertadores de mi patria.

JACOBO QUERINI.

Quien vuelve por las leyes no hace mas que pagar una deuda; nada hay que agradecerle.

RUGIERO.

Aun cuando la suerte nos fuese adversa, antes quiero perecer con las víctimas que no triunfar con los verdugos.

DAURO.

¿Porqué has de pensar siempre lo mas triste y funesto?.... No se trata de morir, sino de vencer.

MAFEI.

Nuestra causa es la causa de Dios; y él volverá por ella.

MARCOS QUERINI.

Vamos á poner todos los medios que pendan de nosotros.... y cúmplase despues la voluntad del cielo!

(*Se despiden y salen por la galería: el embajador manda al secretario que le siga, y se va por una puerta lateral.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el panteon de la familia Morosini: vense á entrambos lados varios sepulcros, con estatuas y emblemas fúnebres; en el fondo se descubre una pequeña capilla, cerrada con una verja de hierro y alumbrada con una lámpara; habrá varias puertas y ventanas.

ESCENA I.

PEDRO MOROSINI, DOS ESPIAS (*con caretas y dominó negro*).

(*Abrese una puerta en el fondo, y entran con el mayor silencio.*)

MOROSINI.

Aquí no tendremos mas testigos que los restos de mis mayores.... Ellos me enseñaron á velar noche y dia por la salud de la república.

ESPIA PRIMERO (*descúbrense ambos*).

Hoy hemos seguido tambien los pasos de Rugiero; mas no mostraba inquietud ni recelo, y se ha encaminado en derechura á la boda del senador Barozzi.

MOROSINI.

Mas ¿estais ciertos de que fuese él, y

no otro, quien entró anoche en el palacio de Génova?

ESPIA SEGUNDO.

No nos queda ni la mas leve duda: apenas le dejamos allí, dimos por cien partes el aviso oportuno; y no se le perdió de vista á la vuelta, hasta que entró en su casa.

MOROSINI.

¿Con qué personas ha hablado estos últimos dias?

ESPIA SEGUNDO.

Dos veces ha ido disfrazado al palacio Querini....

MOROSINI.

Al palacio Querini!....

ESPIA PRIMERO.

Tambien ha recibido hoy en su casa al aya de vuestra sobrina, que, despues de permanecer con él unos cortos momentos, se volvió aquí en la góndola de vuestro hermano.

MOROSINI (*despues de una pausa*).

¿Con quién vive Rugiero?

ESPIA PRIMERO.

Desde que llegó á Venecia vive solo, sin mas que uno de los extranjeros que siguen sus banderas.

MOROSINI.

¿No habeis hallado medio de ganarle?

ESPIA PRIMERO.

Ninguno.

MOROSINI (*con tono severo*).

Yo buscaré quien cumpla mejor con su obligacion.

ESPIA SEGUNDO.

Solo hemos podido sonsacarle algunas expresiones sueltas, en medio de la embriaguez y valiéndonos de su manceba.

MOROSINI.

¿Y qué es lo que habeis inferido?

ESPIA PRIMERO.

Que se trama algun atentado contra la república, y que Rugiero cuenta con los suyos.

MOROSINI.

¿Cuántos salieron con él del palacio del embajador?

ESPIA PRIMERO.

Salió solo, con precaucion y recato; mas serian unos doce los que allí se reunieron.

MOROSINI.

¿Estais seguros de que iba tambien Thiépolo con ambos Querinis?....

ESPIA SEGUNDO.

Por lo menos, una persona que se le asemejaba mucho entró con ellos en el palacio; y á los pocos instantes, vimos el reflejo de una luz en la galería que conduce á su habitacion.

MOROSINI.

¿Qué ha avisado hoy el proscripto que se halla refugiado en el palacio del embajador?....

ESPIA PRIMERO.

Solo ha confirmado lo que ya sabíamos; pero ofrece revelar hasta lo mas mínimo para ganar su indulto.

MOROSINI.

¿Se ha mudado ya Gritti á la casa contigua?

ESPIA PRIMERO.

Y de dia y de noche está siempre en acecho.

MOROSINI.

Ignora sin duda que hay otros que tienen tambien ese encargo....

ESPIA PRIMERO.

Está muy ufano, creyendo ser el solo; y no sabe que le observan á él mismo en su propia casa.

MOROSINI (*dándole un papel*).

Bien está. — Llevad esta órden mia al alcaide de los subterráneos, y que deje entrar á uno de vosotros hasta el calabozo de Beccario, cual si fuese enviado por el tribunal para asistirle en sus dolencias.... Conviene mostrarle

compasion y ganar su confianza, á fin de averiguar cuanto sepa acerca de la conjuracion.... Tal vez seria oportuno darle por supuesto que está ya descubierta y presos entrambos Querinis.... que á uno de los cómplices, por haber confesado la verdad, se le ha conmutado en destierro la pena de muerte; que él puede esperar igual gracia si se anticipa á otros; pero que mañana tal vez será ya tarde!

ESPIA PRIMERO.

No se omitirá medio alguno para sondearle hasta el fondo del corazon.

MOROSINI.

Al clarear el dia, me daréis parte de las resultas, á la entrada del tribunal.... lo que no haya logrado la persuasion, lo arrancará el tormento.

(*Oyese el ruido de una llave, como queriendo abrir con secreto una de las puertas; y quédanse suspensos, en ademan de escuchar.*)

MOROSINI.

¿Qué ruido es ese?....

ESPIA SEGUNDO.

Parece como que intentan abrir la puerta inmediata.

MOROSINI.

¡Quién puede ser á estas horas y en este sitio!.... Mas ocultémonos, antes que entren, detrás de este sepulcro.

(*Se ocultan los tres: ábrese la puerta; y aparece Laura vestida de blanco, suelto el cabello, y con una lámpara antigua en la mano.*)

ESCENA II.

LAURA.

¡Qué silencio, Dios mio!.... hasta el ruido de mis pasos me infunde pavor.... Mucho tienes que agradecerme, Rugiero, mucho!.... ¿Por quién en el mundo haria yo otro tanto?.... Yo tan tímida, tan cobarde, que ni siquiera osaba antes bajar sola al jardin, atravieso ahora á media noche las galerías y salones, y oso penetrar en este sitio.... donde todo anuncia la muerte!

(*Coloca la lámpara sobre el sepulcro en que están ocultos, y mira á todas partes con asombro.*)

La vista de estos sepulcros me intimida aun mas que otras veces: me parece que hasta las estatuas fijan en mí los ojos, me reprenden y me amenazan.... Laura, infeliz Laura!....

(*Oyese hácia el fondo un débil eco, que repite:* Laura.)

Válgame Dios!.... creí que repetian mi nombre, y es sin duda el eco de estas bóvedas.... La sangre toda se me ha helado en las venas, y el cabello se ha erizado en mi frente.... Infeliz Laura, ¿qué será de tí?.... Un presentimiento fatal me estrecha el corazon, y ni me deja respirar siquiera.... Ven, esposo mio, ven; cerca de tí nada temo en el mundo!....

(*Abre una ventana, y asómase.*)

No descubro ningun objeto.... está la noche tan oscura!.... Ni una estrella se divisa en el cielo; y solo se oye el murmullo del viento en este canal solitario.... Si no vendrá!.... Si le habrá sucedido alguna desgracia!.... No, Dios mio, no; harto infeliz es ya!

(*Dirigese con el mayor abatimiento hácia la capilla, y se arrodilla delante de la verja.*)

Tú eres mi solo consuelo, protectora de los desdichados; tú ves con piedad estas lágrimas que corren de mis ojos, y no me negarás tu amparo.... no, Vírgen santa, no; yo no tengo mas madre que tú!.... Pero si hemos merecido, por

nuestra triste union, el castigo del cielo; si somos los únicos en la tierra que no alcancen con el llanto su perdon y misericordia.... caigan sobre mí, sobre mí sola, cuantos males puedan amenazarnos.... Yo me resignaré á mi suerte, sin quejarme siquiera; y te bendeciré, Vírgen santa, hasta mi última hora!.... (*Levántase despues de unos instantes.*) Siento mas desahogado mi corazon, y mi pecho late mas tranquilo....

(*Volviendo el rostro á la capilla.*)

Hasta las lágrimas son dulces, madre mia, cuando se derraman en tu seno!....

(*Encamínase hácia la ventana.*)

No puede tardar.... quizá en este instante me estará ya esperando; y yo no habré oido el canto que me da la vida....

(*Asómase, y escucha atentamente.*)

Me parece que oigo á lo lejos como ruido de remos.... ¿Si será ilusion?.... No, no hay duda; los latidos de mi corazon me anuncian ya mi dicha, y el temblor se apodera de todos mis miembros.... Él es!.... él es!.... voy á verle, á oirle, á estrecharle en mis brazos.... ¿qué mujer en la tierra mas dichosa que yo?...

(*Cantan á lo lejos los versos que siguen, acercándose cada vez mas la voz:*)

En hora fatal Leandro
Cruzaba una noche el mar,
Diciendo á las recias olas:
Dejadme llegar allá,
Que la prenda de mi alma
Esperándome estará;
Si quereis mi triste vida,
A la vuelta la tomad!....

(*Va apagándose el canto.*)

Dejadme llegar...
Dejadme....
Verla y espirar.

LAURA (*con la mayor alegría*).

Es la voz de su barquero.... ya llegan. (*Hace una seña con un pañuelo blanco, y arrojan desde afuera una escala de cuerda, que ella ata á la ventana*). Cuidado, Rugiero, cuidado.... mas despacio, mi vida.... dame ya la mano!

ESCENA III.

LAURA, RUGIERO.

(*Entra Rugiero por la ventana, descubriendo bajo la capa un vestido lujoso de baile: arrójase en los brazos de Laura.*)

RUGIERO.

Laura mia!.... ¿Porqué lloras?....

LAURA.

No lloro, Rugiero, no lloro... estas lágrimas que ves son de ternura.... de alegría.... tanta dicha no cabe en mi alma!

RUGIERO.

Serénate, amor mio.... ¿Hace mucho que me aguardabas?....

LAURA.

No; pero cada instante me parecia un siglo!.... ¿Quieres que te confiese tambien mi flaqueza?.... hasta tenia miedo.

RUGIERO.

¿De veras?

LAURA.

Es este panteon tan triste.... tan sumamente triste.... que me parece de mal agüero solo el pisar sus losas.

RUGIERO.

Desecha esos vanos temores; á mí me parece á tu lado la mansion de los cielos!

LAURA.

A mí tambien, Rugiero; pero cuando me veo sola, se apodera de mí una tristeza, una angustia, que ni soy dueña de mí misma.... Estos dias, no sé porqué, me siento tambien mas abatida.... me cuesta tanto mostrarme

alegre, y ocultar lo que pasa en mi corazon!.... Habrá apenas dos horas, me acariciaba mi padre con una bondad, con una ternura, que hasta el alma se me partia.... Si le hubieras oido todo lo que me decia para alegrarme, sus proyectos, sus esperanzas.... no tiene en su vejez mas apoyo, mas consuelo que yo; y voy á hacerle infeliz en los últimos años de su vida!

RUGIERO.

¿A qué te afliges ahora?... ¿Quieres amargar estos instantes, los únicos que gozamos de dicha?....

LAURA.

No, Rugiero.... ya me ves; estoy mas alegre.... A tu lado olvido hasta mis propios remordimientos!

RUGIERO.

¡Remordimientos!.... ¿y de qué? ¿Te pesa el amar á tu esposo?....

LAURA.

Pesarme!.... Yo no vivo sino por tí; yo no pienso sino en tí; yo no pudiera existir ni un solo dia si llegara á perderte!.... Pero engañar á un padre tan bueno; recibir de sus labios mil elogios, que estoy tan lejos de merecer; haber dispuesto de mi mano sin su voluntad, exponiéndome á su enojo, y tal vez á su maldicion.... antes morir, Dios mio!

RUGIERO.

¿Ves, Laura, lo que haces?.... Estás toda trémula, demudada, tan pálida!.... Ven aquí, bien mio.... Descansarás unos instantes, reclinada tu cabeza contra mi pecho.

(*La acerca á un sepulcro, situado hácia el promedio del teatro, poco levantado del suelo, con dos figuras esculpidas groseramente en el mármol, ya carcomido por los años.*)

LAURA.

¡Ahí!.... No, Rugiero, no, por nada del mundo.

RUGIERO.

¿Y porqué?

LAURA.

Los que yacen en ese sepulcro fueron muy desgraciados; y nosotros lo somos tambien!

RUGIERO.

Tú no perdonas medio alguno de atormentarte....

LAURA.

Si supieras la historia de esos esposos!.... Se amaron muchos años, llenos de desdichas; el mismo dia de sus bodas los separó la suerte; y solo lograron reunirse en ese sepulcro.... Mas ¿porqué me miras así?....

RUGIERO.

Yo no; te estaba meramente escuchando.

LAURA.

Fijabas en mí los ojos con una mirada tan triste!....

RUGIERO.

Es aprehension tuya, Laura mia; yo nunca estoy triste á tu lado. Ven, yo te lo ruego, ven; aquí estarás mejor.... ¿no quieres darme ese gusto?....

LAURA.

Yo no tengo mas voluntad que la tuya.
(*Siéntanse á los piés del sepulcro.*)

RUGIERO.

Así, Laura, á mi lado....
(*Cógele la mano, y la besa con la mayor ternura.*)
¿Quién podrá separarnos, quién?

LAURA.

Nadie en el mundo.

RUGIERO.

Ni la misma muerte.

LAURA.

Razon tenias, Rugiero; cerca de tí estoy mas tranquila.

RUGIERO.

¿Lo ves?

LAURA.

Pero se me representó tan al vivo la

historia de esos esposos.... la he oido contar tantas veces, desde que era niña!....

RUGIERO.

Aleja de tu alma tan tristes pensamientos.... no siempre hemos de ser desgraciados.

LAURA.

Tú mismo no lo esperas; y solo me lo dices por consolarme.

RUGIERO.

No, Laura, no; mi corazon me anuncia que van á cesar nuestras penas.

LAURA.

¿Lo crees así, Rugiero?

RUGIERO.

Sí.

LAURA.

Y yo te llamaré mi esposo, y no nos separaremos ni un instante, y todas las mujeres me tendrán envidia....

RUGIERO.

Laura mia.... si vieras esta noche lo que me he acordado de tí!.... He asistido á la boda del senador Barozzi; y estaban todos tan contentos, que su misma alegría me lastimaba el alma.... Cuando oí los acentos de la música.... cuando vi á Leonor dar la mano á su esposo, ante un ministro de Dios, rodeada de toda su familia.... ¿Te enterneces, Laura?

LAURA.

Y su madre la bendijo.... ¿no es verdad?.... la bendijo mil veces, y ella lloró en sus brazos, y no podian separarlas....

RUGIERO.

Cálmate, amor mio.... ¿porqué te afliges hasta ese punto?....

LAURA.

Mi madre.... mi pobre madre... ¡qué diria la infeliz si viviese!

RUGIERO.

Tendria lástima de nosotros, y nos perdonaria.... Tú por lo menos tienes el consuelo de haberla conocido, de haber pasado tu niñez á su sombra; tú recuerdas su rostro, su acento, sus caricias.... á la hora de su muerte, te dejó en los brazos de un padre.... pero yo, yo, infeliz de mí, desde que abrí los ojos, no he tenido en el mundo á quien volverlos!

LAURA.

¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero!.... Deja, déjame; yo las enjugaré con mi mano....

RUGIERO.

Solo, huérfano, sin amparo ni abrigo... sin saber á quienes debo el ser, ni siquiera la tierra en que nací.... ¿Porqué me amas, Laura, porqué me amas?.... Basta que seas mia, para que seas desgraciada!

LAURA.

Mas quiero contigo todas las desdichas juntas que lejos de tí todos los bienes de la tierra.... Mira, Rugiero, con toda mi alma te lo digo: quizá no te amaria tanto si fueras feliz.... pero cuando oia referir tus desgracias, y escuchaba los elogios que de tí hacian, tu valor en los combates y tu clemencia con los vencidos.... yo no sé lo que sentia; pero antes de conocerte ya te amaba!.... Yo nací para tí, Rugiero, para consolarte en tus penas, para hacerte olvidar tu orfandad, y llenar el vacío de tu corazon.... ¿qué te falta, di, adorándote yo?

(*Le echa los brazos al cuello.*)

RUGIERO.

Tú no eres una mujer, eres un ángel; el cielo te ha enviado para hacerme sobrellevar la vida!

(*Quédanse unos instantes en silencio, con las manos entrelazadas.*)

LAURA.

Cuando estemos así delante de mi

padre.... y nos llame á los dos *hijos mios*.... y nos contemple enternecido, con las lágrimas en los ojos.... ¿crees tú que llegará ese momento?

RUGIERO.

Sí, Laura, y antes que imaginas.

LAURA.

Yo conozco su mucha bondad y el cariño que me tiene; hasta su vida daria por mí.... pero temo que nos engañemos, Rugiero: vivimos en Venecia, y mi padre anhela como el que mas el lustre de su familia.... Quizá por sí propio haria en favor nuestro el mayor sacrificio; pero temerá el desaire de los otros nobles, el menoscabo de su influjo, las reconvenciones de su hermano.... Tú no conoces á este, y yo sí: justo y virtuoso, pero mirando hasta la piedad como una flaqueza, trata á los demás hombres con la misma severidad que á sí propio.... No amó nunca, Rugiero; ¿cómo quieres que nos mire con indulgencia y lástima?

RUGIERO.

Pues cabalmente en él tengo mi mayor confianza....

LAURA.

¡En él!

RUGIERO.

Sí, Laura, en él; quizá mañana mismo me deba hasta la vida.

LAURA (*con sorpresa y pasmo*).

¡Qué me dices, Rugiero!....

RUGIERO.

¿Y porqué tiemblas tú?.... No tienes porqué azorarte; sosiégate; no voy á correr ningun riesgo....

LAURA.

Ninguno!.... Pues bien, Rugiero, estoy pronta á creerte; pero solo exijo una cosa.

RUGIERO.

Todo cuanto tú quieras.

LAURA.

Ven, y júramelo por mi vida, ante aquella divina imágen.... (*Le mira de hito en hito.*) No bajes los ojos, no los bajes; en tu cara estoy leyendo lo que pasa en tu corazon. —

RUGIERO.

Laura mia....

LAURA.

Deja, déjame....

RUGIERO.

No quisiera, ni una sola vez, mentirte y engañarte; pero temo que, diciéndote la verdad, te aflijas sin motivo.

LAURA.

¿Y prefieres dejarme en esta incertidumbre?.... Haz lo que quieras; yo sé ya cual va á ser mi suerte!....

RUGIERO.

No llores, Laura, no llores, y escúchame.... voy á darte una prueba de lo que te amo; pero por Dios te pido que me creas, y no te hagas mas infeliz!.... Yo no voy á correr ningun riesgo; te lo repito una y mil veces.... Todo está previsto; y el éxito es seguro: en un solo momento va á cambiarse la suerte de Venecia, y pasado mañana eres mia á la faz del mundo!.... ¿No te alegras de oirlo?.... Alza la frente, Laura.... tienes la mano helada, con un sudor tan frio!...

LAURA.

Y me decia que me amaba tanto... y que nunca mas expondria su vida... y que seria siempre mi apoyo y mi consuelo.... Padre mio, ¡qué va á ser, en faltándole tú, qué va á ser de tu hija!....

RUGIERO.

Por Dios, Laura, por Dios... cada palabra tuya se me clava en el alma!

(*Quédanse un momento silenciosos; y empieza á oirse el susurro del viento.*)

LAURA.

Un solo favor quisiera pedirte.....

RUGIERO.

¿Qué quieres?

LAURA.

El primero.... y el último que te pediré ya en mi vida.

RUGIERO.

¿Qué quieres, Laura?... Dílo.

LAURA.

Tú vas á perderte... á perderte... tú no conoces la tierra que pisas; y hasta la pasion que me tienes contribuye á cegarte....

RUGIERO.

No, Laura, no lo creas: los hombres de mas cuenta, los patricios mas graves, se hallan decididos, prontos á salvar á Venecia.... Todo está calculado para evitar el derramamiento de sangre; y hasta el mismo Dux, sorprendido en su palacio, no recibirá daño ni insulto en su persona..... Yo temí... ¿cómo podia olvidarte?... temí que en medio de la confusion, intentase alguno vengar en tu tio la muerte de propios ó de extraños... es tan aborrecido!.... Por eso me he encargado de cerrar con mis tropas las avenidas del tribunal, y de velar en guarda de los jueces.... ¿Qué tienes que temer?.... Yo estaré á la vista de tu propia casa; yo defenderé á tu familia; yo tendré la satisfaccion de que me deban algo los que tienen tu misma sangre... ¿no los oirás con gusto manifestarme su agradecimiento?.... No me respondes, Laura; y ni aun parece que me escuchas... ¿Qué tienes, mi vida?... Llora, si quieres, llora en los brazos de tu esposo, que te ama mas que á su corazon!.... (*Reclínase Laura en el hombro de Rugiero.*) Así, Laura, así, no te reprimas....

LAURA.

Rugiero.... Rugiero....

RUGIERO.

No puedes ni aun hablar... los sollozos te ahogan....

LAURA.

No me abandones... ten lástima de esta infeliz!

RUGIERO.

¡Abandonarte yo!.... ¿Puedes imaginarlo?

LAURA.

Si te sobreviniese algun daño en medio del tumulto.... si cayeras en las garras de ese tribunal, que ni olvida ni perdona.... Rugiero, Rugiero mio, no te apartes de mí!

RUGIERO.

Serénate, Laura, serénate....

LAURA.

Por Dios te lo pido, Rugiero.... no me dejes en este estado, si me amas todavía.... El dia que te suceda una desgracia, será el último de mi vida!.... ¡Qué es eso!.... ¿Porqué vuelves el rostro?...

RUGIERO.

No es nada, Laura....

LAURA.

Me pareció que habia oido como un murmullo....

RUGIERO.

Es el viento, que zumba en estas bóvedas.... ¿no ves cómo ha arreciado?.... (*Suena mas fuerte el viento.*)

LAURA.

Sí, ya le oigo.... y hasta ese ruido tan triste aumenta mi terror.... La noche en que estuve á la muerte, sonaba así tambien.... No me dejes, por Dios, no me dejes; si te vas, me muero!

RUGIERO.

¿Porqué tiemblas ahora?.... ¿No estoy yo á tu lado?....

(*Uno de los espías apaga de pronto la lámpara, y vuelve á esconderse.*)

LAURA (*levantándose despavorida*).

¡Dios mio!....

RUGIERO.

El viento la ha apagado sin duda....

voy á encenderla en la capilla, y vuelvo al instante....

LAURA.

Yo iré tambien contigo.... yo no me quedo sola.

RUGIERO.

¿Tienes miedo, mi vida?

LAURA.

No sé, Rugiero, no sé lo que pasa por mí.... pero temo apartarme de tí ni siquiera un momento.... me parece mentira que he de volver á verte!....

(*Rugiero se encamina á tomar la lámpara, y Laura le acompaña: al llegar junto al sepulcro, salen de improviso los dos espías enmascarados, se arrojan sobre Rugiero, y le ase cada uno de un brazo.*)

ESCENA IV.

LAURA, RUGIERO, LOS DOS ESPIAS.

RUGIERO.

Perdidos somos!

LAURA (*da un grito, y cae desvanecida junto á la puerta por donde entró*).

¡Ay!....

RUGIERO.

Laura!....

ESPIA PRIMERO (*presentándole una daga al pecho*).

Si despegas los labios, aquí mismo mueres.

RUGIERO.

Laura!!!....

ESPIA SEGUNDO (*poniéndole un pañuelo en la boca*).

Ya acabaste de hablar en tu vida.

(*Le conducen con violencia hácia la puerta por donde entraron; y sale Morosini de detrás del sepulcro.*)

ESCENA V.

LAURA, PEDRO MOROSINI.

MOROSINI. (*Se acerca á su sobrina, la levanta, y la contempla unos instantes en silencio:*)

¡Imprudente.... cuántas lágrimas va á costarte tu loca pasion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala del palacio de la familia Morosini.

ESCENA I.

LAURA, MATILDE.

(*Laura está sentada en un sillon, y Matilde á su lado, en pié.*)

LAURA.

No lo he soñado, Matilde, no; aunque á mí misma me parece un sueño!.... Yo los vi con mis propios ojos salir de detrás del sepulcro, y arrojarse sobre el desdichado; pero en el mismo instante perdí la vista y el sentido.... Mal pudiera decirte lo que haya sucedido luego; ni aun yo misma lo sé.... solo me pareció que oia la voz del infeliz, que me lla-

maba en aquel trance.... ¡ Cuál seria su angustia, Dios mio, al dejarme en tal situacion!

MATILDE.

Procura serenar tu ánimo si no quieres recaer en el mismo estado que ha puesto en peligro tu vida....

LAURA.

Mi vida!.... ¿y qué me importa si he perdido cuanto amaba en el mundo?

MATILDE.

¿Porqué?.... Tu imaginacion acalorada te representa próximos los mayores males, cuando tal vez están mas lejanos.... ¿Quién sabe lo que habrá dado lugar á tan extraño caso?.... Yo te confieso con ingenuidad que no acierto á explicarlo: ¿cómo pudieron esos hombres penetrar en el panteon? ¿á quién buscaban allí? ¿qué motivo pudo incitarlos á apoderarse de Rugiero?.... Él no tiene émulos ni enemigos; ¿qué interés puede haber en hacerle daño?....

(*Laura suspira profundamente, y deja caer la cabeza.*)

Lo que mas que todo me confunde, es cómo te hallaste esta mañana en tu lecho: yo oí, antes de amanecer, tu ahogo y tus quejidos; pero creí que era algun ensueño, que te afligia como otras veces, y aun dudé si debia despertarte.

LAURA.

Cuando volví en mí, temia abrir los ojos, creyendo hallar á mi lado aquellos dos espectros.... ¡Qué consuelo tuve, Matilde mia, cuando me vi en tus brazos!....

MATILDE (*abrazándola*).

Sí, hija, sí.... desde que naciste te recibí en ellos; y en ellos te estrecharé mientras Dios me dé vida.... Tu misma madre tenia zelos de mí; tú no te acordarás; ¡eras tan niña!.... pero luego se alegraba de lo mucho que me querias, y solo descansaba cuando te dejaba conmigo.

LAURA.

Si no fuera por tí, Matilde!.... Yo no tengo mas alivio, mas desahogo en mis penas.... soy tan desventurada!....

MATILDE.

¿Y á qué viene ese llanto?.... No hay motivo aun para afligirse así....

LAURA.

¿Dónde estará, Dios mio, dónde estará á estas horas?.... Tal vez corre riesgo su vida; y ni aun tiene el consuelo de saber de su Laura!....

MATILDE.

Mira, mira en qué estado te pones....

LAURA.

Quizá me esté llamando, en medio de su angustia.... y pidiendo á Dios por mí en su última hora!....

MATILDE.

¡Qué locura, hija, qué locura!

LAURA.

Rugiero, Rugiero mio, pronto te seguirá tu infeliz esposa!....

(*Queda postrada de dolor, mientras Matilde la sostiene y anima.*)

MATILDE.

Ya que tan poco valen mis súplicas y mis consejos, piensa á lo menos, Laura, piensa cuál es tu situacion.... Tu padre ha enviado mil veces á saber de tí; y ya es hora que vuelva del senado.... ¿qué dirá si te encuentra tan triste y afligida? ¿qué pretexto alegarle?.... La menor duda, la menor incertidumbre nos pierde.

LAURA (*levantándose*).

Hoy va á saberlo todo.

MATILDE.

¡Qué es lo que dices!.... ¿Estás en tí?

LAURA.

¿Y porqué lo extrañas?.... ¡Quieres que deje perecer al esposo de mi corazon por no revelar mi secreto!.... No, Matilde, no; es mi esposo á los ojos de

Dios, y yo debo salvarle á costa de mi vida.... ¿qué me importa lo que digan los hombres?

MATILDE.

Tu misma pena te ciega ahora.... ya lo pensarás antes.

LAURA.

Ya lo tengo pensado, resuelto; nada en el mundo me hará volver atrás.... ¿qué puede sucederme?.... Mil veces hubiera él derramado su sangre por evitarme á mí el mas leve pesar; y la única vez que necesita de mi socorro; cuando no tiene el infeliz ni padres ni familia que tomen parte en su desgracia, que pregunten siquiera si vive.... se veria abandonado de su misma esposa!.... No lo temas, Rugiero, no lo temas; tu Laura te salvará ó morirá contigo.

MATILDE.

Pero deja á lo menos que pensemos algun medio oportuno para revelar el secreto á tu padre.... por tí, por mí, hasta por él mismo, conviene no darle ahora tan funesta nueva....

LAURA.

¿Y me aconsejas tú que aguarde?.... Quizá de un solo instante estará pendiente la vida de Rugiero; quizá á estas horas me estará ya culpando; y yo me mostraré indecisa, dudosa, por no confesar mi falta, por no pedir perdon á los piés de mi padre!.... Ya lo sé, sin que tú me lo digas: me veré humillada, confundida, sufriré mil quejas y reconvenciones.... pero haré ese sacrificio por mi esposo, y Dios le aceptará tal vez en su misericordia!

MATILDE.

Serénate, hija mia....

LAURA.

Ya estoy deseando que llegue para descargar este peso que me oprime el alma.... yo me arrojaré á sus piés, y los bañaré con mi llanto, y no me alzaré del suelo hasta que me haya perdonado.... Así perdone Dios á los que me han hecho tan infeliz!

MATILDE.

Mira, Laura, que me parece que oigo pasos.... vente, vente conmigo....

LAURA.

Deja, Matilde, déjame.... quizá sea mi padre; y voy á salirle al encuentro....

MATILDE (*queriendo detenerla*).

¿Qué vas á hacer?.... repara....

LAURA (*soltándose de Matilde*).

Mas vale morir de una vez.

(*Matilde se retira confusa: Laura se dirige hácia la puerta por donde viene su padre; y al verle, fáltanle las fuerzas, y cae de rodillas.*)

ESCENA II.

JUAN MOROSINI, LAURA.

MOROSINI (*corriendo hácia su hija*).

Laura!.... ¿qué tienes?.... Levántate, hija, y ven á mis brazos....

LAURA.

Padre mio!....

MOROSINI.

¿Qué es lo que tienes?.... ¿porqué estás así?

LAURA.

Perdon, padre mio.... perdon!

MOROSINI.

¿De qué, ángel de Dios?.... Estás delirando, hija mia.... tú eres incapaz de ofender á tu padre, tú no me has dado en la vida el menor pesar, ni me lo darás nunca.... Pero levántate, Laura; mira que así me afliges; y el corazon me duele de sufrir tanto hoy!....

(*Levántala.*)

No puedes sostenerte en pié, y escondes la cabeza contra mi pecho.... ¿porqué temes mirarme?.... Alza la cara, álzala; yo no tengo mas gusto que mirarme en tí!

LAURA.

No, padre mio, no.... cada muestra de bondad es un torcedor que me ahoga...

MOROSINI.

¿Porqué?....

LAURA.

Cuando sepais mi falta.... cuando veais el pago que he dado á tanto amor, á tanta ternura.... Por Dios que no me aborrezcais; aun soy mas infeliz que culpable!

MOROSINI.

¿Qué turbacion, qué congoja es esa?... Sácame cuanto antes de esta incertidumbre; mira, hija mia, que ya no puedo mas!

LAURA.

Sí, voy á decíroslo, á confesaros todo.... y esta vergüenza, esta angustia que ahora siento en mi alma, es ya parte de mi castigo.... No me quejo, Dios mio, no me quejo; mas merezco aun!....

MOROSINI.

No te detengas.... sigue....

LAURA.

Esta hija.... esta hija única, objeto de tantos desvelos y vuestra sola esperanza.... la que no debia ni haber respirado siquiera sin el permiso de un padre tan bueno.... la que os juró mil veces hacer en todo vuestra voluntad, y recibir de vuestra diestra al esposo que Dios le destinara....

MOROSINI.

Acaba, Laura, acaba....

LAURA.

Esta hija ingrata ha dado ya su mano.

(*Arrójase á los piés de su padre: este se queda absorto.*)

MOROSINI.

Dios mio!.... Dios mio!.... una sola cosa te habia pedido este mísero padre.... ¿porqué le has conservado la vida para afligirle así?

LAURA.

Padre!.... padre!....

MOROSINI.

Aparta, Laura, quita.... no me beses los piés, cuando acabas de traspasarme el alma!

LAURA.

No por mí.... yo no soy acreedora sino á vuestro castigo.... pero por aquella santa que nos está mirando desde el cielo.... por mi pobre madre, que os encomendó al morir á esta desventurada.... por el cariño que le tuvísteis, y por las lágrimas y afanes que le costó el criarme.... ¡Cuántas veces me habeis dicho que me parecia á ella, que, cuando oíais mi acento, creíais escucharla!.... No, no; ella era virtuosa, y yo he faltado á todo!

MOROSINI.

¿Qué haces, Laura, qué haces?....

LAURA.

Ella me perdonaria, sí, me perdonaria.... y á estas horas os está pidiendo por su hija desdichada.... No le negueis la gracia que os pide desde el cielo.... allí está delante de Dios, que siempre perdona!

MOROSINI.

Hija mia.... hija mia.... ¿porqué has hecho infeliz á quien te ama tanto?....

(*Inclínase un poco; Laura se levanta, y se arroja en sus brazos: quedan unos instantes en silencio.*)

¿Y quién es.... quién es el que así ha abusado de tu candor é inexperiencia?

LAURA.

No por cierto; él no empleó mas artes, mas seduccion que sus virtudes.... es pobre, desvalido; pero tiene un alma tan noble! No merece el rigor con que le ha tratado la suerte.

MOROSINI.

Pero ¿quién es?.... ¿porqué temes decirlo?

LAURA.

No lo temo; pero me cuesta trabajo pronunciar su nombre.... A estas horas tal vez, quizá esté el infeliz en el mayor conflicto!....

MOROSINI.

¿Qué dices?.... Aclara de una vez tantos misterios.

LAURA.

Pero vos le ampararéis.... ¿no es verdad?.... Él no tiene mas esperanza en el mundo que las lágrimas de su esposa.... ¡Quién tendrá piedad de nosotros, si nos la niega un padre!

MOROSINI.

Laura.... no tiembles así, hija.... ven aquí, al lado de tu padre.... que ya ha olvidado tu falta, y no ve mas que tus desdichas!....

(*Le echa los brazos con la mayor ternura; y la conduce á un sillon, junto al suyo: siéntanse ambos. — Laura coge las manos de su padre, las lleva á la boca, y levanta los ojos al cielo.*)

Sí, hija, sí.... cuando un padre perdona, el cielo echa su bendicion! — Pero tranquilízate un poco, y confíame tus penas.... ¿no soy yo tu mejor amigo?

LAURA.

Y esa misma bondad es la que mas me abate.... Si me hubiérais tratado como merezco, tendria mas valor.

MOROSINI.

Vamos, hija, sácame de estas dudas.... ¿cuál es el nombre de tu esposo?

LAURA.

¿De mi esposo?

MOROSINI.

Sí....

LAURA.

Durante vuestra ausencia, cuando en mas de un año no recibí ni la menor noticia, y corrieron voces tan funestas de resultas de la derrota de la armada.... hallándome sola, triste, convaleciente de la enfermedad que me puso á las puertas de la muerte.... viendo el desvelo y la ternura que me habia mostrado el jóven virtuoso á quien amaba mucho tiempo habia.... le ofrecí darle mi mano, en cuanto Dios me concediese recobrar la salud.... ¡cuántas penas me hubiera ahorrado si hubiese muerto entonces!

MOROSINI.

Sigue, hija, sigue.....

LAURA.

En el mismo monasterio contiguo á nuestra quinta, di la mano á mi esposo con el mayor secreto.... y pocos dias despues, hallándome con él en la capilla del Buen Suceso, pidiendo á la Madre de Dios que me concediese el saber si vivíais, recibí vuestra carta, anunciándome vuestra pronta venida. La alegría que sentí en mi alma, solo yo la sé; me propuse mil veces revelároslo todo al momento mismo de abrazaros; pero desde el dia que llegásteis, nunca he tenido valor para confesaros mi falta.

MOROSINI.

Mas nunca acabas de decirme el nombre de tu esposo.....

LAURA.

¿No lo he dicho ya?.... Rugiero....

MOROSINI.

¡Rugiero!

LAURA.

No es culpa suya haber nacido tan desgraciado... pero cuantos le conocen le aman; y á vos mismo os he oido repetir sus elogios.... Es tan honrado, tan compasivo, tiene un corazon tan hermoso!.... ¡Cuántas veces me ha dicho, arrasados los ojos en lágrimas: « No tengo mas pesar en el mundo que el haber ofendido á tu padre; y nunca me presento á su vista sin cubrírseme

el rostro de rubor.... Mas si algun dia llega á perdonarme; si logro que me mire, no como á hijo, sino como á un esclavo, no viviremos uno y otro sino para hacerle feliz... y aun quiera Dios que así podamos borrar nuestra falta!...» ¡Qué lejos estaba entonces de prever su desdicha!

MOROSINI.

¿De qué desdicha hablas?... ¡Aun hay mas todavía!

LAURA.

En este mismo instante en que os estoy pidiendo su perdon y el mio... tal vez mi pobre esposo solo necesita el de Dios!

MOROSINI.

Cálmate, hija, cálmate... mira que esa sonrisa me hace estremecer! Desahoga tu pecho, hija mia... cualesquiera que sean tus desgracias, si tu padre no puede remediarlas, las llorará contigo... ¿qué mas quieres de mí?...

(*Laura se levanta, y se arroja en brazos de su padre.*)

Mas vale así, mas vale que llores..... ¿No sientes consuelo, hija mia, en llorar en el seno de tu padre? Vamos, vuelve á sentarte.... Yo quiero que me cuentes la pena que te aflige; pero sin apurarte así... aun estás muy débil, y esa congoja puede hacerte mal.... No olvides, hija mia, que yo no tengo en el mundo á nadie mas que á tí!....

(*Laura vuelve á sentarse.*)

Ahora vas á decírmelo todo, todo..... ¿Qué es de Rugiero? ¿dónde está? ¿cuál es el peligro que le amenaza?.... Sin temblar, hija mia... si no me lo dices, ¿qué quieres tú que haga yo por él?

LAURA (*procurando reprimir su pesar*).

Yo le habia hablado pocas veces desde que llegásteis..... temia tanto daros un disgusto!.... Nos contentábamos con mirarnos de lejos; y alguno que otro dia tambien nos escribíamos... siempre de nuestras penas..... Al cabo me propuso venir de noche al canal solitario, que da á espaldas de este palacio, y hablarme por una ventana; y el mismo deseo de evitar que se supiese y llegase á vuestros oidos, me hizo imaginar el recurso mas extraño, como el menos expuesto.... Dentro del panteon le he hablado dos veces con el mayor sigilo; y anoche... anoche cabalmente era la tercera!....

MOROSINI.

¿Porqué te detienes?... Prosigue...

LAURA.

Desde antes que él viniese, ya me anunciaba mi corazon alguna desgracia..... Llegó al fin Rugiero, y procuró animarme: él venia tambien triste; pero solo le dolia el verme afligida, y se desvivia el infeliz por parecer alegre... Serian como las dos... sí, esa hora seria... cuando empezó á levantarse un viento tan recio, que el panteon parecia estremecerse, y se apagó la lámpara que yo habia colocado sobre un sepulcro.....

MOROSINI.

Sigue, hija mia... ¿qué tienes que temer, estando junto á mí?

LAURA.

Rugiero fué á encenderla; y yo iba á su lado, por no quedarme sola... tenia un terror tan grande!... Mas apenas nos acercamos al sepulcro, cuando se aparecieron de repente dos bultos altísimos, cubiertos con un ropaje negro, y sin hablar ni una sola palabra, se abalanzaron sobre el infeliz... yo quise gritar, pero no pude; á un tiempo me faltaron el habla y las fuerzas, y caí como muerta en el suelo....

MOROSINI.

Descansa un poco, hija... ahora seguirás.

LAURA.

Despues de algunas horas volví al cabo en mí; pero en vez de hallarme en el panteon, como creia, me encontré en mi lecho, y Matilde á mi lado.

MOROSINI.

Mas ¿ cómo supo dónde estabas, cómo te trajo á tu aposento?

LAURA.

No fué ella quien me trajo, ni sabe tampoco quien fuese... cuando acudió á mis quejidos, ya me halló en mi cama.

MOROSINI.

¿Y tú no viste ni oiste?...

LAURA.

A nadie.

MOROSINI.

¿Ni has recibido hoy nuevas de Rugiero?....

LAURA.

Eso es cabalmente lo que mas me aflige... él sabe el estado en que me dejó; y ni me ha escrito siquiera para tranquilizarme..... ¡ Cómo habia de haberme olvidado, si el infeliz viviese!...

MOROSINI.

No hay que ponerse en lo peor, hija mia... mil causas pueden haberle impedido el cumplir su deseo....

LAURA.

Si le conociéseis como yo!... él no tiene mas anhelo, mas afan que su Laura.

MOROSINI.

Pero ¿ sabes por lo menos si ha vuelto desde anoche á su casa?

LAURA.

Hace una hora aun no habia parecido.

MOROSINI.

¿ Y has enviado á ver si se encuentra algun indicio en el panteon, que pueda darnos luz?

LAURA.

Apenas me recobré algun tanto le rogué á Matilde que fuese... La primera idea que me habia ocurrido es que hubiesen asesinado á Rugiero; y temblaba como la hoja en el árbol, al ver ya de vuelta á Matilde... pero ni halló rastro de sangre ni el indicio mas leve; hasta las puertas estaban cerradas, sin ninguna señal de violencia. (*Morosini se queda pensativo, y Laura le observa.*) ¿Qué será, padre mio, qué será?...

MOROSINI (*volviendo sobre sí*).

¿Cómo quieres que yo lo sepa?

LAURA.

Me pareció que se os habia ocurrido algun pensamiento muy triste, y que temíais decírmelo..... No lo temais; es imposible que vuestra Laura sea ya mas infeliz!

MOROSINI.

Calma tu imaginacion, hija mia..... (*Levántanse ambos.*) Yo voy ahora mismo á informarme, á procurar saber de Rugiero... pero es menester que te tranquilices, y que no lleve yo la pena de dejarte así.... Mira que he sufrido mucho, mucho... tambien merezco yo alguna compasion! (*Laura le besa la mano, y hace ademan de arrodillarse.*) Vamos, ya se acabó, hija mia.... Pon tu suerte en manos de Dios, y ten confianza en tu padre!.... No hay que llorar mas... retírate á tu cuarto, que me parece que suena gente... yo iré luego á buscarte.

LAURA.

Si no me engaño, es mi tio...

MOROSINI.

Pues bien, véte al instante, y déjame con él.

LAURA (*sobresaltada*).

¡Con él!

MOROSINI.

Sí, hija, déjanos solos...
(*Laura da unos pasos, y se detiene.*)
¿Qué esperas?...

LAURA.

Ya me voy... ¡Qué semblante tan

adusto que trae!.... No sé porqué al verle me ha dado un vuelco el corazon.

ESCENA III.

JUAN MOROSINI, PEDRO MOROSINI.

JUAN MORISINI.

Quisiera hablar contigo unos instantes... sobre un asunto que me importa mucho.

PEDRO MOROSINI.

Di lo que quieras; pero no tardes: dentro de una hora tengo que estar de vuelta en el tribunal. — ¿Porqué te detienes?....

JUAN MOROSINI.

Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme!

PEDRO MOROSINI.

¿Y á qué son esos preámbulos?...... Nunca los has usado conmigo.

JUAN MOROSINI.

Es que nunca me he visto en la afliccion que hoy... (*Enjúgase una lágrima de los ojos.*) No mires, Pedro, no mires mi flaqueza... acabo de recibir un golpe mortal, y al fin soy hombre!... (*Serénase un poco.*) Yo no tengo mas que una hija, único fruto de una union desgraciada... tú conociste á su madre, y sabes el extremo con que yo la amé... En mi hija veia el retrato de mi pobre Constanza; y su inocencia y sus caricias me consolaban de todas mis penas... Yo la he criado á mi lado, á mi vista, sin apartarme de ella un solo dia, hasta que el peligro de mi patria me impuso el sacrificio de separarme de ella... parece que el corazon me daba que aquella ausencia iba á costarme muchas lágrimas!.....

PEDRO MOROSINI.

¿De qué sirve afligirte en esos términos?....

JUAN MOROSINI.

Volví al fin despues de tantos infortunios, sin mas anhelo que abrazar á mi hija; la hallé aun mas bella que antes, admirada, querida de todos; y cada dia fundaba en ella mayores esperanzas.... Todas se han desvanecido hoy: Dios lo ha querido así!.... Mi hija es ya esposa, Pedro: ni te pregunto si lo sabias, ni menos intento disculparla.... quiero solo que lo oigas de mi propia boca, para que veas cuál es mi situacion! — Laura es ya de Rugiero: el Señor ha bendecido su union en su santo templo.... y solo la muerte puede ya separarlos!.... Mi hija ama á su esposo con toda su alma; y yo no puedo vivir si me falta ella.... No te digo mas!

PEDRO MOROSINI.

Pero ¿qué es lo que quieres de mí?....

JUAN MOROSINI.

Rugiero ha desaparecido desde anoche; y tú sabes de cierto donde está.

PEDRO MOROSINI.

¡Yo!.... ¿Soy yo acaso su guarda?

JUAN MOROSINI.

No, Pedro.... mas no olvides que eres mi hermano. —

(*Pedro Morosini baja los ojos, y callan ambos por un momento.*)

A media noche, en nuestra propia casa, sin quebrantar las puertas ni causar el ruido mas leve, dos hombres apostados han arrebatado á Rugiero de entre los brazos de mi hija; y ella se ha visto trasladada, sin saber cómo, desde el panteon á su propio lecho.... Yo sé el terrible ministerio que ejerces; conozco á Venecia muchos años ha; y me consta que en ella ni respira nadie sin que tú lo sepas.... Sácame, Pedro, sácame por Dios de esta duda, para que pueda dar algun consuelo á mi hija!....

(*Observándole que calla.*)

Bien te lo decia yo, bien te lo decia antes.... ¿cómo has de comprender mi dolor si no tienes hijos?.... Pero re-

cuerda que tuviste uno ; y que pudiste hallarte en el mismo caso que yo!.... Tambien yo te he visto llorar.... (lo tengo presente cual si fuese hoy) cuando supiste que tu esposa y su tierno niño habian muerto á manos de los infieles, sin tener siquiera el consuelo de poder rescatar sus cadáveres....

PEDRO MOROSINI.

¿Y á qué me lo recuerdas?

JUAN MOROSINI.

Yo te veia afligido ; y no me apartaba un instante de tí, y hasta dormia al lado de tu cama.... Cuando te veia descansar de tus penas, daba gracias á Dios, y le pedia que te hiciese feliz, aunque fuese á costa de mi vida!

PEDRO MOROSINI.

No lo he olvidado, Juan; ni era menester que me lo trajeses á la memoria.... ¿Te he dado nunca el menor motivo de queja?

JUAN MOROSINI.

No; pero lo que á tí te basta, no me basta á mí.... No te enojes si te hablo con toda la ingenuidad que debe mediar entre nosotros; hasta mi mismo dolor me da derecho á ello!.... No sé si atribuirlo á aquella desgracia tan grande, que te dejó como solo en el mundo.... ó á tu larga ausencia, durante tu gobierno en Candía.... ó tal vez á ese terrible ministerio, que te hace ver á todas horas correr las lágrimas de los infelices.... lo cierto es que no hallo en tí aquel afecto, aquella ternura, que mi corazon te está pidiendo.... no parece sino que el tuyo se ha secado! — Hoy mismo, hoy mismo acudo á tí, lleno de amargura, como al mejor amigo que Dios me ha dado; y en vez de abrirme los brazos y de ofrecerme el mas leve consuelo, has oido mi desgracia cual si fuese la de un extraño!

PEDRO MOROSINI.

No, Juan, no me hagas ese agravio : amo á mi familia, como es justo, y á tí como á un hermano.... mas no por eso olvido lo que debo á mi patria, y que Dios un dia ha de pedirme cuenta!....

JUAN MOROSINI (*con suma viveza*).

¿Qué me dices?....

PEDRO MOROSINI (*reponiendo con frialdad*).

Yo no te he dicho nada : contesto meramente á tus quejas. — Tambien pudiera á mi vez hacerte á tí reconvenciones, sobre ese carácter débil y condescendiente, que quizá ha contribuido á la perdicion de tu hija y á la desgracia que lloras hoy.... pero no es ocasion de aumentar tus pesares cuando ya no tienen remedio.

JUAN MOROSINI.

¿No queda ninguno?....

(*Pedro Morosini señala con la mano al cielo, y hace ademan de retirarse.*)

Aguarda.... oye siquiera.... no te pido mas!

PEDRO MOROSINI (*se detiene y le alarga la mano*).

No exijas por Dios, no exijas de mí lo que no puedo hacer.

JUAN MOROSINI.

Díme solo una cosa.... ¿vive Rugiero?....

PEDRO MOROSINI (*despues de vacilar unos instantes*).

Vive.

JUAN MOROSINI.

Gracias á Dios!

PEDRO MOROSINI.

Pero no lo digas á tu hija.

JUAN MOROSINI.

¿Porqué?

PEDRO MOROSINI.

Porque tendria que llorarle dos veces.

(*Vase pausadamente : Juan Morosini permanece sobrecogido y confuso.*)



ESCENA IV.

JUAN MOROSINI.

No hay duda... ninguna... ninguna... está en las cárceles del tribunal, y allí no hay esperanza!.... Pero ¿cuál puede ser su delito?.... Tal vez una imprudencia, una palabra, va á costarle la vida, como ha costado á tantos.... No, no: el silencio de mi hermano anuncia un secreto mas grave; y yo he visto, á pesar de su entereza, que le costaba el ocultármelo.... Si Rugiero ha conspirado contra la república.... si algunos descontentos se han prevalido de su inexperiencia.... si el mismo deseo de mejorar de suerte y de aparecer mas digno de mi hija.... ¿Cómo me presento yo á la infeliz, ni qué voy á decirle?.... Ella me aguarda con el mayor afan, y espera de su padre palabras de consuelo.... y yo tengo que prepararla á saber la muerte de su esposo!.... Imposible, imposible.... seria clavarle yo mismo un puñal en el corazon. —

(*Da involuntariamente unos pasos, como para salir fuera de la sala.*)

Mas ¿adónde voy? ¿cómo la dejo abandonada así?.... La hija de mis entrañas no tiene mas apoyo que su padre, y nunca puede hallarse en mayor afliccion.... Tal vez van á decirle de repente que su esposo ha muerto en un cadalso.... y al saberlo el ángel mio, va á ahogarla su pena!.... No; yo iré, yo iré.... ahora mismo voy.... puesto que Dios lo ordena así, yo apuraré hasta las heces el cáliz de amargura!....—

(*Se encamina hácia adentro.*)

No sé qué temblor es este, que ni acierto siquiera á dar un paso.... yo voy á consolarla, y no puedo yo mismo con mi propio dolor.— Dios mio.... Dios de mi vida.... tú que ves lo que pasa en mi alma, ten compasion de mí!.... Por las muchas penas y trabajos que he padecido en este mundo.... por la sangre que he derramado de mis venas, combatiendo contra los enemigos de tu ley... por el dolor que sentiste tú mismo cuando viste al pié de la cruz á tu afligida Madre,... consuela á este padre infeliz, ó dale al menos fuerzas!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa la plaza de San Marcos iluminada: en el fondo el palacio ducal, en cuyos salones se ve circular la gente, resonando de tiempo en tiempo los ecos de la música; á la puerta una guardia. — En la plaza se descubren las dos famosas columnas, y todo el ámbito aparece lleno de grupos de gente, paseándose y divirtiéndose, la mayor parte con máscaras y disfraces, así como los conjurados, y algunos soldados de la república.

ESCENA I.

EL COMANDANTE DE LA GUARDIA (*á un grupo de gente, parado ante la puerta del palacio*).

Divertirse, amigos, divertirse; pero sin estorbar el paso.

(*Sepárase el grupo.*)

UN MARINERO.

¿Qué rezas ahí entre dientes?

UN ARTESANO.

¡Yo!.... nada. —(*Acércase, y le dice con el mayor misterio:*)

Segun van estos nobles, hasta la tierra les va á venir estrecha.

MARINERO.

¿No sabes que soy sordo?....

ARTESANO.

¿Y de cuándo acá?

MARINERO.

Si tienes secretos que decir, puedes buscar otro confesor.

ARTESANO.

Calle!.... ¿tienes miedo?

MARINERO.

Lo que es miedo, no.... pero hace tres noches que sueño con aquellas columnas.... ¿No sabes tú lo que hacen allí con los habladores?....

(*El otro vuelve la cara azorado.*)

No vuelvas la cara, tonto; no te agarra nadie.

(*Échase á reir, y se va.*)

ESCENA II.

PRIMER CONJURADO.

(*Mirando un liston, que lleva otro al brazo.*)

Amigo!

SEGUNDO CONJURADO.

Las doce.

PRIMER CONJURADO.

¿Color?

SEGUNDO CONJURADO.

Azul.

PRIMER CONJURADO.

¿Caudillo?

SEGUNDO CONJURADO.

Mafei.

PRIMER CONJURADO.

¿Ha entrado ya en el palacio?

SEGUNDO CONJURADO.

Hace mas de una hora.

PRIMER CONJURADO.

¿Y los demás?

SEGUNDO CONJURADO.

Tambien.

PRIMER CONJURADO.

A Dios.

SEGUNDO CONJURADO.

Él sea con nosotros!....

(*Danse la mano, sepáranse, y mezclanse con la turba.*)

ESCENA III.

UNA MUJER DEL VULGO.

No tienes que cansarte; no me marcho de aquí en toda la noche.

MARIDO.

¿De veras?

MUJER.

Desde la fiesta me voy á tomar la ceniza.

MARIDO.

¿Sabes que puede ser que no necesites al cura?

MUJER.

¿Porqué?

MARIDO.

Porque yo te la pondré en la frente.

MUJER.

Miren un mirado galan!.... y de novio parecia un cordero....

MARIDO.

Chito!....

MUJER.

Pero Dios me libre de aguas mansas...

MARIDO.

Chito!!!

MUJER.

Y de hombre sin pelo de barba....

MARIDO.

Chito!!! ¿No has de poder con esa lengua?..:. (*A un máscara que los observa.*) Y tú, estafermo, ¿qué haces donde no te llaman?....

MASCARA.

Estoy viendo una cosa curiosa.

MARIDO.

Pues aquí no hay nada que ver.

MASCARA.

Muchachos, venid.... aquí hay un marido enfadado en carnestolendas!....

(*Acude la turba alborozada.*)

MARIDO (*al irse*).

Diviértete esta noche, hija.... mañana nos veremos las caras.

COMANDANTE DE LA GUARDIA.

(*Acercándose al grupo.*)

¿Qué era eso?

MASCARA.

Nada; un matrimonio bien avenido... (*Gritando á la gente.*) Quién se casa!... (*Sepáranse.*)

ESCENA IV.

UN MASCARA (*llamándole aparte*).

Capitan!

(*El máscara entreabre el dominó, y deja ver una medalla al cuello.*)

COMANDANTE.

Sois vos!

MASCARA.

¿Cuántos han entrado ya con el liston al brazo?....

COMANDANTE.

Hasta ahora unos ochenta.

MASCARA.

Entrar, todos; salir, ninguno.

COMANDANTE.

El que salga del palacio no ha de ser por la puerta, sino por *el Puente de los Suspiros*.....

MASCARA.

¿Ha llegado la demás tropa?

COMANDANTE.

Y tropa está ya oculta.

MASCARA.

Así que desemboque el refuerzo de las islas, tomad las avenidas de enfrente, y que nadie escape.

COMANDANTE.

En cuanto suene la señal de la caza... ya será buena la batida.

(*Apártanse á un lado, y hablan unos instantes en secreto, al ver venir una cuadrilla de máscara, que se pone á bailar en medio de la plaza.*)

ESCENA V.

DAURO (*disfrazado de bastonero de la cuadrilla*).

A un lado!... á un lado!... Si no hay espacio, ¿cómo han de bailar?

(*Sepárase la gente, y forma al rededor una media luna: principia el baile.*)

UN CONJURADO (*dando la mano á Dauro*).

¿Se ha recibido alguna noticia de Rugiero?

DAURO.

¡Pues qué, no ha parecido!

CONJURADO.

Hasta ahora no.

DAURO.

¡Qué será!....

CONJURADO.

¿Quién puede saberlo?

DAURO.

Él no es capaz de esconderse á la hora del peligro.

CONJURADO.

Sea lo que fuere, ya no es tiempo de volver atrás.

DAURO.

Mas vale morir matando que á manos del verdugo. (*Volviéndose á los músicos de la cuadrilla.*) Mas vivo, mas vivo... si se duermen ya, ¿qué será despues?

(*Continúa el baile mas alegre.*)

CONJURADO.

A Dios: no olvides mi encargo si me sucede una desgracia.....

DAURO.

Ni tú tampoco el mio: escríbele al instante á mi hermano, y que venga á consolar á mi pobre madre... (*Sepáranse.*)

ESCENA VI.

OTRO CONJURADO (*al espía primero, con dominó negro*).

¿A qué me miras tanto, si no me conoces?....

(*El espía le indica con la cabeza que sí.*)

Pues bien, díme quien soy.

(*Le contesta que no.*)

Una seña á lo menos... ¿cuántos disfraces he mudado?

(*Le señala con los dedos que tres, y vase al instante.*)

Aguarda, escucha... yo he de saber quién eres.....

(*El conjurado va á seguirle; el espía segundo le sale de pronto al encuentro, se interpone entre ambos, y le detiene.*)

DAURO (*dando un golpe en el suelo*).

Basta: dejemos el lugar á otros.

ESCENA VII.

(*Cesa el baile, y se aleja la cuadrilla, á tiempo que entran por el otro extremo de la plaza dos peregrinos de Jerusalen, uno mas anciano que otro.*)

UNO DEL PUEBLO.

Buena va la danza!... hasta los peregrinos andan esta noche de huelga.

EL MARINERO.

¿Y porqué no?.... Hartos trabajos han pasado por allá los pobres... ¿Ves aquel mas viejo?.... Pues de milagro escapó en la Cruzada.

EL ARTESANO.

Nadie respirará si nos dicen *la relacion de la Tierra Santa...*

VARIAS VOCES.

Nadie!... nadie!!!

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

Aquí, hermanos, aquí, donde todos oigamos....

EL MARINERO.

Mas ruido armas tú solo que todas las mujeres.

(*Colócanse los peregrinos en el centro; y todos escuchan con la mayor atencion el siguiente coloquio:*)

PEREGRINO ANCIANO.

Oid, cristianos, escuchad
La mas lamentable historia,
Que vivirá en la memoria
De una edad y de otra edad:

Los soldados del Dios vivo
Perecieron con valor;
Y otra vez el Redentor
Ve su sepulcro cautivo.

PEREGRINO MOZO.

«¿Dónde está el Dios de esa gente?....
(El Saladino decia:)
Teñida en su sangre impía
Va del Jordan la corriente;
Y los que esclavos estén
Sufriendo duras cadenas,
Consuélense de sus penas
Vuelta la vista á Belen.»

PEREGRINO ANCIANO.

Calla, blasfemo: que el cielo
Castiga á su pueblo fiel:
Mas nunca niega á Israel
La esperanza y el consuelo:
Tu ruina en breve será
Del mundo salud y ejemplo:
Y de Sion en el templo
Nuevo canto sonará.—

(*Vese desembocar una turba, con mucha algazara.*)

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

Silencio!

VARIAS VOCES.

Silencio!!!

EL MARINERO.

¿No hay quien haga callar á esos locos?....

ESCENA VIII.

(*Acércase la turba; y los peregrinos se retiran hácia el fondo de la plaza, seguidos de alguna gente; la demás se queda á oir el canto. Un máscara, vestido con un disfraz jocoso, entona este cantar en medio del concurso:*)

MASCARA.

Con el Carnaval
Riñó la Cuaresma,
Él gordo y alegre,
Y ella triste y seca:
El pobre de ahito
Murió en la refriega;
Y esta misma noche
Dicen que le entierran.

VARIAS VOCES.

Ea!!!

MASCARA.

¡Pobre Carnaval.
Qué noche le espera!
La Vieja traidora
Ya le abre la huesa:
Toquen las campanas,
Enciendan las velas,
Y en coro cantando,
Vamos á la fiesta.

VARIAS VOCES.

Ea!!!

TODOS REPITEN EN CORO.

Vamos á la fiesta!!!

ESCENA IX.

TUMULTO.

(*Empiezan á dar las doce en el reloj de San Marcos; y á las primeras campanadas, arrojan el disfraz los conjurados, desnudan toda suerte de armas blancas, y gritan á una voz:*)

Venecia y libertad!!!

(*Los soldados de la guardia, los que habia disfrazados entre el pueblo, y otros que asoman por las bocascalles, contestan al punto:*)

Mueran los traidores!!!

(*Se nota al mismo tiempo gran tumulto en los salones del palacio, y resuenan dentro los gritos de:*)

Traicion!... traicion!!!

(*Ciérranse de golpe las puertas: un senador aparece en el balcon de en medio, escoltado de dos soldados con picas, y despliega el estandarte de la república, clamando al pueblo:*)

San Marcos y Venecia!... viva la república!....

MUCHAS VOCES EN LA PLAZA.

Viva!... viva!!!

(*Crece el estrépito y la confusion: suena*

una campana á vuelo, tocando á rebato; los conjurados y los soldados pelean un momento; el pueblo huye por todas partes.)

CONJURADOS.

Nos han vendido!....

OTROS.

Sálvese el que pueda!

SOLDADOS.

A ellos!....

CONJURADOS.

Al puente de Rialto!.... al puente!...

(*Abrense paso: la mayor parte de la tropa los sigue.*)

SOLDADOS.

Mueran los traidores!!!

OTRAS VOCES.

(*A lo lejos, y por el mismo lado por donde los conjurados se han ido:*)

Mueran!!!

(*Sigue oyéndose adentro el estrépito de las armas.*)

ESCENA X.

COMANDANTE.

(*Animando desde la plaza á los suyos.*)

Corred, volad... y que no escape uno!

PEDRO MOROSINI.

(*Sale del palacio ducal, seguido de los otros dos presidentes, y atraviesa velozmente la plaza, diciendo:*)

Al tribunal.... al tribunal los que escapen con vida!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la sala de audiencia del tribunal de los Diez, de aspecto opaco y lúgubre: en el promedio formará una especie de media luna, en que estarán colocados los jueces, los tres presidentes al frente, con una mesa delante, y los demás á los dos lados. A una punta, á la derecha de los jueces, y un poco mas bajo, el asiento y bufete del secretario. Encima del estrado del tribunal habrá escrito: *justicia.* A mano izquierda de los jueces se verá la puerta del cuarto del tormento, con este letrero: *verdad;* y á la derecha otra, cubierta con una cortina negra, que conduce al cuarto del suplicio; encima esta palabra: *eternidad.* A un lado y otro de la escena habrá varias puertas, por donde entran y salen los testigos y demás actores: una compuerta en el suelo indica la entrada de las cárceles subterráneas.

Es de noche: una lámpara antigua alumbra escasamente la estancia. Sobre la mesa de los presidentes se ve un libro, una escribanía, la urna de los votos, y un reloj de arena.

ESCENA I.

PEDRO MOROSINI, LOS OTROS DOS PRESIDENTES, LOS JUECES, EL SECRETARIO.

SECRETARIO (*levantándose*).

Si pareciese al tribunal, leeré las resoluciones acordadas antes de extenderlas en debida forma. —

(*Los tres presidentes indican consentir; y el secretario lee:*)

« El cadáver de Marcos Querini, antiguo senador, muerto con las armas en la mano á la cabeza de los traidores,

será expuesto al público en un cadalso afrentoso, entre las dos columnas. »

« Por lo que respecta á Jacobo Querini, si acaso sobreviviese á sus graves heridas, será degollado públicamente en la plaza para terror y ejemplo. »

« Se pregonará la cabeza de Boemundo Thiépolo y la de los demás prófugos; ofreciendo premios y mercedes al que los presentare muertos ó vivos; y si fuese alguno de sus cómplices, indulto y perdon. »

« Se enviarán órdenes ejecutivas á los enviados de la república, y á los agentes secretos del tribunal en todas las naciones: donde quiera que se presentare Thiépolo ú alguno de los principales reos, se ejecutará la sentencia de muerte contra ellos, ó provocándolos á desafío bajo cualquier pretexto, ó por algun medio oculto; pero cuidando luego de que llegue á entenderse que no han logrado escapar, en ninguna parte de la tierra, al justo brazo del tribunal. »

« En cuanto á los demás nobles, promotores de la conjuracion, queda á la prudencia y discernimiento del tribunal determinar los que hayan sido mas culpables, ó los que ofrezcan para lo porvenir motivos mas fundados de temor y sospecha: estos serán ajusticiados en el cuarto secreto del tribunal, y sus cadáveres expuestos, cubiertos con un velo negro, y este letrero al pecho: *traidor á la república.* »

« Los nobles de menos valer serán desterrados, y enviados separadamente á las islas mas distantes y á las regiones menos sanas pertenecientes á la república, bajo pena de muerte, si volviesen á presentarse en Venecia. »

« Los marineros y soldados, los artesanos y gente vulgar, que seducidos por los descontentos han tomado parte en la conjuracion, serán tratados con indulgencia, para no hacer odiosa la justicia con tantos castigos. — Se concederá á todos gracia de la vida; pero los mas díscolos y bulliciosos serán ahogados de noche en el canal de Orsano. »

« Los soldados de Padua, que rindieron las armas antes de combatir, y los rebeldes que se entregaron en el puente de Rialto, al proclamar el Dux *amnistia y olvido*, no serán procesados ni perseguidos por ahora: solo se cuidará de observar su conducta, para castigarlos severamente á la mas leve falta; enviándolos desde luego á la armada y ejército, para que purguen su delito en las empresas mas arriesgadas. »

« Quedan proscriptas, de ahora y para siempre, la familia de los Thiépolos y la de los Querinis: sus nombres y sus armas se borrarán por mano del verdugo donde quiera que se encontraren; sus palacios serán arrasados, destruidos sus cimientos, y hasta los escombros y el polvo arrojados al mar.— Jamás podrán reedificarse sus casas, ni renovarse su apellido, ni pisar el territorio de la república ninguno de sus descendientes: ellos, y sus hijos, y los que de ellos nacieren, hasta la última generacion, quedan condenados perpetuamente á la execracion pública. »

MOROSINI.

Es necesario pasar inmediatamente al Dux copia reservada de todo lo que resulta contra el embajador de Génova, como uno de los principales autores de tan infernal trama. — Así se logrará que se renueven con mas empeño las muestras y protestas de amistad, á fin de alejar toda sospecha de resentimiento, ínterin se reunen los medios necesarios para vengar con las armas el agravio hecho á la república.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Tambien seria yo de dictámen se

propusiese al Dux y á su consejo, que, vista la gravedad del caso presente, y que casi de milagro se ha salvado Venecia, se establezca un aniversario solemne, para dar gracias al Altísimo, en semejante dia, por tan señalada merced.

PRESIDENTE TERCERO.

Me parece esa resolucion tanto mas acertada cuanto conviene grabar en el ánimo del pueblo la memoria de este ejemplar, y recordarle que hay una providencia que vela por la conservacion de los imperios.

JUECES.

Aprobado.... aprobado.

SECRETARIO.

Falta por dar la sentencia contra Rugiero.... aprehendido como uno de los fautores de la conjuracion, la noche antes que estallase.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Está todo pronto para celebrar el juicio?....

SECRETARIO.

Todo.

MOROSINI.

Mas si al tribunal le pareciere suspender por ahora....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿A qué?.... Los magistrados descansan administrando justicia.

(*Todos dan muestras de conformarse.*)

MOROSINI.

Abrese el juicio.—

SECRETARIO (*siéntase*).

Despues de cotejar detenidamente las dos declaraciones de los ministros secretos del tribunal, que este ha oido ya en su anterior audiencia, resultan del todo conformes, sin que discrepen en la circunstancia mas mínima.—Uno y otro la ha ratificado despues con juramento, sometiéndose, en caso de ser falsas, á la pena de los calumniadores.

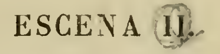
Así de su contexto como de los demás indicios, resultan contra Rugiero los tres cargos siguientes: (*lee.*) «1º Haberse reunido de secreto con los autores de la conjuracion en el palacio del embajador de Génova y en el de la familia Querini. — 2º Haber manifestado él mismo ser uno de los principales conspiradores, diciéndolo así á Laura Morosini, hija del senador del propio nombre, pocos momentos antes de ser aprehendido por los ministros del tribunal.—3º Haber efectivamente seducido y ganado á los extranjeros que militan bajo sus banderas, á fin de que volviesen contra la república las mismas armas que esta les confiara para su defensa.»

El primer testigo, vehementemente indiciado de complicidad, es el soldado Julian Rossi, que ha acompañado á Rugiero en todas sus empresas, y que habitaba en su misma casa.

MOROSINI.

Comparezca.

(*Toca la campanilla, preséntase un subalterno del tribunal, recibe en secreto la órden del secretario, y va por el testigo.*)



ESCENA III.

DICHOS, ROSSI.

SECRETARIO.

¿Cómo te llamas?

ROSSI.

Julian Rossi.

SECRETARIO.

¿Qué edad tienes?

ROSSI.

Cuarenta y tres años.

SECRETARIO.

¿De dónde eres natural?

ROSSI.

De Módena.

SECRETARIO.

¿Tu profesion?

ROSSI.

Las armas.

SECRETARIO.

¿Cuánto tiempo ha que entraste al servicio de Venecia?

ROSSI.

Cuatro años.... poco mas ó menos.

SECRETARIO.

¿Con qué capitan?

ROSSI.

Con Rugiero.

SECRETARIO.

¿Le conocias mucho tiempo antes?

ROSSI.

Si le conocia!.... y le queria como si fuese mi hijo.

SECRETARIO.

¿Qué relaciones tan íntimas han mediado entre ambos, para ser tú el único que morase con él?

ROSSI.

Eso seria largo de contar.... Él me habia salvado la vida en el combate de Ferrara.... no es como otros *condottieros*, no; por salvar á cualquiera de los suyos, derrama él su sangre.... y yo, como hombre agradecido, le habia pedido un favor no mas.... no apartarme de él en mi vida. ¿Hay en eso algo de malo?.... Él es tan bondadoso, que me dijo que sí.

SECRETARIO.

¿Qué personas entraban en su casa?

ROSSI.

Muchas.

SECRETARIO.

¿Quiénes?

ROSSI.

Sus soldados para bendecirle, y los infelices que socorria.

SECRETARIO.

Mas ¿no tenia trato ni comunicacion con algunas personas sospechosas?.... ¿Porqué no responde?

ROSSI.

Porque no entiendo esa pregunta.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Sabes la pena que te aguarda, si faltas en un ápice á la verdad?

ROSSI.

Señor, yo no falto á ella.... pero ¿cómo he de decir lo que no sé?

SECRETARIO.

¿No recuerda haber dicho, hace poco tiempo, que estaba pronto á obedecer las órdenes de Rugiero, en cierta empresa muy aventurada?....

ROSSI.

¡Yo!.... No me acuerdo de haber dicho tal cosa.

SECRETARIO.

Una noche....

ROSSI.

No por cierto.

SECRETARIO.

Delante de una mujer....

ROSSI.

Menos.

SECRETARIO.

Estando aun sentado á su mesa....

ROSSI.

No me acuerdo, á fe mia; pero si he dicho que haria cuanto mi capitan me mandase, es la pura verdad: yo nunca niego lo que siento.

SECRETARIO.

¿Y si Rugiero hubiese tramado alguna conspiracion contra la república?....

(*No responde Rossi; los jueces redoblan su atencion.*)

Tambien estaba pronto á obedecerle.... ¿no quiere decir eso con su silencio?

ROSSI (*con viveza*).

No, señor, no.... cuando yo callo, no digo nada. —

SECRETARIO.

Pero ¿y si Rugiero se lo hubiese mandado?

ROSSI.

Mi capitan nunca manda lo que no debe hacerse.

SECRETARIO.

¿Y si por casualidad lo hubiese hecho esta vez?

ROSSI.

Pero, señor, si eso no es posible....

SECRETARIO.

El testigo se hubiera apresurado á delatarle al tribunal.... ¿no es verdad? — ¿A qué baja los ojos?

ROSSI.

Si dice el señor juez unas cosas, que hacen sonrojarse á un hombre de bien.

SECRETARIO.

Aquí son vanos esos subterfugios.... responda terminantemente *sí ó no*.

ROSSI (*con resolucion*).

Pues, señor, yo no delato á nadie.... y á mi capitan, menos. —

(*Toca Morosini la campanilla, sale el subalterno, recibe una órden al oido, y se acerca á Rossi.*)

Esto me da á entender que ya puedo irme.... pero yo quisiera pedir al tribunal un favor.... yo no tengo mujer ni hijos.... pueden hacer de mí lo que quieran.... así como así esta vida vale tan poco!.... Mas sentiria irme de este mundo sin ver la cara de mi capitan, y sin darle un abrazo.... Yo no le diré ni una sola palabra.... aunque sea con una mordaza en la boca.... nada mas que verle y apretarle la mano.... Hemos visto la muerte muchas veces juntos, y ya nos entendemos.

(*El presidente segundo hace seña de que le retiren; y él dice, yéndose:*)

Pobre capitan mio.... ya no te volveré á ver, como no sea en el cielo!

(*Vuelven á entrarle por la misma puerta por donde le trajeron.*)

ESCENA III.

DICHOS, MENOS ROSSI.

SECRETARIO.

Tambien resulta otra prueba contra Rugiero de la confesion de Mafei.... á pesar de su obstinado silencio, le nombró entre sus cómplices, á la séptima vuelta del tormento.

MOROSINI.

¿Se sabe si ha vuelto en sí?....

SECRETARIO.

Es probable....

MOROSINI.

Pues venga á ratificar su declaracion, para que pueda tener fuerza.

(*Toca, viene el subalterno, y va por Mafei.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MAFEI (*le sacan del cuarto del tormento*).

MOROSINI.

Juan Mafei!.... de órden del tribunal va á leerse en tu presencia la confesion que has hecho, nombrando á tus cómplices.... Oyela con atencion, y ratifícala con juramento si la hallares conforme á la verdad: así Dios te ayude!

SECRETARIO (*lee*).

«Juan Mafei, natural de Verona, comprendido en la causa de conjuracion contra la república, y vehementemente indiciado de haber sido uno de sus principales promovedores, fué puesto en el tormento, á las once de la mañana de este dia; y al cabo de media hora, á la séptima vuelta, despues de pedir por Dios que le dejasen respirar siquiera, ofreció declarar los cómplices de su delito.... Accedió el juez á su demanda, amenazándole con aumentar el

rigor de la prueba si faltaba á la verdad que de él se exigia; y hallándose en el mismo potro, nombró como principales conspiradores á los patricios Marcos y Jacobo Querini, á Boemundo Thiépolo, á Andrés Dauro, y al llamado Rugiero... Visto lo cual, y que á los pocos instantes perdió el conocimiento, se suspendió la prueba, y se dió aquel acto por fenecido.»

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Se ha enterado el reo del documento que acaba de leerse?

MAFEI.

Sí señor.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Le halla en un todo conforme á la verdad!

MAFEI.

No sé.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Pero ¿no ha nombrado él mismo clara y distintamente á los ya mencionados, como sus principales cómplices?

MAFEI.

No lo recuerdo.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Consta sin embargo....

MAFEI.

Será así.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Con que está de acuerdo en que los ha nombrado?

MAFEI.

Mi boca puede ser.... yo no.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Y no responde el hombre de lo que su boca pronuncia?

MAFEI.

De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo. —

PRESIDENTE SEGUNDO.

En el mero hecho de nombrarlos, tu conciencia te los sugeria....

MAFEI.

No sino mi dolor.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Y porqué nombraste á esos, y no á otros?

MAFEI.

Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres. (*Silencio.*)

MOROSINI.

Juan Mafei!... El tribunal juzga sin pasion y sin ira: ni las súplicas le ablandan, ni los insultos le exasperan. — Piensa en tu situacion; y que dentro de breves horas, tal vez tendrás que ir á dar estrecha cuenta de todas tus acciones y palabras....

MAFEI.

Ya lo sé.

MOROSINI.

Sondea bien tu pecho; y responde la verdad, como si ya estuvieses en presencia de Dios.

MAFEI.

A él le responderé.... á vosotros no.

MOROSINI.

¿Porqué?

MAFEI.

Porque no temo vuestro castigo; y confío en su misericordia.—

PRESIDENTE TERCERO.

Por tercera y última vez te se requiere que declares tus cómplices.

MAFEI.

Solo he tenido uno.

PRESIDENTE TERCERO.

¿Quién?

MAFEI.

Mi conciencia.

PRESIDENTE TERCERO.

¿Tu conciencia pudo incitarte á conspirar contra el estado?

MAFEI.

Mi conciencia me dicta que los enemigos de Dios son los mios.

PRESIDENTE TERCERO.

¿Y quién te ha designado á los enemigos de Dios?

MAFEI.

Quien le representa en la tierra.

PRESIDENTE TERCERO.

¿Ignoras á lo que te expones si prosigues en tu obstinacion?

MAFEI.

Solo deseo morir.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Ni aun eso te se concede por ahora.

(*Toca la campanilla; y así que sale el subalterno, le indica con la mano que vuelva á conducirle al cuarto del tormento.*)

MAFEI (*gritando despavorido*).

Otra vez!....

(*El subalterno le manda que le siga.*)

Dadme sufrimiento, Dios mio.... y si espiro del dolor, recíbeme en tus brazos!

ESCENA V.

DICHOS, MENOS MAFEI.

SECRETARIO.

Ya no falta sino la declaracion de Laura Morisini, á quien el mismo reo reveló su delito.

PEESIDENTE SEGUNDO.

¿Se le ha mandado comparecer?

SECRETARIO.

Han opuesto mil obstáculos para no obedecer la órden; pero ya está aguardando en la sala secreta.

PRESIDENTE SEGUNDO (*al subalterno, que ya de vuelta, va á cruzar el teatro*).

Id por ella al punto.

ESCENA VI.

DICHOS, LAURA.

(*Laura viene acompañada de Matilde, ambas cubiertas con el velo veneciano: al presentarse ante el tribunal, Matilde descubre á su ama, y el subalterno le indica que no puede estar presente, y que se retire con él, como lo ejecuta. — Laura aparece demudada y atónita, como si su razon se hubiese perturbado. — Durante el interrogatorio, Morosini tiene inclinada la cabeza, apoyada sobre ambas manos.*)

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Cómo os llamais?

LAURA.

Laura.... esposa de Rugiero.

PRESIDENTE SEGUNDO.

No es eso lo que se os pregunta; sino meramente vuestro nombre.

LAURA.

Mi nombre!.... Yo creí que lo sabíais; todos lo saben en Venecia, y me compadecen.... me ven tan desgraciada!

PRESIDENTE TERCERO.

No os aflijais, señora.... el tribunal solo trata de cumplir con su deber, mas no de molestaros.

LAURA.

A mi nadie me quiere mal.... pobre de mí!.... yo á nadie le he hecho daño.... Solo aquellos malvados han podido tratarme así!.... ni aun siquiera me socorrieron, al verme espirar; y se llevaron al infeliz que les pedia por Dios que le dejasen.... Pero mi padre va á encontrarle, y á traerle otra vez á mis brazos: hoy mismo, hoy mismo va á saber todo el mundo que soy esposa de Rugiero!

PRESIDENTE SEGUNDO.

Procurad serenar vuestra imaginacion, para que podais responder acorde á las preguntas que es forzoso haceros.

LAURA.

Yo responderé á todo.... ya no lo niego.... ¿á qué?.... Mi padre nos ha perdonado, y va á unirnos por toda la vida.... ¿quién tiene en la tierra el derecho de separarnos?....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Cuál es la última vez que habeis visto á Rugiero?

LAURA.

¡La última!.... ¿Porqué?.... Si él va á volver, y sabe ya que yo estoy muriéndome.... No me dejará así, no.... ¿Cómo habia de tener corazon para eso?

PRESIDENTE TERCERO.

Moderad vuestra afliccion, señora; y procurad tener mas ánimo.

LAURA.

Si yo supiera de cierto que volvia.... pero, ¿y si me engañan?.... Tal vez me lo dicen solo por consolarme.... ¿No es verdad?.... Yo le he llamado toda la noche á gritos, y no me respondia.... aunque estuviese en el fin del mundo, hubiera oido á su Laura!

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Y de qué os habló Rugiero esa vez.... cuando le hablásteis en el panteon?

LAURA.

¿De qué me habia de hablar?.... De nuestros amores. — Nos veíamos tan pocas veces, y esas con tanto afan!.... Ni aun tuve tiempo de darle mi retrato, con que iba á sorprenderle al despedirnos.... Pero aquí le traigo, aquí, sin que lo sepa nadie; y voy á dársele, en cuanto le vea.... Él me jurará llevarle siempre en el pecho, aunque viva mil años; y despues de su muerte, se lo hallarán sobre el corazon!....

(*Quédase de pronto muy abatida.*)

MOROSINI.

El juicio de esa infeliz parece perturbado; y juzgo inútil atormentarle mas.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Pero tal vez se pudiera....

PRESIDENTE TERCERO.

Es en vano: su testimonio no puede ser válido; y las pruebas abundan.

(*Morosini toca la campanilla, y aparece el subalterno, seguido de Matilde: Laura corre hácia ella.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE.

LAURA.

¿Ha parecido ya?....

MATILDE.

Ven, hija mia....

LAURA.

No me engañes, por Dios, no me engañes.... mira que me muero si luego no es verdad!

PRESIDENTE SEGUNDO (*al subalterno*).

Retiradlas á ese aposento, ínterin se concluye el juicio.

(*Señala hácia una de las puertas.*)

LAURA.

¿Está ahí?.... Bien me lo decia mi corazon que no estaba lejos.... Vamos, Matilde, vamos.... ¿Porqué lloras? yo voy á abrazarle primero!

(*Vase precipitadamente, seguida de Matilde: el subalterno las acompaña, y vuelve á presentarse.*)

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, MENOS LAURA Y MATILDE.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Me parece que ya es tiempo de tomar la confesion al reo....

MOROSINI.

Traedle.—

(*Entra el subalterno por la compuerta que está en el suelo.*)

SECRETARIO.

Desde esta mañana se le ha trasladado á los *pozos*, por negarse á declarar y á tomar alimento.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Tambien faculté al alcaide, para que pudiese valerse de apremios....

PRESIDENTE TERCERO.

Pero supongo que no se habrá echado

en olvido el estado de postracion en que se halla....

PRESIDENTE SEGUNDO.

El alcaide sabe su obligacion.

MOROSINI.

Secretario!.... Tomad, para que preste el juramento con arreglo á las leyes.

(*El secretario toma el libro que le entrega Morosini*).

ESCENA IX.

DICHOS, RUGIERO.

(*Sale primero el subalterno, y despues el alcaide ayudando á subir á Rugiero: este se muestra desfigurado y abatido, con el mismo traje de baile con que fué preso, y una cadena al cuerpo.*)

SECRETARIO (*al subalterno y al alcaide*).

Acercadle.

(*El secretario presenta el libro abierto á Rugiero, y este pone su mano sobre él.*)

SECRETARIO.

¿Jurais á Dios y á sus santos Evangelios decir verdad en cuanto fuéreis preguntado, aunque os vaya en ello la vida?

RUGIERO.

Sí juro.

SECRETARIO.

Si así lo hiciéreis, Dios os lo tenga en cuenta; y si fuéreis perjuro, ni evitaréis el castigo de los hombres, ni otro mayor en la eternidad!

(*Dejan á Rugiero en el banquillo de los reos, frente por frente del secretario, y se retiran el subalterno y el alcaide*).

MOROSINI.

¿Tu nombre?

RUGIERO.

Rugiero.

MOROSINI.

¿Tu edad?

RUGIERO.

Veinte y seis años.

MOROSINI.

¿Tu patria?

RUGIERO (*con tono abatido*).

Ni yo mismo lo sé.

MOROSINI.

Pero ¿dónde has nacido?....

RUGIERO.

Lo ignoro.

MOROSINI.

¿Y cómo puedes ignorarlo?....

(*Rugiero inclina la cabeza y no contesta.*)

¿De dónde eran tus padres?

RUGIERO.

Mis padres!....

(*Lleva las dos manos al rostro.*)

MOROSINI.

¿Porqué lloras?... ¿Te viven aun?

RUGIERO.

Yo no los he conocido en mi vida....

MOROSINI.

Pero ¿de qué familia eres?....

(*Calla Rugiero.*)

No tengas rubor en decirlo.

RUGIERO.

Yo no he tenido, desde que nací, mas amparo que el de la Providencia.

MOROSINI.

Segun eso, te abandonaron tus padres....

RUGIERO.

No fueron tan crueles.... es la única desdicha de que me ha preservado Dios!.... Murieron los infelices en un barco, el mismo dia en que yo caí cautivo.

MOROSINI.

¿Qué dices?.... ¿Has sido tú cautivo?

RUGIERO.

Lo fuí en mi niñez.... para que no tuviera en esta vida ni un solo dia feliz!

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Y qué nos importan sus desgracias?.... Se trata solo de su delito.

MOROSINI.

Sigue, Rugiero, sigue .... ¿Cómo te apresaron? ¿en qué paraje? ¿dónde te condujeron?

RUGIERO.

Yo no recuerdo nada.... tenia tan poca edad!.... solo sí que me hallaba en Alejandría cuando me rescató de limosna un religioso de la Redencion.

MOROSINI.

Pero ¿no adquiriste noticia alguna acerca de tu familia y de tu patria?....

RUGIERO.

El santo religioso hizo cuanto pudo para averiguar quien yo fuese.... pero no supo nada.

MOROSINI.

Nada absolutamente....

RUGIERO.

Solo sí que me cautivaron en un buque griego, al tocar ya las costas de Candía....

MOROSINI.

¡De Candía!....

RUGIERO.

Casi todos los cristianos perecieron en el combate; y á mí me hallaron desangrándome en el mismo seno de mi madre... Porqué no tuve la dicha de morir con ella!

PRESIDENTE TERCERO.

¿Qué haceis?....

MOROSINI (*saliendo de su asiento*).

Dejadme, dejadme.... Rugiero.... ¿es verdad cuanto has dicho?

RUGIERO.

¿Y qué interés tendria en engañaros?....

MOROSINI (*en medio del teatro*).

Mírame, Rugiero, mírame.... ¿no te dice nada tu corazon?

RUGIERO (*levantándose*).

Que vais á firmar mi sentencia.

MOROSINI.

No, hijo, no.... ten piedad de tu padre!

(*Va á abrazar á Rugiero, quien se aparta sorprendido, y Morosini cae desplomado. — El secretario acude á socorrerle; algunos jueces se levantan de sus asientos; el presidente segundo toca la campanilla, y salen el subalterno y el alcaide.*)

PRESIDENTE SEGUNDO.

Llevadle al palacio por el puente secreto; y que se le suministren los auxilios que reclama su situacion. — Continúa el juicio.

(*El subalterno y el alcaide se llevan á Morosini.*)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS MOROSINI.

RUGIERO (*que habrá permanecido inmóvil y como abismado en sí*).

¿Será posible, Dios mio, será posible?... No, no; tú no eres como los hombres; y no habias de concederme, á esta hora, lo que te pedí en vano tantas veces....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Dónde estuviste hace cuatro noches, Rugiero?

RUGIERO.

Si fuera ese mi padre.... si la misma sangre de Laura es la que corre por mis venas.... si lo sabe la infeliz cuando sepa mi muerte!....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Porqué no contesta?... ¿Cree acaso con su silencio desvanecer los cargos?

RUGIERO.

Y tal vez él mismo ha contribuido á mi ruina.... y ha reconocido á su hijo para verle espirar en un cadalso!....

PRESIDENTE TERCERO.

Rugiero!.... por tu propio interés, vuelve en tí, y no abandones tu defensa.... Mira que los momentos son preciosos, y que no volverán si los pierdes!

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Dónde estuviste hace cuatro noches? ¿Con quién hablaste? ¿De qué se trató?.... Responde.

RUGIERO.

Todo cuanto hayan dicho, todo es cierto: dejadme.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Es cierto que has conspirado contra la república?

RUGIERO.

Si lo sabeis, ¿á qué lo preguntais?....

PRESIDENTE TERCERO.

Pesa, Rugiero, pesa bien tus palabras....

RUGIERO.

Yo no sé mentir ni faltar á mis juramentos.

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Lo habeis oido?.... Basta.

(*Toca la campanilla: salen el subalterno y el alcaide, y se llevan á Rugiero por una de las puertas laterales.*)

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS RUGIERO.

PRESIDENTE SEGUNDO.

(*En pié, y leyendo la fórmula en el libro; todos los jueces se levantan.*)

« Ministros de este tribunal, á quienes ha confiado la república la balanza y la espada, ¿jurais pronunciar el fallo segun lo que vuestra conciencia os dictare, sin miramiento humano, atendiendo solo á la vindicta pública y al desagravio de las leyes? »

JUECES.

Sí juramos.

PRESIDENTE SEGUNDO.

« Poned la mano derecha sobre el corazon.... el corazon libre de temor y esperanza, y la mano limpia de sangre inocente. »

JUECES.

Así lo hacemos.

PRESIDENTE SEGUNDO.

« Y si así no lo hiciéreis, Dios os lo demande estrechamente, en el dia que no tendrá fin! »

(*El secretario toma la urna, y la va pasando delante de los jueces, que echan en ella una bola negra.*)

(*El presidente segundo reconoce luego los votos, y pronuncia en pié la sentencia:*)

Muerte.

(*Escribe unas palabras en un papel, graba en él el sello del tribunal, y le entrega en seguida al secretario: este le lleva al cuarto del suplicio, y sale despues de unos instantes.*)

(*En el ínterin, el presidente segundo toca la campanilla; y el subalterno y el alcaide sacan otra vez á Rugiero.*)

ESCENA XII.

DICHOS, RUGIERO.

PRESIDENTE SEGUNDO.

Rugiero! el tribunal te ha juzgado reo de conspiracion contra la república; y acaba de condenarte á la pena de los traidores....

(*Rugiero se estremece: el presidente vuelve del otro lado el reloj de arena.*)

Prepárate á comparecer, dentro de breves instantes, ante el tribunal de Dios... Los hombres te han condenado en su justicia; él te mire con misericordia!

(*Silencio.*)

Tienes algo que declarar?

RUGIERO.

Nada.... Solo quisiera pedir una gracia que haria menos amargos mis últimos momentos....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿Qué es lo que quieres?

RUGIERO.

Hablar á solas con el presidente Morosini.... y no llevar al sepulcro esta duda cruel!....

PRESIDENTE SEGUNDO.

No puede ser, Rugiero.... despues de condenado, solo es lícito al reo hablar con el ministro de la religion, que le consuela en ese trance.

RUGIERO.

Un instante siquiera.... saber si me dió el ser.... y tener la satisfaccion, una vez en mi vida, de abrazar á mi padre!....

PRESIDENTE SEGUNDO.

Imposible, imposible.

RUGIERO.

Por Dios.... concededme esa gracia, y os perdono!.... ¿Qué mas quereis de mí?....

PRESIDENTE TERCERO.

No está en manos del tribunal acceder á tu súplica.... cree que, si estuviese, no te se negaria.

RUGIERO.

Yo no quiero retardar mi muerte.... Solo verle, echarme á sus piés, y pedirle que no abandone á una desdichada.... ¿no teneis ni padre ni esposas?....

PRESIDENTE SEGUNDO.

En este lugar no somos sino ministros de las leyes.

RUGIERO.

¿Y qué ley hay en el mundo que prohiba á un hijo abrazar á su padre?... Yo no os pido mas... nada mas... recibir la bendicion de mi padre, y entregar mi alma á Dios!

PRESIDENTE SEGUNDO.

No pierdas el tiempo en vano... cada grano de arena que ves caer, es un instante de tu vida!

RUGIERO.

Ya lo sé.... ¿Creeis que es el temor de la muerte el que me hace derramar estas lágrimas?....

PRESIDENTE SEGUNDO.

Ejecutad sin tardanza las órdenes del tribunal.

(*El secretario indica á Rugiero que le siga: el subalterno y el alcaide se colocan á sus dos lados.*)

RUGIERO.

De cierto es mi padre... es mi padre... cuando no logro, ni al morir, el consuelo de verle!

(*Al ir ya cerca del cuarto del suplicio, se detiene, y levanta la voz.*)

A Dios, padre mio!... A Dios!!! ¿Cómo no oyes la voz de tu hijo?....

ESCENA XIII.

DICHOS, LAURA, MATILDE.

(*Laura, al escuchar ese acento, abre de pronto la puerta del cuarto inmediato, y se arroja en brazos de Rugiero: los jueces se levantan sorprendidos: Matilde sale detrás de su ama.*)

LAURA.

¡Ya estás aquí!...

RUGIERO.

Laura!...

PRESIDENTE SEGUNDO (*saliendo fuera del estrado*).

Separadlos al punto. —

LAURA.

Toma, Rugiero, toma; guárdalo mientras vivas!

(*Le mete en el pecho su retrato.*)

RUGIERO.

Dios mio de mi alma... ¡qué os ha hecho este infeliz!....

PRESIDENTE SEGUNDO.

¿A qué aguardais?.... Obedeced ó temblad!

(*El subalterno y el alcaide se llevan por fuerza á Rugiero; el secretario y Matilde separan á Laura, y la alejan á alguna distancia.*)

LAURA.

No, no... ¿porqué me arrancais á mi esposo?....

RUGIERO.

A Dios, Laura mia.... No olvides á tu Rugiero, y pide á Dios por él!

LAURA.

¿Dónde te llevan?.... Mira que mi padre nos está esperando....

RUGIERO.

¡Tu padre!.... Díle al mio que ya no tiene hijo!....

LAURA (*desasiéndose de los otros, y corriendo tras él*).

Oye, Rugiero....

RUGIERO (*con voz desmayada*).

A Dios!....

(*Al entrarle en el cuarto del suplicio, descórrese la cortina: descubre Laura el patíbulo, cae hácia atrás exánime, y Matilde la recibe en sus brazos.*)

LAURA.

Jesus mil veces!

FIN DEL DRAMA.

APUNTES

SOBRE

EL DRAMA HISTÓRICO.

Al tantear varias sendas en la carrera dramática, no se me ha dejado de ocurrir con harta frecuencia cuán difícil sea llegar, por cualquiera de ellas, al término deseado; pero ha contribuido á alentarme en mi propósito el pesar con que miró la decadencia y abandono en que yace el teatro español, y el anhelo de contribuir, en cuanto mis cortas fuerzas alcancen, á estimular el ánimo de los jóvenes, procurando encaminar sus pasos. Este mismo fin me mueve ahora, con motivo de las composiciones contenidas en este volúmen, á exponer brevemente algunas reflexiones sobre el *drama histórico*, que tal vez sean de algun provecho; y aun dado caso que me engañe mi buen deseo, él propio bastará á disculparme.

Inútil de todo punto seria empeñarse ahora en defender la existencia de tales dramas; ¿quién osará en el dia condenarlos, porque no se hallen expresamente comprendidos en la sabida distincion de Aristóteles ó de Horacio?.... Estos dos célebres maestros tenian sobrado talento y saber para que hubiesen intentado fijar con estrechez mezquina los límites del arte; siendo así que no hicieron, por el contrario, sino deducir máximas y reglas, examinando las bellezas de las obras de genio que en su tiempo existian. Basta pues que el *drama histórico* posea la condicion esencial de reunir la utilidad y el deleite, para que deba hallar en el teatro acogida y aceptacion; y cierto que pocas composiciones habrá que puedan ser de suyo tan instructivas, y ofrecer al ánimo un desahogo tan apacible. Aun leyendo meramente la historia, nos cautivan por lo comun aquellos pasajes á que ha dado el autor una forma dramática, y en que nos parece que los personajes se mueven, obran, hablan por medio del diálogo; ¿qué será pues cuando veamos representado al vivo un suceso importante, y que casi creamos tener á la vista á los personajes mismos, seguir sus pasos, oir su acento?....

Tan natural y tan antigua en España es la aficion á esta clase de composiciones, que es cosa digna de notarse que aun no habia salido de mantillas el arte dramática, hallándose todavía en manos de los mismos representantes, cuando ya se atrevieron algunos á ofrecer en las tablas, al lado de burlas y farsas, imita-

ciones de hechos históricos, sobrado sencillas y groseras, cual era de esperar. Y si muy temprano habia mostrado el teatro español tan ambiciosas pretensiones, no era de creer las abandonase luego, justamente en época en que la nacion acometia las mas arduas empresas, y en que las armas y las letras se mostraban émulas de gloria. No mas tarde que á fines del siglo XVI, publicó Juan de la Cueva su *Ejemplar poético;* y explayándose con laudable complacencia en el elogio del teatro español, al que da desde luego la palma, como que quiso en pocos versos indicar sus abundantes riquezas, clasificando sus varias composiciones de esta suerte:

En *sucesos de historia* son famosas,
En *monásticas vidas* excelentes,
En *afectos de amor* maravillosas....

Si se ha dicho, y en mi concepto fundadamente, que la literatura de una nacion es el reflejo de la sociedad, cierto que rara vez se habrá visto muestra mas señalada. Un pueblo emprendedor, belicoso, avezado á hazañas y aventuras, debia hallar sumo agrado en ver representados en la escena los hechos célebres que habian cautivado su imaginacion: resintiéndose todavía de la infancia del arte, pagando su tributo, como todas las naciones, al espíritu del siglo, y mas animado que otros de zelo religioso (confundido por espacio de ocho siglos con el honroso anhelo de independencia y gloria), no es extraño que el pueblo español se apegase con tanto ahinco á los varios géneros de composiciones sagradas, que fueron como una plaga de nuestro teatro; y ya se deja entender tambien, sin necesidad de explicacion ni pruebas, cuánto crédito y aplauso debieron obtener por su parte, en una nacion tan dada á galanteos, las composiciones dramáticas que versaban sobre asuntos y lances de amores.

Limitándonos ahora á nuestro propósito, cuando poco despues de Juan de la Cueva tomó tan rápido vuelo el teatro español, gracias al impulso de Lope de Vega, y cuando Calderon y otros autores célebres lo levantaron luego á su mayor altura, creció á la par la aficion á las composiciones históricas, concurriendo á ello de consuno el gusto de la nacion y la inclinacion de los poetas. Segun hemos insinuado en otro lugar, los dramáticos españoles tenian en general mas genio que cordura, y mas talento que instruccion; así es que se sentian mas inclinados á presentar en las tablas hechos que despertasen la curiosidad, á encadenarlos con sagaz artificio, y á arrastrar en su rápido curso el ánimo de los espectadores, que no á trabajar con detenimiento y afan para desarrollar una pasion, sondeando sus secretos en lo íntimo del corazon humano, ó para pintar un carácter con todas sus sombras y matices.

Empero las mismas causas que estimulaban á nuestros dramáticos á dedicarse de buen grado á composiciones históricas, les impedian aventajarse mucho en ellas; no hay hecho grave, por sencillo que sea, que no exija, para comprenderle á fondo y ponerle de bulto, largo estudio y profunda meditacion; y nuestros poetas,

lejos de sujetarse á tan penoso trabajo, preferian lucir su fácil inventiva y dejar campear su lozano ingenio. Faltos los mas de la competente instruccion, se les ve incurrir á veces en errores manifiestos, como los que notó el sensato Luzan aun en los autores de mas fama; y si se exponian á cometer hasta faltas groseras de geografía y de historia, no era de esperar que se empeñasen, á costa de vigilias y esmero, en trasladar fielmente aquella fisonomía peculiar, por decirlo así, que presenta cada siglo, cada nacion, cada hombre.

Así es que de nuestros antiguos dramáticos casi puede afirmarse que solo sabian pintar Españoles; porque entonces hallaban los modelos en la propia casa, y su gran talento les bastaba: los hechos, las costumbres, las personas, se hallan presentados en muchos de sus cuadros con suma verdad y vivos colores; personaje hay, como el rey don Pedro, que tal vez está mejor retratado en las comedias que en la historia. Mas así que nuestros poetas querian andarse en correrías por regiones extrañas, ó se atrevian á desenterrar argumentos clásicos de la antigüedad, al punto se advierte con pena el lado de que flaquean, y se temen tropiezos y caidas: Italianos y Tudescos, Húngaros y Franceses todos se asemejan en nuestro antiguo teatro, descubriendo á las claras, cuando menos se piensa, modales y resabios de Castilla.

Cabalmente cuando se trata de argumentos históricos, la primera cualidad es la verdad de la imitacion; pues, aunque no se exija, y antes bien sea grave falta, reducirse á una copia servil, nunca debe perderse de vista la índole de semejantes composiciones. Ni por eso haya miedo que á la imaginacion del poeta le falte en ellas campo para ostentar sus fuerzas; que en las obras del arte, aun cuando se propongan retratar á la naturaleza, siempre hay que corregir y hermosear; solo es preciso cuidar grandemente de no soltar la rienda á la fantasía ni dejarla correr á ciegas. Apenas hay en la historia asunto importante y extraordinario que no encierre en sus propias entrañas un tesoro de poesía, que el genio del autor sabrá descubrir y mostrar: no hay trozo de mármol, decia un escritor ingenioso, que no encierre en su seno una hermosa estatua; solo falta un artista que la saque á luz.

He recomendado con tanto ahinco la fidelidad histórica, que temo se dé á mis expresiones mas extension de la que en sí tienen: el poeta no es cronista; el fin que se proponen es distinto, diversos los instrumentos de que se valen, sus obras no deben parecerse. Un autor puede muy bien, en un *drama histórico,* presentar los hechos con mas circunstancias y pormenores de los que tal vez convendrian en una tragedia; pero no debe olvidar, so pena de amargo desengaño, que su obra no va á leerse descansadamente, al amor de la lumbre, para pasar las largas noches de invierno; sino que va á representarse en el teatro, en que todo aparece desmayado y frio, si no hay accion, movimiento, vida.

Por eso me parece necesario tratar ante todas cosas de conmover el corazon, presentando al vivo sentimientos naturales y lucha de pasiones; que ese es el mejor medio, si es que no el único, de embargar la atencion, de excitar interés,

y de ganar como por fuerza el ánimo de los espectadores. Así pudiera, hasta cierto punto, reunirse en esta clase de dramas la utilidad de la historia y el encanto de la tragedia : no será tal vez empresa fácil; pero ese debiera ser por lo menos el punto de mira.

En cuanto á las reglas de esta clase de composicion, pueden aplicársele muchas, comunes á todas las obras dramáticas; pero conviene hacerlo con aquel tino y discernimiento que requiere su distinta índole y naturaleza. Habiéndose de representar un grave acontecimiento histórico, el arte del poeta consiste en elegir los hechos y circunstancias mas notables, que puedan dar de él una cabal idea; en disponerlos de manera que cada uno esté en el lugar mas oportuno, sin dañarse los unos á los otros, y antes bien prestándose recíproca ayuda; y en abarcar de tal suerte todos los materiales, que pueda reunirlos como en un haz, y atarlos con un fuerte nudo. Esta *unidad* es tan esencial en esta clase de composiciones como en todas las obras de bellas artes; el drama mas nutrido de sucesos la consiente, ó, por mejor decir, la exige, así como se la admira en los inmensos cuadros de Julio Romano.

Para que los hechos estén colocados á su amor en un *drama histórico,* y puedan sucederse sin confusion ni desórden, tal vez no baste un estrecho recinto; y en ese caso, poco reparo debe haber en mudar el lugar de la escena, antes que incurrir en tales faltas de verosimilitud, que perjudiquen á la ilusion dramática mucho mas que una ó dos mudanzas de decoracion. En medio de la guerra encarnizada que mantienen en el dia los dos campos literarios opuestos, creo que sobre este punto, así como sobre otros muchos, la verdad está en un justo medio. Muy menguado concepto tendrá de su arte el poeta que sacrifique una situacion hermosísima, ó que incurra en un absurdo manifiesto, por no mudar una que otra vez el lugar de la escena; pero el que haga peregrinar á sus personajes sin tino ni mesura, corre riesgo de recordar frecuentemente á los espectadores lo que con tanto afan debe procurarse que olviden. Cada acto, como parte distinta y separada, puede muy bien suponerse acaecido en diverso lugar, sobre todo si no están entre sí muy distantes; y apenas habrá argumento dramático que exija mas que esta anchura para desarrollarse cómoda y fácilmente.

Tampoco se debe regatear sobre el tiempo que se supone dura la accion : basta que lo que pasa á la vista de los espectadores pueda haber sucedido realmente en el mismo espacio, poco mas ó menos, y que lo restante del tiempo que ha tomado el poeta lo haya distribuido con tal sagacidad, especialmente entre los actos, que el espectador no se aperciba de ello, ó lo tolere de buen grado. La composicion que excite vivo interés y que despliegue mil bellezas, segura puede estar de quedar vinculada en el teatro, aunque la accion dure algunos dias, en vez del angustioso plazo de veinte y cuatro horas; pero mucho temeria yo que se diese por ofendida la razon de los espectadores, y que el interés se entibiase, si vieran amontonarse hechos sobre hechos, correr la posta los personajes, y suponerse en breves horas que han pasado muchos años.

En cuanto al estilo y al lenguaje que requiere el *drama histórico*, meramente me atreveré á indicar que deben ser acomodados al argumento, á la condicion de las personas, á su situacion y demás circunstancias : en este punto muy poco ó nada valen las reglas; se necesita el buen gusto, ó, por mejor decir, el instinto del genio.

En general, el *drama histórico* no requiere quizá tanta elevacion como la tragedia : admite con menos dificultad personas de condicion mas llana, desciende con gusto á pormenores mas leves, se acerca mas á la vida comun; y el estilo debe irse plegando suavemente á tan varias formas, remontándose sin arrogancia, y abatiendo el vuelo sin rasar la tierra. Ya se deja entender, por razones opuestas, que la gravedad misma de los sucesos, la clase de personas que en ellos intervienen, y el calor que dan las pasiones al estilo y al lenguaje, exigen á su vez que estos rayen mas alto en el *drama histórico* que en la comedia.

Mucho mas habria que decir sobre la materia si me hubiera propuesto tratarla á fondo; pero mi ánimo solo ha sido, y por eso cuidé de advertirlo con tiempo, reducirme á unos meros apuntes.

FIN.

LA BODA

Y EL DUELO.

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

Compuse esta comedia algunos años ha, por mero desahogo en una temporada de baños, y sin ánimo de que se representase, por hallarme á la sazon ausente de mi patria: aun despues de volver á ella, no varié de propósito: ya porque las alteraciones y controversias políticas alejaron mi atencion del teatro, y ya tambien por el gusto que predominaba en él, recientemente importado de naciones extrañas.

Era por lo tanto de recelar que tal vez no encontrase favorable acogida una composicion muy sencilla, falta de pompa y de boato, reducida á una accion meramente deméstica, encerrada entre cuatro paredes, y que nace y fenece en el término de pocas horas: circunstancias todas, que, si hubieran sido títulos de excesiva recomendacion en otra época, se habrian quizá convertido no hace mucho en otros tantos motivos de reprobacion y desaire. Achaque comun en los hombres: ser extremados en sus opiniones; y mas si el atractivo de la novedad las ha puesto en moda.

Afortunadamente ha empezado ya á pasar la que amenazaba inficionar nuestro teatro, no solo en la parte literaria, sino en otra de mas importancia y trascendencia: fenómeno digno de notar, como otra prueba mas de la sensatez española; pudiendo tal vez afirmarse que en esta tierra, aun antes que en otras, *la razon acaba siempre por tener razon.*

En tanto que permanecia esta comedia sepultada entre mis borradores, se estableció en el *Licéo* de esta capital la Seccion dramática, dedicada al laudable propósito de resucitar las glorias del antiguo teatro español y de fomentar el moderno, ya que no faltan en la actualidad aventajados ingenios, capaces de acrecentar el renombre y lustre de su patria.

El deseo que siempre me ha animado de contribuir, en cuanto de mí ha dependido, al cultivo y fomento de nuestra literatura, me sugirió el pensamiento de ofrecer alguna composicion mia, para que se representase por primera vez en el *Licéo*: y aun cuando vacilé por el pronto, al fin me decidí, al ver el cumplido éxito que acababa de tener en aquel teatro la comedia titulada *el Café*, á pesar de haber cambiado tan notablemente los tiempos y las ideas, desde que se estrenó en las tablas.

Concebí pues esperanzas de que pudiese agradar una comedia *de la escuela de*

Moratin, si así puede llamarse, aun cuando no reuna los singulares dotes que recomiendan las de aquel célebre maestro; esperanzas que no han salido fallidas en la representacion de este drama; si bien es harto probable que una parte del aplauso se deba á la urbanidad y cortesanía de tan escogido auditorio, y otra aun mayor á la suma naturalidad y exquisito gusto con que ha sido ejecutada por los socios del *Licéo*, que se han esmerado á porfía en el desempeño de sus respectivos papeles.

Ahora que esta composicion se presenta al público sin ningun arrimo ni apoyo, es cuando aquel juez imparcial habrá de calificarla por lo que en sí valga; y como fuera inútil alegar razones en su abono, si es que no agrada, estando todas de mas, si es que gusta, me limitaré á decir que no me he determinado á imprimirla hasta tener en su favor un fallo, y dado por un tribunal que reputo muy competente.

LA BODA

Y EL DUELO.

COMEDIA.

PERSONAS.

LA MARQUESA DEL ROBLE.
DOÑA LUISA, su hija.
LA CONDESA, viuda.
EL BRIGADIER DON JUAN.
EL TENIENTE DON JOAQUIN, su sobrino.
DON CARLOS, hermano de la CONDESA.
DOÑA JUANA, antigua dueña, aya de DOÑA LUISA.
DOÑA TERESA.
CRIADOS.
MUSICOS.
UN DEMANDADERO.

La escena en Burgos, casa de la Marquesa.

El teatro representa una sala, con muebles ricos, pero viejos: una puerta en el foro, que conduce á la calle, otras á los lados, que dan paso á las demás salas y aposentos; y una con cristales y cortinillas, que se supone de una alcoba ó gabinete.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA LUISA, DONA JUANA.

(*Ambas cosiendo un vestido de gala y otros adornos de boda*).

DOÑA JUANA.

Vamos, ánimo, hija mia:
¿A qué viene esa tristeza?
Si te ve así la señora,
No tendremos mala fiesta.

DOÑA LUISA.

¿Pues qué he de hacer?

DOÑA JUANA.

¿Qué has de hacer?
Estar alegre y risueña,
Como quien se va á casar:
Yo me acuerdo.... hará cuarenta

Años, poco mas ó menos,
Que en tal noche como esta,
Al arreglarse el casorio
Con mi Pedro.... bien que era
Como un sol.... Si vieras, hija,
Qué muchacho! Donde quiera
Se llevaba la atencion
Por su donaire y sus prendas....
No es decir que tu futuro
En nada le desmerezca;
Eso no: si le quitaran
Treinta años, muy bien pudiera
Dar dentera al mas pintado.
¡Qué caballero! ¡qué buena
Conversacion! franco, noble,
Enemigo de etiquetas
Y melindres, militar
De los que ya no se encuentran....
¿Qué decias?

DOÑA LUISA.

¿Quién?.... Yo?.... nada.

DOÑA JUANA.

Es lástima que naciera
Tan temprano.... ¿No es verdad?

DOÑA LUISA.

Verdad.

DOÑA JUANA.

Y la diferencia
Es tan grande!.... Pero al cabo
La señora echa sus cuentas,
Y tiene razon; tu padre,
El marqués, que gloria tenga,
Hizo lo que hacen los mas:
Os dejó pleitos y deudas.
Tu hermanito, el mayorazgo,
Cargó con toda la hacienda,
Y una escasa viudedad
A su madre regatea....
Por otra parte, las cosas
Tan caras.... Ya nadie presta
A un usía, aunque lo maten....
La casa es toda goteras,
Los criados sin pagar,
Y las mulas medio muertas....
Yo mil veces se lo he dicho
A la señora; aunque fuera
Andar á pié.... pero hay
En Burgos tan malas lenguas!
Y lo que dice tu madre:
« Ya los hombres no se prendan
« Del talle y los negros ojos,
« De la virtud y nobleza;
« Sino que ajustan las bodas,
« Como chalanes en feria.... »
No hay muchos como don Juan;
Ni una palabra siquiera
Ha hablado de dote.... Sabe
El atraso en que se encuentra
La casa, y como es tan rico!....
Ya se ve, lo que él desea
Es pasar como Dios manda
Lo que de vida le queda,
Cansado ya y aburrido
De rodar por esas tierras.
Halla una mujer bonita,
Que le cuide en sus dolencias,
Recogida y bien criada,
No casquivana y resuelta,
Como se ven hoy en dia....
Sin ir muy lejos, pudiera
Citar un ejemplo al canto....

DOÑA LUISA.

¿Quién dice Vd?

DOÑA JUANA.

La condesa,
Tu vecinita y amiga....
Yo no he visto una veleta
Mayor que la tal viuda:
Ya se enoja, ya se alegra,
Ya llora, ya canta, y rie;
Y segun las malas lenguas,
Antes de cumplirse el año
Ya diz que la galantea
El sobrino de don Juan,
Que es una linda pareja;
Tal para cual.... ¡Virgen santa!
Si levantara cabeza
El que pudre! Hizo muy bien
En morirse tan apriesa;
Y aunque esté en el purgatorio,
Mejor está que estuviera.

DOÑA LUISA.

Calle Vd., que suena gente....

DOÑA JUANA.

¿Quién será?.... No sino ella.

ESCENA II.

DOÑA LUISA, DOÑA JUANA, LA CONDESA.

(*Esta en traje de calle y de luto*)

CONDESA.

¿Cómo estás, Luisita mia?
Tan aplicada y tan bella
Como siempre.

DOÑA LUISA.

Es favor tuyo:
¿Y tú?

CONDESA (*sentándose á su lado*).

Yo.... no ando muy buena;
Y además traigo un humor!....
Desde que puse en la puerta
El pié, todo ha sido azares;
Un entierro, una pendencia,
Un abogado hablador,
Los muchachos de la escuela,
Y mi bendita cuñada
Para coronar la fiesta.

DOÑA LUISA.

Yo ha un siglo que no la veo....

CONDESA.

¡Ojalá que yo pudiera
Decir otro tanto, amen!
Pero á mí, por penitencia,
Tres visitas de á tres horas
Por semana me receta:
Y hoy cabalmente la tengo
Que sufrir, quiera ó no quiera,
Toda la noche á mi lado.

DOÑA LUISA.

¿Pues no sales?

CONDESA.

Buena es esa!
Si hoy es el cabo de año;
Y ya está la parentela
Quitando el polvo á los lutos
Y estudiando las harengas.

DOÑA LUISA.

No me acordaba que es hoy....

CONDESA.

Ni yo....

DOÑA JUANA (*aparte*).

Miren qué cabeza!

CONDESA.

Mas mi bendita cuñada
Rabia por dar malas nuevas.

DOÑA JUANA (*aparte*).

Por no oir á este molino,
Recogeré la tarea....

(*Levantándose y tomando el tabaque de la costura*).

DOÑA LUISA.

¿Dónde va Vd.?

DOÑA JUANA.

A mi cuarto.

(*Aparte al irse.*)

Dios ponga tiento en su lengua!

ESCENA III.

DOÑA LUISA, LA CONDESA.

CONDESA.

Sobre que tiemblo al pensar
Lo que esta noche me espera!
Póngase Vd. al testero
Del salon, casi en tinieblas,
Cubierta como una chía
De lana y de gasa negra;
Entrambas manos cruzadas,
La cara de Magdalena,
Los ojos como tomates,
(Gracias á que se refriegan
Con disimulo) y la voz
Cual si de un pozo saliera....
Y aguante Vd. en el potro
Que vengan luego en hilera
Deudos, parientes, amigos,
A apurarle la paciencia.
Ya uno da el pésame, y dice;

Señora, Dios dé á Vd. fuerzas....
Para tí las necesito.
Otro pausado se acerca,
Y exclama: *conformidad!*
Son cosas que Dios ordena;
Los buenos no viven mucho....
Por eso tú los entierras.
Esotro dice: *el difunto*
Era un ángel en la tierra....
Se conoce, gran bribon,
Que no le tuviste cerca.
Y así siguen uno á uno
Poniendo el ingenio en prensa,
Para repetir lo mismo
Que dijeron á mi abuela.
Reina luego un gran silencio,
Hasta que al cabo resuena
Ruido de platos y vasos,
Y todo el mundo se alegra.
Entran formados en torre
Azucarillos de á tercia,
Por no desdecir del duelo
Enlutados con canela,
Chocolate en jicarones
Del Escorial, de onza y media,
Y los panes y bizcochos
Coronando las bandejas....
Sacan todos el pañuelo,
No para llorar de pena,
Sino para que les sirva
En lugar de servilleta:
Y engullendo á dos carrillos,
Se ahorran en casa la cena;
Menos la pobre viuda,
Que, como ve que la observan,
Apenas gusta un bocado,
Cuando suspira y lo deja.

DOÑA LUISA.

Siempre estás de buen humor.

CONDESA.

¿Pues qué quieres que me muera?
Harto he sufrido en el mundo,
Esclava como una negra;
Y ya que libre me veo,
Quiero respirar siquiera.
Tú lo sabes: aun muy niña
Perdí á mis padres; y apenas
Me vieron huérfana y rica,
Decretó mi parentela
Encerrarme en un convento,
Tal vez con la santa idea
De que yo ganase el cielo,
Y gozar ellos mi hacienda.
Crecí en años; y me hallé
Entre canceles y rejas,
Viendo el sol por celosía,
Y vestida de estameña;
Mas cuando ya me juzgaba
Por toda la vida presa,
Con muy poca vocacion
De ser monja recoleta,
Pasó por Burgos el conde,
Y le dió la ventolera
De visitar el convento
Por conocer su parienta:
Me vió, le hube de gustar;
Y con su cara muy seria,
Su casacon de faldones
Y el peluquin con coleta,
Me ofreció su blanca mano,
Que yo tomara aunque negra.
Me hallé, pues, de veinte años
Con marido de sesenta,
Y además los enemigos
Del alma: cuñada y suegra.
Lo que luego padecí
Tú lo has visto; y si no fuera
Por mi genio, en cuatro dias
Me hubieran muerto mis penas;
Porque el bendito del conde
Ya contaba á aquella fecha
Dos mártires en el cielo,
Y creyó hallar la tercera;
Mas yo, por no darle gusto,
Saqué fuerzas de flaqueza;
Y los meses que duró
Llevé mi cruz con paciencia.
Te he recordado mi historia,
Porque conviene la tengas
Presente.... Pero ¿qué es eso?
¿Te afliges?.... A fuera penas;
Ten valor.

DOÑA LUISA.

¡Ay, Leonor mia,
Qué infeliz soy!.... Ni aun siquiera
Puedo llorar y quejarme....
Todos, todos en la tierra
Disfrutan de ese consuelo,
Menos yo!

CONDESA.

Mas ¿qué aprovecha
El llorar y el afligirse,
En vez de ver si se encuentra
Algun remedio?....

DOÑA LUISA.

¡Remedio!
Uno, uno solo me queda;
Y á Dios se lo pido!....

CONDESA.

Calle!
Pues es donosa la idea:
¡Nada menos que morirse!
Déjalos que ellos se mueran,
Y por allá nos esperen;
Que á bien que no están de priesa.
Pero, hablando ahora formal,
Tú te apuras y atormentas
Antes de tiempo: ¿quién sabe
Cuantas cosas tan diversas
Pueden suceder, que impidan
La tal boda?.... A la hora de esta
No es mas que un proyecto en ciernes....

DOÑA LUISA.

¡Cómo, si así que anochezca,
Nos van á tomar los dichos,
Y el contrato se celebra!

CONDESA.

¡Esta noche!... lo repito:
Tu madre muy santa y buena;
Pero en viendo unos bordados,
Pierde al punto la chaveta.
¡Qué locura! Una muchacha
Sin mundo y como una perla,
Casada con un señor
Que ser su abuelo pudiera!....
Pero ¿qué dice tu madre,
Qué dice?

DOÑA LUISA.

La infeliz piensa
Que así voy á ser dichosa....

CONDESA.

Bravo! ¿y porqué no recuerda
Lo que pensaba á tu edad?....
¿Cómo imagina que puedas
Ser feliz, unida á un hombre
Que es imposible que tenga
Costumbres, hábitos, gustos,
Que con los tuyos convengan....
De inclinacion no se hable:
¿A qué es eso? que se quieran
O no marido y mujer,
Han de estar juntos por fuerza.
Y luego tu linda madre,
En corro con otras viejas,
Hablan de la corrupcion
Que en los matrimonios reina,
Sin mirar que muchas veces
La culpa tuvieron ellas.
Perdona, Luisita mia;
Pero en tocando esta tecla,
No puedo hablar con frescura....
Y ahora menos, porque media
Tu dicha en ello, y tambien
Porque trabajo me cuesta
Renunciar á una esperanza....
¿A qué bajas la cabeza?
¿Es acaso algun delito
El que cariño le tengas
A mi hermano, cuando sabes
El amor que te profesa?....
¡Cuántas veces os vi juntos,
Y noté con complacencia
Que sin saberlo vosotros
Ya os amábais! Donde quiera
Os buscábais con los ojos;
Una palabra, una seña,
Una sonrisa bastaba
A vuestra dicha completa....
¿Lo has olvidado?

DOÑA LUISA.

¡Olvidarlo!
¿Puedes hacerme esa ofensa?
No, Leonor: dentro del alma

Tengo ahora mas impresa
Esa memoria que nunca;
Y aunque arrancarla quisiera.
Solo con mi corazon....
Pero al fin ya estoy resuelta
A obedecer á mi madre,
A sacrificar por ella
Mi libertad y mi vida,
Sin que ni ella misma sepa
El valor del sacrificio
Que su cariño me cuesta....

CONDESA.

¿Lloras?

DOÑA LUISA.

¿Quieren mas de mí?
Mas que me dejen siquiera
Estar triste; y no me ostiguen
A que me muestre contenta....

CONDESA.

Sosiégate un poco.... mira
Que si alguien te escucha....

DOÑA LUISA.

Deja
Que respire un solo instante:
Tú no sabes la violencia
Que me cuesta el reprimirme....
Si tú, Leonor, lo supieras,
Aun mas compasion tendrias
De esta infeliz!

CONDESA.

Pero es fuerza
Disimular algun tanto....

DOÑA LUISA.

Ya lo sé; y hasta esa idea
De fingimiento y doblez
A mis ojos me avergüenza....
Mañana quizá, mañana
Tendrá que jurar mi lengua
Amor á un hombre á quien miro
Con total indiferencia;
Y un dia y un año y otro
En esta lucha perpetua,
Solo en la muerte veré
El término de mis penas....

CONDESA.

Luisa mia, que te pierdes....

DOÑA LUISA.

Solo esta ocasion me queda
De abrirte mi corazon;
Déjame que al menos tenga
Este consuelo.... mañana
No soy mia; y á tí mesma
Te he de mentir y engañarte....
Solo Dios en su clemencia
Tendrá compasion de mí:
Él solo me dará fuerzas;
Y no me abandonará
En los riesgos que me esperan....

CONDESA (*enjugándose los ojos*).

Mira, Luisa, lo que has hecho:
Si alguien de pronto ahora entra,
Nos halla á las dos llorando,
Y asiste á un duelo de veras.
Vamos; juicio....

DOÑA LUISA (*reprimiéndose*).

Sí, Leonor:
¿No lo ves?.... Ya estoy serena;
Ya nada se me conoce....

CONDESA.

Como traigan una venda
En los ojos, de seguro:
Pues si estás como una muerta,
Tan pálida y ojerosa....

DOÑA LUISA.

Solo pedirte quisiera
Un favor: ¿lo harás por mí?

CONDESA.

¿Lo dudas?.... Cuanto tú quieras.

DOÑA LUISA.

Tú quizá vas á burlarte,
Cuando sepas mi flaqueza;
Pero va en ello mi dicha....

CONDESA.

¿De cuando acá manifiestas
Esa timidez conmigo?....
Di qué quieres; y no pierdas
Esta ocasion.

DOÑA LUISA.

Es que ya
Casi me cuesta vergüenza
Nombrar á un hombre á quien debo

Olvidar....

CONDESA.

¿Y qué deseas
Que haga yo por tí?

DOÑA LUISA.

Querria
Que algun pretexto fingieras,
Para que estas vacaciones
Tu hermano á Burgos no venga:
Puede estarse en Salamanca;
Y aun tú sabes que desea
Ir á la corte, y allí
Mas divertido estuviera.... (*con viveza*).
Pero no; mejor será.... (*reportándose*).
Dispon, Leonor, lo que quieras;
Solo te pido por Dios
Que mis ojos no le vean.

CONDESA.

Bien está: lo haré por tí;
Aunque es dura penitencia
Que despues que va á perderte....

DOÑA LUISA.

¿Qué remedio?.... Mas me cuesta
El sacrificio que á él!....
¡Quién sabe! Quizá le espera
Ser mas dichoso con otra;
Mientras yo.... ¿Con que me empeñas
Tu palabra?....

CONDESA.

Sí, lo haré;
Mas temo que en cuanto sepa....

DOÑA LUISA.

Ya lo sabe.

CONDESA.

¿Que te casas?

DOÑA LUISA.

Nada ignora á la hora esta....

CONDESA.

¿Quién se lo ha escrito?.... Ya leo
En tu cara la respuesta;
Mas ¿porqué has querido darle
Tan pronto esa mala nueva?....

DOÑA LUISA.

Porque debí hacerlo así:
Y á mis propios ojos fuera
La mas vil, si un solo instante
Engañado le tuviera,
Al ir á dar á otro hombre
De ser suya la promesa.
Es preciso que me olvide;
Que no se acuerde siquiera
De que un tiempo le adoré....

CONDESA.

¿Volvemos á la tarea?
Pues la ocasion es pintada!
Y aun me parece que suenan
Pasos....

DOÑA LUISA.

¿Si será mi madre?....

CONDESA.

Cálmate, Luisa, que llegan.

ESCENA IV.

DICHAS Y LA MARQUESA.

MARQUESA (*á su hija*).

Pudiera estarte esperando....
¡Ola, aquí la condesita!
¿Tanta dicha y de mañana?

CONDESA.

Salí á una cosa precisa;
Y estando á la puerta, quise
Dar á Vd. los buenos dias.

MARQUESA.

Muy bien hecho. Yo estoy hoy
Tan cansada, y aburrida (*siéntase*)....
Todo carga sobre mí....
Los vestidos para Luisa,
Los documentos, las joyas,
Los convites, las visitas....
Mas de hora y media he tardado
Por ver si arreglar podia
Las papeletas de boda,
Para hacer que las impriman;
Y mientras mas enmendaba,
Mas embrolladas salian....

(*Leyendo de prisa un papel.*)

« Doña Getrudis Cabeza
De Baca, Porras, Chinchilla,
Et cetera... da á Vd. parte
Del enlace de su hija.

Doña Luisa Pimentel,
Quiros, Castro y Bobadilla,
Hija del marqués del Roble,
Señor de Peña-partida,
Maestrante que fué de Ronda,
Y regidor de la villa
De Arévalo».... Nada, nada;
Mejor será que la siga
El abogado de casa,
Que sabe esa retahila.—
Lo que hago yo como nadie,
Aunque esté mal que lo diga,
Es arreglar un ajuar;
Ni un alfiler se me olvida.
En menos de un santiamen
Le he puesto al novio una lista
Que da gozo.... Ya se ve,
Como él no entiende ni pizca
De esas cosas, me ha rogado
Que le aconseje y dirija....
(*Contando por los dedos.*)
Seis mesas, cuatro sofaes,
Ocho docenas de sillas,
Manteles adamascados,
Espejos, cuadros, cortinas,
Guarniciones y libreas
Batería de cocina,
Cristal y plata labrada....
¡Válgame Dios, y qué envidia
Van á tener mas de cuatro,
Que de reojo me miran!
El mundo, amiga, da vueltas;
Y al sol y á la buena dicha
Se deben meter en casa....
Pero ¿qué tienes, Luisita,
Que me parece?....

DOÑA LUISA.

Yo, nada....

MARQUESA.

Tienes cargada la vista,
Como si hubieses llorado.

DOÑA LUISA.

Estaré un poco encendida
De coser....

CONDESA.

A mí me dijo.
No ha mucho, que le dolia
La cabeza....

MARQUESA.

Yo no sé;
Pero he notado estos dias....
Parece que lo hace adrede;
Porque sabe que me irrita
Verla tan triste y callada....

DOÑA LUISA.

¿Y qué quiere Vd. que diga?

MARQUESA.

Sobre que ya en estos tiempos
No hay quien entienda á las niñas!
Si se les manda que callen,
Charlan que se despepitan;
Y cuando deben hablar,
Aunque las maten, no chistan....
Las unas, por no hallar novio,
Se consumen de ictericia;
Y otras van á desposarse,
Como al cementerio irian....
Mujer hay que diera un dedo
Por trocarse con mi hija,
Y tener dentro de poco
Marido, coche y usía!....
Pero ella.... mírela Vd.;
Que parece una novicia,
Con los ojos en el suelo
Y la boca refruncida....

CONDESA.

No hay que enfadarse, marquesa:
Mientras Vd. mas le diga,
Es peor.... ¿No es natural
Que se halle la pobre niña
Algo inquieta y cavilosa,
Al irse á unir de por vida
Con un hombre á quien apenas
Conoce hace cuatro dias?

MARQUESA.

Pero ¿puede ella pensar
Que su madre se descuida?....
Ya estoy yo bien informada
De su casa y su familia,
De su caudal y sus rentas;
Que hasta una reina podria....

CONDESA.

Si no es eso....

MARQUESA.

Emparentado
Con lo mejor de Castilla....

CONDESA.

Si no es eso....

MARQUESA.

Brigadier.
Y el decano de la Guia....

CONDESA.

Tanto peor.

MARQUESA.

Pues de haciendas,
De casas y joyas ricas,
No hay que hablar.... como que ha sido
Gobernador en las Indias!....

CONDESA.

¿Me deja Vd.?....

MARQUESA.

Si Vd. viera
Las sartas de perlas finas,
Los topacios del Brasil,
Las pulseras y sortijas....
Por traer de todo, hasta trajo
Un loro y una negrita.

CONDESA.

Pero, Marquesa, aunque tenga
Mas negros que hay en Mandinga,
¿Quiere Vd. que le haga solo
Una pregunta sencilla?

MARQUESA.

¿Y porqué no la hace Vd.?

CONDESA.

Porque no encuentro cabida
Para meter yo mi triunfo....

MARQUESA.

Hable Vd.... ¡Hay tal porfía!

CONDESA (*despues de una corta pausa*).

¿Es Vd. la que se casa?....

MARQUESA (*suspensa*).

¿Y á qué viene?....

CONDESA.

Pero diga
Vd. *si ó no*; y nada mas.

MARQUESA.

Pues bueno el mundo andaria,
Si una madre....

CONDESA.

Pero, al cabo,
¿Se casa Vd. ó su hija?....

MARQUESA.

¿Y qué sabe ella de mundo,
Si ayer salió de la amiga?

CONDESA.

Bien está; pero ¿no es ella
La que ha de vivir unida
Con su esposo hasta la muerte?
¿La que ha de verle de dia,
Por la noche, á todas horas,
En la desgracia, en la dicha,
Con buen humor y con malo?....

MARQUESA.

Segun eso, Vd. querria
Que las hijas por sí solas....

CONDESA.

No tal: sé que necesitan
Del consejo de las madres,
Que les preste luz y guia;
Pero ¿quién ha de aprobar
Que las madres se revistan
De autoridad, y dispongan
A su antojo de sus hijas?
¿Y si les pesa despues?
¿Y si se ven reducidas
A sufrir al lado á un hombre
Que ni amistad les inspira?....
Con mucho amor hay trabajos!....
La verdad, marquesa mia,
La carga del matrimonio
Es de suyo harto cumplida:
¿Qué será si desde luego
La llevamos cuesta arriba?

MARQUESA.

Pero ¿piensa Vd. acaso
Que yo violento á mi hija?

CONDESA.

Yo no.

MARQUESA.

Que lo diga ella.

DOÑA LUISA.

¿Y qué quiere Vd. que diga?

MARQUESA.

Lo que sientas.

DOÑA LUISA.

¿Pues no he dicho
Que estoy pronta y decidida
A hacer cuanto Vd. me mande?

MARQUESA.

¿Lo ve Vd?.... Ven acá, Luisa;
Da un abrazo á tu mamá....
Si sabes que en esta vida
Yo no tengo mas anhelo
Ni mas afan que tu dicha....

DOÑA LUISA.

En todo daré á Vd. gusto....
¿Quiere Vd. mas?....

MARQUESA.

No, hija mia:
Dame un beso, y se acabó....
Pero vuélvete á tu silla;
Que oigo gente en la antesala,
Y será tal vez visita.

ESCENA V.

MARQUESA, CONDESA, DOÑA LUISA, DON JUAN.

DON JUAN.

Felices dias, señoras.

MARQUESA.

Téngalos Vd. muy buenos,
Señor don Juan.—Me parece
Que no viene Vd. contento....

DON JUAN.

Lo estaba al salir de casa;
Pero tan molido vengo
De escribanos y notarios,
De papeles y embelecos,
Que me parece mentira
Que libre de ellos me veo.
Jesus! Jesus! Ya no extraño
Que muchos mueran solteros,
Por no caer en las garras
De tanto avechucho hambriento.

MARQUESA.

Hoy está Vd. muy jovial....

DON JUAN (*sentándose*).

Sí, señora, como perro
Con maza.... Al llegar aquí,
Aun creia estar oyendo
Los gritos descomunales:
« Veinte firmas!.... mis derechos!....
Los gajes del escribiente!....
La copia del instrumento!.... »
¿No hay un ladrillo que tape
Esas bocas del infierno?

CONDESA.

Poca paciencia teneis;
Y es preciso ir aprendiendo
A tenerla.

DON JUAN.

Ya lo sé;
Mas si antes de ser profeso
Se pasa este noviciado,
Seguro se gana el cielo.

CONDESA.

No es tu novio muy galan,
Luisita.

DOÑA LUISA.

Yo le agradezco
Por lo menos la franqueza.

DON JUAN.

Como castellano viejo,
Yo digo las cosas claras
Sin melindres ni rodeos.
Así puede Vd. creer
Cuando digo que la quiero;
Y que nada omitiré
Para ir ganando su afecto
Poco á poco....

MARQUESA.

¡Poco á poco!
Señor, si ya está eso hecho....

DON JUAN.

Yo no tengo veinte años;
Y á fe mia, harto lo siento;
Pero, á Dios gracias, no soy
Tullido, cojo, ni tuerto....

MARQUESA.

¡Qué tuerto! Si tiene Vd.

Dos ojos como luceros....

DON JUAN.

En cuanto á genialidad,
No estoy libre de defectos,
Como cada cual; soy vivo,
Parece que se hunde el cielo
De una tronada, y despues
Pasa el nublado al momento....

MARQUESA.

No era así mi buen esposo,
Que Dios haya! Un mes entero
Se pasaba sin entrar
En mi alcoba....

CONDESA.

¡Qué mal genio!

DON JUAN.

De bienes, sin ser muy rico....

DOÑA LUISA.

¿Quiere Vd. no hablarme de eso,
Señor don Juan?

DON JUAN.

Bien está;
Mas no tuve pensamiento....

MARQUESA.

¿Y qué quiere Vd., Señor,
Si es lo mismo que su abuelo;
En tocándole á intereses!....
El honor es lo primero,
Hija mia; y aunque pobres....

DON JUAN.

Pero ¿á qué viene ahora eso,
Marquesa?

MARQUESA.

Es que yo creí....

DON JUAN.

Si nadie habla aquí de abuelos,
De honor, de pobres ni ricos....
Solo le estaba diciendo
A Luisita....

MARQUESA.

Y si ella está
Enterada....

DON JUAN.

Siempre es bueno
Que oiga de mi propia boca
Cuanto hace al caso: no quiero
Que luego pueda llamarse
Engañada, y mucho menos
Que se sienta arrepentida.

DOÑA LUISA (*con abatimiento*).

No, Señor.....

DON JUAN.

Yo así lo espero;
Y solo esa confianza
Pudiera haberme resuelto
A este enlace.... Mas con todo,
Si Vd. siente en sus adentros
La mas leve repugnancia,
Dígalo Vd., que aun es tiempo;
Yo nada quiero por fuerza,
Nada, Luisita.... Deseo
Ser feliz los pocos años
Que me quedan; mas si advierto
Que ha de ser á costa ajena,
A mi asistente me vuelvo.

MARQUESA.

¿Ha acabado Vd., don Juan?

DON JUAN.

¿Porqué?

MARQUESA.

¿Pues no está Vd. viendo
Que á ese angelito de Dios
Le está Vd. dando tormento?

DON JUAN.

¿Y yo acaso he dicho nada
Que pueda ofenderla?.... Lejos
De ser esa mi intencion.

MARQUESA.

Es que ella tiene talento;
Y por mas que las disfracen,
Coge las cosas al vuelo....

DOÑA LUISA.

Madre!....

MARQUESA.

No hay que hacerme señas....

DOÑA LUISA.

Señor don Juan, yo no tengo
De Vd. ni la menor queja;
Al contrario, le agradezco
Tanta bondad....

MARQUESA.

¿Lo ve Vd.?

Si es lo mismo que un cordero....

DOÑA LUISA.

Por Dios, madre!....

MARQUESA.

Tan humilde....

DON JUAN.

Ya lo sé.

MARQUESA.

Ni mas ni menos
Que su tia, que esté en gloria,
Doña Polonia Barrientos....

DON JUAN.

¿Quiere Vd., Marquesa mia,
Que este rato aprovechemos
Para acabar de arreglar....

MARQUESA.

No corre prisa.

DON JUAN.

Es que luego
Tengo que hacer; y si empiezan
Visitas y cumplimientos....

MARQUESA (*suena la campanilla*).

No vendrán.... Pero ¿quién llama?

DON JUAN.

¿No lo dije?.... Dicho y hecho.

MARQUESA.

Decid que no estoy en casa....
Venga Vd. á mi aposento;
Y allí con satisfaccion....
(*Don Juan le ofrece la mano*).
Siempre galan.

DON JUAN.

Por supuesto;
¿Hemos de hacer tan temprano
El papel de suegra y yerno?

ESCENA VI.

DOÑA LUISA Y LA CONDESA.

DOÑA LUISA.

¡Cuánto he sufrido, Leonor!

CONDESA

Calla, que, sino me engaño,
Es el dichoso sobrino....
Pero trabajo le mando;
Porque ha de pagar hoy juntas
Cuantas me debe en un año.

ESCENA VII.

DICHAS Y DON JOAQUIN.

DON JOAQUIN.

Esto se llama fortuna:
Venir tan solo buscando
A un tio, y hallar reunidos
Dos soles....

CONDESA.

Y uno nublado.

DON JOAQUIN.

¡Siempre, condesa, la misma!....
¿Y cuándo ha de verse claro
Ese cielo?

CONDESA.

Si ahora empieza
El invierno.

DON JOAQUIN.

Pues alabo
La noticia; ni en Noruega
Se ve un invierno tan largo.—
Vamos, paz, condesa mia;
Paz.... Luisita, haga Vd. algo
Por su futuro sobrino....

CONDESA.

¡Como lo merece tanto!

DOÑA LUISA.

¿Pues qué ha hecho?

DON JOAQUIN.

No lo sé.

CONDESA.

En su vida ha roto un plato.

DON JOAQUIN.

De seguro.

CONDESA.

Pero yo
Le sé la vida y milagros.

DON JOAQUIN.

Mire Vd. lo que es ser bueno.
Mientras anduve rodando
Por esos mundos, haciendo
Travesuras de muchacho,
Todo me salia bien;

Y desde que he principiado
A tener juicio, me veo
Perseguido y calumniado.

CONDESA.

Si es un dolor.

DON JOAQUIN.

Ni yo mismo
Me conozco.

CONDESA.

¿Tan mudado
Está Vd.?

DON JOAQUIN.

¿Pues cabe mas?
Dias enteros los paso
En casa; si sale el tio,
Voy con él como un donado;
A las once se recoge,
Y le leo el *Carlo-Magno*
O el *Quinto Curcio* en romance
Vida del gran Alejandro....
(Le aseguro á Vd., Luisita,
Que le esperan buenos ratos.)
Si voy á alguna tertulia....

(*Tose la condesa.*)

¿Tosió Vd.?

CONDESA.

Me he resfriado.

DON JOAQUIN.

Creí....

CONDESA.

Siga Vd. el sermon;
Que van á canonizarlo.

DON JOAQUIN.

Si voy á tertulia, juego
Una malilla de á ochavo,
Por no dormirme; chancéo
Con algun amigo.... bailo
Rara vez....

CONDESA.

Y con la misma
Por diferenciar.

DON JOAQUIN.

¿Pues cuando
He bailado yo con ella?

CONDESA.

Se me olvidó el apuntarlo
En mi libro de memorias;
Pero Vd. lo habrá anotado
En su almanak....

DON JOAQUIN.

Maliciosa....

CONDESA.

Estará con cruz y mano.

DON JOAQUIN.

Paz, Condesa!

DOÑA LUISA.

Hazla por mí
Siquiera....

CONDESA.

¿Y qué adelantamos
Con hacer las paces hoy,
Si mañana?....

DON JOAQUIN.

Ni pensarlo:
Haré cuanto Vd. quisiere.

CONDESA.

¿Está Vd. apalabrado
Para muchas contradanzas
Esta noche?....

DON JOAQUIN.

No me hallo
Con ánimo de bailar....

CONDESA.

Ya, pero en llegando un caso
De honor, ¿quién se niega á él?
Y mas estando tan guapo
Con el uniforme nuevo,
Sirviendo y agasajando
A las damas....

DON JOAQUIN.

Si no fuera
Por mi tio....

CONDESA.

Pues es claro:
Lo que haga Vd. en la fiesta,
Al tio se lo achacamos.

DON JOAQUIN.

Mas ¿qué exige Vd.?

CONDESA.

¿Yo?.... nada;
Antes dejo á Vd. mas franco
Esta noche que ninguna;

Retoze Vd. á su salvo,
Mientras estoy yo en el duelo.

DON JOAQUIN.

Le juro á Vd....

CONDESA.

Que es pecado
Jurar....

DON JOAQUIN.

Pues le ofrezco á Vd....

CONDESA.

Como caballero honrado....

DON JOAQUIN.

Que si bailo con ninguna,
Si algun obsequio les hago,
Si ni siquiera las miro....

CONDESA.

Mucho ofrece Vd.: cuidado!

DON JOAQUIN.

El que está pronto á cumplir....

CONDESA.

Se va al prometer despacio.

DON JOAQUIN.

Vd. lo verá....

CONDESA.

Yo no;
Si estaré entonces llorando.

DON JOAQUIN.

Pues Luisita....

CONDESA.

¿Y á una novia
Le deja Vd. ese encargo?

DON JOAQUIN.

Alguien habrá....

CONDESA.

Puede ser;
Nunca falta en tales casos
Un alma caritativa.

DON JOAQUIN.

No lo temo.

CONDESA.

¿Qué apostamos
A que hay luego algun desliz?

DON JOAQUIN.

Lo que Vd. quiera.... Y si gano,
¿Qué hará Vd. por mí?

CONDESA.

¡Tambien
Es Vd. interesado!

DON JOAQUIN.

Es que va en ello mi dicha;
Y no vivo ni descanso
Hasta saber que algun dia
Seré dueño de esa mano....

(*Va á cogérsela.*)

CONDESA.

¿Ha perdido Vd. el juicio?....
¡Hoy es el cabo de año,
Y me habla ya de casorio!

DON JOAQUIN.

Pues déme Vd. algun plazo....
¿Mañana?....

CONDESA.

Mejor es hoy:
¿Para qué plazo tan largo?

DON JOAQUIN.

Oígame Vd....

CONDESA.

No hay lugar;
Que me está el duelo esperando.

(*Vase corriendo.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUISA, DON JOAQUIN.

DON JOAQUIN.

¿Ha visto Vd. qué mujer?....
No es posible que tengamos
Ni un solo dia de paz.

DOÑA LUISA.

Es su genio; mas en cambio
Es tan graciosa y tan linda!

DON JOAQUIN.

Por eso la quiero tanto....

MARQUESA (*desde adentro*).

Luisa!....

DOÑA LUISA.

Ya voy....

DON JOAQUIN.

Esta es otra:
No hemos de poder un rato
Hablar, sin que estos señores....

MARQUESA (*mas recio*).

Luisa!!!

DON JOAQUIN.

Aprieta....

DOÑA LUISA.

Voy volando....

DON JOAQUIN.

Entre viejos y muchachas,
Con duelo y boda entre manos,
Si de esta escapo con juicio,
No será poco milagro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA JUANA.

Dos criados que están adornando el salon.

DOÑA JUANA (*al salir*).

¿Cuándo han de acabar ustedes?....
Si una se duerme en las pajas,
Dejarán llegar la noche
Sin estar lista la sala. —
¿Qué gruñes tú?.... Y tú, Domingo,
Vé á ponerte la casaca
De librea... la mas nueva,
Que está solo apolillada.
¿No vas?... Quien quiera Gallegos,
En las costillas le caigan!

ESCENA II.

DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA (*mirándose á un espejo*).

Válgame Dios, cómo estoy!....
Tan sucia y desaliñada,
Que da grima... con el polvo
Tengo la cabeza blanca
Como la nieve, y los ojos
No se me ven en la cara.
Mas así que me componga,
Pareceré una muchacha,
Tan fresca y tan rozagante:
Mi polonesa listada,
Mi guardapié de soplillo,
Mi collar y mi bufanda....

ESCENA III.

DOÑA JUANA, DON CARLOS.

(*Entra este con recato, en traje de camino; se acerca á doña Juana y la coge del brazo.*)

DOÑA JUANA (*con sobresalto*).

Animas benditas!....

DON CARLOS.

Chito!
Que me pierde Vd.

DOÑA JUANA.

No es mala
La manera de llegar....

DON CARLOS.

Perdone Vd., doña Juana:
Si estuviérais como yo....

DOÑA JUANA.

Cierto que estoy para gracias:
Con el susto que he llevado
Tiemblo como una azogada....

DON CARLOS.

Siquiera escúcheme Vd.;

Y luego en seguida haga
Lo que quiera....

DOÑA JUANA.

Lo que quiero
Es que me den calaguala,
Para ver si vuelvo en mí....

DON CARLOS.

Señora, si eso no es nada....

DOÑA JUANA.

Para Vd. no, de seguro;
Por otra burla pesada
Malparí, no ha treinta años....

DON CARLOS.

Oiga Vd. una palabra
Por su vida....

DOÑA JUANA.

Bien : ¿qué hay?

DON CARLOS.

Yo me hallaba en Salamanca....

DOÑA JUANA.

Al grano.

DON CARLOS.

Y luego que supe
Que esta noche....

DOÑA JUANA.

Y buena falta
Hará el señor bachiller
En el duelo de su hermana!

DON CARLOS.

¿Qué me importa á mí su duelo?

DOÑA JUANA.

Al fin es cuñado, y basta.

DON CARLOS.

Supe que toman los dichos
A Luisita, que la casan....

DOÑA JUANA.

¿Y viene Vd. á la boda?....
Pues es linda la humorada!

DON CARLOS.

¡Qué boda!.... Por Dios siquiera
Oígame Vd....

DOÑA JUANA.

Si no acaba....

DON CARLOS.

Yo la amo mas que á mi vida....

DOÑA JUANA.

Pero ¿á quién?....

DON CARLOS (*con vehemencia*).

Ella me ama....
O lo decia, á lo menos....
Mil veces me dió palabra
De ser mia; lo juró;
Y yo en esa confianza
Era el hombre mas feliz,
Cuando recibo su carta....

DOÑA JUANA.

¿De quién?

DON CARLOS.

De ella misma.

DOÑA JUANA.

Dale!
Si no sé de quien se habla....

DON CARLOS.

¡Ahora salimos con eso!

DOÑA JUANA.

¿Pues qué quiere Vd. que haga,
Si ensarta á un tiempo mil cosas,
Sin estar una enterada?

DON CARLOS.

Pues bien : yo adoro á Luisita.

DOÑA JUANA.

Santa Brígida me valga!

DON CARLOS.

La adoro; y privarme de ella
Es como arrancarme el alma.

DOÑA JUANA.

Si mi niña lo supiera!
Ella que es tan recatada....

DON CARLOS.

Si nos queremos los dos....

DOÑA JUANA.

¡Querer á Vd. la muchacha!

DON CARLOS.

Ella, ella misma, Señora....

DOÑA JUANA.

Sí, que á mí me la pegara!....

DON CARLOS (*con impaciencia*).

Pues se la ha pegado á Vd.:
Me hablaba por la ventana;
Nos veíamos en misa,
En el paseo, en su casa;

Me daba citas por señas;
Me escribia á Salamanca;
Me ha enviado su cabello;
Aquí tiene Vd. sus cartas,
Sus prendas.... que hasta este dia
Tuve en mi pecho guardadas....
(*Se las muestra.*)

DOÑA JUANA (*santiguándose*).

Jesus!.... Jesus!.... Dicen bien:
Que ya nacen enseñadas;
Y una muñeca de quince
Da á una vieja cruz y raya.
Mire Vd. la hipocritilla!....

DON CARLOS.

No perdamos en palabras
Estos momentos preciosos....

DOÑA JUANA.

¿Pues qué quiere Vd.?

DON CARLOS.

Hablarla.

DOÑA JUANA.

A Luisita.

DON CARLOS.

Un solo instante....

DOÑA JUANA.

¿Qué, ya quiere enamorarla?....

DON CARLOS.

No es eso....

DOÑA JUANA.

Temprano empiezan
A hacerle á don Juan la barba!

DON CARLOS.

No es eso, por Dios: quisiera
Que Vd. aquí la llamara....

DOÑA JUANA.

¡Yo!!!

DON CARLOS.

Sin que nadie lo sepa...

DOÑA JUANA.

Pues eso no mas faltaba;
Meterme en la órden tercera,
Y salir luego emplumada!

DON CARLOS.

Si no se trata de amores
Ni de cosa alguna mala:
Mi intencion es solo verla,
Decirle *á Dios*, y dejarla
Para siempre....

DOÑA JUANA.

¡Ah!

DON CARLOS.

Devolverle
Cabello, prendas y cartas....

DOÑA JUANA.

Siendo así..... pero cuidado!

DON CARLOS.

Le empeño á Vd. mi palabra....

DOÑA JUANA.

Como esas dan los mozuelos;
Y luego el diablo las carga.

DON CARLOS.

Vaya Vd.; yo se lo ruego!
Le juro á Vd. que, si tarda,
No sé qué será de mí....

DOÑA JUANA (*al irse*).

Pobrecillo!.... Se le saltan
Las lágrimas.... Me recuerda
A mi Pedro de mi alma.

ESCENA IV.

DON CARLOS (*paseándose con agitacion*).

La veré.... me oirá.... sabré
Que es lo que dice la ingrata;
Y si se atreve siquiera
A mirarme.... Ella esperaba
Traspasarme el corazon,
Y reir de mi desgracia
En los brazos de otro hombre....
¡De otro hombre! No; te engañas:
Mientras yo viva, ninguno
Te poseerá! — Mucho tarda....
Ella es.... ella.... oigo sus pasos,
Y hasta el aliento me falta!

ESCENA V.

DON CARLOS, DOÑA LUISA.

DOÑA LUISA (*acercándose con timidez*).

¡Eres tú, Carlos! ¿qué quieres
De esta infeliz?.... Ten siquiera

Lástima, ya que otra cosa
A tus ojos no merezca.—
¿No respondes?.... Habla al menos;
No te hagas, Carlos, violencia;
Por mucho que tú me digas,
Mas me ha dicho y con mas fuerza
Mi corazon!

DON CARLOS.

¿Me has escrito
Tú esta carta?.... Di: contesta:
¿Es tuya?....

DOÑA LUISA.

Escúchame antes....

DON CARLOS.

¿Es tuya?....

DOÑA LUISA.

Si tú supieras....

DON CARLOS.

¿Es tuya?.... Pero ya leo
En tu rostro la respuesta.—
Tú la has escrito, tú misma....
¿Por qué motivo lo niegas?
Mírame; yo estoy tranquilo:
¿No lo ves?.... No te doy quejas;
¿De qué?.... Quien fia en mujeres,
Qué otra recompensa espera!

DOÑA LUISA.

Oye al menos....

DON CARLOS.

¿Y á qué fin?....
Sin escuchar tu defensa,
Yo te disculpo.... Tu madre
Ha redoblado en mi ausencia
Ruegos, súplicas, instancias;
Tú sola, débil, expuesta
A mil duros tratamientos,
Solo has cedido á la fuerza....
¿No es verdad?....

DOÑA LUISA.

Carlos, por Dios!

DON CARLOS (*con amarga ironía*).

Si la vida te pidieran,
La hubieras dado por mí;
Mas faltar á la obediencia
De tu familia, privarla
De las ventajas que espera
De este enlace.... Di: ¿es muy rico
Ese hombre?.... ¿Porqué tiemblas?
Habla; responde.

DOÑA LUISA.

¡Dios mio!

DON CARLOS.

¿Y te cubres de vergüenza
El rostro?.... Al asesinarme,
Debiste, aleve, tenerla.

DOÑA LUISA.

(*Dejándose caer sobre la silla con una congoja.*)

No puedo mas....

DON CARLOS (*sobresaltado*).

Luisa! Luisa!
¿Qué tienes?.... Habla siquiera;
Desahoga tu corazon;
Véngate de mis ofensas....
Si te amo mas que á mi vida,
¡Cómo quieres que te pierda
Y tenga juicio!....

(*Híncase de rodillas, y le besa la mano con la mayor ternura: ella empieza á volver en sí.*)

Soy yo....
Mírame, Luisa, no temas....
¿No me conoces?.... Tú Carlos....
¡Tú Carlos!.... No, no me creas;
No nació para ser tuyo
Este infeliz —¿Porqué sueltas
La mano?.... Déjame al menos
Que contra el pecho la tenga,
Que la estreche entre las mias,
Que la bese, y la humedezca
Con mis lágrimas.... ¿No sientes,
Luisa mia, como queman?

DOÑA LUISA.

Déjame, Carlos, por Dios....

DON CARLOS.

¡Dejarte!

DOÑA LUISA (*levantándose y mirando azorada*).

Si alguien nos viera....

DON CARLOS.

¿Y qué importa?.... Ya no es tiempo
De disimulo y reserva:
¿No van á saber hoy mismo
Que nos amamos? — ¡Te alejas
De mí, y ocultas el rostro!
¿Qué es esto, Luisa, te pesa
Que te recuerde tu amor,
Tus palabras, tus promesas?....
Habla, explícate, no tardes;
Ni un instante te detengas;
Antes que sufrir tal duda,
La muerte misma quisiera! —
Mas tu silencio me basta:
No mas (*hace ademan de irse*).

DOÑA LUISA.

Oyeme....

DON CARLOS.

¿Qué intentas
Decirme?....

DOÑA LUISA.

Solo pedirte
Por Dios que no me aborrezcas....
Que no maldigas la hora
En que por la vez primera
Me viste.... que me perdones;
Si no por mí, por la pena
Que me está ahogando.... ¿No quieres
Ni que ese consuelo tenga?

(*Va á arrojarse á sus piés.*)

DON CARLOS (*suspendiéndola*).

¿Qué haces, Luisa?

DOÑA LUISA.

Díme al menos
Que me perdonas....

DON CARLOS.

Contesta
Antes....

DOÑA LUISA.

¿Qué quieres de mí?

DON CARLOS.

¿Y á qué saberlo deseas,
Si tu propio corazon
No te lo dice?....

DOÑA LUISA.

Si vieras.

DON CARLOS.

Nada tengo ya que ver:
Solo exijo una respuesta
Terminante, y ahora mismo:
Díme, Luisa, ¿estás resuelta
A ser mi esposa, ó á serlo
De otro hombre?—Si te queda
Rastro al menos de mi amor;
Si mi vida te interesa;
Si no quieres ver la ruina
De quien no tuvo en la tierra
Mas bien, mas dicha, mas gloria
Que esperar en tus promesas,
No vaciles un instante;
Resuélvete, corre, entra,
Y vé á arrojarte á los piés
De tu madre; llora, ruega,
Confiésale nuestro amor,
Díle que depende de ella
Nuestra suerte, nuestra vida;
Yo mismo....

(*Ella hace ademan de detenerle.*)

No me detengas:
No voy; ya lo sé.

DOÑA LUISA.

¡Dios mio!

DON CARLOS.

Mas oye; y siempre recuerda
Lo que ahora voy á decirte:
Son las palabras postreras,
Que oirás de mí en este mundo!
Yo te pierdo; mas no creas
Que otro hombre va á gozarse
En mi desdicha y mi afrenta....
Vé, perjura, vé á ofrecerle
Amor y constancia eterna,
Invocando al mismo Dios
Que invocó tu falsa lengua....
Aqui, en su casa, en la calle,
Donde quiera que le vea,
En el templo, en el altar,
Antes que tu esposo sea,

Le arrancaré el corazon
Y mil vidas que tuviera.

ESCENA VI.

DOÑA LUISA, DON CARLOS, DON JOAQUIN.

(*Doña Luisa corre á detener á don Carlos; y al momento de salir este, se encuentra con don Joaquin.*)

DOÑA LUISA.

Aguarda....

DON JOAQUIN.

¡Carlos, tú aquí!

DON CARLOS.

Déjame....

DON JOAQUIN.

Pero ¿qué es esto,
Luisita?

DOÑA LUISA.

¿Dónde me oculto?

DON JOAQUIN (*deteniendo á don Carlos*).

No te vas, sin que primero
Lo sepa todo.... ¿Tan poca
Confianza te merezco?....
Vuelve, Carlos, vuelve en tí....

DOÑA LUISA.

Hasta de mí misma tengo
Vergüenza.

DON JOAQUIN.

Mas ¿qué ha pasado?

DON CARLOS.

Lo sabrás.

DON JOAQUIN.

Dímelo.

DON CARLOS.

Luego....

DON JOAQUIN.

Ahora mismo....

DON CARLOS.

(*Desasiéndose de sus brazos.*)
Cuando esté
Vengado ya y satisfecho.

ESCENA VII.

DOÑA LUISA, DON JOAQUIN.

DON JOAQUIN.

Luisa!....

DOÑA LUISA.

Dejadme por Dios!

DON JOAQUIN.

No quiero ser indiscreto;
Pero aun mas que las palabras
Me dice vuestro silencio.

DOÑA LUISA.

Está bien.... cuanto querais;
Si compasion os merezco,
Dejadme por Dios, dejadme
A solas con mi tormento.

DON JOAQUIN.

Mas ¿á qué viene ese llanto?....
Si os oyen desde allá dentro,
Y se entera vuestra madre....

DOÑA LUISA.

¡Mi madre!....

DON JOAQUIN.

Templad al menos
Esa agitacion; calmaos....

DOÑA LUISA.

¿A quién en el mundo vuelvo
La cara? ¿A quién, infeliz?....

DON JOAQUIN.

A un amigo verdadero,
Que hará cuanto Vd. le diga....
(*Doña Luisa se vuelve y le estrecha las manos.*)
Hago solo lo que debo,
Y no mas. Ha muchos años
Conozco á Carlos; le quiero
Como merece; y si él
Me fiara su secreto,
Nunca llegara este caso....
Pero, al fin, aun hay remedio;
Y es necesario intentarlo....

DOÑA LUISA (*sobresaltada*).

¿Qué vais á hacer?....

DON JOAQUIN.

Lo primero

Es el hablar con mi tio...

DOÑA LUISA.

No por Dios! : ved como tiemblo
Tan solo de imaginarlo....

DON JOAQUIN.

Por algun medio indirecto....

DOÑA LUISA.

No : jamás.

DON JOAQUIN.

Tiene buen fondo;
Es honrado y caballero....

DOÑA LUISA.

Ya lo sé.... por eso mismo
Es mayor mi sentimiento.

DON JOAQUIN.

No querrá hacer infelices
A dos seres que nacieron
Uno para el otro....

DOÑA LUISA.

¡Ay!

DON JOAQUIN.

Y en cuanto sepa el afecto
Que os teneis....

DOÑA LUISA.

Nunca, jamás :
Morir mil veces prefiero.

DON JOAQUIN.

¿Y decis que amais á Carlos?

DOÑA LUISA.

¡Ojalá le amara menos!

DON JOAQUIN.

Pues entonces ¿qué quereis
Hacer?

DOÑA LUISA.

Ni sé lo que quiero;
Solo os pido por favor
Que calleis este secreto
A todos.... y á vuestro tio....

DON JOAQUIN.

Pero entonces....

DOÑA LUISA.

Yo os lo ruego....

DON JOAQUIN.

Bien : lo haré.... pero pensad
Que vuestra dicha va en ello....

DOÑA LUISA.

Lo sé....

DON JOAQUIN.

Que, si callais hoy,
Mañana ya no hay remedio....

DOÑA LUISA.

Lo sé....

DON JOAQUIN.

Y por toda la vida....

DOÑA LUISA.

Ahogaré mis sentimientos,
Como una mujer honrada.

DON JOAQUIN.

No lo dudo; mas pensemos
Si se encuentra algun arbitrio,
Antes que llegue ese extremo.
Carlos....

DOÑA LUISA (*con suma inquietud*).

¿Adónde habrá ido?
Iba de cólera ciego,
Fuera de sí; y es capaz....
Id pronto en su seguimiento;
Buscadle, y decidle....

DON JOAQUIN.

¿Qué?

DOÑA LUISA.

Que hartas desdichas padezco,
Sin que me dé mas pesares!

DON JOAQUIN.

Pero ¿le doy á lo menos
Alguna esperanza?....

DOÑA LUISA.

Id :
No tardeis; irá ya lejos....

DON JOAQUIN.

¿Y qué le digo?....

DOÑA LUISA.

Decidle....
Que hasta mi vida aborrezco!

(*Don Joaquin se vá por la puerta del foro; y doña Luisa se echa abatida en una silla.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LUISA.

Pobre Luisa, ¿ qué será
De tí?.... Mientras mas lo pienso,
Mas dolor siento en mi alma....
Amo á Carlos, y le pierdo;
Amo á mi madre, y la engaño;
Me quiere un hombre, le aprecio;
Y tambien voy á mentirle....
Voy á decirle que es dueño
De un corazon.... que no es mio,
Y que está por otro ardiendo!

ESCENA IX.

DOÑA LUISA, LA CONDESA.

(*Esta última abre con sigilo la puerta de cristales, y corre despues atolondrada.*)

CONDESA.

¿ Estás sola?

DOÑA LUISA (*levantándose sobresaltada.*)

¿Quién?....

CONDESA.

Soy yo....
Mira, Luisa, qué adefesio!....

(*Enseña un tocado de gasa, que trae en la mano.*)

Yo misma me he horrorizado,
Al ponérmelo al espejo (*lo tira*)....

DOÑA LUISA.

¿ Qué haces, mujer?....

CONDESA.

¿ Pues qué quieres?
¿Que vaya á espantar al duelo?....
Hurté el bulto á mi cuñada,
Que está mas negra que un cuervo,
Sin que pegue el albayalde
En aquel áspero cuero....
Y me he entrado por la puerta
Falsa, por verte un momento....
¿No me lo agradeces, Luisa?...

(*Acercándose á ella.*)

Pero ¿qué tienes?....

DOÑA LUISA.

No tengo
Nada....

CONDESA.

No es verdad.... si estás
Toda temblando.... y advierto
Que hasta te falta la voz....

DOÑA LUISA.

No es nada....

CONDESA.

Dímelo presto....
Así, en mis brazos, así....
Bien puedes abrir tu pecho
Conmigo.... ¿qué tienes?.... habla....

DOÑA LUISA.

¿A qué?

CONDESA.

Sentirás consuelo,
Comunicando tu pena;
Que, aunque soy loca, no tengo
Mal corazon; tú lo sabes....

DOÑA LUISA.

Tu hermano....

CONDESA.

Sigue.... Ya entiendo;
¿Ha venido?....

DOÑA LUISA.

Sí.... ha venido....
Me ha llenado de improperios,
Me ha insultado.... Sabe Dios,
Leonor, que no lo merezco!

CONDESA.

No te aflijas, hija mia....

DOÑA LUISA.

Él va á hacer un desacierto,
Segun salió....

CONDESA.

No lo temas....

DOÑA LUISA.

Los ojos echando fuego,
Mas pálido que la muerte....
Y si halla á don Juan, me temo
Que suceda una desgracia....

CONDESA.

No tengas ese recelo;
Él no dará ningun paso

Sin ir á verme primero....

DOÑA LUISA.

¿Y si no va?.... No le has visto
Como yo.... si daba miedo!

CONDESA.

Sosiégate, y no te apures:
Ese primer movimiento
Es natural; pero al fin
Escuchará mis consejos....

DOÑA LUISA.

Pues vé, corre....

CONDESA.

Bien; ya voy....

DOÑA LUISA.

Si no está allí, manda luego
A buscarle....

CONDESA.

Así lo haré....

DOÑA LUISA.

Díle que vaya al momento,
Que le esperas, que estás mala....

CONDESA.

Bien.

DOÑA LUISA.

Y tènle allí sujeto;
A tu lado.

CONDESA.

Bien está....

DOÑA LUISA.

Si se expone al menor riesgo....
Te lo digo con mi alma:
Mira, Leonor, que me muero!....

CONDESA.

¿Y cómo te dejo así?....
Quieres que vaya; y te veo
En un estado....

DOÑA LUISA (*sollozando.*)

No.... no....

CONDESA.

Y si aquí permanecemos,
Es fácil....

DOÑA LUISA.

Tienes razon....

CONDESA.

Vé á tu cuarto, con pretexto
De vestirte.

DOÑA LUISA.

Buena estoy
Para pensar ahora en eso!....

CONDESA.

¿Y qué has de hacer, si es preciso?
(*Dándole el brazo.*)
Ven, hija mia; te dejo
Allí, y me vuelvo á mi casa....

DOÑA LUISA.

Vamos.... ni tenerme puedo....

CONDESA.

Tambien voy yo con un gusto!....
Pero no tiene remedio;
Cada cual á su papel:
Tú á tu boda, y yo á mi duelo.
(*Entran por la puerta de cristales.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Es de noche: la sala estará iluminada con arañas y cornucopias.

ESCENA I.

DON JUAN.

(*Entra con varias cartas en la mano.*)

Parezco un primer ministro,
Pero sin sueldo y sin bolsa....
Tres cartas en veinte pasos!
Y muy importantes todas.

(*Leyendo despacio una de ellas.*)

La que con viejo se casa
Derecha al cielo se va;
Porque antes de ir por allá,
El purgatorio aquí pasa.
El niño no la despierta
Con su llanto ó su gracejo;
Y á no ser la tos del viejo,
Durmiera como una muerta.
Aprende á hacer muchas cosas,
Y todas á cual mejor;
A preparar lamedor,
Dar friegas y echar ventosas.
Sin zelos que la den pena,
Descansa en su fiel esposo;
Porque nada hay tan juicioso
Como una gota serena.
Y si el cielo le depara
Hijitos de bendicion,
Le dice algun socarron:
Se os parecen en la cara!

(*Rompiendo el papel.*)

Pues no es mala desvergüenza:
¡A mí venirme con coplas!....
Algun tunante que quiso
Divertirse hoy á mi costa....

(*Abriendo otra carta.*)

Si estotro papel tambien....
Mas no son versos; es prosa....
Carlos.... ¡Ah! será el hermano
De la condesa.... Esta es otra....

(*Leyendo.*)

Señor Brigadier: no es tiempo de disimulo ni de miramientos: Vd. va á robarme mi bien; y yo estoy resuelto á traspasarle antes el corazon...

¿Está loco este muchacho?

Bien sea que muera Vd. á mis manos, ó bien que yo muera á las suyas, Luisa no será su esposa....

Luisa no será su esposa....
¿Pues de quién?... Juicio, Juan, juicio;
Que la sangre se alborota;
Y á tu edad!.... Hasta en la cara
Temo que me lo conozcan....

Nos amamos desde la niñez; no puede amar mas que á mi. á mí solo en el mundo; y si otra cosa dice, miente. Yo tengo sus palabras, sus promesas; y no las suelto sino con la vida....

Con la vida!.... Juicio, juicio;
Que nunca estará de sobra.

Yo á Vd. no le culpo; sé que es un hombre de bien, un caballero; y por eso le pido la satisfaccion què en tales casos se acostumbra. Solo culpo á su madre, que así abusa de su autoridad; la culpo á ella, que va á faltar indignamente á su fe y á sus juramentos; culpo á mi mala suerte, que me ha hecho tan infeliz!... Espero esta misma noche la respuesta, ó yo iré por ella: la hora, el sitio, las armas; antes que sufrir este tormento, prefiero mil veces la muerte. — Carlos de Guevara. —

(*Despues de una pausa, paseándose con agitacion.*)

¿Estoy despierto ó soñando?....

¿Es cierto lo que en mis propias
Manos tengo, lo que veo?....
Esta carta.... escrita toda
Con tal desórden.... las señas....
La amistad entre una y otra....
Vecinos y de una edad....
Tratándose á todas horas....
Él muy triste al despedirse....
Ella siempre cavilosa....
La madre.... mil circunstancias
Que ahora traigo á la memoria....
Pero ¿y si no fuese cierto?
¿Si alguna mano alevosa
Ha fingido?.... ¿y con qué fin?
¡Quién sabe! Suceden cosas
En el mundo.... pero no:
Sea lo que fuere, importa
Averiguarlo ahora mismo;
Pues que va en ello mi honra.

ESCENA II.

DON JUAN, EL DEMANDADERO.

(*Al dirigirse don Juan hácia una de las puertas laterales, sale el otro por la del foro, con un canastillo y dos palomas adornadas con cintas y talco.*)

DEMANDADERO.

La madre Natividad
Os envía estas palomas,
Como símbolo inocente
De tan suspiradas bodas....

DON JUAN.

Gracias....

DEMANDADERO.

Y las dos son blancas,
Pluma rizada y moñonas....

DON JUAN.

Gracias....

DEMANDADERO.

Y nunca han criado;
Que la santa religiosa
No consiente que en su celda....

DON JUAN.

(*Con impaciencia, dándole una moneda.*)
Gracias....

DEMANDADERO.

(*Poniéndolas en una mesa.*)
Aquí que no estorban.

DON JUAN.

En cualquier parte....

DEMANDADERO (*al irse.*)

Qué genio!
Lástima tengo á la novia.

(*Al irse, tropieza con los músicos, y echa á rodar un violin.*)

Haya brutos!....

MUSICO PRIMERO.

¿Y no ve?....

ESCENA III.

DON JUAN, MUSICOS.

MUSICO PRIMERO.

Ya que se nos proporciona
El felicitar á usía,
Y en obsequio de la esposa....

(*Empiezan á tocar una música alegre y ruidosa.*)

DON JUAN.

Adentro.

MUSICO PRIMERO.

Es obligacion....
Solo falta la viola,
Porque está el pobre de parto....

DON JUAN.

Adentro....

MUSICO PRIMERO.

Si se incomoda
Usía....

DON JUAN.

No me incomodo....

MUSICO PRIMERO (*á los otros*).

Pues, *da capo*....

DON JUAN.

Dale, bola!
¿No he dicho ya que se vayan?....

MUSICO PRIMERO (*al irse*).
No entiende un punto de solfa.

(*Se van por una puerta lateral, y al mismo tiempo salen los criados.*)

ESCENA IV.

LACAYO PRIMERO.
Señuritu, aquí venimus....

DON JUAN (*dándoles unas monedas*).
Bien; os lo agradezco; toma....

LACAYO SEGUNDO.
Yo soy primeru....

TODOS.
Yo!.... yo!

DON JUAN.
Solo falta esta camorra....
Id á reñir á la cuadra....

LACAYO PRIMERO.
Yo no lo sueltu.... y me ahoga....

DON JUAN.
Pronto.... ¿No os vais?

LACAYO SEGUNDO.
Ya nos vamus....

LACAYO PRIMERO.
Dios le dé á usía la gloria.—(*Al entrar.*)
Me has desechu las narices;
Pero he ganadu... y no importa.

ESCENA V.

DON JUAN Y DOÑA JUANA.

(*Sale doña Juana muy compuesta.*)

DOÑA JUANA.
¿Qué infierno es este?....

DON JUAN.
Que el diablo
Anda suelto: ¿y la señora?

DOÑA JUANA.
En la otra sala... la niña
Es la que está tan hermosa....

DON JUAN.
Pues dígale Vd. que salga...

DOÑA JUANA.
¿A la niña?

DON JUAN.
No; á la otra....

DOÑA JUANA.
No es pasion, Señor don Juan;
Pero parece una rosa...

DON JUAN.
Bien está....

DOÑA JUANA.
Tan inocente....
Se lleva Vd. una joya!....

DON JUAN.
Bien....

DOÑA JUANA.
Como una manzanita
Está de sana y sabrosa....

DON JUAN.
¿Quiere Vd. ir con mil santos?....

DOÑA JUANA.
Ya voy.... mas quisiera ahora....

DON JUAN.
¿Qué?

DOÑA JUANA.
Echarle á Vd. una arenga,
Que he aprendido de memoria.

DON JUAN.
Despues....

DOÑA JUANA.
¿Y si se me olvida?

DON JUAN.
No tal.

DOÑA JUANA.
Señor, si es muy corta....

DON JUAN.
He dicho ya que despues....

DOÑA JUANA.
Durará un cuarto de hora....

DON JUAN.
No hay paciencia para tanto!

DOÑA JUANA.
Y si voy.... ¿porqué se enoja?
(*Aparte al entrar.*)
Ya soltó la piel de novio;
Y uñas de marido asoma.

ESCENA VI.

DON JUAN.

Juan ¿quién te ha metido á tí
En toda esta batahola?....
Una muchacha sin seso,
Una madre tonti-loca,
Este estafermo de vieja....
Y por remate y corona,
Un amante de novela
Que te disputa la novia!....

ESCENA VII.

DON JUAN, LA MARQUESA.

MARQUESA.

Yo esperaba á Vd. adentro....

DON JUAN.

Quisiera hablaros á solas....

MARQUESA.

Despues tendremos lugar....

DON JUAN.

Es que no sufre demora.

MARQUESA.

(*Suena la música.*)
¿Pues no oye Vd.?

DON JUAN.

Sí; ya oigo....

MARQUESA.

La sala está muy vistosa....

DON JUAN.

Lo creo....

MARQUESA.

Lindas muchachas,
Puestas á la última moda....

DON JUAN.

Ya....

MARQUESA.

Bailan nueve parejas....

DON JUAN.

Sí; pero ante todas cosas....

MARQUESA.

¿Y no ha de bailar Vd.?

DON JUAN.

¡Estoy para cabriolas!

MARQUESA.

¿Se siente Vd. malo?

DON JUAN.

Un poco.....

MARQUESA.

Pues no es aprension: se os nota
Algo amarillo el semblante....
Tendréis bílis....

DON JUAN.

Y de sobra.

MARQUESA.

Un poco de ipecacuana....
Bastarán un par de tomas....

DON JUAN (*entre dientes*).

De rejalgar....

MARQUESA.

¿Palma-Christi?....
Irrita, y no desahoga....

DON JUAN.

Si no me da un tabardillo!....

MARQUESA.

Pues refresco de chicorias....

DON JUAN.

¡Qué chicorias ni qué diablos!....
¿Quiere Vd. venir, Señora,
Y que hablemos un instante?

MARQUESA.

¿Y quién aquí nos lo estorba?

DON JUAN.

Tiene que ser en secreto;
Y es fácil que aquí nos oigan....

MARQUESA.

¡En secreto! ¿Es cosa mala?....
Ya tiemblo como una hoja....

DON JUAN.

Pues no tiemble Vd.; y vamos....

MARQUESA.

Es que siento una congoja....

DON JUAN.

Vamos de prisa, que vienen....

MARQUESA.

¿Qué será, Vírgen de Atocha?
Se me ha erizado el cabello,
Y se levanta la cófia.

ESCENA VIII.

DOÑA TERESA, DON JOAQUIN.

(*Ella delante, y él detrás; saldrán por el lado donde suena el baile.*)

DOÑA TERESA.
Déjeme Vd., si no quiero....
DON JOAQUIN.
Van á notarlo en la sala....
DOÑA TERESA.
Si he dicho que no, que no....
Haya tema mas pesada!
DON JOAQUIN.
¿Y qué dirán?
DOÑA TERESA.
Lo que quieran:
¿No puedo ponerme mala?
DON JOAQUIN.
Pero ¿no bailar?....
DOÑA TERESA.
¿Y acaso
He hecho yo alguna contrata?
DON JOAQUIN.
Esa es una niñería;
Y estando ya apalabrada....
DOÑA TERESA.
Miren quien da los consejos!
¿Y Vd.?....
DON JOAQUIN.
Si sabeis la causa....
DOÑA TERESA.
Disculpas....
DON JOAQUIN.
No tal....
DOÑA TERESA.
Excusas....
DON JOAQUIN.
Si tengo la pierna hinchada
Con esta maldita bota....
DOÑA TERESA.
Mentira....
DON JOAQUIN.
Si no se aparta
El zapatero, le mato....
DOÑA TERESA.
Todo ficcion y maraña....
DON JOAQUIN.
El talon en carne viva....
DOÑA TERESA.
Así tuviérais el alma!
DON JOAQUIN.
Pero ¿á qué viene esa furia?
DOÑA TERESA.
¿A qué?.... pregunta excusada.
DON JOAQUIN.
Pero hable Vd....
DON TERESA.
Su maldad
Le estoy leyendo en la cara....
DON JOAQUIN.
¿Y qué veis?
DOÑA TERESA.
Mas que quisiera....
DON JOAQUIN.
Si teneis queja, aclaradla.
DOÑA TERESA.
¿Quiere Vd. que le regalen
El oido?
DON JOAQUIN.
¡Qué bobada!
DOÑA TERESA.
¿Le han prohibido á Vd. bailar?
DON JOAQUIN.
¿Quién?
DOÑA TERESA.
Por sabido se calla....
DON JOAQUIN.
Si no os explicais, no caigo.
DOÑA TERESA.
¡Si fuera de una muralla!
DON JOAQUIN.
Os juro que ni sospecho.....
DOÑA TERESA.
¿La habeis visto esta mañana?
DON JOAQUIN.
¿A quién?
DOÑA TERESA.
¿Estaba muy linda?
Con la boca remilgada,
Echándola de chistosa,

Y sin maldita la gracia.

DON JOAQUIN.

Si no sé de quien hablais....

DOÑA TERESA.

Le sienta bien lo enlutada :
Ayer la vi, y me espantó ;
Se me figuró una graja....

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y LA CONDESA.

(*Sale esta por la puerta de cristales.*)

CONDESA (*á doña Teresa*).

Insolente !

DOÑA TERESA.

¡ Ay Dios !

CONDESA (*á don Joaquin*).

Infame !

DON JOAQUIN.

Se vino á cuestas la casa.

CONDESA.

¿ Quiere Vd. negarlo ahora?....
Y Vd., niña mal criada....

DOÑA TERESA.

Vuelva Vd. por mí....

CONDESA.

¿ Quién ? ¿ él?....
Teneis la lengua muy larga....

DOÑA TERESA.

¡ Ay, que me da.... que me da....
Por Dios un vaso de agua !....

(*Cae desmayada.*)

CONDESA.

Ya le dió la pataleta.....
Qué pronto yo la curara !....

DON JOAQUIN.

Repórtese Vd., por Dios....

CONDESA.

Vaya Vd. enhoramala....

DON JOAQUIN.

Pero óigame Vd....

CONDESA.

Jamás.

DON JOAQUIN.

Las apariencias engañan....

CONDESA.

Mas engaña un hombre vil.

DON JOAQUIN.

No grite Vd....

CONDESA.

¿Quién lo manda ?

DON JOAQUIN.

Yo os lo suplico....

CONDESA.

No quiero.

DON JOAQUIN.

Si lo oyen desde la sala....

CONDESA.

Villano, indigno, traidor!....
Quiero que sepan su infamia.

ESCENA X.

LA CONDESA, DON JOAQUIN, DOÑA TERESA, LACAYO PRIMERO.

LACAYO.

¿Quién llama ?.... ¡ Jesus mil veces !
¡ Una muerta !....

DON JOAQUIN.

Bruto, calla !

LACAYO.

¿Y si lo ve el escribanu ?

CONDESA.

Véte adentro, sino es nada....

LACAYO (*gritando*).

Se ha muertu una Señurita....
Y la condesa se escapa!!!

(*El lacayo detiene por la falda á la condesa, en el acto de querer volverse al paraje de donde salió.*)

DON JOAQUIN.

Maldita sea tu lengua !....
Este escondite me valga.

(*Va á esconderse debajo de la mesa, en que están las palomas; y al verificarlo atropelladamente, las derriba y se cae el tapete, quedando él descubierto, y como en ademan de buscar una cosa.*)

ESCENA XI.

DON JOAQUIN, DOÑA TERESA, LA CONDESA, LA MARQUESA, DON JUAN, DOÑA LUISA.

(*La marquesa y don Juan salen por una puerta lateral, y doña Luisa por la otra de enfrente, con dos ó tres amigas.*)

MARQUESA.

¿Qué ha sucedido?

DOÑA LUISA.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

¿Tambien andas tú en la danza?

DON JOAQUIN.

Estoy buscando un pomito....

MARQUESA.

Pero ¿qué ha pasado?

DON JOAQUIN.

Nada....

DOÑA LUISA.

Tú, Leonor....

CONDESA.

Ese animal
Que ha alborotado la casa....

DOÑA LUISA.

Teresa así....

(*Ya estarán á su lado y abanicándola las que han salido últimamente.*)

DON JOAQUIN.

Fué un vahido
Del calor y la algazara....
Yo acudí....

CONDESA.

Como el Señor
Tiene tan buenas entrañas!....

MARQUESA.

Ya va volviendo....

DOÑA TERESA.

¡Ay de mí!

MARQUESA.

Asomadla á una ventana....

(*La llevan sosteniéndola las señoritas que antes habian salido.*)

CONDESA (*á don Joaquin*).

¿No ayuda Vd.?...

MARQUESA (*al lacayo*).

¿Qué traes tú?

LACAYO.

Traigu una pluma quemada,
Para que huela...

MARQUESA.

Anda, bruto....

LACAYO (*al irse*).

¡Que bien hablada es el ama!

ESCENA XII.

DOÑA LUISA, LA MARQUESA, LA CONDESA, DON JUAN, DON JOAQUIN.

DON JUAN.

Pero sepamos al cabo
Que ha sucedido....

DON JOAQUIN.

En sustancia
Lo diré: (*muy de prisa*) que Teresita
Se sintió en el baile mala;
Que la vi descolorida;
Que me ofrecí á acompañarla;
Que la condesa acudió;
Que ella cayó desmayada;
Que lo vió el lacayo; y luego....

CONDESA.

No hay una sola palabra
De verdad en cuanto ha dicho....
Yo diré las cosas claras:
(*Imitándole.*)
Que el Señor es un bribon,
Que me ha tenido engañada;
Que tambien engañó á esotra;
Que quiso jugar con ambas;
Que él la enamoraba aquí;
Que ella un sayo me cortaba;
Que yo perdí la paciencia;
Y á los dos cogí en la trampa. —
He dicho.

MARQUESA.
Jesus! Jesus!....

DON JOAQUIN.
Condesa!....

CONDESA.
Pues no faltaba
Mas: servir yo de juguete
Al señor Teniente.—Basta.

MARQUESA.
Y nosotros en el limbo!

DON JUAN.
¡Qué limbo ni calabaza!

MARQUESA.
Pues tú tambien lo sabrias,
Bribona....

DOÑA LUISA.
¿Yo?

MARQUESA.
Mogigata!
Para que á tí te encubrieran....

DOÑA LUISA.
¿A mí qué?....

MARQUESA.
No ignoro nada.

DOÑA LUISA (*aparte*).
Muerta estoy....

DON JUAN.
Por Dios, señora!

MARQUESA.
Ya nos veremos las caras!

DON JUAN.
Pero ¿es esto lo ofrecido?

MARQUESA.
¿Pues qué quiere Vd. que haga?

DON JUAN.
Callar, y dejarme á mí....

MARQUESA.
Callaré como una estatua.

DON JUAN.
En esa silla....

MARQUESA (*sentándose*).
¿Tambien?

DON JUAN.
Esto pronto se despacha.—
Condesita, por mi parte
Debo darle á Vd. las gracias....

CONDESA.
¿Y de qué?...

DON JUAN.
Voy á decirlo:
Vd. estuvo casada
Con un señor ya de edad....

CONDESA.
Cierto.....

MARQUESA (*queriendo levantarse*).
Es que aquel le llevaba....

DON JUAN.
¿Quiere Vd. callar?

MARQUESA.
Ya callo.

DON JUAN.
En aquella temporada
¿Fueron ustedes felices?....
¿No responde Vd.?.... Me basta.—
Murió hace un año....

CONDESA.
Así es.

MARQUESA.
Hoy mismo se celebraban....

DON JUAN.
Lo sé: y por esa razon,
Al ver aquí lo que pasa,
Digo para mi capote:
Juan, cuando vieres pelada
La barba de tu vecino....

MARQUESA.
¿Qué dice Vd.?

DON JUAN.
Chito; y calma.

MARQUESA.
Pero ¿qué va Vd. á hacer?....

DON JUAN.
Una cosa lisa y llana:
Impedir que tres seamos
Infelices por mi causa.

MARQUESA.
Explíquese Vd....

DON JUAN.
Ya voy.

MARQUESA.
Mire Vd. que estoy en ascuas...:

DON JUAN.

Luisita, Vd. no me quiere....

MARQUESA.

¿Quién os mete esas patrañas?....
Habla tú....

DOÑA LUISA (*acercándose á la condesa.*)

Leonor!....

CONDESA.

No temas.

DON JUAN.

Déjela Vd....

MARQUESA.

Pero habla....

DON JUAN.

No la ostigueis á que mienta :
Está de otro enamorada ;
Él la quiere ; y yo lo sé. —
¿Quereis que infeliz me haga
Por mi gusto, y que la vea
Siempre triste y desgraciada?....
Dios me libre!.... Mejor quiero
Un asistente con barbas.

(*Saca el contrato del bolsillo ; le prende fuego en una bujía y lo arroja ardiendo.*

MARQUESA.

¿Qué haceis?

DON JUAN.

Un auto de fe....
Y enciendo las luminarias. —
(*A doña Luisa, acercándose á ella.*)
Esta es ya mano de amigo,
Y no de esposo : tomadla....

ESCENA XIII.

DICHOS Y DON CARLOS.

(*Este entra precipitadamente por la puerta del foro.*)

DON CARLOS.

Eso no ; mientras yo viva !

DON JUAN.

Pues esto no mas faltaba....

CONDESA.

Carlos!....

DOÑA LUISA.

¡Ay de mí!....

MARQUESA.

¿Qué es esto?
¿Quién atropella mi casa?....

DON CARLOS.

Señora.... yo adoro á Luisa....
Ella me ha dado palabra....
Y vengo á que me la cumpla.

MARQUESA.

¿Qué es esto que por mí pasa?

DON CARLOS.

Luisa ó la muerte.

MARQUESA.

Habla tú....

DOÑA LUISA (*yendo á arrodillarse á sus piés.*)

Perdon, madre de mi alma!....

MARQUESA.

Quita, pícara, ó sino!....

DON CARLOS (*en ademan de querer sacarla de allí*).

Ven, Luisa....

DON JOAQUIN (*conteniéndole*).

Carlos!

CONDESA (*idem*).

Aparta....

MARQUESA.

¿No mando yo ya en mi hija?....
(*A don Juan.*)
¿Y Vd. tolera esta infamia?....

DON JUAN.

Por Dios, juicio....

MARQUESA.

Bribonzuela!....

DON JUAN.

Si en esta ocasion nos falta,
Puede ser que hagamos una
Que á todos nos cueste cara. —
La verdad, Luisa : ¿quereis
A don Carlos?

CONDESA.

Sí, le ama....

DON JUAN.

Que lo diga con su boca....

DOÑA LUISA (*con rubor y timidez*).

Sí, Señor....

DON JUAN.

¿Y por qué causa
No me lo dijísteis antes?....
Así todo se evitaba.

DOÑA LUISA.

Me daba tanta vergüenza!....
Y luego se disgustaba
Mi madre....

MARQUESA.

Y tú, picarona.....

DON JUAN.

¿Volvemos á las andadas?....
(*A don Carlos.*)
Vd. aspira á su mano....
El ganarla con la espada
No fuera cosa tan fácil
Como Vd. imaginaba,
Seor bachiller; pero yo
A sus fieros y amenazas
Contesto cual debe un hombre
Que peina hace tiempo canas....

DON CARLOS.

Yo.... si....

DON JUAN.

No intento sacaros
Los colores á la cara;
Solo sí daros ejemplo
De cómo toman venganza
Los que caballeros nacen.—
Marquesa mia, una gracia
Voy á pediros.

MARQUESA.

¿Cuál es?

DON JUAN.

Vuestra licencia; y se casan.

MARQUESA.

¿Quién?

DON JUAN.

¿Quién ha de ser? Los dos:
Un jóven y una muchacha.—

DOÑA LUISA (*querienda echarse á sus piés*).

Señor don Juan!....

DON JUAN (*impidiéndolo*).

¿Qué hace Vd.?....

DOÑA LUISA.

Estoy tan avergonzada!....

DON JUAN.

¿De qué, hija mia?

DOÑA LUISA.

Ven, Carlos,
Ven tú tambien....

DON JUAN.

¡Qué niñada!
Id, que la mamá os espera:
Una lágrima, y se ablanda.
(*Los dos se acercan con timidez.*)

DOÑA LUISA.

Madre!....

DON CARLOS.

Señora!....

MARQUESA.

Dejadme....
Me teneis muy irritada....

DON JUAN.

¿Y ya qué remedio tiene?
Bendicion, y santas pascuas.

CONDESA.

Si vale un empeño....

MARQUESA.

Y buen
Empeño se atravesaba!....

CONDESA.

Si es por intereses, Carlos
Tiene una hacienda mediana;
Y yo le doy un cortijo,
El mejor....

DOÑA LUISA.

Leonor!....

DON CARLOS.

Hermana!....
¿Cómo podré yo pagarte?....

CONDESA.

A mí nada me hace falta;
Y á tí sí.... no tengo hijos,
Ni vocacion de casada....

DON JOAQUIN (*haciéndole señas.*)
Condesita....

CONDESA.
Mande Vd.,
Caballero....

DON JOAQUIN.
¿Así se falta
A lo ofrecido?....

CONDESA.
He hecho voto
De morir como una santa :
Santa Mónica bendita....

DON JOAQUIN.
¿De veras?

CONDESA.
No, sino en chanza :
¡Yo mi Señora Tinienta!....
Pues fuera una mentecata :
¿Jóven y rica y viuda?....
Capitana generala.

DON JUAN.
Ya lo oyes, sobrino : tienes
Que tocar á retirada....

CONDESA.
Con los honores de guerra :
Bandera, equipaje y armas.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA JUANA.

(*Que sale por la puerta del baile.*)

DOÑA JUANA.
Ya está corriente el refresco....

DON JUAN.
Pues no es mala la embajada!

DOÑA JUANA.
Don Juan y su esposa juntos,
Al testero de la sala....

MARQUESA.
Véte adentro; que ya vamos....

DOÑA JUANA.
Es que el escribano aguarda....

MARQUESA.
Si vamos....

DOÑA JUANA.
Y los testigos....

DON JUAN (*aparte*).
Haya vieja mas pesada!....
Ya vamos.

DOÑA JUANA (*acercándose en secreto*).
Si Vd. quisiera
Cumplirme aquella palabra....

DON JUAN (*con impaciencia*).
¿Qué palabra?

DOÑA JUANA.
La harenguita....
Al momento despachaba.

DON JUAN.
Ya esto es por demás! — Marquesa
Por cuantos santos se hallan
En la corte celestial....

MARQUESA.
Aun no estoy determinada....

DON JUAN.
Pues acabe Vd.

DON CARLOS.
Señora!....

DOÑA LUISA.
Madre mia!

MARQUESA (*van á echarse á sus piés : ella los levanta y se abrazan*).
Dios os haga
Unos santos!....

DOÑA LUISA.
Carlos!....

DON CARLOS.
Luisa!

DOÑA JUANA.
Yo estoy soñando ó borracha....
(*A don Juan*).
Si quisiérais explicarme....

DON JUAN.
¿Pues no lo veis?.... que se abrazan.

DOÑA JUANA.
Pero ¿delante de Vd.?....

DON JUAN.
Ha llegado ahora de Francia
Esa moda....

DOÑA JUANA.
Ni el demonio
Tales modas inventara!

DOÑA LUISA (*acercándose á él con muestras de gratitud*).

¡Cuánto os debemos, don Juan!

DON CARLOS.

Y yo tan loco!....

DON JUAN.

¿Quién habla
Ya de eso?

DON CARLOS.

Ni con la vida
Accion tan noble pagara....

DON JUAN.

¿Y qué mérito hay en ella?
Yo que he escapado de tantas,
Con mis sesenta del pico
Iba á hacer una bobada....
Abrí con tiempo los ojos;
Y doy á Dios muchas gracias....
¿Y los que los abren tarde?....
Ellos sabrán lo que pasa.

FIN DE LA COMEDIA.

EL ESPAÑOL EN VENECIA,

ó

LA CABEZA ENCANTADA.

COMEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

EL ESPAÑOL EN VENECIA,

ó

LA CABEZA ENCANTADA.

COMEDIA ORIGINAL.

PERSONAS.

DON LUIS DE GUEVARA.
DOÑA INÉS DE ROJAS.
MATILDE, } hermanas.
ELEONORA, } hermanas.
ANGELO STROZZI, noble veneciano.
LAURA, doncella de casa de MATILDE.
BEATRIZ, criada de DOÑA IÑÉS.
SALPICON, criado de DON LUIS.
UN JUEZ.
Ministros de justicia, Criados, Marineros, Gente del pueblo.

La escena es en Venecia.

El teatro representa la plaza de San Marcos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON LUIS, SALPICON. *En el fondo máscaras y marineros.*

SALPICON.

Siquiera por compasion,
Explícame esta locura:
¿No fias en la cordura
De tu siervo Salpicon?
Por tí me ausenté de España;
Por tí mi patria dejé;
Corrí tierras, navegué,
Vi tanta nacion extraña;
Engañé padres, maridos,
Abuelas, madres y tias;
Hice mil bellaquerías;
Saqué los huesos molidos....

DON LUIS.

Tal vez aun te sabe á poco....

SALPICON.

No, señor, á buen seguro.

DON LUIS.

Y si no callas, te juro
Que vas á ver si estoy loco.

SALPICON.

Pues callaré....

DON LUIS.

Bien harás.

SALPICON.

Si una cosa me decis....

DON LUIS.

¿Cuál?

SALPICON.

Y si no me reñis....

DON LUIS.

¿Una sola?

SALPICON.

Una y no mas:
¿Porqué á Nápoles dejamos?
¿Porqué hasta Roma corrimos?
¿Porqué á Venecia vinimos?
¿Qué hacemos y qué buscamos?

DON LUIS.

Basta.

SALPICON.

¿No amabas á Inés?

DON LUIS.

Chito.

SALPICON.

¿No te amaba á tí?

DON LUIS.

¿Callarás?

SALPICON.

¿Y no te vi
Tierno y rendido á sus piés?

DON LUIS.

¿Dejaste bien encargado
Que la carta reservasen,
Y que no se la entregasen
Hasta habernos ausentado?

SALPICON.

Sí, señor.

DON LUIS.

¿Y á la criada
Nada le dijístes?

SALPICON.

No.

DON LUIS.

¿De veras?

SALPICON.

¡Pues miento yo!
Ya quedó bien enterada. (*Aparte.*)

DON LUIS.

¡Ay Salpicon!

SALPICON.

¿Fué suspiro?

DON LUIS.

Contra amor solo un remedio.

SALPICON.

¿Y cuál?

DON LUIS.

Poner tierra en medio
Para escapar de su tiro.

SALPICON.

¿Y de cuándo acá, señor,
Con miedo un fiero adalid,
Con mas renombre que el Cid
En las empresas de amor?
¿No os vi como un pedernal
En Córdoba y en Sevilla;
Hecho un Neron en Castilla,
Y un don Pedro en Portugal?
Tal degüello de inocentes,
No armó Herodes en Judea;
Ni la linda ni la fea
Se escaparon de tus dientes:
Una por lánguida y sosa,
Otra por viva y gentil,
La discreta por sutil,
Y la necia por hermosa.
La fresca por lo lozano,
La pálida por lo tierno,
La gorda para el invierno,
La flaca para el verano....
¡Y ahora una aleve mozuela,
Hija del Guadalquivir,
Te hace temblar y gemir
Como un niño de la escuela!

DON LUIS.

No es miedo, sino prudencia.

SALPICON.

Lo mismo me pasa á mí;
Y por eso siempre huí

En oliendo una pendencia.

DON LUIS.

No la veré, no la oiré,
(*Paseándose por el teatro.*)
No la nombraré en mi vida;
Y en hallando otra querida,
En breve la olvidaré.
¿No es verdad?

SALPICON.

Yo el medio alabo,
Aunque es tan poco galan,
Porque al fin dice el refran
Que un clavo saca otro clavo....
Y aun me parce, á fe mia,
Que, para empezar ahora,
No es mala esta pecadora
Que viene como una chia.

DON LUIS.

¡Qué buen talle! Dices bien:
Si es la cara tan pulida....

SALPICON.

A Dios, Inés de mi vida;
Requiescat in pace, amen.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA MATILDE Y LAURA, *ambas con domino y enmascaradas.*

SALPICON.

Si la linda veneciana,
Fantasma de tafetan,
Quiere á este hermoso galan....
Dice que no tiene gana.

DON LUIS.

Quita, aparta, majadero.
Disculpad su avilantez;
Yo le enseñaré otra vez
A no mostrarse grosero.
Solo al veros se adivina
Que sois hermosa y discreta....

MATILDE.

¿Sois por ventura poeta?

DON LUIS.

En querer con pasion fina.

MATILDE.

¿Y en lo lisonjero no?

DON LUIS.

No aprendí á lisonjear.

MATILDE.

¿Pues qué sabeis?

DON LUIS.

Solo amar.

MATILDE.

¿Y quién os abona?

DON LUIS.

Yo.

MATILDE.

¿De qué tierra sois?

DON LUIS.

De España.

MATILDE.

¿Nacido?

DON LUIS.

En Andalucía.

MATILDE.

¡Y él á sí propio se fia!

DON LUIS.

¿Os reis?

MATILDE.

Tengo esa maña.
(*Don Luis y doña Matilde hacen ademan de hablar en tono bajo.*)

SALPICON.

Parece que ya este pez
Ha picado en el anzuelo:
Voy á probar, como suelo,
Si meto baza á mi vez.
(*Mirando de hito en hito á Laura.*)
Esta será la doncella....
A lo menos, de labor:
Animo pues y valor,
A ver por donde resuella.
¡Niña!....

LAURA.

Lo fuí.

SALPICON.

¿Y hace mucho?

LAURA.

Ha cuarenta carnavales.

SALPICON.

¿Cuarenta no mas?

LAURA.

Cabales.

SALPICON.

Vaya un extraño avechucho! (*Aparte.*)
¿Eres linda?

LAURA.

Como tú.

SALPICON.

¿Afable?

LAURA.

Como un casero.

SALPICON.

¿Limpia?

LAURA.

Como un cocinero.

SALPICON.

¿Buena?

LAURA.

Como Belzebú.

SALPICON.

Pues ya encontré matrimonio.

LAURA.

¿Estás acaso endiablado?

SALPICON.

No, pero tengo jurado
Casarme con un demonio.

(*Hablan los dos en secreto.*)

DON LUIS.

¿Y no es posible, señora,
Veros sin ese disfraz?

MATILDE.

Antes dejadme ir en paz....

DON LUIS.

¿Pues os vais tan presto?

MATILDE.

Ahora.

DON LUIS.

¿Adónde vais?

MATILDE.

Lo olvidé.

DON LUIS.

¿Vuestro nombre?

MATILDE.

Es nombre feo.

DON LUIS.

Siendo vuestro no lo creo.

MATILDE.

¿Por qué causa?

DON LUIS.

Yo la sé.

MATILDE.

A Dios.

DON LUIS.

No os vais. (*Queriendo detenerla.*)

MATILDE.

¿Qué quereis?

DON LUIS.

Que os llevais mi corazon.

MATILDE.

La semana de pasion
Aquí mismo lo hallaréis. (*Desaparece.*)

ESCENA III.

DON LUIS, SALPICON, DOÑA INÉS *con dominó y careta;* BEATRIZ *en traje de escudero, y tambien enmascarada.*

DON LUIS.

Sígueme....

SALPICON.

Ya voy....

DOÑA INÉS.

¡Detente!

DON LUIS.

Dejadme....

DOÑA INÉS

No te has de ir.

DON LUIS.

¿Y quién lo puede impedir? (*Con enojo.*)

DOÑA INÉS.

¿Va ya á echarla de valiente?....
Guarde el bravo caballero
Para los hombres la espada;
Con una dama tapada
¿De qué le sirve el acero?

DON LUIS.

¿Quién eres?

DOÑA INÉS.

Una mujer.

DON LUIS.

¿Me conoces á mí?

DOÑA INÉS.

Sí.

DON LUIS.

Al menos mi nombre di.

DOÑA INÉS.

Por ahora no puede ser.

DON LUIS.

¿Volveré á verte?

DOÑA INÉS.

Seguro.

DON LUIS.

¿Cuándo?

DOÑA INÉS.

Cuando tú no quieras.

DON LUIS.

¿Hablas de veras?

DOÑA INÉS.

De veras.

DON LUIS.

Júralo.

DOÑA INÉS.

Yo te lo juro.

DON LUIS.

¿Porqué te tiembla la mano?

DOÑA INÉS.

Será de miedo.

DON LUIS.

¿Y de quién?

DOÑA INÉS.

De quien no me quiere bien.

DON LUIS.

¿Y quién es ese villano?

DOÑA INÉS.

Es un caballero
Discreto y gentil,
Mas frio que enero,
Mas vario que abril:
Los labios de rosa,
Las voces de miel,
El alma alevosa,
Y el pecho cruel....

DON LUIS.

¿Pues quién te ha dicho que yo?....

DOÑA INÉS.

No hablé con vos....

DON LUIS.

Yo creí....

DOÑA INÉS.

Esta letra la aprendí
Para el vil que me engañó.
Soltadme.

DON LUIS.

¿Y adónde vas?

DOÑA INÉS.

Donde me arrastra mi estrella.

DON LUIS.

¿Es mala, siendo tú bella?

DOÑA INÉS.

No fué propicia jamás.

DON LUIS.

¿Suspiraste?

DOÑA INÉS.

Es ilusion.

DON LUIS.

Hay recuerdos que hacen mal.

DOÑA INÉS.

En dias de carnaval,
Da treguas el corazon.

DON LUIS.

Cuando el amor lo esclaviza,
No cesa el afan tan luego....

DOÑA INÉS.

Por eso trocais su fuego
En miércoles de ceniza.

DON LUIS.

¡Qué donosa!

DOÑA INÉS.

Si soy fea.

DON LUIS.

Presumo que no lo eres.

DOÑA INÉS.

Decídselo á mil mujeres,
Que alguna habrá que lo crea.

DON LUIS.

¿Y tú no?

DOÑA INÉS.

Soy adivina.

DON LUIS.

¿Eres ángel?

DOÑA INÉS.
Soy gitana.
DON LUIS.
¿Muy fina?
DOÑA INÉS.
Como la grana.
DON LUIS.
¿Morena?
DOÑA INÉS.
Como la endrina.
DON LUIS.
No vi nunca gracia tal.
DOÑA INÉS.
¿Nunca?
DON LUIS.
Jamás.
DOÑA INÉS.
¡Cosa extraña!
¿De qué tierra sois?
DON LUIS.
De España.
DOÑA INÉS.
¿Tan rara es allí la sal?
DON LUIS.
Díme la buena ventura.
DOÑA INÉS.
Dadme la mano.:..
DON LUIS.
Y el alma.
DOÑA INÉS.
Quiero ver solo la palma.
DON LUIS.
Y yo adorar tu hermosura.

(*Doña Inés tiene cogida la mano en ademan de decirle la buena ventura.*)

SALPICON.
¿Qué me quiere el señor Grajo?
BEATRIZ.
¿Hasta el mirarme te asombra?
SALPICON.
Me sigues como á mi sombra.
BEATRIZ.
Si soy sombra de espantajo.
SALPICON.
Gracias. ¿Quién eres?
BEATRIZ.
Un hombre.
SALPICON.
¿Mozo, casado ó viudo?
¿No responde?
BEATRIZ.
Si lo dudo.
SALPICON.
Pues díme al menos tu nombre.
BEATRIZ.
Es un nombre dc cocina.
SALPICON.
Así huele á bodegon:
¿Albóndiga?
BEATRIZ.
Salpicon.
SALPICON.
Válgame santa Rufina!
DOÑA INÉS.
Jesus mil veces!
DON LUIS.
¿Qué ves?
DOÑA INÉS.
Cada raya es un engaño:
¡Mil mujeres en un año!
Por dia salen á tres.
DON LUIS.
No soy mudable ni vario.
DOÑA INÉS.
¡Pues aun quereis mas amores!
¿Es concurso de acreedores,
O revista ó calendario?
(*Señalándole en la palma de la mano.*)
Antonias, Petras, Lucías,
Manuelas, Josefas, Anas,
A centenares las Juanas,
Y á millares las Marías.
DON LUIS.
Y aun no he encontrado ninguna,
Que me quiera cual yo quiero.
DOÑA INÉS.
Este es signo de embustero.
¿No habeis hallado ni una?
(*Silencio.*)
Hable y diga el buen señor:
Callado está como un muerto:

Aunque os haya descubierto,
¿Soy acaso delator?
¿Porqué tan fijo me mira?....

DON LUIS.

Porque me tienes sin mí.

DOÑA INÉS.

Y yo ocupado os creí
En forjar otra mentira.

DON LUIS.

Ya de saber tengo empeño
Quien eres....

DOÑA INÉS.

¿Y qué me das?

DON LUIS.

El corazon.... ¿quieres mas?

DOÑA INÉS.

¿Pues qué, es alhaja sin dueño?

DON LUIS.

Yo te lo juro.

DOÑA INÉS.

Haz la cruz.

DON LUIS.

Por estas.... palabra y mano:
Nunca miente un castellano.

DOÑA INÉS.

¿Y si fuérais andaluz?

DON LUIS.

Aunque la vida arriesgara,
He de ver....
(*Hace ademan de quitarle la careta.*)

DOÑA INÉS.

Tened.... ¿qué haceis?
Ved que mi honor exponeis,
Si aquí descubris mi cara:
Seguidme y allí en la orilla
Del canal....

DON LUIS.

¿Te veré?

DOÑA INÉS.

Sí.

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA INÉS.

Burlándome así
Del burlador de Sevilla.

ESCENA IV.

DON LUIS, SALPICON, BEATRIZ, MARINEROS, MASCARAS, GENTE DEL PUEBLO.

(*Doña Inés salta precipitadamente en una góndola donde la espera un hombre enmascarado, y desaparece. Don Luis corre á la orilla en su seguimiento.*)

DON LUIS.

Ven, barquero,
Ven ligero;
Pronto ven....
Que allí se llevan mi bien.

SALPICON.

Por Dios, Señor, aguardad....

DON LUIS.

Boga, gondolero, boga.
(*Saltando en una góndola.*)

SALPICON.

Ya voy....
(*En el acto de entrar en ella, la góndola se aleja, y él cae en el agua.*)

MARINERO PRIMERO.

¡Qué un hombre se ahoga!

SALPICON.

Socorro, por caridad!

(*Algunos marineros se arrojan tras él para salvarle: la góndola en que va don Luis se aleja, y el patron va cantando esta tonada:*)

Ya Reinaldos pisaba el bajel
Que de Armida el encanto labró;
Y hechizado el valiente doncel,
En sus redes cautivo quedó....
Hombres todos,
De mil modos
¡Ay! temed,
Del amor el hechizo y la red.

MARINEROS.

Ya muy cercano le tiene....
¡Ay Dios! que se sumergió....

Mas ya otra vez le sacó,
Y en los hombros le sostiene....

BEATRIZ (*mostrando en la mano un bolsillo*).

Animo, ánimo, valor....
Llega pronto á la ribera,
Que, si le salvas, te espera
La recompensa mayor....

(*Agrúpase la gente á la orilla; y entre unos marineros sacan á Salpicon como aturdido y arrojando agua.* — *Beatriz les da el bolsillo; ellos reparten las monedas, y empiezan á cantar.*)

CORO.

Pues por esta vez
Sacamos buen pez!

PRIMERA VOZ.

Es un bacalao.

SEGUNDA VOZ.

El pez Nicolao.

PRIMERA VOZ.

Es un estornino.

SEGUNDA VOZ.

Un lobo marino.

CORO.

Por mal ó por bien
Vaya á la sarten.

BEATRIZ.

Dejaos de burlas.... al fin
¿No os da el pobre compasion?

MARINEROS.

Si parece un tiburon....

OTRO.

Echa agua como un delfin....

BEATRIZ.

Levantadle en vuestros brazos,
Y venid detrás de mí....

MARINEROS.

Arriba, amigos.... así....
No se haga el santo pedazos.

(*Le colocan en una especie de silla formada con los brazos cruzados; y otros marineros y muchachos le siguen, cantando como en procesion.*)

UNA PARTE.

Pues estamos frescos:
Un pez con gregüescos!

OTRA PARTE.

Y en lugar de aletas,
Jubon con faldetas!

TODOS.

Por mal ó por bien,
Vaya á la sarten.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala con varias puertas á los lados y una en el foro.

ESCENA I.

MATILDE, ELEONORA.

ELEONORA.

(*Saliendo á recibir á Matilde.*)
Hermana, tan pronto aquí!

MATILDE.

Y gracias que me salvé:
No sé cómo me escapé....

ELEONORA.

Pero ¿qué ha pasado? di....

MATILDE.

Segun el dispuesto plan,
Con Inés llegué á la plaza,
Y saliendo bien la traza,
Tropecé con su galan....

ELEONORA.

¿Es cual ella le pintó?

MATILDE.

Si : la andaluza primera,
Que ni miente ni pondera!....
En Italia se enmendó.
Llegué, le arrojé el anzuelo,
Picó el pez, cuerda le di;
Y así que preso le vi,
Dejé burlado su anhelo.

ELEONORA.

Pero ¿no te siguió él?

MATILDE.

Nuestra destreza nos vale :
Inés al paso le sale,
Y me escondí en el tropel.

ELEONORA.

¿Y la huéspeda?

MATILDE.

Allí queda.

ELEONORA.

¿Con él?

MATILDE.

Con él, no te asombre :
Por mucho que sepa un hombre,
Cualquiera mujer lo enreda.

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

¡Ay, amigas!
Muerta vengo....

ELEONORA.

Di : ¿qué tienes?

DOÑA INÉS.

Ni hablar puedo.

ELEONORA.

¿Qué ha pasado?

MATILDE.

Dílo presto....

DOÑA INÉS.

Le entretuve
Dos momentos.

MATILDE.

¿Te vió el rostro?

DOÑA INÉS.

No por cierto;
Mas apenas
Dél me alejo,
De seguirme
Forma empeño.
Corro, y corre
Mas ligero;
Llego al barco,
Salto dentro;
Y segura
Ya me creo....
Mas la cara
Luego vuelvo,
Y oigo el ruido
De otros remos....
Una góndola
Allí veo;
Y él que grita
A su barquero :
Sigue, sigue :
Presto, presto!....
Una calle
Y otra vuelvo,
Dando giros
Y rodeos;
Pero siempre
Allí le tengo,
Cual la sombra
Junto al cuerpo....

MATILDE.

Mas al cabo....

DOÑA INÉS.

Al cabo llego;
Y por dicha
Aquí me encuentro.

ELEONORA.

Respira, Inés, y sosiega.

DOÑA INÉS.

Si no sé lo que se ha hecho....

MATILDE.

Al asilo de este techo
Su persecucion no llega.

DOÑA INÉS.

Es muy curioso y audaz....

MATILDE.

Desecha, Inés, ese susto....

DOÑA INÉS.

Por salirse con su gusto
De todo es don Luis capaz.

ELEONORA.

Pero sin saber quien eres....

DOÑA INÉS.

Por eso es su afan mayor:
Siempre es otra la mejor
En tratando de mujeres.

MATILDE.

¿Y sin embargo le adoras?

DOÑA INÉS.

Le adoro como á mi dueño;
Aun dormida, con él sueño;
Pienso en él á todas horas.
Curada ya me creia,
Cuando en Nápoles le hallé;
Y al momento le entregué
Otra vez el alma mia.
Se fué, y la llevó consigo;
Quedando tan abatida,
Que hasta el peso de la vida
Cual carga odiosa maldigo.
De seguirle tuve intento,
Como á mi estrella fatal;
Pero la piedad filial
Despertó el remordimiento:
Un padre enfermo y anciano
Me salvó de aquel abismo;
Que dejarle, era lo mismo
Que matarle con mi mano....
Mas libre apenas me vi,
De aquella tierra me alejo,
Donde mil recuerdos dejo
De la prenda que perdí:
Y no fué poca ventura
Recordar vuestra amistad,
Y hallar en mi soledad
Quien temple tanta amargura.

(*Estrecha las manos de las dos.*)

MATILDE.

Tu esperanza no fué vana;
Y mal lo pudiera ser,
Pues ganamos en tener
En nuestra casa otra hermana.

ESCENA III.

DICHAS Y UN CRIADO.

CRIADO.

Señoras, un caballero....

DOÑA INÉS.

¡No lo dije!....

MATILDE.

Aguarda, Inés....

ELEONORA.

Pero sepamos quien es....

CRIADO.

Parece que es forastero....

DOÑA INÉS.

A Dios.

MATILDE.

Pero escucha, espera....

DOÑA INÉS.

Me guardaré por quien soy....

ELEONORA.

Pues yo con ella me voy.

CRIADO.

Ya sube por la escalera....

MATILDE.

No sé lo que deba hacer....
Mas ¿cuándo he temblado así?

CRIADO.

¿Qué le digo? ¿Que entre?

MATILDE.

Sí.—
Recuerda que eres mujer.

ESCENA IV.

MATILDE, DON LUIS.

DON LUIS.

Disculpad, señora mia,
Si descortés os parezco,

Ya que tan grata ocasion
A mi buena estrella debo....

MATILDE.

Dejad, si á bien lo teneis,
Cortesanos cumplimientos;
Y decid qué causa os trae....

DON LUIS.

Iba á decirla primero;
Mas, al veros, la memoria
Borró sus rudos conceptos:
No sé si la voluntad
Tuvo alguna parte en ello....

MATILDE.

Muy pronto se echa de ver
Que no os falta entendimiento:
Las tres potencias del alma
Teneis, señor, por completo.

DON LUIS.

Con una entré; y ya me falta....

MATILDE.

¿La habeis perdido tan presto?

DON LUIS.

Me la han robado....

MATILDE.

¿En mi casa?
No hay piratas aquí dentro.

DON LUIS.

Hay quien robe corazones.

MATILDE.

Si quisiérais, caballero,
Decir la causa ó motivo
Que aquí os trajo.

DON LUIS.

Con efecto,
Iba á decirlo, y despues....
Disculpa al menos merezco,
Si habla tan poco la lengua,
Cuando siente mucho el pecho.

MATILDE.

¿Y qué sentimiento os trajo
A honrar mi casa?....

DON LUIS.

Al momento
Voy á decirlo: yo vine
De Portugal con objeto
De litigar una herencia....

MATILDE.

¿Sois natural de aquel reino?

DON LUIS.

Sí, señora; bien lo dicen
Los apellidos que tengo....

MATILDE.

¿Cómo os llamais?

DON LUIS.

Juan de Silva,
Andrade, Souza, Coello....

MATILDE.

No sigais; que ya se ve
Cuán noble es vuestro abolengo....
Y la herencia ¿en qué paró?

DON LUIS.

Aun dura enredado el pleito.

MATILDE.

¿Y no podeis aveniros?....

DON LUIS.

Lo he intentado con empeño;
Pero en vano....

MATILDE.

Los curiales
Tampoco son aquí buenos;
Como en Portugal....

DON LUIS.

Lo mismo....
Solo viven con enredos.

MATILDE.

¿Y en qué puedo yo serviros?

DON LUIS.

Es el caso que, saliendo
Esta mañana temprano,
Al volver he echado menos
A una negrita que traje
Del Brasil....

MATILDE.

¡Desde tan lejos!

DON LUIS.

Sí, señora: la reñí
Por un descuido ligero;
Me irrité; se acobardó;
Y apenas la espalda vuelvo,
Se me escapa....

MATILDE.

¡Qué diablura!

DON LUIS.

Y en un país extranjero
Donde no conoce á nadie....

MATILDE.

Exponiéndose á mil riesgos....

DON LUIS.

De seguro.—Estoy en áscuas.

MATILDE.

No es el caso para menos....
¿Y en qué puedo yo ayudaros?

DON LUIS.

Iba ha poco recorriendo
Las calles por si la hallaba....

MATILDE.

Cuidado propio de un dueño....

DON LUIS.

Pasa una góndola, miro,
Y diviso un bulto negro...

MATILDE.

¿Se os figuró la esclavita?....

DON LUIS.

El aire, los movimientos....

MATILDE.

¡Cuánto puede la aprension!

DON LUIS.

Lo que aumentó mis recelos
Fué el ver cómo se ocultaba....

MATILDE.

Casualidad....

DON LUIS.

Ni por pienso....

MATILDE.

¿Y creísteis que era ella?

DON LUIS.

Y aun ahora mismo lo creo.

MATILDE.

Mas ¿dónde está?

DON LUIS.

Ella entró aquí....

MATILDE

¿En mi casa?

DON LUIS.

Si, por cierto.

MATILDE.

¡Raro antojo!

DON LUIS.

No, señora....
Si la he venido siguiendo....

MATILDE.

Pues no está aquí.

DON LUIS.

Y aun ahora
Me parece que la veo....

MATILDE.

¿Dónde?....

DON LUIS.

Allí....

MATILDE.

¿Dónde decis?

DON LUIS.

Reflejada en ese espejo....

MATILDE.

Qué imprudencia! (*Aparte.*) Es aprension.

DON LUIS.

Son vanos vuestros esfuerzos
Para negarlo....

MATILDE.

¿Yo?

DON LUIS.

Sí:
Es propio de nobles pechos
Dar amparo á quien lo busca;
Y el buen corazon celebro;
Pero sobre haberla visto....

MATILDE.

Pues que formais tal empeño
En una cosa tan leve,
Os dejaré satisfecho
Sacándoos de vuestro error....

DON LUIS.

Mucho habré de agradeceros,
Si así lo haceis....

MATILDE.

Sal, hermana....

ELEONORA.

¿Qué quieres? (*Dentro.*)

MATILDE.

Que vengas luego.

ELEONORA.

Ya voy. (*Dentro.*)

MATILDE.

Como estés; no tardes.

ESCENA V.

DICHOS Y ELEONORA.

ELEONORA.

Dispensadme, caballero.... (*al salir*).
Yo creí que estabas sola....

DON LUIS.

¡Qué linda!.... Ni á hablar acierto.
(*Aparte.*)

MATILDE

Ya veis aquí la negrita!....

DON LUIS.

Fué error mio, lo confieso;
Pero un error tan feliz
Por mil verdades no trueco.

MATILDE.

Ya veis que no os engañé.

DON LUIS.

¿Si será la misma? (*Aparte.*) Cierto....

MATILDE.

Confuso está. (*Aparte.*)

DON LUIS.

Me parece
Que os he visto, ha poco tiempo,
En la plaza....

ELEONORA.

No, á fe mia:
De ver á una amiga vengo.

DON LUIS.

Me engañó el traje, la voz....

ELEONORA.

¿Pues conoceis el acento
Tan pronto?

DON LUIS.

Es que algunos hay
Que van al alma derechos.

ELEONORA.

Con dominó y sin careta
No sé cómo responderos:
Que el rostro pide verdades,
Y el traje sufre requiebros.

DON LUIS.

Ahora me afirmo en que sois
La misma....

ELEONORA.

¿En qué lo parezco?
¿En lo pardo de la voz?

DON LUIS.

En lo claro del ingenio.

ELEONORA.

Galan sois....

DON LUIS.

Hasta en los ojos....

ELEONORA.

¿Verdes, azules ó negros?

DON LUIS.

Los vi bien....

ELEONORA.

¡Quién lo dijera!
¡Vistos por dos agujeros!

DON LUIS.

No es menester mucho espacio
Para que penetre el fuego....

ELEONORA.

Si tan pronto lo sentis,
Lástima, señor, os tengo.

MATILDE.

Es hidalgo portugués,
Y son finos por extremo.

ELEONORA.

Yo lo hubiera adivinado,
Al verle tan lisonjero.

DOÑA INÉS (*canta dentro*).

Cantarillo, que vas á la fuente,
Tente, tente....

DON LUIS.

¡Qué voz es esta, Dios mio!

MATILDE.

¿Porqué os mostrais tan suspenso?

DON LUIS.

Al hablarme de mi patria....

MATILDE.

Os hizo mal el recuerdo....
Es natural y muy propio
De tan noble caballero....

DOÑA INÉS (*canta*).

Una, dos y tres;
Y vuelve despues....

DON LUIS.

Con efecto.... (*Aparte.*) El corazon
Sin querer me ha dado un vuelco....
En recordando la patria (*en voz alta*),
Se siente un desasosiego....

MATILDE.

¿Es Lisboa como dicen?

DON LUIS.

Sí, señora, hermoso puerto....

DOÑA INÉS (*canta*).

Cantarillo, si allá mucho vas,
Mira, mira que te romperás!....

ELEONORA.

Parece os ha distraido
La cancion....

DON LUIS.

Soy muy afecto
A la música....

MATILDE.

Tambien
Cosa propia de aquel reino.

DON LUIS.

La letra parece linda,
Segun de aquí la comprendo.

ELEONORA.

Pues aun mas linda es la voz.
Se pega tanto aquel eco!

DON LUIS.

Alguna dama de casa....

MATILDE.

No, señor...

DON LUIS.

No suena lejos....

MATILDE.

Muy cerca....

DON LUIS.

Alguna vecina....

ELEONORA.

Vive pared de por medio:
Suele asomarse al balcon
Que da al canal, y tenemos
La satisfaccion de oirla,
Cual si estuviera aquí dentro.

DON LUIS.

¿La conoceis?

ELEONORA.

La hemos visto;
Y es hermosa con extremo.

DON LUIS.

¿De veras?

ELEONORA.

¿Qué, sois curioso?

DON LUIS.

¿Porqué lo decis?

ELEONORA.

Sospecho
Que ya anhelais conocerla....

DON LUIS.

No he sentido tal deseo.

ELEONORA.

Lo creí....

DON LUIS.

No soy curioso....

MATILDE.

Pues teneis trazas de serlo....

ELEONORA.

La curiosidad no es culpa....

DON LUIS.

Pero fuera desacuerdo
Tener á la vista el sol,
Y echar á la luna menos.

ESCENA VI.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.

Aquí han traido esta carta
Para un señor forastero....

MATILDE.

Pero ¿no han dicho su nombre?

CRIADO.

A mí no me lo dijeron;
Solo sí que estaba aquí,
Y se la diera al momento (*vase*).

ESCENA VII.

MATILDE, ELEONORA Y DON LUIS.

MATILDE.

Quizá será para vos....

DON LUIS.

Bien puede ser; mas no tengo
El menor antecedente....

MATILDE.

Si es por mero cumplimiento,
No os detengais en abrirla...

ELEONORA.

Ya se ve que estais deshecho....

DON LUIS.

Pues no la abro ya.

ELEONORA.

¿Porqué?

MATILDE.

¿Ves, hermana, lo que has hecho?....
Y tal vez le importe mucho....

DON LUIS.

Ningun asunto aquí tengo....

MATILDE.

¿Y la negrita?.... Quizá
Os dirán su paradero.

DON LUIS.

Teneis razon....

MATILDE.

Pues abridla....

DON LUIS.

Si lo mandais, obedezco....

(*Ellas hablan en secreto, dejando que lea la carta, y él lo hace para sí.*)

Caballero: me habeis expuesto hoy mucho, y sin embargo os perdono con toda mi alma.... Si quereis saber quien soy, venid á media noche al canal inmediato, y traed en la góndola un farol de varios colores.... es la única cosa en que os consentirá mas de uno. La dama desconocida.

Confuso estoy... ¿quién será? (*Aparte.*)

MATILDE.

¿Pareció ya?

DON LUIS.

No por cierto.

MATILDE.

Pues os habeis inmutado....

DON LUIS.

Es de un amigo que aprecio:
Ha tenido un lance, y quiere
Le ayude con mis consejos.

MATILDE.

¡Cosas de mozos!

DON LUIS.

Seguro:
Él tiene muy vivo el genio....

MATILDE.

Pero nada hay que temer
Estando vos de por medio.

DON LUIS.

Así lo espero, señoras;
Y con el permiso vuestro,
Me retiro....

MATILDE.

Idos en paz....

DON LUIS.

Solo quisiera deberos
Una merced....

MATILDE.

¿Cuál? Decid.

DON LUIS.

Que lo que solo fué efecto
Del acaso, pueda yo
A vuestra bondad deberlo.

MATILDE.

Honraréis mucho esta casa.

DON LUIS.

Yo seré el honrado en ello.

ESCENA VIII.

MATILDE, ELEONORA Y DOÑA INÉS.

MATILDE.

Gracias á Dios!...

DOÑA INÉS (*al salir*).

¿Se fué?

ELEONORA.

Sí.

MATILDE.

¡Qué mentir!

DOÑA INÉS.

No tiene igual....

ELEONORA.

Pues tú no lo hiciste mal....

MATILDE.

En tal apremio me vi....

DOÑA INÉS.
A cuantas ve, quiere él....
ELEONORA.
Un embuste al vuelo forja....
MATILDE.
Las mentiras en alforja....
DOÑA INÉS.
Los requiebros á granel....
MATILDE.
En engañar se entretiene....
DOÑA INÉS.
Pues aun no sabeis sus mañas.
ELEONORA.
Tiene malditas entrañas.
(*La doncella que sale corriendo.*)
DONCELLA.
¡Ay, señoritas, que viene!....

(*La doncella atraviesa corriendo el teatro, y se entra por una de las puertas laterales. Doña Inés no tiene tiempo de irse y se seconde detrás de un biombo: las dos hermanas se quedan como turbadas y confusas.*)

ESCENA IX.

DICHAS Y DON LUIS.

DON LUIS (*aparte*).
¿Quién se habrá ocultado allí?
ELEONORA (*aparte*).
Este español es el diablo!....
DON LUIS.
Está empeñada mi suerte
En que hoy he de molestaros....
MATILDE.
Lo que apellidais molestia
Solo proporciona agrado.
DON LUIS.
Al salir eché de menos
El billete; busco en vano
Por la escalera, y presumo
Si aquí me lo habré dejado....
ELEONORA.
Aquí no....
MATILDE.
Nada se ve....
DON LUIS.
Pues me importa mucho hallarlo.
MATILDE.
Ya sabeis su contenido....
DON LUIS.
Mas las señas he olvidado
De la cita de mi amigo:
Y está en peligro si tardo....
MATILDE.
¿Y qué remedio?
DON LUIS.
Por fuerza
Ha de estar en este cuarto.
ELEONORA (*con inquietud*).
No lo busqueis por ahí.
MATILDE.
Aquí estuvísteis sentado....
DON LUIS.
Como sopla de allá el viento,
Lo pudo llevar rodando.
MATILDE.
No está....
ELEONORA.
No os canseis en balde....
DON LUIS.
Yo, señoras, no me canso....
ELEONORA.
¿Qué vais á hacer?
DON LUIS.
No se cae:
Lo moveré con cuidado.

ESCENA X.

DICHOS Y LA DONCELLA (*don Luis abre el biombo: y aparece escondida la doncella con dominó negro*).

MATILDE.
¿Qué es esto?
ELEONORA.
¿Qué haces aquí?
DONCELLA.
Vine de fuera hace rato....

Y como fuí sin licencia....
Y despues escuché pasos....
Y vino este caballero....

DON LUIS (*aparte*).

Aquí hay misterio encerrado.

MATILDE.

Véte adentro, que despues....

DON LUIS.

Señora, si vale algo
Mi intercesion, perdonadla....

MATILDE.

Es que tiene el mal resabio
De escuchar....

DON LUIS.

No lo hará mas:
Fiador de su enmienda salgo.

MATILDE.

Solo por vos.... ¿Lo has oido?

DONCELLA.

Yo no sé como pagaros.... (*Vase.*)

ESCENA XI.

MATILDE, ELEONORA Y DON LUIS.

DON LUIS.

Por un digusto tan leve
Mucho os habeis alterado.

MATILDE.

¿Yo?

DON LUIS.

Sí, señora, las dos,
En vuestro rostro alternando
Lo pálido del jazmin,
De la rosa lo encarnado.

MATILDE.

Esto si que es echar flores....

ELEONORA.

Y echarlas con ambas manos.

DON LUIS.

Es tan solo ser veraz....

MATILDE.

Ser cortés....

ELEONORA.

Y cortesano....

DON LUIS.

Pues lo que siente mi alma,
Es lo que dice mi labio.
Con vuestro permiso ahora....

MATILDE.

Yo bien quisiera negarlo;
Mas recuerdo que el amigo
Estará inquieto aguardando....

DON LUIS.

Si no mienten las señales (*aparte al irse*),
Ya encontré dignos contrarios....
Pero yo saldré con gloria
De este castillo encantado.

ESCENA XII.

MATILDE, ELEONORA Y DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

¿Al fin?

ELEONORA.

Sal....

DOÑA INÉS.

Si no me atrevo:
Del susto estoy medio muerta....

MATILDE.

¿Vas á quedarte á la puerta?

DOÑA INÉS.

¿Y si volviese de nuevo? (*Sale.*)

ELEONORA.

Al diablo en el cuerpo tiene.

MATILDE.

Es mago ó saludador....

DOÑA INÉS.

¿No escuchais ese rumor?

ELEONORA.

Alguien sube....

DOÑA INÉS.

Otra vez viene!!!

(*Salen las tres atropelladamente, y dejan detrás á Eleonora.*)

ESCENA XIII.

ELEONORA, STROZZI.

STROZZI.

¿Porqué así os vais, Eleonora?

ELEONORA.

¿Sois vois?

STROZZI.

¿Tan mudado estoy?
Miradme, que el mismo soy;
¿No me conoceis, señora?

ELEONORA.

Mi hermana y la forastera
Aquí jugaban las dos....

STROZZI.

¿Y tambien jugábais vois?

ELEONORA.

¿Y qué mal en ello hubiera?....

STROZZI.

¿Qué mal hubiera?.... Ninguno:
Mas si estábais en tal juego,
Al sentirme venir luego,
Me tendréis por importuno.

ELEONORA.

¿Y quién lo dice?.... Yo no....

STROZZI.

Vos lo habeis dicho al correr,
Que poco se anhela ver
Al que la fuga causó.

ELEONORA.

Hija fué del mero acaso
Y no de la voluntad....

STROZZI.

¿Fué tambien casualidad
El acelerar el paso!

ELEONORA.

¿Pensais que disculpas son?
En verdad os compadezco....

STROZZI.

¿Pues qué, siquera os merezco
Tan leve satisfaccion?

ELEONORA.

El que duda, ofende ya.

STROZZI.

El que no duda, no ama....

ELEONORA.

El que duda de su dama,
Incierto de su fe está....

STROZZI.

Incierto no, receloso
De que le roben su bien....

ELEONORA.

¿Quién ha de robarlo?

STROZZI.

¿Quién?
Quien lo halle tambien hermoso.

ELEONORA.

Dejad que él propio se guarde:
Que el que guarda desconfía....

STROZZI.

Y el que un tesoro á otro fia
Tal vez se arrepienta tarde.

ELEONORA.

Por guardarlo demasiado,
Quizá á robarle convida....

STROZZI.

Pero mientras tenga vida
No temais verle robado. —
¿Quién salió de vuestra casa?

ELEONORA.

¿Qué decis?

STROZZI.

¿Que quién salió?

ELEONORA.

¿Por fuerza he de saber yo
Todo lo que en ella pasa?

STROZZI.

Esto lo sabeis....

ELEONORA.

¿Porqué?

STROZZI.

En vuestro rostro lo leo....

ELEONORA.

Si es así, ya inútil creo
El deciros que lo sé.

STROZZI.

Lo sabeis, y lo callais;
Motivo para ello habrá....

ELEONORA.

El motivo cesó ya;
Puesto que lo adivinais.

STROZZI.

Yo os lo exijo, yo os lo ruego:
De esta duda me sacad....

ELEONORA.

¿A qué decir la verdad,
Si dudáreis de ella luego!

STROZZI.
¡Qué, no la quereis decir!

ELEONORA.
Rencilloso estais por Dios;
Pero son menester dos,
Y yo no quiero reñir.

STROZZI.
¿No lo decis?.... Pues os juro
Que no me veréis jamás....

ELEONORA.
¿Eso jurais?

STROZZI.
Nunca mas.

ELEONORA.
Ahora os tengo mas seguro.

STROZZI.
En vuestra gracia y belleza
Teneis mucha confianza....

ELEONORA.
Antes fundo mi esperanza
En vuestra propia flaqueza.

STROZZI.
Muy débil fuí, por mi vida :
Lo fuí, mas ya no lo soy....

ELEONORA.
Pues no ha de pasar de hoy
Sin ver yo la recaida.

STROZZI.
Lo veremos....

ELEONORA.
¿Os vais?

STROZZI.
Sí.
¿Qué quereis? (*Volviendo.*)

ELEONORA.
Yo nada quiero;
Se ausentaba un caballero,
Y cortés le despedí.

STROZZI.
Dios os guarde.

ELENORA.
¿Va de veras?

STROZZI.
Mucho mas que presumis....

ELEONORA.
Mirad que os arrepentis
Al bajar las escaleras.

STROZZI.
Si otra vez del umbral paso,
Si jamás vuelvo á esta casa....

ELEONORA.
Pues de esta noche no pasa
Sin que me rondeis al raso.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la orilla de un canal : es de noche : se ven casas y ventanas en frente : una góndola, como esperando.

ESCENA I.

SALPICON, BEATRIZ.

En el traje del primer acto. —Él con los ojos vendados : un escudero se coloca en una esquina.

BEATRIZ.
Ande mas vivo.

SALPICON.
No puedo....

BEATRIZ.
¿Porqué así al miedo se entrega?

SALPICON.
Porque á la gallina ciega
La he tenido siempre miedo.

BEATRIZ.

Él sí que gallina es....

SALPICON.

Ni lo niego, ni lo callo:
No blasono yo de gallo,
Y menos de gallo inglés.

BEATRIZ.

¿De qué nacion es?

SALPICON.

De España.

BEATRIZ.

¿Y natural?

SALPICON.

De Alcaudete.

BEATRIZ.

¿De natural alcahuete?

SALPICON.

Nunca he tenido esa maña.

BEATRIZ.

¿Y el bellaco á quién servia?

SALPICON.

A un caballero andaluz.

BEATRIZ.

¿Y nunca fué su arcaduz?....

SALPICON.

Soy torpe, y no me queria.

BEATRIZ.

Por culpa de él y su hermano
Emplumaron á su madre....

SALPICON.

¿Plumas? Las llevó mi padre,
Porque fué el pobre escribano.

BEATRIZ.

Pues tambien el muy bribon
Ha perdido á cien doncellas....

SALPICON.

¿Basta que lo digan ellas?
¡Qué calumnia, Salpicon!

BEATRIZ.

¿Salpicon?

SALPICON.

Así me llamo.

BEATRIZ.

Pues ya cayó en el garlito.

SALPICON.

¡Válgame san Agapito!

BEATRIZ.

Tan malo como su amo;
En Nápoles engañó
A la inocente Beatriz....

SALPICON.

Pues si era una fregatriz,
Y ella á mí me sonsacó....

BEATRIZ.

Embustero, infame, toma.
(*Le da un bofeton.*)

SALPICON.

¡Ay! Que me ha roto este diente.

BEATRIZ.

¿Con qué no era ella inocente?

SALPICON.

Como una blanca paloma.

BEATRIZ.

Haga al punto contricion....

SALPICON.

¿Porqué?

BEATRIZ.

Porque á morir va.

SALPICON.

Me he dejado por allá
El libro de confesion.

BEATRIZ.

¿Pues no sabe sus pecados?

SALPICON.

Con mis deudas los apunto;
Y el diablo quiso que junto
Me los dejase olvidados....

BEATRIZ.

Haz exámen de conciencia
Mientras resuelve el consejo:
Yo en este sitio te dejo,
Y vuelvo con la sentencia....

SALPICON.

Cuidado que tardes mucho!

BEATRIZ.

¿Como cuánto?

SALPICON.

Siglo y medio.

BEATRIZ.

Si ya no tiene remedio....

SALPICON.

Es que yo no estoy muy ducho.

BEATRIZ.

A todo has de responder
Tan solamente : *sí ó no.*

SALPICON.

¿Y tampoco *qué sé yo?*

BEATRIZ.

Tampoco : no puede ser.

SALPICON.

¿Y si me pegan?

BEATRIZ.

Aguanta.

SALPICON.

¿Y si me matan?

BEATRIZ.

Tambien.

SALPICON.

¿Y si me entierran?

BEATRIZ.

Amen.

SALPICON.

Pues tu caridad me encanta!

(*Llega el escudero apostado, y habla al oido á Beatriz; ella da una vuelta á Salpicon, y le coloca junto á un poste.*)

BEATRIZ (*al irse*).

No llegues á las orillas,
Que está el canal junto á tí!

SALPICON.

No me moveré de aquí,
Y os aguardaré en cuclillas.

(*Colócase de esta suerte; los dos se van; y por el lado opuesto sale don Luis embozado.*)

ESCENA II.

DON LUIS Y SALPICON.

DON LUIS.

Noche plácida y serena,
Cómo me hechiza tu calma
Deleitosa;
Exento el pecho de pena,
Gustando á placer el alma
Paz sabrosa!
Solo se escucha el rumor
Del agua y brisa suave,
Dulce y blando;
O el canto del pescador,
O el ala fugaz del ave
Revolando.
Gima preso de un cabello
Quien de amor se rinde al yugo,
Vil cautivo;
Yo libre ostento mi cuello;
Libre al cielo hacerme plugo;
Libre vivo.
Inconstante corre el rio;
Inconstante sopla el viento,
Hierve el mar;
Y fuera gran desvarío
Voluntad y entendimiento
Esclavizar.
De los cielos las estrellas
Y de los campos las flores
Contar quiero;
Y en igualándose á ellas
Mis galanteos y amores,
Feliz muero.
Un bulto diviso allí....
(*Repara en Salpicon.*)
¿Quién va allá?

SALPICON.

No va ni viene. (*En voz baja.*)

DON LUIS.

¿Porqué en hablar se detiene?
¿Quién es?.... ¿No responde?

SALPICON.

Sí.

DON LUIS.

Responda pronto, ó si no....

SALPICON.

Pero si ya respondí....

DON LUIS.

Solamente ha dicho *sí.*

SALPICON.

Pues ahora digo que *no.*

DON LUIS.

Respóndame, ó le atravieso
Clavándole contra el poste....

SALPICON.

Si no digo oste ni moste,
Y á mis solas me confieso....

DON LUIS.

¿Se burla ó está beodo?

SALPICON.

Ni lo estuve ni lo estoy....

DON LUIS.

Mas ¿quién es?

SALPICON.

Ni sé quien soy....
Que se me ha olvidado todo.

DON LUIS.

Yo veré....

SALPICON.

Por Dios! Por Dios!

DON LUIS.

Salpicon!

SALPICON.

Y salpicado;
Que las calzas me he mojado
Y no ha sido de la tos.

DON LUIS.

Pero ¿quién aquí te trajo?

SALPICON.

No lo sé....

DON LUIS.

¿Qué iban á hacerte?

SALPICON.

Dijeron que á darme muerte
Y á colgarme de espantajo.

DON LUIS.

Burlarse de tí quisieron,
Al mirarte tan simplon.

SALPICON.

¿Y fué burla el bofeton
Que á buena cuenta me dieron?

DON LUIS.

Cálmate, no tengas pena;
Seguro á mi lado estás....

SALPICON.

Y me dejó cual Jonás,
Tragado por la ballena!

DON LUIS.

No digas tanta simpleza,
Y escucha.... tú aquí me aguardas.

SALPICON.

Pero, señor, ¿y si tardas?
Y vuelven por mi cabeza?

DON LUIS.

Calla, necio.

SALPICON.

Callo, sabio.

DON LUIS.

Quédate con esta daga.

SALPICON.

Pero ¿qué quieres que haga?

DON LUIS.

Reparar cualquier agravio.

SALPICON.

Yo los agravios perdono,
Porque soy muy buen cristiano.

DON LUIS.

Pues si me irritas, villano,
Aquí solo te abandono.

SALPICON.

Cuanto me mandeis, haré.

DON LUIS.

Si viniere gente, avisa....

SALPICON.

¿Y si viene muy de prisa?

DON LUIS.

Yo al momento acudiré....
Silencio, que da una hora!....
(*Suena un reloj de iglesia.*)
Las doce son....

SALPICON.

Menos cuarto;
Y yo de tí no me aparto.

DON LUIS.

No me detengas ahora.—
Ah del barco!.... Arrima aquí....
Ya, desconocida dama,
Tu pecho inquieto me llama:
Lástima tengo de tí.

(*Entra en la góndola, y aparece en la popa un farol de colores: se encamina á colocarse cerca de la pared que cae al frente.*)

ESCENA III.

DICHOS Y DOÑA INÉS *á una ventana.*

DOÑA INÉS (*canta*).

Farol de muchos colores
En un galan sienta mal;
Que tal vez es la señal
De tener muchos amores....
Uno solo,
Uno sí,
Y ese para mí!

DON LUIS.

Para vos, señora mia,
Para vos sola será.

DOÑA INÉS.

¿Quién me grita desde allá?

DON LUIS.

Que lo adivineis queria.
¿Nada os dice el corazon?

DOÑA INÉS.

¿Razon?.... Tenerla procuro:
Como está tan alto el muro,
Llega muy confuso el son....

DON LUIS.

Decirme habeis ofrecido....

DOÑA INÉS.

¿Ido?

DON LUIS.

¿Cuál es vuestro nombre?

DOÑA INÉS.

Qué me fie yo de un hombre!....
¿Y si es falso y fementido?

DON LUIS.

Os juro que será fiel....

DOÑA INÉS.

¡Hiel!.... eso sí me dará.

DON LUIS.

Esclavo vuestro será.

DOÑA INÉS.

Será lo que quiera él.

DON LUIS.

La voz se la lleva el viento.

DOÑA INÉS.

Por eso no hay que fiar;
Que puede el viento llevar,
Tambien vuestro juramento.

DON LUIS.

Con la sangre de mis venas....

DOÑA INÉS.

¿Penas?.... Las que me traeréis.

DON LUIS.

Mientras viva me tendréis
Cautivo en vuestras cadenas.

DOÑA INÉS.

¿Acaso no teneis dueño?

DON LUIS.

Nunca di mi libertad.

DOÑA INÉS.

¿Y ahora en esta oscuridad
Quereis formar tal empeño?

DON LUIS.

Por esas luces divinas
Que alumbran el firmamento....

DOÑA INÉS.

Vuestra voz se lleva el viento
A casa de mis vecinas.

DON LUIS.

Donosa sois por demás.

DOÑA INÉS.

¿Mas quisiérais todavía?

DON LUIS.

Una tan solo querria....

DOÑA INÉS.

Y las que vengan detrás.

DON LUIS.

Un Dios, un rey y un amor:
Esa, señora, es mi ley.

DOÑA INÉS.

Pero antes que muera un rey,
Ya le poneis sucesor.

DON LUIS.

Tal vez, por hacerme daño,
Alguien sin razon me infama.

DOÑA INÉS.

Cierto: teneis esa fama;
Cada palabra un engaño.

DON LUIS.

Decidme donde he de veros,
Sin que de esta suerte sea.

DOÑA INÉS.

¿Y si os pareciere fea?
Sintiera mucho perderos.

DON LUIS.

Bien me dice el alma mia
Que es mucha vuestra beldad....

DOÑA INÉS.

Pero nunca la verdad
Iguala á la fantasía.

DON LUIS.

Pues dadme vuestro retrato
Y le guardaré en mi pecho.

DOÑA INÉS.

Estará en él muy estrecho,
Y va á pasar muy mal rato.

DON LUIS.

Seguro en mi pecho queda,
Os lo juro por mi fe.

DOÑA INÉS.

Pero yo recelaré
Que está en pública almoneda.

DON LUIS.

No sé cómo lo repita:
Uno es mi amor, como el sol.

DOÑA INÉS.

Allí asoman un farol;
Y tiene trazas de cita....

DON LUIS.

No adivino lo que sea...

DOÑA INÉS.

Ni yo lo alcanzo tampoco.

DON LUIS.

Cosa es de volverme loco....

DOÑA INÉS.

Pues ya la dama os cecea....

DON LUIS.

A mí no....

MATILDE (*desde una ventana*).

Don Juan....

DOÑA INÉS.

¿No ois?
Acudid pronto al reclamo.

DON LUIS.

Es que yo así no me llamo....

DOÑA INÉS.

¿Pues cómo os llamais?

DON LUIS.

Don Luis.

ELEONORA.

(*Asomando otro farol á otra ventana.*)
Don Luis....

DOÑA INÉS.

¡A Dios!.... ya salió
Otra querida á campaña....

DON LUIS.

Cosa mas rara y extraña
En la vida me pasó.

DOÑA INÉS.

Confuso está. ¿Porqué calla?

DON LUIS.

Porque siquiera comprendo....

DOÑA INÉS.

Pues yo, á mi pesar, entiendo
Porqué turbado se halla.
Un secreto le fié,
Pero en su pecho no cupo.

DON LUIS.

Pues nadie en el mundo supo....

DOÑA INÉS.

Harto á las claras se ve....
Y no solamente á una.

DON LUIS.

¡Yo!

DOÑA INÉS.

Lo dijísteis á varias;
Ya veis que con luminarias
Celebran vuestra fortuna.

DON LUIS.

No sé lo que pueda ser;
Mas que se seque mi lengua....

DOÑA INÉS.

Es que no teneis á mengua
El mentir á una mujer.

DON LUIS.

Exigidme pruebas.... todas
Os las daré por mi vida.

DOÑA INÉS.

¿Y si otra dama os convida?
Sois perro de muchas bodas.
Ya otra vez vuelve el ceceo.

DON LUIS.

¿Qué pruebas quereis de mí?

DOÑA INÉS.

Tambien cecean allí....
Es un duo segun veo.

DON LUIS.

Al pié de vuestro balcon
Permaneceré constante.

DOÑA INÉS.

No verán vuestro semblante;
No tengo iluminacion.

DON LUIS.

Ninguna falta hace el sol
Con la luz de vuestros ojos.

DOÑA INÉS.

Pues yo, por daros enojos,
Voy á sacar mi farol. (*Saca otro farol.*)

SALPICON (*mirando al canal*).

¿Qué será esta novedad?
Una, dos, tres luces vi;
Si mi amo sigue así,
Se ilumina la ciudad.

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y STROZZI *paseándose lentamente: viene embozado y se muestra caviloso.*

STROZZI.

Amarga hiel de los zelos,
Sal ¡ ay! de mi corazon,
Ya que los airados cielos
Sin muestras de compasion
Ven mis ansias y desvelos.
Yo hallé una divina flor,
La escondí incauto en mi seno,
Y al besarla con amor,
Derramó letal veneno
Y sentí vivo dolor.
Me cautiva su hermosura
Y su hermosura me mata,
Y tal es mi desventura,
Que, si el sol de verla trata,
Zelos me da su luz pura.
Con los zelos mi amor crece;
Cuando algun mortal la mira
Marchitarla me parece....
Si el aire mismo la mece,
Zelos el aire me inspira.
Pero ¿qué es esto? ¿qué veo?
Una góndola allí está....
Y aquí hay un bulto; ¿quién va?

SALPICON (*aparte*).

De esta tenemos solfeo.
Señor!.... Señor!....

(*Llamando á su amo.*)

STROZZI.

¿Porqué grita?
Responda al punto quien es.

SALPICON.

Yo se lo diré despues,
Que tengo una tos maldita.

STROZZI.

Responda pronto; no tarde....

SALPICON.

Aquí diviso unos remos.
Esta traza aprovechemos,
Que tal vez será cobarde.

(*Ahuecando la voz.*)

Si se mueve un solo paso!....

STROZZI.

¿Qué vas á hacer, baladí?....

SALPICON.

Si se acerca mas á mí,
Con el mosquete le abraso...

(*Apuntando con el remo colocado sobre un poste.*)

STROZZI.

Armas desiguales son:
Saca la espada, villano.

SALPICON.

Y si aquí lo hallara á mano,
Os apuntara un cañon.

STROZZI.

Pues ni eso te ha de valer....

SALPICON.

Tened, mirad que hago fuego....
Pum!!!...

STROZZI.

Como me yerres, luego....

SALPICON.

Antes echaré á correr.

(*Tira el remo , y echa á huir.*)

ESCENA V.

DON LUIS Y STROZZI.

DON LUIS.

¿ Quién insulta á mi escudero ?

STROZZI.

¿ Y quién habla tan ufano ?

DON LUIS.

El que jamás habló en vano ,
Trayendo al lado el acero.

STROZZI.

Quien sois vos he de saber,
Y á quien estábais hablando....

DON LUIS.

Trabajo, señor, os mando ;
Soy mudo, y no puede ser.

STROZZI.

Hablar os hará mi espada ;
Ya la tardanza me enoja....

DON LUIS.

Mi respuesta en esta hoja
Traigo al intento grabada. (*Riñen.*)

STROZZI.

Muy diestro sois, vive Dios!....

DON LUIS.

Guardo mi pecho en efecto ;
Porque está en él mi secreto ,
Y lo recato de vos.

STROZZI (*arremetiendo*).

Pues yo os lo sabré arrancar.

DON LUIS.

Cuenta que el furor no os ciegue ,
Que, como mi vez me llegue ,
No volveis á preguntar.

STROZZI.

No estoy de furor tan ciego....

DON LUIS.

Pues aun mas lo pareceis....

STROZZI.

Ahora mismo lo veréis....

DOÑA INÉS.

¡ Fuego !.... ¡ por Dios !

MATILDE.

¡ Fuego !

ELEONORA.

¡ Fuego !

DON LUIS.

Favor demandan allí ;
Aguardad unos momentos....

STROZZI.

Aun los mismos elementos
Se conjuran contra mí.

(*Suena rumor de pasos.*)

DON LUIS.

Si no me engaña el oido ,
Gente viene , y ya se acerca.

STROZZI.

Seguidme vos , que aquí cerca
Hay un paraje escondido.

DON LUIS.

Donde gusteis : id delante.

STROZZI.

Pronto , que llegan.

DON LUIS.

Ya voy.
¿ No quereis saber quién soy ?
Pues os lo diré al instante.

STROZZI.

Mi pregunta llevo puesta
Otra vez en esta punta.

DON LUIS.

Sin aguardar la pregunta
Os daré yo la respuesta.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala de casa de don Luis: en el fondo una puerta de cristales; á cada lado otras dos: una de ellas se supone que conduce á la calle, y las demás á los aposentos interiores.

ESCENA I.

SALPICON.

(*Está sentado al lado de la puerta de enfrente, junto á una mesa en que habrá un gran frasco de vino, y un canastillo con hilas y vendas.*)

SALPICON.

Hé aquí el fruto del valor!....
Bendito sea el miedo, amen:
Se pasa la vida bien,
Y no se ofende al Señor.
Aun si se vendiera el cuero,
Mas el cobarde valdria;
Porque nadie compraria
Pellejo con agujero.
Par diez si anoche la echo
De valenton, él me raja;
Me ahorro el gastar en mortaja,
Y me hallo el entierro hecho.
Fortuna que solamente
Al amo le dió un pinchazo;
Y aun así, me duele el brazo
Cual si fuera yo el paciente.
Tantas vendas, tanto trapo,
Tanto vino con romero....
¿Y porqué, gran majadero?
Por quererla echar de guapo.

(*Tomando un frasco de vino que habrá sobre una mesa.*)

Paizano (que ambos al fin
Zemos de la Andalucía),
¿Cabe mayor bobería
Que meterse á espadachin?
Tú no naciste en Jerez
Para enjuague de botica;
Y el que á una herida te aplica
No te probó ni una vez. (*Bebe.*)
¡Qué dejo tiene y qué aroma!
Si fueras á Berbería,
Tu olor solo acabaria
Con la secta de Mahoma.
Otro bezito, y laus deo.
Este sí que es anteojo:
La boca apenas remojo,
Y ya mil estrellas veo.
Bendito sea Noé,
El que las viñas plantó;
Si él en Jerez no nació,
Andaluz al menos fué.

ESCENA II.

STROZZI, SALPICON.

STROZZI.

Escudero....

SALPICON.

¿Quién me llama?

STROZZI.

¿Puedo ver á tu señor?

SALPICON.

Le ha dado un leve dolor,
Y se halla postrado en cama.

STROZZI.

Vano cumplido no es,
Que mucho el verle me importa:
La molestia será corta....

SALPICON.

¿Y si me riñe despues?

STROZZI.

No temas, que no hará tal.

SALPICON.

Pero si voy ¿qué le digo?

STROZZI.

Que le busca aquí el amigo
A quien vió junto al canal.

ESCENA III.

DON LUIS, STROZZI, SALPICON.

DON LUIS (*al salir de la alcoba*).

¿Quién es?

STROZZI.

¿No me conoceis?

DON LUIS.

Me parece....

STROZZI.

Con efecto.

DON LUIS (*á Salpicon*).

Véte á fuera : y nadie entre
Sin que me avises primero.

ESCENA IV.

DON LUIS, STROZZI. (*Siéntanse.*)

STROZZI.

Tal vez tacheis este paso
De importuno ó de indiscreto;
Mas sabed que solo es hijo
De un hidalgo sentimiento.

DON LUIS.

No lo dudo.

STROZZI.

Y para prueba,
De decir no me desdeño
Que á daros satisfaccion,
Como debe un noble, vengo.

DON LUIS.

Como noble os condujísteis :
Ni os culpo yo, ni me quejo;
La suerte sola da el triunfo
En las guerras y en los duelos.

STROZZI.

Mas sin causa os provoqué;
Y eso mismo es lo que siento,
Que sin razon nunca debe
Desenvainarse el acero.

DON LUIS.

Mucho os honra ese lenguaje;
Y con lisura os confieso,
Que mas que anoche valiente
Os mostrais hoy caballero.

STROZZI.

Un acaso desgraciado
Me condujo á vuestro encuentro;
Cosas de la edad, señor;
Y pues sois mozo y discreto,
Disculparéis las locuras
Hijas de amor y de zelos.

DON LUIS.

Disculpas no han menester,
Que quien se muestre severo,
O ya es un santo en la tierra,
O alma no tiene en el cuerpo.

STROZZI.

Con tan corteses razones
Me aliviais de un grave peso,
Siendo el juez mas indulgente
Que consigo mismo el reo.
Tan ciego estaba de ira,
Que yo propio me avergüenzo,
Y con sangre de mis venas
Borrara mi desacuerdo.

DON LUIS.

No prosigais....

STROZZI.

Mas al punto
Que os vi herido, no sabiendo
Si era ó no mortal el golpe,
Me quedé de mármol hecho;
Ni aun á hablaros acerté;
Me alejé confuso, incierto,
Cual si fuese un homicida,
Lleno de remordimientos....

DON LUIS.

Os ruego que no sigais....

STROZZI.

Dejadme hacer lo que debo,
Que quien confiesa su falta,
Él propio lava su yerro.
Apenas di algunos pasos,
Otra vez al sitio vuelvo,

Con intencion de llamaros
Y ayuda y brazo ofreceros;
Mas solo como una sombra
Os divisé desde lejos,
Y hasta vuestra propia casa
Os vine, señor, siguiendo.
En vano, vuelto á la mia,
Quise conciliar el sueño....
El que ha derramado sangre
No puede dormir sereno.
Eterno me pareció
De la noche el corto resto;
Eterno el amanecer,
Y cada minuto eterno.
Aun no bien apuntó el dia,
A vuestra casa me acerco;
Llego á la puerta y me paro;
Quiero llamar y no puedo:
Me parece á cada instante
Que oigo gemidos, lamentos;
Y sin conoceros bien,
Os miro y os toco muerto.
Por fortuna indagar pude
Que fué mi desgracia menos....
Mia la llamo, señor,
Porque mas que vos la siento.

DON LUIS.

Muy bien asientan á un noble
Tan generosos afectos;
Y aun ganan en vuestra boca
Al salir de vuestro pecho.
Mas os pido por merced
Que no volvais á hablar de ello:
Si la queja ha muerto ya,
¿A qué avivar el recuerdo?

STROZZI.

Tanta bondad y fineza
No sé cómo agradeceros:
Esclavo vuestro seré.

DON LUIS.

Esclavo no, sino dueño....

STROZZI.

Si vuestra amistad consigo....

DON LUIS.

Mi mano en prueba os ofrezco.

STROZZI.

La acepto con alma y vida,
Y á mi corazon la llevo.

ESCENA V.

DICHOS Y SALPICON.

SALPICON.

Señor....

DON LUIS.

¿Quién es?

SALPICON.

Una dama
Con el rostro tan cubierto,
Que ni se le ven los ojos....

STROZZI.

Sintiera seros molesto....

DON LUIS.

A mí no; ni sé quien sea:
Como hace tan poco tiempo
Que he llegado á esta ciudad....

STROZZI.

Pero no es en ella nuevo
Que lo que anhelan sus hijos
Lo alcancen los forasteros.

DON LUIS.

Aun no pareceis curado
De vuestro achaque de zelos....

STROZZI.

Pero si durase el mal,
La amistad dará el remedio.
(*Levantándose.*)
Me voy, con vuestro permiso....

DON LUIS.

¿Porqué os quereis ir tan presto?

STROZZI.

Es que tal vez esa dama
Os querrá hablar en secreto.

SALPICON.

En la antesala está ya.

STROZZI.

Salir sin verla no puedo....

DON LUIS.

Pues mientras le hablo un instante,

Entrad en ese aposento.

(*Entra por una de las puertas laterales.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, LAURA.

DON LUIS.

Ya descubriros podeis.

LAURA.

Me cuesta tanta vergüenza.

DON LUIS.

Siendo linda como creo,
Locura fuera tenerla;
Que la vergüenza mayor
En la mujer es ser fea.
Animo pues!...

LAURA.

No me atrevo....
Me quedaré con careta.
Leed la carta cuanto antes
Y llevaré la respuesta.

DON LUIS.

¿Y de parte de quién viene?

LAURA.

En ella vendrán las señas.

DON LUIS.

Hermosa ha de ser la dama,
Teniendo tal mensajera.

LAURA.

Para quien de todas gusta
No ha menester ser muy bella.

DON LUIS.

¿Y quién os ha dicho tal?

LAURA.

Es que vuestra fama vuela.

DON LUIS.

El juicio me han de volver
Las mujeres de Venecia (*lee*).

Desde anoche estoy hecha un mar de confusiones.... He procurado indagar, y me han dicho que estais herido.... Sacadme cuanto antes, sacadme de esta incertidumbre, porque es un dogal que me ahoga.

(*Aparte.*)
Viene la carta sin firma,
Y no acierto de quién sea.
Preciso será con arte
Desenredar la madeja.

(*Hablando con Laura.*)
El billete ¿es de tu ama?

LAURA.

Si, señor.

DON LUIS.

¿Te lo dió ella?

LAURA.

No, señor.

DON LUIS.

¿Pues quién?

LAURA.

El paje
Me dijo que lo trajera.

DON LUIS.

Pero ¿de parte de quién?

LAURA.

Eso el billete lo reza.

DON LUIS.

Pues no lo dice.

LAURA.

Un olvido
Por escribirlo de priesa....

DON LUIS.

Pero á tí ¿qué te mandaron?

LAURA.

Que llevase la respuesta.

DON LUIS.

¿Nada mas?

LAURA.

Que fuera pronto.

DON LUIS.

¿Y á quién la has de dar?

LAURA.

A ella.

DON LUIS.

¿Y quién es ella?

LAURA.

Mi ama.

DON LUIS.

¿Y quién es tu ama?

LAURA.

La mesma.

DON LUIS.

¿Cuál, di?....

LAURA.

Si lo he dicho ya.
La que os ha escrito la esquela.

DON LUIS.

Pues quedo bien enterado!
Me harán perder la paciencia.

(*Aparte.*)

Por si es sobra de malicia
Lo que parece simpleza,
Voy á ponerle un esparto
Por si en la liga se pega.

(*Dirigiéndose á ella.*)

Aguarda, que pronto vuelvo.

LAURA.

Ved, señor, que estoy deshecha.

DON LUIS.

Al momento te despacho:
Voy á poner cuatro letras.

ESCENA VII.

LAURA (*sola*).

Gracias á Dios que se fué!
Si un punto no mas me aprieta,
Me enreda con sus preguntas
Y en el garlito me pesca.
Sudando del susto estoy,
Y la cara un ascua hecha:
Al menos estos instantes
Quiero respirar siquiera....
Pero, tate, que quizá
El muy taimado me acecha,
Y aun me parece que adrede
Dejó entornada la puerta.
Por si ó por no, al señor mio
No le valdrá su cautela;
Y para picarle mas
Le he de dar mayor dentera.

(*Se quita la careta con mucho cuidado, vuelta la espalda por donde don Luis se fué; por el opuesto la está observando Strozzi, y luego sale*)

ESCENA VIII.

LAURA, STROZZI.

LAURA.

Al fin respiro!

STROZZI (*saliendo de improviso*).

¿Eres tú?

LAURA.

Jesus!...

STROZZI.

Calla, y no me pierdas.

LAURA.

Yo.... si.... no....

STROZZI.

Di, ¿á qué has venido?

LAURA.

Yo vine....

STROZZI.

Pronto, y no mientas.

LAURA.

Pues, como digo, yo vine....

STROZZI.

¿A qué?

LAURA.

Si me dejais suelta
Yo lo diré....

STROZZI.

¿A qué?

LAURA.

Venia....
Me mandaron que viniera....
Y vine, porque ya el paje
Iba á venir con la esquela.

STROZZI.

¿De quién es? ¿De Eleonora?

LAURA.

No, señor.

STROZZI.

Miente tu lengua.

LAURA.

Si la escribió la viuda.

STROZZI.

¿Y quién te la ha dado?

LAURA.

Ella.

STROZZI.

¿A tí?

LAURA.

Y en mi propia mano.

STROZZI.

¿Dónde?

LAURA.

En la misma escalera.

STROZZI.

¿Quién lo vió?

LAURA.

Nadie.

STROZZI.

¿Y su hermana?

LAURA.

Ni siquiera lo sospecha.

STROZZI.

Tú me engañas....

LAURA.

No por cierto.

STROZZI.

Dame al menos una prueba.

LAURA.

Pero ¿qué prueba quereis?

STROZZI.

Una.

LAURA.

Pero ¿cuál?

STROZZI.

Cualquiera.

LAURA.

¿Os bastarán vuestros ojos?

STROZZI.

¿Qué dices?

LAURA.

Que vais á verla.

STROZZI.

¿Dónde?

LAURA.

Aquí.

STROZZI.

¿Cuándo?

LAURA.

Ahora mismo.

STROZZI.

¿Hablas de veras?

LAURA.

De veras.

STROZZI.

El alma y vida me vuelves:
Yo premiaré tu fineza....

LAURA.

¿Para qué?

STROZZI.

Mas si me engañas,
Mira que de mí te acuerdas.

LAURA.

No os engaño.

STROZZI.

¿No?

LAURA.

Os lo juro.
Ocultaos pronto, que llegan.

(*Entra de prisa por la misma puerta que antes.*)

ESCENA IX.

DON LUIS, LAURA.

DON LUIS.

¿He tardado mucho?

LAURA.

No.

DON LUIS.

Aquí está ya la respuesta....
¿Qué tienes que estás turbada?
Mucho la mano te tiembla.
¿Es muy blanca?

LAURA.

No señor....

DON LUIS.

Pues déjame al menos verla.

(*Al darle la carta, le levanta el tafetan de la careta.*)

LAURA.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Haber satisfecho
Mi curiosidad á medias.

Lo que es la barba es muy linda,
Con su hoyito por mas señas!

ESCENA X.

DICHOS, SALPICON.

SALPICON.

Señor!....

DON LUIS.

Siempre este idiota
Al punto preciso llega....
¿Qué traes?

SALPICON.

Yo no traigo nada.

DON LUIS.

Pues ¿quién te ha dicho que vengas?

SALPICON.

Otra señora está ahí....

DON LUIS.

¡Otra señora!

SALPICON.

Por fuerza:
Si aquí dentro teneis una,
Otra ha de ser la de afuera.

DON LUIS (*aparte*).

¿Será *la desconocida?*

LAURA.

¿Qué hago yo?

SALPICON.

¿Qué digo?

DON LUIS.

Espera.

LAURA.

Pero resolved: ¿qué hago?

DON LUIS (*aparte*).

Mas valdrá que no la vea....

LAURA.

¿Me voy, ó me quedo?

DON LUIS.

Entraos;
Antes que los pasos sientan....

LAURA.

Pero ¿porqué he de ocultarme?

DON LUIS.

Lo primero es la decencia.

(*La mete en un cuarto y cierra la puerta.*)
Corre, vé, y díle á esa dama....

(*Vase Salpicon*).

Segun los lances se enredan,
Herido y todo, es preciso
Sacar fuerzas de flaqueza.

ESCENA XI.

DON LUIS Y MATILDE *con dominó y careta.*

DON LUIS.

¿Tanta dicha por mi casa?

MATILDE.

No os traigo tanta ventura,
Que en vano darla procura
Quien la tiene muy escasa.

DON LUIS.

¿Escasa dicha teneis?

MATILDE.

Escasa no, que es ninguna....

DON LUIS.

Si teneis poca fortuna
Por fuerza hermosa seréis.

MATILDE.

Ni hermosa soy ni feliz;
Que el cielo por solo don
Me dió un tierno corazon
Que me hace aun mas infeliz.

DON LUIS (*aparte*).

Si no me engaña el acento....
Mas ¿cuál de las dos será?
Por sí ó por no convendrá
Asentar el pié con tiento.

(*Hablando con ella.*)

Si sensible os hizo el cielo,
No fué para vuestro mal;
Que tambien es manantial
De ventura y de consuelo.

MATILDE.

¡De consuelo para mí!...
De tristeza y de dolor;
Que hasta se seca la flor
Que con mis manos cogí....

DON LUIS.

En vuestras manos florece,
Y con su aliento recrea,
El monte y prado hermosea,
Y hasta el cielo ufana crece.

MATILDE.

Ved que no hablais con mi hermana.

DON LUIS.

Sé muy bien que hablo con vos.
Mas ¿cuál será de las dos? (*ap.*)

MATILDE.

Yo marchita, y ella ufana....

DON LUIS.

Os conocí en el acento.

MATILDE.

Dadme una seña siquiera.

DON LUIS.

Que necio en dárosla fuera,
Porque me diréis que miento.

STROZZI (*abriendo una ventana*).

¡Qué miro! ¿será Eleonora?
Hasta el aliento me falta.
Pero parece mas alta....
Mas baja parece ahora.

DON LUIS.

Sois de las dos la mas bella;
Ya veis que no tengo duda.

MATILDE.

¿La doncella ó la viuda?

DON LUIS.

La viuda ó la doncella.

MATILDE.

¿La viste ayer de mañana?

DON LUIS.

Y el corazon me robó.

MATILDE.

Pues entonces no soy yo;
Me equivocais con mi hermana.

STROZZI (*desde la ventana*).

Si no aclaro mis recelos,
En la duda me deshago;
Pero aquí, infeliz, ¿qué hago?
Quemarme de amor y zelos.

DON LUIS.

Sin ver vuestra hermosa faz,
No me alzo de vuestros piés....
(*Hinca una rodilla.*)

MATILDE.

¿Qué haceis?

STROZZI (*en la ventana*).

Si la ingrata es,
Llevóse el diablo la paz.

DON LUIS.

Mostradme ese rostro bello;
Y así aplacaréis mi mal....

MATILDE.

¿Se estila eso en Portugal,
Señor de Souza y Coello?

DON LUIS.

Se estila morir de amor....

MATILDE.

Y costumbre antigua es:
La vida le costó á Inés
El amor á su señor.

DON LUIS.

Pues ni don Pedro la amó
Como yo os amara fiel.

MATILDE.

Pero vivo quedó él,
Y con luces le pagó.

DON LUIS.

Vuestro ingenio soberano
Aun mas que sois vos me aclara:
Mostradme esa hermosa cara;
Dejad que bese esta mano.

MATILDE.

¿Qué haceis? Mirad que me enojo.

DON LUIS.

Tened compasion de mí!....

STROZZI (*sacando afuera medio cuerpo*).

Si es ella, y dice que sí,
Por la ventana me arrojo.

MATILDE (*al oir pasos*).

Gente suena.

DON LUIS.

Es ilusion:
Nadie vendrá, yo respondo....

MATILDE.

¡Qué llegan! ¿dónde me escondo?....

DON LUIS.

Entrad.... perdí la ocasion!

ESCENA XII.

DON LUIS, SALPICON, BEATRIZ, *disfrazada de mora vieja.*

DON LUIS.

¿Quién osa entrar de esta suerte!

SALPICON.

¿Quién?.... Esta maldita esclava....
Como no entiende la lengua,
Se entró como por su casa.

DON LUIS.

¿Qué traes?

(*Al notar las señas.*)

¿Qué me quede solo?

SALPICON.

Pues la tal mora es alhaja,
A alcuzcuz huele á una legua,
Y muda, que es otra gracia.
¿Te la cortaron?

DON LUIS.

Sal pronto.

SALPICON (*al notar las señas que le hace Beatriz, de que á él era á quien habian de cortar la lengua*).

A tí y á toda tu casta.

ESCENA XIII.

DON LUIS Y BEATRIZ.

DON LUIS.

Inquieto estoy al abrirla....
¿No lo dije?.... Es de la *dama*
Desconocida.... Veamos
Lo que me dice en su carta. (*Lee.*)

Estoy sin mí desde anoche: así que os alejásteis, me dió un vuelco el corazon, anunciándome alguna desventura.... oí á poco el ruido de las espadas, y me quedé muerta. Apenas tuve aliento para dar el grito de *fuego*, por si lograba impedir aquel lance. Me he informado despues, y sé que estais herido.... Una palabra, una palabra siquiera, escrita con vuestra propia mano; porque hasta verla con mis propios ojos no vivo.

P. D. Si no peligra vuestra salud, y teneis curiosidad de conocerme, mañana al mediodía venid á casa de mis vecinas, allí me cercioraré de si son ó no sinceras vuestras palabras para fundar en ellas la felicidad de mi vida.

Por quien soy, que en tantos años
No vi aventura mas rara;
Pero he de seguir el hilo
hasta ver en lo que acaba.
¿Y qué arriesgo? La infeliz
Se ve que lóca me ama.
Pues ¿qué culpa tengo yo
Si en el anzuelo se clava?
Le diré que sí; que iré....
¿Y si están las dos hermanas?
Mejor, la pasion se enciende;
Los zelos soplan la llama;
Y mientras arden las tres,
Mi amor en humo se escapa.

ESCENA XIV.

DICHOS Y SALPICON.

SALPICON (*al salir corriendo*).

Señor! Señor!

DON LUIS.

¿Estás loco?

SALPICON.

Perdidos somos.

DON LUIS.

¿Qué hablas?

SALPICON.

De esbirros y de alguaciles
Está la casa cercada....

DON LUIS.

Deliras ó estás borracho....

SALPICON.

Los vi desde la ventana,
Y son mas de veinte mil.

DON LUIS.

Infame!

SALPICON.

Ved como llaman. (*Suenan golpes.*)

DON LUIS (*suspenso y dudoso*).

¿Qué será?

SALPICON (*viendo á Beatriz que hace señas.*)

¿Qué á mí me ahorcan?
Pues á tí, perra, te empalan.

DON LUIS.

Voy á ver. (*A Beatriz.*) Aguarda aquí.

(*Vase por la puerta que conduce á la calle.*)

ESCENA XV.

BEATRIZ, SALPICON.

SALPICON.

¿Qué dices tú?.... Jala.... jala!....
Si no te explicas mas claro,
Yo no te entiendo palabra....
¡Ah! ya caigo: ¿que te esconda?

BEATRIZ (*hace señas que sí*).

SALPICON.

Pues métete en esa sala.

ESCENA XVI.

MATILDE, LAURA, BEATRIZ, DON LUIS, STROZZI Y SALPICON.

BEATRIZ.

¡Ay!

SALPICON.

No grites que nos pierdes....
Entra por aquí.... despacha.

BEATRIZ.

¡Ay!

SALPICON.

¿Tambien?.... Pues vaya aquí....
Está de parto la casa.

(*Beatriz va á entrar por la puerta mas cercana que estará á la izquierda de los espectadores, y sale Matilde. Le dirige despues á una de las puertas de enfrente, y sale la doncella Laura. Viene corriendo á la inmediata, y sale por último Strozzi.*)

ESCENA XVII.

DICHOS Y DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué es esto?

SALPICON.

Quedamos dos,
Y se ha aumentado la casta.

DON LUIS.

No hay que azorarse, señoras:
Al cabo no será nada;
Pero sea lo que fuere
La astucia y arte nos valga.

STROZZI.

Si es á mí acaso al que buscan,
Yo nunca escondo la cara;
Que á quien nació caballero
Los peligros no acobardan.

DON LUIS.

¿Y qué lográrais con eso?
Antes cuidad de estas damas;
Mientras os pongo yo en salvo,
Si ingenio y dicha no faltan.

(*Redóblanse los golpes.*)

SALPICON.

Que echan abajo la puerta....

DON LUIS.

Entra y métete en mi cama.

SALPICON.

¡Yo!

DON LUIS.

Como que estás enfermo,
Y cuenta con lo que hablas.

(*A Beatriz acercándose á ella.*)

Vé tú, y abre.... pronto.... corre....

(*Al oido.*)

Di que iré á verla mañana....
Dejadme á mí.... Saldré de esta
Como he salido de tantas.

(*Los coloca como si estuviesen de visita: él se pone la capa, que estará sobre una mesa, cuidando de ocultar el brazo izquierdo: al acercarse el juez sale á su encuentro.*)

ESCENA XVIII.

MATILDE, LAURA, DON LUIS, STROZZI, EL JUEZ *y algunos ministros de justicia. La esclava que viene detrás.* SALPICON *en la alcoba, cuya puerta de cristales estará cerrada.*

DON LUIS.

Perdon os pido, señor;
Fué involuntaria tardanza;
Porque nunca la justicia
Halló mi puerta cerrada.

EL JUEZ.

Mi deber aquí me trae....

DON LUIS.

Y mi respeto lo acata.

EL JUEZ.

La verdad de vos exijo.

DON LUIS.

Os la diré lisa y llana.

EL JUEZ.

Dos cerca de aquí riñeron
Anoche con las espadas;
Uno de ellos salió herido,
Y se refugió á esta casa;
Y aun dicen que el agresor
Tambien en ella se halla.
(*Despues de una corta pausa*).
¿Qué respondeis?

DON LUIS.

Que no en vano
Tanto en el mundo se ensalza
El gobierno á que Venecia
Debe su poder y fama:
A Dios imitar procura
Que en todas partes se halla,
Sin que á sus ojos se oculte
Ni la mas mínima falta.
Pero en la ocasion presente
No es extraño que llegara
Abultada á sus oidos
Ocurrencia tan liviana.
Anoche pasé á deshora
Por una calle excusada:
(No era delito de estado
El que mis pasos guiaba.)
Un bulto vi en una esquina;
Pregunto quien es, y calla;
Se mueve, me acerco, y pronto
Crúzanse las dos espadas;
Un milagro fué, señor,
Que de plano descargara
El golpe; que, si es de filo,
Acontece una desgracia....
Era mi pobre escudero,
Que inquieto con mi tardanza,
Vino en mi busca, y por poco
Mi error con su vida paga.
Así fué cierto el aviso,
Que os trajo á honrar esta casa,
Y el agresor y el lisiado
Juntos en ella se hallan....

EL JUEZ.

¿Dónde esta vuestro escudero?

DON LUIS.

Por mas que él lo repugnaba,
Le obligué casi por fuerza,
A que guardase la cama.
(*Abre la puerta.*)
Vedle aquí.

(*Se acercan el juez y los ministros de la justicia.*)

SALPICON.

¿Son practicantes?
Que me traigan calaguala.

DON LUIS.

Calla necio. — Con el golpe
Tiene un poco trastornada
La cabeza; pero espero
Que esté ya bueno mañana.
(*Se retiran.*)

EL JUEZ.

Con todo, será preciso
Que la informacion se haga
Por escrito....

DON LUIS.

Pronto estoy....
Por escrito ó de palabra;
Pero permitid que ahora
Me despida de estas damas;

Que tambien la cortesía
Sus leyes y fueros guarda.
Mucho siento este accidente,
Que tan pronto nos separa,
Sin dejarme iros sirviendo
Hasta vuestra propia casa;
Pero á bien que nuestro amigo
De ello con gusto se encarga....
¿No es verdad?

STROZZI.

Con mil amores;
Aunque me duele en el alma
El dejaros....

DON LUIS.

No os dé pena:
La ausencia no será larga.
Id con Dios....

STROZZI.

A Dios quedad....

DON LUIS (*viendo que Beatriz se queda*).

¿No ves que se van tus amas?

(*Beatriz echa á correr tras ellas.*)

DON LUIS.

Si no os sirve de molestia (*al juez*),
Pasemos á estotra sala.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

MATILDE, ELEONORA, DOÑA INÉS. — MATILDE, *bordando; las otras dos, jugando al ajedrez.*

MATILDE.

Yo prefiero conservar
La paz que goza mi alma.

DOÑA INÉS.

Pero un dia y otro en calma
No alegra la vista el mar.
Gusta ver hervir su seno
Que se encrespa y se alborota,
Que la playa inquieta azota,
Y vuelve á quedar sereno.

MATILDE.

¿Y si entretanto en la orilla
Perece algun marinero?

DOÑA INÉS.

Le olvida su compañero,
Y lanza al mar su barquilla.

MATILDE.

Muy enamorada estás.

DOÑA INÉS.

Le amo con alma y con vida;
Y si fuera mas querida,
Pienso que aun le amara mas.

ELEONORA.

Quizá no.

DOÑA INÉS.

¿Por qué razon?

ELEONORA.

No lo sé, pero es así:
Y yo, Inés, te juzgo á tí
Por mi propio corazon.
El tuyo mas se interesa
Por ser don Luis inconstante;
Yo poseo un fiel amante,
Y á mí tanto amor me pesa.

DOÑA INÉS.

Aun cuando fuese en mi daño,
Zeloso á don Luis querria.

ELEONORA.

Si fuera tan solo un dia;
Pero zelos todo el año!....

DOÑA INÉS.

Eso por tu amante aboga,
Y prueba su mucho amor.

ELEONORA.

Pero no abraza mejor
Quien tanto aprieta que ahoga.

MATILDE.

Ya veis si tengo razon;
En el amor no hay contento:
O es un continuo tormento
O cansa su posesion.

ELEONORA.

Ese *alfil* vas á perder.

DOÑA INÉS.

Estaba tan distraida!....
Pero una vez advertida,
Yo lo sabré precaver.

ELEONORA.

Las gracias me debes dar
Por mi aviso generoso.

DOÑA INÉS.

Eso mismo hace el zeloso,
Y se anticipa á avisar.

ELEONORA.

Mas tal vez á un punto atiende,
Y nuevo peligro corre....
Ahora te quito esta *torre*,
Que á *Rey* y á *Reina* defiende.

DOÑA INÉS.

No ganarás otra vez;
Por mi vida te lo juro.

ELEONORA.

Es juego poco seguro
El amor y el ajedrez.

DOÑA INÉS (*levantándose*).

Yo no sé lo que será;
Mas siento un desasosiego!....

MATILDE.

¿Esperas que venga luego?

DOÑA INÉS.

Y aun pienso que tarda ya.
¿Si estará tal vez peor,
Y se habrá quedado en cama?
¿Si habrá visto á alguna dama
Y en busca irá de su amor?....
Esto no es vivir....

MATILDE.

Resuelvo
Llevar palma de viuda.

ELEONORA.

Inés, yo en caso de duda
A mi zeloso me vuelvo.

ESCENA II.

MATILDE, ELEONORA, DOÑA INÉS, LAURA, BEATRIZ.

BEATRIZ (*sale corriendo*).

Albricias, que ya está aquí.

DOÑA INÉS.

Respira, mi corazon!

BEATRIZ.

No es don Luis; es Salpicon....
De la ventana le vi....

DOÑA INÉS.

¿Qué será?.... Con el temblor
Apenas tenerme puedo....

ELEONORA.

Vendrá á fraguar otro enredo
De parte de su señor.

LAURA.

¿Qué mandais?

MATILDE.

Díle que entre. (*Vase Laura.*)
Pero sea lo que sea,
Conviene que no te vea,
Y que solas nos encuentre.

BEATRIZ.

Venid y os pondréis conmigo
A acechar desde esa puerta....
Si él viene á la descubierta,
Cogemos al enemigo.

(*Inés y Beatriz se van, y se ponen en acecho.*)

MATILDE.

Lástima, Eleonora, tengo
A esta infeliz española....
¡Querer en amor ser sola!....

Yo en mis trece me mantengo.

ESCENA III.

MATILDE, ELEONORA Y SALPICON.

MATILDE.

¿Quién eres?

SALPICON.

Yo soy, señora,
Un hombre de honra y provecho,
Un escudero en barbecho,
Que me hallo vacante ahora.

MATILDE.

¿Y quién aquí te envió?

SALPICON.

No lo sabré decir bien;
Fué la estrella que á Belen
Los reyes magos guió.

MATILDE.

Donoso sois....

SALPICON.

Cuando chico
La gracia tuve en el pelo;
Pero me peló mi abuelo,
Y quedéme hecho un borrico.

MATILDE.

¿Sabes escribir?

SALPICON.

No sé;
Que tengo horror á la tinta.

MATILDE.

¿Y leer?

SALPICON.

Es cosa distinta;
Me atasqué en el A. B. C.

MATILDE.

Gran defecto me parece
No saber ni el alfabeto.

SALPICON.

Antes irá mas secreto
Si algun mensaje se ofrece.

MATILDE.

Pero ¿le sabrá llevar?

SALPICON.

Aunque mi presencia es tosca,
En el ala de una mosca
Un billete hago volar.

ELEONORA.

Pues en esta casa creo
Va á olvidar su profesion.

SALPICON.

Yo lo hago por aficion;
Cuando no canto solfeo.

MATILDE.

¿Qué salario gana al mes?

SALPICON.

Diverso, segun el caso;
Que mi tarifa repaso,
Y mayor ó menor es.
Si sirvo á un noble varon,
Pido un precio moderado.
Si es señor improvisado,
Doble salario y racion.
Si es canónigo, y husmeo
Que tiene en casa sobrina,
Como cuento con propina,
El precio no regateo.
Si un ama vieja me toca,
Pido poco, si es discreta;
Si tonta, doble receta;
Y triple, si tonti-loca:
Pero si es doncella-pasa,
Con dengues y afectacion,
Aunque me ofrezca un millon,
No me acomodo en su casa.
Ahora si por el contrario,
El ama es jóven y bella,
Por solo el placer de vella
No exijo ningun salario.

MATILDE.

Si sirves con buena ley,
De mí quedarás contento.

SALPICON.

Por mas dichoso me cuento
Que en el palacio de un rey.

MATILDE.

Pues quédate en hora buena.

SALPICON.

Dejad que esta sucia boca
Bese la tierra que toca

Esa planta de azucena.
(*Se echa por tierra.*)

MATILDE.

¿Qué vas á hacer?.... Quita loco....

SALPICON.

Decis bien: es loco empeño;
Que como el pié es tan pequeño
Tierra que pise no toco.

MATILDE.

Laura!....

LAURA. (*Dentro.*)

Ya voy.

MATILDE.

Al instante.

ESCENA IV.

DICHOS Y LAURA.

LAURA (*espantada al salir*).

¡Jesus, qué horror!

SALPICON.

Guarda, Pablo!
¿Si habrá visto acaso al diablo?

LAURA.

Que se quite de delante!

MATILDE (*á Salpicon*).

¿Qué es esto?

SALPICON.

A mí lo pregunta?

MATILDE.

Pues responde tú: ¿qué es?

LAURA.

Yo os lo explicaré despues;
Que me he quedado difunta.

MATILDE.

Di, ¿le conoces acaso?

LAURA.

Ay!!!

SALPICON.

La pícara suspira;
¿Y con qué ojazos me mira!

MATILDE.

Pero al fin aclara el caso.

LAURA.

Este es aquel salchichon
Causador de mi desdicha.

SALPICON.

¡Yo!

LAURA.

Tú....

SALPICON.

Si no soy salchicha;
Que me llamo Salpicon.

LAURA.

Infame, muy bien lo sé,
Que Salpicon te llamaste;
Pero el nombre te mudaste
Despues del *auto de fe*.

SALPICON.

Yo judío?

LAURA.

Judaizante.

SALPICON.

Está loca, vive Cristo!
Si yo en mi vida la he visto....

LAURA.

¿Nunca me has visto, tunante?

SALPICON.

El juicio me va á volver:
Por san Antonio bendito!....

LAURA.

Por temor al sambenito
No quiere á España volver.

MATILDE.

¿Eres español?

SALPICON.

Es cierto:
Y en Sevilla me he criado.

LAURA.

Allí fué penitenciado;
Mirad si le he descubierto.

SALPICON.

Miente y remiente: no hay tal,
Que yo soy cristiano viejo.

LAURA.

Y por salvar su pellejo,
Se fué huyendo á Portugal.

MATILDE.

¿Has estado acaso allí?

SALPICON.

Allí he estado; no lo niego.

LAURA.

Y á Nápoles vino luego,
Donde yo le conocí.

Viéndome tan recatada
Empezó á fingirme amor,
Hasta atentar á mi honor.

SALPICON.

Yo probaré la coartada....

MATILDE.

Basta : no mas : ¿era esta
La intencion que aquí te trajo?
¡Un designio torpe y bajo
Contra una doncella honesta !

SALPICON.

No hay tal; yo lo probaré.

MATILDE.

¡Cabe mayor desacato:
Atentar á su recato,
Y corromperla en su fe !

SALPICON.

Si todo es un puro cuento
Sacado de su cabeza.

MATILDE.

Yo indagaré la certeza,
Y os servirá de escarmiento.
¡Ola !

(*Toca una campanilla; y salen unos criados.*)

SALPICON.

La Vírgen me asista !

MATILDE.

Llevadle pronto de aquí.

SALPICON.

Mas ¿qué culpa cometí?

MATILDE.

Y no le perdais de vista.

SALPICON.

Pero ¿qué va á hacer conmigo?

MATILDE.

Muy en breve lo sabrá.

SALPICON.

¿Dónde voy?

MATILDE.

A España irá,
A recibir su castigo.

LAURA.

Mira qué semblante pones!
Tu abonas la razon mia.

SALPICON.

Pues qué, ¿quieres que me ria
Entre este par de sayones?

(*Se lo llevan.*)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA INÉS *sale con* BEATRIZ.

MATILDE.

Si no se van tan de prisa,
Acaba la fiesta mal.

ELEONORA.

Yo me he hecho un cardenal,
Para no soltar la risa.

BEATRIZ.

¡Qué susto lleva!

LAURA.

¡Qué gesto!

DOÑA INÉS.

Ya hemos cogido al espía;
El traidor que aquí le envía
Deberá llegar muy presto.

MATILDE.

Pues alerta!

LAURA Y BEATRIZ.

Alerta están!!!

MATILDE.

Cada cual su lugar tome;
Y en el momento que asome,
A ejecutar nuestro plan.

ESCENA VI.

DOÑA INÉS, MATILDE, ELEONORA.

DOÑA INÉS.

Cuidado que él es muy diestro.

MATILDE.

A bien que contigo lucha.

DOÑA INÉS.

Aunque yo no estoy muy ducha,
Tengo amor, y es buen maestro.

ESCENA VII.

DICHAS, BEATRIZ, LAURA.

BEATRIZ.

¡Que viene!

LAURA.
¡ Que viene !

DOÑA INÉS.
¡ A Dios !
Tiemblo como una azogada....

MATILDE.
Corre y ponte en la emboscada,
Que aquí quedamos las dos.

(Vase Inés, seguida de Beatriz y Laura.)

ESCENA VIII.

MATILDE, ELEONORA, DON LUIS.

DON LUIS.
Pronto tal vez os parezca
Que á vuestra presencia vuelvo,
Abusando en favor mio
De un cortés ofrecimiento.

MATILDE.
Quien viene á su propia casa,
Siempre, señor, llega á tiempo.

DON LUIS.
Un solo dia ha mediado
Sin la ventura de veros;
Y me ha parecido un siglo,
A juzgar por mis deseos.
(Aparte, ojeando la sala.)
(No está.)

ELEONORA.
Si no habeis venido,
Pudiendo muy bien hacerlo,
O la voluntad fué poca,
O grave el impedimento.

DON LUIS *(aparte)*.
Esta es la que estuvo en casa.
Me sucedió un contratiempo;
Y cual si lo hubiérais visto,
Debeis, señora, creerlo.

ELEONORA.
Mucho crédito merecen
Palabras de caballero;
Pero os digo con lisura
Que mas á mis ojos creo.

DON LUIS *(aparte)*.
¿Si no será?

MATILDE.
Por las señas,
Me parece que lo acierto:
El lance de aquel amigo
Os retuvo, á pesar vuestro,
Dentro de casa.

DON LUIS *(aparte)*.
Esta es.
Lo acertásteis con efecto.

MATILDE.
Nadie en amistad os gana.

DON LUIS.
Me honrais con ese concepto.

MATILDE.
Es sentimiento muy noble....

DON LUIS.
Pero hay otro sentimiento,
Que, siendo á la par hidalgo,
Aun es mas íntimo y tierno.

MATILDE.
No atino en verdad cual sea.

DON LUIS.
Pues no está, señoras, lejos;
Que la amistad y el amor
Juntos moran en el pecho.

MATILDE.
¿Y no riñen?

DON LUIS.
Son hermanos.

MATILDE.
¿Ni tienen tampoco zelos?

DON LUIS.
Cada cual su nido ocupa,
Y se muestra satisfecho.

ELEONORA.
¿Qué teneis en ese brazo?

DON LUIS.
Nada; fué un golpe ligero....

ELEONORA.
¿Estais por acaso herido?

DON LUIS.
No he tenido ningun duelo.

MATILDE.
Mas tal vez en aquel lance
Os metiérais de por medio.

DON LUIS.

Así fué : vi que mi amigo
Iba perdiendo terreno;
Que estaba torpe en los quites;
Que el contrario era mas diestro;
Y al tirarle una estocada,
La espada y golpe detengo.
El brazo me hirió al soslayo;
Pero me doy por contento,
Si á costa de poca sangre
Tan buen amigo conservo.
Advierto que os sonreis....

ELEONORA.

¿Quién, nosotras? Ni por pienso.

MATILDE.

¿Y quién pudiera reirse
Oyendo un lance tan serio?

ELEONORA.

La verdad; yo soy mas franca;
El lance cual fué sabemos;
Y á la amistad le colgais
Milagros de galanteos.

DON LUIS.

¡Galanteos yo en Venecia!

ELEONORA.

¿Y qué extraño fuera eso?

DON LUIS.

Si he llegado hace tres dias....

ELEONORA.

Fué cabalmente al primero.

DON LUIS.

Y sin conocer á un alma.

ELEONORA.

Seria por pasatiempo.

DON LUIS.

¿Cómo?

ELEONORA.

Se dispara al aire;
Por si algo se mata al vuelo.

DON LUIS.

Quien tira al aire es señal
De que no le dejan puesto.

ELEONORA.

O de que se cansa pronto,
Y prefiere ir al ojeo.

MATILDE.

Mi hermana dice que es franca,
Y voy á seguir su ejemplo.
Para nosotras, señor,
No podeis tener secretos,
Aunque en el fondo del alma
Los mantengais encubiertos.

DON LUIS.

¿Hasta la gracia teneis
De leer los pensamientos?

MATILDE.

Nos los dicen al oido,
Y no es menester leerlos.

DON LUIS.

¿Y quién?

MATILDE.

Os vais á reir.

DON LUIS.

¿Un mágico ó hechicero?

MATILDE.

Una cabeza encantada.

DON LUIS.

Donosa invencion, por cierto.

MATILDE.

Es realidad, no invencion.

DON LUIS.

Pues lo afirmais, no lo niego;
Mas soy como vuestra hermana;
Aun mas á mis ojos creo.

MATILDE.

No es difícil, si quereis....

DON LUIS.

¿Ver yo mismo ese portento?

MATILDE.

De seguro.

DON LUIS.

¿Cuándo?

MATILDE.

Ahora.

DON LUIS.

Holgárame mucho de ello.

MATILDE.

Pues á la mano teneis
Satisfacer el deseo.... (*Levantándose.*)

DON LUIS.

¿Es esta?

MATILDE.

La misma.

DON LUIS.

Ola!

Es hermosa con extremo:
Bien se conoce que en casa
Non habrán faltado modelos.

MATILDE.

Ni veneciana es siquiera,
Que de Rodas la trajeron.

DON LUIS.

¿Es turca? Pues aunque infiel
Sus malas artes no temo.

MATILDE.

Bien podeis hacer la cruz;
Porque tiene el diablo dentro.

(*Se acerca á la cabeza, le hace las preguntas; y ella responde las palabras que van rayadas.*)

DON LUIS.

¿Estás encantada?.... *Sí.*
¿Y quién te ha encantado?.... *Amor.*
¿Es muy constante?.... *Traidor.*
¿A quién se parece?.... *A tí.*

MATILDE.

¿No lo veis?

DON LUIS.

Es que contesta
Eso mismo á cualquier hombre.

ELEONORA.

Es que sabe vuestro nombre,
Y os dió acertada respuesta.

DON LUIS.

¿Quién soy yo?.... No sabrá tanto;
Recien llegado á esta tierra.

MATILDE.

Cuanto en el mundo se encierra
Está sujeto á su encanto.

DON LUIS.

Pronto saldréis del error.

MATILDE.

¿Y porqué no proseguis?

DON LUIS (*á la cabeza*).

¿Cómo me llamo?.... *Don Luis.*

ELEONORA.

Se os ha mudado el color.

DON LUIS.

¡A mí!

ELEONORA.

Sí.

DON LUIS (*aparte*).

Nunca jamás
He visto cosa mas rara.
Don Luis de qué.... *De Guevara.*

ELEONORA.

Aun se os ha mudado mas.

DON LUIS.

¿Casado, viudo ó soltero?

MATILDE.

No le hagais tantas preguntas.

DON LUIS.

Contestará á todas juntas.
Díme: ¿qué soy?.... *Embustero.*
Y mi querida ¿quién es?
Una. ¿Y no mas? *Cada dia.*

ELEONORA.

Mirad si razon tenia....

DON LUIS.

¿Y á quién quiero?... *A cuantas ves.*
¿Dónde he nacido?... *En España.*
¿En Aragon ó en Castilla?...
¿No lo sabes?... *En Sevilla.*

(*Aparte.*)

¡Se vió cosa mas extraña!
¿Quién puede saber que soy
Español y hasta andaluz?
¡Pero qué rayo de luz!
A hacer una prueba voy....

MATILDE.

Pálido estais, por mi vida.

DON LUIS.

Aprension vuestra....

MATILDE.

No tal.

ELEONORA.

¿Os sentó la prueba mal?

DON LUIS.

Me resiento de la herida.

MATILDE.

¿ Quereis agua ?

DON LUIS.

Segun creo,
La venda se ha desatado.

MATILDE.

Estais todo demudado.

DON LUIS.

Turbios los objetos veo.

MATILDE.

Pues sentaos.

DON LUIS (*dejándose caer en un sillon*).
¡ Ay de mí !

MATILDE.

¡ Don Luis ! Hermana, ¿ qué esto ?

ELEONORA.

Laura, Beatriz, presto, presto !
Acudid todos aquí (*llamando*).

ESCENA IX.

DICHOS, BEATRIZ, LAURA.

LAURA.

Aquí estamos.

BEATRIZ.

¿ Qué nos quiere ?

MATILDE (*á Laura*).
Un pomo de agua de olor.
(*A Beatriz.*)
Que vayan por un doctor.

(*Hablando con la cabeza, y dando golpes en el pedestal.*)

Inés, que don Luis se muere.

ESCENA X.

ELEONORA Y MATILDE.

ELEONORA.

Tal vez será un accidente.

MATILDE.

Se ha quedado como muerto.

ELEONORA.

Aunque está el brazo cubierto
Siento la sangre caliente.

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS (*corre desalada, y se arroja á los piés de don Luis*).
¡ Dios mio !

MATILDE.

¿ Qué haces, Inés ?
Mira por tí y tu decoro.

DOÑA INÉS.

Sepan todos que le adoro
Si lo han de saber despues.
¿ No me conoces ? Soy yo.
Es tu Inés la que te llama,
La que en el mundo te ama
Cual mujer ninguna amó.

MATILDE.

No perdamos un momento
Que la venda se ha soltado.

DOÑA INÉS.

¿ Qué dices ?

MATILDE.

Se ha desangrado
Y perdió el conocimiento.

DOÑA INÉS (*acudiendo solícita*).
Yo restañaré tu herida,
Yo tu sangre atajaré;
Yo á tus plantas moriré
Si no recobras la vida.

ELEONORA.

Por Dios, Inés.

DOÑA INÉS.

Vuelve en tí,
Mi bien, mi dicha, mi amor;
Vuelve y mira mi dolor,
Vuelve y consuélame.

DON LUIS (*la abraza de pronto*).
¡ Así !

ESCENA XII.

DICHOS, BEATRIZ Y LAURA *que entran: aquella deja caer un pomo de agua de olor, y la otra una copa con agua que traian para don Luis.*

DOÑA INÉS.
Ay!

ELEONORA.
¡Jesus!

MATILDE.
El diablo es.

DON LUIS.
¡Tres ligadas en mi daño!
Mas te perdono el engaño,
Al ver tanto amor, Inés —
¿Porqué de mí te retiras?
En vano son tus enojos;
Por mas que apartes los ojos
Con los del alma me miras.

DOÑA INÉS.
Dejadme; habeis abusado
Mil veces de mi pasion.
Rasgar así un corazon
No es propio de un hombre honrado.

DON LUIS.
Reconvencion tan severa,
Inés mia, no merezco:
Reconciliacion te ofrezco
Y la mas firme y sincera.
¿Cómo podré no quererte,
Si he visto con evidencia
Que tu amor crece en la ausencia,
Y no lo espanta la muerte?
Ella sola nos divida;
Ella rompa nuestros lazos;
Y que me encuentre en tus brazos
Cuando me arranquen la vida.

(*Le alarga la mano de esposo, y en seguida la abraza.*)

DOÑA INÉS.
¡Qué dicha!.... Siento un placer
Al poder llamarte mio,
Que temo si desvarío,
Y no lo acierto á creer.
Mi esposo, mio, y no mas.
Me has dado tu corazon....

DON LUIS.
Me he rendido á discrecion,
Y para siempre jamás.

ELEONORA.
Bravo, bien!.... Mira si vale
En enamorar ser diestro.

DON LUIS.
Pero el mas hábil maestro
Al cabo vencido sale.
Esta es mi mano de amigo:
(*Alargándola á Matilde.*)
El contrario es ya aliado.

(*Al ir á hacer otro tanto con Eleonora, va á entrar Strozzi, y se detiene.*)

ELEONORA.
(*Volviendo el rostro hácia la puerta.*)
¿Porqué os quedais tan parado?
¿Creeis que se casa conmigo?

ESCENA XIII.

LOS MISMOS Y STROZZI.

STROZZI.
Temí á mal tiempo llegar....

DON LUIS.
Venid, que á todos alcanza
El tratado de alianza
Que acabamos de firmar.

STROZZI.
¿Qué decis?

DON LUIS.
Que de Inés soy:
Cesen ya vuestros recelos....

ELEONORA.
¿Tendréis tambien ahora zelos?

STROZZI.
Pues aun mas zeloso estoy.

ELEONORA.
Eso ya raya en locura!....

STROZZI.
El que por un bien suspira,

Si á otros mas dichosos mira,
Envidia tanta ventura:

DOÑA INÉS.

De tí depende, Eleonora,
Curarle de tal pasion.

ELEONORA.

¿Cómo?

DOÑA INÉS.

Con la posesion
Del dulce objeto que adora.

ELEONORA.

Veremos.

STROZZI.

Hoy mismo.

ELEONORA.

¿Hoy?
Tanta premura no es buena.

STROZZI.

Mirando la dicha ajena
Aun mas impaciente estoy.

ELEONORA.

Seré vuestra; pero es
Si una gran prueba me dais.

STROZZI.

¿Cuál? decid, la que querais....

ELEONORA.

No tener zelos un mes.

STROZZI.

Muy dura es la condicion,
Y muy grande mi impaciencia.

ELEONORA.

Es tiempo de penitencia....
Para la Resurreccion.

ESCENA XIV.

SALPICON, BEATRIZ, LAURA. *Salpicon con una cadena en las manos, y un velo negro en la cabeza.*

BEATRIZ.

Aquí está ya este cautivo.

SALPICON.

¡Tened compasion de mí!

DOÑA INÉS.

Este espía te cogí,
Y te lo devuelvo vivo.

DON LUIS.

¿Has estado prisionero,
Salpicon?

SALPICON (*ya en libertad*).

Ni yo lo sé;
Pero nunca volveré,
Si de esta escapo y no muero.

DON LUIS.

¿Tan mal te va entre mujeres?

SALPICON.

Dios me libre de sus lazos;
Mejor quiero tizonazos,
Que picadas de alfileres.

DON LUIS.

Hé aquí mi esposa y señora;
Ven á ponerte á sus piés.

SALPICON.

¿Te casas con doña Inés?
Ya comprendo el lance ahora.

DON LUIS.

¿Qué lance?

SALPICON.

Mi cautiverio:
Aunque me tienes por bolo,
Así que te vieron solo,
Te armaron el gatuperio.

DON LUIS (*amenazándole*).

¡Bruto!

DOÑA INÉS.

Déjale mi bien:
Mas ya que á tí te condena,
Imponle la misma pena,
Y que se case tambien.

BEATRIZ (*muy alborozada*).

¡Conmigo!

SALPICON (*remedándola*).

¡Calle.... conmigo!

LAURA.

Yo le pongo impedimento.

SALPICON.

¿Vuelve otra vez con su cuento?

LAURA.

O su mano ó su castigo.

SALPICON.

Señor, esto es una infamia

Beatriz me quiere atrapar,
Y estotra me quiere ahorcar
Por delito de bigamia.

LAURA (*á Beatriz*).

Yo mi derecho te cedo,
(*á Salpicon*)
Y queda el contrato roto.

SALPICON.

De castidad he hecho voto;
Y quebrantarle no puedo.

DOÑA INÉS (*á Salpicon*).

Haces bien. Con mil ducados
(*á Beatriz*)
Los novios tendrás á cientos.

SALPICON.

Usando esos argumentos,
Se acaban los altercados.
Esta es mi mano, Beatriz.

BEATRIZ.

Esta es tuya, Salpicon.
Tú ya has dado el resbalon.

SALPICON.

Guárdate tú de un desliz!

MATILDE.

Sola yo de mi ventana
Las fiestas veré pasar;
Mas no temo que, al mirar,
Se me despierte la gana.

DON LUIS.

No echeis fieros; que el amor
De su poder hace alarde;
Y el que se rinde mas tarde
Hace su triunfo mayor.
Yo le opuse por escudo
Tierra y mar, tiempo y distancia;
Hasta apelé á la inconstancia;
Mas nada librarme pudo,
Y á discrecion me rendí.

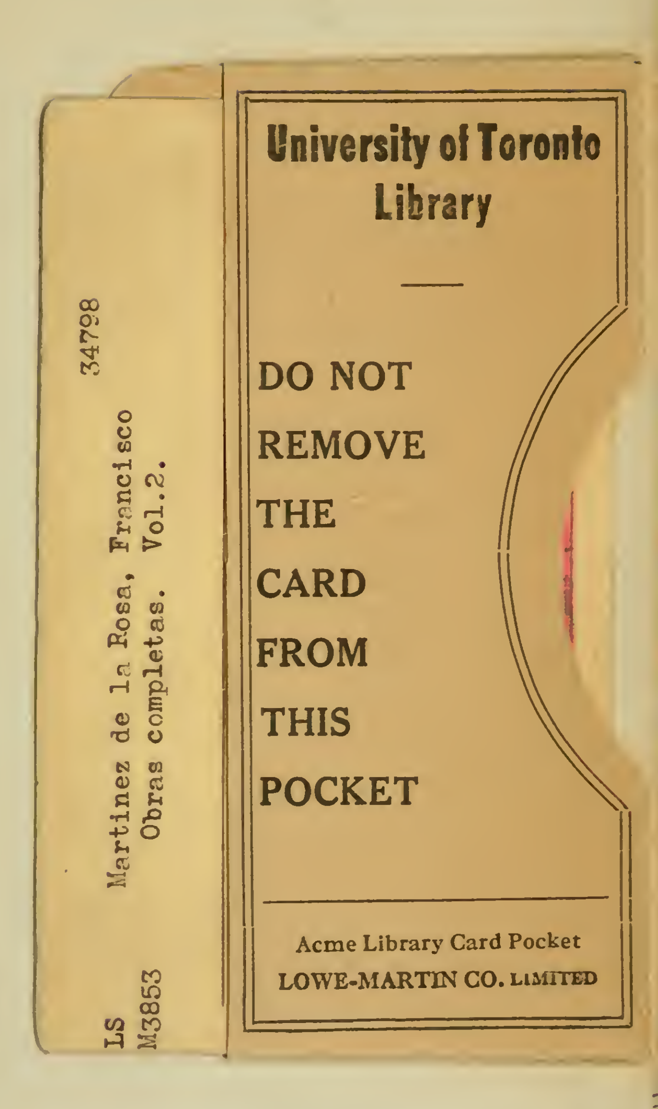
DOÑA INÉS.

¿Te pesa?

DON LUIS.

Tanto lo siento,
Que en el alma me arrepiento
Del tiempo que resistí.

FIN.


34798
Martinez de la Rosa, Francisco
Obras completas. Vol.2.
LS
M3853
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED